DIFERENCIA

ENTRE

LO TEMPORAL Y ETERNO,

Y CRISOL DE DESENGAÑOS.

Por el P. Juan Eusebio Nieremberg.

NUEVAMENTE CORREGIDO.

Con aprobacion del Ordinario.

BARCELONA:

LIBRERÍA RELIGIOSA.—IMPRENTA DE PABLO RIERA,

calle den Robador, número 24 y 26.

1862.

ÍNDICE

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN ESTA OBRA.

LIBRO PRIMERO.

Pág.

Prólogo. 5
Capítulo I.—La ignorancia que hay de los bienes verdaderos, y no solo de las cosas eternas, sino de las temporales. 7
Cap. II.—Cuán eficaz consideracion sea la de la eternidad para mudar de vida. . 10
Cap. III.—La memoria de la eternidad es de suyo mas eficaz que la de la muerte. 14
Cap. IV.—El estado de los hombres en esta vida, y miserable olvido que tienen de la eternidad. 18
Cap. V.—Qué sea la eternidad, segun san Gregorio Nazianceno y san Dionisio. . 22
Cap. VI.—Qué sea la eternidad, conforme á Boecio y Plotino. 24
Cap. VII.—Declárase qué es la eternidad, conforme á san Bernardo. 27
Cap. VIII.—¿Qué es la eternidad? no tener fin. 32
Cap. IX.—Como es la eternidad sin mudanza. 40
Cap. X.—Como es la eternidad sin comparacion. 45
Cap. XI.—Qué cosa sea el tiempo, segun Aristóteles y otros filósofos, y la poca consistencia de la vida. 50
Cap. XII.—Cuán breve sea la vida: por lo cual se ha de despreciar todo lo temporal. 54
Cap. XIII.—Qué es el tiempo, segun san Agustin. 59
Cap. XIV.—El tiempo es ocasion de la eternidad, y cómo debe el cristiano aprovecharse de ella. 64
Cap. XV.—Qué es el tiempo, segun Platon y Plotino, y cuán engañoso sea todo lo temporal. 70

LIBRO SEGUNDO.

Capítulo I.—Del fin de la vida temporal. 74
Cap. II.—Notables condiciones del fin de la vida temporal. 84
Cap. III.—Del momento que está en medio del tiempo y eternidad, y como por ser fin del tiempo de esta vida un momento, es por eso terribilisimo. 96
Cap. IV.—Por qué es terrible el fin de la vida temporal. 100
§ II.—Otra causa de la terribilidad del fin de la vida, que es la averiguacion de lo que se pecó en ella. 106
§ III.—La terribilidad del fin de la vida temporal, por el cargo que en él se hace de los beneficios divinos. 111
Cap. V.—Como aun en esta vida hace Dios rigurosisimo juicio. 116
Cap. VI.—Del fin de todo tiempo. 120
Cap. VII.—Como se han de alterar los elementos y cielos al acabarse el tiempo.. 123

Cap. VIII.—Como debia el mundo acabarse con fin tan espantoso, y en que se hiciese juicio general de todo él. 136
Cap. IX.—Del último dia de los tiempos. 142

LIBRO TERCERO.

Capítulo I.—La mudanza de las cosas temporales las hace dignas de desprecio. 152
Cap. II.—Por grandes y desesperados que sean los males temporales, los puede aliviar algun género de esperanza. 158
Cap. III.—Débese considerar lo que puede uno venir á ser. 161
Cap. IV.—La mudanza de las cosas temporales muestra claramente la vanidad de ellas, y cuán dignas son de desestima. 168
Cap. V.—De la vileza y desórden de las cosas temporales, y cuán grande mónstruo hayan hecho los hombres al mundo. 173
Cap. VI.—De la pequeñez de las cosas temporales. 178
Cap. VII.—Qué miserable cosa es la vida temporal. 188
§ II.—Pestes extrañas. 190
§ III.—Hambres notables. 192
§ IV.—Males de la guerra. 194
§ V.—Miserias que causan los afectos humanos. 196
Cap. VIII.—Lo poco que es el hombre mientras es temporal. 202
Cap. IX.—Cuán engañoso es todo lo temporal. 209
Cap. X.—Los peligros y daños de las cosas temporales. 214

LIBRO CUARTO.

Capítulo I.—De la grandeza de las cosas eternas. 221
Cap. II.—La grandeza de la honra eterna de los justos. 227
Cap. III.—De las riquezas y reino eterno del cielo. 234
Cap. IV.—De la grandeza de los gustos eternos. 241
Cap. V.—Cuán dichosa es la vida eterna de los justos. 248
Cap. VI.—La excelencia y perfecciones de los cuerpos de los Santos en la vida eterna. 256
Cap. VII.—Como se ha de buscar el cielo, y anteponerse á todos los bienes de la tierra. 263
Cap. VIII.—De los males eternos, y especialmente de la suma pobreza, deshonor é ignominia de los condenados. 270
Cap. IX.—Penas de los condenados por el lugar horrible en que están desterrados del cielo, y presos en el infierno. 277
Cap. X.—De la esclavitud, castigos y penas eternas. 282
§ III.—Las penas de las potencias del alma condenada. 290
Cap. XI.—De la muerte eterna, y pena del talion en los condenados. 295
Cap. XII.—Frutos que se pueden sacar de la consideracion de los males eternos. 301
Cap. XIII.—La infinita gravedad del pecado mortal, por el cual se pierden los bienes del cielo, y se cae en los males eternos. 305

LIBRO QUINTO.

Capítulo I.—Notable diferencia entre lo eterno y temporal en ser lo uno fin y lo otro medio. Trátase del fin último para que fue criado el hombre. 320
Cap. II.—Por el propio conocimiento se puede conocer el uso de las cosas temporales y el poco caso que hemos de hacer de ellas. 333

Cap. III.—La estimacion de los bienes eternos que se nos persuade con la encarnacion del Hijo de Dios. 339
Cap. IV.—La vileza de los bienes temporales se echa de ver por la pasion y muerte de Jesucristo. 345
Cap. V.—La importancia de lo eterno por haberse hecho Dios medio para que lo consiguiésemos, y dejádonos en prendas de ello su sacratísimo cuerpo. . . . 356
Cap. VI.—Si se han de pedir á Dios cosas temporales, y como el blanco de nuestras oraciones deben ser los bienes eternos. 364
Cap. VII.—Cuán dichosos son los que renuncian todos los bienes temporales por asegurar los eternos. 369
Cap. VIII.—Muchos que despreciaron y renunciaron todo lo temporal. 375
Cap. IX.—El amor que debemos á Dios no ha de dejar lugar ni facultad al alma para amar lo temporal. 382

FIN DEL ÍNDICE.

PRÓLOGO.

Mi amado lector, la obra titulada *Diferencia entre lo temporal y eterno*, escrita por el sábio y virtuoso P. Eusebio Nieremberg, de la Compañía de Jesús, es una de las de mas mérito en esta materia. Leyendo esta preciosa obra se han convertido tal vez mas almas que letras contiene el volúmen; sin embargo esta grande obra ha sido despreciada por algunas de aquellas personas que no saben hacer diferencia entre las cosas diversas. Para que, pues, tú no dés contra el mismo escollo, te debo advertir que esta obra está entretejida de verdades dogmáticas, autoridades humanas, parábolas, opiniones filosóficas é historias. En cuanto al dogma, nada hemos tenido que corregir, pues el P. Nieremberg era muy buen teólogo; en cuanto á las autoridades humanas, las presentamos tales cuales se hallan escritas en sus autores; en cuanto á las parábolas, ya se sabe que estas no se ponen como verdades reales, sino que sirven para hacer comparaciones, ya de cosas temporales, ya de cosas eternas. En cuanto á las opiniones filosóficas, tampoco es reprensible el autor, pues expone las que estaban en uso en su tiempo, y en esta parte es donde hemos corregido algo. Finalmente, debemos advertir que las historias referidas en esta obra son unas ordinarias y otras extraordinarias; en cuanto á las primeras, las presentamos acrisoladas por la crítica, por tanto merecen el asenso correspondiente. En cuanto á las historias extraordinarias, como son apariciones de Jesucristo, de los Santos, de los Ángeles, de los demonios, de almas santas y condenadas, de personas vivientes á quienes Dios ha mostrado en vision algo de la gloria del cielo, ó de las penas del infier-

no, etc., digo que todo esto es posible; y la razon es, porque ha sucedido, pues en las santas Escrituras, que son unos libros que no pueden engañarnos, se lee que el demonio se apareció á Adan y Eva en el paraíso terrenal y á Jesucristo en el desierto. Tambien consta en las santas Escrituras que los Ángeles se aparecieron á Abrahan, á Jacob, á Ezequiel, á Daniel, á Habacuc, á Zacarías, á Tobías, á los Macabeos, á María santísima y á san José. Tambien consta en las santas Escrituras que san Onías y san Jeremías se aparecieron despues de muertos á Judas Macabeo, y consta en el Evangelio que cuando Cristo murió resucitaron varios muertos, y aparecieron á muchas personas en Jerusalen; y en el mismo Evangelio consta que Jesucristo apareció varias veces á sus discípulos despues de muerto y resucitado, y en el libro sagrado de los Actos de los Apóstoles se lee, que el mismo Jesucristo despues de haber subido á los cielos apareció á san Estéban y Saulo. Finalmente consta en las santas Escrituras que Dios hizo ver á Isaías las penas del infierno, y á san Pablo la gloria del cielo, y á san Juan Evangelista le hizo ver uno y otro mientras estaban viviendo todavía en este mundo. Si, pues, Nuestro Señor Jesucristo se apareció en otro tiempo, tambien puede aparecerse ahora; si en otro tiempo se aparecieron los Santos, los Ángeles, los demonios, los muertos, tambien pueden aparecerse ahora. Y si Dios ha mostrado á sus siervos la gloria del cielo ó las penas del infierno mientras vivian en esta vida, tambien se las puede mostrar ahora; por tanto, cuando una persona fidedigna nos refiere alguna de estas cosas, no podemos absolutamente negarlo ó echarlo en ridículo, sino que podemos creerlo, sin que se nos pueda acusar de demasiadamente crédulos.

DIFERENCIA ENTRE LO TEMPORAL Y ETERNO.

LIBRO PRIMERO.

CAPÍTULO PRIMERO.

La ignorancia que hay de los bienes verdaderos, y no solo de las cosas eternas, sino de las temporales.

Para el uso de las cosas ha de preceder su estima, y á su estimacion su noticia, la cual es tan corta en este mundo, que no sale fuera de él á considerar lo celestial y eterno para que fuimos criados. Pero no es maravilla que, estando las cosas eternas tan apartadas del sentido, las conozcamos tan poco; pues aun las temporales que vemos y tocamos con las manos las ignoramos mucho. ¿Cómo podrémos comprender las cosas del otro mundo, pues las de este en que estamos no las conocemos? Á esto puede llegar la ignorancia humana, que aun no conoce aquello que piensa que mas sabe. Las riquezas, las comodidades, las honras, y todos los bienes de la tierra, que tanto manejan y codician los mortales, por eso las codician, porque no las conocen. Razon tuvo san Pedro cuando enseñó á san Clemente Romano (1) que el mundo era una casa toda llena de humo, en la cual nada se puede ver; porque así como el que estuviese en semejante casa ni veria lo que estaba fuera de ella, ni lo que estaba dentro, porque el humo estorbaria la vista clara de todo; de la misma manera sucede que los que están en este mundo ni conocen lo que está fuera de él, ni lo que está dentro, ni entienden cuánta sea la grandeza de lo eterno, ni la vileza de lo temporal, ignorando igualmente las cosas del cielo como las de la tierra. Y por falta de conocimiento truecan los frenos de la estimacion de ellos, dando la que merecen las eternas á las que son temporales, y haciendo

(1) Clement. Roman. in epit.

tan poco caso de las celestiales, como se debe hacer de las perecederas y caducas; siendo tan contrario á la verdad, como nota san Gregorio (1), que el destierro de esta vida tienen por patria, á las tinieblas de la sabiduría humana por la luz, y al curso de esta peregrinacion por estancia y morada, siendo causa de todo esto la ignorancia de la verdad y poca consideracion de lo eterno: por lo cual á los males califican por bienes, y á los bienes por males. Por esta confusion del juicio humano rogó David al Señor que le diese de su mano un maestro que le enseñase cuáles eran los verdaderos bienes, diciendo: *¿Quién me mostrará los bienes?*

Porque todo lo ignora el mundo, aun los mismos bienes del mundo, y lo que mas tienen entre manos; sucediéndonos lo que á los hijos de Israel, que teniendo el maná á la vista, y en las mismas manos, no lo conocian, y preguntaban qué era aquello. Pero aun esta curiosidad nos falta á nosotros, que no preguntamos qué son las riquezas, por las cuales pasan los mortales tantos peligros de muerte. ¿Qué son las honras, por las cuales se rompen los corazones humanos de envidia y de ambicion? ¿Qué son los deleites, por los cuales se estraga tanto la salud, y viene á perderse la vida? ¿Qué son los bienes de la tierra, que solo se pueden gozar en la peregrinacion que hacemos en el destierro de esta vida, y han de desaparecer á la entrada de la otra, como desapareció el maná á la entrada de la tierra prometida? Con razon Cristo nuestro Redentor llamó en el Apocalipsi escondido al maná; porque teniéndole en las manos no lo conocian los hebreos. Así son las cosas de esta vida escondidas al sentido, las cuales, aunque tocamos, no las conocemos, y confundimos la estimacion de ellas, haciendo por las temporales lo que solo debiéramos hacer por las eternas, y menospreciando á estas por estimar aquellas, que debian ser menospreciadas; porque faltando el conocimiento de las cosas faltará su estimacion, y se errará en su uso. Lo que va en esto se podrá tambien echar de ver en los que comian el maná; porque á unos les vino á causar hastío y provocar á vómito, y á otros les sabia dulcemente, y al manjar que mas querian: tanta diferencia como esta hay en el bueno ó mal uso de las cosas; y el buen uso de todas depende de su noticia. Despierten y abran los mortales los ojos, y conozcan la diferencia que hay entre lo temporal y eterno, para que dén á cada cosa su estimacion debida, despreciando todo lo que el tiempo acaba, y estimando todo lo que la eternidad conserva, á la cual deben buscar en el tiempo de esta vida, y por las mismas cosas temporales granjear las eternas, lo cual no podrán conseguir sin el conocimiento de unas y de otras; para que, puesta la mira en lo eterno, como de mas estima, conserven lo temporal, aunque por sí no tenga alguna, y de lo que es caduco y perecedero hagan consistente y duradero. El ma-

---

(1) Lib. 8 Moral. cap. 12, c. 7.

ná que dió Nuestro Señor á los hebreos, mientras peregrinaban en el desierto hasta llegar á la tierra prometida, entre otras misteriosas significaciones que tenia, una es ser símbolo de los bienes de esta vida, en la cual peregrinamos hasta llegar á la tierra que nos tiene prometida de la bienaventuranza eterna. Por eso se podrecia y corrompia luego, durando muy poco, como lo hacen todas las cosas de este mundo; solo la parte de maná que se cogia con intencion de guardarlo para el sábado, que es figura de la gloria, y de conservarlo en la arca para llevarlo á la tierra prometida, no se corrompia; de suerte que el cogerle con diferente respeto hacia á lo corruptible de condicion eterna, como notó Balduino (1), antiguo doctor, doctísimo intérprete de la sagrada Escritura. Tanto importa tener el respeto levantado y puesto en las cosas eternas, para que aun del uso de las temporales y cadúcas ganemos la eternidad, y lo pequeño volvamos grande, lo mudable consistente, y lo mortal inmortal y sin fin.

Algunos filósofos que consideraron mejor las cosas de esta vida, aun sin atencion á la eterna, hallaron en ellas muchas faltas, las cuales reduce á tres el sábio emperador y filósofo Marco Aurelio Antonino, el cual dice (2) que tienen estas tres tachas: de ser pequeñas, mudables y corruptibles hasta llegar á su fin. Todas estas condiciones hallarémos dibujadas en el maná; porque su pequeñez era tanta, que dice la sagrada Escritura que era menudo y tan pequeño como cosa molida en un mortero, cuando se hace polvo: su variedad y mudanza era tan notable que, llevado desde el campo donde se cogia hasta los reales, si llevaban un quintal se venia á resumir y mermar en una pequeña medida de gomor (3): para con unos se espesaba, y para con otros se extendia y esponjaba; su corrupcion era tan en breve, que no pasaba un dia sin que se llenase de gusanos, y corrompiese del todo. Con todas estas condiciones costaba mucho trabajo el gozar de él y comerle; porque primero se cansaban moliéndolo muy bien, cociéndolo, y haciéndole otros beneficios. De la misma manera los bienes de esta vida con todas sus tachas y malas calidades no se alcanzan ni gozan sin mucho molimiento y cansancio. Tras todo esto, no todos gozaban de la condicion que el maná tenia de suyo, de saber á lo que querian, porque los pecadores sentian limitado y menguado gusto en él: así es que nosotros aun los gustos naturales disminuimos con nuestros vicios, como en su lugar verémos. Es verdad que la apariencia tenia buena, porque, como dicen los setenta intérpretes (4), era semejante al cristal trasparente y lúcido. Esta es la condicion de los bienes de este mundo, que tienen resplandor y apariencia; pero son mas frágiles que el vidrio, son menguados, son variables é inconstantes, con mil mudanzas que tienen: son

---

(1) Bald. apud. Tibrain. Exod. XV. — (2) In vita sua. — (3) Bonfrer. in Exod. XVI.
(4) Septua. Interp. in c. 11. N. Species. illi species crystall.

corruptibles, caducos y mortales; y solo por el resplandor que muestran al sentido los buscamos como eternos y grandes.

Dejemos la apariencia y superficie pintada, y miremos la sustancial y verdad de las cosas; y hallarémos que todo bien temporal es muy pequeño, el eterno grande; lo temporal inconstante, lo eterno firme; lo temporal breve y temporal, mas lo eterno duradero, y al fin eterno. Esto solo bastaba para que se estimase mas que todo lo temporal, aunque esto fuese mas que lo eterno. Pero siendo lo temporal en sí tan corto y tan mudable, y lo eterno tan grande y tan firme, ¿qué diferencia habrá de lo uno á lo otro? San Gregorio juzgó que era bastante para que fuese la distancia inmensa, por lo cual dice: *Inmenso es lo que seguirá sin término, y poco es todo cuanto fenece* (1). El mismo Santo notó que el poco conocimiento y memoria de la eternidad es la causa del engaño de los hombres, que estimen los bienes falsos de esta vida, y desestimen los espirituales y eternos de la otra; y así dice (2): *Que el pensamiento de los predestinados siempre tiene su intencion puesta en la eternidad; aunque estos poseyendo gran felicidad de esta vida, aunque no tengan peligro de muerte, siempre lo miran presente. Al contrario hacen las almas obstinadas, que aman la vida temporal como cosa permanente, porque no entienden cuán gran cosa sea la eternidad de la vida futura, y como no consideran la solidez de lo perpétuo, juzgan al destierro por patria, á las tinieblas por luz, y á la carrera por estancia; porque los que no conocen las cosas mayores, aun de las muy pequeñas no podrán juzgar*. Por esto empezarémos á correr el velo y descubrir la distancia que hay de los bienes del cielo á los que son de la tierra, por la consideracion de la eternidad y flaca condicion del tiempo: luego llegarémos á tratar de la vileza de lo temporal y de la grandeza de lo eterno, porque como un filósofo dijo de la luz que no habia cosa mas clara ni mas oscura, se puede decir lo mismo de otras cosas tenidas por muy claras, las cuales no están entendidas, y no son las menos oscuras la eternidad y tiempo; y así procurarémos darlas mas á entender, ayudados de la lumbre de la fe, doctrina de los Santos y desengaño de los filósofos.

CAPÍTULO II.

Cuán eficaz consideracion sea la de la eternidad para mudar de vida.

El pensar en la eternidad llama san Agustin grande pensamiento (3); porque es su memoria de grande gozo á los Santos, de grande horror á los pecadores, para unos y otros de grande provecho: hace obrar cosas grandes, y muestra la pequeñez de las cosas de la tierra, perecederas y

---

(1) Lib. 7 Moral. cap. 12. — (2) Lib. 3 Mor. c. 12, vet. nov. — (3) Aug. in Psalm. LXXVI. Magna cogitat.

caducas: por esto quiero dar principio con esta luz á descubrir el campo de la poquedad, engaño y vileza de lo temporal, y encomendar la consideracion de lo eterno, porque es la que mas habia de estar en nuestro pensamiento, como perpétuamente la tenia en el suyo David, al cual, porque fue pecador, le causó horror y pasmo, y cuando santo, lo alentó mucho á serlo mas, sacando de su meditacion incomparable provecho de su espíritu; y así repite su memoria tantas veces en sus Salmos, no solo en el cuerpo de ellos, donde á cada paso dice: para siempre ó eternamente, ó por los siglos de los siglos, pero en la inscripcion y título de ellos; porque ningun título pone mas ordinariamente que este: *Contra el fin*, y *En el fin;* porque los componia con la consideracion de lo eterno, que se sigue al fin de esta vida; y para mas claridad añade en algunos: *Contra el fin en la octava;* esto es, segun san Agustin, por la eternidad: porque ella es la octava despues de los siete dias de la semana en que se resuelven todos los tiempos, los cuales pasados, no ha de haber mas semanas, sino únicamente el dia de la eternidad, como habla san Pedro.

En esta eternidad, pues, pensaba el Profeta de dia, y esta meditaba de noche; esta le forzaba á dar voces al cielo, esta le hacia clamar á Dios, esta le enmudecia y quitaba el habla con los hombres, esta le pasmaba y hacia con su consideracion faltar los pulsos, esta le atemorizaba, esta le ponia acibar en los gustos de esta vida, y daba á conocer la pequeñez de todo lo temporal, esta le hacia entrar dentro de sí y examinar su conciencia, esta finalmente le redujo á hacer una milagrosa mudanza de su vida, empezando con mas fervor á servir al Señor. Todos estos efectos de la memoria de la eternidad se verán solo en el salmo LXXVI; allí dice entre otras cosas: *Anticipáronse mis ojos á las vigilias: turbéme, y no hablé palabra*. La razon de esto da luego, diciendo (1): *Pensé en los dias antiguos, y he tenido en mi pensamiento los años eternos, y los medité de noche con mi corazon*. Este pensamiento le fue causa que se desvelase tanto; porque en él pensaba antes que saliese el sol, y en él se estaba pensando muchas horas despues de puesto, con tan grande asombro de lo que es eternidad, que le faltó el aliento, como él mismo dice, y se estremecia con el vivo concepto que hacia de lo que es perecer eternamente en el infierno, ó gozar de la bienaventuranza para siempre: y no es maravilla que este grande pensamiento de la eternidad atemorizase á un tan santo Rey; pues el profeta Habacuc dice que los mas altos collados del mundo se encorvaron, estremeciéndose los caminos de la eternidad. El santo mancebo Josafat, cuando se le representó la eternidad, puesto de una parte el infierno y de otra el cielo, quedó atónito y sin fuerzas, sin poderse levantar de la cama, como si tuviera una mortal dolencia. Los filósofos mas bárbaros con menor luz se atemorizaron de lo mismo; y así para símbolo de la eternidad escogieron

(1) Psalm. LXXVI.

cosas espantosas. Unos la pintaban en forma de un basilisco, que es la serpiente mas para temer de todas, y que con sola su vista asombra; porque no ha de haber cosa que mas nos ha de espantar que la eternidad de los tormentos en que puede caer uno. Y conforme á esto san Juan Damasceno (1) representó la duracion eterna en figura de un dragon feroz, que desde una grande hoya con la boca abierta acechaba los hombres para tragárselos vivos. Otros la dibujaron pintando una horrible y profunda caverna, en cuya entrada habia cuatro gradas; una de hierro, otra de bronce, otra de plata, otra de oro, en las cuales estaban muchos niños de diversas suertes jugando y entreteniéndose, sin reparar en el peligro de caer en aquella profundísima mazmorra. Fingieron esta sombra de la eternidad, no menos para ser digna de temor y espanto, que espantados ellos de la locura de los hombres, que se rien y se entretienen en cosas de esta vida, sin acordarse que han de morir, y que pueden caer en lo profundo del infierno; porque no eran otra cosa aquellos niños que jugaban á la entrada de tan horrenda y lóbrega sima, sino los hombres, mientras viven en esta vida, cuyas ocupaciones son de niños, y estando tan cercanos á la muerte y eternidad que despues de ella se sigue, no les causa pavor ni cuidado para dejar sus entretenimientos y vanas ocupaciones de la tierra. Verdaderamente es mucho de espantar que esperándonos tales extremos, como son, ó gloria eterna ó tormentos sin fin, vivamos tan sin temor ni cuidado de lo eterno. La causa es, porque no se ponen los hombres á considerar lo que es esto, qué es eternidad, qué es infierno para mientras Dios fuere Dios, qué es gloria sin fin: por eso se quedan tan de asiento y obstinados en sus gustos perecederos como si fueran inmortales; lo cual significaban aquellas gradas de metales tan duros; pero á David, que lo meditó é hizo concepto de lo que son años eternos, le causó tan grande pasmo, y le despertó con tal cuidado y vigilancia, que hizo una extraordinaria mudanza de su vida, y dijo con grande resolucion entre sí: *Ahora empiezo: esto es una mudanza de la diestra del muy Alto. Ahora empiezo*, como declara Dionisio (2), *á vivir espiritualmente, á entender sábiamente, á conocer verdaderamente, viendo la vanidad de este siglo presente y felicidad del futuro, reputando por nada toda mi vida pasada, mi aprovechamiento y perfeccion; y tomaré á pechos con nuevo propósito, con mas nuevo fervor, con estudio mas vehemente, las sendas de una vida mejor, entrando en los caminos del aprovechamiento espiritual, y comenzando cada dia de nuevo*. Y porque conoció él mismo tan trocado su corazon, confesó que aquella resolucion era milagrosa, diciendo: *Esta mudanza es la mano del Altísimo;* como si dijera, dice el mismo Dionisio: El haberme mudado de esta suerte, de las tinieblas de la ignorancia al resplandor de la sabiduría, de los vicios á las virtudes, de hombre carnal á espiritual, se ha de atribuir á la ayuda y mi-

---

(1) Damas. in vita ejus. — (2) Comment. in Psalm. LXXVI.

sericordiosa asistencia de Dios, que por medio de este conocimiento de la eternidad ha dado tan notable vuelco á mi corazon. Alumbra grandemente este gran pensamiento de lo eterno, y da conocimiento verdadero de las cosas. Por eso en el título de algunos salmos que hizo David con esta consideracion (como habemos dicho) añadió esta palabra (1): *Entendimiento, ó Para entendimiento;* esto es, para dar entendimiento á los que meditaren el fin de esta vida y eternidad de la otra; y así despreciaron los bienes temporales.

Con la experiencia de lo que pasó por su alma exhorta el mismo Profeta á todos que mediten con sosiego y despacio en la eternidad de las dos suertes tan opuestas que les aguardan, para que no solo corran, sino que vuelen en su aprovechamiento, y sufran todas las dificultades de la virtud: y así con grán misterio promete de parte de Dios á los que durmieren entre las dos suertes, esto es, á los que en la quietud de la oracion meditaren en la eternidad de la gloria y del infierno: que se les darán alas de paloma plateadas, y tambien espaldas doradas; que la vida espiritual no solo consta de la actividad de las buenas obras propias, sino de la paciencia y sufrimiento en las malas ajenas: el levantarse del lodo de la tierra para caminar al cielo es obrando actos de virtudes muy heróicos y preciosos, sin rendirse á los trabajos y penalidades que cargan sobre uno; y todo esto, cuando se hace con vivo concepto de lo eterno, es con mayor mérito, solicitud y perfeccion. Por eso le declaró el Profeta con la semejanza de las cosas mas preciosas que estiman los hombres, que son el oro y la plata. Pero como sea comunmente mas dificultoso, y por esta parte meritorio, el padecer que solo el hacer, aunque todo es muy precioso; por esto dijo que las espaldas serian de oro y las alas de plata. Tambien el patriarca Jacob tuvo esto por tan singular bien, que lo echó por bendicion á su hijo Isacar, diciéndole que se recostaria entre los términos; esto es, que consideraria de espacio los dos extremos de bienaventuranza ó miseria eterna, llamándole por eso fuerte juramento, por la fortaleza de ánimo que tiene para vencer las dificultades de la virtud, llevar los trabajos y carga de esta vida, sufrir los desprecios del mundo, y hacer grandes penitencias, quien considerare vivamente cualquiera de los dos términos eternos que nos están aguardando.

Pero no solo en los Santos, sino en los filósofos, causó particular efecto y desprecio de las cosas temporales la consideracion quieta y sosegada de lo eterno, aun mirándolo sin los dos extremos tan diversos que nos propone la religion cristiana. Séneca se queja mucho que le hubiesen interrumpido la meditacion de la eternidad, en la cual estaba embebido como en un dulce sueño, suspenso y aligado de los sentidos, gustando mucho de esta consideracion: *Deleitábame* (dice (2) en-

(1) Psalm. VI. — (2) Seneca, epist. 22.

tre otras cosas) *de inquirir en la eternidad de las almas, y por cierto de creerla: entregábame todo á tan grande esperanza; y ya me enfadaba de mí mismo, despreciaba todo lo que quedaba de la edad aun con salud entera, por haber de pasar á aquel tiempo inmenso, y á la posesion de todo siglo.* Tanto pudo en este filósofo la consideracion de lo eterno, que le hizo despreciar lo mas precioso de lo temporal, que es la vida. En los cristianos debe causar mayor efecto, pues conocen que no solo pueden vivir eternamente, sino que han de gozar ó penar para siempre, conforme á sus obras y vida.

CAPÍTULO III.

La memoria de la eternidad es de suyo mas eficaz que la de la muerte.

Por esto importará mucho hacer vivo concepto de la eternidad, y despues de hecho tener continua su memoria; porque será de suyo mas eficaz que la memoria de la muerte, que si bien una y otra es muy importante, mas generosa es la de la eternidad, mas fuerte y mas fecunda de santas obras: por ella las Vírgenes han guardado pureza, los Anacoretas han hecho severas penitencias, y los Mártires han padecido la muerte, á los cuales en sus tormentos no alentó el miedo de la muerte, sino el temor santo de la eternidad y amor de Dios. Los filósofos, aunque no esperaban la inmortalidad de la otra vida como nosotros, solo con la memoria de la muerte se retiraban de la vanidad del mundo, despreciaban sus grandezas, componian sus acciones, y ajustaban su vida á las reglas de la razon y virtud. Epicteto aconsejaba que se trajese siempre la muerte en nuestro pensamiento: *De esta manera,* dice (1), *no tendrás bajo pensamiento, no desearás nada con ansia.* Platon decia que tanto mas sábio seria uno, cuanto mas vivamente pensara en la muerte; y así mandaba á sus discípulos que anduviesen descalzos siempre que hiciesen camino; significando en esto que en el camino de esta vida siempre habiamos de tener descubierta su extremidad y fin, que es el morir y acabarse todo. Mas los cristianos que tienen fe de la otra vida han de añadir la memoria de la eternidad; y por las ventajas que hará esta memoria á la de la muerte se podrá echar de ver lo que va de lo eterno á lo temporal. Por eso á los filósofos movia tanto la muerte; porque con ella se habian de acabar todas las cosas de la vida mortal: es el término hasta donde solamente pueden gozar los hombres de riquezas, deleites y honras, y con ella ha de cesar todo. Otros, que deseaban morir, era porque con eso habian de fenecer sus males. Pues si así espanta la muerte solo porque quita los bienes de la vida, los cuales por otras mil maneras suelen faltar, y son de suyo, aun antes de la muerte de su poseedor, perecederos, y

(1) Epict. c. 18 ap. S. Hier. in c. 10 Matth.

en sí tan cortos y menguados, peligrosos, y llenos de cuidados y sobresaltos; y si la esperaron otros porque quita males temporales, aunque tan pequeños como son los de este mundo, ¿por qué no nos ha de mover la eternidad, pues asegura no solo bienes eternos, sino inmensos, y amenaza con males, no solo sin fin, pero excesivos? Sin duda, si se hace concepto de la eternidad, mucho mas poderosa es su memoria que lo es la de la muerte; y si de esta han tenido los hombres sábios tan notable memoria, y la aconsejaban á otros, mas se debe tener de la eternidad. Zenon, deseoso de saber un medio eficacísimo para componer su vida, refrenar los apetitos de la carne, y guardar las leyes de la virtud, consultó sobre ello á un oráculo, el cual le remitió á la memoria de la muerte, diciendo: Anda á los muertos, y consúltalos, y de ellos aprenderás cómo has de componer tu vida; porque viendo que los muertos ya no tienen nada de lo que tuvieron, y que juntamente con su vida espiraron todas sus felicidades, no las estimaria ni se ensoberbeceria con ellas. Por la misma causa bebian y comian algunos filósofos en cascos de hombres muertos; por tener continuo en la memoria que habian de morir, y no tener gusto de esta vida, aun necesario, que no corrigiesen con semejante recuerdo. Asimismo grandes monarcas usaron de la memoria de la muerte por antídoto de su fortuna, para que no fuese peor su vida que su prosperidad. El rey Felipe de Macedonia tenia mandado á un paje que le dijese cada mañana tres veces: *Felipe, hombre eres;* acordándole que habia de morir y dejarlo todo. El emperador Maximiliano I, cuatro años antes de morir, mandó le hiciesen su ataud, al cual llevaba consigo donde quiera que fuese, para que siempre le acordase otro tanto, y estuviese con voz muda diciendo: *Maximiliano, piensa que te has de morir y dejarlo todo.* Tambien los emperadores del Oriente, entre otras insignias de la majestad, traian en la mano izquierda un libro con las hojas de oro, al cual llamaban *Inocencia,* y estaba todo lleno de tierra y polvo, en significacion de la mortalidad humana, para acordarse con esto de aquella antigua sentencia: *Polvo eres, y en polvo te convertirás.* No fue sin mucha conveniencia estar en forma de libro este recuerdo de la muerte; para dar á entender de cuánta enseñanza y doctrina sea su memoria, y que ella sola es escuela de grandes desengaños. Tambien tenia misterio ser de oro, y traerlo en la mano izquierda, que es la que está mas junta al corazon; para notar cuán precioso es este desengaño, y como le hemos de tener esculpido en nuestra alma. Llámase con razon aquel libro *Inocencia*, porque ¿quién se atreverá á pecar que sabe se ha de morir? Ni los emperadores abisinos se descuidaron mas en esto (1); porque en su coronacion les traian entre otras ceremonias un vaso lleno de tierra y una calavera de muerto, advirtiéndoles al principio de su reinado

---

(1) Nicol. Gog. l. 1 de reb. Abyssin. cap. 8.

como habia de tener fin. Finalmente convinieron en esto todos los filósofos, que toda su filosofía era meditacion de la muerte.

Pero sin duda que hay mas que filosofar sobre la eternidad, y mas espantoso es haber de durar para siempre los tormentos del infierno que haber de acabarse presto los mayores imperios. Mas horrible cosa es haber males eternos que pasarse bienes temporales; mas maravilla es que sea nuestra alma inmortal que lo es que haya de morir nuestro cuerpo. Así los cristianos, principalmente los que tratan de perfeccion, mas han de procurar hacer concepto de la eternidad que temer la muerte, cuya memoria no habian de haber menester para despreciar todo lo temporal; porque el primer paso, segun el consejo de Cristo, habia de ser este de renunciar todo lo que poseen, para que quitados los impedimentos de la perfeccion cristiana se empleasen en santas obras y ejercicios de virtudes, con la consideracion y memoria de la eternidad que les aguarda para premio de ellas. Habia de sonar en nuestro corazon muchas veces esta horrenda voz: *Eternidad, eternidad;* no solo has de morir, sino despues de muerto te aguarda una eternidad. Acuérdate que hay infierno sin fin, y ten memoria que hay gloria para siempre. Mas poderosa cosa será para que cumplas la ley de Dios acordarte que eternamente lo has de pagar, ó si la quebrantas, que lo has de pagar con dolores sin fin, que saber que han de acabar contigo los bienes y males de esta vida. Acuérdate, pues, de la eternidad, y resuene en lo mas íntimo de tu alma: *Eternidad, eternidad.* Por eso la Iglesia cuando consagra á los padres de ella, que son los obispos, les trae á la memoria esta tan eficaz y fuerte memoria de lo eterno, diciendo: *Estén en tu pensamiento los años eternos*, como lo hizo David. Y en la asuncion y coronacion de los pontífices, les queman delante de los ojos un poco de estopa con las palabras: *Padre santo, así se pasa la gloria del mundo;* para que á vista de aquel resplandor breve y transitorio se acuerden de los ardores sempiternos. Y Martino V tomó por armas y blason una hoguera encendida, que llegaba á quemar en breve una tiara de pontífice, una diadema imperial, una corona de rey, y un capelo de cardenal; porque si no cumplen con las obligaciones de su oficio, arderán en breve por una eternidad en los infiernos, cuya memoria quiso tener siempre presente en este provechoso símbolo.

§ II.

El nombre de Isacar, á quien, como dijimos, bendijo su padre Jacob, porque se recostaria entre los dos términos de la eternidad, significa lo mismo *que el que tiene memoria*, y tambien *el varon del premio ó paga*, encargándonos con este misterio el Espíritu Santo la memoria de los premios eternos. Y para mostrar el Señor cuán preciosa es en su divino acatamiento y provechosa para nosotros, mandó que se esculpiese ese nom-

bre *Isacar* en un precioso ametisto que traia el sumo sacerdote en el racional, la cual piedra fue tambien revelada á san Juan, que es uno de los fundamentos de la ciudad de Dios; y por ella dice san Anselmo que se significa la memoria de la eternidad, que es un principalísimo fundamento del edificio de toda nuestra perfeccion. ¡Oh como, pues, el pensamiento de la eternidad debe producir en nosotros una gran vigilancia! en efecto ¿qué cosa hay que la deba causar mayor que andar entre estos dos extremos de gloria ó pena eterna? ¿Qué cosa habia de hacer mas desvelarnos que correr este peligro de caer en el infierno? ¿Cómo pudiera dormir á quien solo le sirviese de puente entre dos altísimos peñascos un estrecho madero de medio pié de ancho, corriendo mientras pasaban vientos fortísimos, y viendo que se caia en un horrendo despeñadero? No es menor el peligro de esta vida, porque el camino para pasar al cielo es estrechísimo, los vientos de tentaciones vehementísimos, los riesgos de ocasiones frecuentísimos, los daños de los malos ejemplos grandísimos, los engaños de los ruines consejeros muchísimos. En evidentes peligros andamos; ¿cómo podrá un cristiano dormirse y descuidarse? Sin duda ninguna cosa es mas dificultosa salvarse, mirando á nuestra naturaleza depravada y las asechanzas del demonio, que pasar un hombre muy pesado sobre una cañaleja quebrada un caudaloso y precipitado rio.

Tambien el pensamiento de la eternidad es un antídoto eficaz contra el veneno de la culpa. En efecto, ¿con qué cuidado procurará librarse del pecado el que considere que por un solo pecado mortal se merece una eternidad de penas? Tambien el pensamiento de la eternidad es un lenitivo el mas suave contra la furia de las pasiones desordenadas. ¿Cómo, pues, será posible que pueda vengarse de su enemigo el que considere que con esto puede incurrir el odio eterno de todo un Dios? ¿Quién podrá entregarse á la avaricia y á la ambicion, si considera que por los bienes pasajeros de esta vida se padece miseria eterna en la otra? ¿Quién podrá entregarse á los gustos mundanos, si considera que por un placer de un momento se dan en el infierno tormentos sin fin? Finalmente, este gran pensamiento de la eternidad es fecundo de santas obras, porque ¿quién hay que si considerase con viva fe que por lo que es momentáneo y leve se da un peso de gloria eterna, no se animara á obrar cuanto pudiere, á padecer mucho y sufrir por Dios? ¡Oh cuán fecundo de obras heróicas es este santo pensamiento: *Espérame gloria eterna!* Los triunfos de los Mártires, las victorias de las Vírgenes, las penitencias de los Confesores, efectos son de esta consideracion. ¡Oh santo pensamiento, que así haces vigilantes y atentos á los descuidados, así das sabiduría y juicio á los mas engañados, así sanas á los mas encancerados y corrompidos con el veneno del pecado; sosiegas las mayores tormentas de nuestras concupiscencias, fecundas en santas obras á los mas tibios y estériles de virtudes! ¿Quién hay que no procure tenerte y fijarte en su alma? ¡Oh

si los cristianos le grabasen en su corazon para que nunca le borrasen ni echasen de sí, cuán diferentemente vivirian! ¡Y cómo se les luciria en sus obras! Porque aunque la memoria de las cuatro postrimerías sea muy eficaz para reformar la vida, esta de la eternidad es como la quinta esencia, la cual en virtud contiene á todas.

CAPÍTULO IV.

El estado de los hombres en esta vida, y miserable olvido que tienen de la eternidad.

Antes que lleguemos á declarar las condiciones de la eternidad, cosa tan necesaria para vivir santa y virtuosamente, pongamos delante de los ojos el olvido y engaño miserable de los hijos de Adan, de cosa tan importante, pues viven tan descuidados, amenazándolos por momentos la eternidad, y no distando de ella mas espacio de dos dedos, como dijo un filósofo. Porque ¿qué hay de los navegantes á la muerte, sino el grueso de una tabla? ¿Qué hay del colérico á la eternidad sino el filo de una espada? ¿Qué hay del soldado á su fin sino cuanto puede alcanzar una bala? Qué hay del ladron á la horca sino lo que hay de ella á la cárcel? Finalmente, ¿qué distancia hay en el mas sano y robusto hasta la eternidad sino lo que hay de la vida á la muerte, que está muy inmediata, pues tantas veces sucede repentinamente y por momentos debe esperarse? La vida del hombre no es sino un camino peligroso que va á la orilla de la eternidad, y con certeza de caer en ella. ¿Cómo vivimos descuidados? ¿Qué abiertos llevaria los ojos, con qué tiento pondria los piés quien caminase juntamente á un grande despeñadero, no por mas ancha senda que cuanto cabian los piés, y esa llena de tropiezos? Pues ¿cómo los que andan cerca de la eternidad no atienden á su peligro?

Declaró bien san Juan Damasceno este riesgo y engaño de los hombres (1) con una ingeniosa parábola, en que nos propone al vivo el estado de esta vida. Dice que iba un hombre huyendo de un furioso unicornio, que solo con sus bramidos hacia temblar los montes y resonar los valles: huyendo de esta manera, sin advertir á dónde iba, cayó en una profunda hoya; pero al caer extendió las manos para asirse donde pudiese, y topó con unas ramas de un árbol que allí estaba, al cual se agarró fortisimamente, y se detuvo en él muy contento, pensando habia escapado con eso de su peligro. Pero mirando á la raíz del árbol vió á dos grandes ratones, uno negro y otro blanco, que le estaban continuamente royendo muy aprisa, y que ya estaba para dar de allí abajo él. Mirando despues el suelo de la hoya vió en ella un disforme dragon que

(1) In hist. Barb. in fin.

echaba fuego por los ojos, y le estaba mirando con aspecto terrible, la boca abierta, esperando que cayese para tragársele. Luego, echando los ojos á un lado de la pared de la hoya á que estaba arrimado aquel árbol, vió que tenian sacadas las cabezas cuatro ponzoñosos áspides para morderle mortalmente; pero mirando tambien á las hojas del árbol advirtió que algunas destilaban algunas gotas de miel, con lo cual él muy contento, olvidado de los demás peligros que por tantas partes le amenazaban, se estaba entreteniendo cogiendo gota á gota la miel, sin reparar en mas, ni haciendo ya caso de la fiereza del unicornio que estaba en lo alto, ni de la terribilidad del dragon que estaba en lo bajo, ni de la ponzoña de los áspides que estaban al lado, ni de la fragilidad del árbol que estaba para caer, ni del riesgo que él sentia de írsele los piés y despeñarse; porque todo esto le hacia poner en olvido una gota de miel, con la cual estaba todo ocupado cogiéndola y gustando de ella. En esta imágen verémos representado el estado de los hombres que, olvidados de los peligros de esta vida tan llena de ellos, se dan á sus gustos. Porque el unicornio significa la muerte, que desde que nace un hombre le sigue y va tras él; la hoya es el mundo, que está lleno de males y miserias; aquel árbol es el curso de la vida; los ratones que le roen, uno blanco y otro negro, son el dia y la noche, que sucediéndose continuamente le van por horas y momentos acabando; los cuatro áspides son los cuatro elementos ó humores que constituyen nuestra complexion, que en excediendo alguno se turba, y acaba toda la composicion humana, y con ella la vida; aquel horrendo y espantoso dragon es la eternidad del infierno, que está dilatando su garganta y boca para tragar los pecadores; la gotica de miel son los gustos y entretenimientos de esta vida, y es tan grande el divertimiento de los hombres, que no advierten por un breve deleite á tantos riesgos como están expuestos, y viéndose cercados por todas partes de tantos peligros de la muerte, cuantos son los modos y causas que hay de morir, que son infinitos, y son otras tantas bocas ó puertas de la eternidad, se están saboreando en una gota de miel de un gusto momentáneo, que les ha de hacer echar las entrañas por los siglos de los siglos.

¡Pasmo es el olvido que de esto tenemos! ¡Asombro es que no nos sobresalte este riesgo! ¿Cómo es esto que cada momento nos amenace una eternidad, y que nos descuidemos tantos dias y meses? Dígame el mas sano y robusto, ¿qué año tiene seguro de que no le acometerá la muerte, y le arrojará de un empellon al abismo eterno? ¿Qué digo año seguro? ¿Qué mes del año, y qué semana del mes, qué dia de la semana, qué hora del dia, y qué instante de cada hora tiene seguridad? Pues ¿cómo comemos descuidados, cómo dormimos seguros, cómo nos podemos holgar con gusto alguno de este mundo? Si uno entrase en un campo que estuviese todo lleno de asechanzas y trampas secretas, que en poniendo el pié sobre una habia de caer sobre alabardas y picas, ó en

la boca de un dragon, y viese á sus mismos ojos que otros hombres que con él habian entrado iban cayendo en ellas y desapareciendo, él se estuviese danzando y corriendo en aquel campo sin recelo de nada, ¿quién dijera que aquel hombre no estaba loco? Por cierto, mas loco estás tú, pues viendo que tu amigo cayó en la trampa de la muerte, y que á tu vecino se le sorbió ya la eternidad, y que tu hermano se hundió ya en la hoya de la sepultura, tú te estás tan seguro como si no te esperara otro tanto. Aun siendo incierto el morir te habias de desvelar por cualquiera duda ó peligro que de ello tuvieses; ¿qué debes hacer siendo tan cierto que tarde ó temprano te has de entrar por la boca de la eternidad? Maravilla es cómo se previenen los hombres contra los peligros, aunque sean muy inciertos. Si oyen decir que hay salteadores en algun camino que roban á los pasajeros, ninguno pasa por allí sino armado y prevenido, y muchos juntos: si oye que hay pestilencias, busca muchos antídotos y contrapestes, y guardándose en cosas muy menudas: si sospecha que ha de haber hambre, previénese con tiempo de trigo. Pues ¿cómo, sabiendo que hay muerte, que hay juicio de Dios, que hay infierno, que hay eternidad, no estamos alerta, y no nos apercibimos? Abramos los ojos, y miremos el peligro en que estamos: miremos dónde asentamos el pié, porque no perezcamos, que es muy peligroso el estado de esta vida; y con razon le comparó Isidoro Clario (1) á un puente tan angosto que apenas caben los piés, debajo del cual esté un lago de águas negras, lleno de sierpes y fieras, y animales ponzoñosos, que se sustentan de los que caen del puente: á un lado y al otro hay jardines, prados, fuentes y edificios muy hermosos; pero así como seria locura del que pasase puente tan peligroso divertirse en mirar los prados y edificios sin tener cuidado con los piés, así es locura de los que pasan por esta vida pararse á mirar los bienes de ella sin mirar por sus pasos y obras. Añade Cesáreo Arelatense, que este puente tiene el mayor peligro en el fin, porque alli es lo mas estrecho de él y donde se viene á peligrar; y este es el paso estrechísimo de la muerte. Miremos en vida dónde asentamos el pié con seguridad para el cielo, porque en la muerte no le pongamos en vago, y perdamos la eternidad, á la cual viene á parar nuestra vida. ¡Oh eternidad, eternidad, qué pocos son los que se previenen para tí! ¡Oh eternidad, peligro de peligros, y riesgo sobre todos los riesgos, si se yerra el golpe! ¿Cómo no se aperciben para tí los mortales, y cómo no te temen? No hay peligro mayor que el de la eternidad, no hay riesgo mas cierto que el de la muerte: ¿cómo no nos apercibimos y armamos para ella? ¿Cómo no nos prevenimos de lo que será de nosotros mientras Dios fuere Dios? Esta vida presente ha de durar muy poco, las fuerzas nos han de faltar, los sentidos se nos han de entorpecer, las riquezas nos las han de quitar, las comodidades se nos

(1) Isid. Cl. juxta S. Greg.

han de acabar, el mundo nos ha de echar de sí: ¿por qué no miramos lo que ha de ser de nosotros despues? Á otra region nos han de enviar para muy de espacio: ¿por qué no miramos qué hemos de hacer allá?

Pues para que veamos esta nuestra suerte, y sepamos ser prudentes, diré otra parábola del mismo san Juan Damasceno (1). Habia una ciudad muy grande y populosa, cuyos moradores tenian esta costumbre de elégir por rey á un extranjero que no tuviese noticia de aquel reino y república, al cual por un año le dejaban libremente hacer cuanto quisiese; pero despues, cuando él estaba mas descuidado y sin recelo, pensando que habia de reinar toda su vida, llegaban de repente á él, y le despojaban de las vestiduras reales, y sacándole desnudo por la ciudad le llevaban á una isla muy léjos, donde venia á padecer extrema pobreza, sin tener que comer ni vestir, mudándole tan sin pensar su fortuna en todo lo contrario: sus riquezas en pobreza, su gozo en tristeza, sus regalos en hambre, su púrpura real en quedarse desnudo. Pero sucedió una vez que uno de estos que eligieron por rey era hombre muy prudente y astuto, el cual entendiendo por un consejero aquella mala costumbre de los ciudadanos y su notable inconstancia, no se ensoberbeció nada con la dignidad y reino que le habian dado; solo cuidaba de cómo habia de mirar por sí, para que despues de privado del reino y desterrado á aquella isla no pereciese de pobreza y hambre, cuyo destierro estaba por momentos temiendo. El consejo que tomó fue: mientras le duraba el reinado hacer pasar con gran secreto todos los tesoros de aquella ciudad, que eran muy grandes, á la isla donde habia de venir á parar. Habiéndolo hecho así, vinieron al cabo del año los ciudadanos con grande alboroto para deponerle de su diguidad y oficio de rey, como lo habian hecho con sus antecesores, y enviarle desterrado; él se partió para allá sin ninguna pena, porque habia enviado delante grandes tesoros, con los cuales vivió con mucha abundancia y grandeza, habiendo perecido de hambre los demás reyes. Esto es, pues, lo que pasa en el mundo y lo que debe hacer el que quiere ser prudente; porque aquella ciudad significa este mundo loco, vano, inconstantísimo, en el cual cuando piensa uno que reina, de repente le despojan de todo, y desnudo va á parar á la sepultura, cuando menos la esperaba, y mas ocupado estaba en gozar y entretenerse con sus bienes transitorios y caducos, como si fuesen inmortales y perpétuos, sin tener memoria alguna de la eternidad, á donde en breve le destierran, region tan léjos y apartada de su pensamiento, en donde va, sin pensar, desnudo y desamparado, para perecer con una muerte eterna, y solo vive para penar en aquella tierra de muertos oscura y tenebrosa, donde no entra luz, y solo hay sempiterno horror y lobreguez. Pero el prudente es el que considerando lo que le ha de suceder en breve, de salir despojado de este mundo, se pre-

(1) Damas. in vita Joseph.

viene para el otro, aprovechando el tiempo de esta vida para hallarlo en la eternidad, y con obras santas de penitencia, caridad y limosna traspasa sus tesoros á la region en que ha de habitar para siempre, ordenando bien aquí toda su vida. Pensemos, pues, en lo eterno, para que ordenemos lo temporal y logremos lo temporal y eterno. La consideracion de la eternidad entendió san Gregorio que estaba figurada en aquella despensa bien proveida de precioso vino, en la cual dice la esposa que la introdujo el esposo, y ordenó en ella la caridad; porque dice que cualquiera que con atencion algo profunda considerare en su ánimo la eternidad, se podrá gloriar diciendo: Ordenó en mí la caridad, porque conservará mejor órden de amor amándose á sí menos, y mas á Dios y por Dios; porque aun lo que le fuere mas necesario de lo temporal no lo usará sino por lo eterno.

CAPÍTULO V.

Qué sea la eternidad, segun san Gregorio Nazianceno y san Dionisio.

Empecemos, pues, á declarar algo de lo que es inexplicable, y formar algun concepto de lo que es incomprensible, para que conociendo los cristianos, ó, por mejor decir, ignorando menos lo que es eternidad, tiemblen de cometer una culpa, ó dejar una obra de virtud, estremeciéndose que por cosas tan pocas como las de la tierra desperdicien las que son tan grandes como las del cielo. Viendo Agripina romana el gran desprecio de su hijo, que derramaba el oro y plata como si fuese agua, deseó corregir su prodigalidad, y una vez que mandó dar cási la cuarta parte de un millon, hizo la madre juntar otra tanta cantidad de dinero, y extendida en unas mesas se la mostró toda junta, para que viendo con los ojos lo que montaba aquello que tan temerariamente habia maltratado, se moderase en sus grandes desperdicios. No tiene otro remedio el perdimiento y locura de los hombres sino ponerles delante lo que pierden y malbaratan por un gusto que se toma contra la ley de Dios; pues por lo que es muy pequeño pierden lo que es sumo, y por lo que dura un instante pierden lo que no tiene fin: por esto deben considerar qué sea no tener fin, qué es durar para siempre, qué es eternidad; pero ¿quién podrá declarar esto? Porque la eternidad es un océano inmenso, cuyo fondo no se puede hallar; es un abismo oscurísimo donde se hunde toda la facultad del entender humano; es un laberinto intrincado de donde nadie puede salir; es un perpétuo estar que carece de futuro y pasado; es un continuo círculo, cuyo centro está en todas partes, y su circunferencia en ninguna; es un grande año que siempre empieza y nunca topará con el fin; es lo que no se puede comprender, y siempre se debe aprender y pensar. Pero para que digamos algo, y hagamos alguna aprension de lo incomprensible, veamos cómo la definen los Santos. San Gre-

gorio Nazianceno no sabe qué decirse de lo que es, sino lo que no es; y así dice: *La eternidad no es tiempo, ni parte de tiempo;* porque el tiempo y sus partes se pasan, mas en la eternidad no se pasa ni se ha de pasar nada; porque todos los tormentos con que entra un alma en el infierno, tan enteros y vivos como fueren al principio, la han de atormentar despues de millones de años; y de todos los gozos con que entra el justo en el cielo no se ha de menoscabar alguno. El tiempo tiene de suyo traer costumbre y disminuir las cosas; porque lo que al principio pareció nuevo, despues disminuye su sentimiento; pero la eternidad siempre está entera, siempre es una misma, no pasa nada por ella: los dolores con que empieza en los condenados, despues de mil siglos serán flamantes y nuevos; la gloria que en el primer instante recibe quien se salva siempre le parece reciente. No tiene partes la eternidad, toda es de una pieza, no hay en ella diminucion ni menoscabo; y aunque los gustos de esta vida, que andan con el tiempo, sean de tal condicion que con el tiempo se disminuyen, ni haya en este mundo algun deleite que si durase mucho no se transformara en pena, y por el contrario, las penas con el tiempo se menoscaban y curan: muy al contrario es la tela que hace la eternidad, porque toda es uniforme, no tiene gusto que canse ni pena que afloje; y así conforme á san Dionisio Areopagita (1) la eternidad es inmutabilidad, inmortabilidad, incorruptibilidad de una cosa toda existente, y en un espacio que no parece sino que siempre se está de una misma manera; porque, como dijo el Sábio, donde cayere el leño, allí quedará: si cayeres como tizon infernal en el profundo del abismo, siempre estarás allí ardiendo como caiste, sin que nadie te levante, mientras Dios fuere Dios: allí te estarás sin que te puedas volver de un lado á otro.

Es la eternidad inmutable, porque no se compadece con ella mudanza; es inmortal, porque no cabe en ella fin; es incorruptible, porque nunca tendrá diminucion. Los males de esta vida, por desesperados que sean de remedio, no carecen de este consuelo; que, ó con la mudanza se alivien, ó con la muerte se acaben, ó con la corrupcion se disminuyan: todo esto falta á los males eternos, los cuales jamás tendrán el alivio de mudarse, ni el remedio de acabarse, ni el consuelo de disminuirse. La mudanza de trabajo suele servir de descanso, y un enfermo, por congojado que esté, con mudar de lado se alivia; pero las penas eternas en un mismo punto y fuerza permanecerán mientras Dios fuere Dios, sin modo alguno de mudanza. El manjar mas gustoso y saludable del mundo, que fue el maná, solo porque fue continuo vino á causar hastío y vómito. Las penas que se continúan para siempre ¿qué tormento no causarán permaneciendo siempre de una misma manera? El mar tiene sus menguantes y crecientes, los rios sus avenidas, los planetas varios si-

(1) Cap. 19 de div. nomin.

tios; el año sus cuatro tiempos; á las mayores fiebres les viene su declinacion, y el dolor mas agudo, en llegando á lo sumo, suele descrecer: solo las penas eternas no tendrán declinacion, ni verán sus ojos mudanza. El andar por el camino todo llano, que parece el mas descansado, suele cansar mas, porque le falta variedad: ¿cuánto cansarán los caminos de la eternidad, aquellos dolores perpétuos que no pueden mudarse, ni topar con fin, ni experimentar diminucion? Los que fueron los tormentos de Cain ahora cinco mil años, esos son ahora despues de pasados tantos siglos, y lo que son ahora, eso serán de aquí á otro tanto tiempo: sus partes compiten con la eternidad de Dios, y la duracion de su desdicha con la duracion de la gloria divina. Y mientras Dios viva ellos lucharán con su muerte, y estarán muriendo inmortalmente; porque aquella muerte eterna dura, y aquella vida miserable mata, porque tiene lo peor de la vida y de la muerte. Viven los miserables para padecer, y mueren para no gozar; ni tienen el descanso de la vida, ni el término de la muerte; sino para mayor tormento suyo tienen la pena de la muerte y la duracion de la vida. Mira, por el contrario, cuán dichosa suerte sea la de los que mueren en gracia, pues su gloria será inmortal, sin miedo de que se ha de acabar: su bienaventuranza inmutable, sin poderse envejecer: su corona incorruptible, sin haberse de marchitar: donde no pasará dia por los gozos: donde siempre el contento será nuevo, y su gloria reverdecerá por perpétuas eternidades: donde la bienaventuranza será siempre una misma, y la gloria, que ahora seis mil años tuvo san Miguel, tiene tan fresca ahora como el primer dia; y la que ahora tiene será tan nueva de aquí á seis mil millones de años como hoy.

CAPÍTULO VI.

Qué sea la eternidad, conforme á Boecio y Plotino.

Lleguemos á escuchar el parecer de Severino Boecio y Plotino, dos grandes filósofos, y el uno no menor teólogo, qué sienten acerca de este misterio y secreto de lo eterno. Definió Severino Boecio á la eternidad diciendo que era *una total y perfecta posesion de una vida interminable* (1): la cual definicion, aunque principalmente conviene á la eternidad de Dios, tambien se puede ajustar á la eternidad de las criaturas racionales que le gozan, porque tienen una total y perfecta posesion de bienes en una vida eterna que nunca se ha de acabar. Con razon la llamó posesion, por el cumplimiento de su gozo; porque la posesion es el mejor modo de gozar una cosa, el cual denota señorío pleno; porque el que tiene algo prestado ó en depósito, aunque goce de ello no es con la li-

(1) Lib. 5 de Cons. philosoph. pr. 6.

bertad del que lo posee. Dice mas, que esta posesion es total, porque es de todos los bienes, sin faltarle alguno; y es de todos juntos, sin ser menester para gozarse que sean unos despues de otros, porque todos juntos se pueden gozar. No tienen los bienes de esta vida esta tan noble condicion, porque aunque uno tuviese todos los bienes de ella no los pudiera lograr juntos, sino sucesivamente, yéndose unos y sucediendo otros. El emperador Heliogábalo, que fue quien mas quiso y procuró gozar de ellos, por mucha diligencia y prisa que se dió, apenas pudo lograrlos de una vez á tres ó cuatro juntos: mientras estaba en los banquetes no pudo atender á los saraos; y mientras estaba en los saraos no pudo atender á las fiestas de los espectáculos; y mientras se ocupaba en esto no se entretenia en las músicas; y mientras oia las músicas no pudo solazarse en la caza y montería; y mientras se deleitaba en la montería, no pudo cebarse en su sensualidad. Para gozar de unos gustos habia de dejar otros; de suerte que, aunque no los tuvo todos, porque le faltaron los que gozaban otros hombres particulares, aun de aquellos que pudo gozar, no los pudo gozar juntos. Mas al justo en el cielo no le falta bien, y teniendo todos los bienes, no ha menester sucesion para gozarlos, porque de todos goza juntamente. Es tambien perfecta la posesion de la bienaventuranza, por la seguridad que tiene de no poderla inquietar nadie: ninguno puede poner pleito sobre ella, ninguno la puede hurtar, ninguno la puede turbar.

Es tambien perfecta su posesion, porque se goza cumplidamente, no como los bienes de la tierra, que no se pueden gozar enteros, porque ó la distancia del lugar, ó la imperfeccion del sentido, ó la mezcla de algun dolor, cuidado, ó por lo menos la multitud de objetos y oposicion suya es causa de que no se gozan entera y perfectamente. Mas aquella bienaventuranza eterna toda se posee perfectamente, y se percibe enteramente su gozo, y se penetra y embebe en el alma todo lo esencial de su dulzura, la cual no puede menoscabar mezcla de pena, ni sobresalto de cuidado, ni incapacidad de sujeto, ni distancia del sitio, ni grandeza de objeto; porque dolor ni cuidado no cabe allí, y el sujeto se eleva, y el objeto se acomoda, y por distancia y espacio no se proporciona su gusto y deleite eterno. Por todo eso dijo tambien Plotino (1) que la eternidad era una vida llena y toda juntamente; porque en ella estará lleno y cumplido cuanto hubiere de vida, porque estará lleno y vivo el sentimiento de todos los bienes con toda la capacidad del alma, y porque no habrá parte de vida en el hombre que no esté llena de dulzura, gozo y descanso. La vida de los oidos estará llena percibiendo concertadísimas músicas; la vida del olfato estará llena con la fragancia de suavísimos olores; la vida de los ojos estará llena apacentándose de toda hermosura; la vida del entendimiento estará llena conociendo al Criador; la

(1) Ennead. 3, lib. 7.

vida de la voluntad estará llena amándole, gozándose y deleitándose con él. La vida temporal no puede tener esta llenura ni satisfaccion, aun en cosas menores, y la atencion de un sentido impide á la del otro, y la del cuerpo á la del espíritu. No se puede gozar aquí sino por parte la vida, y esa menoscabada; pero en aquella eterna felicjdad ha de ser lleno el vivir, total el poseer, y perfecto el gozar, donde vive todo lo que puede aquí morir, que ni por incomposibilidad de los objetos, ni por impedimento de los sentidos, ni por incapacidad del alma se dejan de gozar todos los bienes juntos con todos los sentidos y potencias juntas. Además de esto, esta posesion tan total y tan perfecta, y tan llena, es por una vida sin muerte, por un espacio sin término, por un dia que es eterno, el cual vale por todos los dias, y encierra todos los años, y abraza todos los siglos, y sobrepuja todos los tiempos; porque en ella nada pasó, y el bien de ella no pasará.

Al contrario es en los miserables pecadores, cuya eterna miseria tiene semejante condicion para el mal que la eternidad del bienaventurado para el bien, en los cuales están los males, no como quiera, sino en posesion, porque estarán en sus tormentos con todo lo que son, con alma, con cuerpo, con todos sus sentidos y potencias. Aquella se dice posesion que se adquiere con cuerpo presente: pues estos desdichados con todo su cuerpo y cuanta sustancia tienen estarán en ellos, no como en cosa prestada, sino como en cosa tan propia, que ni aun enajenarla podrán; porque no hay cosa mas propia y debida que lo es la pena á la culpa; y no solo ellos, pero los males en ellos tomarán posesion de cuanto son, porque los sentidos, los miembros, los artejos del cuerpo, las potencias del alma, las facultades mas espirituales estarán poseidas de fuego, amargura, dolor, rabia, despecho, miseria y maldicion: por lo cual esta posesion de los malaventurados será total, porque será de todos los males: no habrá mal que falte allí, donde harán concurso todas las desdichas y tormentos; no faltará allí ni en el gusto amargura, ni en el apetito hambre, ni en la lengua sed, ni en la vista horror, ni en el oido asombro, ni en el olfato podredumbre, ni en el corazon pena, ni en la imaginacion espanto, ni dolor en cada miembro, ni fuego en las mismas entrañas: todos los males poseerán los desdichados, y todos totalmente, porque con ser tantos sus tormentos que, si uno á uno los hubiesen de padecer, habia de padecer en ellos muy largos años, y bastaran para ser tremenda su suerte, pero sobre todas sus desdichas es que los han de padecer de por junto: ni el dolor de una parte del cuerpo ha de esperar que cese en otra, ni la pena del espíritu ha de aguardar á que acabe el fuego de abrasar la carne: todos los males á una han de acometer, todos de un golpe han de estar cayendo sobre los pecadores. Una gotera sola cava una piedra, y para acabar Dios con el mundo bastó que lloviese en él por cuarenta dias. Pues ¿qué será cuando llueva su justicia fuego, azufre y tempestades sobre un condenado, no por cua-

renta dias, sino mientras Dios fuere Dios? Además de esto, no solo poseerán los males todos y de por junto, sino consumada y enteramente; porque ni se menoscabará el sentido con la multitud de los dolores, ni se embotará con su grandeza; pues tan despierto y vivo estará para todos, como si padeciera en uno solo; tan perfectamente han de sentir el rigor entero de cualquiera de sus tormentos, que el fuego solo, no solamente les ha de penetrar los huesos, corazon y entrañas, pero hasta á la misma alma inmediatamente ha de abrasar su incendio con tormentos inmortales, porque la posesion de su miseria será total, será perfecta, será llena: total, porque padecerá todos los males; perfecta, porque los padecerá totalmente; y llena, porque padecerá en todos los sentidos, facultades y potencias que pueden padecer. No es este estado y vida para durar, ó por mejor decir, no es esta muerte para vivir; pero vivirá en los malaventurados esta muerte para mientras tuviere Dios vida, y durará su miseria para mientras tuviere Dios gloria.

CAPÍTULO VII.

Declárase qué es la eternidad, conforme á san Bernardo.

De otra manera declara san Bernardo la eternidad; diciendo: *Que es la que abraza todo tiempo* (1), el pasado, el presente y el futuro; porque no hay dias, ni años, ni siglos que harten á la eternidad. Ella sola se sorbe todos los tiempos posibles é imaginables, y le queda estómago desembarazado para mas. Fuera de esto abraza todo tiempo, porque goza cada instante lo que ha de gozar en todo tiempo, por lo cual llamó Marsilio Ficino á la eternidad momento eterno, y nuestro Leonardo Lesio dijo que era juntamente larguísima y brevísima. Es larguísima, porque sobrepuja á todo tiempo, y durará infinitos espacios; es brevísima, porque en un instante de tiempo tiene lo que puede tener por tiempo infinito: porque así como el tiempo es un instante que vuela y pasa, porque no hay en el tiempo mas que el instante presente, el cual está siempre corriendo y mudándose de uno en otro cada paso y momento, así la eternidad no es mas que un instante que permanece y que está siempre fijo y estable, porque en ella están todas las cosas juntas y consistentes siempre en un mismo estado. Por ella pasan todos los tiempos, y sucediéndose unos á otros, ella está presente y perseverante en todos. El tiempo y todas las cosas temporales son como un arrebatado rio, en el cual con mucha priesa van corriendo unas olas y otras, sin cesar de estarse mudando perpétuamente; pero la eternidad es como una roca firmísima, ó la madre del mismo rio por donde pasan las aguas, que corriendo por ella unas y otras sin volver mas á parecer, ella se está

(1) Serm. 1 in Fest. Omnium Sanctor.

siempre en un mismo lugar: así son todas las cosas temporales, que sin permanencia ni consistencia alguna van sin volver jamás, pasando muy apriesa á la presencia de la eternidad; y como la madre del rio, con estar parada, contiene todas las aguas que corren en el rio, así la eternidad abarca todos los tiempos que pasan por ella. Es tambien la eternidad como el punto que está en el centro de un círculo, el cual corresponde á toda la circunferencia del mismo círculo y á cada uno de sus puntos, y se los está mirando igualmente, porque de la misma manera la eternidad corresponde á todo tiempo y á todos los instantes de tiempos, y tiene presente con modo maravilloso lo que por todos los siglos ha de tener; y así es un instante que equivale á infinitos tiempos, porque no tiene una parte despues de otra, sino toda su extension la tiene recogida en un instante: de suerte que en cada momento de tiempo tiene todo junto, cuanto se extendiere por infinitas distancias del tiempo; porque así como la inmensidad de Dios tiene en un punto toda la grandeza divina que sin término ni linde se dilata por todas partes, de suerte que no tiene menos en un punto que en millones de leguas, así tambien la eternidad recoge en un instante toda la duracion divina, aunque se extienda por tiempo infinito; y esto participan las criaturas racionales en la otra vida, en el modo que son capaces, cuanto á lo esencial de su gloria ó pena, y conforme á su capacidad.

De donde se sigue una cosa bien para considerar, que aquel bien á donde se llegare la eternidad se hace infinitamente mejor, y esto de dos maneras, esto es, como si dijéramos con dos infinidades: por el contrario, aquel mal, al cual se le apegare la eternidad, le hace infinitamente peor tambien de otras dos maneras: la primera, por razon de la duracion, porque le da duracion infinita; y una cosa, cuanto mas dura, por mayor se tiene. El contento de un dia no es tanto como el de una semana; pero mucho mayor bien será el de un mes, y mucho mayor el de un año, y mucho mayor el de cien mil, y así irá creciendo su estima mientras mas durare; por lo cual el que durare infinito es mas estimable infinitamente: de la misma manera el dolor, cuanto mas tiempo durare mayor mal será; y si durare infinitamente será mal infinito, que excederá infinito á otro cualquiera, aunque sea mayor en grandeza; en tanto grado, que si á uno le dieran á escoger estarse quemando vivo en un horno de cal, y juntamente padecer cuantas enfermedades y dolores conoce la medicina, y cuantos géneros de tormentos han padecido los Mártires, y los atroces suplicios que se han ejecutado en hombres facinerosos; y todo esto habiendo de durar tan largo tiempo, como son doscientos mil millones de años, porque no habian de pasar de allí, ó solo sufrir una jaqueca ó dolor de muelas por toda una eternidad, sin haber de tener fin jamás, debia escoger antes todos aquellos tormentos juntos que no solo este dolor; porque aunque aquellos excederian tanto en grandeza, este los excedia infinito en duracion: al fin, aquellos, aunque tan excesivos, eran

temporales, y este, aunque tanto menor, eterno: con esto aumenta su mal infinitamente; en aquellos habia esperanza que se habian de acabar, este no tenia remedio.

Atrévome á sospechar que con el concepto vivo que tienen los condenados de la eternidad, si le dieran á uno de ellos á escoger qué quisiera mas, ó que le aliviasen de sus tormentos, y quedarse con solo un mal de piedra continuo eternamente, ó que le añadiesen cuantas penas y tormentos padecerán en todos sus sentidos todos los condenados juntos por espacio de mil millones de años limitadamente, escogiera esto: por lo menos en rigor se debia escoger por menor mal; porque aunque las penas eran tanto mayores, habian de tener fin; y el dolor de piedra, aunque tanto menor, habia de ser eterno.

Vengan ahora á cuenta todos los estimadores de lo temporal. Si los tormentos del infierno tan excesivos fueran llevaderos, con solo que fuesen temporales y se escogieran antes que un solo dolor eterno, aunque fuese ligero, ¿cómo no sufrirán con paciencia un solo mal ligero por tan breve tiempo como el de esta vida, á trueque de no sufrir eternamente los tormentos del infierno? Si los gigantes en tiempo (hablemos así) á la presencia de un pigmeo en la eternidad no hacen bulto ni parecen, ¿cómo le espanta á uno un pigmeo, titubeando en tiempo, y no le hace temblar un gigante armado y caballero en la eternidad? ¿Cómo no nos mueve un eterno infierno, y tememos un dolor temporal? ¿Cómo no hacemos penitencia? ¿Cómo no tenemos paciencia en nuestros males? ¿Cómo no sufrimos cuanto hay que sufrir en esta vida por no sufrir un solo tormento en la eternidad? No son de temer las penalidades de este valle de lágrimas, pues han de tener fin, en comparacion de las que no se han de acabar. Esté uno muy contento de padecer aquí donde se padece poco y por poco tiempo, por no padecer donde se padece mucho y por mucho tiempo.

Lo mismo considera en los bienes: si hubiese uno de tener todos los tesoros de la tierra y todos los gustos de los sentidos por cien mil cuentos de millones de años, pero sin pasar de allí, los pudiera todos juntos trocar por un solo gusto para siempre: pues ¿cómo no trocamos un gusto perecedero de la tierra por los inmensos bienes y gozos que hemos de poseer en el cielo eternamente? Todos los bienes del mundo temporales se podian dar por solo asegurar uno que fuese eterno; ¿por qué no aseguramos todos los eternos dejando á veces solo un temporal? Infinitamente excediera al señorío de todo el mundo, por todo el tiempo que él durare, solo ser señor de una casa para siempre. No hay comparacion de tiempo á la eternidad: todo lo temporal, por grande que sea, se ha de estimar bajamente: todo lo eterno, por pequeño que sea, se ha de estimar muy subidamente; de modo que lo temporal ni por su grandeza ni por su duracion tiene comparacion con lo eterno, por pequeño que sea este. Y para que exageremos esto lo posible, el mismo ser de Dios, si

fuese solo por tiempo, se podria dejar por otro ser que fuese eterno; ¿y estará muy contento el avariento con el corto tesoro que mañana se lo quitará la muerte, y podrá ser que hoy se lo quite el ladron, despreciando por él en el cielo sus tesoros eternos? Por cierto que, aunque Dios no nos prometiera en la otra vida sino solo el gusto de un sentido que habia de ser para siempre, habíamos de dejar en esta todos los gustos de ella; y asi es inmensa locura de los hombres que, prometiéndosenos para siempre los inmensos gozos del cielo, no dejemos nosotros algunos de la tierra.

El segundo modo por el cual hace la eternidad donde se llega al bien infinitamente mejor, y al mal infinitamente peor, es por razon de que recoge en cada instante, como á sí, todo; de manera que en cada instante se siente lo que ha de tener por cuanto durare; y como ha de durar infinito, recoge en cada instante como un infinito, sintiéndose cada instante lo que tiene de presente y tendrá de futuro; y así dice un Doctor (1): *Con la eternidad todo el bien que una cosa puede tener sucesivamente en infinito tiempo lo recoge en uno, y hace que se dé, y sienta y goce de por junto: como si todo el gusto que un espléndido banquete pudiera dar sucesivamente por parte de tiempo infinito lo resumiera en uno, y todo ese deleite junto se diese por tiempo eterno, seria infinitamente mejor y de mayor estima*. Lo mismo hace la eternidad en los males y penas, porque las recoge de cierta manera en uno, y hace que se sientan de por junto, porque aunque no estén actualmente juntas hace que se aprendan todas juntas, y así causa en el alma un dolor sin modo ni tasa. Estos son verdaderamente males, pues son males por todas partes por su extension y por su intension, por lo que duran y por lo que son; pues por lo que duran no tienen fin, y por lo que son no tienen medida. ¿Qué doliente hay que considerando esto tiene impaciencia, pues su dolor en esta vida ha de tener fin, y tiene en sí medida? Picaduras de mosquito son los mayores males temporales respecto del menor eterno; y así por escapar de todos los eternos no es mucho se padezca uno temporal. Temblemos de estas dos lanzas que tiene la eternidad, de estas dos infinidades con que aumenta sus males, porque son dos lanzas mortales que atraviesan de parte á parte á los condenados, y dos incomportables peñascos con que les abruma y despedaza. Toda lo de acá es risa, es un papirote, es una chinita respecto de lo eterno, que abarca á todos tiempos, y con el mal de todos ellos da sobre un condenado cada instante.

§ II.

Además de lo dicho tienen esto los bienes y males de la eternidad, que no solo les condiciona y aumenta lo futuro, sino tambien lo pasado, aun-

(1) Les. de perf. divin. l. 4, cap. 3.

que fuese temporal, porque los bienaventurados del cielo no solo se están gozando en esta hora de la gloria que tienen de presente y de futuro, sino de la pasada, y hasta de los bienes verdaderos que tuvieron en esta vida, que son sus virtudes y obras buenas, de las cuales se están ahora recreando, y se gratularán de ellas por toda la eternidad; de suerte que todo bien pasado, presente y futuro còncurre á una al colmo de su gozo, y se amontona en su felicidad el bien de todos tiempos hasta el de esta vida. ¡Cuán diferentes son los bienes temporales, pues aun de lo que tienen de presente no se dejan gustar! Porque no hay gozo temporal que no le desazone alguna falta, ó sobresalto ó peligro: y si aun en lo presente no se dejan gozar, menos lo harán en lo futuro; porque como no tengan seguridad, están tan léjos de comunicar su gozo venidero, que desabren al gusto presente con el temor de perderlo, y este mismo amor quita la advertencia para que la memoria de lo pasado les consuele; antes suele causar mas pena su temor cuanto mas gozo se experimentó antes.

Por todos los lados son mejores los bienes eternos, á los cuales hemos de aspirar y afanar por alcanzarlos á costa de todo lo temporal; y en esta vida, en cuanto se pudiere imitar la misma eternidad, lo cual será con las tres virtudes que señala san Bernardo, el cual dice (1): *Con la pobreza de espíritu, con la mansedumbre y con el llanto se renueva en el alma una semejanza é imágen de la eternidad que abraza á todos tiempos; pues que con la pobreza merece lo futuro, con la mansedumbre posee lo presente, y con el lloro de la penitencia recobra tambien lo pasado.* Y verdaderamente que quien tiene estima de lo eterno no habia de hacer otra cosa mas que el ejercicio de estas tres virtudes. Lo primero, dejando con la pobreza de espíritu todo lo temporal, y trocándolo por lo eterno, no queriendo nada en esta vida por hallarlo mejorado en la otra, porque así como la eternidad aumenta infinitamente al bien ó mal á donde se arrima, así el tiempo disminuye grandemente á todo aquello á donde se llega, y lo arrebata tras sí. Cosas que se han de acabar no haria mucho uno en dejarlas; cosas que han de parar en nada, por nada se pueden reputar. Lo segundo, con la mansedumbre y paciencia debe insistir el cristiano en obrar bien y vencer las dificultades de la virtud, pues ha de ser remunerado eternamente su trabajo leve. Todo lo que se padece en esta vida es regalo respecto de lo que se padece en la otra. ¿Quién viendo el infierno abierto, sin tener fondo el abismo de sus males, no llevará con paciencia el rigor de la penitencia, y con mansedumbre la sinrazon de la injuria, sin turbarse por nada la paz interior del alma, atendiendo únicamente por fuego y por agua á obrar bien y agradar á su Redentor? ¿Quién viendo el cielo que le aguarda no se animará con grande regocijo á hacer mucho, y padecer por Dios con mucho fervor y aliento?

---

(1) Serm. 1 in Festo Omnium Sanctorum.

Escribe Rufino (1) que vino una vez al abad Aquilio cierto monje para darle cuenta como en guardar la celda sentia mucho tédio y tristeza; al cual respondió el prudente Abad: Esto nace, hijo mio, de que no piensas en los tormentos eternos que tememos, ni en el descanso y gozo que esperamos; porque si esto pensaras, aunque estuviera tu celda manando é hirviendo en gusanos, y te llegaran hasta la garganta, con todo eso estuvieras en medio de ellos, y perseveraras en tu recogimiento sin tédio ni enfado. Lo tercero, con lágrimas y dolor del alma se debe procurar recompensar por los pecados pasados, y satisfacer por ellos con dolorosa contricion y amargura de su corazon; pues la eternidad de bienes que por ellos perdió con la penitencia se repara, porque es tan eficaz esta virtud, que restaura lo pasado; y aunque dicen que lo hecho no tiene remedio, y que en lo pasado no hay poder, esta poderosísima virtud tiene tanto poder que deshace lo hecho, y prevalece en lo pasado; pues los pecados hechos quita, como si no se hubiesen hecho.

CAPÍTULO VIII.

¿Qué es la eternidad? no tener fin.

Todas estas declaraciones y definiciones de la eternidad aun no son bastantes para significar su concepto ni para declarar su grandeza; ni aun se entiende bien (como notó Plotino) lo que los autores que la definen sintieron, antes se podia decir de ella lo que dijo Simónides (2) cuando le pidió el rey Hieron de Sicilia que declarase qué cosa era Dios. Tomó el filósofo espacio de un dia para responderle, y considerarlo entre tanto: pasado aquel dia, dijo que habia menester considerarlo mas tiempo, y pidió para ello otros dos dias, al cabo de los cuales pidió otros cuatro, los cuales pasados, dijo que mientras mas lo pensaba mas hallaba que pensar y menos cómo explicarse, porque se le escondia mas mientras mas andaba en su consideracion. Lo mismo se puede decir de la eternidad: que es un abismo tan profundo, que no puede hacer pié en su ponderacion el conocimiento humano, porque mientras mas se considera, tiene mas que considerar; y así como dijo san Dionisio Areopagita (3) que Dios no se podia decir lo que era, sino lo que no era, y sobre lo que era; así tambien la eternidad no se puede tanto declarar por lo que es, como por lo que no es, ó sobre lo que es. No es la eternidad tiempo, no es espacio, no es siglo, no es millones de siglos, sino sobre millones de siglos, sobre todo tiempo, sobre todo espacio. No es eternidad esta vida que gozas, y presto se ha de acabar: no es eterna la salud con que ahora estás, no son eternos tus entretenimientos, no son

(1) Ruf. num. 107, et Pelagi. libel. 7, num. 28. — (2) Cic. l. 2 de Nat. Deor.
(3) De mist. theol.

eternas tus posesiones, no son eternos tus tesoros, no son eternos aquellos en que confias, no son eternos estos bienes en que te complaces, tienes que dejarlo todo; mayor cosa es la eternidad, y sobre todo eso son las cosas eternas, sobre los reinos, sobre los imperios y sobre toda felicidad. Por eso Lactancio (1) y otros autores declararon á la eternidad por lo que no era, diciendo unos que eternidad es lo que no tiene fin, otros lo que no tiene mudanza, otros lo que no tiene comparacion; esto es, lo que no es limitado, lo que no es mudable, lo que no es comparable. Bastará declarar y hacer anatomía de estas tres condiciones de la eternidad, si bien no para dar á entender lo que es, por lo menos para causarnos pavor y estima de ella, que es lo que mas nos conviene, y juntamente gran desprecio de todo lo temporal, que es limitado, mudable y poco.

§ II.

Por la primera condicion de no tener fin dijo Cesáreo (2) que la eternidad es un dia que carece de tarde, porque nunca verá puesto el sol de su claridad: esto se entiende de la eternidad de los santos, porque la de los pecadores no es sino una noche que carece de mañana, porque nunca les amanecerá el sol: en eterna lobreguez y oscuridad han de estar abrasándoles sus cuerpos y atormentando sus almas. Y si al calenturiento que se desvela estándose en su cama regalada una hora de la noche le parece un siglo, y está por momentos esperando la mañana, ¿qué será estar una noche eterna sin dormir los que durmieron en esta vida, donde habian de velar padeciendo tantos tormentos y en cama de fuego abrasador sin esperanza de mañana? Por cierto que aunque no hubiera en el infierno otra pena sino estar en aquella lobreguez y noche sin fin, era para asombrar su memoria. Esta misma condicion de carecer de fin significaron los antiguos con la figura del anillo con que figuraban á la eternidad, porque en el anillo no se halla fin. Con mas misterio la llamó David *corona*, segun Dionisio Cartusiano, cuya redondez tambien carece de fin: para significar que una eternidad sin fin ha de ser el premio y corona de nuestras buenas obras y paga de las malas. Temblar debiamos de esta voz: *Sin fin por las obras malas*; gozarnos debiamos de estas palabras: *Sin fin por las obras buenas*, si cabe en nuestro concepto lo que es durar sin fin; porque nadie puede decir con demasía ni exagerar lo que es, y siempre se dirá menos, porque, como pondera san Buenaventura (3), si un condenado derramase de cien á cien años una lagrimita solamente, y se fuese guardando cada gota de estas, hasta

---

(1) Lactan. de falsa relig. l. 1, cap. 12. — (2) Cæsar. dial. 3. Vespere carens, et unus dies est tota æternitas, quoniam nulla sequente nocte ultra mundana lux excipit. — (3) Bonav. de inf. cap. 40.

que viniesen despues de innumerables centenares de años á ser tantas que igualasen con el mar, ¿cuántos millones de años fueran necesarios para igualar, no digo yo al mar Océano, sino á un solo arroyuelo? ¿Por ventura podríase decir despues de lleno un mar en tantos millones de siglos, esta es eternidad, aqui acabó? No, sino empezó. Tórnense á guardar otra vez las gotas de lágrimas tan tardías de aquel miserable condenado, y llenen otra vez el piélago despues de tantos millones de centenares de años, ¿acabaríase entonces la eternidad? No, sino que empezaria como el primer dia. Repítase lo mismo otras diez, otras veinte y otras cien mil veces: hínchense y rebosen otros cien mil océanos con las pausas y tardanzas que hemos dicho, ¿toparíase por ventura con el suelo de la eternidad? No, sino que nos quedaríamos en la superficie, y tan profunda é inapeable estaria ella como al primer paso. No hay número ni guarismo que pueda comprender los años de la eternidad; porque si todos los cielos fueran otros tantos pergaminos todos escritos de una parte y de otra de números y mas números aritméticos, no llegaran todos ellos á decir la mas mínima parte de la eternidad; porque no tiene parte, sino que está toda entera; y aunque no hubiera océano que tuviera tantas gotas, ni monte que tuviese tantos granos de arena, no se podrian contar por ellos los años de la eternidad.

Para declarar mas esto quiero contar lo que pasó á Arquímedes. Había en su tiempo unos filósofos que decian que el número de las arenas del mar era infinito; otros, aunque decian que no era en sí infinito, pensaban que no podian comprenderse en número alguno. Para refutar á unos y otros hizo Arquímedes un libro muy docto y agudo, que dedicó al rey Gelon, en el cual probaba que aunque el mundo estuviese todo lleno de arenas, y él fuese mayor que ahora es, era toda aquella multitud de arenas limitada, y que se podia reducir á número, y él hace la cuenta de todas cuantas serian. Despues de este filósofo el Padre Claudio hizo la misma cuenta de cuántos granitos de arena se podia llenar todo cuanto espacio hay debajo del firmamento, cuánto ocupan agua, aire, fuego y los cielos, esto es, cuánto espacio hay debajo de las estrellas fijas; y haciendo cada granito de arena tan pequeñito é indivisible que diez mil de ellos hicieran un granito de dormidera ó mostaza, viene á sumarlos todos tan en breve cuenta, que la puso en un renglon, porque el número de todos ellos no consta mas que de una unidad y cincuenta y un ceros. Supuesto, pues, que tanta multitud de millones de millones de granos se comprende en tan breve cuenta, colíjese qué serán los años infinitos que comprenderá la eternidad. Porque no digo una plana de un libro, sino que si todo un libro fuese de guarismos; ni digo solo un libro, pero cuanto papel hay en el mundo; y aunque el mundo todo desde el firmamento estuviese lleno de papel, y todo el firmamento estuviese escrito de números, no comprendieran todos la mas mínima parte de la eternidad, por ser tanta la multiplicidad que se añade en cada nú-

mero, que á cada cero que se añade lo va doblando diez siempre, porque si á una unidad se añade un cero, hace diez; si se añade el segundo, hace ciento; si se añade el tercero, hace mil; y de esta manera se van con tahta prisa multiplicando los números: por donde podrá cada uno considerar que, añadiendo cien ceros, se hace tal número cual no puede concebir la imaginacion. Pues ¿qué sería añadiéndose tantos cuantos pudiesen caber en un pergamino tan grande como el cielo? Pues todo este número tan innumerable no es como la menor partecita de la eternidad; porque despues de pasados tantos años como se pudieran comprender en tan gran suma, estuviera la eternidad tan infinita como el primer dia: todos aquellos años últimamente toparian con fin, y se vendrian á acabar, y otros tantos mas y millones de veces mas; pero la eternidad siempre será, y estará despues de pasados todos estos millares de siglos como si empezase entonces.

Piense el cristiano de espacio cuán larga vida seria la de cien mil años; pues no ha pensado nada respecto de la eternidad. Piense diez veces cien mil; no ha hecho nada. Piense mil veces mil millones; no ha quitado ni una partecita de ella. Piense mil millares de millones de millares de millones; aun está entera sin tocar á la eternidad. Piense otros millones de veces otro tanto; no ha dado aun con el fin de la eternidad, antes se estará siempre en su principio, porque, como dijo Lactancio (1): *¿Con qué años se puede hartar la eternidad, pues no tiene fin?* Hallaráse siempre en el principio, porque toda es principio; y verdaderamente de esta manera se pudiera dar forma para definirla no poco significativamente: *Eternidad es un perpétuo principio y ningun fin;* porque siempre está al principio y nunca estará en su fin: siempre está nueva, siempre está entera, con nada la pueden disminuir. Quiten de la eternidad tantos años cuantas gotas de agua hay en el mar, cuantos átomos hay en el aire, cuantas hojas hay en los campos, cuantos granos de arena hay en la tierra, cuantas estrellas hay en el cielo; aun se estará toda entera. Añádanla otros tantos años, no por eso será mayor ni estará mas léjos de su fin; porque nunca le tendrá, y en cualquier punto tiene su principio. Nunca, nunca tendrá fin, y siempre, siempre estará en el principio. Considere uno que hubiese un monte de arena que llegase desde la tierra al cielo, y un Ángel quitase de allí á cada mil años un granito solamente; ¿cuántos millares de años y mas millares é innumerables de millares se pasaran hasta que se desapareciese aquel monte? Póngase á hacer cuenta el mas diestro contador, ¿qué tantos años pasarian hasta que se menoscabase la mitad de él, disminuyéndole tan de espacio aquel Ángel? Parece esto que no era posible tener fin; pero engáñase nuestro entendimiento, que fin tendria aquello, y llegaria tiempo en que se hubiese consumado

---

(1) Lib. 1 de falsa relig. c. 12. Quibus annis saturari potest æternitas, cujus nullus est finis?

la mitad de aquel monte y todo él. Últimamente llegaria tiempo en que solo faltase el último granito, y este tambien se quitaria de allí; pero de la eternidad nunca llegará fin, y despues que se hubiese acabado de consumir aquel monte de arena no se hubiera disminuido nada de lo eterno, sino que estuviera el monte de la eternidad tan entero como al principio, despues de pasados millones de siglos: despues de consumidos millones de aquellos montes estarán las penas de los condenados tan enteras, flamantes y vehementes como al principio. Esto parece que es lo que notó Habacuc cuando dijo (1): *Desmenuzáronse los montes del siglo, y encorváronse los collados del mundo por los caminos de la eternidad;* porque mil montes y collados tan grandes como todo el mundo se podrán deshacer mil veces mientras pasa por ellos la eternidad de los pecadores, que nunca podrá acabar de pasar; y así los miserables pasarán en medio de aquel fuego voraz y tormentos eternos mil años, y mil años, y mil años, y millones de millones de años, sin acercarse mas al fin que el primer dia.

§ III.

¿Quién pudiera sufrir que le estuviesen quemando medio lado por un año entero? Pero ¿qué digo estarse quemando de un lado? No, sino solo el estar descansando recostado de un lado sin levantarse ni mudarse al otro por espacio de un año. Lo cual fue una rigurosa penitencia que hizo el profeta Ezequiel por mandado de Dios, que le ordenó que estuviese echado sin levantarse de un lado por espacio de trescientos y noventa dias. Esto cumplió el santo Profeta con la gracia divina, pero fue un género de penitencia rigurosísima. Pues si en solo estar un año echado de un lado hay tanto que sufrir, ¿qué será estar por toda una eternidad en aquella noche y lobreguez del infierno, tendido, como cayere el condenado, en una cama de fuego, lloviendo sobre él todo linaje de males sin fin ni término alguno? ¿Qué cristiano hay que, si considerara esto de manera que hiciera de ello vivo concepto, no fuera otro? ¿Quién pudiera tener gusto momentáneo de la tierra, corriendo tanto peligro de los dolores eternos del infierno? ¿Quién se atreviera á pecar arriesgando á penar tanto? ¡Oh, cuán eficaz remedio fuera de las estragadas costumbres de los pecadores si se pusiesen á pensar esto: que la eternidad no tiene fin, que ha de durar para siempre! ¡Oh si cada dia pensasen en esto media hora, ó siquiera cada semana, cómo mejorarian su vida! Pero no se ha de pensar en esto de corrida, sino de espacio, con atencion y profundidad, revolviendo en su ánimo que es eternidad lo que nunca ha de tener fin, nunca, nunca; porque así como el manjar que no se desmenuza y digiere no entra en provecho, así la eternidad

---

(1) Habac. III, 6.

bien pensada, rumiada y digerida hará grande provecho en nuestras almas.

La fuerza de esta consideracion declara el caso que refiere Benedicto Renato (1) de un hombre mundano bien desvanecido y vicioso que se llamaba Fulcon, el cual como era dado á todo género de gustos y regalos, así tambien no queria que le faltase el de la cama blanda y sueño largo; pero una noche que le faltó la gana de dormir, pasóla dando vuelcos de un lado á otro, deseando por momentos que amaneciese el dia. Entre este desvelo le vino al pensamiento esta consideracion: ¿por qué tanto tomaras estar de esta suerte? ¿por espacio de dos ó tres años? ¿en continuas tinieblas, sin la conversacion de tus amigos y el entretenimiento de tus juegos, aunque estás en cama de plumas tan blanda? Por cierto intolerable trabajo seria. Pues has de saber que no has de salir libre de esta vida: no pienses que has de salir sin que te toquen el pelo de la ropa, porque para bien ser has de caer en una cama enfermo, donde pasarás muy malas noches, si no es que mueras de repente, que será peor. Y despues de salir de la cama donde hubieres de morir, ¿sabes qué cama te aguarda? ¿sabes en qué lecho te ha de hospedar la muerte? Tu cuerpo tendrá por colchon la tierra dura, y será comido de gusanos; pero de tu alma ¿qué podrás decir de cierto? ¿Sabes á dónde ha de ir? Por cierto, segun tu vida presente, al infierno irás á parar. ¡Qué terrible cama de fuego te espera allí, donde no dos ó tres años, sino por una eternidad, habrás de estar en perpétuas tinieblas y tormentos, y mil, y otra vez mil, y mil millones de veces mil años no bastarán á pagar por uno de tus gustos ilícitos! Allí no verás eternamente al sol, ni al cielo, ni á Dios. ¡Ay de mí miserable! ¡ay de mí! Si este poco de desvelo no puedo sufrir, ¿cómo sufriré eternos tormentos? Lo que importa es mudar de camino, pues por este vas perdido. Con estas consideraciones hizo tal concepto de la eternidad, que no podia echar de sí el pensar en ella, hasta que determinó entrarse religioso, diciendo entre sí muchas veces: ¿Qué hago yo aquí, miserable? Gozo del mundo, y no se me logra su gusto; padezco muchas cosas que no quisiera, y carezco de otras que quisiera tener; afánome por cosas de esta vida; pero ¿qué premio me aguarda de este trabajo vano? No tienes gusto cumplido; pero aunque le tuvieras, ¿qué te puede durar? ¿No ves cada dia los que se mueren y entran en la eternidad? ¡Oh eternidad, eternidad, que si no eres en el cielo, donde quiera que seas serás pesada, aunque fuese en una cama muy regalada! Aseguremos el cielo, y por lo poco no perdamos lo mucho, ni por lo temporal lo eterno. Así lo ejecutó, y se entró religioso cisterciense.

---

(1) Bened. Renat. lib. 5.

§ IV.

En todas nuestras obras habíamos de tener en el pensamiento: *Para siempre, para siempre* me han de premiar lo que hiciere bueno, ó me castigarán si pecare gravemente. Con esto se animará el cristiano á obrar siempre buenas obras, y obrarlas bien. Eliano escribe de Ismenias, embajador de los tebanos para con el rey de Persia, estas palabras (1): Que habiendo de dar su embajada le advirtieron que antes de hablar palabra le habia de adorar; pero pareciéndole á Ismenias que era esta honra demasiada para un rey bárbaro, mas que no la podia excusar, usó de esta traza: tomó el anillo, que antiguamente era de grande estimacion y significacion de autoridad propia, el cual llevaba en un dedo, y echóle secretamente junto á los piés del rey, diciendo entre sí mientras allí estaba postrado: No á tí, sino al anillo. Si tambien en todas nuestras acciones pusiésemos la mira y tuviésemos el respeto á la eternidad, no hallaríamos dificultad en alguna obra buena; y así en todas fijemos los ojos en la eternidad que se ha de dar por la obra que se hace en un momento. Bendito sea Dios por todas las eternidades, que nos dará un premio sin fin por trabajos tan breves que apenas tienen principio.

Quejóse una vez Eurípides, insigne poeta de los griegos, que en tres dias enteros no pudo hacer sino con gran trabajo solos tres versos. Estaba presente otro poeta llamado Alcestides, y dijo: Pues yo para hacer cien versos bástame un dia, y los haré con gran facilidad. Replicóle entonces Eurípides: No os espanteis, porque vuestros versos no son mas que para tres dias; mas los mios son para una eternidad. De la misma manera Zeuxis, excelentísimo pintor, pero espacioso sobremanera, preguntado por qué era tan prolijo en su pintura, deteniéndose tanto en ella, respondió: Pinto de espacio, porque pinto para la eternidad. Engañóse por cierto, porque ya no hay pintura suya, y de Eurípides se han perdido muchas obras, mas ninguna obra buena del justo perecerá; y no hemos menester gastar un dia para ganar una eternidad, porque con el acto de contricion que se hace en un momento ganamos el gozo que ha de durar sin fin; pero debemos aprovecharnos de la consideracion de Eurípides y Zeuxis para hacer no solo las obras buenas, sino muy bien hechas; pues no obramos para solo esta vida, sino para la eternidad, que siempre debe estar en nuestra memoria.

El provecho que causó en el real profeta David su consideracion fue una resolucion firme de mejorar la vida mudándose en otro hombre, alentándose á mayor observancia y mas alta y celestial perfeccion; y así en aquel salmo en que dice: Que pensaba en los dias antiguos y en los años eternos, añade luego el efecto de su meditacion, diciendo que

(1) Lib. 12 var. his. cap. 21.

habia de empezar de nuevo, porque la mudanza que sintió en su corazon era de la poderosa mano de Dios; porque considerando que la eternidad nunca acaba y siempre empieza, y que todo es principio y ningun fin, se determinó de dar tal principio á nuevo fervor y vida mas perfecta que nunca desmayase en su propósito, queriendo en esto imitar á la eternidad, que así como ella siempre empieza, así él queria siempre empezar á merecerla: ¿y qué mucho si lo que hemos de gozar ó hemos de penar, siempre ha de empezar, que tambien nosotros empecemos siempre á merecer lo uno y huir lo otro? El premio no ha de desfallecer, y es razon que el servicio no se canse: el gozo siempre ha de empezar; ¿qué mucho que el trabajo sea como de quien siempre empieza? El descanso no ha de tener fin, y el merecimiento debe estar siempre como en su principio. Con esta consideracion aprovechó mucho el santo Arsenio, haciendo cuenta, aun despues de muchos años que habia hecho una vida santísima, que entonces empezaba, repitiendo el dicho de David: *Ahora empiezo, ahora empiezo.* Nunca hemos de mirar lo trabajado, sino animarnos á trabajar mas por Dios, como lo hacia el apóstol san Pablo, el cual dijo de sí, que se olvidaba de todo lo pasado, y dilataba su corazon y ánimo, extendiéndole para lo de adelante (1): lo cual dijo el Apóstol en sazon que habia pasado tanto, y hecho tales servicios á Dios y en bien de las almas, que habia ya trabajado mas que todos los Apóstoles; despues que se entró por las sinagogas de Damasco á predicar públicamente á Jesucristo, con peligro evidente de la vida, y padeciendo tal persecucion, que si no fuera echándole por los muros de la ciudad, le hubieran hecho mil pedazos; despues que en Arabia convirtió mucha gente; despues de haber convertido muchos en Tarso y Antioquía; despues de haber sido arrebatado al tercer cielo; despues de haberle escogido el Espíritu Santo para su apóstol, y hecho grandes milagros y prodigios; despues de haber dado algunas vueltas á Asia la Menor, y toda la Grecia y lo mejor de Europa, convirtiendo innumerables gentes; despues de haber hecho grandes limosnas, recogiéndolas con gran trabajo suyo, y hecho grandes jornadas llevándolas á los pobres de Jerusalen; despues de haber padecido innumerables persecuciones; despues de haber sido apedreado muchas veces, y la una haberle dejado ya por muerto; despues de haber sido azotado varias veces y sido preso muchas; despues de haber hecho infinitos servicios á la Iglesia; despues de todo esto no le parecia que habia padecido ni hecho nada por Cristo, y olvidado de todo estaba como el primer dia de su conversion; y determinado á hacer mas, á sufrir mas, á trabajar mas, y empezar de nuevo, teniéndose despues de tantos trabajos y servicios por siervo inútil y sin provecho, como nos aconsejó Cristo cuando dijo (2): *Despues que hubiéreis hecho todo lo que os he mandado, decid: Siervos somos inútiles, hicimos lo que debimos*

---

(1) Philip. III. Vide Mansuetum in vita S. Pauli. — (2) Luc. XVII.

hacer. Compare uno sus trabajos, su celo, su predicacion, su caridad con los del Apóstol, y hallará que no ha empezado. Pues si el Apóstol, despues de haber pasado á los merecimientos en que muchos Santos murieron con grande santidad, se olvidó de todo, y juzgó que no habia hecho nada, tornando á empezar de nuevo; nosotros, que aun no hemos empezado, ¿por qué nos hemos de cansar antes de empezar? Empecemos siempre de nuevo, pues la eternidad que esperamos siempre ha de ser nueva, y siempre ha de empezar. *No nos gloriemos* (dice Dionisio Cartusiano) *de los méritos de la vida pasada, ni pensemos de nosotros que somos algo; sino hayámonos cada dia tan nueva y fervorosamente como si aquel mismo dia empezáremos de nuevo y juntamente hubiésemos de morir*.

CAPÍTULO IX.

Como es la eternidad sin mudanza.

La otra condicion de la eternidad es perseverar sin mudanza, lo cual daban á entender los antiguos con misteriosos símbolos. Unos la significaban pintando una silla; conforme á lo cual dice el profeta Isaías (1) que vió al Señor sentado en un trono muy levantado, representándose en esto la grandeza de su eternidad: y san Juan en el Apocalipsi celebra tantas veces la silla de Dios, dibujándonos por ella su eterna duracion; y mas claramente el profeta Daniel, cuando se le representó Dios como era eterno, y por eso le llama el Antiguo de los dias, le vió todo el cabello blanco y asentado. Con la misma consideracion entre los nasamones, que eran unos pueblos de África, cuando habia uno de morir le hacian sentar, para que así sentado espirase, significando en la figura de su cuerpo el estado en que entraba su alma, que era el de la eternidad; y por la misma causa encerraban los muertos sentados, dando á entender juntamente que el descanso no se habia de buscar en esta vida sino despues de la muerte, cuando nos entramos por las puertas de la eternidad. No es esta vida para de asiento, no nos hemos de parar en ella: las miserias que en ella hay dan bastante á entender que no la hizo Dios para de propósito ni para durar; de prestado es, no hay que detenernos en ella, sino caminar á largo paso al monte de la eternidad. Vida tan miserable ella misma dice que hay otra donde hallarémos descanso, pues aquí no lo topamos. En el cielo han de cesar todas nuestras desdichas y miserias; allí se han de enjugar las lágrimas de este valle de ellas; allí han de tener descanso nuestras fatigas; allí ha de hallar asiento la inquietud de nuestro corazon. No hay modo de vida, ni suerte de estado, ni condicion de hombre, ni grandeza de dignidad, ni abundancia de riquezas, ni felicidad de la fortuna que haya dado en este mundo descan-

(1) Isai. VI.

so. Por esto los romanos, cuando levantaban estatua á algun emperador difunto no le ponian sentado; dando á entender que toda la felicidad del mundo habia podido dar en vida descanso verdadero al que gozó de todo el mundo, porque nació el hombre para el trabajo, como dice Job: hasta la muerte no se podrá hallar descanso, ni nosotros le queramos buscar; sino pongamos la silla de nuestro gozo en parte firme y estable, que es la eternidad; no en la inquietud y turbacion de las cosas temporales, porque por lo menos la muerte nos lo echará por tierra.

Otros pintaban la eternidad en forma de culebra ó serpiente, para denotar esta misma condicion de carecer de mudanza y permanecer en su vigor y estado; porque no tiene este animal piés, que son las extremidades de los animales; así la eternidad carece de extremidad y fin. Además de esto, las serpientes, aunque sin piés, sin manos, sin alas, sin escamas y sin otro órgano natural extrínseco (1), como lo tienen los demás animales, se mueven ligerísimamente, y vencen en su curso á los que tienen manos y piés; y solamente hacen esto con su gran espíritu y viveza. Así es que la eternidad sin dias, sin noches, sin mudanzas, que son los piés con que corre el tiempo, vence á todos los tiempos. Además de esto las serpientes tienen tal vivacidad y tan larga vida, que dice Filon Biblio que no mueren, si no las matan; de suerte que apenas tienen muerte natural, porque no tienen las mudanzas de los otros animales, de la mocedad á la vejez, de la salud á la dolencia, sabiéndose conservar siempre en la mocedad, renovándose muy á menudo, y dejando la piel antigua. Además de esto no tienen determinado término de su grandeza como los demás animales, sino siempre van creciendo mas y mas, como la eternidad, que no tiene ningun término, ni en sí tiene declinacion ni mudanza. Esta circunstancia de lo externo es muy para temer en los malos que hayan de estar en aquellos tormentos eternos, sin haber mudanza en ellos, cuanto á la pena esencial, sin sentir alivio alguno, ni aun de mudar un tormento en otro igual, ni revolverse de un lado. San Paulino dijo de san Martin que su descanso era mudar de trabajo; porque verdaderamente aunque no se cese de trabajar, el mudar un trabajo en otro, aunque no sea menor, alivia. No han de tener este refrigerio los miserables, ni les será permitido mudarse de un lado á otro. Cosa espantosa es que despues que cayó en el infierno el primer hombre que se condenó, que habrán pasado ya cinco mil años, no haya tenido mudanza que le haya sido de alivio desde entonces acá, habiendo habido tantas en el mundo; porque mientras aquel miserable ha estado sin mudarse en sus atrocísimas penas han pasado grandes alteraciones en el mundo, que una vez se acabó todo él con el diluvio, no quedando vivas sino ocho personas solamente; despues hubo tal mudanza de las cosas, que estando todos en su libertad le tiranizaron los asirios, haciéndose

(1) Apud. Euse. 1 de Præp. evang. c. 7.

monarcas de todo: pasó luego á otra parte su imperio, aunque despues de mil doscientos y cuarenta años que duró, en los cuales se mudó en treinta y seis cabezas que lo gobernaron; al cabo se trasladó toda la potencia y monarquía á los medos, que fue revolviéndose toda Asia; y aunque duró en ellos trescientos años, al fin se acabaron, y se mudó á los persas: despues se mudó á los griegos, trastornándose otra vez el mundo: despues se pasó á los romanos, que fue otra mudanza mayor que las pasadas: la monarquía de los romanos tambien ha desfallecido; y con tantas revoluciones y mudanzas del mundo no ha pasado entre tanto ninguna por aquel miserable. Además de esto, la naturaleza ¿qué alteraciones no ha padecido en este tiempo? ¿Cuántas islas se ha tragado el mar? De una dice Platon que anegaron las aguas, que era mayor que Europa y África; á otras ha escupido de nuevo. Los terremotos ¿qué edificios han dejado seguros, ó por mejor decir, qué montes? Porque muchos se han trastornado, otros han brotado de nuevo. ¿Cuántas ciudades se han hundido? ¿Cuántos rios se han secado, y vomitado otros por diversas madres? ¿Qué torres no se han caido? ¿Qué muros no se han deshecho? ¿Qué memorias no se han olvidado? ¿Cuántas caras han mudado las cosas? ¿Cuántos vuelcos han dado los mayores reinos? Y aquel miserable no ha podido dar uno. ¿Cuántas veces se ha revuelto el año? ¿Cuántas primaveras y otoños han pasado? ¿Cuántas noches? ¿Cuántos dias? Y él está como el primer dia en aquella noche oscura; y con haber entre tanto que está penando dado vueltas el sol á todo el mundo elemental cosa de un millon y setecientas mil veces, el miserable no podrá verse mudado ni una vez, ni un paso de donde cayó en el infierno.

Fuera de esto, ¿qué trabajos no han pasado hasta este punto innumerables hombres, y ya están pasados? ¿Qué enfermedades no han padecido? ¿Qué tormentos no han sufrido? ¿Qué dolores no han experimentado? Y ya están todos muy olvidados; mas ningun dolor ni tormento de aquel miserable se ha pasado en cinco mil años, ni se ha mudado á menos. Ptolomeo bramaba con su gota, á Aristarco molestaba su hidropesía, Cambises padecia su gota coral, Teopompo se afligia con su tísis, Tobías sentia su ceguera, y el santo Job sufria su lepra; pero tuvieron fin estas tan pesadas dolencias, mas no le tienen ni tendrán todos los males juntos en aquel triste y miserable. Los de Rabat unos fueron aserrados, otros trillados, otros quemados vivos en hornos de ladrillos, otros despedazados; mas ya pasó aquel tormento. Anasarco fue molido en un mortero, mas ya pasó aquel dolor: Perilo fue abrasado en un buey de bronce; mas ya pasó aquella terrible pena: pero aquel miserable nunca ha acabado, y por decirlo así, ni aun ha empezado á pasar sus horribles tormentos; porque de aquí á cien mil años estarán tan vivos como al principio. ¡Qué desesperacion será la suya viendo tan continuas mudanzas en las cosas, y en sus penas y tormentos ninguna! Porque si los gustos de esta vida, si no se mudasen, se convertirian en pena, ¿có-

mo se podrán sufrir tantas penas sin mudarse? ¿Qué despecho será el suyo, viendo que las llamas de san Lorenzo, los azotes de san Clemente de Ancira, la cruz de san Andrés, los ayunos de san Hilarion, el cilicio de san Simeon Estilita, las disciplinas de santo Domingo, y todos los tormentos de los Mártires y penitencias de los Confesores ya se pasaron y mudaron en eternos gozos; mas sus penas, ni se pasan, ni se mudan, ni tiene esperanza que se muden, ni acaben, ni que él pueda acabarse? Estos son males para temer; no los temporales, que se mudan, y se alivian, y acaban, ó acaban con quien los padece.

No se congoje el enfermo en su dolencia, ni el pobre en su necesidad, ni el afligido en su tribulacion; pues los males de esta vida se mudan con el tiempo, ó se alivian con el consuelo, ó se acaban con la muerte: pero los miserables condenados ni aun con la esperanza de morir se pueden consolar; porque si entre tanta multitud de acerbísimas penas hubiese alguna esperanza de su fin, seria de algun alivio; mas no es así, que por todas partes tienen cerradas las puertas al consuelo. La esperanza es la que engaña los males, y quita gran parte de su sentimiento, ni hay trabajo que con ella no sea tolerable; y los mas afligidos y ahogados respiran con solo pensar en el fin de sus miserias ó en la mudanza de sus males; pero ¿qué alivio puede tener un condenado, pues su miserabilísima desdicha no ha de tener fin, ni un leve punto alteracion sus dolores? Tuvieran por consuelo que de aquí á mil años les dieran la gota de agua que pidió el rico avariento. ¿Qué digo de aquí mil años? De aquí á cien mil años, y de aquí á mil veces cien mil, como les diesen término señalado, y abriesen la puerta á una ligera esperanza. Si todo el espacio cuanto ocupa la tierra, y cubre el agua, y llena el aire, y se extienden todos los cielos, estuviese lleno de granos de trigo, y dijesen á un condenado, que despues que los hubiese comido todos un pajarito que de cien mil á cien mil años vendria á tomar uno, y en llevándose el último le darian la gota de agua que se pidió á Lázaro, se consolara de ver en el rigor de sus penas esta sola mudanza y alivio tan pequeño; pero no le tendrán, y despues de tantos millares de millones de años estarán como al principio, tan penados, tan rabiosos, tan sin consuelo como siempre. Esto les ha de hacer despedazar los corazones, viendo su remedio de todo punto imposibilitado, habiéndoles sido tan fácil, porque con unas migajas de pan que caian de la mesa pudiera granjear aquel rico los gozos eternos, y ahora le es imposible el alivio de una gota de agua. ¡Qué rencor tendrán contra sí mismos acordándose que con carecer del gusto de un momento pudieran haber escapado de tormentos eternos! ¡Qué rabiosas tendrán las entrañas considerando que pudieron tener remedio, y que ahora sin remedio penan!

Abra, pues, el cristiano los ojos, y remedie, ahora que puede, lo que no podrá, cuando quiera. Ahora es tiempo aceptable, ahora es tiempo

de salud, ahora es tiempo de perdon y jubileo, ahora puede ganar en un momento lo que en toda la eternidad no podrá remediar. ¿Qué otra cosa nos significan aquellas llamas del horno de Babilonia, de las cuales dice la sagrada Escritura (1) que subieron en alto cuarenta y nueve codos? No dice cincuenta, como en otras partes suele poner los números cabales, aunque falten algunos pocos. ¿Y quién llegó á medir tan puntualmente esta llama que con tanta velocidad poblaba el aire, que pudiese así discernir que su altura era de cuarenta y nueve codos tan cabales, que en ninguna manera se advirtiese de cincuenta? Pero esto tiene el misterio que vamos diciendo; porque el número cincuenta era de jubileo, y significaba indulgencia y perdon, y las llamas del infierno, figuradas por las de aquel horno, por mas y mas que suban sobre todos los tormentos de esta vida no llegarán á alcanzar jubileo y remision de su pena por millones de siglos que duren. Ahora sí que es tiempo de perdon cada año, y cada mes, y cada dia, y cada hora, y cada momento. ¿Qué diera un condenado por un cuarto de hora de los dias enteros y semanas que pierden los hombres en esta vida para poder hacer penitencia? No seamos nosotros pródigos de cosa tan preciosa: no perdamos tiempo perdiendo en él la gloria, y arriesgando el infierno. El tiempo de esta vida es cosa tan preciosa, que dijo de él san Bernardo este encarecimiento: *El tiempo tanto vale como Dios;* porque con él se gana á Dios. No desperdiciemos cosa de tanto valor, sino gocemos de este barato, que por tiempo ganemos eternidad, y al mismo Dios, Señor de la eternidad, cumpliéndose lo que dijo el Eclesiástico (2): *Hay quien con poco precio redima muchas cosas.* Sobre las cuales palabras dice Gaufrido: *Si se te debe á tí una amargura eterna, y tú puedes escapar de ella por sufrir lo temporal, grandes cosas sin duda compraste con poco precio.* En los bienes eternos es tambien gran consuelo carecer de mudanza, y que no solo no se han de acabar, pero que ni disminuirse podrán; y que consumiéndose ó mudándose todos los bienes temporales, ellos siempre permanezcan en un mismo ser y estado para siempre.

Coteje el cristiano la brevedad y mudanza de los bienes de esta vida con la inmutabilidad y eterna duracion de los gozos de la otra. Atienda la diferencia que hay entre estas dos palabras: *Ahora* y *siempre.* Los necios del mundo dicen: Holguémonos ahora. Los cuerdos y virtuosos dicen: Mas vale, dejándonos de holgar ahora, gozar siempre los bienes eternos. Los mundanos dicen: Vivamos ahora regalados. Los siervos de Cristo dicen: Muramos ahora á la carne, para que vivamos siempre y sin mudanza por toda la eternidad. Los pecadores dicen: Gocemos

---

(1) Dan. III. — (2) Eccli. XXX. Gaufri. Clarav. in Can. Si perennis tibi amaritudo debetur, et evadere potes, percipiens temporale, magnum utique parvo pretio redemisti.

ahora del mundo. Los temerosos de Dios dicen: Huyamos del mundo instable para que gocemos siempre del cielo. Cotéjese cuáles son mas cuerdos, los que miran lo que dura el momento de *ahora*, ó los que atienden á la eternidad de lo que es *siempre*; los que quieren padecer sin provecho alguno eternamente, ó los que quieren ahora padecer un poco de tiempo con tan gran provecho, como es el del reino de los cielos. ¡Oh vida miserabilísima é inconsolable de los condenados, que ni han de tener fin sus tormentos, ni mudanza sus dolores, ni provecho sus penas! Tres cosas solas son las que consuelan en los trabajos de esta vida, ó que vendrán á tener fin, ó que con la mudanza se aliviarán, ó con el provecho que de ellos se espera se recompensarán. Todo esto ha de faltar á las penas eternas, en las cuales ni habrá esperanza de fin, ni de mudanza, ni de utilidad, ni provecho. Tremenda cosa será padecer por toda una eternidad sin provecho ninguno, por no haber querido padecer un momento de tiempo con tan gran provecho como es la gloria de Diós eterna y el reino de los cielos.

CAPÍTULO X.

Como es la eternidad sin comparacion.

De todo lo dicho se colige la tercera calidad de la eternidad, que es ser sin comparacion: porque así como no hay comparacion de lo infinito á lo finito, así no la puede haber de lo eterno á lo temporal: y así como dista tanto de la grandeza de Dios un grano de arena, como el monte Olimpo, así dista tanto de la eternidad mil años, como un cerrar y abrir de ojos. Por lo cual dijo Boecio que mas semejantes son un momento de tiempo y diez mil años, que diez mil años y la eternidad. No hay encarecimiento que pueda declarar la grandeza de lo eterno, ni exageracion qué explique la pequeñez de lo temporal y brevedad del tiempo. Por eso David (1), cuando se puso á pensar cuánto habia pasado, desde que crió Dios al mundo, llamó dias á los siglos que habian corrido hasta su tiempo, diciendo: *Pensé en los dias antiguos*. Y no es mucho que llamase dias á los siglos; pues en otra parte dijo que mil años eran delante de Dios como el dia de ayer, que ya pasó. Aun mas lo significó san Juan (2) cuando llamó hora á todos los años que habia desde su tiempo hasta el fin del mundo, con haber pasado ya mil y setecientos años. Pero cuando se puso David á pensar en la eternidad, con ser sola una, y, como hablan los Santos, un dia, la llamó años eternos, los cuales dijo que tenia en su pensamiento, aumentando como pudo el concepto de la eternidad, y disminuyendo el del tiempo. Por lo mismo el profeta Daniel (3) declarando la gloria de los varones apos-

(1) Psalm. LXXVI. — (2) Joan. II. — (3) Dan. XII.

tólicos dijo en número plural que resplandecerian como estrellas *en perpétuas eternidades*. Pareciéndole que no bastaba su nombre ordinario para declarar lo que es una eternidad, la explicó con nombre de muchas, diciendo : *Eternidades*, y añadiendo fuera de esto el epíteto de *perpétuas*. Pero por mas que se declare la eternidad, no se puede declarar. Háganse lenguas los Profetas, llámenla eternidad de eternidades, llámenla dias muchos, llámenla siglos de los siglos, llámenla eternidad, y mas allá ; todo queda corto para explicar su infinita duracion. Por lo cual dijo Eliú de Dios (1) que el número de sus años era inestimable ; porque cuantos años son imaginables no se pueden comparar con sola la eternidad : antes tuviera proporcion un minuto de tiempo con cien mil años, pero cien mil años no tienen proporcion alguna con la eternidad. Bien se puede comparar un cuarto de hora con mil millones de siglos ; pero mil millones de siglos no tienen comparacion con la eternidad, respecto de la cual todo tiempo se desvanece, ni es mas un momento que millones de años ; porque ni en el momento ni en los años hay proporcion, comparándose con la eternidad ; y así respecto de ella todo es igual, ó por mejor decir, todo es nada, todo desaparece ; por lo cual dijo el Sábio muy al intento estas palabras : *Si hubiese vivido el hombre muchos años, y en todos ellos hubiese gozado de deleites, debe acordarse del tiempo tenebroso y de los dias muchos* (así llama á la eternidad), *los cuales cuando vinieren, todo lo pasado se hallará ser vanidad,* porque desaparecerá todo.

Si hubiese vivido Cain y gozado de toda la felicidad del mundo hasta el dia de hoy, y en este punto muriese, ¿qué tendria ya de todo? ¿Qué tendria ya de sus dias? Por cierto no mas que su hermano Abel, á quien ha que mató mas de cinco mil y quinientos años ; igualmente habrian desaparecido sus años. ¿Y qué tendria ya de sus gustos? No mas que tener que pagar en el tiempo tenebroso y los dias muchos de la eternidad ; porque segun el Eclesiástico dice (2) : *El mal de una hora hará olvidar grandes gustos*, y el momento en que acaba y fenece el hombre le desnudará de cuanto hizo en vida por su gusto y apetito. Pues ¿cómo no hará olvidar de los gustos y apetitos desordenados de la tierra el tormento horribilísimo del infierno? ¿Y cómo no le desnudará á uno de sus pasatiempos y deleites la eternidad de los males? Si con la malicia de una hora se olvidan los deleites de muchos años, con la duracion de la eternidad ¿cómo no se olvidará el deleite que tuviste en un breve momento, por el cual te verás en las llamas del infierno? Si el instante de la muerte del triste cuerpo desnuda á uno de todos sus entretenimientos, la eternidad de la muerte del alma ¿cómo le despojará? En el punto que murió Eliogábalo, ¿qué tuvo de todos sus pasatiempos y contentos? Nada. Y en este punto, ahora en este instante, des-

(1) Job, XXXVI. — (2) Eccli. XI.

pues de tantos años metido en la eternidad del infierno, ¿qué tendrá? Tormentos sobre tormentos, dolores sobre dolores, penas sobre penas, males sobre males, y un *ay* que durará mientras Dios fuere Dios. En el punto que mueren los hombres todos son iguales cuanto á las cosas de esta vida; el que vivió mucho y el que vivió poco, el que se deleitó mucho y el que se deleitó poco, y aun el que tuvo grandes gustos y el que tuvo muchos trabajos; porque todo se acabó, y ya ni el uno siente los gustos, ni al otro duelen los trabajos. En el punto que espiró san Romualdo, despues de cien años de asperísima vida, ¿qué tuvo de todos sus rigores? Y en muriendo el penitentísimo Simeon Estilita, ¿qué tuvo despues de ochenta años de la prodigiosa penitencia que en ellos hizo? ¿Qué tuvo de pena del áspero cilicio que en tan dilatado tiempo no se quitó de dia ni de noche? ¿Qué tuvo de su continuo ayuno y largas oraciones? Por cierto no tuvo ya mas pena ni mas fatiga que si en todos ellos hubiera tenido los regalos de Sardanápalo: de dolor no tuvo nada, pero de admirable gozo y gloria tuvo, tiene y tendrá mucho. ¿Qué tuvo san Clemente Ancirano en el tiempo que murió de veinte y ocho años en que fue rabiosamente atormentado de la crueldad de los tiranos? Por cierto, de dolor no mas que si hubiera gozado en ellos de todos los deleites del mundo, pero de la gloria tiene una eternidad; porque si la malicia de una hora hace olvidar los deleites de cien años, mucho mejor la bondad y bienaventuranza de una eternidad hará olvidar los dolores de solos veinte y ocho años. ¡Oh prodigioso momento de la muerte que acaba todo esto temporal y perecedero, y da principio á lo eterno, y trastrueca todas las cosas! Acaba con los gustos de los pecadores, y empieza con los tormentos para nunca acabar; acaba con las penas y asperezas de los Santos, y empieza con los gozos eternos.

Mire el cristiano lo que coge: igualmente han de tener fin los gustos con que peca y las penas con que satisface; é igualmente no han de tener fin los tormentos por que pecó y los gozos por que mereció. Escoja lo que le estará mas bien, mire si le será mejor labrar para sí un eterno peso de gloria con el ligero y momentáneo trabajo de la penitencia; porque aunque la hiciera por espacio de cien años, respecto de la eternidad es un momento. No espante á ningun penitente la vida larga; que no hay nada largo respecto de lo eterno. Bien dijo san Agustin (1) que *todo lo que tiene fin es breve.* Fin tienen cien años de penitencia, y así es breve esta penitencia. Fin tienen mil años, y fin tienen cien mil, y fin tienen cien mil millones; y así todo este tiempo, al parecer inmenso, es breve, y respecto de la eternidad no es mas que un instante. De la misma manera habiamos de mirar cien mil años como una hora; y por si la vida larga tampoco se habia de desear como la breve; porque tan

(1) In Psalm. XLV. Omnis res, quæ finem habet, brevis est.

poco bulto hace respecto de lo eterno : y así como respecto de un cuerpo sólido no tiene mas proporcion una superficie que cien mil, porque no bastarán todas á componer una partecita sólida, mas que si fuera una sola ; así tambien respecto de lo eterno no es menos un año que cien mil, ni mas cien mil que un año : y á todo tiempo, aunque sea un millon de siglos, hemos de mirar como á instante, y á todo lo temporal como á una superficie que tiene solo apariencia, pero no cosa alguna de solidez ni sustancia; y todos los tiempos con cuantos bienes temporales hay no podrán componer un bien solo de lo incomprensible de la eternidad. Si toda la tierra respecto del cielo se dice que es un punto, con ser finita y limitada la grandeza del cielo, ¿qué mucho que todo tiempo sea como un instante respecto de la eternidad, que es infinita? De la tierra al cielo, y aun de un granito de arena al mas alto cielo, hay proporcion ; y con todo eso es un punto en su comparacion. Pero de cien mil años á la eternidad no hay proporcion, y así serán menos que un instante. ¡Oh ceguera de los hombres, que hagan tanto caso del tiempo, que en vida quieren gustos, y en muerte memoria ; y en vida y muerte nombre y fama! ¿Para qué? ¿Para un momento? ¿Para un instante? ¿Para qué quieres gusto en vida que mañana se te acabará? ¿Para qué quieres memoria vana y caduca despues de muerto, pues no te puede durar mas que hasta el fin del mundo, y este no tardará muchos años ; y aunque tarde un millon de siglos, breve es, pues se ha de acabar, y todo es como un momento respecto de lo eterno? Así como se ha la inmensidad de Dios respecto del lugar, así se ha la eternidad respecto del tiempo ; y como respecto de la inmensidad de Dios no es mas todo el mar que una gota de agua, ni es menos un átomo del aire que todo el mundo ; así tambien, respecto de lo infinito de la eternidad, no es mas cien mil siglos que medio cuarto de hora. Pues si Dios te diera medio cuarto de hora de vida solamente, y supieras que, despues de muerto, dentro de una hora se habia de acabar el mundo, ¿gastaras aquel tiempo en acomodarte y en procurar fama despues de tu vida? Por cierto no te acordaras mas que de aparejarte para morir, y no trataras de dejar nombre vano y gran memoria de tí. Sábete que lo mismo debes hacer, aunque tuvieras por muy cierto que habias de vivir cien años, y que el mundo no se habia de acabar en cien mil; porque todo lo que tiene fin breve es, y todo tiempo respecto de la eternidad es como un dia, una hora y un momento. Sábete que san Juan dijo que ya estaba su tiempo en la última hora del mundo, aunque faltaban tantos años, porque todos esos años no eran mas que una hora respecto de lo eterno ; y así como no tuvieras cuenta de dejar nombre de tí en el mundo, si solo faltase una hora para acabarse, tampoco la debes tener ahora, aunque faltasen muchos siglos.

Si supieras de cierto que habias de vivir cien años, y que en todos ellos no hubieras de comer sino lo que sacaras del tesoro de un gran

rey por espacio de una hora, que te determinase para ello, ¿fuéraste por ventura aquella hora á pasear? ¿Detuviéraste en alguna vana conversacion? ¿Pusiéraste á buscar entretenimientos? Por cierto que no cesaras de trabajar y darte prisa, cargándote de aquellos tesoros. Pues ¿cómo te descuidas sabiendo que tu alma ha de vivir una eternidad, y que no ha de tener sino lo que en esta vida ganare y mereciere? Mira el poco tiempo que te dan para proveerte para lo eterno; ¿cómo te descuidas, cómo te paseas, cómo te entretienes, cómo ries, cómo no lloras y haces pedazos tus carnes á penitencia y rigor? Mas es una hora respecto de cien años y de cien mil, que son cien mil respecto de la eternidad. Pues si en aquella hora de atesorar no pararas por parecerte poco tiempo, ¿por qué pararás de merecer en el tiempo de esta vida, aunque fuese de cien años, pues fuera un momento respecto de lo eterno? Mira qué son cien años respecto de un millon de años, y mira qué serán respecto de la eternidad. Si te dieran cien años de tormentos por un millon de contentos, te venia á salir muy barata esta feria, pues dabas diez mil veces menos de lo que recibias; mas no por cien años de penalidades, sino por una hora de mortificacion de un gusto, te dan una eternidad de gloria. Considera cuánto menos das de lo que recibes, porque si tan larga vida de trabajo fuera, respecto de un millon de años, diez mil veces menos, ¿que será comparada con la eternidad, respecto de la cual millones de millones de siglos no es un instante? Mira que es poco un espacio de esta vida para granjear la eterna. Mira que es poco todo tiempo para merecer la eternidad. Con razon dijo san Agustin (1): *Por el descanso eterno habias de tomar un trabajo eterno; habiendo de recibir la eterna felicidad, habias de sufrir eterno padecer*. Pues ¿cómo te puede parecer mucho el tiempo breve de esta vida? No dudo sino que no hay justo en el cielo ni pecador en el infierno que todas las veces que tiende los ojos por la eternidad no se admire y se asombre de que una cosa tan breve como esta vida sea la llave de bien ó mal tan largo. Mira cuán barata se te da la eternidad de la gloria, lo que es infinito por lo finito: pesa mil años en comparacion de lo eterno, pesa diez mil, pesa cien mil, no haces nada, todo es humo y paja, porque no hay comparacion de lo infinito á lo finito, ni de lo vivo á lo pintado. Bien dijo Plotino que el tiempo era imágen de la eternidad, conforme á lo cual dijo David que el hombre se pasa en imágen, por decir que se pasa en tiempo. Lo mismo que se dice del tiempo, se puede decir de lo que en él corre, que los males y bienes temporales son pintados respecto de los eternos. Pues mira cuán barato se te da una gloria sin fin por un trabajo breve, y una bienaventuranza verdadera por un trabajo pintado, y que la quieras despreciar por un

(1) Aug. in Psalm. xxxix. Pro æterna requie labor æternus subeundus esset; æternam felicitatem accepturus, æternas passiones sustinere deberes.

gusto fingido y de un momento. Por cierto que no digo evitar deleites de esta vida; pero abominar de ellos debes, y buscar la eternidad por pena, por hierro y por fuego: porque así como ella sin comparacion excede á todo tiempo, así debe buscarse en todo tiempo con fervor, diligencia y ansias incomparables sobre todo lo temporal. Dijo Salomon (1) de la sabiduría, que en la mano derecha tenia la eternidad, y en la izquierda las riquezas y la gloria; para significar con cuántas mas veras habia de buscar lo eterno que lo temporal, y preferir la virtud á las riquezas y honras, porque así como la mano derecha tiene muchas fuerzas, y la izquierda pocas, así debemos tener y conservar lo eterno con todas nuestras fuerzas, mas no lo temporal, porque los mayores bienes de este mundo, y la mayor gloria de él, si no ha de ser eterna, ¿qué puede aprovechar? En teniendo fin las cosas se hunden en el abismo del no ser, como si no hubieran sido. No digo los gustos de la vida, sino la misma vida en medio de lo eterno, ¿qué es sino una sombra de ser? Mira antes que tuviste un gusto, que por una eternidad no tuvo ser tu gusto: mira despues de pasada otra eternidad, en que no le tendrá, ¿qué viene á ser mas que si no hubiera sido? Todo lo tiene, principio y fin en medio de la eternidad, que ni tuvo principio ni tendrá fin; se hunde y se absorbe como si no hubiera sido, y así tampoco aprovechará todo lo temporal, que pasa, si no sacas de ello algun fruto eterno, que permanece.

CAPÍTULO XI.

Qué cosa sea el tiempo, segun Aristóteles y otros filósofos, y la poca consistencia de la vida.

Aunque de todo lo dicho se puede colegir lo que es el tiempo, la vida temporal, y cuanto con el tiempo pasa; con todo eso lo considerarémos ahora mas particularmente, despues de haber tratado de la eternidad, para formar mas vivo concepto de la bajeza de las cosas temporales y grandeza de las eternas. Define al tiempo Aristóteles (2) diciendo que es *la medida del movimiento;* porque donde no hay mudanza ni sucesion, no hay tiempo. Declara mas esto Eleusipo (3), añadiendo que el tiempo es la medida del apresuramiento y carrera que hace el sol. Y Próculo dijo que era el número de las correrías y revoluciones de los cuerpos celestes. Los Pitagóricos dijeron que era la última esfera que rodea las demás; esto es, el último cielo, cuyo rapidísimo movimiento es sobre toda ligereza y movimiento: conforme á lo cual dijo Alberto

---

(1) Prov. III. Longitudo dierum in dextera ejus, et in sinistra illius divitiæ, et gloria.
(2) Arist. lib. physic. de platanis deffini. — (3) Eleusip. definit. apud. Pat. Burriel, de temp. lib. 6.

Magno (1) que era la medida del movimiento del primer móvil; de manera que el tiempo es un accidente de cosa tan inconstante como el movimiento. Por lo cual dijo Avicena (2): *El tiempo es cosa mas flaca que el movimiento.* Mira, pues, qué hay que fiar de la vida humana, pues es miembro de una cosa tan inconstante, flaca y veloz, que pasa, y corre al paso que corre el sol, y dan vueltas al mundo las estrellas del firmamento, que exceden en su curso y velocidad, no solo á las aves que vuelan, pero al mismo viento. Sábete que no viene la muerte tras tí con zapatos de plomo; alas trae, y volando viene á buscarte con tanta celeridad, que no se puede imaginar mayor: no solo excede á las aves del aire, pero ni hay pieza de artillería disparada que con mas furia se mueva que ella corre por toparte, y no te dejará de alcanzar. Considera cuántas cosas conoces que hay ligeras, y piensa que todas se mueven á paso de tortuga en comparacion de la muerte. Muy velozmente se mueve un neblí cuando va tras la garza; pero flema es toda su velocidad en comparacion del tiempo y de la muerte, que viene en él caballero, para hacer en tí presa. Mas ligeramente que una ave se mueve la saeta que dispara el cazador, pues la hiere y mata aunque vaya volando por los aires; pero lerda es la saeta mas ligera en comparacion de la que te ha disparado la muerte desde el punto en que naciste. ¿Y qué cosa se puede imaginar mas veloz que un rayo que cae del cielo? Con todo eso es su movimiento muy espacioso respecto de la presteza con que corre la muerte; porque es al paso del movimiento de las estrellas del firmamento, que mas ligeramente se mueven, cuya velocidad es tan prodigiosa, que corren en un dia mas de mil y diez y siete millones y medio de leguas, y en una hora mas de cuarenta y dos millones, segun el cómputo mas moderado del P. Clavio (3). Á este paso viene la muerte tras tí, ¿cómo no te recelas? Mas ligera viene que una águila, mas veloz que un rayo, con tal ligereza, que aun el pensamiento no la alcanza: ¿cómo no temes, y te sobresaltas? Ya está suelto el arco: contra tí está ya disparada la saeta, y viene á dar en tí: ¿cómo no abajas siquiera la cabeza, y te humillas y reconoces? Si supieses que un tiro de artillería querian dispararte, y que no podias huir el golpe, no sabrias qué hacerte: ¿pues qué si te dijesen ya está disparado? Murieras con solo el susto. Pues sábete que mucho mas precipitada y ligeramente se ha disparado contra tí el tiro de la muerte, y que no hay cuarto de hora que no corra por alcanzarte mas de diez millones de leguas, y no sabes desde dónde partió, ni dónde está ya; porque aunque estuviera muy léjos de tí, ella corre con tanta prisa, que no puede dejar de dar contigo muy presto; pero como no sabes de cuán léjos partió, debes por momentos estarla esperando, pues por momentos viene.

---

(1) Albert. Mag. in 3 physic. tract. 2, cap. 3. — (2) Avicen. suffi. lib. 3, c. 13. Tempus debilius est motu. — (3) V. Clav.

Fuera de la ligereza se ha de considerar aquella condicion del tiempo, que notó Aristóteles, que es medida del movimiento, en cuanto tiene primero y postrero; esto es, en cuanto con continua sucesion unas partes tiene despues de otras, lo cual tiene esencialmente el mismo tiempo, como notó Averroes (1); de manera que no tiene capacidad para dar de por junto las cosas, sino por partes, dejando unas de ser para venir otras, muriéndose cada momento las primeras para que vengan las segundas. Los bienes que puede gozar la vida en la niñez se han de dejar cuando vienen los de la mocedad, y los de la mocedad cuando vienen los de la vejez. La candidez, seguridad é inocencia de los niños se pierde con la juventud, y las fuerzas y vigor de la juventud no están ya con el seso y juicio de la vejez; de suerte que no es el tiempo para darnos todo junto inocencia, vigor y prudencia, sino, con ser tan limitados los bienes de la vida, los da tan limitadamente, que á la misma vida da por partecitas, y mezcla en ella tantas partes de muerte como da en trozos de vida. Primero que venga la niñez ha de morir la edad de infante; primero que venga la vida pueril ha de morir la niñez; antes que venga la juventud ha de acabarse la puerilidad, y la misma juventud muere primero que venga el estado de varon, el cual tambien antes que venga la vejez ha de espirar; y hasta la misma vejez muere para que venga la edad decrépita. De suerte que en una misma vida hallará uno antes de morir que ha muerto muchas veces; y con todo eso no acabamos de persuadirnos que hemos de morir una. Volvamos, pues, los ojos á nuestra vida pasada, y consideremos qué se hizo de nuestra niñez, de nuestra puerilidad, de nuestra juventud. Ya murieron en nosotros. Pues de la misma manera morirán todas las demás edades y vidas de la vida. No solamente moriremos en los principales tiempos de ella, sino cada hora y momento, con una perpétua sucesion y mudanza de cosas. ¿Qué contento hay en la vida que no muera luego, y le suceda algun pesar? ¿Qué afecto da pena que no le suceda otro con otra pesadumbre igual ó mayor? Por lo ausente, porque se entristeció uno; teniéndolo presente se enfada: lo que deseado le dió congoja, poseido le da cuidado, y perdido pena. El breve rato que viene algun gozo no se puede lograr todo junto, sino gustándole por partes, sin sentir el gusto de las primeras cuando vienen las segundas, disminuyéndose cada momento, y muriéndonos nosotros con él cada instante; porque no hay punto de vida en que no gane mucha tierra la muerte. Ni es otra cosa el movimiento de los cielos sino un ligerísimo torno en que se está siempre recogiendo el ovillo de nuestra vida, y un velocísimo caballo en que corre la posta la muerte: no hay momento de vida en que no tenga igual jurisdiccion la muerte. Y como dijo un filósofo, no hay punto de tiempo que no le dividamos con la muerte;

(1) Ex dict. destruc. disput. 1, cap. 4.

y si bien se considera, no vivimos sino un punto, porque no tenemos de vida sino este instante presente. Los años pasados ya pasaron, y no tenemos de ellos mas que si fuéramos muertos. Los años que han de venir aun no los vivimos, y tenemos de ellos mas que si no hubiéramos nacido. El dia de ayer se desvaneció; el de mañana no sabes lo que será; del de hoy ya se te han pasado muchas horas que no vives, y te faltan de vivir otras que no sabes si las vivirás; de manera que, sacado todo en limpio, no vives sino este momento, y en ese mismo te estás muriendo; de suerte que no puedes decir que la vida es sino la mitad de un momento, y un indivisible dividido entre vida y muerte. Con razon se puede llamar esta vida temporal, como dijo Zacarías: *Sombra de la muerte*, porque á sombra de la vida se nos entra la muerte: y como á cada paso que da uno da otro su sombra, así tambien no da paso la vida, que no dé otro la muerte; y así como la eternidad tiene esta propiedad, que siempre empieza, y así es un perpétuo principio, así tambien esta vida siempre acaba, y se está feneciendo: por lo cual se puede decir un perpétuo fin y una continua muerte. No hay gusto en la vida, aunque durara veinte años continuos, que se pueda gozar presente, sino solo un punto; y este con tal contrapeso, que no menos se avecina en él la muerte que le goza la vida. Finalmente, es de tan poco ser y sustancia el tiempo, y por consiguiente nuestra vida, que no tiene ser permanente, como dice Alberto Magno (1), sino sucesivo y arrebatado, sin poderse detener en su carrera, con la cual va precipitado á dar en la eternidad, y como si fuera un caballo desbocado atropella con todo y lo arruina, sin poder pararse: y á la manera que no se pudiera gozar de la vista de un bizarro caballero lleno de joyas y galas, si fuese siempre corriendo á rienda suelta, así tambien, porque no paran un punto las cosas de esta vida, no se puede gozar bien de ninguna: todas corren á rienda suelta hasta estrellarse con la muerte y hacerse pedazos con su fin. No significó poco esta misma condicion del tiempo el nombre que le dió el emperador y filósofo Marco Aurelio, cuando dijo (2): *El tiempo es una ola arrebatada*; porque así como una récia ola hunde con gran velocidad la nave, y no deja gozar al navegante de las riquezas que lleva, así hace el tiempo con su arrebatamiento y furia, que arruina y anega todo. Consideró este filósofo tanta brevedad y presteza en el tiempo, que lo mismo juzgó era vivir largo tiempo que corto; y así añadió una sentencia que quiero referir aquí para desengaño nuestro: *Si te dijera Dios que habias de morir mañana, ó ese otro dia, no hicieras ya mucho caso en que murieses ese otro dia, y no mañana, si no es que tuvieses un ánimo muy apocado y vil; porque, ¿qué diferencia habia de uno á otro, por ser tan poca la distancia? Pues de la misma manera juzga que no has de tener por*

---

(1) 4 phys. tract. 7, cap. 4. — (2) Marc. Aurel. lib. 4. Ævum fluctus est rapidus.

gran diferencia morir despues de mil años, ó morirte mañana. Considera á-menudo cuántos médicos se han muerto, que tomando el pulso á los enfermos arquearon las cejas; cuántos matemáticos, que se alabaron de haber dicho á otros cuándo habian de morir; cuántos filósofos, que disputaron largamente de la muerte y de la mortalidad; cuántos muy celebrados en la guerra que mataron á muchos; cuántos reyes y tiranos, que con gran insolencia usaron de su poder; cuántas ciudades se han muerto, para decirlo así, Helice, Pompeya y Herculano, y otras innumerables. Añade á estos cuántos has conocido y ayudado á sus exequias, que uno tras otro se han muerto, y lo que ayer fue pez, hoy es guisado, ó ceniza: momentáneo es todo tiempo. Todo esto es de este sábio Príncipe.

CAPÍTULO XII.

Cuán breve sea la vida: por lo cual se ha de despreciar todo lo temporal.

Mira, pues, ahora qué es el tiempo y qué es tu vida, si se puede imaginar cosa mas veloz é inconstante. Compara la eternidad, que siempre está en un estado, con el tiempo, que tan arrebatadamente corre y se muda. Mira que así como la eternidad da una estimacion infinita á las cosas á donde se llega, así el tiempo ha de quitar la estimacion de cuantas cosas con él se acaban. El mejor gozo del cielo debes estimar infinito, porque ha de durar infinitamente; y el mayor contento de la tierra debes estimar en nada, porque ha de acabarse y parar en nada. El menor tormento del infierno te habia de causar un pavor inmenso, por haber de durar sin fin; y los mayores tormentos de esta vida no tenias que temer, pues han de cesar y acabarse. Cuanto la eternidad engrandece las cosas, tanto las disminuye el tiempo; y así como lo eterno debe tener estimacion de cosa infinita, aunque ello fuese pequeño, así lo temporal se debe estimar en nada, aunque fuese infinito, porque ha de parar en nada. Por cierto que aunque fuese uno señor de infinitos mundos, y tuviese infinitas riquezas, si las habia de dejar, y acabar con todo, no tenia que estimarlo mas que la nada, pues en nada ha de parar. Y si todas las cosas temporales tienen esta mala propiedad, por ser caducas y perecederas, de no debérseles mayor estimacion que á lo que no es, pues han de dejar de ser tan presto, con muy particular razon se debe estimar en nada la misma vida del hombre, porque es mas frágil y perecedera, y poco mas que el no ser. No tiene el hombre cosa mas frágil y caduca que su vida: las posesiones, las heredades, las riquezas, los títulos y las demás cosas del hombre, duran aun despues del hombre; pero no su vida, la cual es tan delicada, que un poco de frio ó calor que exceda la acaba, y un poco de viento que corra, ó una respiracion de un enfermo, ó una gota de ponzoña basta para que desaparezca; de manera que, si se considera bien, no hay vidrio como ella;

porque el vidrio, si no le tocan, dura, mas nuestra vida sin tocarla se consume y acaba. Al vidrio puédenlo guardar, y durará siglos; para la vida no hay guarda ninguna, ella por sí misma se consume.

Todo esto tuvo muy bien entendido el rey David, que fue el mas dichoso y poderoso príncipe que tuvieron los hebreos, y rey de un reino tan grande que abrazaba los dos reinos de Judá y de Israel, y de cuanto prometió Dios á los israelitas, que no lo alcanzaron á poseer hasta su tiempo, y extendió su imperio á otras muchas provincias con tanta sobra de riquezas, que el oro rodaba por su casa y corte; por lo cual dejó grandes tesoros á su hijo Salomon. Pues este tan afortunado Príncipe, considerando que habia de tener fin su grandeza, luego lo calificó todo por nada; y no solo sus reinos y riquezas tuvo por vanidad, pero su misma vida: por lo cual dice (1): *Pusiste, Señor, á mis dias medida; y así toda mi sustancia es como la nada.* Todas mis rentas, todos mis reinos, todos mis trofeos y toda mi hacienda, cuanto poseo, con ser rey tan poderoso, todo es nada. Luego añade: *Pero sobre todo es una universal vanidad todo cuanto es el hombre que vive;* esto es, toda mi vida: porque la vida del hombre es la cosa mas frágil de cuantas tiene el hombre. Esta baja estimacion y esta vanidad tienen las cosas, aunque las hubiésemos de gozar mil años; pero habiéndose de acabar tan presto, y mas de lo que pensamos, ¿qué caso se puede hacer de todo? ¡Oh si hiciésemos concepto de esto, de cuán breve es la vida, y cómo se despreciaran todos sus gustos! Es cosa esta tan importante, que mandó Dios al mas principal de sus Profetas que saliese por las calles y plazas, y á voces pregonase y diese grandes clamores de cuán frágil y breve es nuestra vida; porque estando profetizando el profeta Isaías el mas grave y escondido misterio que le reveló Dios, que es la Encarnaciod del Verbo eterno, oyó de repente una voz del Señor que le decia que alzase el grito y diese voces, diciéndole: *Clama, clama.* El Profeta respondió: ¿Qué es, Señor, lo que tengo de clamar, y quieres que pregone á gritos? Díjole Dios: Que toda carne es heno, y toda su gloria como la flor del campo; porque así como el heno se corta y seca de la noche á la mañana, y la flor se marchita luego, así es la vida de toda carne, y su hermosura y lozanía se pasa y se marchita en un dia. Sobre este lugar dice san Jerónimo (2): *Verdaderamente que quien mirare la fragilidad de la carne, y que cada hora crecemos y descrecemos, y que esto mismo que hablamos, que dictamos, que escribimos, se nos pasa volando de nuestra vida, no dudará de decir á su carne que es heno. El que ayer era niño se hace al momento muchacho, el muchacho se hace de repente mancebo, y hasta la vejez se va mudando por plazos inciertos, y antes se siente uno viejo que empiece á maravillarse que no es mozo.* Otra vez considerando el mismo Santo á Nepociano, que murió en la flor de su edad,

(1) Psalm. XXXVIII. — (2) Hieron in Comm.

dice (1): *¡Oh miserable condicion de la naturaleza humana! Vano es todo lo que vivimos sin Cristo, toda carne es heno, y toda su gloria como la flor del heno. ¿En dónde está ahora aquel rostro hermoso? ¿En dónde está la dignidad de todo su cuerpo, con la cual, como con un hermoso vestido, se vestia la hermosura del alma? ¡Ay dolor! marchitóse la azucena corriendo ábrego, y el color de púrpura de la violeta se mudó en amarillez.* Luego añade: *Debemos, pues, considerar nosotros que lo que hemos de ser en algun tiempo, y lo que queramos ó no queramos no puede estar muy léjos; porque si excediese nuestra vida á novecientos años, y se nos concediese la edad de Matusalèn, con todo eso toda la longitud de vida pasada no seria nada, pues deja de ser; porque entre aquel que vivió diez años, y aquel que hubiese vivido mil, despues que les hubiese venido el fin de la vida y la necesidad irrecusable de la muerte, lo mismo es; sino que el viejo sale mas cargado con mayor haz de pecados.* Pues esta fragilidad y brevedad de la vida humana, con ser tan cierta y clara, quiso Nuestro Señor que publicase su Profeta, juntamente con el misterio mas escondido é ignorado del entendimiento humano, que era su encarnacion, y el modo de la redencion del mundo, que aun los mas altos Serafines no conocian ser posible; porque no acaban los hombres de persuadirse esta verdad, y conocer la brevedad de la vida, y con verla acabar cada hora no creen que se ha de acabar en alguna, y con oirlo cada dia les es como un misterio escondido que no acaban de entender, y asi mandó Dios que como cosa nueva, pero de grande importancia, nos la persuadiese y publicase Isaias á grandes gritos y pregones, para que penetrase los corazones humanos. Oigamos, pues, de Dios esta verdad: Toda carne es heno, toda edad es breve, todo tiempo vuela, toda vida se desaparece, y gran multitud de años es grande nada.

Oye tambien cuánta verdad sea esta de los mas experimentados en vivir que sienten de la vida. ¿Acaso te prometes vivir cien años, y que esa es larga vida? Pues escucha al santo Job, que vivió doscientos y cuarenta y ocho años, y fue el hombre que mas pudo sentir lo que es vivir, así por su prosperidad, como por sus trabajos, que parece alargan mas el tiempo, que dice de todos sus años (2): *Nada son mis dias;* nada dice que son cási tres siglos de vida.

Otras muchas veces habla de la brevedad de la vida, declarándola con varias comparaciones y metáforas. Una vez dice (3) que eran sus dias mas ligeros que un correo que va por la posta, y que se pasaron como una nave que pasa de ligero, y como el águila real cuando arrebatadamente se abate á la presa. En otra parte dice que se pasaron mas presto que el tejedor da una tijerada en la tela. Otra vez le compara á la hojarasca seca que se la lleva el viento, y á una pajuela seca. En

(1) In epitaph. Nepotian. — (2) Juxt. Isid. lib. de vita et morte Patr. cap. 24.
(3) Job, VII. Job, IX. Dies mei velociores fuerunt cursore, etc.

otro lugar dice que es la vida del hombre como la flor que sale, y luego se pisa, y que huye como la sombra, sin permanecer en un mismo estado. Tan poco es la vida, pues por sombra la calificó el santo Job, aun en tiempo que era tres ó cuatro veces mayor que ahora; y no es maravilla, pues sintieron de ella lo mismo los que la alcanzaron tan larga, que pasaba de novecientos años, que son los que vivieron antes del diluvio, de los cuales los mas están en el infierno, diciendo lo que refiere el Sábio (1): *¿Qué nos aprovechó nuestra soberbia? Ó el fausto de nuestras riquezas ¿qué nos ha dado? Pasáronse todas estas cosas como sombra, como el correo que pasa por la posta, y como la nave que rompe las aguas inquietas, que no podrá hallarse rastro del lugar por donde atravesó, ni deja senda de sí; ó como el ave que vuela por el aire, cuyo camino no deja señal alguna, sino solo el ruido de las alas que azotaron al viento ligero, y rompiendo por fuerza, camina por los aires revueltos conmoviendo sus alas; despues de lo cual no se halla vereda por donde hizo su jornada: ó como la saeta tirada al blanco, que no hubo bien dividido el aire cuando se tornó á juntar y cerrar como antes, para que no se sepa por dónde pasó. Así tambien nosotros, apenas hubimos nacido, cuando al improviso dejamos de ser*. Estas son palabras aun de los tristes condenados que vivieron mas de ochocientos años; y si tan larga vida la tuvieron por sombra, y juzgaron que apenas habian nacido cuando al momento murieron, ¿cómo piensas tú vivir mucho, pues en este tiempo es mucho llegar á sesenta años? La vida de ochocientos años no es mas que el revolotear de un gorrion, ó el disparar de una saeta, ó, por memejor decir, un paso de una sombra.

¿Qué piensas que será cincuenta años que podrás vivir? Por cierto que á vida mas larga, esto es, á todo aquello á que se puede extender la vida humana, comparó Homero á las hojas de un árbol, que cuando mucho duran un verano; y pareciéndole mucho á Eurípides, dijo que la felicidad humana bastaba que tuviese nombre de un dia. Mas juzgando esto por sobrado, dijo Demetrio Falereo que le bastaba llamarse no hora, sino momento. Platon tuvo por demasía darla algun ser; y así se lo quitó, diciendo que era sueño de despierto. Y teniendo esto por mucho san Juan Crisóstomo, lo corrigió, diciendo que era, no sueño de gente despierta, sino de dormida. Nó parece que hallaban los filósofos ni los Santos comparacion con que acabasen de declarar la brevedad de esta vida; porque ni posta por la tierra, ni navío por el mar, ni ave por el aire pasa con mas prisa. Todas estas cosas, y otras que se tienen por veloces, no tienen siempre en su ser su velocidad, sin que alguna vez no aflojen ó se paren; pero la carrera ó ímpetu de nuestra vida, con que corre á la muerte, aun mientras dormimos no se para. Y así le parecia á Filemio tan presta y veloz, que dijo que no era esta vida

---

(1) Sap. v. Job, xiv. Quasi flos egreditur, et conteritur, et fugit velut umbra, etc.

mas que nacer y morir, y que al nacer salimos de un sepulcro oscuro, y que al morir nos poniamos en otro mas triste y tenebroso. Pues de esta vida tan breve quita el tiempo del sueño, y quitarás la tercera parte de ella; quita tambien el de la niñez y de otros accidentes que impiden el sentido y fruto del vivir, y presto te quedarás con la mitad de esa nada que tienes por mucho. En la vida se cumple bien lo que dijo Averroes (1), que el tiempo era un ser disminuido en sí, pues ella en sí es tan poco, y de lo que es se disminuye tanto, pues tantas partes de vida se quitan de un punto, que es la vida, respecto de la eternidad. Además de esto, ¿piensas que esa mitad de la vida que sacaste en limpio es cierta? Engáñaste; porque, como dice el Sábio: *No sabe el hombre el dia de su fin;* y así como á los peces, cuanto mas seguros están, los prenden en el anzuelo, y á los pájaros en el lazo, así asalta la muerte á los hombres en el tiempo malo, cuando ellos menos piensan.

Considera, pues, ahora cuán viles y de poca sustancia sean todas las cosas temporales, y cuán frágil es toda la gloria del mundo, pues se funda en tan flaco cimiento, pues todos los bienes de la tierra no pueden ser mayores que la vida; y si ella es tan poca, ¿qué serán ellos, pues son bienes por ella? ¿Qué puede ser un gusto del hombre, pues toda la vida del hombre es un sueño, y una sombra, y un cerrar y abrir de ojos? Si la vida mas larga es tan breve, ¿qué puede ser el deleite de un momento, por el cual se pierde la bienaventuranza eterna? ¿Qué bien puede ser de estima que le sustente una vida tan desestimable y llena de miserias? Figura de esto es aquella estatua de Nabucodonosor, que aunque era de metales tan ricos como el oro y plata, toda se fundaba en los piés de lodo, que dando en ellos una china, dió con todo en tierra. Todas las grandezas y riquezas del mundo tienen por fundamento la vida de los que las gozan, la cual es tan deleznable, que no digo una piedrecita, pero un granito de una uva, ha bastado para deshacerla. Con razon dijo David que todo cuanto es el hombre que vive era universal vanidad; porque basta la brevedad de la vida del hombre para envilecer y desvanecer cuantos bienes puede gozar el hombre. Vanas son las honras, vanos los aplausos, vanas las riquezas, vanos los gustos de la vida, pues es tan vana y frágil la vida, cuya brevedad es la vanidad de vanidades, pues hace todas las cosas vanas y viles, y así es una vanidad universal de todas las cosas. ¿Qué caso harias de una torre fundada en arena movediza? ¿Y qué seguridad tendrias de lo que llevaba una nave barrenada? No debes por cierto hacer mas caso de los bienes de esta vida, pues se fundan en cosa tan instable como ella. ¿Qué puede ser toda la gloria humana, pues la vida, que la sustenta, no tiene mas consistencia que el humo, segun David, ó segun Santiago, que un vaporcito que al momento se desvanece? Y aunque fuese de mil

(1) Averro. 4 phys. text. 45.

años, en llegando su fin es igual con lo que duró un dia; porque así la felicidad de la vida larga, como la de la corta, es humo y vanidad, pues una y otra se pasa, y para en la muerte. Guerrico dominicano, gran filósofo y médico, y despues teólogo, oyendo leer el capítulo v del Génesis, donde la Escritura comienza á contar los hijos y descendientes de Adan, y el término de que usa, es este: Toda la vida de Adan fue novecientos y treinta años, y murió: la vida de su hijo Set fue novecientos y doce años, y murió, etc.; hizo su cuenta, que si tales y tan grandes hombres despues de tan larga vida al fin paraban en morir, no era justo perder mas tiempo en el mundo, sino poner la vida en cobro, de manera que cuando acá se acabase, no se perdiese, y con esto dió consigo en la Religion de santo Domingo, y fue de santísima vida.

¡Oh cuán locos son los hombres que, siendo tan breve la vida, tratan de vivir mucho, y no tratan de vivir bien; siendo cosa averiguada, como dijo Séneca, que todos pueden vivir bien, y que ninguno puede vivir mucho por mas que viva! Échase de ver mas esta locura con lo que dice Lactancio (1), que siendo tan breve esta vida, es fuerza que los males y bienes que hay en ella sean breves, como los males y bienes de la otra sean eternos: y queriendo Dios repartir competentemente estos bienes y males, ordenó que á los bienes breves, que se gozan en esta vida, sucedan en la otra males eternos, y á los males breves que se sufren aquí por amor de Dios sucedan bienes perdurables; y así poniéndonos Dios delante esta diferencia de bienes y males, y dejándonos libertad para escoger la suerte que quisiéremos, es gran locura por no sufrir tan breves males perder bienes eternos, por gustar de bienes tan breves padecer males tan largos, que no tendrán fin.

CAPÍTULO XIII.

Qué es el tiempo, segun san Agustin.

Veamos tambien qué sintió el gran doctor de la Iglesia Agustino sobre la naturaleza del tiempo (2), la cual tuvo en su gran entendimiento tan poca estimacion y ser, que despues de haber disputado con suma sutileza para averiguar lo que es, viene á concluir que no lo sabe (3). Lo mas que llega á alcanzar, que no hay tiempo largo, y que solamente se puede decir tiempo lo que es presente, que es solo un momento. Lo mismo sintió el emperador Antonino en su filosofía, por lo cual dice esta sentencia (4): *Si hubieses de vivir tres mil años, y sobre estos otros*

(1) Lac. lib. 5 divin. instit. — (2) Lib. 11 Confess. c. 15. — (3) Cap. 15.
(4) Au. Anton., lib. 2.

treinta años, acuérdate que nadie deja otra vida sino la que vive de presente; y así lo mismo es un espacio larguísimo de vida que uno brevísimo, porque lo que es presente á todos es lo mismo, aunque no sea lo mismo aquello que ya pasó: y así parece que no hay sino un punto del tiempo; porque ni lo pasado, ni lo futuro, nadie lo puede perder, porque ¿cómo se puede perder lo que no se tiene? Por lo cual se deben conservar estas dos cosas en la memoria: Una, que desde el principio todas las cosas tienen una misma figura, y se revuelven en un círculo, y no hay diferencia del que las esté viendo cien años ó doscientos, y del que las viese infinito tiempo. La otra cosa es, que aquel que vivió muchísimo, y aquel que se murió luego, pierden lo mismo; porque solo son privados de lo que es presente, pues esto solo tienen; porque lo que no se tiene tampoco se pierde. Todo esto dice este sábio Príncipe; porque no halla mas sustancia en el tiempo que el momento que es presente. Pero advierte san Agustin cuán poco se tiene ese mismo momento presente, pues no se puede afirmar que es; y así dice (1): *Lo presente, para que sea tiempo, es porque pasa; pero ¿cómo se dice que es, pues la causa por que es es porque no será? De suerte que no dirémos con verdad ser, sino porque camina á no ser.*

Mira de qué fias tu felicidad: mira en qué columna de bronce colocas tus esperanzas, en una cosa tan poco constante, que no tiene mas consistencia que el dejar de ser, y del mismo venir á no ser recibe su ser, si tiene alguno; porque ¿qué ser puede tener lo que es y no es, dejando siempre de ser con tanto ímpetu y ligereza, que no le podrás detener que se pare mas de un momento? Pero ni ese momento se para, pues el momento que es está siempre en perpétuo y continuado curso. Dígame el que está en la flor de su edad ¿qué fuerza puede haber que detenga los años de su vida que no corran siquiera un solo dia? ¿Qué poder habrá para que el gusto que tuviste una hora se detenga para que no se haya pasado? Procura asir del tiempo, y no hallarás de qué, porque no se le conoce bulto; y con todo eso corre con tan gran fuerza, que antes te llevará tras sí que tú le puedas tener, corre á su fin perpétuamente. Por eso, hablando de la vida el mismo santo Doctor, dijo que era su tiempo *una carrera á la muerte*, la cual es tan veloz y ligera, y mezclada con tantas muertes de un propio hombre, que viene á dudar el Santo si la vida de los mortales se ha de llamar antes vida que muerte; y así dice (2): *Desde el punto que empieza uno á estar en este cuerpo que ha de morir, siempre se hace en él el venir la muerte; porque esto obra su mutabilidad por todo el tiempo de esta vida, si acaso se ha de decir vida la que es para que venga la muerte; porque no hay ninguno que despues de un año no esté mas cerca de morir que antes del año, y mañana y hoy que ayer, y*

(1) Cap. 14. Sic præsens, ut tempus sit, ideo sit, quia in præteritum transit; quomodo, et hoc esse dicimus, cui causa ut sit, illa est: quia non erit? Ut scilicet non vere dicamus tempus esse, nisi quia tendit ad non esse. — (2) Lib. 3 de Civit. c. 10.

ahora que poco antes; porque todo el tiempo que se vive se quita del tiempo del vivir, y cada dia se hace menos y menos lo que queda, de tal suerte, que no es otra cosa el tiempo de esta vida sino una carrera para la muerte, en la cual no se permite á alguno pararse un poco, ó irse mas despacio, sino todos son apremiados á ir con igual apresuramiento.

Luego añade: *¿Qué otra cosa se hace cada dia y cada momento, hasta que se acabe de consumar aquella muerte que se obra, y comienza á ser el tiempo que se sigue despues de la muerte, el cual ya estaba en la muerte mientras se le quitaba de vida? De aquí se sigue que nunca está el hombre en la vida, desde que está en este cuerpo que muere antes que vive, si juntamente estar en vida y en muerte no puede. ¿Por ventura está junto en vida y muerte, esto es, en la vida que vive, hasta que toda se le quite, y en la muerte, porque ya muere á quien se le quita la vida?* Por esto mismo dijo Quintiliano (1): *Que por momentos moriamos antes de tiempo*, y Séneca dice: *Erramos cuando miramos á la muerte que ha de seguirse, como sea así que ya ha precedido y se ha de seguir: todo lo que fue antes muerte es. Y ¿qué importa que no empieces ó que acabes, pues de uno y otro es el mismo efecto de no ser?* Cada dia morimos, cada dia se quita alguna parte de la vida; y en el mismo crecer nuestro descaece y mengua la vida, y este mismo dia que vivimos lo dividimos con la muerte. Bien dijo quien llamó á la vida de este mundo sueño de una sombra. Tambien se dice en el libro de la Sabiduría que es nuestra vida un paso de la sombra, porque la sombra es como una mezcla de la noche y del dia; y así como la sombra se puede decir que es cierto género de noche, así la vida es cierto género de muerte; y como la sombra tiene mezcla de alguna luz, así la vida tiene su parte de morir y su parte de vivir, hasta que venga á parar en una muerte pura y sólida: y pues ha de venir á parar en no ser, será muy poco, principalmente comparado con lo eterno, que siempre ha de durar.

§ II.

Todo lo que tiene fin es poco, pues viene á parar en nada: pues ¿por qué quieres perder lo mucho por tan poco, lo verdadero y muy cierto por lo falso y soñado? Oye á san Juan Crisóstomo que dice (2): *Si porque uno tuviese sola una noche un sueño alegre, hubiese de ser atormentado despues de despierto cien años, ¿qué hombre hubiera que apeteciera tal sueño?* Pues ¿cuánta mayor es la distancia que hay de lo verdadero de la eternidad al sueño de esta vida, de los años eternos del otro siglo á los transitorios de este? Menos es esta vida, respecto de la eterna, que una hora de sueño respecto de cien años de vela, menos que una gota respecto de todo el mar. Prívate ahora de algun gusto por no estar pri–

(1) Quintil. in Madmen. per. — (2) Homil. 10 ad pop.

vado de todo gusto para siempre; pasa ahora algun trabajo porque no pases eternamente mil tormentos, porque con razon dijo san Agustin (1): *Mejor es una poca de amargura en la garganta, que eterno tormento en las entrañas.*

Á todo lo que pasa en tiempo llamó Cristo nuestro Redentor poquito. Poquito llamó al tiempo de su pasion, con tantos géneros de acerbísimos y muy crueles tormentos que en ella padeció: poquito llamó al tiempo del martirio de los Apóstoles, con tan extraños modos de martirios que sufrieron: poco y poquito es cuanto en esta vida podemos padecer respecto de los años eternos, si bien como dijo san Agustin (2): *Este poquito nos parece largo, porque aun estamos en ello; pero cuando se hubiere acabado echarémos de ver cuán poquito es.* Pongámonos en el fin de la vida, y verémos cuán pequeña es, y todo lo que en ella parece grande y de cualquier manera es muy poco comparado con lo eterno.

Á un muy observante y religioso Padre de nuestra Compañía, que se llamaba Cristóbal Caro, le envió Nuestro Señor este recado, que considerase estas dos cosas: *¡Oh qué mucho!* y *¡oh qué poco!* esto es, lo mucho, que es la eternidad sin fin, y lo poco, que es el tiempo de la vida: lo mucho, que es Dios poseido para siempre, y lo poco, que es un contento de la tierra que hemos de dejar: lo mucho, que es reinar con Cristo, y lo poco, que es servir á nuestro apetito: lo mucho, que es gloria eterna, y lo poco, que es vivir mucho en este valle de lágrimas; porque, como dijo el Eclesiástico (3): *El número de los dias de los hombres cuando mucho son cien años, y son reputados como una gota de agua del mar y como un granito de arena; así son pequeñitos los años en el dia de la eternidad.* Poco parecerá cualquier tiempo para merecer lo eterno. Con razon san Bernardo repetia á sus monjes aquel dicho de san Jerónimo: Ningun trabajo duró, ningun tormento debe parecer largo, con que se adquiere la gloria de la eternidad. Á Jacob le parecieron poco siete años que sirvió á Laban, por el amor que tenia á Raquel; pues á nosotros ¿por qué nos ha de parecer mucho ningun tiempo por servir á Dios? Mira á quién sirves tú, y por qué; y mira á quién servia Jacob, y por qué. Tú sirves al Dios verdadero y por la gloria eterna; Jacob servia á un idólatra engañador, y por una hermosura caduca.

Coteja ahora tus servicios con los de Jacob: mira si ha veinte años que tú sirves á Dios, como Jacob sirvió á Laban: mira si le puedes decir (4): *De dia y de noche te serví, abrasándome con el estío y el hielo, y el sueño se huia de mis ojos, y así te serví por veinte años en tu casa.* Con esta fidelidad sirvió aquel siervo de Dios á un pagano: ¿cómo será

---

(1) August. — (2) Tract. 10 in Joan. Hoc modicum longum nobis videtur, quoniam adhuc agitur; cum finitum fuerit, tunc sentiemus quam modicum fuerit.

(3) Eccli. XVIII. Numerus dierum hominis ut multum centum, etc. — (4) Gen. XXXI.

razon que tú sirvas á Dios, si deseas ser su siervo? Todo te ha de parecer poco, pues sirves á tan gran Señor, y por tan gran premio.

Mira en qué empleas tus breves años, que siendo cortos para ocuparlos en el merecimiento de una eternidad, se te pasan entre los dedos sin hacer cosa de provecho. Bien dijo san Agustin (1) que el tiempo de esta vida se significaba en el hilado de las Parcas, de las cuales fingieron los sábios antiguos que estaban hilando la vida. El tiempo pasado era lo que estaba revuelto en el huso; el tiempo por venir, lo que quedaba en la rueca por hilar, y el presente lo que se pasaba entre los dedos; porque verdaderamente no sabemos emplear el tiempo, ocupando en él las manos llenas con santas obras, sino que se nos pasa con pensar en cosas sin sustancia y provecho. Mira qué tela tan basta sacarás de tu vida, pues tan poco cuidas de lograr bien el tiempo de ella, que se pasa para nunca volver. Mejor declaró David este mal empleo, cuando dijo (2) que nuestros años meditarán como lás arañas: otra letra dice: *Se ejercitarán*; porque las arañas aun no hilan lana ó lino, sino los excrementos de sus entrañas, deshaciéndose y desentrañándose por urdir su tela, la cual labran con los piés, tan de poca consistencia, que en un momento se deshace, y tan de poco provecho, que no sirve sino de cazar moscas. La vida del hombre toda está llena de vanos trabajos y fatigas, de varios pensamientos, trazas, sospechas, temores y cuidados, que la ejercitan grandemente, encadenando y tejiendo cuidados á cuidados, afanándose siempre por mas: no habiendo bien acabado con una ocupacion, cuando se embarazan en otras, y todas tan mal hechas, como si las hiciesen con los piés, añadiendo unos trabajos á otros, y trabajo á trabajo, como la araña añade unos hilos á otros. Ya pensamos cómo se ha de alcanzar lo que deseamos, luego cómo se ha de guardar, luego cómo se ha de adelantar, luego cómo se ha de defender, luego cómo se ha de gozar, y todo viene á deshacerse entre las manos. ¿Qué trabajo cuesta á la araña urdir su tela? Anda de una parte y de otra, y vuelve á un mismo puesto muchas veces: consúmese por sacar mas hilos de sus entrañas para formar su toldo, y para ponerle en alto hace muchos caminos, y en habiendo acabado su obra muy extendida y ancha, con solo que la toque una escoba cae toda en tierra: así son los empleos de la vida humana, de mucho afan y de poca firmeza, quitando el sueño y llenando de cuidados para desvanecerse en un punto, gastando lo mas de la vida en trazas y pensamientos vanos. Por eso dijo David que los años de vida meditaban ó pensaban, como las arañas trabajan y se afanan todo el dia en formar sus telas; y así se va la vida del hombre en continuos pensamientos y cuidados de lo que ha de ser uno, lo que ha de procurar, lo que ha de alcanzar, y todo es vanidad de vanida-

(1) Lib. 10 contra Faust. Manich. cap. 6. Præsens quod inter digitos mentis trajicitur. — (2) Psalm. LXXX.

des y afliccion de espíritu; y (como dice el Sábio) en las cosas del servicio de Dios solo se tienen pensamientos y ningunas obras. Con mucha razon dijo Aristóteles que la esperanza de la vida por venir era un sueño del que vela; y Platon de la misma manera llamó á la vida pasada sueño de gente despierta, porque así la esperanza humana como la vida se igualan en esto al sueño, que no tienen consistencia ni ser; y ninguno hay que despues de haber hecho discurso de su vida pasada no diga que los sueños y verdades han sido de una misma manera; porque ya no tiene mas de lo que gozó que de lo que soñó, pareciendo todos sus gustos tan breves, que se les han juntado los fines con los principios, sin dar lugar á los medios.

CAPÍTULO XIV.

El tiempo es ocasion de la eternidad, y cómo debe el cristiano aprovecharse de ella.

Con ser tan poco y tan deleznable el tiempo, tiene una cosa preciosísima, que es ser ocasion de la eternidad; pues podemos ganar en poco tiempo lo que hemos de gozar eternamente, por lo cual es de inestimable valor. Por eso cuando san Juan dijo: *El tiempo está cerca*, en el griego original se dice: *La ocasion está cerca;* porque el tiempo de esta vida es la ocasion de ganar la eterna, y en pasándose no tendrá remedio ni esperanza de él. Procuremos emplearle bien, y no perder la coyuntura de bien tan grande, cuya pérdida es irreparable, y la lloraremos con eterno llanto. Consideremos qué bien es el de la ocasion, y cuán gran sentimiento suele causar el haberla perdido, para que por aquí conozcamos cómo nos hemos de aprovechar de la ocasion temporal de nuestra salud eterna; porque no tengamos el arrepentimiento inconsolable que de no haberla aprovechado tienen los que están en el infierno. Es gran negocio el de la salvacion, y depende de la velocidad del tiempo de esta vida, que es irrevocable, y muy incierto su término; y así con cien ojos debemos mirar no se nos pase ocasion tan importante, y con cien manos la debemos asir.

Conociendo los antiguos la importancia de la ocasion, la fingieron diosa (1), para declarar los grandes bienes que trae á los que se aprovechan de ella, cuya imágen adornaban en esta misteriosa figura. Poníanla sobre una rueda que se estaba continuamente moviendo al rededor, y con alas en los piés, para denotar la velocidad con que se pasa: no se le veia el rostro, porque le tenia cubierto con el cabello largo, que por la parte anterior tenia muy poblado y tendido, porque es difícil de conocer cuándo viene; pero cuando está presente tiene de donde asirse,

(1) In Epig. Græc.

mas por la parte posterior de la cabeza estaba rasa y calva, porque en volviendo las espaldas no tiene de dónde la puedan detener. Ausonio para significar el efecto que deja á los que la dejaron pasar, que es el arrepentimiento, añadió (1) que tenia detrás de sí á Metanea; que es la penitencia, la cual solamente quedaba en pasándose la ocasion, porque es grande el pesar que deja por no haberse logrado.

Otros figuraron la misma ocasion (2) teniendo las manos ocupadas de grandes dones y bienes, por los muchos que trae consigo; pero acompañada del tiempo muy veloz en hábito de peregrino, que no solo con dos, pero con cuatro alas la guiaba, por la prisa con que se pasa: por lo cual llamó con mucha razon Hipócrates precipitada á la ocasion, porque corre con tanto apresuramiento como cae lo que se despeña. Pongamos en medio de la eternidad el mas largo tiempo de la vida humana, sean cien años, sean doscientos, sean novecientos, como se vivia antes del diluvio, no parecerán mas que un instante; y quien extendiese los ojos por la inmensidad de la duracion eterna quedaria asombrado que cosa tan breve, pequeña y precipitada sea ocasion de cosa tan larga, y tan grande y permanente. Hagamos ahora esta consideracion, que es todo el tiempo de esta vida breve para ganar la eterna, y no perdamos tiempo principalmente, pues no lo tenemos seguro; y así, aunque estuviésemos ciertos de que habíamos de vivir cien años, no habíamos de dejar perder un momento en que no ganásemos eternidad; pero estando inciertos de lo que vivirémos, pudiendo morir mañana, ¿cómo nos podemos descuidar dejando pasar la ocasion de asegurar nuestra gloria, no habiendo de ofrecérsenos otra semejante jamás? Si á un diestro artífice hubiese mandado un gran príncipe, pena de la vida, que le tuviese acabada siempre y cuando que se la pidiese una obra primorosa de su arte, para la cual era menester tiempo de un año, pero pudiera ser que se la pidiese antes, ¿cómo podia descuidarse en trabajar para tenerla prevenida, pues le iba en ello la vida? Pues si á nosotros nos va la vida eterna en estar en gracia de Dios, teniendo viva su imágen nuestra alma, ¿cómo puede haber en esto descuido, dejando pasar la ocasion de nuestra salvacion?

Al tiempo llamaron Teofrasto y Demócrito (3): *preciosísimo gasto*. Terencio dijo: *Que el tiempo era la primera* (esto es la principal) *de todas las cosas*. Zenon decia: *Que no habia cosa que mas faltase á los hombres que el tiempo, y que no tenian de otra cosa mas necesidad*. Plinio estimaba tanto el tiempo, que ni un momento de él queria se perdiese; y así, viendo pasear á su sobrino, le reprendió diciendo: Pudieras emplear estas horas mejor; y porque leyéndole uno hizo repetir el mismo sobrino la palabra de un acento mal pronunciado, pareciéndole que en aquella re-

---

(1) Auson. in Epig. — (2) Vide Joan. David in lib. de occasione arrepta. In Aph.
(3) Teoph. Diog. l. 1. Sumptus prætiosissimus tempus.

peticion se habia perdido algun tiempo, le reprendió de la misma manera. Séneca estimaba el tiempo sobre todo precio; y así dice: *Hazlo así, y véngate á tí, y al tiempo recógele y guárdale; porque ¿quién me darás que ponga precio al tiempo? que estime el dia? que entienda que ha de morir cada dia?* Da en estas palabras á entender que debe ser el tiempo estimado sobre toda estimacion y aprecio. Pues si los gentiles, que no esperaban eternidad que con el tiempo granjeasen, le estimaban en tanto, ¿qué debemos hacer ahora los cristianos, cuando es el tiempo ocasion de eternidad? Oigamos á san Bernardo, que dice en esta materia: *No hay cosa mas preciosa que el tiempo; pero ¡ay dolor! que no se halla el dia de hoy cosa mas vil. Pásanse los dias de la salud del alma, y nadie repara en ello: nadie se dice á sí mismo que el dia se le ha de acabar y nunca ha de volver.* El mismo Santo, doliéndose mucho de que se malbarate cosa tan preciosa, dice: *Ninguno estime en poco el tiempo que se gasta en palabras ociosas. Dicen algunos: Bien podemos ahora parlar hasta que se pase esta hora. ¡Oh lastimosa razon! Basta que se te pase la hora, siendo la que te ha dado la misericordia de tu Criador para hacer penitencia, para adquirir gracia, para merecer gloria. ¡Oh lastimosa palabra! ¡Mientras se pasa el tiempo, siendo aquel en que puedes granjear la piedad divina!* Y en otra parte dice lo que es bien á propósito para aprovecharnos de la ocasion del tiempo de esta vida; sus palabras son estas (1): *Mientras tenemos tiempo obremos bien; principalmente, pues, el Señor dijo claramente que vendria la noche, cuando nadie podrá obrar. ¿Por ventura hallarás tú para buscar á Dios y para obrar bien otro tiempo en los siglos venideros, fuera del que te señaló Dios para acordarte de tí? Y por eso es dia de salud; porque aquí ha obrado tu salud antes de siglos, en medio de la tierra. Véte, pues, tú, y espera salud en medio del infierno, habiéndose obrado en medio de la tierra. ¿Qué posibilidad te sueñas de alcanzar perdon entre los ardores sempiternos, cuando se pasó ya el tiempo de tener misericordia? No te queda, habiendo muerto en pecado, hostia por los pecados: no se crucificará otra vez el Hijo de Dios. Murió una vez, ya no morirá. No baja á los infiernos la sangre que se derramó por la tierra. Bebiéronla los pecadores de la tierra, y no hay que tomen parte de ella los demonios para apagar sus llamas, ni los hombres compañeros de los demonios. Una vez bajó allá, no la sangre de Cristo, sino el alma; esto es lo que tuvieron los que estaban en la cárcel, una sola visita por la presencia del alma, cuando el cuerpo exánime pendia en la cruz sobre la tierra. La sangre regó la tierra, la sangre se derramó en la tierra, y como la embriagó, la sangre pacificó á los de la tierra y del cielo; pero no á los que estaban debajo de la tierra en los infiernos, sino que una vez sola fué allá el alma, como dijimos, é hizo en parte redencion* (por las almas de los santos Padres que estaban en el limbo), *para que ni por aquel momento faltaran las obras de caridad;*

(1) Serm. 75 in Cant.

pero no pasó mas adelante. Ahora es el tiempo aceptable y á propósito para buscar á Dios, en el cual sin duda quien le buscare le hallará; pero si le busca dónde y cómo conviene. Esto es de san Bernardo.

§ II.

Considera que tendrás arrepentimiento eterno, si no te aprovechas de esta ocasion del tiempo para merecer el reino de los cielos, viendo que con tan poca diligencia le pudiste ganar, y que por gusto tan breve le perdiste. Esaú (1) ¿qué rabia y qué furor tenia cuando volvió sobre sí, y vió que su hermano menor le habia llevado la bendicion de primogénito, por haberle él vendido la primogenitura por una escudilla de lentejas? Bramaba y deshacíase de coraje. Mírate á ti en este espejo, que por un gusto vilísimo y brevísimo vendiste el reino de los cielos. ¿Qué harias si hubieras caido en el infierno sino lamentar con eternas lágrimas lo que en un breve tiempo perdiste? Cam (2), cuando conoció que él y sus descendientes fueron malditos é infames por no haberse sabido valer de la ocasion, de la cual se aprovecharon sus hermanos, habiéndole primero venido á él á las manos, ¿qué sentimiento tendria ó debió tener? Mide por aquí el sentimiento que tendrá un condenado que, no aprovechándose del tiempo de su vida, se ve maldito de Dios por una eternidad, y otros que fueron menos que él estarán benditos y premiados en el cielo. Pues los yernos de Lot (3), cuando vieron que pudiéndose escapar del fuego, habiéndoles rogado mucho que se viniesen con él, no lo quisieron hacer, riéndose de sus consejos, cuando despues vieron que llovia fuego del cielo sobre ellos, y abrasaba toda la ciudad, ¿qué pesar tendrian de no haberse aprovechado de aquella ocasion tan buena que se les entró por sus casas? ¡Oh qué llanto! ¡oh qué pena! ¡oh qué rabia! ¡oh qué desesperacion tendrá un condenado cuando se acuerde que habiendo sido convidado de Cristo para salvarle en el cielo, vea que sobre sí está lloviendo eternamente una tempestad de fuego, azufre y tormentos! Pues el rey Hanon, que tuvo tan buena ocasion de tener paces con David, porque le convidó y rogó con ellas, cuando vió arruinar sus ciudades y quemar sus habitadores como ladrillos en el horno, á otros trillar, á otros despedazar, ¿qué diera por haberse aprovechado de la ocasion que tuvo de tener amistad con tan gran Rey, y poseer en paz su propio reino? Pero ¿qué tiene que ver eso con lo que sentirá el pecador cuando se vea á sí mismo abrasar en el infierno, y enemigo eterno del Rey del cielo, habiendo él perdido el reinar con los Santos? ¿Qué despecho y pesadumbre tendrá? El mal ladron, que fue crucificado con el Salvador del mundo, y tuvo tan buena ocasion para salvarse como su compañero, y no se supo aprovechar de ella, ¡cuán

---

(1) Gen. XIX. — (2) Gen. IX. — (3) Gen. XIX.

grande llanto hará ahora por esto! ¿Y qué arrepentimiento será el del rico avariento, á quien se le entró tan buena ocasion por sus puertas, pidiéndole Lázaro limosna, con la cual pudiera redimir sus pecados; y él la dejó pasar, siendo mas inhumano que sus perros, los cuales no le dejaban irse sin lamer primero sus llagas, usando de misericordia con quien fue tan poco misericordioso su amo? ¿Qué dirá ahora cuando le falta todo, hasta una gota de agua, por no haber dado de limosna siquiera una migaja de pan? ¡Qué despecho! ¡qué rabia! ¡qué desesperacion tendrá por no haber logrado tan buena ocasion para salvarse! Porque si bien es verdad que todo el tiempo que vivimos es ocasion para alcanzar la gloria, pero hay en el discurso de la vida particulares sucesos de los cuales depende mas especialmente nuestra salvacion; porque en ellos ó desobligamos mas á Dios, ó le obligamos: como lo hizo el santo José, cuando por no ofender á su Criador huyó de su ama, dejándole la capa en las manos. Este fue un acto excelente con que obligó mucho á Dios, y mereció que le favoreciese tanto como lo hizo. De la misma manera Susana se aprovechó de una gran ocasion para salvarse con muchos merecimientos, cuando escogió antes morir que consentir en aquel torpe gusto con que la convidaban aquellos dos ancianos. No se nos ha de pasar coyuntura de mostrarnos finos con Dios, y obligarle con acto heróico que depende de ocasiones, por lo cual dijo el Sábio (1): *No te defraudes del dia bueno, y partecita del buen dia no se te pase.* Á la ocasion definió Tulio que era parte del tiempo acomodado para hacer alguna cosa. Mitridates dijo (2) que era la madre de todas las cosas que se han de hacer. Y Polibio, que era la que dominaba en las cosas humanas; y no hay duda sino que ocurren algunas coyunturas que nos dan á las manos grandes ocasiones de merecer, y obrar virtudes excelentes y actos heróicos que si se logran aseguran mucho nuestra salvacion; por lo cual ponen algunos entre otras señales de predestinacion el haber hecho alguna obra de excelente virtud. Miremos cómo se han aprovechado algunos de las ocasiones de cosas temporales, para que seamos nosotros en las eternas no menos solícitos y diligentes. Raquel ¿con qué diligencia corrió á encubrir los ídolos que llevaba hurtados de su padre? Abigail ¿cuán diligentemente procuró salir al encuentro á David por no perder la ocasion de aplacarle? Y sin duda, si se tardara, corrieran evidente riesgo de la vida ella y su marido, y asimismo toda su familia. Pues Abrahan ¿con qué solicitud fué á buscar aquellos cinco reyes que llevaban preso á Lot su sobrino, porque no se le pasase la ocasion de alcanzarlos? Y Saul ¿con cuánta presteza recogió ejército para tener lugar de socorrer á Jabes Galaad? No nos importa menos ganar el cielo: no seamos mas tardos en esto que en granjear las cosas de la tierra. Oigamos la diligencia y pres-

---

(1) Eccli. XIV, 14. — (2) Sab. En. l. 6, c. 4. Occasio mat. omnium rerum gerendarum.

teza con que el Sábio nos aconseja que cumplamos la palabra que se dió á un hombre (1): *Hijo mio, si prometiste por un amigo, clavaste tu mano en un extraño; enlazado te has en las palabras de tu boca, y cautivo estás en tus propias razones. Haz, pues, lo que te digo, y líbrate á tí mismo, hijo mio; porque caiste en manos de tu prójimo, discurre apresuradamente, y despierta á tu amigo: no dés sueño á tus ojos, y no dormiten tus pestañas, escápate de la mano como la cabra montés, y como el pájaro de la mano del cazador.* Los que están obligados al demonio por sus pecados miren con qué diligencia deben escaparse de él, sin perder tiempo ni ocasion; y los que están obligados á Dios por infinitos beneficios y palabra que le han dado miren como le deben satisfacer, aprovechándose de todas ocasiones. Apresúrense, como dice el Sábio; no sean tibios y tardos, no dén sueño á sus ojos, ni peguen sus pestañas por escapar del infierno y del cautiverio de Satanás, sin perder punto ni ocasion. Lástima es que se nos pase alguna sin aprovecharla; y miseria inconsolable que se nos pase la vida en cosas de la tierra, sin buscar las del cielo, siendo ella tan corta y tan breve, para merecer lo que es tan largo y extendido, para gozar, como la eternidad. Con razon nos amonesta el Apóstol: *Esto os digo, hermanos mios: el tiempo es breve; lo que resta es que los que tienen mujeres estén como si no las tuviesen, y los que lloran sean como que no llorasen; y los que gozan como si no gozasen, y los que compran como si no poseyesen, los que usan de este mundo como si no lo usasen; porque se pasa la figura de este mundo.* Considerando el Apóstol tanta brevedad del tiempo, quiere que estemos tan metidos en las cosas de nuestra salvacion y de la otra vida, que en las de este mundo estemos muy superficialmente, y enajenados de todas ellas, estando en ellas y usándolas como si no las usásemos.

Miremos que si se nos pasa la ocasion del tiempo de esta breve vida, aun la esperanza de remedio nos ha de faltar en la otra. No carece de enseñanza lo que fingió la antigüedad, que Júpiter dió á uno un vaso lleno de los bienes, el cual muy contento con tanta grandeza de don, que contenia cuanto se podia desear, deseó gozarle luego, y habiendo de gozar de los bienes en su sazon y tiempo, y no todos juntos y á bulto, abrió con imprudencia el vaso para verlos y gozarlos á un mismo tiempo; pero apenas le hubo descubierto, cuando todos volaron por el aire y desaparecieron, y por mucha prisa que se dió á cerrarle, ya se le habian escapado todos: solo le quedó la esperanza. Bien diferente es en esto la ocasion de nuestra salvacion, que aunque está llena de bienes, en pasándose, ni aun la esperanza deja, sino en lugar de ella viene el arrepentimiento y pesar eterno, y mas siendo por culpa. Cuando el rey Joás hirió la tierra tres veces, y el profeta Eliseo le dijo que si la hubiera herido seis ó siete veces, como la hirió tres, acabaria con toda Siria, ¿qué pesar

(1) Prov. VI, 1-5.

tendria de no haberlo hecho, aunque no tuvo en ello culpa? Porque bastaba para su dolor haber tenido ocasion de aquella dicha, y no haberla logrado, aunque sin culpa propia. Pero los condenados miserables, cuando por culpa suya vean que se les ha pasado la ocasion de bienes tan grandes como son los del cielo, y que están ya sin esperanza de ellos, no es creible el sentimiento que por esto tendrán.

CAPÍTULO XV.

Qué es el tiempo, segun Platon y Plotino, y cuán engañoso sea todo lo temporal.

Para que entendamos mas la pequeñez y vileza de todo lo temporal, no quiero pasar en silencio la descripcion que dió del tiempo Plotino, insigne filósofo de los platónicos, el cual dijo que el tiempo es una imágen ó sombra de la eternidad: lo cual es conforme á la sagrada Escritura; porque fuera de David, que dijo que el hombre se pasaba en imágen, esto es en tiempo, define el Sábio al tiempo diciendo (1): *Nuestro tiempo es el paso de una sombra;* la cual no es otra cosa sino una imágen imperfecta, movediza y vana de una cosa consistente y sólida. Job tambien dijo (2): *Como la sombra son nuestros dias sobre la tierra;* y el santo profeta David (3): *Mis dias descaecieron como sombra;* y en otras muchas partes de la Escritura se usa de la misma comparacion para significar la velocidad del tiempo y vanidad de nuestra vida. Ni es sin misterio repetirse tantas veces una misma comparacion en las sagradas Letras; y verdaderamente pocas comparaciones habrá mas proporcionadas para conocer lo que es eternidad y tiempo que la de una estatua y su sombra; porque así como estándose queda é inmoble la estatua por muchos siglos, sin crecer ni menguar, su sombra continuamente se está moviendo, siendo ya mayor, ya menor, así tambien correspondiéndose tiempo y eternidad, la eternidad siempre está inmoble, firme y fija, sin recibir mas ni menos; pero el tiempo siempre se está moviendo y mudando: y como la sombra, que á la mañana es grande, al mediodía menor, y á la tarde torna á crecer, sin haber momento en que no se mude, mueva ni altere, ya á un lado ya á otro; de la misma manera la vida no tiene punto fijo, siempre anda con perpétuas mudanzas, y en la mayor prosperidad suele ser mas corta. Aman (4), el mismo dia que pensaba sentarse á la mesa con el rey Asuero, por el cual habia sido ensalzado sobre todos los príncipes del reino, fue ignominiosamente ahorcado. Holofernes (5), cuando pensaba tener el mejor dia de su vida, fue miserablemente degollado. El rey Baltasar (6), en el dia mas célebre que tuvo en todo el

(1) Sap. 2. Umbræ transitus est tempus nostrum. — (2) Job, VIII, 9.
(3) Psalm. CI. — (4) Esther, III, 7. — (5) Judith, XIII. — (6) Dan. V.

tiempo que reinó, en el cual hizo ostentacion de la grandeza de sus riquezas y regalos, fue muerto de los persas. Herodes (1), cuando mostró mas su majestad, para lo cual se vistió de brocado riquísimo de oro, y fue aclamado cási por Dios, fue herido mortalmente. No hay cosa constante en la vida. La luna cada mes tiene sus mudanzas; pero el tiempo de la vida del hombre las tiene cada dia y cada hora. Ya está uno enfermo, ya sano, ya triste, ya colérico, ya airado, ya temeroso. Con razon compara Sinesio la vida al Euripo (2), que es un trecho de mar que siete veces cada dia crece y mengua, porque el mas constante hombre del mundo, que es el justo, cae cada dia siete veces. La sombra por donde pasa no deja rastro de sí, y en acabando la vida quedan los mayores hombres del mundo como si no hubieran nacido ni vivido en él. ¿Cuántos emperadores precedieron en la monarquía de los asirios, tan señores del mundo como Alejandro, y ya ni de sus huesos se sabe dónde están, ni sus nombres se conocen? Del mismo Alejandro Magno ¿qué tenemos sino el retintin de su fama vana? Díganoslo aquella congregacion de filósofos que se juntaron en su sepulcro. Uno dijo (3): Ayer no bastó á Alejandro toda la redondez de la tierra, ahora le sobran solo dos varas de tierra. Otro se admiró diciendo: Ayer pudo librar Alejandro de la muerte á numerosos pueblos, ahora no puede ni á sí mismo. Otro exclamó: Ayer oprimió Alejandro á toda la tierra, ahora le oprime á él la tierra, y no hay en ella ya huella por donde pasó. Además de esto, ¿qué diferencia va de una estatua de marfil ó de oro á su sombra? Aquella es de una sustancia muy preciosa y sólida, esta no tiene ser, ni cuerpo ni consistencia. Así tambien la vida eterna es preciosísima y de gran momento; mas la temporal es vana y miserable, sin tener sustancia en cuantos bienes tiene. La sombra no tiene mas ser que ser privacion de la cualidad mas buena que hay en la naturaleza, y de la cosa mas hermosa del mundo, que es la luz del sol, de la cual está privada para nunca lo ver; así tambien esta vida sin sustancia ni ser es privacion de grandes bienes, por lo cual dijo Job (4): *Que sus dias huyeron, y no vieron sus ojos el bien*. Esto dijo aquel que fue rey y gozó de grandes riquezas, tuvo muchos criados y numerosa familia, y todo lo que podia el gusto desear; con todo eso dice que en su vida no vió al bien: lo cual pudo decir con mucha verdad, porque todos los bienes de esta vida no se han de calificar por tales, y aunque lo fueran, duran tan poco sus gustos, que se puede decir que no los vemos, y aunque duren, teniendo fin, no son mas que si no hubiesen sido, como lo confesó aquel caballero llamado Rolando (5), que despues de haber entrado en una gran fiesta con grandes galas, bizarría y regocijo de todos, cuando llegó á la noche exclamó

---

(1) Act. XII. — (2) Sinesius, hymn. 6. — (3) Petrus Alph. et Rikelius, de noviss. art. cap. 4. — (4) Job, VI. Fugerunt, et non viderunt bonum. — (5) Hist. de santo Domingo.

amargamente diciendo: ¿Dónde está la fiesta que hoy hicimos? ¿Dónde está la gloria de todo el dia? Como este dia se pasó sin dejar rastro de sí, se pasarán los demás, y así será toda la vida, sin dejar nada de sí sino un eterno pesar. Esta consideracion le bastó solo para mudar de vida y entrarse en la Religion.

Y como en la sombra no hay luz sino oscuridad, así esta vida está llena de tinieblas y engaños; por lo cual dijo Zacarías que estaban los hombres asentados en tinieblas y en la sombra de la muerte. Muy engañados vivimos, pues siendo esta vida breve nos parece larga, y siendo miserable estamos contentos con ella, y siendo nada nos parece todo, pues no hay trabajo á que no se pongan los hombres por su causa, aun con peligro de perder la eternidad. Esto sin duda es lo peor que tiene la vida temporal, pintándonos muy hermosos sus bienes, para perdernos con ellos, no teniendo en sí sustancia. Por lo cual dijo Esquilo, no solo que era sombra de la vida, sino sombra del humo, que ciega y tizna, y es cosa tan inconstante y vana: lo cual es tambien conforme á lo que dijo David, que sus dias se desvanecieron como humo, y declinaron como sombra, juntando en uno la sombra y el humo, dos cosas las mas vanas del mundo. Aun Píndaro lo exageró mas, añadiendo que era no sombra, sino sueño de sombra; ¿y qué es sino soñar pensar que esta vida es larga, y esperar prosperidad en ella? Este es el mayor engaño de los hombres, y gran causa de los demás, no acabarse de persuadir lo que es la vida y su grande brevedad; porque á la manera que la sombra no es en nada menos que la estatua cuya sombra es, pero parécese á la estatua, y es figura suya, así tambien, aunque no es nada menos esta vida que la eternidad, nos parece ser eterna, como á la verdad sea brevísima. Este es un engaño muy perjudicial y costoso; porque si la vida pareciere lo que es, y no nos mintiese, no nos fiaríamos de ella, ni estimaríamos bien alguno de los que nos promete, pues son tan engañosos é inciertos; pero como es imágen y sombra, no son todas sus cosas sino fingimiento y disimulo, que prometiéndonos bienaventuranza, está tode llena de miserias, aunque no las conocemos. ¡Qué contenta va la doncella á casarse, y cuán en breve llora su estado! ¡Qué gustoso toma el ambicioso su oficio, que le ha de ser seminario de mil pesares! ¡Qué alegría dan las riquezas, que han de ser ocasion de muerte á su posesor! Engaño es todo, disimulacion, falsedad y daño; pero como frenéticos no sentimos nuestros daños. ¡Á cuántas enfermedades del cuerpo está expuesto el hombre, de cuántas imaginaciones es afligido y engañado, con cuántos trabajos lucha, de cuántas imaginaciones es atormentado de sí mismo, cuántos peligros del alma y cuerpo corre, cuántas sinrazones tolera, cuántas injurias padece, cuántas necesidades y aflicciones! Tal es toda la vida, que le pareció á san Bernardo (1) poco menos mala que la

(1) Serm. de Ascens. Dom.

del infierno, si no fuera por la esperanza que tenemos de otra mejor en el cielo. La infancia está llena de ignorancia y de temores, la juventud de pecados, la vejez de dolores, y toda edad de peligros: no hay quien esté contento con su estado, sino quien quiere morir en vida; de suerte, que no puede ser la vida buena sino cuando mas se pareciere á la muerte. Finalmente, así como la sombra de tal suerte es imágen que tiene todas las cosas al revés; porque quien se pusiere entre la estatua y su sombra echará de ver que lo que está á mano derecha de la estatua lo representa la sombra á la izquierda, y lo que está á mano izquierda lo tiene ella á mano derecha, así el tiempo de tal manera es imágen de la eternidad, que tiene todas sus propiedades al revés. La eternidad no tiene fin, pero la vida y el tiempo lo tienen; la eternidad no es mudable, pero no hay cosa mas mudable que el tiempo; la eternidad no tiene comparacion por su infinita grandeza, pero la vida y todos sus bienes son tan cortos y pequeños, que no se alzan de la tierra lo que es un punto.

LIBRO SEGUNDO.

CAPÍTULO PRIMERO.

Del fin de la vida temporal.

Consideremos ahora cuán contrarias condiciones á las de la eternidad se hallan en nuestra vida miserable; y empezando por la primera de tener fin y limite, hay en esto dos cosas que considerar: una es el fin, otra el modo de él; una haber de acabarse, otra la manera de acabarse, que aun es por ventura mas miseria que el mismo acabarse; porque verdaderamente, aunque el fin de la vida pudiera caer debajo de eleccion humana, y le dieran á uno á escoger los años que quisiese estar en esta vida, y el modo de salir de ella, aunque no fuese por medio de la muerte y de las enfermedades, el solo haber de acabarse estas cosas temporales bastaba para que se despreciasen, y echaria la consideracion de su fin un jarro de agua en todos sus gustos; porque así como las cosas por su mayor ó menor duracion tienen mayor ó menor estima, así la vida por haberse de acabar, fuese de cualquier manera que fuese, se hace muy desestimable. Un hermoso vaso de cristal, si fuese tan consistente y de dura como el oro, fuera mas precioso que el mismo oro; pero por ser frágil y quebradizo pierde su estimacion, aunque puede ser que dure mucho tiempo, porque solo el poder no durar, quebrándose por algun descuido, le vuelve de menos valor: así tambien nuestra vida, y con mayor razon, porque la suma fragilidad que tiene es mucho mayor que la del vidrio, pudiendo acabarse por mil accidentes que suceden, y aunque no le sucediera ninguno, porque no puede durar mucho, pues se consume por sí misma, se hace despreciable con todos sus bienes temporales. Pero considerando el modo de acabarse por medio de la muerte, enfermedades y desgracias, que allanan el camino á la muerte y la anteceden es para espantar que hombre que haya de morir haga aprecio de ninguna felicidad temporal, viendo la miseria á que va á dar toda la prosperidad del mundo y la majestad de los mayores monarcas. ¿En qué vino á parar el rey Antíoco (1), señor de tantas provincias? En una melancolía inconsolable y mortal, en un pervigilio que le sacaba de juicio, sin poder dormir

(1) Matth. vi. II Mach. ix.

de dia ni de noche, en un dolor de las entrañas que se las hacia echar, en un quebrantamiento de huesos que no podia menearse; y aquel que parecia que tenia imperio sobre las ondas del mar, y que colgaban de su mano los montes mas empinados de la tierra, y que se levantaba su majestad sobre toda humana potencia, no podia tenerse en su estado, ni dar un paso. Aquel que vestia ricas sedas y delicadisimas holandas, y traia sus vestidos mas olorosos que los mas preciosos aromas, echaba de sí tal olor, que nadie podia parar en su presencia de hediondez y asco; y estando aun vivo le hervian por todo el cuerpo asquerosos gusanos, y las carnes se le caian, y sobre todo estaba despechado y rabioso. Considere uno á Antíoco, cuando estaba resplandeciente mas que el oro, cargado de riquezas y galas en un generoso caballo, haciendo temblar la tierra, y mandando á numerosos ejércitos; y despues, cuando estaba en su lecho exhausto, pálido, sin fuerzas, hediondo, manando podre y gusanos, y huyendo de él las gentes, porque el pestilencial hedor que echaba de sí contaminaba á todos los reales de su ejército, y finalmente considérele morir rabiando. ¿Quién viendo este fin tuviera envidia á sus principios? ¿Quién viendo esta muerte quisiera la felicidad de la vida? ¿Quién con carga de tal miseria quisiera su fortuna? Mire en qué paran los bienes de la vida; porque como las claras aguas del Jordan van á parar al cieno pestilencial del mar Muerto, y se hunden en aquel asqueroso betun, así tambien el mayor resplandor de esta vida va á parar á la muerte, y al asco de las enfermedades que le suelen acompañar. Mira en qué cieno y suciedad pararon los dos Herodes, Ascalonita y Agripa, reyes tan poderosos (1). Este, que vestia brocado, y ostentaba mayor majestad que de hombre mortal, vino á parar á poder de los gusanos, que vivo se le comian las carnes todas corrompidas y apostemadas, manando horrible podre y materia. Pues la majestad del Ascalonita ¿á qué llegó? Á ser consumido de piojos, acabándole á bocados estas sabandijüelas asquerosas. Aquel rey Acab (2), vencedor del rey de Siria y de otros treinta y dos reyes, ¿cómo vino á fenecer su reino? Atravesado el estómago y pulmòn con una saeta descaminada, teñido todo el carro real de su negra sangre para mantenimiento de perros que la lamieron como si fuera de fiera. Ni la fortuna de su hijo el rey Joram fue de mayor condicion (3); pues atravesada la espalda y corazon acabó, y á él le comieron las aves y los perros, faltándole aun siete palmos de tierra para sepultura al que en vida era señor de tanta. Pues á César ¿quién le conociera triunfando del pueblo triunfador del mundo, y despues agonizando todo ensangrentado con veinte y tres fuentes de sangre que corrian por su cuerpo, las cuales abrieron otras tantas puñaladas? ¿Y quién creyera que era un mismo Ciro el que sujetó al imperio medo, asirio y caldeo, el que por

---

(1) Act. XII. Vide Joseph. — (2) III Reg. XX, 22. — (3) Vide Tirinum, et Sanchez, in III Reg. XXI, et IV Reg. IX.

treinta años de victoria admiró al mundo, rindiendo grandes reyes y capitanes, y el que fue rendido y muerto ignominiosamente de una mujer? Pues ¿para parar en esta afrenta gastó treinta años de honras? ¿Quién creyera que era un mismo Alejandro (1) el que con la espada en la mano sujetó á los persas, á los indios, al mundo, y el que despues de sola una calentura no se podia tener en su estado, flaco, débil, exhausto, lleno de palidez y quebranto, ardiendo de sed, sin gusto en la comida, y sin ninguno de la vida, quebrados los ojos, afilada la nariz, levantado el pecho, sin poder pronunciar palabra? Asombro es como consumió á la mayor potencia y fortuna del mundo el calor de una sola fiebre; asombro es como se hunde toda la prosperidad temporal con solo un humor desconcertado.

Asombro es cuán grande mónstruo es la vida humana, pues tiene tan desproporcionados extremos. La felicidad incierta de toda la vida para en una cierta miseria. Grande mónstruo fuera si uno tuviera un brazo de hombre y otro de elefante, el un pié de caballo y otro de oso. Pues no tiene la vida mas proporcionadas sus partes. ¿Quién hay que quisiera casarse con una mujer de lindo talle y cuerpo, pero con la cabeza de un dragon monstruosísimo y hediondo? Por cierto que aunque trajera gran dote ninguno la apeteceria. Pues ¿para qué nos casamos con esta vida, aunque parezca que nos trae muchos bienes? Pues no es menor mónstruo, porque aunque tenga hermoso cuerpo, su fin es horrible y lastimoso. Bien dijo un filósofo que el fin era la cabeza de las cosas, y la verdad es, que así como los hombres se conocen por el rostro, así tambien debemos conocer las cosas por su fin; por lo cual quien quisiere conocer la vida mire su fin. ¿Qué fin de la vida hay que no sea miseria? Y así toda la vida debe tenerse por miserable. No se engañe nadie con el vigor de la salud, con la abundancia de las riquezas, con el resplandor de la autoridad, con la grandeza de la fortuna; porque cuanto mas dichosa fuere, tanto será mas miserable, parando toda su dicha en miseria. Así Argeliano, oyendo alabar por muy dichoso al rey de Persia, corrigió á los que le alababan diciendo (2): Deteneos, que tambien el rey Príamo, cuyo fin fue tan lastimoso, cuando era de la edad del rey de Persia no era desdichado; dando á entender como los mas dichosos no se habian de envidiar, por el fin incierto que les espera. ¿Cuántos son los que parecen dichosísimos en este mundo? Pero en breve tiempo dirá la muerte cuál puede ser la felicidad de esta vida. Por esto Epaminondas, cuando le preguntaron cuál era mas valiente capitan, él ó Cabrias, ó Ificrates, respondió (3): que mientras vivian no se podia saber esto; que el último dia de la vida de cada uno dará la sentencia de ello. Nadie se engañe viendo la prosperidad de un rico, ni mida su felicidad por lo que ve de presente, sino por aquello en que vendrá parar: no por los

(1) Plutarc. in ejus vita. — (2) Ibid. — (3) Ibid.

grandes palacios, no por el lustre de su dignidad, sino atienda en qué vendrá á fenecer todo aquello que mas admira; porque, á bien librar, vendrá á parar en una cama, donde todo podrido y deshecho luche con las ansias de la muerte; esto es á mejor librar, porque, ó el enemigo á puñaladas, ó una fiera á bocados, ó una teja que arrojó el viento, ó un rayo del cielo, podrá acabar con todo cuando menos se piense. Esto dicta la razon, aunque no hubiera experiencia de ello; pero vemos el testimonio que cada dia dan los que están ya en las puertas de la muerte; porque á esta vida nadie la conoce ni mira mejor que quien la tiene vueltas las espaldas.

Estando Magon, ínclito capitan de los cartagineses y hermano de Aníbal, herido mortalmente, confesó esta verdad á su hermano, diciendo: ¡Oh cuál es el fin de la fortuna y de la vida! ¡Cuán gran locura es holgarse del puesto levantado! El estado de los poderosos está sujeto á innumerables borrascas, cuyo remate es irse á pique y hundirse. ¡Oh cuán tembladiza es la cumbre de las grandes honras! La esperanza de los hombres es falsa, vana, y muy débil toda su gloria, afectada con fingidas caricias. ¡Oh vida incierta, expuesta á un perpétuo trabajo! ¿Qué me aprovecha ahora haber puesto fuego á los mas altos edificios y alcázares, destruido las ciudades y turbado á los hombres? ¿Qué me aprovecha, hermano mio, haber levantado palacios tan costosos, tan altos y dorados y de precioso marfil, pues muero ahora en el campo á vista del cielo? ¿Cuántas cosas tienes pensamiento de hacer, no sabiendo qué fin tan amargo han de tener? Vesme aquí que me muero, y sábete que presto me seguirás.

§ II.

Pero no miremos todos los géneros de muerte que hay, sino la que se tiene por muerte mas dichosa, que es cuando no por violencia ni repentinamente muere uno, sino de espacio, con alguna enfermedad que naturalmente le acaba. ¡Qué mayor miseria de la vida, que llegue á ser dicha cosa tan miserable, solo porque es menor miseria! Pero en sí no lo deja de ser muy grande; porque ¿qué angustias y congojas no pasa quien de esta manera muere? ¡Cuánto le afligen los accidentes de la enfermedad, el calor de la calentura que le abrasa las entrañas, la sed de la boca que no le deja hablar, el dolor de la cabeza que le impide el entender, las congojas del corazon que le melancolizan de muerte, y otros graves accidentes, que suelen ser mas que tiene el cuerpo humano miembros! Sobre ellos vienen los remedios, que no son menos penosos que los mismos males. Allégase á esto el cuidado de lo que deja y mas bien quiere, y sobre todo no sabe dónde ha de ir á parar, si al cielo ó al infierno. Si sola la memoria de la muerte se dice amarga, ¿qué será su experiencia? Á Saul, con ser hombre de grande ánimo, porque le dijeron que

habia de morir al otro dia se cayó de espanto medio muerto en tierra. Porque, ¿qué nuevas mas terribles para un pecador que decirle que ha de morir, habiendo de dejar todos sus gustos con la muerte, y de dar cuenta de su vida á Dios? Si se echasen suertes sobre uno, de si le habian de atenacear y matarle, ó levantarle por rey; ¿con qué sobresalto estaria esperando lo que saliese? ¿Cómo estará uno que agoniza esperando dentro de dos horas la suerte que le saldrá de gloria ó infierno, luchando entre tanto con toda la eternidad que le aguarda? ¿Por ventura esta no es grande miseria? Pues ¿qué vida se puede llamar dichosa, si se tiene por dicha acabar con esta miseria? Si no queremos creer esto, preguntémosle á uno que está agonizando qué le parece de la vida. Preguntémoslo cuando está ya el pecho levantado, los ojos hundidos, la nariz afilada, los piés muertos, las rodillas frias, el rostro pálido, los pulsos sin movimiento, la respiracion dificultosa, con un Cristo y la candela en las manos, diciéndole los que le ayudan á bien morir: Jesús, Jesús, encomendándole que haga repetidos actos de contricion. Este tal, ¿qué dirá que fue su vida, sino cuanto mas próspera fue, que fue mas vana, y su felicidad engañosa, pues vino á tener tal remate? ¿Por cuánto daria todas las honras del mundo? Creo que no solo las diera de balde, pero que pagara mucho por no haberlas tenido, si le fueron ocasion de desagradar á Dios; todas las trocara por haber hecho una confesion bien hecha. El ser monarca de las Españas y señor de tantos reinos en las cuatro partes del mundo (dijo Felipe III) que lo trocara por las llaves de la portería de una humilde religion. Lo que quisiera uno entonces haber sido, y no podrá ya serlo, séalo ahora, pues puede. Gran luz de desengaños es la muerte: mira lo que entonces quisieras haber hecho y no podrás, para que ahora que puedes lo hagas. Necio serás si cuando puedes no quieres lo que querrás cuando no puedas. Si hubiera uno tenido hasta la hora de la muerte los mayores gustos del mundo, ¿qué tendrá entonces de ellos? Nada: cuando mucho gran pesar. ¿Qué tendrá uno de las penitencias y trabajos que llevó por Cristo, aunque hubiese padecido mas que todos los Mártires? Por cierto que entonces ningun dolor ni pena sentirá, sino mucho consuelo. Juzga, pues, cuál te estará mejor hacer ahora, por lo que entonces juzgarás mejor haber hecho. Mira cuán poca sustancia tendrán las cosas temporales cuando te veas á vista de las eternas. Las honras que te hicieron ya no las tendrás, los deleites que gustaste ni aun los podrás tener, las riquezas ha de tener otro. Mira cuál es la dicha del mundo, si es digna que dejemos por ella la felicidad eterna. Ruégote que consideres qué es vida y qué es muerte. Vida es el pasar de una sombra: es breve, trabajosa y peligrosa: es un plazo que Dios nos da en tiempo para merecer la eternidad. Ponte á considerar para qué trazó Dios el rodeo de esta vida, pudiéndonos poner en un momento y del primer golpe en el cielo. ¿Fue por ventura para que perdieras tiempo viviendo en este mundo como bestia, dándote á los gustos vilísimos del sen-

tido, inventando quimeras de honras vanas? No fue sino para que obrando virtud alcanzases por merecimientos el cielo, y mostrases lo que debes á tu Criador, para que en medio de penalidades y trabajos descubrieses cuán fiel le eres. Para eso te puso en estacada, para que hicieses sus partes y defendieses su honra. Para esto te puso en esta milicia y guerra; porque, como dice Job: Milicia es la vida del hombre sobre la tierra, para que peleases por tu Dios, y en medio de enemigos se experimentase cuán leal le eres. ¿Seria bueno que en tiempo de la batalla estuviese un soldado desarmado y entretenido jugando á los dados? ¿Y qué risa causara un gladiador romano, si entrando en el lugar del combate se asentara en la arena y arrojara las armas? Esto hace quien busca en esta vida descanso y las cosas de la tierra, no procurando las del cielo, ni mirando á la muerte, donde ha de parar. Peregrinacion es esta vida; ¿y qué pasajero hay que se divierta tanto en el camino, que se olvide para dónde hace su jornada? ¿Cómo te olvidas tú de la muerte, á donde con gran prisa caminas, aunque mas te quieras parar, porque el tiempo te llevará allá aunque no quieras? El camino de esta vida no es como el de los peregrinos, voluntario, sino necesario; como los condenados á la horca cuando salen desde la cárcel á la plaza. Á la muerte estás condenado, y para ella caminas; ¿cómo te ries? Á un malhechor, despues que le dan sentencia de muerte, le causa tan gran sobresalto, que no puede ya reirse, sino pensar en la muerte. Todos estamos ya condenados á morir; ¿cómo podemos alegrarnos en las cosas que hemos de dejar presto? ¿Quién sacándole á ahorcar se alegraria con una florecita que le diesen, ó se fuera recreando en la misma soga con que le habian de quitar la vida? Pues si desde el mismo punto que sale el hombre del vientre de su madre camina como condenado á la muerte, ¿cómo se puede holgar con una flor del gusto de su apetito, ó, por mejor decir, con un poco de heno? Porque, segun el Profeta, no es mas la gloria de la carne que un poco de heno que luego se seca. ¿Cómo se recrea en las riquezas que tantas veces son á los hombres causa de la muerte? ¿Cómo no miramos esto, y conocemos la vanidad de todo lo que hacemos en la vida, sino es el aparejarnos para la muerte? Pero en ella lo verémos cuando no haya otro remedio, y nos dejen los bienes de la vida por necesidad, ya que no los quisimos dejar con merecimiento.

La muerte es una privacion general de todos los bienes temporales, un despojo tan riguroso de todas las cosas, que aun despoja al cuerpo del alma. ¿Qué sentimiento tiene uno á quien han hurtado sus tesoros, ó confiscan toda su hacienda? Esto hace la muerte, por eso se compara al ladron: la cual, fuera de quitar la hacienda, quita el alma y la vida. Pues lo has de dejar todo, ¿para qué andas cargado y reventando en vano? ¿Qué mercader hay que si supiese que en llegando al puerto se habia de hundir el navío, que cargase de mucha mercadería? En llegando á la muerte se ha de hundir para tí todo; ¿para qué cargas de lo que no has menester para salvarte, y antes ha de ser de impedimento? ¿Cuántos en una

gran tempestad, por no echar su hacienda al mar, ha tragado el mar á ellos y á su hacienda? ¿Cuántos por tener muchos bienes temporales se han perdido en la hora de la muerte, por no haberlos echado al mar, que aun cuando los bienes los dejan, ellos no los quieren dejar, pensando mas en ellos que en la salvacion de su alma, con grandes congojas por dejarlos? Porqué, como dice san Gregorio (1): *Nunca se pierde sin dolor lo que con amor se posee.* Escribe Umberto de un hombre muy rico que estando ya para morir hizo traer sus vajillas y tesoro de plata y oro, y hablando con su ánima le decia: Ánima mia, todo esto te prometo, y que lo gozarás si no dejas mi cuerpo, y mayores cosas te daré, muchas heredades, y suntuosas casas, con condicion que te quedes conmigo. Pero como le apretase mas la enfermedad, dijo con grande rabia: Pues no quieres hacer lo que te pido, ni quedarte conmigo, encomiéndote al diablo. Con estas palabras espiró luego miserablemente. En esta historia se puede echar de ver la vanidad de las cosas temporales, y el daño que hacen á quien las posee con demasiado afecto. ¿Qué mayor vanidad que no ser útiles en el trance de mayor necesidad é importancia? ¿Y qué mayor daño que cuando no pueden ser de provecho al cuerpo son de daño al alma? Bastaba lo que impiden la salvacion, cuando se tiene en ellas puesta la aficion, para que las aborreciésemos, y no solo las despreciásemos. Roberto de Licio escribe (2), que estando él amonestando á un enfermo para que se confesase y cuidase de su alma, los criados y domésticos andaban muy solícitos por la casa, cogiendo cada uno lo que podia, y el enfermo que lo estaba viendo, y atendia mas á lo que le hurtaban que á lo que le decian de su salvacion, daba suspiros y voces, diciendo: ¡Ay de mí, ay de mí, que he trabajado tanto por adquirir riquezas, y ahora, que quiera ó no quiera, las tengo de dejar y me las arrebatan! ¡Oh riquezas mias! ¡oh dineros mios! ¡oh joyas mias! ¿quién os ha de poseer? Y entre estas voces murió, sin hacer mas caso de su alma que si fuera un moro. Escribe tambien Vincencio Velvacense (3) de uno que habiendo prestado cuatro libras de moneda, con condicion que de allí á cuatro años le habian de volver doce, llegó cuando estaba para morir un sacerdote que le exhortaba á que se confesase, pero no pudo sacar del enfermo otras palabras sino estas: Fulano ha de pagar doce libras por cuatro; y repitiendo esto murió luego. Escribe tambien san Bernardino (4) que estando persuadiendo el confesor á un rico que se confesase, él no le decia otra cosa sino preguntarle: ¿Á cómo pasa ya la lana? ¿cuánto vale ahora? Y como el sacerdote le dijese: Señor, por amor de Dios que deje eso y mire por su alma; el enfermo proseguia en informarse de lo que pasaba en cosas de donde podia esperar ganancias, y decia: Padre, ¿cuándo vendrán las

---

(1) S. Greg. Numquam sine dolore perditur, quod cum amore possidetur. Umbert in tract. de septemplici timore. — (2) Robert. de Licio. — (3) Vinc. in Specul. moral. — (4) S. Bernardino.

naves? ¿Han vendido ya? Porque estaba tan metido en las cosas temporales y en sus ganancias, que ni podia hablar ni pensar otra cosa. Pero instándole mas el confesor á que mirase por sí y se confesase, lo mas que pudo sacar de él fue decirle: No puedo. De esta manera murió sin confesion.

Este es el pago que suelen dar los bienes de la tierra á los que mas les aman, que cuando no se dejan ó pierden antes de la muerte, siempre dejan á sus amadores, y muchas veces les pierden. ¡Oh locos hijos de Adan, que dándosenos esta breve vida para adquirir los bienes del cielo, que han de durar eternamente, la gastamos en buscar los de la tierra, que han de perecer luego! ¿Por qué perdemos tiempo en lo temporal, y no logramos con el empleo de breve tiempo una eternidad donde no hemos de tener mas que lo que hubiéremos merecido en esta vida, la cual se nos da solo para granjear gloria por toda una eternidad? ¿Cómo no haces náda de esto, y solo te ocupas en las cosas temporales, que luego has de dejar, y negocios de este mundo, de donde luego has de salir, y entrar en una nueva region de lo eterno? Menos serian mil años respecto de la eternidad, que un cuarto de hora respecto de sesenta años. ¿Por qué nos descuidamos, en tan breve tiempo que se puede vivir, de adquirir lo que ha de durar por los siglos de los siglos? La muerte es un momento entre el tiempo y la eternidad: para que en ella se tenga en tiempo negociada la eternidad no nos descuidemos de esto; acordémonos cuánto importa morir bien, y que nos hemos de morir, para que viviendo bien muramos bien.

§ III.

Además de esto, aunque muera uno lo mas dichosamente del mundo, basta ver su cuerpo muerto en saliendo el alma de él, cuán feo y espantable queda el miserable cadáver, que aun los mas amigos huyen de su presencia, y no se atreverán á estar solos con él una noche. Los mas parientes y obligados luego le procuran echar de casa con sola una vil mortaja, y metido en la sepultura, á dos dias se olvidan de él; y el que no cabia en grandes palacios cabe en aposento tan estrecho como son siete piés de tierra. El que se acostaba en camas regaladas y ricas tendrá por cama el duro suelo, y como dice Isaías: Tendrá por colchones la polilla, y por cobertores los gusanos: las almohadas serán cuando mucho los huesos de otros muertos, y cubierto de tierra y con una losa encima le satisfarán, cebándose entre tanto en sus carnes los gusanos, mientras sus herederos triunfan con su hacienda. El que ejercitó las armas y danzó en festivos saraos estará inmóvil y frio, sus manos sin movimiento, y todos sus sentidos sin vida. El que con su imperio y soberbia queria atropellar á todos, será pisado de todos. Considérese uno despues de ocho dias muerto cómo estará, y cuán horrendo espectáculo apareciera si le

abriesen la sepultura. ¿En qué se diferenciaria de un perro muerto lleno de gusanos en medio de un muladar? Mira, pues, á quién regalas, á un cuerpo que puede ser que dentro de cuatro dias sea comido de gusanos asquerosos. ¿Sobre qué fundas tantas fábricas de vanas pretensiones? Todas son torres de viento, pues se fundan en un poco de tierra que convirtiéndose muy presto en polvo, caerá todo el edificio que estaba sobre él edificado. Mira en qué para la grandeza humana, y como no es menos miserable y asqueroso su fin que su principio. Sírvate esta consideracion para despreciar todas las cosas de la vida, como ha servido á muchos siervos de Cristo para empezarlo á ser. Escribe Alejandro Faya (1) que habiéndose abierto el sepulcro en que estaba enterrado un conde muy principal, vieron los circunstantes que estaba sobre el rostro de su príncipe gran cantidad de feos y asquerosos gusanos, y otras sabandijas que les causaron tanto horror, que dieron á huir todos: lo cual como viniese á noticia del hijo del mismo conde, que estaba entonces en la flor de su edad, quiso ir á ver aquel espectáculo. Cuando vió tanta podredumbre y gusanos, dijo: ¿Estos son nuestros amigos que criamos y sustentamos con nuestros regalos? ¿Á estos hacemos descansar en camas blandas, en aposentos entapizados y pintados? ¿Y hacemos que vayan creciendo con la variedad de guisados? Mas vale que los maltratemos con el ayuno y matemos con la penitencia, para que muriendo ellos en vida no nos persigan despues en la muerte. Con esto, dejando su gran estado y las vanas pompas del mundo, se fué huyendo con solo un vivo deseo de ser pobre por Cristo, teniendo esto por suma bienaventuranza. Vino á Roma, donde castigó su cuerpo rigurosamente, viviendo en el temor santo del Señor, y ejercitando oficio de carbonero, con que se sustentaba. Finalmente, viniendo un dia á Roma para vender su carbon, dióle una grave enfermedad, la cual sufrió con maravillosa paciencia, hasta que entregó en las manos del Señor su santísima alma.

No causó menor efecto en el corazon del bienaventurado Francisco de Borja, siendo marqués de Lombay, la vista de la emperatriz D.ª Isabel, mujer de Cárlos V, cuyo cuerpo difunto llevó para enterrar á Granada. Hizo para entregarla destapar la caja de plomo en que iba, y tenia tan feo y abominable el rostro, que puso horror á los presentes, sin atreverse á jurar ninguno que aquella era la Emperatriz. Fue tan vehemente el hedor que echaba de sí, que se retiraron los mas por no poderle sufrir. ¿Quién no ve aquí la vanidad del mundo? ¿Qué cosa de mas respeto y estima que el cuerpo de un gran rey ó reina cuando viven, y ahora huyen de él cuantas guardas y caballeros le acompañan? Tiénese por dichosísimo quien se consiente estar cerca: háblanles de rodillas como á dioses; pero despues de muertos los desamparan, y se les atreven aun los gusanos, los sapos y los perros. Buen testigo de esto es la reina Jezabel, cuyo cuerpo

(1) Alexandr. Faya, t. 2. Joan. Major verbo Mors. Ex. 12.

regalado en vida fue despues de muerto despedazado de los perros ignominiosamente. Pero volviendo á nuestra historia, solo se quedó el Marqués allí considerando lo que fue la Emperatriz y lo que entonces veia, diciendo entre sí: ¿Dónde está ahora aquella hermosura de rostro, sino hecha podre y gusano? ¿En dónde aquella majestad y gravedad de semblante que hacia respetarse de todos, y tenerse por dichosos los pueblos que le veian? Ahora ha hecho huir á sus mas obligados. ¿Dónde el imperio y cetro, sino resuelto ya en podre y asco? Esta consideracion le trocó el corazon para despreciar todo lo temporal y buscar solo lo eterno, determinándose á no servir mas á señor que se le pudiese morir.

Esta misma memoria de la fealdad de un cuerpo muerto ha de servir para despreciar la hermosura del vivo, como aconseja san Pedro Damiano (1), el cual dice: *Si el enemigo astuto te pone delante la hermosura deleznable de la carne, vaya luego tu pensamiento á mirar los sepulcros de los muertos, y atienda qué se podrá hallar allí suave al tacto, y deleitable á la vista. Considere que aquella ponzoña ahora hiede intolerablemente, que aquella podre engendra y apacienta gusanos, que cuanto hay allí de polvo y ceniza fue antiguamente linda carne que en su primavera estuvo sujeta á semejantes pasiones. Considérense los nervios secos, los dientes desnudos, desbaratada la disposicion de los huesos y artejos, toda la compostura de los miembros enormemente deshecha, y así el mónstruo de esta figura informe y confusa sacará del corazon humano todo embeleso y encanto.* Esto es de san Pedro Damiano.

Todo esto ha de pasar por tí á bien ser; ¿por qué no lo consideras para que enmiendes tus costumbres? Este ha de ser tu fin; endereza á esto tu vida y tus acciones. De aquí nacen todos los yerros de los hombres que se olvidan del fin de su vida, habiéndole de tener siempre delante de los ojos, para ajustarla al cumplimiento de sus obligaciones. Con razon aquellos filósofos que llaman bracmanes tenian delante de las puertas de sus casas abiertos los sepulcros, para que siempre que entrasen y saliesen se acordasen de la muerte para vivir bien. En este sentido es muy verdadera la sentencia de Platon, cuando dijo: Que la sabiduría era la meditacion de la muerte; porque este saludable pensamiento de la muerte nos desengaña de las vanidades de la vida, y da fuerzas para mejorarla: por lo cual debian todos los cristianos acordarse de su fin. Escriben algunos autores (2) que como un confesor no pudiese alcanzar con sus persuasiones de un penitente suyo que hiciese penitencia de sus pecados, contentóse con que le dió la palabra de hacer que un criado suyo le avisase todas las noches al tiempo que se fuese á acostar como se habia de morir, diciendo estas palabras: Piensa en que te has de morir. Habiendo, pues, oido este recuerdo muchas veces, y rumián-

---

(1) Petr. Dam. in Memor. cap. 23. — (2) Joan. Brom. in Sum. ver. *Pœnitent.* n. 12.

dolo profundamente en la cama dentro de sí, volvió finalmente al confesor bien dispuesto para admitir cualquier penitencia. Lo mismo sucedió á otro, que despues de haber confesado con el Papa casos gravísimos, y diciendo que no podia ayunar, ni traer cilicios, ni hacer otras cosas de aspereza: Su Santidad, habiéndolo encomendado á Dios, le dió un anillo en que estaba escrito: *Memento mori;* acuérdate que te has de morir; con cargo de que siempre que le mirase leyese las letras, y se acordase de la muerte. Dentro de pocas horas la memoria de esto le dió tales y tantas vueltas al corazon, que se ofreció á cumplir cuanto el Papa le mandase. Por esto mismo, parece mandó Dios al profeta Jeremías que se fuese á la casa de un alfarero, y allí oyese sus palabras. Bien pudo enviar el Señor á su Profeta, para hablarle, á otra parte mas limpia y no tan cerca del lodo, en el cual habia muchos hombres ocupados; pero hizo esto con particular misterio, para darnos á entender que á la presencia de los sepulcros, donde está el lodo de nuestra naturaleza, como en la casa del alfarero, es muy á propósito que nos hable Dios para oir mejor su palabra con la memoria de la muerte. Por esta causa procura el demonio hacer que nos olvidemos de ella; porque ¿qué otra cosa puede ser que la sospecha sola de alguna pérdida ó daño notable suele quitar el sueño á los hombres, y que la certeza de la muerte, que es de las cosas terribles la mas terrible, no nos dé cuidado?

CAPÍTULO II.

Notables condiciones del fin de la vida temporal.

Fuera de la miseria á que viene á parar toda la felicidad del mundo; tiene otras notables condiciones el fin de nuestra vida muy dignas de considerarse para despreciar todos sus bienes. Ahora principalmente dirémos tres: La primera, ser la muerte infalible; porque sin remedio ha de ser; la segunda, ser incierta, porque no se sabe cuándo ni cómo haya de ser; la tercera, ser única, porque no se puede probar segunda vez á morir, para enmendar con la segunda muerte lo que salió mal de la primera. Cuanto á la certidumbre é infalibilidad de la muerte, conviene mucho que nos la persuadamos; porque así como es infalible que la otra vida no ha de tener fin, así lo es que esta le ha de tener: y como los miserables condenados están desesperados de hallar término en sus tormentos, así hemos de estar prácticamente desesperados de que los contentos de esta vida hayan de durar. No ha hecho Dios ley mas inviolable que la de la muerte; porque con haber dispensado en otras leyes, y atropellado varias veces con los fueros de la naturaleza, no ha dispensado ni dispensará con la ley del morir, antes ha dispensado con otras

leyes para que con esta no se falte; y no solamente se ha ejecutado esta sentencia de morir, en los que deben morir, pero tambien en quien no debia. En la concepcion de Cristo se rasgaron las leyes tan asentadas de la naturaleza, como son nacer los hombres de la propagacion de otros hombres, y rompiendo la integridad de las madres; pero porque esto no sucediese en Cristo, hizo Dios dos milagros estupendos, violando las lèyes naturales, para que su Hijo naciese de Madre Vírgen. Mas estuvo tan léjos de exceptuarle de la ley de la muerte, que no perteneciéndole á él, pues era Señor de la ley, y carecia de todo pecado, aun del original, por el cual contrajimos la ley del morir, antes debiéndose á su cuerpo santísimo la inmortalidad y los cuatro dotes de gloria, pues su alma bendititísima gozaba de la vision clara de la esencia divina, con todo eso no le quiso cumplir este derecho, é hizo milagros suspendiéndole con su omnipotente brazo los dotes de la gloria del cuerpo, que le habian de resultar de la gloria del alma; todo para que muriese. De manera que guarda Dios la ley de la muerte con tal rigor, que haciendo milagros porque no se guarden las leyes de la naturaleza en otras cosas, no los hace porque no se guarde la de la muerte, aun en quien no la merecia ni la debia: y ya que el Hijo de Dios tomó sobre sí la redencion del género humano, por lo cual convenia á su grande caridad morir muerte de cruz, faltando en su santísima Madre esta razon, y con no deber ella morir por causa del pecado original, pues careció de él, y habiéndola privilegiado en otras muchas cosas, no quiso exceptuarla en la ley inviolable del morir. Pues ¿qué encanto es este que con ser tan cierta la muerte no lo acabamos de entender y persuadírnoslo? Morir tienes, persuádete á ello: ley irrevocable es esta, sin remedio morirás. Tiempo vendrá en que estos ojos con que esto lees estén quebrados y sin sentido, y esas manos que ahora meneas estarán sin movimiento ni vida, y ese cuerpo que tan ligeramente mueves á una parte y á otra ha de estar frio y yerto, y esa boca con que hablas ha de estar sin aliento ni espíritu, y esas carnes que ahora regalas han de estar deshechas y comidas de gusanos asquerosos. Infalible cosa es que ha de venir tiempo en que estés cubierto de tierra, hediondo tu cuerpo, manando asquerosos gusanos, mas horrible á los sentidos que un perro muerto que está podrido en un muladar. Tiempo vendrá en que estarás olvidado de los hombres como si nunca hubieras sido, y te pisarán los que pasaren por encima, sin acordarse que ha nacido tal hombre. Considera esto, y persuádete á tí que has de morir como todos. Lo que ves que ha pasado por tantos cree que por tí ha de pasar. Tú, que ahora tienes miedo de los muertos, has de estar muerto. Tú, que tienes asco de ver en una sepultura abierta los huesos de otros medio podridos, has de estar todo hecho gusanos y corrompido entre siete palmos de tierra. Piensa un rato en esto, mirándote despacio cómo estarás cuando muerto, y te servirá esta consideracion para gran desengaño de tu vida y desprecio de tus bienes.

Verdaderamente es tal la muerte, que aunque fuera solo contingente, y no cierto el morir, nos habia de hacer andar muy solícitos y cuidadosos. Si Dios hubiera criado el mundo lleno de hombres, y antes que supieran que hubiera muerte cayera uno sin pensar malo de tabardillo, y padeciera á vista de los demás todos los accidentes de aquella enfermedad; los calenturones que le llevaban, y causaban ansias y congojas mortales, la sed que le abrasaba, la inquietud y vuelcos que daba, el frenesí que le sacaba de juicio, la flaqueza y asco de la enfermedad, y últimamente le viesen todo desfigurado agonizar con la muerte, y dando la última boqueada, quedar su cuerpo pálido, frio ó inmoble, quedarian todos asombrados de aquella miseria, la cual les pareciera mayor cuando despues de tres ó cuatro dias empezaba el cadáver á oler mal y corromperse, llenándose de gusanos y hediondez: sin duda les cayera una tristeza mortal, temiendo otra suerte semejante; y aunque Dios les dijera: No quiero que mueran todos los hombres, yo me contento que mueran algunos, y no revelase cuáles habian de ser, sino que lo dejase incierto, bastaba esto para que todos temblasen y anduviesen muy despiertos y solícitos, temiendo cada uno no fuese aquel á quien hubiese de caer aquella desdicha. Pues si en este caso, estando incierto el morir, temblaran todos con solo que podian morir, ahora que es infalible que todos hemos de morir ¿por qué no estamos con cuidado? Si dudosa solamente la muerte es para temblar, ¿cómo siendo cierta no nos hace temer? Y aunque dijese Dios: Solo un hombre de cuantos viven en el mundo ha de morir, pero no declarase quién fuese, temerian todos; pues ¿por qué ahora no temes tú, pues todos han de morir, y tú quizá primero que ninguno? Y si Dios declarase quién habia de ser el que muriese, y viviese tan descuidado como tú vives, ¿qué dirian los demás hombres? ¿Qué espantados estarian de tu descuido y temeridad, que una cosa tan terrible despreciabas? ¿Qué te dijeran? Sin duda te darian voces: Hombre que te has de volver en polvo, ¿cómo vives así? Hombre que has de ser comido de gusanos, ¿cómo te regalas? Hombre que has de parecer ante el tribunal de Dios, ¿cómo no piensas en la cuenta que te han de tomar? Hombre que se han de acabar contigo todas las cosas, ¿por qué haces caso de ellas? Nosotros sí que hemos de vivir siempre, bien podemos edificar casas, procurar hacienda, porque no tenemos mas que esta vida, y nos ha de durar siempre. Pero tú que estás en esta vida de paso, que la has de dejar mañana, ¿quien te mete en edificar casa? ¿Quién te mete en cuidados y solicitudes? ¿Para qué cuidas de esto temporal que no lo has menester? Cuida de la otra vida, á donde has de ir á parar. Tú, tú eres el que Dios ha determinado que muera; ¿por qué no lo crees? Y si lo crees, ¿por qué te huelgas? ¿Por qué vives tan de asiento donde no le has de tener? Déjate de cuidados de la tierra, y mira á dónde has de ir. Tú no habias de vivir entre nosotros, sino irte á un yermo para disponerte para el trance terrible que te aguarda.

Hágase, pues, cada uno esta cuenta, y diga: Yo soy el que tengo de morir, y resolverme en polvo. Este mundo no habla conmigo, el otro se hizo para mí; y así solo de la otra vida tengo de cuidar. De paso estoy aquí, por lo cual tengo de mirar por lo eterno, donde tengo de ir á parar. Cierto, cierto es que ha de venir la muerte y arrebatarme: quiero tratar solamente de disponerme para tan duro golpe; y pues ningun hombre me ha de poder librar de él, quiero servir á aquel Señor que solo me podrá salvar en peligro tan cierto. Bien á propósito es para desengaño nuestro la historia que recopiló Juan Mayor (1). Sirvió fidelísimamente por muchos años cierto soldado á un marqués, á cuya causa le habia cobrado un amor grande. Dióle al soldado la última enfermedad; cuando su amo el marqués tuvo de ello noticia, vino luego á visitarle acompañado de buenos médicos, y le preguntó de su salud, diciéndole muchas palabras de consuelo y grandes caricias, y se le ofreció para cuanto fuese necesario para su alivio y salud, rogándole que lo pidiese todo, porque sin reparar en gasto ni trabajo se le acudiria con grande liberalidad. Y como le importunase mucho sobre que pidiese algo, el enfermo le dijo: Que le hiciese merced de una de tres cosas: ó que diese traza cómo se escaparia de la muerte que ya tenia delante; ó que siquiera se le mitigasen los dolores grandes que padecia por espacio de una hora, ó que si partia de esta vida que por una noche no mas le hiciese dar una buena posada. Respondióle el marqués: Que esto solo á Dios pertenecia: que le pidiese cosas de la tierra factibles, y le acudiria de muy buena gana. De esta manera (replicó el enfermo) he perdido yo mi trabajo, y cuantos servicios os he hecho en el discurso de mi vida han sido en balde y de poco fruto; y volviéndose á los que se hallaron presentes, les dijo con grande sentimiento y lágrimas de sus ojos: Hermanos, atended cuán vanamente he gastado el tiempo, siendo él una joya tan preciosa, en servir á este amo, obedeciendo á sus mandatos con tanto cuidado y con tan grandes peligros de mi alma, que es el mayor dolor que en este punto siente mi corazon: mirad cuán poco es su poder, pues por espacio de una hora sola no tiene poder para valerme en tantas angustias y penas. Por tanto amonéstoos, hermanos, que abrais los ojos con tiempo, y mi yerro os sea escarmiento para que os guardeis de un peligro tan notable, y procureis en este mundo servir á un señor tal, que no solo os pueda librar de estas presentes angustias, y guardar de los males futuros, sino que tambien sea poderoso para coronaros de gloria en la otra vida. Y si el Señor fuese servido por medio de vuestras oraciones de darme salud, yo prometo de no ocuparme mas en servicio de un amo tan flaco y pobre para remunerar sus servicios, sino que mi total empleo y esfuerzo ha de ser servir á quien es poderoso para ampararme á mí y al mundo universo con su divina virtud. Con este gran-

(1) Joan. Major ex Alexandr. Faya, tom. 2.

de arrepentimiento murió, dejándonos ejemplo de cuán con tiempo habemos de procurar aprovechar el que Dios nos da para merecer los premios eternos.

§ II.

Vengamos ahora á la incertidumbre que tiene la muerte cuanto á sus circunstancias; porque cuanto es cierto que hemos de morir, tanto es incierto el modo como hemos de morir. No hay cosa tan sabida como que vendrá sobre todos la muerte, y no hay cosa menos entendida que cuándo y cómo ha de venir. ¿Quién sabe si ha de morir viejo ó mozo, si de enfermedad ó de un rayo, si de pesadumbre ó á puñaladas, si de repente ó de espacio, si en el poblado ó en desierto, si de aquí á un año ó el dia de hoy? Siempre tiene la muerte abierta la puerta, siempre está este enemigo en celada, y cuando menos se piensa nos salteará. No sé cómo hay hombre que se descuide en prevenirse para este peligro que siempre amenaza. Miremos cómo se guardan las cosas temporales, aun cuando no corren riesgo. Á las ovejas guardan siempre los pastores, prevenidos con perros veladores, aunque no crean que haya de venir el lobo; solo porque puede venir. Las ciudades muradas se guardan con fuertes presidios, aun en tiempo de paz, cuando no se teme enemigo; solo porque en algun tiempo vino, ó podia venir. Pero ¿cuándo hay seguridad de la muerte? ¿Cuándo podemos decir: Ahora no vendrá? Pues ¿cómo no nos prevenimos para peligro tan peligroso? En las ciudades de fronteras siempre hay centinelas que velan toda la noche, aun cuando no parece el contrario, ni se teme asalto; ¿por qué no estamos siempre velando, pues nunca nos podemos asegurar que no nos ha de asaltar la muerte? Si uno sospechara que habian de venir ladrones á su casa, velara toda la noche, porque en ninguna hora de ella le cogieran durmiendo. Pues no siendo sospecha, sino evidencia, que has de morir, y no sabes cuándo, ¿por qué no velas siempre? Mira cuánto va de la hacienda á tu ánima, de las riquezas temporales á las eternas, que perderás si la muerte te coge descuidado. En continuo peligro estamos, y así debemos estar en continua vela. Bueno es tener siempre hechas las cuentas con Dios, pues no sabemos si nos llamará tan aprisa, que nos dé lugar de hacerlas. Bueno es jugar á lo mas seguro, y estar siempre en gracia de Dios; pues si no lo estamos, está pendiente nuestra eterna condenacion tan solo de un hilo. ¿Quién quisiera estar en este peligro, que estuviese colgado de un bramante en tal parte, que en quebrándose habia de dar en un profundo despeñadero, donde se hiciera pedazos? Este, ó, por mejor decir, mucho mayor peligro corre á quien está en pecado mortal: pendiente está sobre el infierno del hilo de la vida, que es un estambre tan delgado, que no digo un cuchillo, pero el viento le puede cortar, y el vaho de un enfermo le rom-

pe. Asombro es el riesgo que corre quien está una Ave María en pecado grave, pues le sobrará á la muerte tiempo para hacer su tiro, porque el tiempo de una palabra y un cerrar y abrir los ojos le basta. ¿Quién estando desnudo y sin armas entre muchos enemigos pudiera reirse y estar contento? Entre tanto tropel de enemigos está el hombre, como son los caminos por donde puede sucederle la muerte, que son innumerables; pues una vena que se rompa en el cuerpo, una apostema que reviente en las entrañas, un humor que suba á la cabeza, una pasion que ocupe el corazon, una teja que caiga de lo alto, un aire colado que penetre, un yerro de cuenta, y cien mil otras ocasiones, abren la puerta á la muerte, y son ministros suyos. ¿Cómo puedes estar desarmado y desnudo de la gracia entre tantos contrarios y riesgos de morir? No es esta vida mas que el camino que hace el ladron desde la cárcel á la horca. Desde que nacimos estamos con sentencia de muerte. Del vientre de nuestras madres salimos, como los ajusticiados de la cárcel, y caminamos á que se haga justicia de nosotros por lo que debemos del pecado original. ¿Quién hay que sacado á ajusticiar vaya diciendo gracias, y entreteniéndose en el camino? No somos todos los hombres sino como muchos ajusticiados que van á la horca por diferentes calles, que ellos no conocen, ni saben, si van derechos ó por rodeos. Todos vamos á parar á la muerte; mas ¿quién sabe si va por rodeos ó camino derecho, si ha de llegar presto ó tardarse mas? Lo que puedes saber es que estás en el camino, pero no que esté léjos; y asi debes temer que encontrarás luego con ella, y estar siempre aparejado, y no admitir gusto de esta vida. Bastaba este riesgo de poder morir luego, para nunca estimar gusto de la tierra. El rey Dionisio de Sicilia, para desengañar á un filósofo que tenia por suma su felicidad, pues no le faltaba nada de gusto ni regalo, mandó ponerle una mesa con platos regaladísimos, y todos los entretenimientos, cuantos podia desear, y luego que se sentase en tal parte, donde estaba pendiente sobre él una espada muy afilada y aguda, pendiente solamente de una cerda de caballo. Bastó este riesgo solo para que aquel filósofo no pudiese comer bocado, ni gustar cosa de toda aquella fiesta. Pues no está mas segura tu vida; ¿cómo puedes gustar de gustos del mundo? Quien por momentos está aguardando morir, en ningun momento debia gustar de la vida. Por cierto que esta consideracion solamente bastaba (como advierte Ricardo) para quitar el gusto de todos los gustos de la tierra. Un grande peligro ó temor basta para quitar la advertencia á mayores gozos, para que no se sientan. ¿Y qué mayor peligro que el de la eternidad?

Esta incertidumbre de la muerte es para que aciertes á despreciar esta vida, y disponerte para la otra. El poder morir siempre, es para que siempre estés aparejado. ¿Qué es la muerte, sino el camino de la eternidad? Gran jornada tienes que hacer; ¿por qué no te previenes con tiempo, y mas no sabiendo cuándo te han de forzar á partir? Porque no

sabia el pueblo de Dios cuándo habia de marchar, siempre estaba á punto de camino los cuarenta años que estuvo en el desierto. Tú está siempre aparejado, porque no sabes si partirás hoy. Mira que hay mucho que hacer en morir; disponte con tiempo para hacerlo bien, que para esto eran necesarios muchos años. Pues si no sabes si tendrás un dia, ¿por qué no te dispones hoy? Si cuando haces una jornada breve, despues de bien prevenidas las cosas, hallas ordinariamente que se te olvidó alguna, ¿cómo para jornada tan larga, como es la region de la eternidad, piensas que estarás bien apercibido no aparejándote jamás? ¿Quién hay que no desee le coja la muerte siquiera dos años despues de haber servido con fidelidad á Dios? Pues si no tienes seguro uno, ¿por qué no empiezas luego? No te fies en la salud ó mocedad; porque muchas veces viene la muerte á traicion, y acomete cuando menos la mirares, porque, segun dijo Cristo nuestro Redentor, vendrá en la hora que no se piensa. Y el Apóstol dijo (1): Que el dia del Señor vendrá como el ladron viene de noche, sin que nadie le sienta, y cuando duerme á sueño suelto el señor de la casa. No te prometas el dia de mañana, que no sabes si vendrá la muerte esta noche. El dia antes que saliesen los hijos de Israel de Egipto, ¿cuántos señores mayorazgos de aquel reino se prometerian hacer ó alcanzar grandes cosas al otro dia ó en aquel año? Pero ninguno llegó á la mañana vivo. Cuerdamente hacia Mesadamo (como escribe Guidon Bituricense), que convidándole uno, para que comiese el otro dia con él, respondió: Amigo mio, ¿para qué me citais para mañana, pues ha muchos años que no me he atrevido á prometer el dia siguiente, y cada hora espero la muerte? No hay que fiar de las fuerzas del cuerpo, ni de los pocos años, ni de las muchas riquezas, ni de las esperanzas humanas. Oye lo que dice Dios por el profeta Amós (2): *En aquel dia se pondrá el sol á mediodía, y haré que se llene de tinieblas la tierra en el dia de su lucimiento.* ¿Qué es ponerse el sol á mediodia, sino que cuando piensan los hombres que están en la mitad de su vida y en la flor de su edad, cuando esperan vivir muchos años, y tener grandes riquezas, y casarse ricamente, y lucir en el mundo, entonces viene la muerte, y lo pone todo de luto en el dia de mas lustre, como aconteció en aquella historia que trae Alejandro Faya (3)? Ladislao, rey de Hungría y Bohemia, envió una embajada solemnísima al rey Cárlos de Francia para que trajesen y viniesen sirviendo á una hija suya que estaba ya desposada con el príncipe su hijo. El principal embajador de esta jornada era Udebrico, obispo pasaviense, para cuyo acompañamiento se escogieron doscientos caballeros principales de Hungría, doscientos de Bohemia, y otros doscientos de Austria, todas per-

---

(1) I Thes. v. Dies Domini, sicut fur in nocte, ita veniet. — (2) Amos, VIII. In die illo occidet sol in meridie, et tenebrescere faciam terram in die luminis.
(3) Alexandr. Faya, tom. 2.

sonas señaladas en nobleza. Iban tan ricamente vestidos, y con tal aparato, que cada uno de ellos parecia digno de corona y cetro real. El Obispo además de esto escogió otros cien caballeros de sus súbditos. De suerte que salieron para Francia setecientos caballeros riquísimamente aderezados. Y para que del todo fuese grandioso el acompañamiento, fueron tambien en su compañía cuatrocientas doncellas muy hermosas y ataviadas con costosísimos aderezos de joyas y vestidos. Las carrozas todas llevaban tachonadas de oro, y cuajadas de finas piedras preciosas. Sin esto eran infinitos los dones y ricos vestidos que traian, para hacer presentes con ellos. Pero el dia mismo que esta solemne embajada entró en Paris, antes que se sentasen en la pieza donde se habia de hacer el recibimiento, llegó correo con nueva de la muerte del desposado. Fue tal el dolor que atravesó el corazon del Rey con tan no pensada nueva, que no pudo dar respuesta ninguna á la embajada, ni hablar al Embajador ni á los que le iban acompañando; y asi se partieron tristísimos de Paris, y cada cual se fué á su casa. De aquesta manera sabe Dios por medio de la muerte llenar de tinieblas y luto la tierra en el dia de mas lucimiento, como dice su Profeta.

Pues no sabes cuándo has de morir, piensa que puedes morir hoy, y está siempre dispuesto para lo que siempre puede venir: confia en la misericordia de Dios para implorarla luego; mas no presumas el dilatar tu conversion un momento. ¿Qué sabes si te dará tiempo para que la puedas invocar, ó si despues de invocada merecerás ser oido? Sábete que la misericordia de Dios no está prometida á los que se fian de ella para pecar con esperanza del perdon, sino á los que temiendo la justicia divina cesan de pecar. Y así dice san Gregorio (1): *La misericordia de Dios omnipotente se olvida de aquel que se olvida de la justicia de Dios omnipotente; porque no podrá hallar á Dios misericordioso quien no le teme justo*. Por esto se repite tanto en la sagrada Escritura que la misericordia de Dios es para los que le temen. En una parte se dice: *La misericordia del Señor desde lo eterno y hasta la eternidad es sobre los que le temen*. Y en otra: *De la manera que tiene misericordia el padre de sus hijos, tiene Dios misericordia de los que le temen*. Otra vez dice: *Segun la altura desde la tierra al cielo, corroboró su misericordia sobre los que le temen*. Finalmente, la misma Madre de misericordia dijo en su divino cántico que la misericordia del Señor seria *de generacion en generacion para los que le temen*. ¿Ves como la misericordia divina no se promete á todos, y como quedarás excluido de ella mientras presumieres de ella, y no temieres la justicia? Pues ¿qué temor de la justicia será, que pudiéndote morir hoy, dilatas tu conversion para despues de algunos años,

---

(1) Gregor. in Moral. Omnipotentis Dei misericordia illius obliviscitur, qui omnipotentis Dei justitiæ fuerit oblitus, quia misericordem Deum invenire non poterit, qui eum justum non timet.

cuando los vicios no tanto los dejes tú, cuanto ellos te dejarán? Mira lo que dice san Agustin: *La penitencia de la muerte es muy peligrosa; porque no se halla en la sagrada Escritura sino uno, esto es el buen ladron, que en su muerte tuviese verdadera penitencia. Este se halla, para que nadie desespere; pero hállase solo, para que nadie presuma; porque en el hombre sano la penitencia es sana, en el enfermo enferma, en el muerto muerta.* Algunos se han con Dios como el rey Dionisio con la estatua de Apolo, á la cual quitó una capa de oro que tenia, diciendo: Esta capa ni es buena para invierno ni para verano; porque para verano es pesada, y para invierno fria y sin abrigo. Así son algunos que no hallan tiempo conveniente para servir á Dios. En la mocedad dicen que es muy temprano, y que se ha de dar á la edad su tiempo, que cuando viejos tratarán de veras de virtud, y que no se ha de enflaquecer con penitencias el vigor de la juventud, porque quedan enfermizos siempre, y no son de provecho toda la vida; pero llegando la vejez, si acaso llega, dicen que están llenos de achaques, y que no tienen fuerzas para hacer penitencias. De esta suerte quieren engañar á Dios; mas ellos mismos se engañan. Al apóstol Santiago no le parece bien el modo de hablar: Mañana irémos á tal ciudad, y estarémos allí un año; porque no sabemos lo que será mañana. Pues si aun hablando de cosas temporales no es bueno decir mañana lo haré; el procurar la salvacion del alma, ¿cómo puede uno decir de aquí á diez años ó veinte, cuando sea viejo, pues quizá nunca lo será? ¿De qué sirve dilatar á mañana lo que tanto importa que sea hoy, pues importa tanto que sea, y podrá ser que mañana no sea, si no fuere hoy? En este engaño estaba san Agustin (1), y así dice: *Sentia que era detenido, y repetia estas voces: Miserable, ¿hasta cuándo, hasta cuándo? Mañana, y mañana; ¿por qué no será esta hora el fin de mi torpeza? Esto decia, y lloraba con muy amargo sentimiento de mi corazon.*

§ III.

Sobre la incertidumbre de la muerte se añade el ser una; porque no se puede enmendar el yerro de morir mal con morir bien segunda vez. Dios dió al hombre doblados los sentidos y otras partes del cuerpo: dióle dos ojos para que si le faltase uno le quedara otro de que servirse; dióle dos oidos para que ensordeciendo del uno pudiera suplir su falta con el otro; dióle dos manos para que despues de perdida la una no estuviese todo perdido, pero muerte no le dió sino una, y si aquella sale mal, somos del todo perdidos. ¡Terrible caso! ¡Que la cosa de mas importancia que tenemos, que es el morir, no tenga prueba, ni experiencia, ni remedio! ¡Que se haya de hacer de una vez sola, en un

(1) August. Confess.

momento, pendiendo de ella la eternidad, y si se yerra la primera vez no se puede enmendar su yerro! Escribe Plutarco de Lamaco centurion que reprendiendo á un soldado por un yerro, le prometió no hacerlo mas; al cual replicó el cuerdo Centurion: Bueno está eso: claro está que en la guerra no se puede errar dos veces, por el grande daño que de un yerro se puede seguir; pero si en la guerra no se puede errar dos veces, en la muerte no se ha de errar ni una, porque su yerro no tiene remedio. Si á un rústico que no hubiese disparado saeta ninguna le diesen arco y aljaba, y le mandasen tirar á un blanco muy apartado, con la condicion que si le errase de la primera vez le habian de quemar vivo, pero si le acertase le premiarian con muchos dones y riquezas; ¿en qué afliccion se viera este hombre, cuán congojado estuviera, pues estaba forzado á hacer una cosa tan dificultosa, y de la cual no tenia destreza, y en que le iba tanto, y que la habia de hacer una vez sola, sin poder enmendar con el segundo tiro el yerro del primero? Pues esta es nuestra suerte, no sé cómo nos podemos reir: nunca hemos muerto, ni tenido experiencia ni destreza de cosa tan dificultosa, y una sola vez hemos de morir, y en ello nos va la eternidad de los tormentos infernales, ó de la bienaventuranza del cielo. ¿Cómo vivimos tan descuidados y olvidados de morir bien, pues para esto nacimos, y se ha de hacer una sola vez? Esta accion, que es la mas importante de la vida, la cual hemos de hacer delante de los Ángeles, y de la cual depende la eternidad, es sin reparo ni enmienda. Las acciones humanas que se repiten son de tal condicion, que si salió mal una, otra podrá salir bien, y lo que se perdió en una, se puede ganar en otra. Si á un rico mercader se le hundió un año su nave en el océano, otro año le llegará otra cargada de riquezas, que recompense la pérdida pasada. Y si á un grande orador le salió mal una declamacion, y por eso perdió crédito, con otra lo podrá cobrar; pero en saliendo mal la muerte una vez, no puede haber otra mejor, ya no se restaurará su pérdida. Lo que es único es digno de mayor estima, pues su pérdida ha de ser irreparable. Estimemos el tiempo de la vida, pues no hemos de tener otra vida en que ganemos la eternidad. Estimemos aquello con que podemos hacer una muerte preciosa, ó, por mejor decir, vida y muerte preciosísima, aprendiendo en la vida á morir. Bien dijo un piadoso Doctor: Si todos los que han de ejercitar un oficio ó hacer alguna cosa de importancia (y aun de solo gusto, como es el danzar y bailar) estudian primero cómo lo han de hacer, ¿qué razon hay para que no se estudie el buen morir, siendo la mas dificil é importante cosa de cuantas hay en el mundo? Si un hombre estuviese obligado á dar un salto muy dificultoso, con esta condicion, que si saltase bien le diesen un reino muy opulento y rico, y si saltase mal fuese esclavo y remero perpétuo, sin duda ninguna que se prevendria para dar bien el salto, y se ensayaria antes que llegase el tiempo señalado para el efecto, de que tan diferen-

tes suertes esperaba. ¿Cuánto mas diferentes son las que se esperan del salto que hemos de dar de la vida á la muerte, pues los reinos de la tierra comparados con el del cielo son basura, y el remar en galeras comparado con el infierno es gloria? Cuando el salto es largo y peligroso, suele el que ha de saltar, para darle mejor, tomar la carrera de atrás. Pues sabemos que el salto de la vida á la muerte es tan peligroso y largo, razon será que para darle mejor tomemos la carrera desde el principio de nuestra corta vida, desde que comienza en nosotros el uso de la razon, y conozcamos por ella que es vida mortal la que vivimos, y censo al quitar, y que hemos de pagar réditos y principal, cuando menos pensáremos. El dia en que coronaban al Emperador acostumbraban los antigüos (segun refiere san Juan Elemosinario) presentarle en manos de los arquitectos mas primorosos de aquel tiempo unos pedazos de diferentes mármoles para que escogiese de ellos el que mas le contentase para fabricar su sepulcro, dándole á entender que habia de durar tan poco su imperio, que era menester comenzar luego su sepulcro, para que se acabase antes que se le acabase la vida; y que no podria gobernar bien á sus vasallos, si no se gobernaba á sí con la memoria de la muerte, y á todos los demás avisaron con esta ofrenda misteriosa, que cuando comenzase en nosotros el imperio y dominio de nuestra alma (que es el uso de la razon) tratásemos luego de nuestra muerte, entendiendo que en el aparejo de ella consiste el buen gobierno y la perfeccion de la vida. La perfecta vida, dice san Gregorio (1), es meditacion de la muerte. Aquel tiene la vida perfecta, que la gasta en estudiar en la muerte. Aquel vive bien, que aprende y estudia cómo ha de morir, y el que no sabe esto no sabe nada, ni le son de provecho las demás ciencias. ¿Qué le aprovechó á Aristóteles todo cuanto estudió y todo cuanto supo? Nada. Así lo confesó estando cercano á la muerte, cuando rogándole sus discípulos que les dijese alguna sentencia notable, pues tantas habia dicho y escrito en vida, respondió esta: Entré con pobreza en este mundo, viví con miseria, y muero con ignorancia de lo que me importaba saber. Dijo bien, porque no habia estudiado cómo habia de morir. Muchos discípulos tiene Aristóteles de las ciencias que supo: muchos le siguen en sus opiniones; pero muchos mas le imitan en esta ignorancia que tuvo de la muerte.

Ganemos el tiempo en que podemos ganar la eternidad, porque una vez perdido, perderémos el tiempo de esta vida y la eternidad de la otra. ¿Cuántos millones de hombres están en el infierno que despreciaron el tiempo mientras estaban en el mundo, y ahora padecieran por un millon de años y aun por un millon de millones cuantos tormentos se padecen en el infierno porque les diesen un instante de tiempo, en que pudiesen ganar la vida eterna de la gloria haciendo penitencia, y no ten-

(1) Lib. 12 Moral.

drán remedio? Y tú no instantes de tiempo pierdes, sino horas, dias y años. Mira lo que diera un condenado por este rato que tú pierdes para poder salir del infierno. Guarda no te veas tú con el mismo pesar cuando no tendrás reparo del tiempo que ahora desperdicias. ¡Oh locos, cuántos buscan vanos entretenimientos para pasar el tiempo, como si el tiempo no tuviera ese cuidado de pasarse, aunque ellos no quieran! Pásase y vuela el tiempo de esta vida; ¿y tú no quieres granjear la otra? Mira que en tiempo puedes ganar eternidad; no mires la pérdida de tiempo solo como pérdida de tiempo, sino como pérdida de eternidades, pues en un instante de tiempo puedes ganar infinitos instantes de lo que has de gozar los siglos de los siglos. Poco es para ganar premio eterno el tiempo de esta vida, que pasa mas ligero que el viento. Mira que no pierde tiempo la velocidad con que viene la muerte tras tí, pues aun mientras tú duermes corre ella, y tú te atreves á estar ocioso. *Tú duermes*, dice san Ambrosio (1), *y el tiempo anda.* No estés un instante parado, pues puedes en él ganar mas cielo. Mercado y ferias de la eternidad es el tiempo, como dice el Nazianceno: no dejes de lograr el barato; porque en pasándose esta vida no hay ocasion de merecer, y mira que es corto el plazo en que dura el granjear, y la ganancia ha de ser eterna. Oye lo que te enseña un gentil que no conoció este bien del tiempo de ganar en él la eternidad; y con todo eso dice (2): *No nos dió la naturaleza tan liberal el tiempo que haya lugar de perder alguna partecita de él; y considera cuántos tiempos pierden aun los muy diligentes: á unos les ocupa algun tiempo la falta de su salud ó de los suyos; otro tiempo los negocios necesarios, otro las ocupaciones públicas; tambien el sueño nos divide la vida. Pues de este tiempo tan estrecho y tan veloz, ¿qué nos aprovecha gastar en vano la mayor parte?* El mismo autor aconseja (3) que hemos de porfiar en vencer la ligereza del tiempo con la diligencia de su buen uso y empleo. Sin conocimiento de fe dijo esto Séneca, sin saber que con un instante de tiempo se podia granjear una eternidad de gloria. ¿Qué debemos hacer nosotros con la luz del cielo que tenemos y la noticia de los bienes eternos y con las amenazas del infierno? Vivamos siempre muriendo, y cada instante de tiempo entendamos que es el último: con esto no perderémos el tiempo tan precioso, y ganarémos lo eterno. Acordémonos de lo que dijo san Juan Clímaco (4): *No se pasa el dia presente bien, si no es que pensemos que esta hora es la última de toda nuestra vida. Aquel es bueno que cada hora aguarda la muerte; pero aquel es santo que todas las horas la desea.*

Por lo menos tratémonos como mortales: creamos que lo somos mostrando con nuestras obras que sabemos que hemos de morir, y que

---

(1) Ambr. in Ps. I. Tu dormis, et tempus ambulat. — (2) Seneca, ep. 119.
(3) Lib. de brevitate vitæ. Cum celeritate temporis utendi celeritate certandum est.
(4) Climac. grad. 6.

ha de topar con fin nuestra vida. Pidamos á Dios lo que suplicaba David (1): *Señor, haced que conozca mi fin.* Claro está que hemos de morir, claro está que no sabemos cuándo, claro está que no ha de ser mas que una vez; pero va mucho (como nota san Ambrosio) cuando nos lo dice Dios, á cuando lo discurrimos nosotros. Persuadámonos que nos hemos de morir, y no sabemos cuándo: que esto ha de ser una vez sola, sin tornar á coger en las manos el tiempo que una vez salió de ellas. Avergoncémonos de lo que un gentil dice, que hemos de nacer con la memoria de estas tan notables condiciones de la muerte, aconsejándonos á obrar bien. El emperador Marco Antonio da estos admirables consejos en su filosofía: *Repara en el fin del tiempo que tienes señalado, el cual si no le gastares en procurar la paz de tu ánimo, se te pasará y no volverá, y mas despues de difunto. Cada hora solicita tu ánimo para obrar con fortaleza, como conviene á un varon romano, con una perfecta y no fingida gravedad, humanidad, liberalidad y justicia, y entre tanto aparta á tu ánimo de todo otro pensamiento: lo cual harás si de tal manera hicieres cualquiera obra y negocio, como si fuera el postrero de tu vida, para que no admitas vanidad alguna.* Este es admirable consejo: pues sabes que has de morir, y no sabes cuándo, haz cada obra como si fuera la última que acabándola de hacer hubieses de espirar. Sobre todo procure uno quitar pecados, quitar malas inclinaciones, quitar los pensamientos de la tierra, y levantarlos al cielo juntamente con su corazon y afecto, que siempre sea recto y puesto en Dios. Un árbol que está torcido, hácia allí cae cuando le cortan á donde estaba inclinado. Si no está uno inclinado al cielo cuando vive, ¿á dónde puede caer en muerte? Tema que al infierno.

CAPÍTULO III.

Del momento que está en medio del tiempo y eternidad, y como por ser fin del tiempo de esta vida un momento, es por eso terribilísimo.

Debemos tambien considerar, lo que es sin duda asombro, todo lo que ha de pasar en el momento de la muerte, para el cual nos dan el tiempo de esta vida, y del cual depende lo eterno de la otra. ¡Oh tremendo punto, que es fin del tiempo y principio de la eternidad! ¡Oh espantoso instante, en el cual se cierra el plazo de esta vida, y se determina el negocio de nuestra salvacion! ¡Oh momento del cual pende la eternidad, cómo debes estar ahora con provecho en nuestra memoria, para que no estés despues con nuestro arrepentimiento y sin utilidad alguna! ¿Cuántas cosas han de pasar en ti? En un instante se acaba esta vida, y en él se revuelven todas las obras de ella, se da la sentencia que se ha de ejecutar eternamente. ¡Oh último momento de la vida y primero de la eternidad, qué

(1) Psalm. XXXVIII.

temeroso eres; pues en tí no solo se deja la vida, pero se da cuenta de ella, y se entra en region no conocida! En un momento tengo de dejar de vivir, en él tengo de ver á mi Juez, en él se me han de mostrar mis pecados con toda su gravedad y muchedumbre; en él se me ha de hacer estrecho cargo de todos los beneficios divinos, y se ha de pronunciar la sentencia de mi salvacion ó de mi condenacion eterna. Asombro es que para tan importantes casos no se dé mas tiempo que un punto de tiempo, y que no haya lugar de réplica, ni diligencia, ni apelacion. ¡Oh tremendo momento del cual pende tanto! ¡Oh momento el de mas importancia que tendré en tiempo y eternidad! Admirable es la suma sabiduría de Dios, que puso un punto en medio del tiempo y de la eternidad, al cual se endereza todo el tiempo de esta vida, y del cual depende toda la eternidad de la otra. ¡Oh momento que ni eres tiempo ni eres eternidad, sino horizonte del tiempo y la eternidad, que partes lo temporal y eterno! ¡Oh qué estrecho momento y qué dilatado punto, donde se concluyen tantas cosas, y se da tan estrecha cuenta, donde se oye tan rigurosa sentencia, que se ejecutará siempre! ¡Extraño caso! Que el negocio de la eternidad se haya de absolver en un momento, sin dar lugar á diligencia, cuando no podrás acudir á los Santos del cielo ni á los sacerdotes de la tierra: ni aquellos rogarán por tí, ni estos te darán absolucion; porque el rigor del Juez en el punto que espires no dará lugar á misericordia. San Juan dice (1): Que de la presencia del Juez huirá la tierra y el cielo. ¿Qué podrás tú hacer, que no podrás huir, y eres contra quien es el pleito? Dícese que huirá en aquel punto el cielo y la tierra; porque ni los Santos del cielo te favorecerán con sus intercesiones, ni los sacerdotes de la tierra te podrán acudir con los Sacramentos de la Iglesia, porque de nada habrá lugar, ni habrá quien te ayude. ¡Qué diera entonces un pecador por poder pedir confesion! Ya no habrá lugar de nada, y lo que entonces te estuviera bien y ahora desprecias no podrás hacer. Prevente en tiempo cuando te puedes ayudar, y no aguardes al punto donde nadie te ayudará: ahora puedes ayudarte, ahora quieren los Santos favorecerte: no aguardes al momento donde ni tú podrás, ni los Santos querrán.

¿Qué pasmo y asombro no ha de causar cuando en aquel punto del juicio de Dios esté un pecador sin remedio ni esperanza de librarse en poder del dragon infernal que asirá su alma y llevará á la cueva del abismo? Acordémonos y temamos de lo que temió y dijo del demonio el Profeta (2): *No arrebate alguna vez como leon mi alma, mientras no haya quien me libre ni quien me haga salvo.* ¡Oh qué tremendo caso verse en manos de Lucifer, no solo desamparado de los hombres, sino de los Ángeles, de la Reina de hombres y Ángeles, y del Padre de misericordias! Prevengámonos con tiempo para lo que se ha de hacer en un punto y ha de durar por una eternidad. ¡Oh momento! ¡oh momento terrible y es-

(1) Apoc. xx. — (2) Psalm. vii.

pantoso! ¡oh momento en que se perderá todo tiempo, si en tí se pierde uno, y quedará perdido eternamente! ¡oh momento del cual pende la eternidad, y cuánta es tu importancia! pues te aseguras todas las obras buenas de la vida, y haces olvidar todos los gustos de ella para que el hombre no se cebe en ellos, pues no le han de aprovechar entonces, y continúe en la virtud, pues no le asegura, si no la conservare hasta aquel punto.

§ II.

¿Cómo se descuidan los hombres viendo que el negocio tan importante de su salvacion depende de un punto donde no se pueden hacer nuevas diligencias, y ese punto es incierto, que no se sabe cuándo será? Pues si no tenemos certidumbre de este momento, ¿cómo nos estamos desapercibidos un momento? No es este negocio para descuidar un punto, pues ese punto puede ser el de tu condenacion. ¿Qué le aprovecharan á uno cien años que hubiese servido á Dios en grande aspereza y penitencia, si al cabo de ellos cometiese en un momento pecado grave, y luego le cogiese la muerte? No se asegure nadie de las virtudes pasadas: continúelas hasta que se muera, pues si no espira en gracia todo lo tendrá perdido; y si muere en gracia, ¿qué importa haya vivido mil años en los mayores trabajos del mundo? ¡Oh momento en que se olvida el justo de todas sus penas, y se asegura de todas sus virtudes! ¡Oh momento en que empiezan al pecador sus penas, y se le acaban todos sus gustos! ¡Oh momento que cierto es que has de ser, y que incierto el cuándo has de ser, y que certísimo que no has de tornar á ser; porque eres una vez sola, y no se podrá revocar en otro momento lo que en uno se determinó! ¡Oh momento, y qué digno eres de estar ahora en nuestra memoria, para que no estemos en tí con nuestro daño! Como lo hacia el abad Elías, el cual decia (1): Yo tres cosas temo: una, cuando se me ha de arrancar el alma del cuerpo: otra, cuando ha de parecer delante de Dios para ser juzgada; la tercera, cuando se me ha de dar la sentencia. Pues todas estas tres cosas tan tremendas han de pasar en este momento, que por eso es muy tremendo. Póngase el cristiano muchas veces en vida en aquel punto en que espira, donde mira de una parte el tiempo de la vida que deja, y la eternidad en que cae: coteje allí una cosa con otra; mire qué tendrá de la vida de que sale, y mire qué le espera en la eternidad en que entra. ¡Cuán breves le parecerian á Matusalen en aquel punto al pié de mil años que vivió, y cuán largo se le representaria solo el dia de la eternidad! En aquel punto mil años de la vida no parecerán al pecador sino una hora, ó por mejor decir un punto; y una hora de los tormentos le parecerán

(1) In vita Patrum, lib. 5, p. 165, ap. Rota.

mil años. Mire desde esta atalaya y horizonte la vida, y mídala con lo eterno; y no verá en ella cosa de sustancia y tomo. Mire que vendrá en las manos de ella, y que no se podrá escapar de las manos de la eternidad. ¡Oh momento espantoso, que cortas el hilo de los tiempos, y empiezas la tela de la eternidad! Prevengámonos con tiempo para este momento, para que no perdamos la eternidad. Este momento es la preciosa margarita que por asegurarla debemos dar cuanto tenemos y somos. Esté en nuestra memoria momento tan importante, para que esté siempre en nuestro cuidado. Estemos siempre solícitos, pues siempre puede ser. La eternidad depende de la muerte, la muerte de la vida, y la vida de un hilo que en un instante se corta, ó rompe, ó quema, y esto se hace cuando menos se piensa y aun cuando mas se espera ó procura alargar la vida. Buen testimonio es de esto lo que cuenta Paulo Emilio (1) de Cárlos rey de Navarra, el cual habiéndose enflaquecido y perdido las fuerzas con la demasía de torpes apetitos á que se dió, le mandaron los médicos ajustar á las carnes desnudas unos lienzos empapados en aguardiente: el que se los cosia, para romper el hilo le llegó á una candela que allí estaba, y como se habia teñido de aquella agua, comenzó á arder con tal presteza, que pegándose fuego á los lienzos, quemaron al Rey de suerte, que murió luego. De un hilo dependió la vida de este Príncipe para tener muerte tan desastrada; y no hay duda sino que el hilo de la vida no es mas dificultoso de cortar que el lino. Tiempo es menester para cortar este; pero aquel en un momento se quiebra, y mas causas hay para acabar la vida del hombre que para romper una hebra de hilo. No está segura en ningun tiempo nuestra vida, y asi debemos temer cada instante aquel instante que acaba con el tiempo, y da principio á la eternidad.

Para espantar son los caminos que halla la muerte, y de cuán pequeñas cosas pende la vida; porque no solo de un hilo, pero de un sutil cabello puede depender. Así Fabio, senador, un cabello que topó en un trago de leche que sorbió, le sacó el alma del cuerpo. No hay puerta cerrada á la muerte, cabe por donde no cabe el aire, y encuéntrase en las mismas acciones de la vida. Cosas muy pequeñas privan de un bien tan grande como el vivir. Un granito de una pasa quitó la vida á Anacreonte (2), y un pero, que se cayó jugando con él en la boca de Druso Pompeyo, le ahogó de repente. Aun por los afectos del alma y gustos del cuerpo halla tambien camino real la muerte. Homero murió de una tristeza. Sófocles de gozo. Al rey Dionisio mataron las buenas nuevas que tuvo de una victoria que alcanzó. Aureliano murió bailando, cuando se casó con la hija de Domiciano emperador. Tales Milesio, viendo en el teatro unas fiestas espiró. Cornelio Gallo y Tito Eterio murieron en un torpe deleite. Giacheto Saluciano en el mismo acto venéreo se quedó muerto,

---

(1) Paulus Æmil. lib. 6. Accidit ann. 1387. — (2) Valer. Max. lib. 6.

juntamente con su amiga, los cuales fueron hallados juntos, como sus almas juntas se fueron á los infiernos. De muy pocas cosas y de inopinados sucesos depende un tan grande suceso como el momento del cual pende la eternidad (1). Cada uno abra los ojos, y no se asegure en la vida, pues tiene tantas entradas la muerte. Nadie diga no moriré hoy; porque cuantos han muerto de repente tampoco pensaban que habian de morir aquel dia, y murieron cuando menos pensaban, y lo que sucedió á otro te puede suceder á tí. Con tan pocas causas como las dichas murieron tantos, y tú puedes morir sin ninguna; porque para una muerte repentina no es menester un cabello que atragante, ni una espina que ahogue, ni una melancolía que aflija, ni un gozo que deleite: sin nada de estas causas exteriores puede suceder; basta un humor que se corrompa en las entrañas, y llegue sin verlo nadie al corazon, y es maravilla que no mueran de repente mas de los que mueren, segun son nuestros excesos y desórdenes, y segun es frágil nuestro cuerpo. No somos de hierro ni de bronce, sino de carne blandísima. Á un reloj vemos que con ser de duro metal se gasta, y cada hora es menester aderezarle, y quebrándose una rueda para y se detiene todo; pues mayor artificio hay en el cuerpo humano mas sutil y delicado; y los nervios no son de acero, ni las venas de bronce, ni las entrañas de hierro. ¿Á cuántos se les ha corrompido ó deshecho el hígado ó bazo, y han muerto de improviso? Nadie ve lo que tiene dentro de su cuerqo, y puede estar tal, que no viva una hora, aunque se sienta sano. Temblemos todos de lo que puede suceder.

CAPÍTULO IV.

Por qué es terrible el fin de la vida temporal.

Por ser fin de la vida la muerte, dijo Aristóteles que era de las cosas terribles la terribilísima. ¿Qué diria por ser principio de la eternidad, y como una puerta por donde entramos en aquel abismo profundísimo, no sabiendo uno de qué lado ha de caer en esta hondura? Si es la muerte tan terrible, por ser fin de las cosas de esta vida, qué será por haberse de dar en ella cuenta y razon de todas á aquel tremendo Juez inflexible y justísimo, que murió porque las usásemos bien? No es lo mas terrible de la muerte dejar la vida en este mundo, sino haber de dar cuenta de ella al Criador del mundo, y mas cuando no ha de usar de misericordia: esto es cosa tan tremenda, que hacia estremecer al santo Job, con tener tan buena cuenta que dar, que el mismo Dios se preciaba de tenerle por siervo, y el Espíritu Santo testifica que no pecó en cuanto dijo en sus trabajos y calamidades, y que no se las envió Dios por pecados, propo-

(1) Andreas Eborum. de morte non vulgari.

niéndonosle por ejemplo de paciencia y virtud, y él mismo dijo que no le remordia la conciencia: con todo eso tembló tanto del justo juicio que Dios hace al fin de la vida, y hará al fin del mundo, que espantado de la severidad de la divina justicia, dijo hablando con Dios: *¿Quién me diera que me ampararas y escondieras en el infierno mientras se pasa tu furor?* Por lo cual dice Dionisio Rikel (1) que aquel punto en que uno es juzgado de Dios es mucho mas terrible, no solo que la muerte, sino que el padecer por tiempo las penas del infierno. Y esto no solo á los que se han de condenar, pero á los escogidos para el cielo; pues siendo tan justo y santo Job, se estremeció tan extrañamente del juicio cuando le tenia léjos, y las cosas no se suelen sentir como son: y sin duda ninguna verse uno desagradecido á su Redentor, verse que ha ofendido á su Criador, aunque sea en culpas pequeñas, es para sentir mas que padecer las penas mayores. Por esto juzgó san Basilio que era menos padecer eternamente los tormentos del infierno que la confusion que tendrán de Cristo los pecadores; y así ponderando aquella reprension que se dió al rico, cuando le dijeron: *Necio, esta noche te quitarán la vida; ¿de quién serán las cosas que adquiriste?* Dice el Santo (2): *Este escarnio sobrepuja á una pena eterna.*

Esta terribilidad es por muchas razones, y cada una bastante para causar un espanto mortal. No es la menor la vista sola del Juez, que juntamente con ser juez es parte y testigo irrefragable; porque será tal la severidad que mostrará en el rostro á los malos, que dice san Agustin que quisieran antes padecer todo tormento, que ver el rostro de su Juez airado. Y san Crisóstomo dice (3): *Mejor fuera sufrir ser heridos de mil rayos que ver aquel rostro lleno de mansedumbre y piedad que se extraña de nosotros, y aquellos ojos de toda serenidad que no se les sufre el mirarnos.* Una vez que á los que estaban en esta vida, donde está el campo de la misericordia abierto, miró una imágen de Cristo crucificado con ojos airados, bastó para asombrar y aterrar tanto á trescientos hombres que estaban presentes, que los derribó en tierra, y tuvo sin sentido como muertos por algunas horas (4). ¿Qué asombro causará, no la imágen, sino el mismo Jesucristo vivo; no en la humildad de la cruz, sino en el trono de su majestad y sitial de su justicia; no en el tiempo de misericordia, sino en la hora de todo rigor; no desnudo y enclavadas las manos, sino armado contra los pecadores con la espada de justicia, cuando aparezca para juzgarlos y vengar las injurias que le hicieron? Dios es tan cabal en su justicia como en su misericordia; y así como ha dado su tiempo á la misericordia, le ha de dar á la justicia. Y como en esta vida está el rigor de su justicia como suspenso y represado; en el punto de la muerte, cuando es juzgado el pecador, ha de

---

(1) Dion Rikel, art. 16 de novis. — (2) Basil. hom. contra divites avaros.
(3) Chrys. hom. 24 in Mat. pag. 38. — (4) Roder. in opus. ult. et in annuis Societ.

como soltarse é inundar al miserable. Un caudaloso rio que tuviese su corriente detenida y violentada por veinte ó treinta años, ¿cuánta inmensidad de agua tuviera recogida? Y en el punto que se soltase toda, ¿con qué ímpetu correria? ¿Qué resistencia pudiera suspenderla? Pues la justicia que el profeta Daniel comparó á un rio, no como quiera, sino de fuego, por la grandeza de su severidad y rigor, está como represada por veinte ó treinta años de la vida de un hombre. ¡Cuán infinito abismo tendrá junto, y cómo se soltará en el punto de la muerte contra el desagradecido pecador! Todo este rigor y severidad de justicia verá el miserable en el rostro del Juez, y así le causará tan extraña confusion y pasmo: por lo cual dijo el prófeta Daniel (1) que un rio de fuego arrebatado saldrá de su rostro. Dice mas, que su trono es llamas de fuego, y las ruedas de él eran fuego encendido; porque todo será fuego, rigor y justicia. Propónenos tambien su tribunal y trono con ruedas, para significar el ímpetu y velocidad de su omnipotencia para ejercitar el rigor de su justicia; porque se mostrará toda en aquel momento que fuere uno llevado á juicio, con lo cual quedarán muy confusos y atónitos los pecadores. Por lo mismo dijo David: *Entonces les hablará con su ira, y los turbará con su furor.*

Esto mismo declaran otros profetas con palabras bien tremendas y espantosas. Isaías dice (2): Que vendrá el Señor vestido con vestidura de venganza y cubierto con un pálio de celo, como para vengarse y dar á sus contrarios su indignacion, y á sus enemigos su vez. Para declararlo mas el Sábio dice: Su celo, esto es, su indignacion, tomará armas, y armará á las criaturas para la venganza de sus enemigos: vestirá por peto á la justicia, tomará por morrion el juicio cierto, embrazará por escudo inexpugnable á la equidad, y aguzará su ira por lanza. El profeta Oseas (3) declara lo mismo proponiéndonos al Juez, no solo como hombre enojado y armado, sino como una fiera brava; y asi dice hablando en persona de Dios: Yo les saldré al encuentro, esto es, yo les apareceré en aquel punto como una osa á quien han quitado sus cachorros: despedazaréles sus entrañas, y consumiréles como leon. No hay animal mas fiero que el leon por su naturaleza, ni que la osa cuando ha perdido sus hijos, la cual acomete rabiosamente al primero que encuentra. Pues aquel Dios cuya naturaleza es suma bondad se quiso comparar á fieras tan terribles, para declarar la terribilidad de su justicia, y rigor con que merecerán los pecadores que se les muestre y trate. La consideracion de esto hizo tanto peso al abad Agaton cuando estaba para morir, que estuvo tres dias admirado, teniendo de espanto abiertos los ojos sin moverse de un lado á otro. Por cierto que toda comparacion y encarecimiento es corto, pues es aquel el dia de ira y calamidad, aquel dia cuando ha de dar voces el Señor por los mu-

(1) Dan. VII. — (2) Isai. XV. — (3) Osee, XIII.

chos en que calló; aquel dia del cual dijo por su Profeta: Callé, enmudecí; pero hablaré con gritos como mujer de parto; aquel dia que ocupará toda la justicia, y se ha de recompensar en él por los muchos años que gozó la misericordia; aquel dia y aquella hora será de justicia pura sin mezcla de misericordia, sin esperanza de compasion ni de ayuda ó favor, ni de otro patrocinio que el que dieren á uno sus obras. Esto se significó en lo que dice Daniel, que el trono y tribunal de Dios es de llamas, y que saldrá un rio de fuego de su cara; porque el fuego, fuera de ser el elemento mas activo, mas presto y mas vehemente de todos, es el mas puro, que no permite en sí mezcla de otra cosa; porque aunque la tierra esté mezclada con minas de metales y vetas de piedras, el agua sufra en su gremio muchas variedades de peces y árboles, el aire gran multitud de exhalaciones y vapores y otros cuerpos, el fuego no permite mezcla de otra cosa; al bronce derretirá, á las piedras deshará, á los animales consumirá, y á los árboles convertirá en sí. De suerte que no solo no consiente en sí otra cosa, pero que convierte en sí á lo que le es contrario; no solo á la nieve deshace, sino que al hierro frio enciende. Así será en aquel dia, que todo será fuego de rigor y justicia sin mezcla de misericordia; antes las mismas misericordias que Dios ha usado con el pecador serán entonces mayor aumento y cebo de su justicia.

Ó hombre que tienes ahora tiempo, mira que te has de ver en aquel punto en que no ha de haber para tí sangre de Cristo derramada, ni el Hijo de Dios crucificado, ni intercesion de la Vírgen piadosísima, ni ruegos de los Santos, ni misericordia divina, sino solo Dios airado y justiciero, á quien servirán todas sus misericordias para aumentar su justicia. En tal punto te has de ver, que no has de tener ninguno de tu parte, y todas las cosas estarán contra ti. La misma Vírgen, madre de misericordia, la misma misericordia de Dios, la sangre de tu Redentor serán contra ti, y por ti solo serán tus obras buenas; porque en pasando de esta vida no has de tener otro padrino ni amparo sino el de tus santas obras, solo has de estar acompañado de ellas, y cuando te deje el Ángel de tu guarda y tus santos Abogados, no te dejarán las obras. Mira cómo te apercibes ahora para aquel dia: sábete aprovechar de la sangre de Cristo para tu salvacion, y sino te servirá para tu mayor condenacion. Asombró á todo el orbe cristiano el modo con que el papa Teodoro condenó á Pirro hereje (1): convocó concilio en Roma, y delante de todos los congregados junto al sepulcro de san Pedro, tomando el cáliz consagrado, echó de la sangre de Cristo en el tintero, y con ella escribió de su propia mano la sentencia de excomunion y anatema con que apartó de la Iglesia á Pirro. Los que oyeron este caso temblaron: tiemble, pues, á

(1) Theophanes anno 20 Heraclii Imp. ut habetur in tom. 2, p. 2, Conc. in notis ad vitam Theod. Papæ.

quien le puede suceder que la sangre de su Redentor le sirva para su sentencia de muerte eterna; porque tan severa ha de ser en aquel dia para el pecador la justicia divina, que si fuera menester para dar la sentencia de condenacion firmarse con la sangre de Cristo, aunque se derramó en la cruz para su bien, ya en aquel punto le servirá para su daño y eterna reprobacion. Si esto es así como lo es, tanto, que no puede ser cosa mas cierta, ¿cómo nos descuidamos, cómo nos holgamos, y cómo nos reimos? Por cierto con mucha razon un viejo del yermo viendo reir á uno le reprendió, diciendo (1): Hemos de dar cuenta estrecha delante del Señor del cielo y tierra, juez inflexible; y ¿tú te atreves á reir? ¿Cómo se atreve á reir el pecador, pues ha de venir punto en que no le ha de aprovechar llorar? ¿Cómo no pide ahora con lágrimas perdon de sus culpas, pues despues de muerto no le podrá alcanzar? No habrá allí ya misericordia, no habrá remedio, no habrá amparo de Dios ni de criaturas, si no es lo que defendieren á uno sus obras; y así procuremos tenerlas buenas, porque no tendrémos en la otra vida otra cosa. No tendrá allí el rico criados que le autoricen, ni abogados bien pagados y beneficiados que le defiendan su pleito; solo le autorizarán sus obras santas, y estas solas le defenderán. Y en aquel punto, cuando le faltare aun la misericordia de Dios y la sangre de Cristo, no aplacará á la justicia divina; solo sus buenas obras no le faltarán. Allí donde faltarán á los hombres los tesoros que amontonaron y tuvieron muy guardados, no les faltará la limosna que dieron al pobre. Allí donde faltarán los hijos, los parientes y domésticos, no faltarán los peregrinos que se albergaron, los pobres del hospital que se visitaron, los necesitados que se socorrieron. La hacienda deja el rico en el mundo sin saber á qué personas vendrá: las obras solo llevará consigo, y estas solo le valdrán, cuando no le podrá valer otra cosa. Ni Cristo, juez de vivos y muertos, admitirá entonces otros patrocinios ni abogados, sino el de las buenas obras. Mire uno no convierta contra sí lo que solo ha de estar por él.

Para espantar es como se atreve uno á obrar mal estando viendo quien ha de venir á ser su juez, para con quien nada ha de valer sino haber obrado bien: y este espanto es mayor, pues agraviamos con la obra mala al mismo juez que ha de sentenciar nuestra causa; porque estándolo viendo el corregidor no se atreviera á hurtar el ladron al vecino suyo, y fuera tenido por loco si al mismo corregidor fuera á hurtar en su casa ó agraviarle. Pues ¿cómo se atreve un hombrecillo á injuriar la misma persona de su juez rectísimo y justo? ¿Quién es tan sin consideracion, que teniendo certidumbre que un juez severísimo le habia de convencer del delito y sentenciar la causa, se fuese á robarle á su casa? Pues ¿qué seso es el nuestro, que teniendo mas que evidencia que hemos de venir á parar á manos de Jesucristo, juez integérrimo y justísimo, nos

(1) In vitis Pat. lib. 5.

atrevemos á ofenderle, y mas siendo tan injustos contra él, que le posponemos al demonio? ¿Cuán grande fue la maldad de los judios que juzgaron por mejor que viviese Barrabás que el Hijo de Dios? Considere aquí el pecador su insolencia, que juzga por mejor dar gusto al demonio que á Jesús su Redentor. Cada uno que peca hace como un juicio, en que condena á Jesucristo, y da la sentencia en favor de Satanás. De este injustísimo juicio ha de tomar residencia y cuenta estrechisima el mismo Hijo de Dios, contra quien sentenció injustamente el pecador. Mire por su injusticia cuánta ha de ser la justicia divina; mire el cristiano cómo mira ahora por la causa de Cristo; mire cómo obra, pues todas sus obras las ha de mirar y remirar su Redentor. Un artífice que supiese habia de parecer su obra ante un gran rey, ó que la habia de examinar un gran maestro del arte, se esmeraria en sacarla muy perfecta. Pues todas nuestras obras han de parecer delante del rey del cielo y del sumo maestro de virtudes Jesucristo, procuremos sean todas perfectas y acabadas; y mas, pues no las ha de examinar por sola curiosidad, sino para darnos por ellas sentencia de condenacion ó bienaventuranza eterna. Traigamos á la memoria que hemos de dar cuenta á Dios; y así miremos lo que hacemos, y lloremos lo que hemos hecho, obremos virtudes, y quitemos pecados. Considerémonos ya como reos, y procuremos temer al Juez, como aconsejó el abad Amnon, del cual se refiere en el libro de las vidas de los Padres, que tradujo Pelagio cardenal (1), que preguntado de un monje mozo qué haria para aprovechar mucho, le respondió: Anda, y ten el mismo pensamiento que tienen los facinerosos en la cárcel, los cuales andan preguntando: ¿En dónde está el juez? ¿Cuándo vendrá? Y aguardando su castigo y pena lloran. De esta suerte debe estar siempre el monje con sobresalto y reprendiéndose, diciendo: ¡Ay de mí! ¿cómo tengo de parecer delante del tribunal de Cristo? ¿Cómo tengo de dar cuenta de todas mis obras? Si siempre pensares esto, podrás salvarte, y no dejarás de hacer lo que pudieres para asegurar tu salvacion, y todo será poco. Escribe san Juan Clímaco de un monje que, habiendo vivido con poco fervor, cayó en una grave enfermedad, y en ellà, quedando sin sentido, vió en sueños el juicio de Dios: mas volviendo en sí, fue con tanto pasmo y asombro, que hizo le tapiasen la puerta de su celdilla, que era tan pequeña y estrecha, que apenas se podia mover en ella, y allí encerrado perseveró doce años dentro de aquella cárcel, sin hablar todo este tiempo con nadie, ni comer mas que pan y agua; y estando sentado y atónito, volvia en su corazon lo que en aquel arrebatamiento habia visto, y tenia tan fijo el pensamiento en esto que nunca mudaba el rostro de un lugar, sino perseverando así atónito y callando, no podia contener la fuerza de las lágrimas que por su rostro corrian. Estando ya vecino á la muerte (dice el Santo) rom-

(1) In vitis Patrum, lib. 5, libel. 3, c. de compunctione, p. 566, apud Rosw.

pimos la puerta, y entramos todos dentro; y como le pidiésemos con toda humildad nos dijese alguna palabra de edificacion, solamente nos dijo esto: Perdonadme, Padres: ninguno que de verdad y de todo corazon supiere qué cosa es pensar en la muerte tendrá jamás atrevimiento para pecar. Esta mudanza y vida tan penitente causó en este monje el rigor del juicio divino que se hace en la muerte.

§ II.

Otra causa de la terribilidad del fin de la vida, que es la averiguacion de lo que se pecó en ella.

Hay tambien otra vista terribilísima al fin de esta vida en el punto que espira el alma, por la cual será á los pecadores muy horrible aquella hora; y es la vista de los pecados, cuya fealdad, gravedad y multitud se verá entonces clara y distintamente, aunque ahora ignoramos muchos, y no conocemos la fealdad de ellos. Pero en el punto que parte uno de esta vida se descubrirán todos con la misma gravedad, horribilidad y número que tienen en sí. Esto nos significó el profeta Daniel, cuando dijo: Que el trono del tribunal de Dios era llamas de fuego; porque el fuego no solo quema, sino alumbra: así en el juicio divino no solo se ejercitará el rigor de la divina justicia, sino que se descubrirá la horribilidad de la malicia humana. No solo estará el Juez severo, sino que se descubrirán nuestros pecados patentes, y su vista bastará para hacernos estremecer de pena y espanto: porque así como la vista del Juez aterrará á los pecadores, así tambien la vista de sus pecados les asombrará, principalmente viendo que están claramente manifiestos al mismo que es Juez y parte. Por lo cual se dice en un salmo (1): *Desmayamos, Señor, con tu ira, y con tu furor somos conturbados;* y añadiendo luego la razon de tan gran turbacion y desmayo, dice: *Pusiste nuestras maldades delante de tu acatamiento.* Porque el ver la multitud y gravedad de sus culpas hará á los pecadores temblar, y causará en ellos ansias infernales. Ahora está cubierta la fealdad del pecado, y así no nos asombra; pero en aquel punto se descubrirá toda su deformidad, y aterrará con sola su vista. Ahora nos parecen ligeros los pecados, y la multitud de ellos no conocemos; pero á la salida de esta vida nos parecerán tan pesados, que nos serán insoportables: porque así como una gran viga mientras está en el agua un niño la puede mover y traer á una parte y otra, y la mitad de ella está hundida y escondida debajo de las aguas, pero al sacarla del rio se halla tan pesada, que muchos hombres no la pueden mover, y se descubre toda entera; así tambien en las aguas de esta vida tan deleznable y borrascosa no nos parecen graves

---

(1) Psalm. LXXXVI.

nuestras culpas, y la mitad de ellas se nos esconden; pero al salir de la vida nos parecerán con toda gravedad incomparables, y se nos descubrirán del todo.

Sin duda ninguna serán dos espadas agudas que atraviesen la conciencia del pecador, cuando vea delante de los ojos tan innumerable multitud de culpas y la horrible monstruosidad de ellas. Y empezando por la multitud, quedará pasmado cuando eche de ver tantos pecados que él ignoraba; y lo que mas es, lo que pensaba estar bien hecho hallará ser culpa. Por eso se dice en el salmo: *Cuando tomare tiempo, yo juzgaré á las mismas justicias*; porque muchas acciones que á los ojos humanos parecen virtudes, serán en el acatamiento divino vicios; porque si hay tan grande diferencia en los juicios humanos, que lo que muchas veces juzgan los mundanos y mozos por bien hecho, los sábios y ancianos lo juzgan por desacierto y pecado, ¿cuánta diferencia habrá de los juicios divinos á los de los hombres, pues el mismo Espíritu Santo dijo por sus Profetas que los juicios de Dios eran un grande abismo, que distaban sus pensamientos de los pensamientos de los hombres cuanto va del cielo á la tierra? Y si los hombres espirituales tienen tan perspicaces ojos, que condenan con verdad lo que los temporales alaban, ¿qué ojos serán los divinos para conocer mancha aun en una pureza que parezca angélica? Y si en los Ángeles halló maldad (como dice la Escritura), en los hombres no se le esconderá vicio. El mismo Señor dice por uno de sus Profetas: Escudriñaré á Jerusalen con candelas. Si tal averiguacion se ha de hacer en la ciudad santa de Jerusalen, ¿qué será en Babilonia? Si en los justos ha de haber tal rigor, ¿cómo se disimulará con los enemigos de Dios? Allí han de salir á plaza cuantas obras hicimos, y las que dejamos de hacer: y se descubrirá por culpa no solo lo malo que hicimos, sino lo bueno que no hicimos debiendo hacerlo: no solo se nos ha de tomar cuenta de lo malo que obramos, sino tambien de lo bueno, porque no lo hicimos bien. Todo se ha de desenvolver, y remirar, y apurar, y pasar por muchos ojos. El demonio, como acusador, revolverá el proceso de la vida, y calumniará cuanto sabe de ti, y aunque el demonio no lo supiese todo, no por eso se disimulará; porque tu conciencia dará voces, y te acusará tambien. Y porque podrá ser que la conciencia no echase de ver todo su mal, no por eso se pasará entre renglones; que el mismo Ángel de guarda que ahora es nuestro ayo, entonces será tambien fiscal y acusador contra los pecadores, declarando la justicia divina; y lo que la propia alma ignora de sus culpas, él las confesará. Y si los ojos del demonio, y la confesion de la propia conciencia, y el testimonio del Ángel no lo declararen todo, porque podrian no saberlo, el mismo Juez, que es parte y testigo juntamente, con su infinita sabiduría lo publicará; porque con mas que ojos de lince penetrará lo profundo de nuestra voluntad, declarando ser muchas cosas vicios, que se tenian por virtudes. ¡Oh extraña manera de juicio, donde ninguno habrá que

niegue! donde todos son acusadores, hasta el mismo reo! donde todos son testigos, hasta la misma parte y el mismo Juez! ¡Oh tremendo juicio, donde ningun abogado hay, y habrá cuatro acusadores! El demonio te acusará, el Ángel te acusará, tu conciencia te acusará, y el mismo Juez te acusará aun de muchas cosas con que por ventura pensabas defenderte.

¡Oh qué grande confusion será que se cuente por delito lo que pensabas ser servicio! ¿Quién pensara que el llegar Oza á detener el arca del Testamento, cuando se iba á caer, no fuese bien hecho? Pero castigólo el Señor como gran pecado con pena de muerte desastrada, mostrando ser diversos sus juicios divinos de los nuestros humanos. ¿Quién pensara que el querer saber David el número de su pueblo no era prudencia y gobierno? Pero juzgólo Dios por tan mal hecho, que por eso le castigó con una peste nunca vista semejante, que en tan breve tiempo mató á tantos. Saul, cuando se tardaba Samuel, y sacrificó apretado de los enemigos, pensó que hacia un acto de las mayores virtudes que hay, que es de religion; y Dios lo calificó por tan grave pecado, que por él le reprobó. ¿Quién juzgara que no fuese acto de gran magnanimidad y clemencia, cuando el rey Acab (1), habiendo vencido á Benadad rey de Siria, se hubo con él tan humano, que le perdonó la vida y dió lugar en su carroza real? Pues esto que los hombres alabaron desagradó tanto á Dios, que le envió un profeta para que dijese al rey Acab como él habia de ser muerto por ello, y habia de llevar la pena él y su pueblo que merecia Siria y su rey. Pues si aun en esta vida se han mostrado tan contrarios los juicios de Dios de los humanos, ¿qué será en aquella hora tremenda que está reservada para que cumpla Dios con su justicia? Allí se descubrirá todo, y cubrirá de confusion el pecador con la multitud de sus pecados. ¿Cómo se correrá verse delante del Rey del cielo con vestiduras tan manchadas? Entonces se dice uno que está confuso cuando le salen las cosas contrarias á lo que esperaba, ó está con mas indignidad de lo que le parecia decente. Pues ¿qué confusion será cuando pensando uno hallar virtudes tope que son vicios sus obras, y juzgando tener servicios, halle ofensas, y esperando premio halle castigo? Además de esto, si uno cuando ha de ir á hablar á un príncipe va bien vestido, y se corriera parecer delante de él medio desnudo y enlodado; ¿cómo se avergonzará el pecador de verse delante del Señor de todo desnudo de buenas obras y enlodado con tantos males abominables y horrendos? Porque fuera de la multitud de sus culpas, de que hallará llenos los dias enteros, se le ha de descubrir su gravedad, y se estremecerá de lo que ahora le parece culpa ligera; porque allí verá toda la horribilidad del pecado, verá la disonancia que hace á la razon, la deformidad que causa en el alma, la grandeza de la ofensa que se hace al

(1) III Reg. xx.

Señor del mundo, el desagradecimiento á la sangre de Cristo, el daño que se hizo á sí mismo el pecador, el infierno en que cayó por el pecado, y la gloria que perdió. Cada cosa de estas bastaba para cubrir el corazon de luto y llanto inconsolable; todas juntas ¿qué pasmo y confusion nos causarán? Y mas viendo que no solo los pecados mortales causan en el alma una monstruosidad horrenda; pero que los veniales aun la deforman mas que cualquiera monstruosidad corporal se puede imaginar. Si la vista de solo un demonio es tan horrible, que dijeron muchos siervos de Dios que escogerian antes padecer todos los tormentos de esta vida que verle por un momento, siendo toda la fealdad solo la que le pegó un pecado mortal, porque por su naturaleza fueron los demonios muy hermosos; ¿cómo estará allí el pecador, no solo viendo el demonio con toda su fealdad que le acusa rabiosamente, pero á sí mismo con igual fealdad, y podrá ser que mayor que la de muchos demonios, con tantas deformidades como pecados tuviere mortales y veniales? Evítelos ahora, porque todos han de salir á plaza, y de todo le han de pedir cuenta hasta el último maravedí.

No ha de ser esta cuenta á bulto, no ha de ser por piezas mayores; hasta el mas mínimo pecado se ha de descubrir y desenvolver, y de él le han de pedir cuenta. ¿Qué señor hay que así tome cuentas á su mayordomo, que le pregunte por un cabo de agujeta, y á su tesorero no le deje pasar una blanca sin que le diga cómo la gastó? El derecho humano dispone que no ha de hacer tribunal el juez de cosas pequeñas; pero en el juicio divino no se ha de pedir menos diligentemente cuenta de lo mas pequeño que de lo mas grande.

En lo que ha sucedido á muchos siervos de Dios, aun antes de salir de esta vida, se podrá echar de ver el rigor con que se tomará esta cuenta despues de la muerte. San Juan Clímaco escribe de un monje (1) que deseó mucho vivir en soledad y quietud, el cual despues de haberse ejercitado en los trabajos de la vida monástica muchos años, y alcanzado gracia de lágrimas y de ayunos, con otros privilegios de virtudes, edificó una celda á la raíz del monte donde Elías en los tiempos pasados vió aquella sagrada vision. Este Padre, de tan rigurosa vida, deseando aun mayor rigor y trabajo de penitencia, pasóse de allí á otro lugar llamado Sides, que era de los monjes anacoretas que viven en soledad; y despues de haber vivido con grandísimo rigor en esta manera de vida (por estar aquel lugar apartado de toda humana consolacion y fuera de todo camino, y desviado setenta millas de poblado), al fin de la vida vínose de allí, deseando morar en la primera celda de aquel sagrado monte. Tenia él allí dos discípulos muy religiosos de la tierra de Palestina, que tenian en guarda la dicha celda, y despues de haber vivido unos pocos dias en ella, cayó en una enfermedad de que murió. Un dia, pues, an-

(1) Climac. grad. 7.

tes de su muerte súbitamente quedó atónito y pasmado, y teniendo los ojos abiertos miraba á la una parte del lecho y á la otra; y como si estuvieran allí algunos que le pidieran cuenta, respondia él en presencia de todos los que allí estaban, diciendo algunas veces: Así es cierto; mas por eso ayuné tantos años. Otras veces decia: No es así ciertamente; mentís, no hice eso. Otras decia: Así es verdad, así es; mas lloré y serví tantas veces á los prójimos. Y otra vez dijo: Verdaderamente me acusais, así es, y no tengo que decir sino que hay en Dios misericordia. Y era por cierto espectáculo horrible y temeroso ver aquel invisible y riguroso juicio. ¡Miserable de mí! (dice el Santo) ¿qué será de mí? pues aquel tan gran seguidor de soledad y quietud decia que no tenia qué responder, el cual habia cuarenta años que era monje, y habia alcanzado la gracia de las lágrimas. ¡Ay de mí! ¡ay de mí! algunos hubo (añade san Juan Clímaco) que me afirmaron que estando este Padre en el yermo daba de comer á un leopardo por su mano; y siendo tal partió de esta vida pidiéndosele tan estrecha cuenta, dejándonos inciertos cuál fuese su juicio y término, y cuál la sentencia y determinacion de su causa.

En las Crónicas de los Menores se escribe (1) que estando un novicio de la Órden de san Francisco ya cási fuera de sí peleando con la muerte, dió una terrible voz, diciendo: ¡Ay de mí! Poco despues dijo: Pesa fielmente. No tardó mucho que replicó: Poned algo de los merecimientos de la pasion de Nuestro Señor Jesucristo. Y luego dijo: Ahora está bien. Maravilláronse mucho los religiosos que un mozo tan inocente dijese cosas tan temerosas y con tan extraño sonido. Al cual volviendo en sí pidieron que les declarase la significacion de aquellas palabras y voces. Respondióles: Vi que en el juicio de Dios se tomaba tan estrecha cuenta de las palabras ociosas y de otras cosas pequeñas, y pesábanlas tan sutilmente, que los merecimientos respecto de los males eran cási nada; y por esto di aquella primera terrible y triste voz. Despues vi que los males eran con mucha diligencia pesados, y que hacian poca cuenta de los bienes; por eso dije la segunda palabra. Y viendo que los bienes eran tan pocos, ó cási ningunos, para ser justificado, dije la tercera. Y como con los méritos de la pasion de Cristo pesase mas la balanza donde estaban los bienes que yo habia hecho, luego fue dada la sentencia en mi favor, por lo cual dije: Ahora bien está. Dichas estas palabras dió su espíritu al Señor.

---

(1) Chron. S. Franc. 2 p. l. 4, cap. 25.

§ III.

La terribilidad del fin de la vida temporal, por el cargo que en él se hace de los beneficios divinos.

Hay en el fin de la vida otra vista de grande espanto para los pecadores, que es el conocimiento vivo que tendrán de los beneficios divinos, y el cargo que les harán de ellos por no haberlos agradecido. Esto se significó tambien en lo que dijo el profeta Daniel del trono y tribunal de Dios; porque no solo dice que era de llamas de fuego, en lo cual dió á entender el rigor con que habia de juzgar á los pecadores, significado en la violencia y calor y actividad del fuego, y el descubrimiento y manifestacion de todos los pecados, significado en la luz y claridad de las llamas; pero añadió que del rostro del Juez salia un rio caudaloso, y tambien de fuego: significando por la corriente y raudal de aquel rio, que salia de Dios la multitud de los beneficios, los cuales son un destello é influjo de la bondad divina, que se comunica y derrama en sus criaturas con tantos beneficios como las hace. Pues decirnos que en aquel dia será este caudaloso rio de fuego es tambien darnos á entender el rigor con que se nos ha de hacer cargo de sus infinitos beneficios, y juntamente la luz y claridad con que los hemos de conocer, y quedar espantados y atónitos del poco caso que de ellos hemos hecho, é intolerable desagradecimiento que hemos tenido: de suerte que no solo han de poner espanto á los pecadores sus obras malas, pero las obras buenas de Dios para con ellos. Cubriráles otro manto de luto y confusion cuando vean lo que Dios hizo por obligarles y ayudarles para su salvacion, y lo que ellos al contrario hicieron por su condenacion. Estremeceránse de ver lo que Dios hizo por su bien, y que hizo tanto que no pudo hacer mas, y ellos lo malograron todo. Está este punto tan justificado de parte de Dios, que el mismo Señor pone á los hombres por testigos y jueces; y así hablando de esto con la metáfora de una viña, dice por Isaías (1): *Habitadores de Jerusalen y varones de Judá, juzgad entre mí y mi viña; ¿qué debí hacer mas por mi viña, y no lo hice?* Despues de encarnado el Hijo de Dios tornó á zaherir á los hombres con el mismo sentimiento, y significando mas cumplidamente la multitud de los beneficios divinos con la metáfora misma de la viña (2) que plantó un hombre, y la benefició tanto, que llegó á enviarla á su hijo, que fue muerto en esta demanda. Vengan, pues, á juicio los hombres contra sí mismos, y sean ellos jueces: ¿qué mas pudo hacer Dios por ellos que no lo hizo, siendo ellos tan ingratos contra su Criador, como si les hubiera sido enemigo y malhechor?

---

(1) Isai. v. — (2) Matth. xxi.

Llegando, pues, á considerar cada uno de estos beneficios, el primero es el de la creacion, que significó Jesucristo cuando dijo que *plantó la viña*. ¿Qué mas pudo hacer Dios en esta parte? porque en este beneficio de la creacion te dió cuanto eres en cuerpo y alma. Y si faltándote un brazo te lo dieran bueno y sano quedaras muy agradecido, ¿por qué no lo estás á Dios, habiéndote dado brazos, el corazon, la vida y todo tu cuerpo y alma? Mira qué eras antes que Dios te diese ser: nada eras, y ahora tienes el mejor ser de todo este mundo elemental; y dicen los filósofos que del no ser al ser hay distincia infinita. Mira lo que debes á tu Criador, y verás que le debes infinito; porque fuera de haberte dado ser, y mas tan noble ser, te le dió con amor infinito y con eleccion, escogiéndote entre tantos infinitos hombres posibles que pudiera criar. Si para un cargo honrado se echaran suertes entre cien hombres, se tendria por muy dichoso el que saliese entre tantos: mira tu dicha, pues saliste de la nada al ser entre infinitas criaturas posibles. Esta dicha ¿de dónde te vino sino de Dios, que te escogió entre tantos, y mas dejándose otros muchos, que vió que le servirian mejor que tú, si los criase? Mira qué mas pudo hacer Dios por tí y no lo hizo; pues te entresacó entre tantos no mereciéndolo, y prefiriéndote á otros que se lo agradecieran. Fuera de esto, no solo te crió con eleccion y dió tan noble ser, sino que no debiéndosete la bienaventuranza sobrenatural, te crió para ella, y dió por fin de tu naturaleza el mas alto que se puede imaginar, que es la eterna posesion de tu Criador. Bastaba haberte criado Dios para darte una bienaventuranza natural conforme á tu naturaleza; pero por no dejar de hacer cuanto pudo te ordenó á la bienaventuranza sobrenatural, de suerte que no hay criatura que tenga mas alto fin que tú. Mira qué mas pudo hacer Dios por tí y no lo hizo. Mira qué debes hacer, mira á qué estás obligado. Por solo este beneficio debes no menear una mano, ni pestañear, que no sea por Dios. Un labrador que planta un árbol tiene derecho á todos los frutos de él: así Dios que te crió tiene derecho á todas tus obras, que son los frutos del hombre. Por esto de la túnica del sumo sacerdote, que representaba este beneficio de la creacion, colgaban muchas granadas, que es el mas noble fruto de los árboles y está coronado, para significar cuán buenos frutos de obras santas has de hacer por Dios, coronadas todas con una perfectísima y purísima intencion. Mira tú si puedes hacer mas, porque Dios no pudo hacer mas que criarte para tan alto fin, no debiéndose la posesion de Dios á tu naturaleza flaca.

Pues con ser tan grande este beneficio de haberte criado, mayor es el de haberte conservado hasta este punto, y sufrídote sin echarte en mil infiernos por tus pecados. Esta gracia de la conservacion notó el Salvador cuando dijo que rodeó con cerca la viña, lo cual fue para conservarla. Mira qué pudo hacer mas tu Criador en este punto de la conservacion que lo que ha hecho contigo, pues despues de ser su enemigo

te ha conservado como amigo. Mira á cuántos, despues de haber pecado una vez, no ha conservado en esta vida, y tiene en el infierno, y algunos de ellos le fueran mas agradecidos que tú, si los hubiera perdonado. Mira á tantos ángeles como el primer pecado despeñó del cielo, y no les esperó, y á tí te espera. Mira qué mas pudo hacer por tí. Mira tú qué debes hacer por Dios. Mira que le debes mas por la conservacion que por la creacion; porque en la conservacion le debes cuanto le debiste en la creacion, y fuera de esto le debes que siendo su enemigo te sufra y conserve. En la creacion, aunque no mereciste el ser, no lo desmereciste; pero en la conservacion lo desmereciste.

Sobre todo lo dicho es el beneficio de la Encarnacion que nos significó Cristo con decir que el Señor de la viña les envió á su hijo. Mira si pudo hacer mas Dios por su salvacion que hizo por la tuya, enviando á su unigénito Hijo al mundo para que encarnase por tí. Obra mayor no pudo hacer el omnipotente brazo de Dios. Mira como esto no lo hizo por los ángeles, y lo hizo por tí. Mira si cumples con menos que ser un Serafin en su amor. Mira tambien que pudiéndote redimir con solo hacerse Ángel, y rogando por tí, no quiso dejar de hacer esa honra á tu naturaleza, haciéndose hombre y no Ángel. Mira si pudo hacer mas por tu bien; pues pudiendo juntamente honrar los Ángeles y aprovecharte á tí, haciéndose Ángel, no quiso sino haciéndose hombre honrarte junto con aprovecharte. Dicen algunos Doctores que la caida de los ángeles fue porque habiéndoles Dios propuesto que habian de adorar á un Hombre que juntamente habia de ser Dios, y estar sobre todas sus jerarquías, ellos no se quisieron sujetar al que era de inferior naturaleza. Mira qué debes á Dios por este singular favor, que se quiso hacer hombre por tí, porque tú no te perdieses, aunque perdiese él á tantos ángeles mejores que tú. Mira de dónde te sacó por este beneficio, que fue del pecado y del infierno, y estando tu negocio desesperado sin tener remedio humano. Mira á dónde te ensalzó; á su gracia y á ser heredero del cielo. Mira el modo con que hizo todo esto, con cuán singular amor; pues fue á costa suya, hasta anonadarse, como habla el Apóstol, por ensalzarte á tí, y haciéndose de tu naturaleza, sin ser esto menester, solo por hacerte esta honra, la cual no hizo á los ángeles. Mira qué mas pudo hacer Dios por tí, y mira tú qué mas podrias hacer por Dios. Del beneficio de la redencion por la pasion y muerte de Cristo no se olvidó el mismo Señor, significándonoslo aun antes que muriese, diciendo que el hijo que envió el señor de la viña fue muerto en la demanda. ¿Qué mas pudo hacer por tí el Hijo de Dios que morir y derramar su sangre por tu bien, y mas no siendo necesario para tu redencion? El encarnar Dios ó hacerse Ángel necesario fue para que te redimiese con todo rigor de justicia; pero padecer y morir, no. Pues mira qué mas pudo hacer Dios por tí, pues hizo mas de lo que fue menester. Y ya que quiso padecer, no se contentó con padecer como quiera, sino tan ignominiosamente, que no parece pudo

hacer mas. Ponte delante de los ojos á Cristo crucificado en el monte Calvario. Mira si es posible ni imaginable hombre mas infamado, pues fue ajusticiado públicamente entre dos ladrones, á título de hereje y traidor, por doctrina falsa, y porque se hacia rey, como traidor al César. Estos delitos son los que mas infaman; porque no solo infaman al que los comete, pero á todo su linaje. Mira con qué pobreza murió, si es posible otra mayor; para que veas si pudo hacer más por tí de lo que hizo. Cuando vivia no tuvo dónde reclinar la cabeza; pero al fin tuvo vestidos que le cubrian honestamente: mas cuando murió aun los vestidos le faltaron, ni una gota de agua tuvo para refrigerar sus labios, ni la cabeza pudo reclinar, ni manos tuvo para tener; aun la tierra le faltó, muriendo sin tener en ella un pié. Mira con qué dolores espiró, pues de piés á cabeza fue una continua lástima. Los piés y manos atravesados con clavos, la cabeza sacrosanta con espinas. Todo fue extremo, todo fineza, todo un excesivo amor, y hacer por ti cuanto pudo hacer. Mira tú lo que debes hacer y padecer por quien padeció é hizo por ti cuanto pudo hacer, pudiendo todo lo que quiso.

Despues de todos estos beneficios considera el habérsete dado en comida y sustento en el santísimo Sacramento, lo cual notó Cristo cuando dijo: Que el señor de la viña edificó un lagar para el vino, en que te da su santísima sangre. Parece que para mostrarse finas con el hombre andaban en competencia las Personas de la santísima Trinidad, digámoslo así, para declarar á nuestro modo lo que ni á entenderlo cómo es en sí bastara un entendimiento de Ángel. Podíase aplicar aquí lo que la antigüedad admiró en dos grandes pintores. Fué Apeles á Rodas para ver á Protógenes, y no hallándole en casa, tomó el pincel y echó una línea sutilísima, encargando que le dijeran que quien habia hecho aquella raya le habia buscado. Cuando vino Protógenes y le dijeron el caso, tomó el pincel, y echó otra línea de diverso color por medio de la otra, y tornando á sus negocios dejó encargado que si le tornase á buscar aquel hombre le dijesen que á quien habia buscado era el que habia echado la otra línea por medio de la suya. Parece no se podia imaginar mayor extremo y fineza que haber dado el Padre eterno su Hijo, y entregádole á la muerte por los hombres. Pues por estos mismos extremos hizo el Hijo otro raro extrémo, que es el santísimo Sacramento, al cual llaman algunos extension de la encarnacion, y es representacion de la pasion, y una cifra y memoria de las maravillas de Dios. Aquí verdaderamente echó el Hijo de Dios la raya de su amor, y parece que consumió los beneficios divinos; pues se dió á sí mismo por beneficio, y se entra en nuestro pecho á solicitar su amor. Fingen que Anacreonte siendo muy fuerte, y resistiendo á todas las saetas que le disparó el ídolo Amor, habiéndosele ya acabado todas, se le tiró el mismo por saeta, y entrándosele dentro del pecho y de las entrañas, le rindió. ¿Qué son los beneficios de Dios nuestro Señor, sino otras tantas saetas de amor á

que resistia el hombre? Quien no se rindió con el beneficio de la creacion, ni con el de la conservacion, ni con el de la encarnacion, ni con el de la pasion, ríndase con este; pues el mismo Hijo de Dios se entra en el pecho, se da por saeta, y se le entra hasta las entrañas para solicitar su amor; y si no lo hace, ¿qué juicio de Dios le aguarda? Por esto dijo con razon el apóstol san Pablo: Que quien llega á comulgar indignamente, se come y bebe el juicio de Dios, esto es, que se traga todo el peso del juicio divino.

Mire ahora cuán espantable será al pecador cuando le hagan cargo, no solo de todo lo que es y de toda su vida, sino de lo que es Dios, de la encarnacion, pasion, vida y muerte de Cristo, Redentor nuestro, que tantas veces se le ha dado en el Sacramento de su cuerpo y sangre preciosísima. El homicida, á quien es en cargo la vida de un hombre, aunque fuese de un malhechor, teme si le prenden y sacan á juicio. Pues el que es en cargo la vida de Dios, ¿cómo no tiembla? ¡ Oh qué tremenda cosa cuando entre una vil criatura en juicio con su Criador, y le pidan cuenta de la sangre de Cristo, cuyo precio es infinito ! ¿ Qué descargo podrá dar á este beneficio y á los demás, de que le han de pedir cuenta rigurosa desde el mayor hasta el menor, cuando le diga Cristo aquellas palabras de san Juan Crisóstomo (1): *Yo, como no tuvieses ser, hice que tuvieses ser, y te inspiré el alma, y te puse sobre cuanto hay en la tierra. Yo por tí crié el cielo y aire, mar y tierra, y todas las cosas; y he sido deshonrado de tí, y tenido por peor y mas vil que el diablo; y con todo esto no cesé de hacerte bien, sino despues de todo esto te hice innumerables beneficios. Por tu causa siendo Dios me quise hacer siervo, fuí abofeteado, escupido y condenado á un castigo de esclavos, y por redimirte de la muerte sufrí muerte de cruz, y en el cielo intercedí por tí, y te dí al Espíritu Santo, te convidé al reino de los cielos, quise ser tu cabeza y esposo, y vestido, y casa, y raíz, y comida y bebida, pastor y hermano. Yo te escogí para heredero del cielo, y te saqué de las tinieblas á la luz.* Á tantos extremos de amor ¿qué podemos responder sino estar atónitos y confusos de que hayamos sido tan desagradecidos, y dado ocasion al demonio para una de las mayores befas que puede hacer á nuestro Redentor, diciéndole: Tú criaste á este hombre, naciste por él en pobreza, viviste en trabajos y moriste con dolor? Yo no he hecho nada por él, antes le deseo mil infiernos, y quisiera haberle bebido la sangre; y con todo eso me ha dado gusto á mí y no á tí. Tú le tenias aparejado un premio de eterna gloria: yo le quiero atormentar en el infierno, y con todo eso me ha servido á mí sin interés, y á tí no con tan grande galardon como le prometiste. Vergüenza tuviera yo de haberlo criado y redimido, pues él no la tuvo de desagradar á quien tanto debia. Mas, pues él no te quiso á tí sino á mí, mio es y debe ser; pues tan continuadas veces se me entregó.

---

(1) Chrys. homil. 14 in Matth. p. 83.

No solamente ha de dar uno razon de estos beneficios generales, sino de los mas particulares, del buen ejemplo que vió, de la sentencia que oyó, de la inspiracion que sintió, de los Sacramentos que recibió. Mucho tenemos que hacer para corresponder á todos. Temblemos de aquel juicio estrecho, y temblemos de nosotros mismos, pues tanto nos descuidamos donde no basta todo cuidado. Y si no fuera por la sangre de Cristo, ¿qué seria de nosotros? Pero entonces no es tiempo de aprovecharse de ella, sino ahora. Y si ahora la despreciamos y ultrajamos, ¿qué será entonces de nosotros? No despreciemos ahora el tiempo de la vida, pues nos han de pedir tan estrecha cuenta de tantos beneficios, y uno de ellos es el tiempo de la misma vida y de todos los bienes de ella. Miremos cómo usamos de todo: no perdamos tiempo, pues hemos de dar cuenta de él. Esto hacia temblar al bienaventurado Talileo, llorando amargamente; y preguntándole la causa de su llanto respondió (1): *El tiempo se nos ha concedido para hacer penitencia, y se nos ha de pedir estrecha cuenta si le despreciamos.* No es nuestro aquello de que hemos de dar cuenta: no somos señores del tiempo; no dispongamos de él por nuestro gusto, sino por el servicio divino. Aunque no tuvieran otra cosa los bienes temporales para no poner en ellos nuestra aficion, sino aspirar á lo eterno, bastaba esta sola consideracion de haber de dar cuenta del tiempo y de todas las cosas temporales, no siendo señores de ellas. Y, pues hemos de dar razon de cómo las usamos por el gusto de Dios, no usemos nada sin razon por solo nuestro gusto.

CAPÍTULO V.

Como aun en esta vida hace Dios rigurosísimo juicio.

Todo lo que hasta aquí hemos dicho del rigor del tribunal divino cuando sea presentada el alma al fin de la vida delante de su Redentor para que dé cuenta de toda ella es menos de lo que será; y así, para que hagamos mayor concepto de ello, propondré aquí la rectitud y severidad con que hace Dios juicio, aun de los que están en esta vida, cuando usa de misericordia; para que de aquí se rastree la que tendrá en la otra, donde ha de usar solo de justicia.

Por el profeta Ezequiel dice á su pueblo (2): *Derramaré mi ira sobre tí, y llamaré en tí mi furor, y yo te juzgaré segun tus caminos, y te haré cargo de todas tus maldades, y no perdonarán nada mis ojos, ni me compadeceré, sino que te cargaré de todos tus pasos; y tus abominaciones estarán en medio de tí, y sabréis que soy el Señor que hiere.* Luego añade: *Mi ira será sobre todo el pueblo, la espada por defuera, y la peste y ham-*

---

(1) Sophro. in Prato spirituali, c. 59, de B. Thalileo. Tempus hoc nobis indultum est, et valde requiretur à nobis, si illud neglexerimus. — (2) Ezech. VII.

bre por de dentro. *El que está en el campo morirá á cuchillo, y los que están en la ciudad serán tragados de la pestilencia y hambre. Salvaránse los que huyeren de ellos, y estarán en los montes como palomas de los valles, todas temblando en su iniquidad. Descoyuntaránseles las manos, y todas las rodillas se resolverán en agua, por el gran pavor y asombro que les causará Dios enojado.* Pero no es mucho que esto se hiciese en los pecadores que dejaron á Dios, pues en los que deseaban mirar por su honra se guardó todo rigor.

Veamos cómo nos propone el profeta Zacarías al gran sacerdote hijo de Josedec (1), que vivia entonces, y se hizo en él una representacion de este juicio; porque estaba delante de un Ángel que hacia oficio de juez, todo vestido de unas vestiduras muy súcias, y tal, que le llamó el Señor un tizon sacado del fuego, y á su lado estaba Satanás acusándole. Pues si en el acatamiento de un Ángel estaba tan abatido y confuso este gran sacerdote, y deseoso de la gloria de Dios, que parecia un tizon requemado y negro del infierno, con las vestiduras inmundas y tiznadas, ¿cómo parecerá un gran pecador y menospreciador del servicio divino delante de su mismo Dios? Pero mas cumplidamente se nos significó esto en el Apocalipsi, donde hizo juicio Jesucristo de los siete obispos de Asia, que estaban vivos, y de ellos habia muy grandes siervos de Dios, y tan santos, como san Timoteo, discípulo querido del apóstol san Pablo, san Policarpo, san Cuadrato, san Carpo y san Sagaris, y todos de gran opinion de santidad. Veamos primero cómo estaba Cristo cuando hizo juicio de ellos, y luego el riguroso cargo que les hizo. Lo primero, para significar que no se le escondia nada, estaba en medio de siete blandones con antorchas encendidas, y con siete lámparas que tenia cada uno, como estaba el candelero de oro del templo, y asi causaban una grande claridad. Además de esto tenia el Señor siete estrellas en la mano que tambien alumbraban mucho con su resplandor y rayos: sobre todo esto el rostro de Cristo era como el sol cuando está á mediodía en su mayor fuerza, que no dejaba átomo que no descubriese; y con tanta claridad de antorchas, estrellas y sol, no habia alguna sombra: para dar á entender que no se puede esconder nada, por mínimo que sea, á nuestro justo Juez, sino que todo se ha de ver, cómo es en sí, con suma claridad. Pero no contento con tantos argumentos de la evidencia que ha de haber de todos los pecados, se añade que tenia Cristo los ojos como una llama de fuego, porque eran mas penetrantes que de lince, para ver todo y averiguar todo; y no menos para que entendiésemos la severidad y rigor con que mira á los pecadores cuando quiere hacer juicio de ellos, pues es con unos ojos de fuego. Esto por cierto bastaba para darnos á entender el rigor de su justicia; pero como es suma, quiso declararlo con otra grande señal, que fue con una espada agudisima de dos cortes, muy afilada,

(1) Zach. III.

la cual tenia en la boca, para significar que el rigor de sus obras seria aun mayor que el de sus palabras, aunque sus palabras lo serian tanto, que eran como espada muy cortadora. Al fin, todo estaba tan terrible, todo tan justiciero, que sin irle nada á san Juan Evangelista, ni hablar este rigor con él, porque no era él juzgado, le causó tan gran temor, que se cayó en el suelo como muerto de pavor y espanto. Pues, si no mostrándose el Señor enojado con san Juan, solo porque le vió como lo estaba con otros, aunque queria usar con ellos de misericordia, le hizo caer de su estado y quedar sin pulsos, ¿qué será cuando despues de esta vida se muestre enojado al pecador, y no habiendo ya de tener con él misericordia alguna? Creo que si las almas se pudiesen morir, mil vidas les quitara tan terrible vista.

Veamos ahora qué hallarán los ojos de fuego con que examinó Cristo las obras de aquellos siete obispos, que con ser tales, que el mismo Señor les llamó Ángeles, halló mucho que reprender en ellos, para que se verificase lo que se dice en Job: que halló en los Ángeles maldad. ¿Quién dijera que en san Timoteo, de quien hizo tanta estimacion y confianza el Apóstol, habia de tener cosa por la cual fuese digno de que Dios le quitase de su silla y privase de su iglesia de Éfeso? Pues halló Cristo en él que era digno de eso; y asi le amenazó que lo haria si no se enmendase, y da de él muy vivas quejas, porque habia descaecido de su antiguo fervor; y así le exhorta á que haga penitencia (como la hizo), juzgándole por necesitado de ella. Mayores culpas halló en el obispo de Pérgamo, y en el de Tiatira, que fue san Carpo; y así los exhortó á hacer penitencia: y para que se vea cuán diferentes son los juicios de Dios de los juicios humanos, aunque era tan comunmente tenido de todos por santo el obispo de Sardis, y tenia muy grande opinion de virtud, y hacia obras buenas, halló Jesucristo que no era santo, sino que estaba en pecado mortal. ¡Oh santísimo Dios! ¿quién no temerá si aquel que era tenido por Ángel de los hombres fue reputado de Dios por un demonio? Pero no es menos para temer lo que pasó con el obispo de Laodicea, á quien no le acusaba la conciencia de cosa alguna, y le parecia que cumplia con sus obligaciones, y que ejercitaba muchas virtudes, sin remordimiento de culpa grave ó cosa de importancia: con todo eso era tan al contrario en los ojos divinos, que le dice el Señor que era miserable, digno de compasion, pobre y desnudo de toda virtud, y ciego. Bien dijo el Sábio que no sabe el hombre si es digno de amor ó de odio; y David con razon pedia que Dios le limpiase de los pecados que no conocia. ¡Oh santísimo Señor y rectísimo Juez! ¿cómo no os temen los hombres, pues por lo que ellos se saben debian temblar, y por lo que Vos sabeis de ellos, aunque ellos se tengan por justos, podeis á muchos condenar? Temblemos, que nos ha de pedir Dios cuenta de los pecados que no sabemos, como lo hizo con este obispo de Laodicea, y tambien de los pecados ajenos, como lo hizo con el obispo de Tiatira. Pero

no solo alcanzan los ojos de Cristo á ver los pecados mas ocultos y ajenos, sino á descubrir los de omision; y así reprende las omisiones que tenia el obispo de Pérgamo, aunque en las obras buenas era muy fiel á Dios, buscando su gloria y la exaltacion de su santo nombre. En todo reparó Cristo, en las malas obras, así conocidas como ocultas, así propias como ajenas, y tambien en las obras buenas; porque no se hacian con fervor y perfeccion. Temblemos nosotros, pues en san Timoteo no halló obras fervorosas. Mas es que en el santo obispo de Filadelfia, con ser irreprensible y no haber aflojado en nada, halló que reprender, no por comision de obras malas, ni por omision de buenas, ni por remision de fervor, sino solo dice: *Porque tienes pequeñita virtud*; con ser verdad que tenia grandes merecimientos este santo obispo, por los cuales era amado de Dios y muy favorecido; pero como nuestras obligaciones sean infinitas, no hay virtud ni santidad que á su vista no parezca pequeña. Tan menudo y tan exacto como esto es el juicio divino que, de siete obispos que eran tenidos por Ángeles, halló en los seis que juzgar y reprender: en uno negligencia, en otro inconstancia y desmayo, en otro flaqueza, en otro cansancio, en otro temor, en otro tibieza é imprudencia, y en los dos, por lo menos, que estaban en pecado mortal. Si en tales Ángeles hallaron sus divinos ojos culpa, ¿en nosotros pecadores qué hallará?

Aprovechó tanto en estos obispos el saber que Cristo les habia juzgado, que se alentaron á gran fervor, y de los que se sabe quiénes eran, consta que murieron santos, y como á tales les venera la Iglesia. Sirva tambien á nosotros el saber que hemos de ser juzgados con igual rigor, para no cometer culpa contra aquel á quien tanto debemos, para no tener tibieza en su servicio, y para hacer obras santas, perfectas y cumplidas. Temamos los tibios aquellas palabras que dijo el Señor á uno de estos obispos (1): *Ojalá fueras frio ó caliente; pero porque eres tibio, y no eres frio ni caliente, te comenzaré á vomitar de mi boca.* De esta amenaza nota un intéprete que es mas temerosa que si fuese de condenacion; porque tiene alguna cosa mas particular que la comun suerte de los réprobos, significada con la metáfora del vómito, que denota una detestacion de Dios irreconciliable, un desamparo de su paternal providencia, una negacion de los auxilios eficaces, una gran dureza de corazon. Temblemos de esta amenaza del justo Juez, para que no perezcamos con su sentencia y condenacion. Temblemos tambien no oigamos de la boca de Cristo lo que dijo al obispo de Sardis: *No hallo tus obras llenas delante de mi Dios.* Miremos cómo es nuestra caridad, si acaso es llena: porque no estará llena si ama á este, y no á aquel; si quiere solo al bienhechor, y aborrece al que le agravia; si obra solo, y no sufre: mire si lleva las cargas de su prójimo como si fueran propias; si prefiere el gus-

(1) Apoc. III.

to de otros al suyo; si abraza con deseo de agradar á Dios cosas muy penosas y duras, y ama no solo con la palabra sino con la obra. Mira si tu humildad es llena; si no solo huyes las honras, sino que te abrazas con tu desprecio; si no solo no te antepones á nadie, sino que te pospones á todos. Mira si tu paciencia es llena; si no se te da mas sufrir esto que aquello; si no solo sufres, sino que no te quejas. Mira cómo es tu obediencia: si acaso está llena; si obedeces en lo fácil, y no en lo trabajoso; si al igual, y no al inferior; si miras al hombre, y no á Dios; si es con repugnancia, ó con gusto. Mira las demás virtudes si las tienes llenas: de todo te han de pedir razon; procura darla buena. Mira no te halles con tus obras huecas y vanas en el dia de la cuenta, porque te la han de tomar no solo de si hiciste buenas obras, sino si las hiciste bien. Aun en esta vida nos castigará Dios por el descuido que tenemos: ¿qué será en la otra?

Saquemos fuerzas de flaqueza para que sirvamos con todas veras y con todas nuestras fuerzas á quien tanto bien nos hace. Mira lo que has recibido, para que sepas lo que has de dar. Mira la grandeza de los beneficios que se te han hecho, para que sepas medir la fineza de tu agradecimiento; y como los beneficios de Dios fueron tan colmados y llenos, no sean nuestros servicios menguados y cortos. No se olvidó el Señor de acordar esta obligacion de sus beneficios á aquellos siete prelados; y así dice al obispo de Sardis (1): *Ten en tu alma de qué manera has recibido*. No dice lo que has recibido, sino la manera como lo has recibido; porque en los beneficios divinos no solo hay que agradecer la sustancia de ellos, sí tambien su modo y circunstancias, para que nuestros agradecimiento no solo sean santas obras cuanto á su sustancia, sino tambien cuanto al modo; y todas sus circunstancias sean no solo buenas, sino que sean bien hechas, cumplidas y llenas: y si Dios nuestro Señor te hizo tan colmados beneficios amándote, tú sírvele con gran amor; y pues Dios empleó su omnipotencia por tu provecho, tú emplea todas tus fuerzas y facultades por su gloria y servicio.

CAPÍTULO VI.

Del fin de todo tiempo.

Fuera de tener fin el tiempo de esta vida, es muy para considerar el fin de todo tiempo. Para que, pues, la ambicion humana no llegue á traspasar los límites de la vida, deseando aun despues de ella honras y célebre memoria, sepa que aun despues de su muerte hay otro fin y muerte en que ha de topar su memoria y desvanecerse como humo. Despues que uno acabe el tiempo de su vida ha de acabar tambien todo tiempo,

(1) Apoc. III. In mente ergo habe, qualiter acceperis.

y con él se ha de acabar todo cuanto dejó en este mundo. Conozca que no son menos vanas las cosas que dejó para memoria suya despues de difunto, que las cosas de que gozó viviendo. Levante unos soberbios mausoleos, erija estatuas de mármol, edifique populosas ciudades, deje numerosa familia, escriba doctísimos libros, imprima en bronce su nombre, fije con mil clavos su memoria, todo ha de tener fin. Las ciudades se hundirán, las estatuas se caerán, el linaje fenecerá, los libros se quemarán, su nombre se borrará, y todo se acabará, porque se acabará todo tiempo. Importa mucho que nos persuadamos esto para desengaño de las cosas; porque no solo se han de acabar los gustos con la muerte, sino las memorias con el fin del tiempo: y pues todo ha de tener fin, todo debe despreciarse como perecedero y caduco. Ciceron, con ser tan deseoso de honra y fama, como lo muestra en una larga carta que escribió á un su amigo (1), pidiéndole encarecidamente que escribiese la historia de la conjuracion de Catilina en tomo aparte, para extender la fama de su nombre, pues él la habia descubierto, añadiendo que diese en ella algo á la amistad que tenian, y que la publicase en su vida para que pudiese gozar vivo la gloria que de allí resultaba; con todo eso, considerando el fin que ha de tener el mundo, echó de ver que ninguna gloria ni memoria puede ser inmortal, y así dijo (2): *Por los diluvios é incendios de las tierras, que en cierto tiempo es necesario que acontezcan, no podemos alcanzar gloria, no digo eterna, pero ni duradera.* Sépase que en este mundo no ha de haber memoria inmortal; pues el tiempo es mortal, y el mismo mundo. Tiempo ha de venir en que no ha de haber mas tiempo; pero esta verdad es como la memoria de la muerte, que cuanto es mas importante, tanto la piensan menos los mortales, y prácticamente no se la persuaden. Mas Dios, para que no faltase su providencia y cuidado de nosotros en esta parte, quiso se pregonase verdad tan importante con toda solemnidad. Lo primero por su mismo Hijo, y despues por sus Apóstoles, y aun por los mismos Ángeles; y así escribe san Juan en su Apocalipsi (3): Que vió á un Ángel fuerte y poderoso que bajaba del cielo, teniendo por vestido una nube, por diadema el arco íris en la cabeza, con un rostro que resplandecia como el sol: los piés tenia como columnas de fuego; el derecho puso sobre el mar, y el izquierdo sobre la tierra, y dió una grande y espantosa voz, como leon que brama, á la cual respondieron con otras espantosas voces siete truenos. Luego aquel prodigioso Ángel, que estaba puesto de piés sobre el mar y la tierra, levantó la mano al cielo. ¿Para qué esta ceremonia? ¿Para qué tan extraño traje y tanto aparato y ruido de truenos? Todo fue para promulgar la muerte de los tiempos; y para que mas persuadiese su infalibili-

(1) Cicer. epist. ad Lucium. — (2) Tullius in somno Scipion. Propter eluviones, exussionesque terrarum, quas accidere tempore certo necesse est, non modo non æternam, sed nec diuturnam quidem assequi gloriam possumus. — (3) Apoc. x.

dad, lo juró con un solemne juramento, no solo con aquel fuero de levantar la mano, sino con una fórmula muy legítima de palabras de toda solemnidad; porque junto con levantar la mano juró: *Por el que vive por los siglos de los siglos, que crió el cielo y cuanto en él hay, que no ha de haber mas tiempo.* ¿Con qué mas se podia autorizar esta verdad, que ha de tener fin el tiempo, que con un juramento tan solemne de un Ángel tan autorizado y poderoso?

El peso y gravedad del juramento da á entender la consideracion de la cosa que afirma, así porque importa mucho entenderla, como por lo que es en sí; porque ¿quién duda sino que es cosa de grande espanto considerar como se acabará el tiempo? Porque si el haber de morir un monarca ó príncipe de un rincon del mundo causa espanto, el haber de morir el mundo, y con él todo lo temporal y el mismo tiempo, y esto pronosticado por un Ángel con tan prodigiosa aparicion y espantosa voz, ¿qué espanto no debe causar? Es tan conveniente la consideracion del fin que han de tener todas las cosas, que no solo por haberse de acabar uno, sino por haber de acabarse este mundo, bastaba para que las despreciásemos todas. Persuadámonos á esto que no solo se ha de acabar esta vida temporal, sino que no ha de haber mas tiempo. Tampoco ha de faltar al hombre de su vida, y tiempo ha de faltar al mundo de la suya, cuyo fin no ha de ser menos horrible que lo es el fin del hombre: antes cuanta distancia hay del mundo y todo el linaje humano á un hombre particular, tanto mas espantosa ha de ser la muerte del mundo á la de un hombre solo; y así son tan espantosas las profecías que hay del fin del mundo, que si no fuera el Espíritu Santo el que las dijò, no se pudieran creer. Por lo cual Cristo nuestro bien, despues de haber dicho algunas de ellas á sus discípulos, porque parecian exceder á todo lo que se puede imaginar, acabó confirmándolas con aquel modo de juramento ó aseveracion de que solia usar en cosas de grande importancia, diciendo (1): *Amen*, esto es: *Por mi verdad os digo que no se acabará el mundo sin que todas estas cosas se cumplan; porque el cielo y la tierra faltarán, mas mis palabras no faltarán.* Creamos, pues, que ha de acabarse el tiempo, que ha de tener muerte el mundo, y, si así se puede decir, desastrada: creámoslo, pues lo jura el Ángel y el mismo Señor de los Ángeles. Y si es así, que aun las memorias mas inmortales de los hombres han de tener fin, pues el género humano le ha de tener; cuidemos solo de estar en la memoria eterna de aquel que no ha de tener fin; y no menos despreciemos estar en la memoria de los hombres que se han de acabar, que gozar los gustos de nuestros sentidos que han de morir. Así como allegar tesoros en la tierra es engaño de nuestra avaricia, así tambien querer en este mundo eternizar nuestra memoria es error de nuestra ambicion. Los tesoros ha de dejar el avariento, si no es

(1) Matth. xv.

que se los quite el ladron; y la fama y nombre ha de acabar con el mundo, si no es que la borre antes el olvido ó quite la envidia. Todo lo que tiene fin es vano, pues todo este mundo ha de tener fin; todo cuanto en él se estima vano es, y todo él es vanidad de vanidades. Lo eterno solo procuremos, y á lo eterno solo aspiremos; porque el justo solo estará en la memoria eterna de Dios, como dijo el Profeta, porque la memoria de los hombres tan caduca y perecedera es como los mismos hombres. ¿Qué ambicioso de quedar en perpétua memoria no escogiera ser estimado de diez hombres que hubiesen de vivir cien años, antes que de mil que hubiesen de morir luego que él espirase? No estimemos sino estar en la memoria de Dios, cuya vida es eternidad; porque la memoria entre los hombres no puede durar mas que los mismos hombres, que morirán como tú; y así no puede haber memoria inmortal entre los que son mortales. Tambien es de grande importancia que haya de acompañar al fin del mundo el juicio universal, que en él se hará de todos los hombres, donde se han de manifestar las cosas mas ocultas y secretas, para que no se fie el homicida que, con la muerte que dió á su prójimo para que no descubriese su maldad, ella ha de quedar ocultada, ni se atreva á pecar nadie por falta de testigos, pues ha de saber todo el mundo aquello que si supiera otro hombre se muriera él de pena.

CAPÍTULO VII.

Como se han de alterar los elementos y cielos al acabarse el tiempo.

Veamos, pues, el modo tan extraño del fin del universo, que por ser tan terrible se podrá echar de ver el abuso que tienen de sus cosas los hombres, y la vanidad y engaño de ellas; porque sin duda no tuviera fin tan desastrado el mundo, si no fuera por la mucha malicia que en él hay. Escribió san Clemente Romano (1) que aprendió de san Pedro apóstol como tiene Dios determinado un dia desde su eternidad, en el cual combatan con todas sus fuerzas, y, para decirlo así, de poder á poder, el ejército de todas las penas con el ejército de todas las culpas. Este dia se suele llamar en la Escritura dia del Señor, en que el ejército de las penas ha de dar batalla campal á las culpas, y acabar de una vez con ellas y con el mundo, donde han reinado. Y si la terribilidad de este dia ha de ser al paso de la multitud y gravedad de los pecados, no me espanto de cuánta terribilidad dicen de él las sagradas Letras y los santos Padres. Pero como en las guerras suele acontecer, que antes de darse la última batalla se hacen primero varias correrías y escaramuzas, así tambien antes de aquel formidable dia en que se en-

(1) Lib. Recognit.

cuentren todas las penas con todas las culpas, enviará Dios por partes varias calamidades, que como caballos ligeros corran primero el campo; como se significó á san Juan en el Apocalipsi en aquellos soldados que vió salir en varios caballos, uno rojo, otro negro, y otro pálido. Ya enviará hambre, ya peste, ya guerra, ya terremotos, ya inundaciones y diluvios, ya sequedades de tierra. Si estas cosas afligen ahora tanto, ¿qué será cuando haga la justicia divina el último esfuerzo, y toda criatura se arme contra los pecadores, siendo capitan general el celo de la justicia divina, como lo declara el Sábio por estas palabras (1): *Tomará armas su celo, y armará á las criaturas para vengarse de sus enemigos: vestirá por cota á la justicia, y por morrion el juicio verdadero. Tomará por escudo la equidad, aguzará una ira cruel por lanza, y peleará por él la redondez de la tierra contra los insensatos. Irán derechos los tiros de los rayos que se arrojarán de las nubes, como de arco bien flechado y tirante, y saltarán á lugar cierto. Enviaránse granizos llenos de ira pedregosa* (esto es, que servirá su ira como de máquina y catapulta para arrojar piedras), *embraveceráse contra ellos el agua del mar, y los rios combatirán duramente. Contra ellos estará un viento fortísimo, y como un torbellino los dividirá.* Bien temerosas son estas palabras, aunque no contienen mas que la guerra que han de hacer tres elementos contra los malos. Pero no solamente el fuego, el aire y el agua los han de aterrar, sino tambien la tierra y el cielo (como dicen otros lugares de la Escritura); porque todas las criaturas mostrarán el furor de aquel dia, enfureciéndose contra los hombres. Y si las nubes tirarán rayos y piedras á los pecadores, el cielo les tirará no menores balas que sus estrellas que, como dijo Cristo, caerán de allá. Si el granizo tan pequeño como una china, por caer de lás nubes suele destruir los campos y matar los animales, cuando caigan á pedazos las estrellas desde el firmamento ú otra region sublime, ¿qué estrago harán, y qué pasmo causarán en las gentes?

No es encarecimiento lo que dice el Evangelio (2), que se secarán los hombres de temor de lo que sobrevendrá sobre el universo; porque así como en un hombre particular, que se dice mundo pequeño, cuando se ha de morir se turban dentro de él los humores, que son sus elementos; los ojos, que son como el sol y la luna, se oscurecen; los demás sentidos como astros menores se descaecen, y la razon, que es como una virtud del cielo, se desquicia de su lugar; de la misma manera en la muerte del mundo mayor, que es este universo, el sol se convertirá en tinieblas, y la luna en sangre, las estrellas se caerán; y sintiendo todo el mundo su muerte cercana, se estremecerá con horrendo sonido y estruendo, antes que se disuelva y espire. Si el sol y la luna, y otros cuerpos celestes que se tienen por incorruptibles, se han de alterar y oscurecer tanto, ¿qué se hará en los elementos deleznables y tan corruptibles, co-

(1) Sap. v. — (2) Luc. xxi.

el aire, agua y tierra? Si este mundo inferior depende de los cielos, como dijeron los filósofos, alterados y despedazados los cuerpos celestes, ¿en qué estado pueden quedar los elementos, cuando las virtudes de los cielos titubearán, y descaminadas las estrellas no acertarán á ponerse en su órden? ¿Cómo estará entonces el aire, sino turbado con arrebatados remolinos, lóbregas tempestades, horrendos truenos y furiosos rayos? ¿Cómo estará la tierra, sino estremeciéndose con espantosos terremotos, abriéndose en mil bocas, y escupiendo volcanes de fuego? Serán tan espantosos los temblores de la tierra, que no solo arrojará en el suelo las mas altas torres, sino que sepultará en sus entrañas las ciudades enteras, y se sorberá montes muy altos. Pues el mar ¿cómo se enfurecerá? Pondránse sus olas tan hinchadas y sublimes, que parecerá han de anegar la tierra, y partes de ella inundarán. Dará tales bramidos el océano, que aterrará á los que están muy apartados y metidos en el corazon de la tierra firme; por lo cual dijo Cristo: *Que habrá en las tierras aflicciones de las gentes por la confusion del sonido del mar*.

¿Qué harán en esta turbacion los hombres? Quedarán todos atónitos y pálidos como la muerte. ¿Qué consuelo tendrán? Estaránse mirando unos á otros, y cada uno en su vecino se espantará de nuevo, viendo en él una imágen de muerte. ¿Qué pavor y miedo concebirán con esto, temiendo el espantoso fin y suceso que tan horrendos prodigios y monstruosidades naturales significan? Cesarán entonces los comercios, estarán las plazas despobladas, los tribunales solos, ninguno habrá entonces ambicioso, no buscará nadie pasatiempo, ningun codicioso cuidará de sus tesoros, no habrá quien pare en los palacios de los reyes; aun de comer y beber no se acordarán, sino cada uno procurará escaparse de los diluvios, terremotos y rayos, buscando lugar seguro, aunque no lo hallará. ¿Quién hará caso allí de su linaje? ¿Quién de la nobleza de sus armas, y de su sabiduría y talento? ¿Quién se acordará allí de la hermosura que vió, del edificio que admiró, de lo agudo que leyó, de lo discreto que habló? Y si de sus cosas no hará memoria, ¿quién se acordará de las ajenas? ¿Qué memoria habrá allí de las hazañas de Alejandro Magno, de la sabiduría de Aristóteles, y de todos los mas afamados del mundo, cuya fama quedará desde entonces sepultada para siempre, y morirá con el mundo por toda una eternidad? Los navegantes, cuando en una breve tempestad están á pique de hundirse, ¡cómo están asustados por ver alterado el elemento del agua! ¡Qué afliccion tienen! ¡Cuántas plegarias hacen! ¡Cuán desinteresados están de las cosas de la tierra, pues echan sus mismas haciendas en el mar! Pues ¿cómo estarán los hombres, cuando no solo les espantará el mar con sus bramidos, sino el cielo y tierra con mil prodigios? Cuando el sol se les ponga de luto y cause horror con sus tinieblas, y la luna toda se ensangriente, y las estrellas se desgajen, y la tierra les sacuda de sí con la iniquidad de sus estremecimientos, y los torbellinos furiosos les derriben de su es-

tado, y los rayos espesos les asombren, ¿qué harán entonces los pecadores, por cuya causa se obrarán cosas espantosas?

§ II.

El pavor y asombro que ha de haber en el concurso de toda la naturaleza armada contra los pecadores se podrá echar de ver por el espanto que han causado algunas mudanzas suyas en estas mismas cosas que tenemos profetizadas han de suceder en el acabamiento del mundo, cuando han de venir de por junto, y cada una con exceso muy grande; para que cotejemos cuán espantosa será la junta de tantas calamidades, si la parte de algunas lo es tanto. Y empezando por la tierra, que parece el mas lerdo de los elementos, escribe el cardenal Jacobo de Papia (1) lo que pasó en su tiempo el año de 1456, á 5 de diciembre, que todo el reino de Nápoles se estremeció tres horas antes de amanecer, hundiéndose lugares enteros, y mucha parte de otros, con tanta gente que murió, que fueron sesenta mil hombres los que perecieron, parte hundidos y tragados de la tierra, parte oprimidos de las ruinas de los edificios. ¿Qué seguridad pueden tener los hombres en esta vida, pues aun no lo están de la tierra que pisan? ¿Qué firmeza puede haber en el mundo, pues una sola cosa que hay en él firme es tan instable? ¿De dónde no nos podrá venir la muerte, pues nos nace de entre los piés? Pues no es mucho que con el terremoto de un reino se hiciese tanto estrago, pues el de una ciudad lo causó. Escribe Evagrio (2) que la noche que se casó el emperador Mauricio, tres horas despues de haber anochecido, se estremeció con tan gran violencia la ciudad de Antioquia, que se cayeron cási todos sus edificios, quedando sepultadas en ellos sesenta mil personas. Si en estos particulares terremotos estuvo la tierra tan cruel, ¿qué haria en el que sucedió en tiempo de Tiberio, del cual escribe Plinio (3) que trastornó doce ciudades principalísimas de Asia, y las hundió? Aun mas temor pone lo que refiere Nicéforo que sucedió en tiempo del emperador Teodosio, que duró por espacio de seis meses un terremoto continuo y horrendo, y tan dilatado, que se estremeció con él cási toda la redondez de la tierra; porque llegó al Quersoneso, Alejandría, Bitinia, Antioquía, Helesponto, las dos Frigias, grandísima parte del Oriente, y muchas regiones del Occidente.

Y para que digamos tambien de la violencia del mar, aun contra los que están apartados de sus olas y seguros en sus casas, fue horrible el terremoto que cuenta san Jerónimo (4) y Amiano Marcelino, que fue testigo de vista, y sucedió despues de la muerte del emperador Juliano;

---

(1) Jacob. Papiens. in epist. — (2) Evagr. l. 6, c. 8. Vid. Niceph. l. 18, cap. 13.
(3) Plin. lib. 2, cap. 48, et Phil. lib. 14. Senec. natura. q. lib. 6. Niceph. lib. 14, c. 36.
(4) S. Hier. in vit. S. Hilar.

porque en él se estremeció toda la tierra, y los mares traspasaron sus términos, y como si volviera otra vez el diluvio, ó se tornara á envolver el mundo y resolver en el cáos que tuvo primero, se subieron las naves sobre los altos montes, y en Alejandría sobrepujaron sus mas altos edificios; y, despues de sosegado el piélago, quedaron los navíos sobre los tejados de aquella ciudad, como escribe Nicéforo (1), y en otras partes sobre altos riscos, como testifica san Jerónimo. Pero oigamos cómo lo cuenta Amiano Marcelino (2), cuyas son las palabras siguientes: *Estando aun vivo Procopio tirano, á los veinte y uno de julio del año en que fue cónsul la primera vez Valentiniano con su hermano, se embravecieron de repente por toda la redondez de la tierra horrendos levantamientos de los elementos, cuales ni las fábulas fingieron, ni las historias verdaderas refieren. Poco antes de amanecer, estando el cielo cerrado con una tempestad de rayos, estremeciéndose toda la estabilidad del peso de la tierra, se conmovió, y arrojado el mar atrás, se retiró con sus olas alboratadas de tal manera, que descubriendo la profundidad de su suelo, se vieron mucha variedad de pescados tendidos en el lodo, viendo los rayos del sol aquellas profundidades que la naturaleza desde el principio del mundo hundió debajo de aguas inmensas, quedándose muchas naves en el suelo atascadas, y otras bamboleando en algunos arroyuelos de agua que en algunas partes se hicieron, de manera que pudieron coger con las manos á los peces. Las olas del mar por el contrario, como enojadas de verse desterrar de su asiento natural, se embravecieron y levantaron con furiosas avenidas contra las islas y otros largos trechos de la tierra continente, y estrellándose con gran violencia en los edificios de las ciudades, donde quiera que los encontraban, los arrasaban por el suelo de tal modo, que trocada la cara del mundo con la furiosa discordia de los elementos, mostraban varias suertes de prodigios; porque rebelándose sobre la tierra de repente la inmensidad del piélago, murieron muchos millares de hombres ahogados, y cuando retiraron las olas á sus asientos, y se sosegó el mar hinchado, se vieron los navíos destrozados y los cuerpos muertos en aquel naufragio, unos boca abajo, otros mirando al cielo. Á otros navíos muy poderosos dejaron las aguas sobre los techos de las casas, como aconteció en Alejandría; otros léjos de la orilla, como nosotros somos testigos de vista, porque pasando por Methion vimos allí una nave ya carcomida toda.* Toda esta lastimosa historia es de Amiano Marcelino.

No es menos temerosa la que refiere Nauclero y Tritemio (3), que por el año de 1218 se entró el mar alborotado por Frisia, y murieron en medio de las olas y de sus casas mas de cien mil personas. Añade Lango que otra vez el año de 1287 tornó á entrar el océano furioso por aquella provincia, y no se retiró sin haber dejado ahogados ochenta mil hom-

(1) Niceph. lib. 10, cap. 35. — (2) Amian. Marcel. lib. 20. — (3) Naucl. gen. 41, sub finem. Trithem. Chro. Hirsau.

bres. No es mucha toda esta mortandad en una provincia, respecto de la que ha hecho el mar en una sola ciudad. Escribe Surio en su Comentario del año de 1509 que el dia de la Exaltacion de la cruz de setiembre se embraveció tanto el mar que está entre Constantinopla y Pera, que se levantó sobre los muros de una y otra ciudad con tan gran estrago, que solo los turcos, que murieron en Constantinopla, llegaron á trece mil. Con estos ejemplos tan ciertos no era menester lo que escribe Platon y aprueba Tertuliano (1) y muchos autores de estos tiempos: que la isla Atlántica, que estaba en ese extendido espacio del océano que cae entre España y las Indias occidentales, y dicen que era muy grande, y estaba llena de gentes innumerables, con un horrendo terremoto y con un diluvio de un dia y una noche, en que el cielo se deshizo en lluvias y el mar traspasó sus lindes, quedó sepultada en el océano con todos sus habitadores. No quiero aprovecharme de esta historia para dar á entender la fuerza de los elementos airados contra el hombre, porque bastan las mas modernas que hemos referido con mayor fe y certidumbre, y son de bastante asombro las que en Frisia sucedieron, en las que se ve la furia con que el mar encarcelado en sus términos sale cuando Dios le da alguna licencia para combatir los pecadores. ¿Qué será cuando mande el Señor de todo armar todos los elementos contra ellos, y toque al arma á toda criatura para que vengue sus injurias en los hombres desagradecidos á sus beneficios infinitos?

Aun en el aire, que es elemento tan blando y suave, en el cual vivimos, y con el cual respiramos, cuando le suelta Dios la rienda saca fuerzas de flaqueza, y son tan grandes, que arruina lo que topa. Hase visto arrancar bosques muy poblados, traspasando los árboles á partes bien distantes (2). Surio escribe (3) que á 28 de julio del año de 1507 á media noche se levantó en Alemania tal viento, que hizo estremecer los edificios, y arrancó los techos de las casas, y los árboles desencajó y arrojó muyléjos. Conrado Argentino escribe (4) que siendo emperador Enrico VII, vió él volar por el aire, espacio de una milla, vigas muy grandes, que llevó el viento del chapitel de la iglesia de Maguncia, las cuales eran como vigas de lagar, y eran de madera pesada como la encina. Sobre todo, ¿á quién no espanta lo que dice Josefo en sus Antigüedades, y Eusebio Cesariense en la Preparacion evangélica, y es: que la torre de Babilonia, que fue el edificio mas fuerte y prodigioso del mundo, con viento le derribase Dios? ¿Qué diré de cuán espantosas y pesadas tempestades han llevado de una parte á otra los aires para castigar los pecadores con rayos y piedras, las cuales mataron en Egipto á todos los ganados (5), y en Palestina mató innumerable multitud de

(1) Tertul. Apolog. cap. 39. — (2) Oviedo, Hist. Und. lib. 6, cap. 3.
(3) Surio Comen. — (4) Conrad. Argent. in Chron. — (5) Exod. IX.

amorreos un granizo de extraña grandeza (1); y despues acá se ha visto tan grande, que escribe Clavitelo que el año de 1524 cayó en Cremona tal granizo, que era como un huevo de gallina; y en el campo de Bolonia el año de 1537 cayeron tan grandes piedras, que pesaron veinte y ocho libras. Olao Magno afirma que en el Septentrion ha caido granizo del tamaño de una cabeza de hombre; y la Historia Tripartita que el año de 369 vino sobre Constantinopla tal tempestad, que el granizo era como peñascos. Por cierto que no es mucho que diga el profeta Ezequiel que caerán en el fin del mundo piedras inmensas (2); y san Juan escribe (3) que serán del peso de un talento, que contenia algunas arrobas. Tempestad que tal piedra arroja, ¿con cuán horrendos truenos resonará? En las tempestades de Escitia ha sucedido haber tan espantosos truenos, que han quedado muertas muchas personas de espanto. ¿Qué estruendo traerán aquellas últimas tempestades cuando quiera Dios acabar el mundo?

Todas las alteraciones pasadas de los elementos no son mas que amenazas; ¿cuál será la batalla campal que han de dar á los pecadores, cuando aun el cielo les tirará saetas, y tocará al arma con prodigiosos truenos, y se mostrará airado con horrendas apariencias? San Gregorio Magno escribe como testigo de vista (4) que vió en una pestilencia de Roma que visiblemente caian del cielo saetas, y herian los hombres. Juan Diácono declara (5) que era lluvia de saetas. ¿Qué será cuando el aire y el cielo llueva pedazos de estrellas? Asombróse el mundo cuando en tiempo de Irene y Constantino se oscureció el sol por diez y siete dias (6), y en tiempo de Vespasiano por doce desaparecieron el sol y la luna; ¿qué será en los últimos dias, cuando el sol cubra de luto tristísimo sus rayos, y la luna se vista de sangre, en significacion de la guerra que han de hacer las criaturas á fuego y sangre contra lós que menospreciaron á su Criador? ¿cuando por una parte se levante la tierra contra ellos, y como no pudiéndolos sufrir los sacuda de sí, por otra les embista el mar, y busque dentro de sus casas, y el aire no les deje estar seguros en los campos? Por cierto no será maravilla que pidan entonces á los montes que les cubran, y á los altos collados que les escondan en sus cavernas. Esto es mas para pensar que para poder explicar, y el solo pensarlo atemoriza. Gimen ahora las criaturas de verse usar mal del hombre en desprecio de su Criador; pero en aquel tiempo sacudirán el yugo, y se vengarán á sí de los agravios que las hacemos, y vengarán las injurias que hemos hecho al Criador de todo. Las violencias de los elementos y turbaciones de la naturaleza que suceden antes

---

(1) Josue, x; Eccli. xlvi. Ludov. Clavitellus, f. 260, et Corn. à Lapide, tr. c. 9 Exod. Ola. Mag. l. 1, c. 12. Conim. in meteo. cap. de grandine. Hist. Tripar. lib. 7, c. 22.

(2) Ezech. xxxviii. — (3) Apoc. xvi. — (4) Gregor. Magn. lib. 4 Dialog. cap. 36. — (5) Joan. Diacon. in vita S. Greg. lib. 1, cap. 37. — (6) Zonaras in Irene. Plin. l. 1, c. 13.

del fin no tienen que ver respecto de las que sucederán en los últimos dias del mundo, las cuales (dice san Agustin) han de ser mas horribles y tremendas que las pasadas. Pues si las pasadas son tales como hemos visto, ¿qué será entonces; y mas viniendo de por junto de todas partes, cuando esté rebelado todo el mundo contra los hombres, cuando todo ha de ser confusion, y el invierno se trocará en verano, y el verano en invierno, y ninguna criatura guarde ley fija, para los que no guardaron la ley de Dios, para vengar á Dios y vengarse á sí mismas?

§ III.

Pero para que se vea mas la espantosa alteracion que ha de haber de las criaturas, especificarémos algunas que pone san Juan en su Apocalipsi. Bien tremenda es la que dice en el capítulo VIII de un granizo y fuego con una lluvia de sangre tan general y copiosa, que ha de abrasar la tercera parte de la tierra y de los árboles, y toda yerba verde. Considere uno qué estrago será este; pues tan horrenda tempestad de piedra, fuego y sangre ha de consumir, no solo una vega, no solo una provincia ó reino, sino tantos como pueden caber en la tercera parte de este mundo. ¿Qué pasmo causará en los hombres así el modo de aquella tempestad sangrienta, como un estrago tan general del orbe? Pero no ha de parar en esto solo; porque luego se ha de ver en estos aires un grandísimo monte de fuego todo ardiendo en vivas llamas, el cual caerá de golpe en el mar, cuya tercera parte convertirá en sangre, y abrasará tambien la tierra, parte de los peces y naves y cuanto hay en el mar, el cual monte ó masa de fuego horrible al caer en el mar se dividirá en varias partes con efectos tan extraños como se ha dicho. Además de esto se verá una estrella ó cometa de fuego prodigiosa, la cual arderá á modo de hacha, y caerá tambien dividiéndose en varias centellas en los rios y fuentes, volviendo las aguas amarguísimas como ajenjos, y tan pestilentes, que apestarán á los que bebieren de ellas, y morirán muchos hombres por haberlas gustado. Herirá juntamente un Ángel al sol, luna y estrellas, y los descantillará disminuyéndoles su luz la tercera parte (1); de suerte que al dia mas sereno le falte la tercera parte de claridad. Mas horrible cosa que todo lo pasado es que despues de tantas calamidades reventará el abismo, esto es el infierno, abriéndose una boca profunda por la cual saldrá tan espeso humo, que se oscurecerá con él el sol y el aire. Saldrá juntamente de aquel humo del infierno, grande multitud de disformes langostas que se esparcirán en gruesos enjambres por toda la redondez de la tierra, las cuales dejando los campos, y las yerbas y sembrados, han de hacer presa solamente en los hombres infieles á Dios, á los cuales por cinco meses les han de estar

(1) Apoc. IX.

atormentando mas rabiosamente que escorpiones. Estas langostas entienden unos Doctores á la letra (1) que han de ser cierto género de verdaderas langostas, aunque de extraña figura y mordacidad. Otros dicen que han de ser demonios del infierno en figura de aquellas langostas (2), y no será maravilla que en la destruccion del mundo se aparezcan los demonios en forma visible, pues en la destruccion de Babilonia se aparecieron en varias figuras de bestias, como profetizó Isaías. De cualquier manera esta plaga ha de ser tan cruel, que dice san Juan que buscarán los hombres la muerte, y no la hallarán, y que desearán morir, y la muerte huirá de ellos.

Otras muchas plagas horrendas habrá en aquellos dias últimos; porque así como antes que anegase Dios á los gitanos, y librase á su pueblo, envió á Egipto tan horrendas plagas como se cuenta en el Éxodo; así tambien antes que anegue á los pecadores en aquel diluvio y mar de fuego que ha de cubrir la tierra, de donde han de salir libres los santos, precederán tanto mas horrendas plagas, cuanto es mas el mundo que Egipto; porque no solo llegarán á convertirse los rios y fuentes en sangre, pero todo el mar, cuyas olas serán una sangre muy negra. Enviará tambien el Señor terribles dolores y llagas á los hombres, y el sol les ha de abrasar de manera que les haga salir de sí, y algunos malos se volverán como si ya estuvieran en el infierno. Fuera de esto los elementos se han de alterar tan extrañamente, como significa san Juan en su Apocalipsi, de la tierra, de la cual refiere varios terremotos, y no siendo el mayor el que cuenta en el capítulo VI, dice de él tales cosas, que pone espanto; sus palabras son estas: *Hízose un grande terremoto, y el sol se puso negro como un saco de cilicio, y la luna como sangre; las estrellas cayeron del cielo sobre la tierra, de la manera que una higuera arroja sus brevas cuando la combate un récio viento: el cielo se retiró como un libro ó pergamino enrollado, y todos los montes é islas se movieron de sus lugares.* Dejo á la consideracion de cada uno, qué harán en este conflicto los hombres que quedaren vivos. San Juan dice que los reyes y príncipes, los ricos, los fuertes, los esclavos y los libres se esconderán en las cuevas y en las piedras de los montes, y dirán á los montes y piedras: Caed sobre nosotros, y escondednos, etc. (3). Aun otro mayor terremoto dice el mismo san Juan que habrá, que será el mayor que ha habido en el mundo, en el cual se hundirán las islas, y los montes se allanarán: habrá horrendos truenos y relámpagos, y caerá del cielo tal piedra, que los granizos serán de un talento; esto es, de cinco arrobas cada piedra; porque un talento hebreo pesaba ciento veinte y cinco libras romanas. Tal granizo como este dice san Juan que caerá sobre los hombres. Esta plaga, junta con tan extraño terremoto, ¿cómo tendrá atónitos á los que quedaren vivos?

---

(1) Lesius, de perfect. divin. lib. 13. — (2) Cornel. in Apoc. — (3) Apoc. XIII.

§ IV.

Pues ¿qué será cuando pasado todo esto vendrá aquel fuego abrasador profetizado en las divinas Letras, que ó bajará del cielo ó subirá del infierno (1)? Y segun san Alberto Magno (2), será uno y otro, el cual irá abrasando y consumiendo cuanto topare. ¡Qué harán los miseros cuando vean aquel rio de llamas, ó, por mejor decir, inundacion y diluvio que se les va ya acercando, y no tengan donde acogerse! ¿Qué les podrá valer allí, sino la vida santa? Porque todo lo demás acabará aquel general incendio del universo que entonces empezará. ¿Qué aprovecharán á los mundanos sus vajillas de oro y plata, sus ricos bordados, sus tapicerías preciosas, sus jardines compuestos, sus altos palacios, y todo cuanto en el mundo estiman? ¿Qué les podrá aprovechar lo que verán arder con ellos mismos? Porque á sus mismos ojos verán quemarse los brocados de sus tapicerías, derretirse las ricas piezas de oro, y abrasarse sus amenos y floridos huertos, y sin poderlo remediar, ni librar á sí mismos, todo se abrasará, y con esto morirá el mundo, y cuanta memoria y fama en él hubo; porque lo que pensaban los mortales que tenian inmortal entre los hombres entonces acabará de morir. Ya no se citará á Aristóteles en las cátedras, ya no se alegará á Ulpiano en los tribunales, y no se leerá Platon entre los eruditos: ya no imitarán á Ciceron los oradores, ya no se admirará Séneca entre los entendidos, ya no se alabará á Alejandro entre los capitanes, porque ya murió toda fama, y se olvidó toda memoria. ¡Oh vanidad de los hombres, cuya memoria es tan vana como ellos mismos, la cual á pocos años perece, y la que mas durare no puede durar mas que el mundo! ¿Qué se hizo la estatua de oro macizo que colocó en Delfos Gorgias Leontino para eternizar su nombre, y la de Gabrion dorada en Roma, y la de Beroso con su lengua de oro en Atenas, y otras innumerables que se levantaron á diversos capitanes, de bronce y mármol durísimo? Por cierto mucho há que perecieron, y si no hubieren perecido, perecerán en este incendio; solo á la virtud no podrá abrasar ningun fuego.

Trescientas y setenta estatuas levantaron los atenienses á Demetrio Falereo por haber gobernado diez años su república con grande demostracion de virtud y prudencia; pero fue tan poco durable esta memoria, cual las mismas prendas de ella, que levantó el agradecimiento, destruyó la envidia; y el mismo que vió levantar sus estatuas en tan gran número, las vió tambien derribar; pero tuvo este consuelo, que podian tomar los cristianos, porque viendo como echaban en tierra á sus imágenes, dijo: por lo menos no podrán derribar las virtudes por cuya causa se me levantaron estatuas. Si fueran verdaderas virtudes, dijo bien; por-

(1) Vide P. Gran, de noviss. — (2) Albert. Mang. in compend. Theol.

que estas no podrá derribar la envidia, ni el poder humano destruir, y lo que mas es, ni el poder divino las consumirá en este estrago del mundo; antes eternizará en su memoria eterna á cuantos perseveraren en ellas muriendo en su gracia. Solo la caridad y virtud cristiana no se acabará aun despues de acabado el mundo. De los triunfos de grandes capitanes que vencieron á poderosos reyes bien poco duró su vista, y su memoria poco mas. Aun ahora, ¿qué pocos son los que saben que Metelo triunfó del rey Jugurta; Aquilino del rey Aristónico; Atilio del rey Antíoco; Marco Antonio del rey de Armenia; Pompeyo del rey Mitridates, y Aristóbulo, Jarba y Emilio de Perseo; Aurelio emperador de Cenobia, reina de los palmirenos? Pues si esto apenas lo saben mas que los libros mudos y el papel muerto, cuando este tambien se acabe, ¿cómo quedará su memoria? ¿Cuántas historias ha ya consumido el fuego, y no se sabe mas de ellas que si no hubieran pasado? Ni aprovecha obrar ni escribir para hacer inmortal la memoria de los hombres. Aristarco escribió mas de mil comentarios diversos, y ya no ha quedado ni un renglon suyo. Crisipo escribió setecientos volúmenes, y aun no ha quedado una hoja de ellos. Teofrasio escribió trescientos volúmenes, y apenas duran tres ó cuatro. Sobre todo esto es lo que se dice de Dionisio Gramático, que llegó á escribir tres mil y quinientos libros, y ya no tenemos de él ni una plana. Mas es lo que Jámblico testifica del grande Trimegistro, que compuso treinta y seis mil quinientos veinte y cinco libros, y es como si no hubiera escrito una letra, porque cuatro ó cinco pliegos que andan con su nombre aun no son suyos. Ni libros ni librerías deja el tiempo en pié, aun antes que se acabe el mismo tiempo. El rey Ptolomeo allegó una grandísima librería en su corte de Alejandría, ayudándose para ello de Aristóteles, y despues de Demetrio Falereo: recogió en ella cuantos libros pudo de Caldea, Egipto y Roma, llegó hasta sesenta mil cuerpos; pero en la guerra civil de los romanos pereció con el incendio que causó Julio César. Otra rara librería de los griegos, de Policrates y Pisistrato, la despojó Jerjes. La librería de Bizancio, que tenia ciento y veinte mil libros, tambien se quemó en tiempo de Basilisco. La de los romanos del Capitolio, con un rayo que cayó en tiempo de Cómmodo, se resolvió en ceniza. Y ahora, ¿qué tenemos de la librería de Pérgamo, donde habia doscientos mil libros? Aun antes del mundo mueren las cosas mas constantes del mundo; y ¿qué mucho que las memorias de papel se quemen, pues las de bronce se derriten, y las de mármoles se deshacen? Aquel prodigioso anfiteatro (1) que levantó de piedra Estabilio Tauro se quemó en tiempo de Neron, y no se pudo defender el duro mármol de la bravura de las llamas. Las grandes riquezas de Corinto, de oro y plata acendrada, con un incendio se derritieron, no pudiendo estos preciosos metales ni por su dureza resistir ellos, ni por su

---

(1) Vide Lypsium in Amphit.

estima hallar quien los defendiese. Pues si este fuego particular hizo tal estrago en el mas florido tiempo del mundo, aquel incendio general que ha de acabar con el universo ¿cómo acabará con todo?

§ V.

Consideremos el pavor y estrago que causa una grande quema, para que por aquí veamos lo que causará la quema universal del mundo. ¿Qué lastimas habria en Roma cuando se abrasó por siete dias? ¿Qué alaridos resonarian en Troya cuando se vió toda arder en mil llamas? ¿Qué asombro y llanto habria en Pentápolis cuando fueron abrasadas sus ciudades con fuego del cielo? Unos dicen que fueron diez ciudades: Estrabon que trece (1): Josefo y Lira que cinco (2); lo que es de fe que fueron cuatro por lo menos las ciudades que con todos sus habitadores quedaron abrasadas. ¿Qué lágrimas habria en Jerusalen cuando vió envuelta en fuego y humo la casa de Dios, la joya de su reino y la maravilla del mundo? Y para que nos acerquemos mas á nuestros tiempos, cuando un rayo del cielo que cayó en la ciudad de Estokolmo, capital de Suecia (3), levantó tal fuego que la abrasó cási toda, quemándose en ella mil y seiscientos hombres; los demás, que era multitud innumerable con mujeres y niños, queriendo escapar por mar del incendio, y cargando demasiado á los navíos, se anegaron todos. Juzgue uno qué sentiria aquella gente cuando vieron quemarse sus casas y haciendas sin poderlo remediar, y que el marido oia los gemidos de su mujer, y el padre de sus hijos que se estaban abrasando, y que no los podian librar. Y el que se hallase cercado (sin pensar) de llamas por todas partes, y que dando voces nadie le venia á favorecer, ¿cómo tendria el corazon? Pues los que fueron forzados á huir del fuego de la tierra á las aguas del mar, ¿con qué susto y apresuramiento entrarian á embarcarse? ¿Qué pasmo les causaria cuando trastornando el navío se viesen pelear con las olas del océano, por querer escapar del incendio de su patria? ¿Qué aprieto será el de aquel incendio general, pues los que escaparán de los terremotos, de las inundaciones del mar, de las furias de los torbellinos, de los rayos del cielo, vendrán ahora á parar en el fuego, en aquel diluvio de llamas que los abrasará, y acabará con hombres y con las memorias de los hombres? De los que fueron antes del diluvio (con haber quedado en pié el género humano), si no es de los pocos que cuenta la Escritura, no sabemos nada de ellos, y por heróicos hechos que algunos hubiesen hecho, y ganado por ellos fama incomparable, allí quedó sepultada en las aguas, y no hay mas de ellos que de los que nunca nacieron. Pues no ha de ser mas poderosa la fama de los que ahora resuenan en

---

(1) Steph. l. de ve. Strab. lib. 16. — (2) Vide Lorinum in c. x Sapientiæ.
(3) Alber. Krent. Suec. l. 5, c. 3.

los oidos del mundo. Ciro, Alejandro, Aníbal, Scipion, César Augusto, Platon, Aristóteles, Hipócrates, Euclides; porque no quedando mundo no quedará fama en él; con este fuego acabará todo su humo.

No sin conveniente proporcion ha de parar el mundo en fuego, pues está ahora todo lleno de humo. Pocas comparaciones hay que mas declaren lo que es el mundo que la que aprendió san Clemente Romano de san Pedro apóstol (1). Dice que el mundo es como una casa llena de humo, el cual ciega los ojos y no deja ver las cosas; así es que este mundo con sus engaños nos ciega, para que no veamos las cosas como son. La ambicion, la honra humana de que está lleno, no es mas que humo sin sustancia ni tomo, que ciega nuestros entendimientos para no conocer la verdad; y no es maravilla que venga tanto humo á parar en llamas. El humo de los montes Vesubio y Etna, cuando viene á parar en fuego, y revientan en prodigiosos incendios, han espantado al mundo, y rios de fuego han corrido de sus volcanes (2). El Vesubio está junto á Nápoles, y ha salido de él fuego con tal ímpetu algunas veces, que las cenizas han llegado hasta Constantinopla y Alejandría, como testifican graves autores. Del monte Etna escribe san Agustin (3), que sus cenizas hundieron á la ciudad de Catania. En nuestros tiempos, cuando ha reventado el Vesubio, ha atemorizado á los mas apartados y seguros, solo con su fama. Y ahora recientemente año de 1638, cuando á 3 de julio, cerca de la isla de San Miguel, una de las Terceras, reventó fuego debajo del mar de altura de ciento y cincuenta brazas, y venciendo todo el peso de tantas aguas, llegaban las llamas á las nubes, hizo temblar aun á los que estaban mas distantes. Pues ¿con qué furia saldrá aquel incendio general del orbe? La parte que saliere del infierno ó debajo de tierra llenará el mundo de cenizas antes que le envuelva en sus llamas; y la parte que bajará del cielo ¿qué ímpetu y violencia traerá? Porque si un solo rayo espanta, aquella lluvia de fuego ¿cómo parará al mundo? El sobrino de Abrahan, Lot, con tener segura su conciencia y promesa de los Ángeles de Dios que por su causa no se abrasaria la ciudad de Segor, para que él se guareciese en ella, estaba tan espantado del fuego (aunque no le vió) que cayó sobre las otras ciudades de aquel valle de Pentápolis, que no teniéndose por seguro, se acogió á los montes. Pues ¿qué consejo tomarán entonces los pecadores que tendrán la conciencia contra sí, y verán abrasarse el orbe? ¿Dónde irán á guarecerse, pues ningun lugar estará seguro? Subirán á los montes, pero allí les perseguirán las llamas. Bajarán á los valles, y allí les acometerá el fuego. Encerrarse han en los castillos y ciudades mas guarnecidas de fosos y murallas, mas allí les buscará la ira de Dios, y aquel incendio saltará

---

(1) Clem. Roman. in epist. — (2) De Vesub. Zon. in Tito. Procop. lib. 2. Gottb. (3) De Ethna. S. August. lib. 3 de Civit. c. 13.

los fosos, y abrasará las piedras vivas, y acabará hasta sus nombres, pues ha de acabar con todo.

Fuera del desprecio de todo cuanto estima el mundo, que hemos de sacar de este incendio suyo, podrémos echar de ver lo abominable que es el pecado, pues para purificar Dios al mundo de las inmundicias que le han pegado nuestras culpas le quiere limpiar con fuego, como antiguamente le lavó con las aguas del diluvio. Tales son nuestros pecados, que por solo haberse cometido en el mundo, es el mismo mundo condenado á que muera (1). ¿Qué se hará de los mismos pecadores? Pero de este fuego tan tremendo escaparán los santos que entonces hubiere vivos, para que se vea que fue por los pecados, y que nada puede aprovechar sino la virtud y santidad. No podrán escapar al rico sus riquezas, ni al robusto sus fuerzas, ni al astuto sus industrias, y solo librarán al justo sus virtudes. No habrá remedio de librarse de este incendio por mar en navío, ni en tierra á uña de caballo; porque á las mismas aguas abrasará, y á la mejor costa alcanzará: solo la santidad y caridad defenderá á los siervos de Cristo, á los cuales todas las tribulaciones de aquellos tiempos servirán para purificar sus almas; porque satisfaciendo con ellas por sus pecados, purgarán con merecimiento lo que en el purgatorio habian de hacer sin él. Notó Alberto Magno la conveniencia de los elementos con que determinó Dios acabar dos veces con el mundo. La primera vez lo hizo por agua, contra el fuego de la carne y ardor de la concupiscencia que tan enormemente tiranizó toda la virtud antes del diluvio universal. La segunda vez lo ha de hacer con fuego, contra la frialdad de la caridad que en los dias últimos del mundo ya envejecido ha de haber. Pues así como del diluvio de aguas solo el casto Noé, porque fue muy continente en el matrimonio, y antes castísimo, escapó con sus hijos y mujeres, que guardaron castidad todo el tiempo que estuvieron en el arca; así tambien en el incendio último del mundo no morirán en él los justos que estuvieren llenos de caridad. No vinieron las aguas del diluvio sobre el que no tuvo el fuego de amor carnal, ni acabará este diluvio de fuego á quienes tuvieron el fuego del amor divino.

CAPÍTULO VIII.

Como debia el mundo acabarse con fin tan espantoso, y en que se hiciese juicio general de todo él.

El tener fin las cosas temporales era bastante causa para su desprecio; porque todo lo que ha de venir á no ser está muy cerca del mismo no ser, y dista muy poco de la nada: lo cual debe tenerse en poca mas estimacion que la nada. Pero añádese á esta condicion del fin la cir-

(1) Lesius, de perfect. divin. lib. 13, cap. 10.

cunstancia tan notable del modo del fin tan espantoso y terrible que han de tener las cosas (como habemos visto), y para eso me he detenido tanto en declararle, para que se echase de ver en este modo de remate tan extraño lo que ha añadido nuestra malicia con el abuso que de las cosas tiene, porque las hemos puesto tales con nuestros vicios, que son mucho menos por culpa nuestra, que ellas son por condicion suya, y así son, como están ahora, muy para despreciarse. Los deleites naturales mas puros y menos dañosos son por su naturaleza que lo que los ha hecho la malicia humana, volviéndolos mas costosos, mas peligrosos, mas dificiles y así menores, cuanto mas tienen de riesgo y de dificultad; porque no puede dejar de haber alguna pena donde se ve peligro, y cuanto hubiere de pena ó cuidado se quitará de gusto; porque tanto menos dulce será la miel, cuanto en ella se mezclare de hiel, y un generoso vino revolviendo con él un poco de vinagre se corrompe: en lo cual se echa de ver el desacierto de nuestro apetito, que por aumentar gusto los ha disminuido, y no ha inventado menos penas que ha procurado fabricar contentos, queriendo añadir nuevos gustos á los que nos señaló la naturaleza. La gula ya no se contenta con el manjar sabroso; sino que ha de ser costoso, y procura lo mas peregrino: no se contenta solamente con el sabor en el manjar, busca tambien el color y olor: no se contenta con que se guise la comida, sino que se ha de pintar: no solo se contenta con que se pinte, sino que quiere tambien que se adobe con varios aromas: ya no solo sal ó azúcar ha de sazonar lo que se come, sino ámbar y algalia. Ni se contenta el tacto con el abrigo del vestido, busca tambien en él color, forma y coste; porque siendo el vestido para cubrir y abrigar los miembros humanos, mas se gasta en hechura para que parezca bien á otros, que para que abrigue á quien le trae; y de la necesidad de la naturaleza tomó ocasion para alimentar los vicios, y sirven mas los vestidos á la soberbia y ambicion del ánimo que á la desnudez del cuerpo.

Pero ¿qué mucho no nos contenten estas cosas con su uso natural, si nuestra misma naturaleza no nos contenta por sí misma, y se buscan artificios con que se adultere? Tíñense el cabello no solo las mujeres, sino los hombres. La cara se quiere desmentir y la estatura, y con injuria del Criador se atreve la criatura á hacerse de otra manera que Dios la hizo. Tampoco las riquezas se miden ya por la necesidad humana, ni aun por la comodidad, sino por la arrogancia; y no tanto se mira en su adquisicion y uso por la vida y gusto, cuanto por el fausto, por lo cual gastando mas quieren muchos perder el uso de ellas; porque siendo las riquezas para remedio de la necesidad, lo que con su uso bastara para quitarla, su abuso la aumenta. Y así suele ser que los mas ricos son los que carecen de mas cosas, y los mas poderosos sienten mayor necesidad, y están mas empeñados. La honra y fama está tan adulterada, que no solo se desea por las virtudes, sino tambien por los vicios. To-

dos estos abusos de las cosas son delitos del mundo, que ha hecho mas trabajosa y peligrosa la vida humana, que ella lo es por su necesidad y condicion. Y así convino que el mundo tuviese fin de tanto estruendo; pues su abuso ha sido de tanta desvergüenza, y que juntamente se haga juicio de todo él en los que de cosas tan despreciables han apreciado y sustentado en hombros su vanidad y locura. Los filósofos antiguos pusieron la felicidad del hombre y la virtud en vivir segun la naturaleza. Pues ¿qué contento puede haber donde se han inventado todas las cosas de la vida con artificio y malicia, y tan fuera de lo que la naturaleza pide? Y ¿qué virtud puede haber en quien viviere conforme á tanta malicia? Pero considerando los cristianos que no solo deben vivir segun la naturaleza, sino segun la gracia é imitacion de Cristo, echarán de ver cuán justo es que se les tome cuenta del abuso de las cosas tan contra el gusto divino.

§ II.

Y así no solo es lo que hemos dicho en el capítulo pasado lo que hay de terror y espanto en el fin de todo tiempo, sino tambien la cuenta de él que ha de tomar Dios á todos los mortales: porque así como en muriendo un hombre particular se hace de él juicio particular, así tambien en muriendo el mundo se ha de hacer de todo él juicio general; y así como lo mas terrible de la muerte de uno es haber de tomar Dios en ella cuenta de toda su vida, así tambien lo mas terrible del fin del mundo es la cuenta universal y juicio estrecho que Dios ha de hacer en él de todos. Cuando pida cuenta al linaje humano de sus beneficios divinos, y haga juicio del abuso de ellos y de todos los pecados de los hombres, dándoles á entender lo que los pecadores fueron para con Dios, y lo que Dios fue para con ellos, esta sola verdad, conocida como es, ha de ser mas terrible cosa para los malos que cuantas plagas precedieron antes, de terremotos, inundaciones, tempestades, langostas, pestes, hambres, guerras, rayos y fuego. Y así dijo bien Guidon Cartusiano (1) que la mas terrible cosa de aquel dia ha de ser la verdad que se ha de manifestar contra los pecadores; y sin duda ninguna, ni los truenos estupendos, ni el bramar furioso de los mares, ni otro prodigio de aquel último tiempo así ha de aterrar á los malos como ver la razon que Dios tiene para ser servido, y la poca razon que ellos tuvieron para no servirle. Convino, pues, mucho que despues del juicio particular que se hace de cada hombre se haga un juicio universal de todos, en que Dios muestre al mundo la razon que en todas las cosas tiene, y dé satisfaccion general de su justicia aun á los condenados y á los mismos demonios. Tambien porque con la muerte del hombre no suelen morir todas sus co-

---

(1) Guido Cartus. in med.

sas, porque queda despues de él su memoria, como notó santo Tomás (1); quedándole los hijos, quedan muchas obras suyas, quedan sus ejemplos, queda su cuerpo, y quedan las cosas en que puso su aficion. Todas estas cosas es razon que entren en el juicio entero que se ha de hacer del hombre, para que no piense que solo le han de tomar cuenta de su vida, sino de lo que deja despues de ella. La memoria y fama de uno despues de la muerte muchas veces no corresponde al merecimiento de la vida; y es justo que este engaño se deshaga, y que el virtuoso á quien no estimó el mundo le reconozca por tal, y que el que tuvo fama y gloria sin tener el mérito de ella se le trueque en confusion y vergüenza.

¡Oh qué engañados se hallarán los ambiciosos que por dejar nombre de sí ni guardaron con otros justicia ni consigo virtud! ¡Cómo se les trocará su gloria en ignominia! Veamos algunos que han llenado al mundo con su fama, los cuales padecerán mayor afrenta cuando la honra que el mundo les hizo fue mayor. ¿Quiénes mas gloriosos en el mundo que Alejandro Magno y Julio César, á los cuales honró sobre todos los mortales por valientes, continuándose esta gloria por tantos siglos? ¿Qué hicieron sino injusticias y tiranizar lo ajeno, sin título ni derecho, y derramar sangre de muchos inocentes por hacerse señores de la tierra? Todas estas acciones fueron viciosas, y asi indignas de honra, fama y memoria entre los hombres; por lo cual, pues han estado en su memoria y admiracion tantos centenares de años, ha de caer sobre ellos en un dia tanta ignominia y confusion, que recompense toda la honra pasada que indignamente tuvieron, y ellos viciosamente desearon. Fue esta ambicion con tal extremo en Alejandro, que oyendo decir á Anaxarte filósofo que habia muchos mundos, suspiró con grande sentimiento, diciendo: ¡Miserable de mí que aun no soy señor de uno! Esta diabólica ambicion fue alabada de muchos por grandeza de ánimo, siendo la mayor ambicion del mundo, pues no cupo en él, y con un solo deseo tiranizó muchos mundos, y cometió millones de injusticias; y así será castigado con ignominia pública de todos los hombres del mundo, no solo porque se recompense la fama que indignamente posee, sino tambien el mal ejemplo que á otros dió, principalmente á Julio César, que así como lo imitó en la tiranía, lo hizo tambien en la ambicion y deseo de honra vana, el cual viendo en Cádiz, cuando estaba por cuestor en España, una estatua de Alejandro, suspiró (2), diciendo: ¡Ay que en la edad que Alejandro habia ya sujetado á toda la Asia yo no he hecho cosa de importancia! Por cosa de importancia tuvo tiranizar todo el mundo, y por ser él señor cautivar á su patria. De la misma suerte Aristóteles, tan celebrado por sus escritos, en los cuales se desveló por

---

(1) 3 p. q. 59, art. 5. — (2) De Alexandro vide Valer. Maxim. l. 8 de Jul. Cæs. vide Fulgos. l. 8.

ganar gloria, y por alcanzarla mayor, refutó á otros filósofos poco ingénuamente, tomando sus palabras en diverso sentido que ellos las dijeron. No fue este su trabajo digno de gloria, pues no fue virtud trabajar por la gloria, y con tan poca sinceridad y llaneza; y así le espera igual confusion á la honra que le hacen ahora. Y pues echó en vergüenza á Teodecte su discípulo, su ambicion le causará á él mayor confusion. Dió Aristóteles á este su discípulo Teodecte unos libros del Arte oratoria para que los publicase; mas despues, envidioso de que se llevase la honra otro, publicó que eran suyos, y así en otros libros que escribió se alega á sí mismo, diciendo: Como lo dije en los libros de Teodecte. En esto se echa de ver la ambicion de la gloria de Aristóteles, y que así fue indigno de ella, y pagará con justa ignominia la injusta gloria que hoy tiene. De suerte que no solo son vanos los deseos de memoria y fama entre los hombres por haberse de acabar con el mundo toda memoria, y tener fin con las demás cosas la fama; pero tambien porque se ha de satisfacer la gloria no merecida y pretendida con empacho y confusion igual, equivaliendo la afrenta de un dia á la honra y fama de millares de años; porque no podrán en diez siglos ser admirados de tantos los hombres mas famosos de la gentilidad, de cuantos serán confundidos en un dia. ¿Cuántos no conocen ahora que ha habido Alejandro en el mundo, ni han oido en su vida á Aristóteles, y en aquel dia le conocerán, no por su fama, sino por su confusion? Á Alejandro afamado y honrado le ignoran ahora mas gentes que le conocen: los japones, los chinos, los cafres, los angolanos, y otros extendidísimos pueblos y naciones del orbe no saben quién fue, y en aquel último dia sabrán que fue un ladron de reinos, salteador público del mundo, gran bebedor y mayor ambicioso.

Lo mismo que en la memoria y fama ha de pasar en los hijos, en los cuales dice santo Tomás (1) viven los padres, y de muchos buenos salen hijos malos, y al contrario de los malos nacen hijos buenos; y serán en aquel dia confusion de los que los engendraron, la cual tendrán tanto mayor, cuanto menos buen ejemplo les dieron: y de lo malo que tomaron, no solamente los hijos, sino los extraños, ha de hacer riguroso juicio el Señor; y no solo del ejemplo, pero de cuanta ocasion de mal hubieren dado á otros, particularmente en las obras malas, ó con el efecto de ellas que queda despues de la muerte: como del engaño de Arrio, dice el angélico Doctor (2), y de otros hombres engañados nacieron varios errores y herejías hasta el fin del mundo. Conviene que se vea en el último de los tiempos el daño ó bien que en todo tiempo hubiere ocasionado uno, y cuide de sus obras, no solo por sí, sino tambien por los otros. Es terrible cosa lo que nota Cayetano sobre el artículo del

(1) S. Thom. supra. — (2) In 3 p. q. 59, art. 5. Unde patet ad ea etiam quæ per accidens sunt, divina se extendere judicia.

angélico Doctor, que á aquellas cosas que son *por accidente*, como hablan los teólogos, esto es, las que son sin querer ni pretenderlas se extiende el juicio divino.

Advierte tambien santo Tomás que por razon del cuerpo, que queda despues de la muerte, conviene que se repita el juicio de cada uno en el universal de todo el mundo; porque muchos cuerpos de hombres justos han sepultado las fieras en sus vientres, ó quedado sin enterrar: al contrario grandes pecadores han tenido suntuosos entierros y magníficos sepulcros: esto se ha de recompensar en aquel dia del Señor. Y el pecador que gozó rico mausoleo verá su cuerpo miserable sin resplandor ni lustre, antes afligido con intolerables tormentos; mas el justo, que murió sin sepultura y comido de las aves, estará con resplandores del cielo y con cuerpo muy glorioso, llevando el malo mayor confusion por la honra que gozó su cuerpo. Consideren esto los que consumen costosas expensas en edificarse grandes túmulos y vistosas urnas, grabando en mármoles sus nombres, hechos y dignidades; será todo para mayor confusion y pena, si fuesen condenados. De esta vida no se han de llevar sino las buenas obras; y á las malas que hiciere uno en vida no añada el de la gloria vana en buscar despues de muerto gloria. ¿Qué tendrá el rey Porsena de lo que gravó y afligió á su reino para edificarse á sí un sepulcro, dejando en él (por su rara y suntuosa obra) testimonio de su locura y soberbia (1)? Tambien al emperador Adriano la gloria de su sepultura, con que parecia ilustrarse toda Roma, se le trocará en afrenta. Últimamente enseña santo Tomás que las cosas temporales en que cada uno puso su aficion, para que unas duren mas tiempo despues de muerto y otras menos, han de entrar en el juicio divino. Miremos bien en qué cosas ponemos el corazon, pues nos podrán servir de castigo con el cumplimiento de nuestros mismos deseos. Las cosas de la tierra que mas amamos y deseamos que duren, si no duran, será justo castigo de nuestra aficion terrena; y si duran, temamos no sea en premio temporal de alguna obra buena, y se nos disminuya ó quite el eterno. Además de esto, porque no solo pecó el alma del hombre, sino todo el hombre en cuerpo y alma, conviene que cuerpo y alma sean juzgados, y parezcan ante el tribunal de Cristo, y que sea en publicidad, para que nadie se fie para pecar de secreto; pues ha de ser publicado su pecado, y sabido de todos los hombres del mundo que son, fueron y serán. ¡Terrible cosa! Mas este paso del juicio divino que, segun dijimos del santo Job, les parece á los Santos mas terrible que padecer los tormentos del infierno; con todo eso ha de ser dos veces, y repetirse trance tan amargo á los pecadores, siéndoles aun la segunda vez de mayor confusion que la primera.

---

(1) Plin. l. 39, c. 13.

CAPÍTULO IX.

Del último dia de los tiempos.

Para venir á tratar del modo como se ha de hacer este juicio universal de todos los tiempos y hombres, se ha de suponer que el fuego que ha de preceder, antes que baje Cristo para hacer justicia general del mundo, se ha de continuar en su asistencia y venida; y despues de subido á los cielos con todos los justos, ha de acabar de purificar los elementos, como advierte Alberto Magno (1), y se colige de varios lugares de la sagrada Escritura. Tambien se ha de suponer que esta venida ha de ser la de mayor terror y majestad que haya hecho persona divina por sí misma ó por alguna criatura (2); porque si por solo dar la ley un Ángel que representaba á Dios vino al monte Sinai con tal majestad, que hizo estremecer al pueblo hebreo con estar apercibido para ello y muy purificado; cuando venga el mismo Señor de la ley á tomar cuenta de ella, ¿con qué aparato, majestad y terror aparecerá de repente á los hombres que han de ser juzgados en el último dia de los tiempos, en el cual sin reparo se han de representar todos?

El dia en que se dió la ley fue muy memorable á los hebreos, y este dia final en que se tomará cuenta de la ley ha de ser horrible, y quedará en eterna memoria de los hombres. Pues para decir lo que ha de pasar en él, digamos primero lo que pasó en el que se dió la ley, para que de la horribilidad del uno colijamos la terribilidad del otro, y de la majestad con que vino un Ángel entendamos la majestad con que vendrá el Señor de los Ángeles. Á los cincuenta dias despues de haber salido los hijos de Israel de Egipto, despues de haber sucedido tan espantosas plagas en aquel reino, y sepultádose en las aguas del mar Rojo todos los gitanos infieles que les seguian, y estando los hebreos alojados cerca del monte Sinai (3), se vió que venia por los aires de muy léjos (esto es, desde el monte Seir, que está en Idumea) un Señor de grande majestad, acompañado de infinita multitud de Ángeles, tanto, que David cantó que rodeaban á su carroza diez mil Ángeles, y Moisés dijo que millares, y traia en su mano derecha la ley toda de fuego. Este que venia tan autorizado y rodeado de soberanos espíritus no era el mismo Dios, sino un Ángel, como advirtió san Estéban (4), el cual era san Miguel, que por venir en nombre de Dios se llama en la sagrada Escritura Señor, y venia con tanta guarda y acompañamiento, y tambien sobre espesas nubes que arrojaban rayos y resonaban con espantosos true-

---

(1) Albert. Mag. in compend. theol. l. 7, c. 15. — (2) Lesius, de perf. div. 13, c. 30 et 33. — (3) Deut. XXXIII. Vide Barrad. l. 6 itiner. c. 5. Ps. LXV.
(4) Act. VII.

nos. Desde el monte Seir vino hasta el monte Faran (1), que cae en la tierra de los israelitas, y de allí vino tambien por el aire con la misma majestad; y desencajándose de su asiento muchos collados, y estremeciéndose los mas altos riscos hasta llegar al monte Sinai (2), donde estaban los de Israel, los cuales al amanecer del alba se asombraron y estremecieron, oyendo de repente truenos horrendos, y viendo relampaguear infinitas veces una nube muy negra y densa que cubria el monte con una lluvia, torbellino y tempestad grande, como dice el Apóstol (3), y trastornándose las cumbres de algunos montes; y juntamente resonó una trompeta tan vehemente, que tembló todo el pueblo que estaba en sus reales: todo el monte humeaba; porque bajó á él aquel Ángel con tan grande fuego, que llegaba el incendio desde la tierra hasta el cielo, del cual salia humo tan negro como de un horno de cal, y estaba tal todo el monte, que aterraba con su vista; y con haberse estremecido todo como un grande terremoto, estaban al pié de él los hebreos temblando de espanto; y el sonido de aquella trompeta iba siempre creciendo mas y mas, con que aumentaba su pavor y miedo: y habiendo mandado al pueblo por Moisés que no se llegase alguno al monte, porque no se muriese (tanto como esto queria ser respetado aquel Ángel), empezó á promulgar la ley con voz espantosa; porque no cesando los truenos horrendos, ni los relámpagos espantosos, ni la sonora y penetrante voz de la trompeta, pronunció la ley el Ángel con una voz tan viva y levantada, que sobrepujando al estruendo de los truenos y ruido de la trompeta, resonó tan clara y distintamente, que todas las personas de los reales hebreos que estaban extendidos por aquellos campos, llegando todos á tres millones de almas, la oyeron, percibieron y entendieron con toda claridad; porque era tan penetrante, que se les imprimió en las entrañas, hablando con cada uno como si él fuera solo, causando en todos tan grande reverencia, estremecimiento y pavor, que pensaron morir si pasara mas adelante el hablar el Ángel; y así pidieron por gran merced que no les hablase mas si no es por medio de Moisés, porque temian morir (4); pero el mismo Moisés, con estar acostumbrado á ver y hacer tantos prodigios, y ser de un ánimo muy grande y generoso, confesó su temor, diciendo: *Aterrado estoy y temblando*, como notó san Pablo (5).

Considere uno qué dia tan memorable seria este para aquella gente en que vieron tales visiones, y oyeron tales voces, y sintieron tales terremotos, que se estremecieron con tan notable pavor, que pensaron morir. ¿Á quién no espantaria ver por esos aires y tan de léjos que venia aquel Ángel con tan grande majestad, y acompañado de tanta mul-

---

(1) Deut. XXXIII. — (2) Exod. XIX. — (3) Hebr. XIII, 4. — (4) Deut. XVIII. Ultra non audiam vocem Domini, et ne moriar. — (5) Hebr. XII. Moyses dixit: Exterritus sum, et tremebundus.

titud de espíritus, y viniendo con tantos truenos, rayos y lluvia, parar en el monte Sinaí, que estaba tan cerca de los hebreos, y luego ver temblar todo el monte, y arder en llamas, y cubrirse de humo con una niebla densísima, y oir el sonido espantoso de aquella trompeta, y sobre todo la voz tremenda del Ángel con que promulgaba la ley? Me espanto por cierto del temor que tuvieron en dia tan prodigioso con tantos prodigios. Pero no tiene que ver con el dia en que vendrá el mismo Señor de los Ángeles á pedir cuenta de su ley; porque despues de haber enviado al mundo mucho mayores plagas que fueron las de Egipto, y abrasado con aquel diluvio de fuego á los pecadores del mundo, quedando vivos los Santos que en él hubiere, para que se cumpla literalmente el haber de venir Cristo á juzgar los vivos y los muertos, perseverando aun aquel incendio del mundo, á vista del valle de Josafat, se romperán los cielos, y bajará el Redentor del mundo á juzgarle con una majestad inmensa; porque todos los Ángeles del cielo le han de venir acompañándo en forma visible con resplandores admirables. Irá delante del Juez de vivos y muertos su señal, que será, como dice san Juan Crisóstomo y otros muchos Doctores (1), la propia cruz en que redimió al mundo. Los justos que estuvieren vivos (porque será tan grande la fuerza del espíritu, que llevará tras sí al cuerpo pesado, como vemos que ha acontecido á algunos Santos) se levantarán en el aire para recibir á su Redentor, como dijo el Apóstol; el cual al salir de los cielos, con una voz que se oiga por todo el mundo, pronunciará este mandato: *Levantaos, muertos, y venid á juicio* (2); y cuatro Ángeles con unas trompetas intimarán lo mismo en cuatro hemisferios del mundo con tanta vehemencia, que llegará su voz hasta los abismos infernales (3). Entonces saldrán del infierno las ánimas de los condenados, y entrarán dentro de sus cuerpos, los cuales desde aquel punto padecerán los terribles tormentos del infierno. Saldrán tambien del limbo las ánimas de los que murieron con solo pecado original, y poseerán sus cuerpos sin pena ni tormento. Vendrán tambien las ánimas de los bienaventurados, y llenarán á sus cuerpos de los cuatro dotes de la gloria, volviéndolos mas resplandecientes que el sol, y con el dote de agilidad se juntarán con los justos que quedarán vivos despues del incendio del mundo, y se levantarán en el aire en cuerpo pasible, y así no pudiendo sufrir un cuerpo mortal los afectos de su corazon que tendrán muy vehementes, de gozo, deseo, reverencia, amor y admiracion de Cristo, morirán, y al improviso verán la Esencia divina; y serán sus almas con gran presteza unidas otra vez á los cuerpos, antes que puedan tener corrupcion, ni aun caer al suelo, los cuales quedarán desde entonces gloriosos; porque en aquel instan-

(1) Chrys. tom. 3, serm. de Cruce, et Latr. Waldens, tom. 3, tit. 20, c. 110. Granada, de noviss. tract. 4 ad 3. Gretserus Valentin. — (2) Joan. v. Omnes, qui in monumentis sunt, audient vocem Filii Dei. — (3) Lesius, lib. 13, cap. 21.

te que murieren serán purificados de los malos humores y cualidades que tienen ahora nuestros cuerpos: para lo cual convino que muriesen, y entre tanto se limpiasen de toda hez, y restituyéndoseles el alma bienaventurada, recibiesen los cuatro dotes de gloria. Considere uno qué efectos tan diferentes pasarán aquí por las almas de los hombres. ¿Quién podrá explicar el gozo de las almas santas cuando se vean tomar posesion de sus cuerpos tan hermosos y bellos, habiendo estado antes comidos de gusanos, ó fieras, ó deshechos en cenizas y polvo, algunos por cuatro mil ó cinco mil años? ¿Qué gracias darán á Dios, que despues de tan largo tiempo se les restituirá su antigua compañia? Y ¿qué parabienes darán las almas de los que vivieron en aspereza y penitencia al cuerpo, por las aflicciones y rigores que padeció, por los cilicios, disciplinas y ayunos que observó? Al contrario, las ánimas de los condenados ¿qué rabia tendrán con sus mismos cuerpos, pues por regalarlos y darles gusto fueron ocasion de sus tormentos y desdicha eterna? Como los miserables condenados no tendrán el don de agilidad, no podrán por sí mismos ir al lugar del juicio, y así serán llevados mal de su grado, temblando ellos de pavor y fiero miedo.

§ II.

Estando, pues, los réprobos en el valle de Josafat y los predestinados en el aire, acabará de llegar el Juez sobre el monte Olivete, á quien servirán de carroza las nubes. Vendrá Cristo con su cuerpo glorioso (1), echando de él resplandores tan incomparables, que en su comparacion será el sol un carbon; porque aunque los predestinados resplandecerán como el sol, los sobrepujará tanto la luz y claridad de Cristo, cuanto ahora excede el sol á las estrellas, lo cual será una vista admirable, y mas con el acompañamiento que tendrá; porque será de cuantos espíritus soberanos hay en el cielo, los cuales como son millares de millares, y tomarán de aire cuerpos muy resplandecientes, conforme á la jerarquía y dignidad de cada uno, llenarán toda la region del aire y fuego, y cuanto espacio hay hasta el cielo con admirable variedad y hermosura. Asentaráse Jesucristo en un trono de grande majestad, hecho de una nube blanca y bellísima que echará de sí luces admirables: mostrará un rostro muy apacible para los buenos, y con ser uno mismo, será terribilísimo á los malos. De esta misma manera, de sus llagas sacratísimas saldrán rayos de claridad muy suaves y amorosos para los justos; pero para los pecadores serán como de fuego y de ira, y llorarán amargamente por lo mal que se aprovecharon de ellas (2). Será tan grande la majestad de Cristo (3), que los muy miserables condenados y los mismos demonios, por mas odio que le tengan, se le sujetarán y adorarán,

(1) Zach. I. — (2) Psalm. CIX. — (3) I Cor. XV; Philip. I.

y, aunque les pese, le conocerán por su Dios y Señor, hincándole la rodilla los que mas le blasfemaron y ultrajaron su nombre: cumpliéndose aquí totalmente la promesa que el Padre eterno le hizo de sujetar todas las cosas, y poner á sus enemigos debajo de sus piés, y que toda rodilla se le hinque. Aquí verán los judíos con gran confusion suya al que crucificaron. Aquí verán los malos cristianos al que tornaron á crucificar con sus pecados. Aquí verán los pecadores tan glorioso al que despreciaron por una vileza de la tierra. ¡Qué pasmo será ver aquel Rey de tanta gloria y magnificencia, que fue el mismo que padeció tantas ignominias en la cruz, y despues las padeció de aquellos mismos que redimió con su sangre! ¿Qué dirán entonces los que por burla coronaron al Señor con espinas, y dieron por cetro una caña, y vistieron de una ropa colorada, vieja y rota, y le abofetearon y escupieron en la cara? Y ¿qué dirán los que proponiéndoseles Cristo por delante con toda su pasion y muerte penosísima, no les hizo nada de fuerza, y cometieron contra él tantos pecados, no haciendo mas caso de su sangre derramada por su bien, que si fuera de un tigre ó de su mayor enemigo? ¡No sé cómo la memoria de esto no nos parte el corazon y mueve á grande compuncion! Tomemos el consejo de un santo Padre del yermo (1), al cual como preguntase uno qué haria para ablandar su corazon, respondió: que se acordase de cuándo habia de parecer delante del Señor que le habia de juzgar, cuya vista será tan espantosa á los malos, que dijo otro santo monje: Que si fuera posible morir las almas en la venida del Hijo de Dios á juicio, todo el mundo se quedaria muerto de espanto y pavor.

Al lado de Cristo nuestro Señor se pondrá otro trono de grande gloria y majestad para su santísima Madre, no para abogar entonces por los pecadores, sino para que se confundan de no haber querido valerse de su amparo y patrocinio, y ella quede honrada delante de todo el mundo. Estarán tambien al rededor de Cristo otros tronos para los sagrados Apóstoles, y otros Santos pobres de espíritu que dejaron todas las cosas por Cristo, los cuales han de asistir con su Redentor como jueces, condenando con su vida ejemplar la vida escandalosa de los pecadores, y aprobando la sentencia del supremo Juez, y declarando en su nombre su grande justicia: con lo cual quedarán pasmados de admiracion y espanto los malos; y sucederá aquí lo que tantos años há tiene profetizado el Sábio (2): *Viendo los malos á los justos, que fueron mas despreciados en vida, tan honrados, se turbarán con un temor horrible, y se maravillarán de su salvacion tan no esperada, diciendo entre sí con grande dolor, gimiendo de angustia y pena: Estos son los que en algun tiempo nos fueron materia de risa y mofa: nosotros insensatos y necios pensábamos que su gloria era locura, y que su fin habia de ser sin honra: hé aquí que son contados entre los hijos de Dios, y su suerte es entre los Santos.*

---

(1) In vitis Patrum. — (2) Sap. v.

Luego errados anduvimos del camino de la verdad, y no nos amaneció la luz de la justicia, y el sol de la sabiduría no nació para nosotros. Cansámonos en el camino de la maldad y perdicion: anduvimos por veredas muy difíciles; pero ignoramos el camino del Señor. ¿Qué nos aprovechó la soberbia? Y ¿qué bien nos trajo el fausto de las riquezas? Pasáronse todas estas cosas como sombra, y como un correo que pasa de corrida, y como una nave que atraviesa el agua instable, de la cual no queda rastro despues de haber pasado; y somos consumidos en nuestra malicia. Los tiranos que afligieron y martirizaron los Mártires, cuando les vean gloriosos, ¿qué dirán? Los que atropellaron la justicia y derecho de los pobres de Cristo ¿qué harán cuando les vean ser sus jueces? Y ¿qué harán y qué dirán entonces los inicuos jueces, viéndose aquí condenados por sus injustas sentencias, cumpliéndose lo que dijo Salomon (1): *Vi un grande mal debajo del sol, que en el trono del juicio estaba la impiedad, y en lugar de la justicia la maldad, y dije en mi corazon: Dios ha de juzgar al bueno y al malo, y entonces se verá quién es cada uno?* Acá en esta vida el justo y el pecador no tienen siempre el lugar que merecen: muchas veces el malo ocupa la mano derecha y el santo la izquierda. Cristo deshará estos agravios, y apartará el trigo de la zizaña, y á los buenos pondrá á su mano derecha levantados en el aire para que todo el mundo los honre como santos, y á los malos pondrá á la izquierda, dejándolos en la tierra para que todos los desprecien y confundan. ¿Qué envidia tendrán los pecadores á los buenos cuando los vean tan honrados, y á sí tan despreciados (2)? ¿Qué confusion tendrá un rey cuando vea en tan alta honra á su vasallo, y un señor cuando mire á su esclavo entre los Ángeles, y á sí que está en igual abatimiento con los demonios? Porque tambien parece que tomarán cuerpos aéreos los demonios, para ser vistos sensiblemente de los malos, y estarán entre ellos para mayor afrenta y tormento suyo.

§ III.

Luego se abrirán los libros de las conciencias, y se publicarán los pecados de todos: veránse los secretos del corazon, y los pecados torpes de obra que se cometieron á escondidas, y los que por vergüenza se callaron en la confesion ó se encubrieron con excusas. Manifestaránse las intenciones torcidas, las traiciones ignoradas y virtudes fingidas. Conoceránse allí los amigos fingidos, las mujeres adúlteras, los criados infieles, los testigos falsos, con grande confusion de verse descubiertos. Porque si ahora tanto siente uno que se murmure de él, ó que su hecho infame se diga á dos hombres, ¿cómo se sentirá que se publiquen todos juntos á todos los hombres y Ángeles? ¿Cuántos hay que si supieran

---

(1) Eccles. III, 16, 17. — (2) Lesius, de perfect. divin. lib. 13, cap. 22.

que sabia su padre y hermano lo que habian cometido de secreto, ó pensaban cometer, se moririan de pena? Mas en aquel punto lo sabrán sus padres, sus hermanos, sus amigos y enemigos, y todo el mundo con una grande confusion. Manifestaránse tambien las buenas obras de los justos, por secretas que las hicieren, sus santos pensamientos, piadosos deseos y puras intenciones, y las obras santas que el mundo tuvo por malas y por locura, y así las calumnió; pero en aquel punto serán honrados por ellas. Veráse allí con toda su hermosura la virtud que es admirable, y el pecado con toda su fealdad que es horrible. Allí se verá cuán decente y hermosa cosa fue el humillarse uno siendo grande; el callar siendo injuriado, el perdonar siendo agraviado, y rendirse y sujetarse á otros. Al contrario, se verá cuán insolente y horrenda cosa es el querer atropellar á otros, el injuriar al humilde, el querer vengarse y señorear á todos. Descubriránse tambien las buenas obras que hicieron los malos, para mayor afrenta suya, por no haber perseverado en el bien; y acordándose de los buenos consejos que dieron á otros que se salvaron por ellos, quedarán avergonzados por no haberlos tomado para sí: y aunque tambien los pecados de los justos serán publicados, serán juntamente con la penitencia que hicieron y el bien que de ellos sacaron; de suerte, que no les sean de confusion, sino motivo de alabanzas divinas de aquel Señor que les quiso perdonar. Será gran despecho y confusion de los malos ver en tanta honra á los que hicieron iguales pecados y aun mayores que los suyos, por haber hecho con tiempo penitencia, la cual ellos despreciaron. Acrecentarán la confusion de los pecadores los cargos que interiormente les hará Dios de sus beneficios divinos, á la cual ayudarán los mismos Ángeles de guarda, que darán testimonio de lo mucho que hicieron para disuadirlos y desviarlos de su mala vida, y como ellos fueron rebeldes á sus santos avisos é inspiraciones. Tambien los Santos les acusarán, porque se rieron de sus consejos; otros por el peligro en que se vieron con los malos ejemplos que les daban.

Pronunciará luego el justo Juez con voz sensible la sentencia en favor de los buenos con estas palabras amorosas (1): *Venid, benditos de mi Padre, poseed el reino que se os aparejó desde la creacion del mundo.* ¿Qué gozo será el que sentirán en esta ocasion los santos? Y ¿cómo se les romperá el corazon de envidia y fierísima rabia y despecho á los pecadores, y mas cuando vean se pronuncia contra ellos la sentencia contraria, hablándoles Cristo con la severidad que significó el profeta Isaías, cuando dijo (2): *Sus labios están llenos de indignacion, y su lengua es como fuego voraz?* Mas terrible que todo fuego y tormento les parecerá á los miserables condenados la voz del Hijo de Dios, cuando les diga:

---

(1) Abul. in Matth. Jansen. Sot. Lesius, lib. 13 de divin. perf. cap. 22 et alii.
(2) Isai. xx. Labia ejus repleta sunt indignatione, et lingua ejus quasi ignis devorans.

Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno que está aparejado para Satanás y sus ángeles. Quedarán con esta sentencia aterrados y cubiertos de confusion y llanto. Con solo oir la voz enojada de san Pedro quedaron muertos Ananías y Safira; ¿qué harán los malos oyendo la voz de Cristo airado? Echaráse bien de ver esto por lo que pasó á santa Catalina de Sena (1), la cual porque no gastó mejor un poco de tiempo fue reprendida por san Pablo, y dijo: Que quisiera mas ser avergonzada delante de todo el mundo que lo que sintió aquella reprension. Pero ¿qué tendrá que ver con la del Hijo de Dios en aquel dia de tanto rigor y venganza? Porque si cuando fue llevado á ser juzgado, con solo dos palabras que dijo, y fueron: *Yo soy,* derribó en el suelo una grande multitud de soldados, quedando todos atónitos; ¿cómo hablará cuando juzgue? En el libro de las Vidas de los Padres, que compusieron Severo Sulpicio y Casiano, se escribe (2), que queriendo un mancebo hacerse monje, pretendia su madre estorbárselo, y traíale para ello muchas razones. Él en ninguna manera quiso condescender con ella, ni volver atrás de sus propósitos, poniendo esto siempre por escudo: Quiero salvar mi ánima, quiero asegurar mi salvacion, que es lo que mas me importa. Con esto respondió á la molesta demanda de su madre. Al fin, como ella vió que no aprovechaban nada sus importunaciones, díjole que hiciese todo lo que quisiese, y así se entró en religion; pero comenzó presto á aflojar y á vivir con mucho descuido y negligencia en ella. De allí á algunos dias murió su madre, y él cayó en una muy grave enfermedad, en la cual un dia le dió tal parasismo, que le sacó de sí, y arrebatado en espíritu fue llevado ante el juicio de Dios, donde halló en el divino tribunal á su madre y otros muchos que con ella estaban aguardando la sentencia de su condenacion. Volvió la madre los ojos, y viendo allí á su hijo entre los que habian de ser condenados, quedó espantada, y díjole: ¿Qué es esto, hijo? ¿En esto has venido á parar? ¿Dónde están aquellas palabras que tantas veces me repetias: quiero salvar mi alma? ¿Para esto entraste en religion? Él quedó tan confuso y avergonzado, que no supo qué responder. Volvió en sí, y fue Nuestro Señor servido que escapase de aquella enfermedad, y considerando que aquella habia sido amonestacion divina, dió una vuelta tan grande, que todo era llorar lo pasado y hacer penitencia, tanto, que muchos le decian que se moderase y remitiese algo del rigor para que no perdiese la salud. Pero él, no admitiendo estos consejos, respondia: Si no puedo sufrir el baldon de mi madre, ¿cómo podré sufrir el de Cristo y sus santos Ángeles el dia del juicio? Acordémonos de esto muchas veces, y no solo nos haga temblar la voz de Cristo enojado, pero la sentencia de sus palabras, con que apartará á los malos de su presencia. Escribe Rafael Columba (3)

(1) In vita, cap. 24. — (2) In vitis Patrum, l. 5 ap. Rosw. — (3) Raph. de Columba, serm. 2 Dom. 1 in Quadrages.

de Felipe II rey de España, que estando oyendo misa oyó hablar entre sí á dos grandes que estaban cerca: disimuló por entonces; pero acabada la misa les dijo con gravedad: Vosotros dos no comparezcais mas en mi presencia. Estas solas palabras les fueron de tanto sentimiento, que el uno se murió de pena, y el otro quedó por toda su vida atolondrado y atónito. ¿Qué será oir al Rey del cielo y tierra: Apartaos de mí, malditos? Y si las palabras del Hijo de Dios son tanto para temer, ¿qué serán las obras de la justicia?

Al punto embestirá en los miserables el fuego de aquel incendio del mundo, y la tierra se abrirá, y el infierno ensanchará su garganta para sepultarlos eternamente en su abismo (1), cumpliéndose la maldicion de Cristo y del salmo, que dice (2): *Venga sobre ellos, y bajen vivos al infierno.* Al caer se cumplirá tambien lo que se dice en otra parte (3): *Caerán sobre ellos carbones: arrojaránlos en el fuego, y no se valdrán en sus miserias*; y en otra parte (4): *Lloverá sobre los pecadores rayos, fuego y azufre.* Finalmente se ejecutará lo que dijo san Juan (5), que el diablo, la muerte y el infierno, y todos los que no estaban escritos en el libro de la vida, fueron echados en el estanque del fuego y piedra azufre, donde serán atormentados de dia y de noche por todos los siglos de los siglos, con el Anticristo y su falso profeta: y esta es la muerte segunda, amarga y eterna, que comprende almas y cuerpos, que murieron la muerte espiritual de la culpa, y la corporal que de ella se siguió. Los justos se alegrarán (segun David) viendo la venganza que toma de los pecadores la divina justicia, y cantarán otro cántico (6) como el de Moisés, cuando fueron los de Egipto hundidos en el mar, y el cántico del cordero que refiere san Juan, diciendo con gran afecto: Grandes y maravillosas son tus obras, Señor Dios todopoderoso: justos y verdaderos son tus caminos, Rey de los siglos. ¿Quién no te temerá, Señor, y engrandecerá tu nombre? Con estos y otros mil cantares de alegrías y júbilo se irán levantando sobre las estrellas en un gloriosísimo triunfo hasta llegar al cielo empíreo, donde se pondrán en los tronos de gloria que han de gozar por eternidad de eternidades. Entre tanto se acabará de purificar la tierra con aquel incendio general, que parece aun estaba contaminada por haber sustentado los cuerpos de los condenados. Renovaránse luego tierra y cielo, y las estrellas y el sol, y resplandecerán siete veces mas que antes; porque las criaturas que se veian oprimidas y ultrajadas de los pecadores con el mal uso que tenian los hombres de ellas, y se habian unas armado contra ellos para vengar las ofensas de su Criador, y otras puesto de luto y llanto, ahora se regocijarán de verse libres de pecados y de pecadores, y, gozosas del triunfo de Cristo, se pondrán de gala y alegría.

---

(1) Lesius, lib. 13 de div. perf. cap. 23. — (2) Psalm. LIV. — (3) Psalm. CXXXIX.
(4) Psalm. X. — (5) Apoc. XX. — (6) Exod. XV.

Este es el fin en que ha de parar todo tiempo: este remate tan tremendo para los malos han de tener todas las cosas temporales. Miremos cómo usamos de ellas; y para usar bien de ellas acordémonos de su fin y de este dia último, de este dia de calamidad y de justicia, de este dia de temor y espanto, que servirá mucho su memoria para reformar nuestras vidas. Pensemos en él y temámosle; porque es la cosa mas terrible de las terribles, y provechosísima su consideracion para causar el temor santo de Dios y convertirnos á él. Escribe Juan Curopalata (1) que el rey Borgoris de los búlgaros, siendo pagano y tan dado á cazar fieras, que gustaba de verlas pintadas en su casa muy bravas y horribles, mandó á Metodio monje, que era buen pintor, le hiciese una pintura tan horrible que causase temor el verla. El prudente Monje no hizo sino pintarle el dia del juicio. Llamó luego al Rey para que viese lo que habia pintado: él, cuando lo vió, quedó tan espantado de aquel acto de justicia, viendo al Hijo de Dios juzgar los hombres, y que los justos eran coronados y los malos castigados, que todo asombrado dejó su mala vida, y se convirtió á la fe de Jesucristo. Pues si solo el juicio pintado es tan terrible, ¿qué será ejecutado? Cási lo mismo sucedió á san Dositeo (2), el cual siendo mancebo muy regalado, no habia oido decir en toda su vida que hubiese de haber dia de juicio, hasta que acaso se encontró con una pintura en que vió las penas de los condenados, de cuya vista quedó atónito; y no sabiendo lo que era, llamó una matrona, que se lo declaró con tanto espanto de él, que estaba como muerto, no pudiendo respirar por lo mucho que estaba fuera de sí de pavor y miedo. Cuando cobró mas aliento, preguntó qué haria para no caer en aquella suerte miserable. Y respondióle: que ayunar, abstenerse de carne, y orar. Empezó desde luego á ejecutarlo, y aunque se lo estorbaban y disuadian los de su casa, á él le quedó tan fijo el temor santo de Dios y la memoria de la condenacion eterna en que podia incurrir el dia del juicio, que no cesó de su propósito y rigurosa penitencia hasta que entrándose monje la continuó con mas fruto. Tengamos, pues, siempre en la memoria este dia de temor, para que vivamos con él toda esta vida, y gocemos de la eterna bienaventuranza.

---

(1) Joan. Curopalata, in hist. ap. Rad. in opusc. et in vitis PP. Occident.
(2) Anony. in elogio Doroth. et Dosith.

LIBRO TERCERO.

CAPÍTULO PRIMERO.

La mudanza de las cosas temporales las hace dignas de desprecio.

Hasta aquí habemos dicho de la brevedad del tiempo, y por consiguiente tambien de todas las cosas temporales, y del fin en que han de rematarse todas: ninguna se exime de la muerte, porque no solo la vida humana, sino todas las cosas que siguen al tiempo, y el mismo tiempo, han de tener fin y muerte. Por lo cual dijo Esiquio, y lo trasladó san Juan Damasceno (1): *Que era el resplandor de este siglo hojarasca, campanillas del agua, humo, pajas, sombra y polvo sacudido del viento; porque todas las cosas de la tierra tienen por fin la tierra.* Pero fuera de su fin tienen otra grande plaga que las hace mas contentibles, que es la instabilidad que tienen y mudanza continua que padecen; porque como el tiempo esté en una continua sucesion y mudanza, como hermano del movimiento y su compañero inseparable, pega esta su mala condicion á las demás cosas que con él pasan, las cuales no solo tienen fin, y ese breve; pero en la misma brevedad que dura tienen mil mudanzas, y antes de la muerte muchas muertes. Cuantas mudanzas tiene nuestra vida, tantas muertes padece por diversas partes y estados; porque así como la muerte es mudanza de la vida toda, así tambien las mudanzas son muerte de parte de la vida. La enfermedad es muerte de la salud, el sueño de la vigilia, la tristeza del gozo, la impaciencia del sosiego, la mocedad de la niñez, y la vejez de la mocedad. La misma condicion tiene el mundo y cuantas cosas en él hay; por lo cual merecen ser tan despreciadas, que se maravilló Marco Aurelio emperador que hubiese hombres que las estimasen; y así dice (2): *De aquello mismo que se hace ahora ya se ha desvanecido alguna parte. Avenidas y alteraciones innovan continuamente al mundo, de la misma manera que un inmenso espacio de tiempo se va con un perpétuo influjo innovando. Pues en este rio y corriente precipitada de las cosas ¿quién podrá estimar lo que así se pasa, oyendo lo que no puede afirmarse? Porque no se diferenciará de aquel que pusiese su aficion y amor en un pajarillo que vió volar por el aire, y des-*

(1) Damas, in Par. lib. 1. — (2) Marc. Aurel. Anton. Philos. lib. 6 de vita sua.

apareció luego de su vista. Esto es de este filósofo. Esta misma causa del desprecio de lo temporal, por las mudanzas que padece, juntamente con el fin á que están sujetas todas las cosas, se nos significó en el Apocalipsi en aquella mujer que tenia la luna debajo de los piés, como nota san Gregorio (1); porque siendo así que su ornato todo era de estrellas y planetas, y pudiendo servir la luna de diadema tan bien como las doce estrellas, no la tuvo sino debajo de sus plantas, por las continuas alteraciones y mudanzas que padece este planeta; por las cuales es figura de las cosas temporales, que por solo su instabilidad merecen ser pisadas, las cuales, no cada mes como la luna, se mudan, sino cada dia; porque en un mismo dia, como dice Eurípides (2), ya es madre, ya es madrastra á los hombres. Lo mismo se significó en aquel Ángel que bajó del cielo, coronado del arco íris (3), que venia á anunciar que el tiempo habia de tener fin, el cual vino á pisar el mar con el pié derecho, que es el que apremia mas y huella con mas fuerza; porque el mar por su gran inquietud es tambien figura de este mundo mudable, perecedero y caduco: y así con mucha razon aquel mismo Ángel que con palabras nos enseñó que el tiempo y todo lo temporal tendrá fin, con señas nos mostró tambien que por sus mudanzas debe ser hollado y despreciado aun antes que llegue su fin, y aunque no llegara, porque basta su instabilidad y poca firmeza. Aun mas vivamente lo significó san Juan (4) cuando dijo que vió á los Santos que estaban de piés sobre el mar. La causa es porque despreciaron y pisaron todas las cosas caducas y frágiles de este mundo; y para declararlo mas añade que el mar era de vidrio, porque no parece hay cosa mas frágil que el vidrio, el cual, con ser muy duro, es sumamente quebradizo é instable.

Esta instabilidad de las cosas temporales no puede dejar de ser muy grande, y por eso son mas despreciables, pues nace de muchas causas: porque así como el mar tiene dos géneros de movimiento, uno natural y otro violento; porque, fuera del contiuuo flujo y reflujo con que crece cada dia y mengua, estando sus olas, aun cuando mas sosegadas, en perpétua inconstancia y mocion, lo cual tiene de su misma naturaleza, padece tambien otras grandes turbaciones de causas exteriores y violentas, cuando récios torbellinos y vientos le alborotan y revuelven sus aguas: de la misma manera es este mundo, que por su naturaleza es deleznable y caduco, y sin violencia exterior padecen las cosas continua mudanza, y se van resbalando á su fin. Pero hay fuera de eso otros acontecimientos no pensados y violencias extraordinarias que sacan las cosas de su paso, y levantan grandes borrascas en el mar de esta vida, con que padecen naufragios repentinos las cosas que mas se estiman. Así como la flor mas vistosa ella por sí se marchita, pero muchas ve-

(1) Gregor. lib. 34. — (2) Eurip. in Hist. — (3) Apoc. x. — (4) Apoc. xv. Stantes super mare vitreum, habentes citharas Dei. Ribera, et Corn.

ces antes que llegue á eso se la lleva el viento ó la derriba un granizo; y la hermosura mas bella la vejez la deshace, y antes de eso la suele segar un tabardillo; el vestido mas costoso, con el tiempo se rompe, pero antes se le suele llevar el ladron; un hermoso palacio, con la antigüedad se desmorona, pero un incendio le puede quitar que no llegue á ser antiguo; de la misma manera la violencia y naturaleza de las cosas temporales las privan aun del mismo tiempo, y traen en continuas mudanzas, no dejando alguna estable. Volvamos los ojos á las cosas mas dignas de durar que juzgaron los mortales, y las hicieron para que fuesen eternas: ¿cuántas mudanzas y muertes han padecido? San Gregorio Nazianceno pone por la primera maravilla de las siete que admiró el mundo la ciudad de Tebas en Egipto, la cual era hermosísima; porque tenia en la cerca gran cantidad de mármol alabastrite, que era muy hermoso y manchado con gotas de oro, que puesto en los edificios los hacia vistosísimos. Tenia en sus muros jardines amenísimos, que llaman huertos pensiles: ni eran menos que ciento sus puertas, por las cuales, en cualquier ocasion que querian sus príncipes, salian ejércitos armados, sin saberlo el pueblo ni hacerle ruido. Pomponio Mela escribe (1) que los que salian por cada puerta eran diez mil hombres armados, que venian á ser todo un ejército de un millon de soldados. Pues con tanto aparato no pudo asegurarse, y un corto ejército que gobernaba un mancebo de pocos años la destruyó, como testifica san Jerónimo. Escribe Marco Polo (2) que pasando por la ciudad de Quinsai advirtió tenia dos millones de almas, de donde se podian armar grandes ejércitos. Algunos años despues pasó por la misma parte Nicolao de Comitibus (3), y dice que halló toda aquella ciudad ya destruida y tornada á edificar de otra forma. Aun mayor que esta ciudad seria la de Ninive, pues dice la Escritura que tenia tres dias de camino; y ha ya tantos siglos que no se sabe de ella. No fue mas dichosa Babilonia, aunque por ventura estuvo mas fortificada; y la que era cabeza del imperio del mundo se volvió desierta y habitacion de arpías, onocentauros, sátiros, mónstruos y demonios, como dijeron los Profetas: los muros de doscientos piés de alto y cincuenta de ancho no pudieron defenderla del tiempo. Aun mas fuerte nos describe la sagrada Escritura á la ciudad de Ecbátana, cabeza de Media: edificóla Arfaxad, rey de los medos, de piedras quebradas y cortadas: sus muros se extendian de latitud setenta codos, los torreones que estaban al rededor subian hasta cien codos en alto. Con tan grande y fuerte cabeza no pudo el imperio de los medos dejar de rendirse al asirio; y el mismo monarca que así la edificó, y se hizo temblar en

(1) Pompo. Mela, lib. 1, cap. 9. Vide Surium, in Commentar. an. 1517. Eug. lib. 2, cap. 1. Eus. de Præpar. Hier. in Daniel, cap. XI. — (2) Marc. Pol. lib. 2 rer. Jud. cap. 86. — (3) Nicola. de Com. in Itin. ap. Ramusium, tom. 1. Plin. 6, cap. 26, Sol. cap. 3, Judith I.

ella, se vino á perder con ella; y habiendo sujetado él muchas naciones, vino á sujetarse á su enemigo.

No es mucho hayan padecido grandes mudanzas las ciudades, pues los imperios y monarquías las han tenido, y tantas veces se ha trastornado el mundo, cuantas monarquías ha mudado; tantas veces ha mudado de rostro, cuantas de dueño y señor. Quien viese el mundo en tiempo de los persas ya no le conociera como estuvo en tiempo de los asirios; ni quien le conoció en tiempo de los persas entenderia que era el mismo en tiempo de los griegos: despues en tiempo de los romanos salió con otra cara no conocida antes, ni aun la conociéramos ahora; y de aquí á algunos años tendrá otra, no siendo mas semejante en otra cosa que en el mudarse siempre: por lo cual siempre ha sido digno de desprecio, y ahora mas que nunca, pues se empeora siempre.

§ II.

Mas causas hay de alteraciones en el mundo que en el océano; porque fuera de la comun condicion de las cosas humanas, que de suyo son caducas por su naturaleza, y por su violencia que padecen, el mismo ingenio humano, como es de suyo mudable, ocasiona en ellas mas grande mudanza. No sin gran proporcion dijo el Espíritu Santo que el necio se muda como la luna, la cual no solo es mudable en la figura, pero tambien en el color. Tres colores notaron en la luna los filósofos naturales, amarillo, colorado y blanco: con el primero causa agua, con el segundo vientos, con el tercero alegría, y promete bonanza. Con otros tres colores se muda el corazon humano, por los vehementes afectos que padece. El uno amarillo, color de oro, codiciando las riquezas deleznables, y mas resbaladizas que el agua; el segundo colorado, de color de púrpura, codiciando el viento de las honras vanas; el tercero blanco, color de alegría y regocijo, deseando los contentos y gustos de esta vida. Con estos tres afectos se mueve y muda el hombre; y como hay yerbas que siguen á la luna, volviéndose hácia donde ella se mueve, así tambien alterados los afectos humanos hacen que se alteren otras muchas cosas y le sigan. La codicia de Ciro ¿qué reinos no trastornó? La ambicion de Alejandro, no á los reinos, sino al mundo, revolvió, é hizo que mudase diferente rostro del que tenia antes. El amor lascivo de Páris ¿qué dejó en pié de Troya que estuviese antes? Y fuera de revolver á toda Grecia, abrasó á su patria. Lo que no consumió el tiempo suele arrebatar la avaricia del ladron; y el apetito de la venganza ¿á cuántos ha quitado la vida antes que la vejez? No hay duda sino que los afectos humanos son los mas fuertes vientos que revuelven el mar de este mundo; y como el océano suele crecer y menguar al paso de la luna, así tambien las cosas de esta vida andan conforme á las pasiones hu-

manas. En nada hay estabilidad, y menos en el hombre; pues no solo se muda, pero muda las cosas.

Es el hombre tan inconstante y variable, que David dió por título á algunos salmos estas palabras (1): *Por aquellos que se mudarán;* y san Basilio, declarando este título, dice que se entiende de los hombres, cuya vida es una perpétua mudanza. La traslacion de Aquila se conforma con lo mismo; porque en lugar de las palabras dichas tradujo así: *Por las hojarascas* (2); porque verdaderamente mueve al hombre cualquier viento, como á las hojas del árbol. Bien se echó de ver esta mudanza en la pasion de Cristo nuestro Redentor, de la cual se trata en el salmo LXVIII, que tiene el título referido: porque se mudaron tanto los de Jerusalen, que habiendo cuatro dias antes recibido á Jesucristo con triunfo, dándole la mayor honra que dieron á hombre nacido, en tan breve tiempo le trataron lo mas infame y vilmente que se ha visto. No hay que fiar del corazon humano; ya ama, ya aborrece, ya desea, ya teme, ya estima, ya menosprecia. ¿Á quién no asombra la mudanza de san Pedro, que despues de tantas promesas y propósitos de morir por su Maestro, dentro de pocas horas hizo otros tantos juramentos falsos de que no le conocia? ¿Qué hará el junco y la cañaheja cuando así se bambolea el cedro y la encina? Ni es de poca maravilla la mudanza de Amnon, que amando tan de veras á Tamar, que cayó malo por esto, súbitamente la aborreció de manera, que la echó del aposento, pareciéndole mal. Pero no sé yo qué mas podrá declarar la mutabilidad del genio que aquel caso memorable que sucedió en Éfeso (3). Habia allí una matrona honestísima que, habiendo muerto su marido, hizo los mayores extremos que vieron los nacidos: todo era llorar inconsolablemente y desgreñarse; y no contentándose con las ceremonias comunes de otras viudas, se fué al sepulcro de su marido, que antiguamente estaban en los campos, y eran en bóvedas ó partes capaces, y allí se encerró sin querer comer bocado, como no le comió en cuatro dias. Sucedió, pues, que allí cerca ajusticiaron á unos malhechores; y porque no los quitasen de las cruces ú horcas donde estaban colgados, dejó la justicia algunos soldados por guardia, uno de los cuales, sabiendo que estaba en el sepulcro aquella matrona, llevó allá su cena para que comiese. Al principio no habia remedio que tomase bocado; pero tanto hizo el soldado, que la vino á convencer que comiese algo, porque no muriese desesperada. Pasó mas adelante: y el que la convenció para que tomase su comida, la persuadió tambien que le diese su cuerpo; con lo cual descuidando el soldado de su oficio, por estarse en bodas, le hurtaron de la cruz ú horca á un ajusticiado, porque sus parientes, advirtiendo que faltaba de allí la guardia, fueron por él para quitarle de allí, y darle

(1) Psalm. LXVIII. — (2) Pro foliis. — (3) Petron. Arbyt. in Satyr. et Tiraq. de legib. connubial. lege nova, n. 97.

sepultura. Cuando supo que se le habian llevado, temiendo el castigo que habia de hacer en él la justicia, dijoselo muy desconsolado á la viuda, la cual le consoló brevemente, porque tomando el cuerpo de su marido difunto, por el cual habia hecho tantos extremos, le puso en la horca en lugar del ajusticiado. Esta es la inconstancia y ténue permanencia del corazon humano, mas mudable y variable de lo que parece posible; y mudándose él trae á su compás las demás cosas, las cuales por mil caminos son vanas, inconstantes y frágiles.

Considerando esto Filon, y bien maravillado de tanta vanidad y mudanza, dice esta sentencia: *¿Por ventura no son sueños las cosas que tocan al cuerpo? ¿Por ventura la hermosura momentánea no se marchita primero que florezca? La salud está incierta, expuesta á tantas enfermedades: á las fuerzas derriban mil dolencias que por varias ocasiones suceden. La entereza y vigor de los sentidos se corrompe con vicios y humores. Pues ¿quién ignora cuánta sea la vileza de las cosas exteriores? Un dia acaba muchas veces con grandísimas riquezas. Muchas personas muy respetadas, y en grande honra, trocándose la fortuna, vienen á gran desprecio é infamia. Imperios de grandes reinos en brevísimo tiempo se han arruinado. Hace crédito á mis palabras Dionisio en Corinto, habiendo sido rey de Sicilia; porque echado de su trono y reino, vino á Corinto para enseñar á los muchachos, y de tan gran rey vino á ser fugitivo. Esto mismo testifica Creso, rey de Lidia riquísimo, que creyendo habia de destruir las potencias de los persas, no solo perdió su reino, pero vino á poder de sus enemigos, y faltó poco para que le quemasen vivo. Ni solo los particulares son testigos de como todas las cosas humanas son sueños, sino las ciudades, las gentes, las regiones, los griegos y los bárbaros, cuantos habitan en las islas y tierra firme, Europa, Asia, el Oriente y Occidente, y nada queda semejante á sí mismo.* Por cierto no solo hace sueño á las cosas humanas su instabilidad (como dice Filon); pero que sean como sueño de una sombra, no de bienes consistentes. Oigamos tambien acerca de esto mismo lo que dice y enseña san Juan Crisóstomo: *Todas las cosas presentes son mas débiles que las telas de arañas, y mas engañosas que los sueños; porque así los bienes como los males tienen fin. Pues como tengamos por cierto que todas las cosas presentes son á manera de sombra, y que nosotros estamos como en un meson y hospedería, pues nos hemos de partir de aquí tengamos cuidado del camino, y preparemos la provision y viático para la eternidad. Vistámonos tales vestidos, que los llevemos con nosotros; porque como nadie puede asir á su sombra, así tambien no podrá retener las cosas humanas, las cuales parte con la muerte se nos huyen, y parte antes de la muerte, y corren mas arrebatadamente que un raudal. Al contrario son las cosas futuras, que no tienen mudanza ni vejez: no cabe en ellas ninguna revolucion, sino que florecen sin alguna intermision, y perseveran en una multiplicada felicidad. Guárdate tú de admitir aquellas riquezas que no permanecen con sus señores, sino que los mudan á cada paso, y andan saltando de uno en otro, y de este á esotro.*

Conviene despreciar á todas estas cosas, y tenerlas en poco. Basta oir lo que dice el Apóstol: Las cosas que se ven son temporales; pero las que no se ven eternas: desaparecen las cosas humanas mas presto que la sombra.

CAPÍTULO II.

Por grandes y desesperados que sean los males temporales, los puede aliviar algun género de esperanza.

De esta inconstancia de las cosas hemos de sacar constancia para nuestros corazones: lo uno despreciando cosas tan instables y caducas, lo cual es bastante causa para su desestima y menosprecio, como hemos dicho; lo otro porque tampoco será constante la adversidad y pena que acontece, pues que nada hay que con seguridad sea constante, sino instable y mudadizo: y así como se mudan las cosas de bien en mal, se pueden trocar de mal en bien; y como algunos grandes bienes suelen ocasionar mayores males, de la misma manera grandes males pueden ser ocasion de bienes mucho mas grandes. Por lo cual, así como los males eternos, por ser ciertamente inmutables, carecen del consuelo de la esperanza de mejor estado; así tambien los males temporales, por ser mudables, pueden tener el consuelo de la esperanza de mudarse en bien: porque vemos en esta materia inopinables sucesos, para que temamos solo lo eterno, que no tiene ni hay remedio alguno, y no desesperemos ni nos entristezcamos en lo temporal, que lo tiene, é importa poco no lo tenga. No declara mal esto el caso bien celebrado de los romanos que sucedió á Appio (1), que habiendo sido proscrito, sobre la pena del destierro temió la de la vida; porque sus criados, codiciosos de la hacienda que llevaba en su navío, por usurparla y alzarse con ella, le echaron fuera de él en un bote. Estuvo en esa desgracia su ventura; porque de allí á poco el navío se anegó, pereciendo en él todos sus criados, y él mismo pereciera con ellos; mas escapó de este peligro con aquel daño, y llegó seguro á Sicilia. Desesperado estaba Aristómenes de la vida, porque preso de sus enemigos, y arrojado en una oscura mazmorra, habia de acabar allí sus dias, por lo menos de hambre y mal olor; pero en esta desesperacion halló esperanza por un camino extraño. Habíase entrado por un agujero debajo de tierra una raposa en la mazmorra, hasta donde habia penetrado su cueva. Pasó por donde estaba Aristómenes, y asióla fuertemente, y siguiéndola, desembocó por el agujero por donde habia entrado. Aristómenes con la mano desembarazada iba cavando la tierra y ensanchando el boqueron, sin soltar con la otra mano á su guia. De esta manera fué cavando grande trecho, hasta que salió al campo raso, y escapó vivo, teniéndole sus enemigos por muerto. No hay es-

(1) Fulgos. lib. 6.

tado desesperado en esta vida, de todo mal se puede salir, y no solo salir, pero para mayor bien. ¿Á cuántos un daño sucedido ha sido orígen de grandes provechos, y una injuria de grandes honras? El ser condenado Diógenes por moneda falsa y tenido por infame, le fue ocasion de ser tan honrado del mundo, que le veneraron sus príncipes, y el señor del orbe, Alejandro, le vino á visitar (1). El ser de su enemigo herido en el pecho mortalmente Falereo le sanó de una apostema que tenia, por la cual le habian ya desahuciado los médicos. Galeno escribe de un leproso desahuciado (2) que sanó con un poco de vino en que ahogó una víbora, y por eso no habiéndolo querido beber unos segadores, se le dieron al leproso para que muriese luego compadecidos de la penosa vida que tenia; pero estuvo su vida en lo que pensaron estaba su muerte, porque en bebiendo el vino se le cayeron las escamas ó ronchas, y estuvo bueno y sano. Binivenio testifica (3) que él conoció á un muchacho cojo de ambos piés, de suerte que andaba con muletas; pero dióle una enfermedad de peste, de la cual convaleció, quedando tan sano que se le quitó la cojera. El mismo escribe de un arquitecto de un pié mas corto, que cayendo de una torre alta quedó igual de uno y otro pié. Alejandro Benedicto refiere (4) que conoció un ciego el cual, siendo herido malamente en la cabeza, cobró vista. Rondelecio testifica de una mujer loca (5) que, habiéndose quebrado la cabeza, cobró juicio. Plutarco escribe de uno (6) que se llamaba Prometeo, el cual tenia una gran papera y tumor; mas queriéndole matar un enemigo, le dió una herida en aquella parte, con la cual quedó sano, y sin alguna fealdad ni señal de la papera, no habiéndole antes aprovechado remedio alguno de la medicina, ni gasto con los médicos. La injuria que hicieron sus hermanos á José le fabricó la mayor honra del imperio de Egipto. El tropel de calamidades del santo Job ¿en qué vino á parar, sino en que se dobló su felicidad y fortuna? El salir huyendo Jacob de su tierra, con no mas hacienda que un bordon en la mano, ¿á qué se encaminó, sino á que volviese muy próspero y rico, y con una familia muy numerosa?

No hay que desconsolarse por sucesos adversos, pues pueden ser principios de grandes dichas; y muchas veces nos habiamos de dar el parabien por los males que lloramos. Para que veamos mas claramente esta notable mudanza de las cosas, y la esperanza de mejor condicion que se puede tener en la mayor desgracia, diré aquí la historia de Marco y Bárbula, caballeros romanos (7). Era Marco pretor, que seguia el partido de Bruto, y habiendo sido desbaratado en la batalla de los campos filípicos, fue preso, y como se fingiese hombre vil y esclavo, le compró Bárbula, caballero romano; pero viendo en él grande ingenio y mucha prudencia,

---

(1) Plin. lib. 7, cap. 50. — (2) Galen. lib. 11 de sim. medic. fac. — (3) Beniv. cap. 15. — (4) Alex. Bened. lib. de puerorum morbis. — (5) Rond. cap. de melancolis. — (6) Plut. de cap. util. ab inimic. — (7) Fulgos. lib. 6.

y un ánimo muy noble, sospechó lo que podia ser: y llamándole en una ocasion de secreto, le pidió le declarase quién era, aunque fuese de los rebeldes, porque él le alcanzaria perdon. Marco, echándolo en risa, negó quién era; pero Bárbula, para obligarle mas á declararse, dijo que le queria llevar consigo á Roma, donde sin duda le habian de conocer si era de los rebeldes y sentenciados por traidores. Respondió Marco que de muy buena gana iria, pensando que con el diverso estado no le conocerian. Pero apenas llegaron á Roma, cuando estando Marco esperando á su amo á la puerta de un cónsul, fue conocido de un ciudadano romano, que se lo avisó luego en secreto á Bárbula, el cual anduvo tan prudente que, sin decirle cosa alguna á su esclavo fingido, se fué á Agripa, para que por su medio recabase el perdon de Augusto César, el cual le concedió de buena gana, quedando Augusto tan pagado de Marco, que le tuvo por muy privado y amigo. No mucho despues siguiendo Bárbula el partido de Marco Antonio fue preso en la batalla Actiática, y comprado entre algunos otros esclavos de Marco, sin saberlo él; pero reconociendo que era su amo antiguo, fué luego á recabar el perdon del emperador Augusto, con lo cual le pagó la buena obra que habia recibido. ¿Quién no ve los arcaduces secretos por donde se derivan los bienes y se truecan las fortunas? Marco tuvo la dignidad de pretor, y luego fue esclavo, y luego amigo del César, y luego redentor de su mismo redentor, llegando por la pérdida y cautiverio á mayor excelencia que alcanzara por fortuna. Mientras dura la vida no hay desdicha sin esperanza, y muchos males vienen cargados de bienes, aun mirando las cosas dentro de sus límites y disposicion natural de ellas; porque si las miramos como debemos mirar, con la esperanza divina que debemos tener, no hay mal desahuciado. ¿Á qué términos mas apretados puede llegar uno que á sacarle á ajusticiar con consentimiento de todos, como llegó Susana? Pero en el mismo camino del suplicio deparó Dios medio con que saliese con vida y honra, convirtiendo la injusta infamia que habia padecido en mayor respeto y admiracion de su virtud. Daniel ¿qué remedio humano tuvo cuando fue echado en una leonera de hambrientos leones? Pero aun donde no habia remedio halló alivio. Tambien los tres mancebos que fueron arrojados en un horno de fuego en Babilonia hallaron (donde no se podia esperar sino la muerte acelerada) refrigerio, contento y vida. David, cuando se vió cercado de los soldados de Saul, ya desesperaba; mas en un momento salió de su peligro. No hay mal en esta vida al cual no pueda aliviar aun la esperanza de esta vida; pero con la esperanza de la otra ¿quién no se recreará? Para que sólo temamos los males eternos, que ni tienen alivio, ni esperanza de él, ni posibilidad de remedio.

CAPÍTULO III.

Débese considerar lo que puede uno venir á ser.

Pero para que no presumamos tampoco en las cosas favorables, hemos de sacar otro documento muy importante de esta inconstancia de las cosas, y es no asegurarnos de la prosperidad humana; porque ni el reino, ni el imperio, ni el pontificado aseguran de mayor abatimiento y desdicha, y debe siempre considerar cada uno lo que puede venir á ser, y en lo que podrá venir á parar, como lo hacia el santo Job. No hay fortuna tan alta á la cual no pueda suceder la mas baja y desastrada suerte. Considere un poderoso lo que puede venir á ser, que puede faltarle todo, venir él á pedir limosna. Considere un rey que puede venir á ser un oficial. Considere un emperador que en su misma corte puede venir á ser por la justicia sacado á la vergüenza, y que le tiren el lodo de las calles, y ser ajusticiado públicamente. Considere el papa á lo que puede venir, y que hubo alguno que besó el pié á otro pontífice. Cosas increibles parecen estas; pues esto mismo piensen todos los mortales, que pueden suceder á ellos cosas que no podrán creer, y que pueden venir á ser lo que nadie tal pensara que pudiera ser: y no se maravillen de ningun suceso, pues no solo el poderoso, el rey, el emperador y el papa puede venir á ser condenado, pero uno que hiciese milagros puede caer en el infierno. Conservémonos todos en humildad, y no confiemos de la prosperidad humana, ni aun de las virtudes mas divinas presumamos, pues puede cada uno venir á ser lo que no se podia pensar.

¿Quién pensara que á un emperador romano le pudieran suceder tales oprobios y afrentas como sucedieron al emperador Andrónico, cuya historia quiero poner aquí para hacer creible lo que no lo pareciera? Escribe Nicetas (1), y lo testifican otros autores, que al tercer año de su imperio fue preso de sus mismos vasallos, y echándole fuertes cadenas y argolla al cuello, y grillos en los piés, le dijeron cuantos baldones quisieron: hombres muy ordinarios dábanle bofetadas en la cara, golpes en el cuerpo, asíanle por mofa de la barba, arrancábanle los pelos de ella, y tirábanle de los cabellos: sacáronle los dientes, azotáronle en las partes que se suele á los niños para mayor afrenta; despues le pusieron en público para que todos los que quisiesen le ultrajasen; hasta las mujeres llegaban á darle bofetadas. Cortáronle luego la mano derecha, y metiéronle en la cárcel pública en un calabozo, donde estaban los mayores ladrones, dejándole sin comer, ni quien le diese un jarro de agua. De allí á pocos dias le sacaron uno de los ojos, luego le subieron en un camello sarnoso, desnudo su cuerpo, y solo cubierto de una túnica muy

(1) Anno 1283. Nicetas Chromades, in Ann. lib. 2 de imp. Andronico.

corta, raida la cabeza y sin barba: pusiéronle vuelto en el camello, de suerte, que llevase en la mano la cola de él en lugar de cetro, y por corona una soga. De este modo le sacaron á la vergüenza, llevándole así hasta la plaza, en donde el pueblo le hizo tantas ignominias, que no se pueden pensar mayores. Unos le daban en la cabeza con porras, otros le herian los costados con asadores, otros le llenaban las narices de suciedad y estiércol, otros le exprimian en la cabeza esponjas empapadas en orines y excrementos humanos, otros le tiraban tronchos, otros piedras, otros lodo, otros le llamaban de mil nombres. Una mujercilla cogió de priesa de la cocina una olla de agua que estaba hirviendo, y se la echó sobre la cabeza y la cara. No habia sastre, ni zapatero, ni oficial que no se descomediese con su príncipe. Finalmente le colgaron de los piés entre dos columnas para que así muriese, y allí tampoco le perdonaron sus propios cortesanos y vasallos. Uno llegó y le metió la espada hasta las entrañas; otros dos, para probar cuál tenia mejor su espada, lo averiguaron en su cuerpo, atravesándole de parte á parte. Entonces el miserable Emperador, aunque dichosísimo seria si se salvó, por enjugar su boca seca, llegó á ella (aunque con gran dificultad) su mano cortada, para que siquiera se mojase con la sangre que aun corria de ella. De esta manera acabó aquel Monarca del Oriente, pero no acabaron sus ignominias; porque despues de muerto se lo dejaron algunos dias en la horca infamemente, hasta que le quitaron de allí mas por quitar el horror á los vivos que por compasion del muerto; y asi se lo dejaron por enterrar enteramente como á un perro rabioso.

Considérese en este espejo qué son las cosas de esta vida, y á lo que puede llegar una dicha. Cotéjese Andrónico con Andrónico. Andrónico, emperador augusto, y Andrónico preso y ajusticiado públicamente. Aquel que vestia rica púrpura, á quien adoraban las naciones, que mandaba todo el Oriente, que ceñia sus sienes con diadema preciosa, y empuñaba cetro de oro, y las preciosas margaritas traia en sus zapatos; á este se atreven los zapateros, los carniceros, y los ganapanes y pícaros de la plaza de su imperial corte, y echan en su cara suciedades, y dan bofetones en un carrillo y otro. ¿Quién creyera que aquel que era visto á deseo, cuando salia por las calles de Constantinopla en carroza imperial hecha una ascua de oro, acompañado de lucidas guardas, excelentes capitanes y los príncipes de sus reinos, despues fuese de ellos mismos, aunque le habian jurado guardar fe y lealtad, puesto á la vergüenza y baldonado ignominiosamente? Finalmente, aquel que mandó ajusticiar á tantos, vino á ser mas ajusticiado afrentosamente que ninguno. ¿Quién pudiera imaginar que tan de repente pudiesen suceder tales extremos en un mismo sujeto, y que tan alta dicha viniese á fenecer tan desdichadamente? Basta esto para despreciar estos bienes temporales y toda dicha humana, que no solo pasa con el tiempo, sino que se trueca con el mismo tiempo en desdicha mas desdichada, que fue dichosa su suerte.

¿Cómo puede merecer estima la fortuna mayor, pues no da seguridad, y está expuesta á tantas miserias, que tanto mas se sienten, cuanto se padecen, cuando se pensó estaban mas léjos en la felicidad antecedente? Puédese añadir aquí otra consideracion de no pequeño provecho. Si este Emperador se vino á salvar por tan enormes afrentas y tormentos, ¿qué daño le hicieron? ¿Qué importa haber sido tan desdichado en esta vida, si en la otra vino á ser tan dichoso? Dejó bastantes señales de su contricion; porque en tan acerbo tratamiento, y tragedia tan lamentable y nunca oida, no dió señal de impaciencia, ni habló otras palabras sino estas (1): *Señor, tened misericordia de mí*. Y á los que le injuriaban y herian tan acerbamente solo decia: *¿Por qué quebrais á esta caña cascada?* Por cierto, si se supo aprovechar, como parece, de esta miseria, fue mas dichoso por ella que por el imperio que poseyó. Lo eterno es lo que importa, que la fortuna del imperio y la miseria de sus ignominias ya se pasaron.

Mayor emperador fue Vitelio, pues no solo el Oriente, pero el Occidente, le reconoció por su señor y monarca del mundo: fueron sin cuenta las riquezas que poseyó; el oro le sobraba como á otros las piedras de la calle. En Roma era aclamado por augusto, y engrandecido con insignes renombres (2): parecia que era todo lo que pudo ser, menos que Dios. ¿En qué paró esta majestad? En la mayor infamia del mundo; porque echándole una soga en la garganta, y atadas atrás las manos, y cortadas y rompidas sus vestiduras, puesto un puñal debajo de la barba, le sacaron á la vergüenza por las calles de Roma, diciéndole mil injurias, y tirándole cieno en las barbas, hasta que en la plaza le mataron, y le arrojaron en las escalas gemonias, donde echaban los cuerpos de los facinerosos que no era lícito enterrar. ¡Caso extraño! ¿Para qué fines se crian algunos hombres? ¡La costa que hace una vida para venir á parar en tan desastrada muerte! Quien supiese el fin de Andrónico y Vitelio, y los viese nacer, criar, estudiar, pretender, vestir sedas y oro, pasear, reir, aclamarlos por emperadores, dijera en su corazon: ¿tanta prevencion era menester para tal fin? Locura es la grandeza humana; pues ha de parar, ó por lo menos puede parar, en tan desastrado remate. Con razon dijo Arquímedes que mas seguro era fiarse de las sombras que de las cosas humanas. ¿Quién imaginara que podia tener tal fin como tuvo el emperador Valeriano, al cual como una fiera le encerró en una jaula el rey de Persia, sirviéndose de él en lugar de apoyo cuando habia de subir á caballo, y despues desollándole las espaldas se las saló como cecina? Cotéjese aquí qué estados tan diferentes pudieron caber en un emperador romano. Quien le viera á Valeriano en un caballo brioso con jaeces de oro, vestido él de su púrpura, coronado con

(1) Domine, miserere mei. Ut quid calamum contritum infringitis? Nicetas supra.
(2) Fulgos. lib. 6.

imperial diadema, adorado de las gentes, mandando á los reinos, y despues ese mismo tratado como fiera: el que era antes como un dios, enjaulado ó puesto debajo de los piés de un rey bárbaro. Tan contrarias suertes caben en la vida humana, para que no fiemos de ninguna felicidad de la vida.

§ II.

Aun mas inopinable parece lo que sucedió al papa Juan XXIII, que después del sumo pontificado que poseyó cuatro años, habiéndole besado el pié muchas veces los príncipes de Europa y los Cardenales, vino él á besar el pié á otro pontífice, y á tener por gran merced que le hiciese cardenal, habiendo él dado esa dignidad á muchos. Cosa increible parece; pero es historia verdadera. Tan extraños casos ha causado la mutabilidad é inconstancia de las cosas temporales, que la imaginacion no se atreviera á fingirlos. ¿Quién imaginara que este Sumo Pontífice habia de venir á ser preso, como lo fue en el concilio Constanciense, que se juntó para pacificar el cisma de la Iglesia? Allí fue privado de su dignidad, confirmando él mismo su deposicion: pasó en la cárcel gran necesidad, aprieto y penas, de la cual se escapó, y anduvo fugitivo hasta que tomó tan buen consejo como ir á ponerse en las manos del sumo pontífice Martino V, que fue electo despues de su deposicion. Tenia consigo el papa Martino muchos cardenales que habia hecho Juan, y fue raro espectáculo que estos mismos le viesen privado, no solo del sumo pontificado, sino del capelo cardenalicio, pidiendo misericordia á otro pontífice, y reconociéndole por tal, estimando por dicha grande que le diese de nuevo el capelo. Á esto puede llegar la instabilidad de los bienes temporales. En lo que vino á parar el emperador Zenon ¿quién lo pudiera imaginar? Despues de muchos años que estuvo gozando todos los regalos de la fortuna del mundo, vino á tanta necesidad, que de hambre se comió las calzas y las propias carnes de los brazos. Entendiéndose que habia muerto este Emperador, le enterraron en una bóveda; mas, volviendo en sí, dió voces, nombrando á los de su guarda y á otros criados por sus nombres; pero aunque fue oido, ninguno le socorrió, alli se quedó sepultado vivo, no aprovechando para sustentar la vida aun sus propias carnes, como escribe Cedreno (1). Este caso ¿quién le pudiera creer, ni cómo posible el ejecutarse? Pero las miserias á que puede venir el mas dichoso son mas de las que se pueden pensar.

La gloria y riquezas de Belisario fueron mayores que las de muchos reyes (2). Pasmó al mundo su valor y esfuerzo, venció muchas veces á los godos, y prendió á su rey: acabó con los vándalos, á cuyo rey Gili-

(1) Cedr. in comp. histor. Baron. ad ann. 401. — (2) V. Petrum Mex. in vita Justin. Crinitum, et Volaterranum.

mer tambien prendió y triunfó de él: conquistó á África y Sicilia. En el Oriente tambien triunfó de los persas: sus riquezas fueron tan grandes, que en una hora adquirió cuanto cogieron los vándalos en mas de ochenta años (1). ¿Quién creyera que este capitan tan rico y de los mas gloriosos del mundo, viniese á ser un pobre ciego, que anduviese á pedir limosna en la iglesia de Santa Sofía y en otras partes públicas, que aunque fuese por necesidad fingida es caso bien trágico? Muy rico reino poseia en Sicilia Dionisio el II (2); pero ¿quién dijera que un rey podia venir á tal necesidad, que hubiese de poner escuela, y hacerse maestro de niños para pasar la vida? ¿Quién no se maravillara de la falsedad del mundo, que viese á este Rey en su palacio real rodeado de criados y grandezas, y con el cetro en su diestra, y despues le viese en su escuela rodeado de muchachos con el azote en la mano? ¿Qué diré del rey Adonibezec, vencedor de setenta reyes (3), y él últimamente vino á ser vil esclavo, y para mayor ignominia le cortaron las extremidades de las manos y de los piés? Tambien en nuestra España tenemos á la reina Gosuinda (4), querida y estimada del rey Leovigildo su marido, la cual vino á ser ajusticiada públicamente en la plaza de Toledo, donde la dieron garrote. No es de menor admiracion lo que sucedió á la emperatriz María, mujer del emperador Oton III, que vino á ser quemada por justicia, como lo refiere Gotefrido Viterbiense (5). El caso es digno de memoria, y así le contaré aquí. Pasando estos Príncipes por junto á Módena, se enamoró la Emperatriz de un conde muy gentil hombre y dispuesto en el cuerpo, pero mucho mas compuesto en su alma, y así despidió los recados y solicitacion de aquella Princesa; la cual, como se viese burlada, llena de cólera y saña levantóle lo que la ama de José, que la habia querido violar: por lo cual el Emperador le condenó á muerte, y así le degollaron luego. Cuando supo el suceso la mujer del conde, con ánimo varonil y confiada, porque estaba satisfecha de la bondad é inocencia de su marido, cogió la cabeza, y se fué á pedir justicia al Emperador contra él mismo; y así, cuando estaba dando audiencia, arrojó en medio la cabeza del conde, y acusó al Emperador de injusto juez, pidiéndole justicia de su propia persona, diciendo que ella se ofrecia á la prueba, que se usaba antiguamente, de un hierro hecho ascua; á lo cual vino bien el César. Encendido el hierro, diéronsele á la condesa, la cual le tomó en las manos sin quemarse, manoseándole como si fuera un ramillete de flores: lo cual visto por el Emperador, se dió por condenado. Pero no satisfecha con esto la condesa, clamaba que, si se conocia por culpado, que muriese, pues habia muerto á un inocente; y no la pudieron contentar hasta que se dió sentencia contra la Emperatriz, que fue

---

(1) Egnat. lib. 6, tom. 10. — (2) Pontan. lib. 2, cap. 8 de For. Dom.
(3) Judic. I. — (4) Maxim. n. 589. — (5) Gotef. Viterbi. V. Chro. Cariolani ad ann. 668.

la autora de aquella maldad, condenándola á ser quemada, ejecutándose sentencia tan infame en tan poderosa princesa, mujer de tan grande Emperador, é hija del Rey de Aragon; porque ni las coronas ni cetros están seguros de la inconstancia de las mudanzas humanas. Bien dijo san Gregorio Nazianceno (1) que mas se podia fiar del viento y de unas letras escritas en el agua que de la felicidad humana.

§ III.

Todo lo que hasta aquí hemos dicho son mudanzas, no caidas: lo que hemos de temblar mas es, que aun en la santidad y virtud puede mudarse uno; y esto solo será caer, por bajar del estado de la gracia al del pecado: porque estas otras mudanzas de fortuna no se pueden llamar caidas, sino truecos. Nadie puede caer de lo mas ínfimo; y muy ínfima y baja cosa es la felicidad humana, y quien la muda no cae de alto estado, sino le muda, y por ventura en mejor. Las verdaderas caidas son las espirituales; y nos ha de asombrar ver que en esta parte estamos tambien expuestos á mudanzas, si bien este consuelo podemos tener, que las mudanzas de los bienes corporales no están en nuestra mano, pero las de los espirituales sí. La hacienda, aunque uno no quiera, se la pueden quitar; la gracia no: la honra se pierde contra la voluntad de uno; la virtud no puede perderse si uno no quiere. Los bienes corporales son los que se quitan, los que se roban, los que perecen, los que de mil modos se pierden; los espirituales solo pueden dejarse, y su pérdida no es otra sino desampararlos con el pecado quien los tiene. Esto, pues, nos ha de hacer temblar que se pierdan porque los queramos perder, y que sin ser mudables se mudan, por ser nosotros mudables. Es tambien gran lástima lo que ha sucedido en esta parte. San Pedro Damiano escribe (2) que conoció á un monje en la ciudad de Benevento, que se llamaba Madelmo, el cual llegó á tan grande santidad, que habiendo echado aceite un Sábado Santo á mas de una docena de lámparas, y faltándole el aceite para la postrera, la llenó con gran fe de agua, y luego la encendió con todas las demás, y ardió toda la noche de la misma manera como las que estaban llenas de aceite. Otras maravillas semejantes habia obrado por él Nuestro Señor, por lo cual era muy estimado del príncipe de aquella ciudad y de todos sus ciudadanos. Pero este hombre tan milagroso y venerado de todos ¿en qué vino á parar? ¡Rara mudanza! Que dejándole Dios de su mano, cayó en tanta deshonestidad, que fue preso y azotado públicamente, y para mayor afrenta le rayeron todo el cabello á navaja. Lastimosa tragedia es la vida humana, pues se ven en ella extremos tan contrarios. No hay que decir: ¿quién pensara que tal cosa habia de suceder? pues vemos suceder lo que nadie podia

(1) Nazian. Damas. Paral. cap. 10. — (2) Petr. Damian. lib. 1, cap. 10.

pensar. El mismo san Pedro Damiano escribe (1) que en la misma ciudad de Benevento hubo un sacerdote tan gran siervo de Dios, que cuando celebraba cada dia, veia el príncipe de Benevento que venia un Ángel del cielo, y tomaba de sus manos los divinos misterios para ofrecerlos al Señor, como se dice en el Cánon. Pues este hombre tan favorecido del cielo cayó tambien en vicio semejante, para que teman todos, y nadie se asegure en ningun estado.

San Juan Clímaco escribe tambien (2) de aquel mancebo de quien se lee en la vida de los Padres que llegó á tan alto grado de virtud, que mandaba á los asnos salvajes, y los hacia servir en el monasterio á los monjes, al cual comparó el bienaventurado san Antonio á un navío cargado de ricas mercaderías, y puesto en medio del mar, cuyo fin no se sabia, Pues este mozo tan ferviente vino despues á caer miserablemente; y estando él llorando su pecado dijo á unos monjes que por allí pasaron: Decid al viejo (esto es á san Antonio) que ruegue á Dios me quiera conceder diez dias de penitencia. Oido esto, lloró el santo varon, y arrancándose los cabellos de la cabeza, dijo: Una grande columna de la Iglesia ha caido; y pasados cinco dias murió el monje. De manera que el que primero mandaba á las bestias y fieras fue derribado y burlado del demonio, y el que poco antes se mantenia con pan del cielo fue despues privado de este tan gran beneficio.

Tambien es lastimoso caso el que cuenta Heraclides (3) de Heran Alejandrino, que habiendo florecido muchos años en grande virtud y fama de santidad, vino á dejarlo todo y á trocarse de tal manera, que se andaba por las casas públicas. De la misma manera Ptolomeo Egipcio (4), despues de haber estado en el yermo quince años pasándose con solo pan y el rocío del cielo, y en continua oracion, vino á dejarlo todo y hacer una vida escandalosa. Si miramos á las sagradas Letras, mayores mudanzas hallarémos y mas lastimosas caidas. ¿Quién pensara que Saul escogido de Dios por muy bueno, siendo muy humilde y paciente, habia de parar en una soberbia luciferina y en un rencor mortal contra el hombre mejor de Israel? ¿Quién pensara que hombre tan sábio y religioso como Salomon habia de parar en hacer templos á los dioses falsos engañado de unas mujercillas? Finalmente, ¿quién pensara que un apóstol de Cristo habia de parar desesperado ahorcándose á sí mismo? ¿Qué hombre puede haber que presuma de sí, y no se espante de lo que puede venir á ser?

---

(1) Petr. Damian. lib. 1, cap. 10. — (2) Climac. gra. 15. — (3) Herac. in Parad. Fulgos. lib. 6. — (4) Andreas Eboren. exemp. memor. tom. 2 de mor. et for. mutat.

CAPÍTULO IV.

La mudanza de las cosas temporales muestra claramente la vanidad de ellas, y cuán dignas son de desestima.

Esta inconstante mudanza de las cosas ha de servir para conocer su poca constancia, ó, por mejor decir, su mucha vanidad. Pongo por testigos de esto á los que mas experimentaron la grandeza de la felicidad humana. El rey Gilimer de los vándalos fue de gran poder, riquezas y valor; pero vencido del esforzado capitan Belisario, cautivo de él y despojado de todo su reino, fue llevado á Constantinopla, donde estaba el emperador Justiniano, cuyo capitan era Belisario; y así triunfó del Rey vencido en aquella imperial corte. Llegando donde estaba el Emperador sentado en el trono de incomparable majestad y vestido con ropas imperiales, y rodeado de grandes príncipes de su imperio, viendo Gilimer á Justiniano en tanta majestad, y así en esclavitud y desamparo, no lloró ni se quejó, ni dió muestra alguna de sentimiento; solamente dijo aquella verdaderísima sentencia del Sábio: *Vanidad de vanidades, y todas las cosas vanidad* (1). Quien conoció esto no es maravilla que en tanta desdicha tuviese secos los ojos y sin pena; porque si conoció que toda la grandeza humana era vanidad y nada, ¿qué tenia que penarse por lo que no es? No es digno de dolor lo que no merece amor: no es digno de pena lo que no es digno de estima. Cosas tan varias como las temporales no merecen que cuando las poseemos tengamos en ellas mucha aficion, ni merecen que cuando las perdemos nos causen pena y dolor; y así su conocimiento causó en este Príncipe la igualdad de ánimo que mostró en estas y otras ocasiones: y tan léjos estuvo de mostrar pesar en la pérdida de su fortuna y reino, que aun antes se reia é hizo fiesta de ella; y así cuando desbaratado y roto se huyó á Numidia, donde se guareció en un monte en que fue cercado y apretado por hambre, ya que no podia pasar adelante en la defensa, y tratando de entregarse, envió á pedir al capitan contrario pan, una esponja y una cítara: el pan para sustentar la vida, porque perecia de hambre; la esponja porque habia ya caido en la cuenta de la vanidad de las cosas, y arrepentido de llorar su pérdida queria trocar de estilo y enjugar las lágrimas, y de allí adelante reirse antes que penarse por lo que poseido no asegura, y perdido no daña; y la cítara pidió, porque no contento con sacar las aguas que vertian sus ojos, con la esponja queria trocar su llanto en canto, su pena en consuelo y gozo, el cual no está tanto en la abundancia de la mayor fortuna cuanto en la suficiencia de la moderada: y con mucha razon tomó la cítara; porque si bien lo consideró podia hacer fiesta por su

(1) Procop. lib. 2 de bell. Wandal.

misma desgracia, porque no le pudo dar tanto todo su amplísimo reino, cuando le dió su pérdida, pues le dió tan grande desengaño, y le ahorró de cuidados, de penas y tambien de culpas, las cuales tienen mas ancho campo en las prosperidades de esta vida que en la fortuna adversa. Con este desengaño le trajeron preso, y le presentaron al vencedor Belisario. Venia el cautivo Rey tan risueño y festivo, que no hacia otra cosa sino reirse. Pensó Belisario que habia perdido el juicio viendo reir á quien juzgaba que no podia dejar de llorar; pero nunca estuvo mas en su juicio que entonces, que se rió de la grandeza humana, y sintió por cosa ridícula toda su felicidad, y en su corazon calificaba todo lo que estima el mundo por vanidad de vanidades.

Creo que el mismo voto que el Rey daria de la vanidad de las cosas temporales, si se lo preguntásemos, el emperador Andrónico cuando desnudo y raido el cabello á navaja fue sacado á la vergüenza por las calles. ¿Qué se hizo la diadema imperial? ¿Qué se hizo el trono y majestad? ¿Qué se hicieron los aparadores de oro y plata? Todo fue vanidad, y vanidad de vanidades. No contradijera nada de esto el emperador Vitelio cuando le tiraban cieno por las calles de Roma, y fue sacado para ajusticiar en la plaza. ¿Qué fueron las delicias romanas? los espectáculos del Anfiteatro? los juegos del Circo? el señorio del mundo? Vanidad de vanidades, y todo vanidad. Lo mismo dijera el rey Creso desde su hoguera, y el tirano Bayaceto desde su jaula, y el rey Boleslao desde su cocina, y Dionisio desde su escuela. Si vivos dijeran esto, á vista solo de la instabilidad de esta vida, ¿qué dirán ahora con la experiencia de la eternidad donde ya han entrado? Tomemos el voto á los principes que se han condenado; ¿qué sienten ahora de la majestad que gozaron en esta vida? Vanidad, dirán que fue, humo, sombra, sueño. Sin duda que dirán lo mismo los reyes que están en el cielo, á vista de aguellos gozos eternos, que es toda esta felicidad menguada y corta, vanidad y mas que vanidad, y peor cuando es ocasion de pecados. Pero no es menester llamar testigos de la otra vida; porque es tan clara la vanidad de todas las cosas de esta, que cualquiera que se pusiere á considerar la mayor grandeza del mundo echará de ver que tanto es mas vana, cuanto es mas grande: ¿y qué mayor que la del imperio romano? Consideremos lo que en él pasaba, que apenas se sabia la eleccion de un emperador cuando ya le tenian muerto los mismos que le eligieron ú otros mas poderosos y astutos; y aunque ellos en ninguna otra cosa se desvelaban mas que en sustentarse en el imperio, era esto lo que menos alcanzaban; y en diez y nueve ó veinte emperadores que hubo, desde el emperador Antonino el Filósofo hasta Claudio el Segundo, todos murieron violentamente, fuera de otros muchos tiranos que se llamaron emperadores, que fueron tantos, que solo en tiempo del emperador Galieno hubo treinta que usurparon el nombre de emperador, los cuales se mataban unos á otros, de suerte que quien se llamaba emperador se habia de dar

obligado á fenecer desastradamente, muriendo mala muerte: tal era la mayor felicidad del mundo, que estaba obligada á la mayor desdicha. Espanto es como habia quien (aun forzado) quisiese aceptar la corona: y es tal la locura de los hombres, que la pretendian teniendo ejemplos de fines lamentables y felicidades deshechas de la noche á la mañana. Algunos apenas habian triunfado cuando eran despedazados. Aureliano fue uno de los que tuvieron mayores triunfos que se vieron en Roma; porque llevó una infinidad de cautivos de todas tres partes del mundo, grande diversidad de animales, tigres, leones, onzas, elefantes, dromedarios y otros muy raros: metió infinitas armas de los vencidos y tres riquísimos carros, uno del rey de los palmirenos, otro de los persas, otro de los godos: iba triunfando de dos que se llamaron emperadores y de la gran reina Cenobia, aderezada riquísimamente de piedras preciosísimas y ricas perlas, aprisionada con cadenas de oro. Él entró en un hermosísimo carro triunfal que habia sido del rey godo, al cual tiraban ciervos: luego le seguia el ejército vencedor armado ricamente con laureles y palmas en las manos, y llegó á tener mayor gloria que tuvo ningun otro emperador. Pero ¿cuánto le duró? En brevísimo tiempo fue muerto á puñaladas, sin poder aun acordarse de ella, no digo gozarla. El emperador Elio Pertinaz ¿por cuántos escalones y peregrinos modos subió al imperio al cabo de la vejez, y le perdió antes que se supiese en él que era emperador? Fue hijo de un esclavo, y él fue primero mercader: para lo cual aprendió bien á contar; despues estudió gramática, y fue preceptor de ella; luego aprendió leyes, y por intercesiones alcanzó licencia para defender causas, y fue abogado algun tiempo: despues de esto se hizo soldado: de ahi pasó á ser capitan: de este oficio fue ignominiosamente privado: tornó á ser restituido á él: fue hecho senador, luego cónsul, luego adelantado de Siria: al fin, cuando no esperaba sino la muerte, se le entró el imperio por su casa; porque estando aguardando que le mandase matar el emperador Cómmodo, le vinieron á hacer emperador los que secretamente mataron á Cómmodo. Cuando llegaron de noche á su casa, él les dijo qué era lo que aguardaban para darle la muerte. Mas ellos le ofrecieron el cetro ó imperio, el cual admitió siendo ya de setenta años; pero apenas calentó la silla imperial, cuando dentro de tres meses fue hecho pedazos, cuando no se pensaba, siendo querido, estimado y alabado de los romanos, que cada uno diera por él mil vidas: unos pocos de soldados entraron públicamente por medio de Roma, y á vista de todos le dieron de puñaladas en su propio palacio al Emperador que tanto estimaban, y se salieron libres sin hablarles nadie palabra, pudiendo los de sola una calle matarlos á pedradas: tan pocos fueron los matadores. ¿Quién no ve aquí la mudanza de las cosas humanas, su inconstancia y vanidad, así en la vida de este Príncipe, como en su muerte no pensada? ¿Por cuántos rodeos subió á la cumbre del imperio, y cuán sin rodeo fue precipitado de ella? ¿Cuánto tardó en crecer, y qué poco tardó en segarse

su fortuna? Setenta años de vida venturosa pararon en una felicidad fingida de tres meses y una muerte desdichada de una hora. Vanidad de vanidades es todo; pues tanto costó lo que tan poco duró, y la ventura de setenta años de vida atropelló la muerte en menos de una hora.

§ II.

Solo el tener fin la felicidad de esta vida con la misma vida bastaba para nuéstro desengaño; pero tiénele aun antes que la tenga la vida: porque la felicidad no solo fenece, sino que se trueca en desdicha, y á nuestros ojos vemos el fin de las mayores fortunas: para que ni nos fiemos de la vida, pues puede faltarnos, aunque nos sobren sus bienes; ni tampoco nos fiemos de estos, pues tambien nos pueden faltar, aunque nos sobre la vida. Desengáñenos esta instabilidad de las cosas, y conozcamos su vanidad en el modo con que dejan á un desdichado su grandeza y riquezas: lo cual consideró bien san Juan Crisóstomo en Eutropio Patricio de Constantinopla, cónsul, eunuco y camarero mayor del emperador Arcadio, del cual fue mandado prender, habiendo caido de su privanza y fortuna; la cual pondera el santo Doctor de esta manera (1): *Si en algun tiempo, ahora mas que nunca se podia decir vanidad de vanidades, y todo vanidad. ¿Dónde está ahora el resplandor tan ilustre del consulado; dónde los lucimientos; dónde los aplausos, las danzas, los convites, los saraos; dónde las coronas y las tapicerías; dónde el ruido y estruendo de la ciudad; dónde las alteraciones y las grandes aclamaciones de los espectáculos? Todas estas cosas perecieron; una fuerte tempestad se llevó las hojas, dejando el árbol despojado, y cási arrancada la raiz, bamboleando. Tanta fue la violencia del viento, que habiéndole embestido y estremecido todos los nervios, amenaza arrancarle totalmente. ¿Dónde están ahora aquellos amigos enmascarados, dónde las borracheras y cenas, dónde el enjambre de truhanes, y el vino que se brindó por todo el dia, y los varios artificios de los cocineros, y aquellos servidores del poder y mando acostumbrados á hacer y decir todo á gusto? Todas estas cosas no fueron sino un sueño nocturno que desapareció con el dia. Flores fueron que pasándose la primavera se marchitaron; sombra fueron, y así se pasaron; humo eran, y así se deshicieron; campanillas eran que se hacen en el agua, y así se rompieron; telas de araña eran, y así se rasgaron; por lo cual repetimos continuamente este dicho: Vanidad de vanidades, y todo vanidad. Este dicho habia de estar escrito en las paredes, en los vestíbulos, en las plazas, en los edificios, en las calles, en las ventanas, en las puertas, y principalmente en las conciencias de cada uno, y en todo tiempo habiamos de pensar en él; pues las ocupaciones engañosas de esta vida, y enemigas de la verdad, han ganado para con muchos autoridad y crédito. Este dicho se habia de decir*

(1) Homil. in Eutrop. cap. 6.

un hombre á otro, y oirle uno de otro en la comida, en la cena, en la conversacion: Vanidad de vanidades, y todo vanidad. ¿Por ventura no te decia continuamente cuán fugitivas son las riquezas, y tú lo llevabas pesadamente? ¿No te decia que tienen la condicion de un esclavo fugitivo, y tú no lo querias creer? ¿Ves como la experiencia te ha mostrado que no solo son fugitivas y desagradecidas, sino homicidas, pues te han puesto en semejante miedo? Pero ya que este eunuco no se quiso enmendar y aprovechar de los consejos que le daban, por lo menos vosotros, los que estais mas ufanos con las honras y riquezas, aprended en cabeza ajena, y convertid en provecho vuestro la desgracia y calamidad de este hombre. No hay cosa mas flaca que las cosas humanas; y así con cualquier nombre que se significa su poquedad, menos es de lo que en verdad son: aunque las llames humo, heno, sueño, flores que se marchitan, tan frágiles son, que son mas nada que la misma nada. Pero que no solo sean nada, sino que estén en un despeñadero, aquí se echa de ver. ¿Quién estuvo mas sublime y entronizado que este hombre? ¿Acaso no era conocido en todo el mundo por sus grandes riquezas? ¿Por ventura no subió á la cumbre de las honras mundanas? ¿Acaso no le reverenciaban todos y temian? Veisle ahora como está mas desdichado que los presos de la cárcel, mas miserable que los esclavos, y mas necesitado que los mendigos que se mueren de hambre. No hay dia en que no se le pongan delante las espadas agudas y desenvainadas contra sí, los despeñaderos, los verdugos y la calle por donde se va á la horca y suplicio: ni aun goza de la memoria de sus gustos pasados, ni aun puede gozar de esta luz comun á todos; y al mediodía está como en una noche oscurísima, metido en la estrechez de cuatro paredes, privado de la luz de sus ojos. Pero ¿para qué tengo que traer á la memoria estas cosas? Porque aunque gaste mas palabras no podré significar cómo está su ánimo, que por momentos pienso que le han de venir á quitar la vida y hacer suplicio de él. ¿Y para qué son necesarias mis palabras, pues tiene delante de los ojos tan presente su calamidad? Ahora poco há, que habiendo enviado el emperador soldados que le sacasen de la iglesia, se puso mas amarillo que un boj, y ahora no tiene mejor color que un difunto. Allégase á esto que daba diente con diente, que se estremecia todo el cuerpo, la voz quebrada con los sollozos, la lengua le titubeaba; en suma, tal estaba, como uno que tenia el alma helada de miedo y pavor. Todo esto es de san Juan Crisóstomo. No es menester esperar el fin de la vida para ver su engaño; basta ver sus mudanzas.

CAPÍTULO V.

De la vileza y desórden de las cosas temporales, y cuán grande mónstruo hayan hecho los hombres al mundo.

Vengamos ahora á considerar la vileza de todo lo que pasa con el tiempo, la cual le pareció tan mal á Marco Aurelio, que dijo (1): *Todas las cosas sensibles, y principalmente las que halagan con el deleite, ó aterran con el dolor, ó con su fausto resplandecen, cuán viles son todas, cuán dignas de menosprecio, cuán súcias, cuán expuestas á perecer, y cuán muertas.* Esto dijo aquel grande emperador y monarca del mundo cuando estaba el imperio romano en su mayor pujanza, y él con mayor experiencia de los bienes de la tierra, pues fue mas poderoso en ellos que Salomon; y no solo dice que son vanos, sino viles, súcios, contentibles y muertos. Para que esto podamos entenderlo mejor, veamos qué es en sí la sustancia y tomo que tienen las cosas temporales, sin respeto á la brevedad de su duracion, ni á la variedad de sus mudanzas, por la cual son muy despreciables, aunque fueran preciosisimas; pero en sí son tan pequeñas, tan viles, tan dañosas por la mayor parte, y tan desordenadas, que aunque fueran eternas debian ser despreciadas; porque no solo se ha de mirar lo poco que son por su naturaleza, sino lo malo que son por nuestro abuso: porque el mundo, que de suyo fuera tolerable, le hemos puesto tal, que los mismos que mas le aman no le pueden sufrir, y sobre los bienes naturales ha inventado otros artificiales nuestro insaciable apetito, y de unos y otros ha compuesto un mónstruo tan horrendo y fiero como el que nos propone san Juan en el Apocalipsi (2); y así quien quisiere ver cuál sea la felicidad mundana, vuelva los ojos á aquella horrible bestia que dice subia del mar por su inquietud é inconstancia, la cual bestia tenia el rostro ó cabeza de leon, el cuerpo de pardo, que es animal muy manchado y vario, y los piés de oso, y para que se vea toda la deformidad de este mónstruo, tenia siete cabezas y diez cuernos. Esta es una viva imágen de lo que hay en el mundo: porque así como este mónstruo se componia de tres fieras, del oso, que es carnal y lujurioso, del pardo, cuya piel está llena de ojos, y del leon, que es animal soberbísimo; así en el mundo no hay otra cosa, como dice san Juan (3), sino la concupiscencia de los ojos y soberbia de vida; esto es, lascivia y regalos de deleites, avaricia y estimacion de riquezas, ambicion y deseo de honras. De estos tres horribles mónstruos se compone el mónstruo de mónstruos que llamamos mundo, el cual tiene tambien sus siete cabezas y diez cuernos, que son los siete

(1) Lib. 2. — (2) Apoc. XIII. — (3) I Joan. II.

vicios capitales con que se impugnan y traspasan los diez mandamientos, y toda la observancia de la ley de Dios.

Consideremos tambien el modo tan misterioso con que están distribuidas las partes de esta bestia, cuyos piés se dice que eran de oso, y el cuerpo de pardo, y la cabeza de leon; porque toda la invencion y tramoya de este siglo estriba sobre el gusto y deleite del apetito, el cual es natural, y sobre este fundamento ha puesto nuestra malicia las riquezas y las honras, que no son cosas naturales sino invenciones humanas. Las riquezas son el cuerpo del mundo; porque sobre ellas se levanta la soberbia como cabeza. Además de esta están en medio como en lugar conveniente; porque así los deleites, como las honras, han menester el dinero, y para acudir á uno y otro forma el cuerpo de esta bestia la avaricia. Propónesenos la imágen de este mundo debajo de este mónstruo compuesto; esto es, en esta representacion de quimera, así para declararnos su confusion y torcimiento, como para significarnos que no tiene ser ni sustancia, sino sola imaginacion y vana apariencia; porque los filósofos llaman quimera á un mónstruo compuesto de varios animales, el cual no es, y solo se imagina que es; y por eso ya vulgarmente se da el mismo nombre de quimera á lo que no tiene ser ni fundamento ni razon, y solo es fantasía y vanidad; porque verdaderamente las cosas de este siglo tan confusas y turbadas no tienen tomo ni ser, sino apariencia y engaño. Unas nos parecen grandes, siendo muy pequeñas; otras nos engañan mas, porque nos parecen bienes, y no son sino males. Para entender, pues, todo esto y conocer la vanidad del mundo, se ha de suponer que la malicia humana le ha corrompido y apestado, inventando nuevos gustos, añadiéndoles con la imaginacion lo que les falta de realidad y ser, y sacando de su fin las cosas: por donde viene á ser que todas sean vanas, y el mundo sea mónstruo de muchas cabezas; porque la cabeza de las cosas llamó Filon á su fin; y como las cosas del mundo hayan dejado su último fin, que es único, hanse desordenado con multitud de fines de particulares vicios: así aquella bestia, no solo una cabeza se dice que tenia, sino muchas, por lo cual es tan monstruosa. No se guian los hombres en el uso de las cosas por este fin de agradar y servir á Dios, sino de servir á su pasion y cumplir sus apetitos; y como estos son diversos, tienen diversos fines y respetos, y resulta la monstruosidad de tantos rostros y cabezas. Esta deformidad se sigue de la multitud de fines, á la cual acompaña la vanidad que en sí encierra; porque al paso que sigue el mundo esta variedad de fines adulterinos, porque son contra la razon y la naturaleza, deja su fin verdadero y legítimo; y todo lo que se aparta de su fin se hace inútil y vano: porque así como á un hombre diestrísimo en tirar la ballesta, si le sacasen los ojos se desvaneciera su arte y destreza, y la ballesta le seria inútil, porque quedaba sin aquello por donde consiguiera su fin; así tambien como todas las cosas sean criadas para que el hombre sirva á Dios, en

faltándoles este fin, quedan ellas inútiles y vanas. Con este ejemplo se puede echar de ver con claridad cuán vano es el mundo, pues no ha enderezado sus cosas para servir al Criador de todo, sino sacándolas totalmente de su último fin con que las ha hecho vanas todas. La multitud de oro, plata, perlas, diamantes y otras joyas preciosas que se ostentan en las vajillas y ornatos, ¿es por ventura para servir á Dios? Dígalo san Alejo, si acaso las escogió por medio para eso. Pues si no son para servir al Señor de todo, cosas vanas son todas. La abundancia de deleites, saraos, juegos, entretenimientos y gustos, ¿es acaso para agradar á Dios? Dígalo san Bruno si los escogió para eso. Y si no son á propósito para este fin, vanos son todos esos contentos. La majestad y ostentacion de títulos y honras ¿es acaso para servir á Dios? Dígalo san Josafat, pues huyó del reino temporal por servir al Rey del cielo. Vana es toda grandeza de la tierra, cuando no se consigue por ella la del cielo. La cosa mas preciosa, faltándola su fin, se envilece y queda sin estima ninguna. Pues si las cosas del mundo van fuera de su fin, dignas son de desestima y menosprecio.

§ II.

Este solo descamino de las cosas mundanas, apartándolas de su legítimo fin, basta para que se vea su vanidad y desconcierto: pero hay otro error en ella con que muestran ser mas vanas, porque no solo van descaminadas de su último fin, pero aun del fin que los vicios humanos se proponen; porque aun no tienen proporcion con este segundo fin. Lo que el apetito humano ha pretendido en las riquezas, fausto y honras que ha inventado es la felicidad humana en esta vida. Pues para esto mismo son tan á propósito, que antes ha dispuesto las cosas para mayor miseria y tormento de los hombres; y así son vanas todas sus invenciones y trazas. Para sustentar la honra ¿qué leyes y fueros tan desconcertados ha inventado, con grandes peligros de la vida y gusto de los hombres? Porque ha dispuesto la honra tan vidriosa, que con una palabra que diga quien quisiere la quita: por lo cual es ocasion que vivan muchos desordenados; y si quisieren cobrar la honra perdida, les ha de costar la vida, ó hacienda, ó la quietud. ¿Qué mayor locura que esta, que se haya fabricado el bien mas estimable que tiene el mundo, el mas ocasionado para males, y de tan maldita condicion, que sea muy fácil perderle, y muy dificultoso el cobrarle; que nos le pueda quitar cualquiera, y que no le pueda restaurar el que le tiene; que esté en mano ajena destruirle, y que no esté en mano propia repararle? ¿Qué ley tan injusta del mundo, que si te dice un infame que mientes, que hayas de quedar tú deshonrado, aunque el otro mienta en lo que dijo, y que esta honra, como la perdiste por una palabra que te dijo otro, no la hayas de poder cobrar tú con otra palabra que le digas? Pues el volver por

la honra, y averiguar la verdad por fuerzas, ¿qué desatino mayor? Lo uno, porque no tiene que ver que el que fuere mas robusto y valiente haya de ser mas verdadero ni honrado; lo otro, porque es en mucho menoscabo de los virtuosos; pues, por la mayor parte, donde es el ánimo mas bueno, sano y constante, suele estar el cuerpo menos robusto y fuerte. Finalmente, en esta parte de la honra han puesto los hombres tales cosas, con tantos puntos y fueros, que si real y verdaderamente fuesen todos locos, no la pudieran poner peor. ¿Qué es toda la locura, sino decir y hacer cosas sin proporcion, ni órden ni razon? Pues asi como no hay cosa mas sin proporcion, ni órden ni razon que el mundo, no hay tampoco cosa mas loca.

Pues llegando á las riquezas, las cuales se inventaron para la comodidad de la vida, halas puesto ya tales la malicia humana, que sirven para su mayor tormento; porque el que es rico no solo quiere serlo él, sino que lo sea su casa y todas sus cosas. No se contenta él con tener buen vestido, sino que han de estar mejor vestidas que él sus paredes y cuadras, con ricas tapicerías y preciosos escritorios, que ni sirven para el abrigo ni para la comodidad, sino para la apariencia. De donde viene á ser que quien tiene mas, tenga mayor necesidad; porque la tiene por sí, y por la que tienen las cosas que posee; porque quien tiene una grande casa tiene la misma necesidad que tiene su casa, la cual es mucha; porque gran casa tiene necesidad de grande ornato y muchos habitadores; y así cargan los ricos de criados, tapices, vajillas y otros ornatos supérfluos á la necesidad y á la comodidad humana: con lo cual no hay persona mas necesitada que el mas rico, porque necesita para mas. Por lo menos no falta esta incomodidad á las riquezas, aunque se inventaron para la comodidad humana, que quien las tiene mayores, tiene mayores cuidados, sobresaltos, envidias y peligros, y aun muchas veces daños.

El mismo torcimiento y abuso hay en las cosas particulares que inventó la necesidad humana para su remedio y alivio, porque las echó mayor carga. El vestido, que fue por necesidad, ya se usa por ornato, y tomando lo que no es necesario, se vuelve en pesadumbre y carga: la cintura y zapato apretado afligen al cuerpo, é impiden para muchas acciones: las galas y cadenas de oro, y otros excusados ornatos, le molestan. Por lo cual dijo san Ambrosio (1): *La cadena pesada al cuello, y los chapines ocasionados á caidas y peligros, sirven de pena á las mujeres, como si fueran delincuentes; porque para lo penoso de la carga pesada no hay diferencia ninguna en que sea de oro ó de hierro, si con uno y otro la cerviz es igualmente oprimida, y el impedimento en el andar es el mismo. Nada releva el mayor valor y precio del peso de oro; antes sirve de mayor congoja por el temor con que viven las mujeres de no perderlo, ó que*

(1) Ambr. lib. 1 de Virgin.

les quiten su pena y carga. Segun esto, poco importa que la pena sea dada por la propia sentencia (como en esto la dan las mujeres contra sí mismas), ó por sentencia de otros contra los reos, en que ellas son de peor y mas miserable condicion; pues estos desean ser aliviados de las cargas de sus prisiones, y ellas por el contrario estar siempre sujetas y ligadas á la suya. Esto es de san Ambrosio. Tambien la comida, que es para sustentar la vida, multiplicando regalos y guisados varios para alimentar el gusto, ha vuelto la malicia humana contra la misma vida y contra el mismo gusto, por las enfermedades nuevas y dolores agudos que la variedad de guisados y los regalos han introducido, como afirman los médicos. Marcelo Donato da esta causa de las enfermedades nuevas que se han visto en el mundo. Héctor Boecio en el libro segundo de la Historia de los escoceses dice: *No conocieron nuestros antepasados tantos géneros de enfermedades como se ven en nuestra edad; porque antiguamente apenas caia alguno malo, sino de piedra ó de abundancia de flema, ú otra enfermedad de frio ó humedad. Vivian bien, y la parsimonia conservaba los cuerpos sin enfermar, y alargaba la vida muchísimos años. Pero luego que se dejó la comida de la patria, y se dió la gente á todo género de regalos, entraron en nosotros muchas enfermedades peregrinas, juntamente con los regalos peregrinos.* Y en el libro nono dice que no hubo en Escocia peste ni calentura alguna hasta que usaron de comidas regaladas.

Este descamino de las cosas y apartamiento de su fin, principalmente del último de todos, que es Dios, causa tal disonancia á la razon, que para ella es un mónstruo: y así con mucha razon nos pintó san Juan el mundo en figura de este mónstruo compuesto de tres bestias, y sin cabeza humana, y siete de bruto; porque si fuera grande monstruosidad un hombre que no tuviera cabeza de hombre, sino siete de animales, y con solo verlo nos espantaria su deformidad; no es menor la del mundo, á quien le falta su natural fin, que es Dios, á quien debia tener por fin único conforme á toda razon, y tiene muchos fines adulterinos y falsos contra la misma razon. Fáltale al mundo la cabeza de hombre, porque no se ajusta al fin de la razon; y sóbranle cabezas de bestias, porque se guia por la pasion y apetito, é iguales fines con las bestias. Pues si miramos con tan grande vanidad de las cosas la multitud de vicios con que los hombres se revuelven y empeoran cada dia, ¿á quién puede ser tolerable esta bestia irritada con tantos aguijones como son nuestros vicios? ¿Qué injusticias no se cometen? ¿Qué adulaciones no se dicen? ¿Qué engaños no se fabrican? ¿Qué venganzas no se ejecutan? ¿Qué peligros no suceden? La avaricia lo inquieta todo, la lujuria lo corrompe, la ambicion lo atropella.

De lo dicho se sigue ser tan dañosas y perjudiciales todas las cosas del mundo; lo cual significó san Juan en los tres animales mas fieros de todos, de que nos representó compuesto al mundo, que son tigre ó pardo, leon y oso: porque como ellas estén desordenadas, y nosotros las

usemos desordenadamente, son dañosas al cuerpo y alma. Y si viéramos lo que está en ellas debajo de la apariencia del gusto que fingen y representan, nos quedaríamos espantados, y veríamos ó leones ó tigres que nos quieren despedazar, ó serpientes que nos pretenden emponzoñar, y nos sucediera semejante caso al que hizo el siervo de Dios Volcon. Era este santo sacerdote muy celoso (1), y deseó ganar para Dios á un hombre muy rico, y buscó para esto ocasion de comer con él; y entrándose por su casa el varon de Dios, le dijo: Ea, señor, ¿qué hemos de comer? Respondióle el rico que no habia por que tener cuidado; porque comeria lo mejor que se hallase en toda la ciudad. Fuese luego el fervoroso Volcon á la cocina con otra mucha gente que le acompañaba: mandó al cocinero que le fuese mostrando uno por uno los platos. Cosa maravillosa, que como le iban mostrando los platos regalados y preciosos de capones y pavos, se iban tornando en sabandijas y serpientes; de que quedó admirado el rico, y enseñado que el darse á gustos no es mas seguro que recibir daños y comer animales ponzoñosos, y tomarse con un leon, tigre ó sierpe; y lo cierto es que no han matado á tantos los leones y las fieras mas rabiosas, cuantos han muerto por sus gustos y regalos.

CAPÍTULO VI.

De la pequeñez de las cosas temporales.

Dejando aparte que las cosas de este mundo son tan vanas, consideremos mas en particular su cantidad; y verémos que aun con extenderlas mucho la vanidad que las hincha, quedan muy menguadas y cortas, y mas si las comparamos con las eternas. Dando, pues, principio por aquel bien temporal que tiene mayor bulto y extension, que es la honra, nombre y fama, verémos cuán estrecho es. Desean los hombres que su fama resuene en el mundo, y que sepan su nombre todos; pero ¿qué tendríamos con que esto lo alcanzasen, pues todos los reinos de la tierra no son mas que un punto respecto del cielo? ¿Y quién hay que pueda ser conocido de todos los que viven? Millones de hombres hay en el mundo que no saben que hay emperador de Alemania, ni rey de España. No tiene que matarse nadie por esta honra vana; que aun dentro de su patria por ventura no será conocido: y aunque se haga el hombre mas famoso del mundo, toda su fama queda encerrada en este mundo, el cual es tan pequeño, que desde el cielo del sol apenas se divisará. Por tantos mil años estuviste sin ser conocido, y despues estarás sin que se acuerden de tí los que despues nacieren; y aunque quede en los hombres tu memoria, al fin se han de acabar los mismos hombres, y con ellos su

(1) Broviuso, A. 3 ex Oth. de san Blasio.

memoria y la tuya, y estarás una eternidad sin que seas celebrado como lo estuviste antes que nacieses, y ahora que vives no te conocen sino muy pocos; y los mas tan malos, que habias de tener por afrenta que te alabasen tales bocas, de los que aun á sí mismos se maldicen. Pues ¿por qué te matas por cosa tan corta, tan vil, y tan vana? Todas estas razones son tan ciertas para que se conozca la vanidad de las honras humanas, que aun los gentiles la conocieron. Oye á solo uno, que es el que estaba puesto en el mayor grado de estimacion y dignidad en el mundo, pues fue señor de él, el emperador Marco Antonio, el cual dice (1): *¿Por ventura te solicita la gloria? Mira cuán velozmente se borran con el olvido todas las cosas: mira el cáos de la eternidad de una y otra parte. Cuán vano sea el sonido de la fama, cuánta la inconstancia é incertidumbre de las opiniones y pareceres humanos, y en cuán estrecho lugar se encierran todas estas cosas; porque la tierra es un punto, y de ella cuán pequeñito rincon sea el que habitas, y en ella qué cosas hay, y cuáles son los que te han de alabar.* Poco despues añade: *El que desea honra y fama despues de la muerte no piensa que aquel que se ha de acordar de él tambien se morirá luego; y de la misma manera el que á este sucediere, hasta que se venga á borrar toda memoria que se propaga por hombres mortales. Pero finge que han de ser inmortales los que han de tener memoria de tí. ¿Qué te importará ni tocará todo esto despues de muerto? mas no digo despues de difunto: aun cuando vivo, ¿qué te aprovecha el ser alabado? Todo lo que es hermoso lo es en sí mismo, y dentro de sí se perfecciona, y no es parte de su hermosura que sea alabado. Por eso aquello que es celebrado no es por esta causa ni peor ni mejor.* Estos antídotos trae este Príncipe pagano para contra la ponzoña de la ambicion, y nos desengaña de su vanidad. Pues los cristianos ¿por qué hemos de estimar otra honra mas que la de Dios?

¿Qué diré de la vanidad de los títulos que han tomado muchos para darse á conocer contra toda razon y justicia? Veamos cómo lo han conseguido los de Europa, por aquellos que lo han procurado en Asia; porque si los mas celebrados en Asia no llegan á noticia de los que están en Europa, tampoco llegará el nombre de los mas afamados en Europa á los que están en Asia (2). El nombre de *Echebar* pensaron sus súbditos que habia de ser eterno, y que en su vida todo el mundo no solo le conocia, sino le temblaba; pero preguntaran entonces en Europa quién era, y no le conocieran. Pregunten ahora á los mas eruditos, y sabrán pocos, si no es porque lo escribo aquí, qué reino es el Mogol. ¡Cuán pocos habrán oido nombrar á *Vencatapadino Ragiu!* Él pensaba que no habia hombre en el mundo de quien no fuese conocido: lo mismo pensaban sus reinos; y así le llamaban: *El señor de los reyes, y supremo emperador.* Los títulos de que él se preciaba y ponia en sus edictos

(1) Marco Antonio, lib. 3, cap. 20. — (2) Jarric. in Thesaur. Indic.

eran estos: *El esposo de la buena fortuna; el rey de grandes provincias, rey de grandísimos reinos, y dios de los reyes; el señor de toda la caballería; maestro de los que no saben hablar; emperador de tres emperadores; vencedor de todo lo que ve; conservador de todo lo que venció, formidable de las ocho plagas del mundo; señor de las provincias que corrió; destructor de los ejércitos mahometanos; despojador de las riquezas de Ceilan; el que vence á los varones, por fortísimos que sean; el que quitó la cabeza al invicto Viravalano; el señor de Oriente, Austro, Aquilon, Occidente y en mar; el cazador de elefantes; el que con el valor militar vive y se gloria. Estos elogios de honra goza el excelentísimo en las fuerzas bélicas Vencatapadino Ragiu, que reina y gobierna este mundo.* ¿Cuántos me dijeran, hasta que lo declaro aquí, que este fue rey de Narsinga? Pues como estos poderosísimos y esforzados príncipes no son conocidos en Europa, tampoco lo será en Asia y África Cárlos V el Grande, con otros excelentes varones en armas y letras que han florecido en estas partes de Occidente.

Pues si reparamos en la verdad de los títulos que se toman, verémos ser todo vanidad. ¿Cuántas veces se han llamado excelentísimos y altezas los que eran de un ánimo vilísimo, y estaban en pecado mortal, que es la mayor bajeza del mundo; y serenísimos los que están turbados con mil pasiones, y tienen ofuscado el entendimiento y estragada la voluntad? Otros se apropian títulos muy magníficos, no con mas verdad que Nerop se pudo llamar clementísimo. Ha llegado esta vanidad á tal extremo, que se usurpan los hombres los títulos que solo convenian á Dios, y sobre estos se han levantado grandes guerras, y muerto innumerables hombres. Por lo cual dijo san Juan (1) que aquella bestia que subia del mar tenia sobre la cabeza nombres de blasfemia; y despues dice que estaba la bestia colorada llena de nombres de blasfemia, por la sangre que se ha derramado en el mundo. Por estos títulos tan vanos, y algunos tan contrarios á Dios, como lo fue llamarse Roma eterna (2), siendo esto cierto género de blasfemia, las cosas en que se ha puesto la honra son para reir. Unos se honran de tener grandes fuerzas, no echando de ver que en esto los llevará ventaja un oso, un toro y una acémila. Otros con andar bien vestidos andan muy ufanos, siendo así que antes habian de tener vergüenza de ser mas estimados por la obra mecánica que hizo un sastre que por sus obras virtuosas. Otros se honran de las mismas deshonras y vilezas, esto es, de sus mismos vicios, preciándose de sus homicidios y deshonestidades. Otros se precian de la nobleza de su sangre, sin atender á la virtud; y así vienen á hacer vicio lo que habian de tener obligacion de virtud, y lo que les habia de ser honra convierten en su infamia, preciándose mas de ser nobles que de ser cristianos. No es mas uno de lo que es en los ojos de Dios; y la estima-

(1) Apoc. XIII. — (2) Marcel. lib. 15, c. 14.

cion que Dios tiene de uno no es por su linaje, sino por ser cristiano: no por haber nacido en un palacio, sino por haber tornado á nacer en las aguas del Bautismo. ¿Qué va de nacer de noble linaje á nacer del costado de Cristo? Aquella penitente vírgen D.ª Sancha Carrillo (1) todas las veces que asistia al bautismo de algun niño veia á Jesucristo en la cruz abierto el costado, y que de su mismo corazon salia el niño que bautizaban, dándola á entender en esto el nuevo nacimiento de la sangre de Cristo, por el cual estima Dios á los hombres, no por el nacimiento de sangre pecadora. Este nacimiento es de deshonra, aquel de honra: este de pecado, aquel de santidad: este de carne que mata, aquel de espíritu que vivifica: por este somos hijos de hombres, por aquel de Dios: por el nacimiento de la carne, aunque sean los hijos herederos de la hacienda, son mucho mas herederos de sus miserias, y nacemos pecadores: por el nacimiento del Bautismo somos herederos del cielo, de presente recibimos la gracia, y en lo por venir la gloria. ¿Qué yerro es preciarse uno del nacimiento humano para ser pecador, mas que del nacimiento divino para ser justo? ¿Cuán necio fuera el que siendo hijo de un rey y de una vil esclava se preciase mas de ser hijo de la esclava que del rey? Mas necio es quien se precia mas de la nobleza de su sangre siendo caballero, que de la nobleza del espíritu siendo cristiano. Finalmente todas las honras de la tierra son tales, que dijo Matatías á sus hijos que era la gloria estiércol y gusanos. San Anselmo compara á los que buscan las honras á los niños que buscan mariposas; é Isaías á las arañas que se desentrañan en urdir unas telas que una mosca se las rompe. Tras esta pequeñez y vileza son tales las honras, que en ellas han perecido muchas almas. Si David echó maldiciones á los montes de Gelboé porque en ellos murieron Saul y Jonatás, sobraba la razon para maldecir los montes altos de las honras, donde se ha visto perderse muchísimos.

§ II.

Consideremos qué son las riquezas, á las cuales hizo mucha honra san Gregorio Nazianceno (2) en llamarlas precioso estiércol. El oro y plata dijo Antonino filósofo que eran excrementos y heces de la tierra, los preciosos mármoles callos, y generalmente de la materia de todas estas cosas dice que no es sino como una podre. Plotino dijo que no era mas el oro que agua viciosa: otros dijeron que era tierra amarilla. Las piedras preciosas ¿qué son sino unas chinillas coloradas, ó verdes, ó resplandecientes? Las sedas ¿qué son sino babas de gusanos? ¿Las holandas y otros lienzos preciosos hilachas de unas plantas? Otras telas de estima pelos son de animales, que si uno topáramos en la comi-

---

(1) Roa, in ejus vita, lib. 2, c. 1. — (2) In vita sua, lib. 9.

da, nos causara asco; y muchos en el vestido suelen envanecer. El algalia ¿qué es sino un sudor ó excremento de un gato junto al lugar mas inmundo y asqueroso que tiene, que solo su vecindad es para hacer asco? El ámbar la suciedad es de una ballena ó excrementos del mar, que por despreciable lo arroja de sí. Ni el almizcle es otra cosa que cuajarones de sangre corrompida de un animal. ¿Qué son grandes posesiones, ciudades y provincias? Por cierto niñerías de los hombres que, aunque viejos, son niños si las estiman; y esto no digo comparado con lo eterno, no mirado desde el cielo empíreo, sino desde la luna, donde todos los reinos de Grecia, como dijo Luciano (1), no ocupan mas espacio que cuatro dedos; y todo el Peloponeso no será mayor que una lenteja pequeña, ó por mejor decir toda la redondez de la tierra es una migaja. Aun mejor dijo Séneca que no es mas que un punto, ó por lo menos no es mas todo que una cosa de risa y juego, como dice san Juan Crisóstomo (2), el cual con razon compara los grandes palacios, las populosas ciudades y los reinos extendidos á aquellas casitas de arena y lodo que por entretenerse fabrican los niños: *Las cuales mientras labran los muchachos, se están riendo de ellos los mayores, y muchas veces cuando los ve su padre ó maestro que dejan de aprender por ocuparse en fabricarlas, llegan y deshacen con los piés en un momento lo que con mucho tiempo y trabajo habian edificado. Así lo suele hacer Dios con los que por ocuparse en adelantar bienes temporales descuidan de su servicio; y grandes palacios, alcázares levantados, fuertes castillos, muradas ciudades y reinos poderosos los destruye con tanta facilidad como las casillas de arena que hacen los niños; porque mas ridículos y mas niños son los que ponen su corazon en las grandezas de esta vida breve, que los niños que se entretienen en hacer paredes de arena.* Esto es de san Juan Crisóstomo, el cual dice en otra parte (3): Que como mirando pintados en la pared un rico y un pobre, un hombre vil y un poderoso, ni envidiamos al uno, ni despreciamos al otro, porque la pintura es sombra, y no verdad; este mismo juicio debemos hacer de las cosas mismas, porque poco mas ó menos todo es nada, y conforme á la sagrada Escritura es una comedia y farsa: y como importa muy poco hacer allí la persona de Alejandro, y de Creso, que fue el rey mas rico de su tiempo, ó la de un pobre mendigo; así tambien importan muy poco en esta vida las riquezas. Digan los mismos estimadores de ellas lo que son; porque si el rey Herodes por el baile de una muchacha ofreció la mitad de su reino, ¿qué puede valer todo él? Y Aman que tenia grandes riquezas confesó por su boca que las tenia en nada, solo porque no le hacia reverencia Mardoqueo.

Los gustos mismos ¿cuán corta esfera tienen? Porque fuera de ser los que mas presto fenecen, están mezclados con ajenjos de muchas penas

(1) Lucian. in Icaro menipon. — (2) Chrys. homil. 24 in Matth.
(3) Hom. 15 de avaritia.

que les acompañan, les anteceden y les siguen. Un deshonesto ¿qué peligros y pesares suele pasar hasta conseguir su deseo? Y en la misma posesion de él, ¿cuántos sobresaltos le punzan el corazon? Y despues, ¿cuánta pena tiene de lo que tanto deseó? Y ¿cuántas enfermedades bien largas y dolores muy pesados resultan por lo que duró un momento? Cotéjense las penalidades y dolores de la vida con los gustos de ella, y se hallará que así en la multitud, como en su grandeza, exceden sin comparacion los dolores y penas á los gustos: porque los géneros de gustos que pueden tener en el tacto en dos ó tres se encierran; pero las penas no tienen cuenta, porque son muchos los géneros de dolores que le pueden afligir: dolor de ceática, mal de piedra, de gota, de muelas, de cabeza, y otros innumerables dolores que hay, y violencias que suceden con tantos géneros de tormentos como han inventado los tiranos, los cuales son intensísimos y horribles, no teniendo comparacion el mayor deleite del sentido con el grande dolor de descoyuntarse un miembro, ó padecer un dolor fuerte de ceática ó piedra.

§ III.

Bien se echa de ver la mengua y cortedad de los gustos de esta vida, por lo que procura nuestro apetito ensancharlos, inventando nuevos entretenimientos para que supla con la multitud la mengua de su pequeñez: por eso no contentándose con los gustos y regalos naturales ha inventado tantos artificiales, buscando nuevos pastos de los sentidos, y peregrinos géneros de comodidades. Bien se echa de ver cuán cansada es la vida, pues se buscan para ella tantos descansos y alivios. ¿Qué géneros de vestidos delicados y telas regaladas no se han tejido? ¿Qué suertes de camas y lechos descansados no se han fabricado? ¿Qué maneras de sillas, literas y coches no se han usado con costas grandes y gastos desmedidos, y con tanto orgullo y prisa, cuando se sabe de alguna invencion de estas, que se tiene por desdichado el postrero que la usa, aun no siendo su uso necesario? Escribe el obispo de Pamplona (1), historiador copioso de Cárlos V, que por los años de 1546 aun no se usaban coches en España, y habiendo venido uno á ella en tiempo del mismo Emperador, salian las ciudades enteras á verle, admirándose de él como de un centauro ó mónstruo. Pues ahora ¿qué cosa mas ordinaria? Agradó tanto esta invencion, por parecer descansada, que dentro de pocos años usaron coches gente muy ordinaria, tanto, que fue menester prohibirlos; y esto es tanto de mayor maravilla, cuanto estaban poco antes muy léjos de usarlos los mayores señores. Escríbese del Duque de Medinasidonia, cuya grandeza y riquezas son de las mayores

(1) Fr. Prudencio de Sandoval en la Historia de Cárlos V, part. 2, l. 28, § 36. D. Luis Brechero en el discurso problemat. de los coches.

de esos reinos, que cuando queria ir en compañía de la Duquesa á visitar á Nuestra Señora de la Regla, que es un grande santuario de Andalucía, iba en un carro que tiraban bueyes, lo cual seria por el año de 1540. Pues luego dentro de seis ó siete años vino el coche que hemos dicho á España, y luego dentro de nueve ó diez años hubo tanta multitud de ellos, que por ley pública se vedaron el año de 1577 todos los coches de dos caballos, por ser tanta la gente ordinaria que los usaba, con gran perjuicio de la hacienda, de la caballería y de la honestidad. Con tanta prisa busca nuestro apetito su comodidad, buscando con artificio en lo que parece anduvo corta la naturaleza. Lo mismo sucedió en Roma con las literas (1), las cuales (segun refiere Dion Casio) se empezaron á introducir en tiempo de Julio César dentro de Roma; pero luego (como escribe Suetonio) fue necesario que el mismo Julio César las prohibiese.

Lo mismo ha pasado y pasa en los vestidos costosos, que es tan igual desordenamiento de nuestra malicia, que duda Tulio cuál de estas cosas es mas indecente al ser del hombre, si el uso de los coches, ó de los vestidos: llama á uno y á otro cosa desvergonzadísima (2), y lo es verdaderamente en no pocos el modo como usan de estas comodidades. Dijo Ciceron que los soldados romanos computaban las armas por miembros; porque no les habian de embarazar mas que los brazos. Esta misma cuenta se hacen muchos en los vestidos compuestos y pomposos, que no menos sienten que se los toquen, que si les descoyuntasen un miembro. De Quinto Hortensio, senador romano, escribe Macrobio que ponia tanto cuidado en el ornato y aseo del vestido, que se miraba todo á un espejo, donde con suma atencion distribuia y disponia los pliegues de la toga, que luego recogia en un lazo en que los ponia mas pomposos. Una vez siendo cónsul, y saliendo en público con grande coste y cuidado vestido, solo porque su compañero en un gran concurso y aprieto de gente le desbarató la toga un poco, y no pudiendo mas, juzgó por delito capital el haberse con el encuentro mudado algun pliegue de ella, y le acusó en público, y propuso contra él la querella ó accion que llamaba de injuria, como si le hubieran torcido ó quebrado un brazo. ¿Qué diré de los ornatos tan costosos y tan necios, que parece que el mismo mundo los condena; las mezclas de guisados para el gusto; las confecciones de suaves pastas y perfumes para el olfato; las melodías de varias músicas para el oido; las amenidades, pinturas y espectáculos para la vista, cuyo entretenimiento se ha procurado, aun derramándose sangre humana, en los gladiadores de Roma y toros de España? Toda esta máquina de gustos que ha inventado el apetito es clara se-

(1) Suet. c. 34. — (2) Cicer. orat. Milon. Quid horum non impudentissimum, vestitus, an vehiculum? Macrob.

ñal de su mengua, pues tanta multitud no le llena, ni igualan tantos contentos artificiales á los dolores naturales.

Por cosa tan poca se pierde lo que es tan grande, como lo eterno. Rasgamos la ley de Dios, y somos desagradecidos á nuestro Redentor, el cual nos premiará con grandes favores del cielo el desprecio de estos tan cortos y menguados gustos de la tierra, para que si no los quisiéremos despreciar por lo que son ellos en sí, lo hagamos por lo que él nos da, porque los despreciemos mortificando nuestros sentidos, cuya mortificacion nos es tan provechosa, y á Dios tan agradable, como se verá por esta historia que refiere Glicas (1). Habia gastado en el yermo un anacoreta espacio de cuarenta años, vacando solo á sí y á la salvacion de su alma, con gran observancia de su profesion. Vínole deseo de saber quién tendria en la tierra igual grado de merecimientos, y así pidió á Dios se lo manifestase. Hizolo así el Señor, y fuele respondido del cielo que el emperador Teodosio, aunque estaba en la mayor grandeza del mundo; porque con toda su majestad no le era inferior ni en el humillarse ni el vencerse á sí mismo. Con esta respuesta, movido de Dios, se fué luego á hablar al Emperador; y como el ermitaño tenia fama de santidad, y el religioso Emperador era tan humano y amigo de los siervos de Dios y monjes, halló modo con que hablarle y saber de él sus santos ejercicios. Al principio no le declaró el Emperador mas que virtudes comunes, que daba grandes limosnas, que traia cilicio, que ayunaba á menudo, que guardaba continencia con su mujer, y procuraba hacer justicia. Pareciéronle bien al ermitaño estas virtudes, y mas en una persona real; mas juzgó que todo esto habia él hecho con mayor perfeccion, porque lo habia renunciado todo por Cristo, y dejado toda cuanta hacienda poseia, lo cual es mas que dar limosna: á mujer no habia conocido en su vida, lo cual es mas que haber guardado por tiempo castidad: á ninguno habia hecho injuria ni injusticia, lo cual juzgaba por mejor que hacer guardarla: sus cilicios y ayunos habian sido continuos y sin regalo alguno, lo cual era mas que abstenerse algunos dias de carne. Con esto instó mas al Emperador, suplicándole no le encubriese nada; porque la voluntad divina habia sido que supiese de él lo que hacia, y que para eso le habia enviado á él Nuestro Señor. Díjole entonces el Emperador: Sábete que cuando hay juegos de caballería y espectáculos del circo, aunque yo asisto á ellos, estoy tan ausente de allí, que no los quiero mirar ni gozar del gusto de aquella vista, sino que al mejor tiempo divierto mis ojos, y no quiero ver cuando se va á hacer la suerte; de modo que estoy como ciego, aunque tengo los ojos abiertos. Quedó espantado el ermitaño de tan particular mortificacion de aquel gran Monarca, y echó de ver como no estorban los cetros y las púrpuras para merecer mucho con Dios, si se privasen de gustos. Aña-

(1) Glycas, et ex eo Rad. in aula sancta, cap. 13.

dió mas Teodosio: Sabe tambien que mi sustento es de lo que gano con mis manos; porque traslado algunos cartapacios de buena letra, y mi comida es de mi trabajo, del precio que de ellos se saca. Con este ejemplo de pobreza entre tanta riqueza, y de templanza entre tantos regalos, quedó atónito el anacoreta, y conoció que el privarse de descanso y de gustos de la bebida y comida era lo que daba tan grandes merecimientos á aquel Principe. Tan perversos son los gustos de la tierra despues de ser tan cortos, que aun los que son licitos impiden grandes provechos, y los ilicitos causan grandes daños.

§ IV.

Pues ¿qué diré de los imperios y de la dignidad real que abraza (al parecer humano) todos los bienes del mundo, honras, riquezas y gustos? ¿Cuán pequeño es un reino de la tierra, pues toda la tierra es un punto respecto de los cielos, y todo lo que puede gozar un rey de la tierra no son mayores honras, ni mas seguras riquezas, ni mas grandes gustos de los que habemos dicho? Y aun todo esto, aunque corto, no lo goza seguramente: por lo cual dice san Crisóstomo (1) hablando de los emperadores de su tiempo: *No mires á la corona, sino á la tempestad de cuidados que la acompaña: no pongas los ojos en la púrpura, sino en el ánimo del mismo rey, que está mas triste y cárdeno que la misma púrpura: no tanto ciñe la diadema á su cabeza, cuanto la solicitud y sobresalto rodean á su alma. No mires al escuadron de su guarda, cuanto al ejército de molestias que se siguen; porque no se podrá hallar alguna casa particular tan llena de cuidados cuanto lo están los palacios reales. Cada dia esperan, no una muerte, sino muertes; y no se puede decir cuántas veces de noche se les sobresalta el corazon, y el alma parece que les ha de salir. Esto pasa aun cuando hay paz; pero si se enciende guerra, ¿qué cosa hay mas miserable que esta vida? ¿Cuántos peligros les acontecen por sus mismos familiares y súbditos? El suelo del palacio real está lleno de sangre de parientes. Si quereis que especifique algunas cosas de las antiguas y modernas, lo conoceréis bien. Aquel, teniendo sospecha de su mujer, la ató desnuda en los montes, entregándola á las fieras, despues de haber sido madre de muchos reyes. ¿Qué vida haria tal hombre, porque no es posible ejecutase tal venganza, si no es porque estuviera consumido su corazon enfermo? Este degolló á su propio hijo: este se quitó la vida á sí mismo preso del tirano. Aquel mató á su sobrino que habia hecho compañero del imperio. Aquel á su hermano. Aquel fue muerto con veneno, y la copa le fue muerte, no bebida, y á su hijo inocente, solamente por lo que podia ser, le acabó la vida. De los príncipes que se siguieron uno fue quemado como miserable con todos sus caballos y carrozas; y no es posible expliquen las palabras las calami-*

(1) Homil. 66 ad popul.

dades que fue forzoso padecer. Y el que ahora reina, ¿por ventura despues que fue coronado no ha padecido muchos trabajos, peligros, tristezas y asechanzas? Pero no es así el palacio del cielo. De esta manera pinta san Juan Crisóstomo á la mayor fortuna del mundo, que es la majestad imperial, la cual no puede dejar de ser pequeña; pues es tan desdichada, que aun de los bienes perecederos de la tierra no les deja gozar seguramente, pereciendo sus poseedores antes que ellos perezcan. Pero será esto muy de diversa manera en el reino de los cielos, y palacio y casa de Dios, donde los justos han de reinar y gozar sin menoscabo ni contrapeso de miserias de los bienes eternos, como en su lugar verémos.

Últimamente hemos de sacar de lo dicho, no admirar grandezas del mundo ni desear comodidades de la tierra, como enseñó san Espiridion á su discípulo (1), porque viniendo una vez con él á la corte del emperador, se dejaba el discípulo llevar de las cosas que veia; causábale admiracion, como á mozo de poca experiencia, ver la grandeza de la corte, tanto lustre, tan ricos vestidos, tantas joyas, perlas y piedras preciosas; mas lo que sobre todo le ponia espanto era ver sentado al emperador en su trono con majestad y grandeza imperial. Traíale todo esto como embelesado. Queriéndole corregir de su yerro san Espiridion, le preguntó un dia disimuladamente cuál de los que allí estaban era el emperador. Que se le mostrase, porque no acababa de conocerle bien. El discípulo no alcanzó el fin de la pregunta; y así señalando con la mano, dijo sencillamente: Este es. Replicó el Santo: Y ¿qué es lo que este tiene de mas estima que los otros, si no es por ventura que le tengas por de mas virtud? ¿Por qué tiene mas de lustre y ornato exterior? ¿No se ha de morir este como cualquier otro pobrecito desconocido? ¿No le han de enterrar como á él? ¿No ha de comparecer tambien como los demás ante el recto Juez? ¿Por qué haces tanto aprecio de las cosas que pasan, como de las que siempre duran? ¿Cómo te admiras de ver unas cosas que no tienen consistencia, siendo razon que pusieras los ojos y el corazon en las eternas é incorruptibles, y de estas te enamorases, pues no están sujetas ni á mudanzas ni á la muerte?

El mismo discípulo de san Espiridion, siendo ya obispo, caminaba con su maestro, que era arzobispo de Trimitunte; y como llegasen ambos á un lugar en que habia unos campos muy amenos y fertiles, pagóse mucho el discípulo de esta fertilidad, y comenzó á dar y tomar consigo mismo sobre qué traza podria haber para alcanzar alguna heredad en tan buena tierra para el acrecentamiento de su Iglesia, haciendo mucho caso de esta comodidad. Pero el Santo, que le entendió los pensamientos, dióle una suave y amorosa reprension. ¿De qué sirve (le dice) hermano carísimo, andar tan de propósito revolviendo en vuestro corazon cosas vanas y de poco tomo? ¿Para qué deseais ahora con tanto

---

(1) Surius, in vita Spirid.

ahinco tierra que labrar y viñas que cultivar? ¿No echais de ver que son cosas que solamente parecen por lo de fuera, y con su apariencia nos engañan? pero son nada, y no valen nada. Heredad tenemos en el cielo que nadie nos la puede quitar. Allí tenemos casa que no es hecha por manos de hombres. Dad tras estos bienes, comenzad á gozar de ellos aun antes de tiempo con la virtud de la esperanza; porque estos son tales, que si una vez os haceis señor y dueño de tal posesion, os quedaréis eterno heredero, sin que vuestra herencia se traspase á otros jamás. Póngase uno en el punto de la muerte, y mire desde allí la pequeñez de lo temporal que deja y se ha pasado, y de otra parte la grandeza de lo eterno en que entra, y nunca se pasará; y descubrirá como no son dignas de admiracion, sino de risa, todas las grandezas y comodidades de esta vida, por ser tan pequeñas, y por pasarse tan presto.

CAPÍTULO VII.

Qué miserable cosa es la vida temporal.

Veamos tambien en particular qué sustancia y tomo tiene la vida temporal, que es lo que tanto estiman los mortales, y no nos maravillemos poco como en tan breve espacio pueden caber tantas y tan grandes desdichas; por lo cual dijo Falaris Agrigentino que si antes que naciera uno conociera lo que habia de padecer en la vida, no quisiera nacer, ni tomara de balde la vida; porque no es toda ella sino un monton de miserias, una continua tela de peligros. Por esto, arrepentidos de vivir algunos filósofos, llegaron á blasfemar de la naturaleza, diciendo de ella mil quejas é injurias, pues al mejor de los vivientes habia dado tan mala vida; porque no alcanzaron que esto fue efecto y pena de la culpa humana, y no culpa de la naturaleza ó providencia divina. Plinio llegó á decir que no era la naturaleza sino madrastra de los hombres. Y Sileno, preguntado cuál era la mayor dicha del hombre, dijo que el nô haber nacido, ó morirse luego. El gran filósofo y emperador Marco Aurelio dijo esta discreta sentencia (1), considerando la miseria humana: *La batalla de este mundo es peligrosa, y su fin y salida tan terrible y espantosa, que estoy cierto que si alguno de los antiguos resucitase, y contase fielmente, é hiciese alarde de la vida pasada, desde que salió del vientre de su madre hasta la postrera boqueada, contando el cuerpo por extenso los dolores que ha sufrido, y el corazon descubriendo las alarmas que le ha dado la fortuna, que todos los humanos se espantarian de cuerpo que tanto ha padecido, y de corazon que tanta batalla ha vencido y disimulado: todo lo cual yo he en mí mismo probado, y confiésolo aquí libremente, aunque sea infamia mia, por el provecho que puede redundar á los siglos venideros. En cincuen-*

---

(1) Aurel. Ant. in sua Philosoph.

ta años que he vivido he querido probar todos los vicios y pecados de esta vida, por ver si la malicia de los hombres tiene algunos límites y términos; y hallo por mi cuenta, despues de bien considerado y contado, que cuanto mas como, mas muero de hambre; cuanto mas bebo, mayor sed tengo; si mucho duermo, mas querria dormir; mientras mas descanso, mas quebrantado me hallo; cuanto mas tengo, mas deseo; y harto de buscar, menos hallo guardado: y finalmente, ninguna cosa alcanzo que no me embarace y harte, y luego no la aborrezca y desee otra. Todo esto sintieron los filósofos por las miserias de que está llena nuestra vida. Lo cual considerando el Sábio, dice (1): Todos los dias del hombre están llenos de dolores y miserias; ni aun de noche descansa su pensamiento. Con razon dijo Demetrio (2) que era miserabilísima la condicion humana, pues los que buscan algun bien, ápenas le encuentran; y los males, no solo buscados, pero sin aguardarlos llegan, y se nos entran por las puertas sin querer: de suerte que siempre está nuestra vida expuesta á innumerables peligros, injurias, daños y enfermedades, las cuales son tantas, segun Plinio y muchos médicos griegos y arabes, que en espacio de algunos años se descubrieron mas de treinta especies de dolencias nuevas, y cada dia se van descubriendo mas, y algunas tan crueles, que no se pueden oir sin horror. No digo las enfermedades solamente, sino sus mismos remedios; porque aun dolencias muy conocidas y comunes se curan con cauterios de fuego, con aserrar miembros, con sacar huesos de la cabeza y aun tripas del vientre, como para hacer inventario ó anatomía de ellas. Otras se curan con tan extraña dieta, por la grande furia del mal, que escribe Cornelio Celso que bebian los enfermos los orines por la mucha sed que padecian, y se comian los emplastos por la grande hambre que les afligia. Á otros para sanarles les hacen comer culebras, sabandijas y otras cosas muy asquerosas. Sobre todo, ¿qué mas cruel género de cura que la que padeció Paleólogo, segundo emperador de Constantinopla, que despues de haber estado doliente un año, no tuvo su enfermedad otro remedio de la medicina que matarle á pesadumbre? Y así la emperatriz su mujer, que era la que mas deseaba su salud y gusto, procuró por la misma salud no darle gusto en nada sino cuantos pesares podia, afectando el serle inobediente. Si los remedios aun son tan grandes males, ¿cuáles serán los males de las mismas enfermedades? En Ángelo Policiano fue tan vehemente su dolencia, que se daba de cabezadas por las paredes. En Mesenas fue tan extraña, que en tres años enteros no durmió ni pegó en todos ellos los ojos. En Antíoco fue tan asquerosa, que contaminó su mal olor á todo su ejército, con ser muy grande, el cual no podia sufrir el hedor pestilencial que echaba su rey; gusanos le manaban del cuerpo, y las carnes se consumieron de dolor. De la misma manera Feretrina, reina de los barceos, todas las carnes se le

(1) Eccles. III. — (2) Stob. serm. 96.

convirtieron en gusanos, de los cuales deshecha, vino á morir. Considere uno aqui el fin que tuvo la majestad real, sin poder nada todo el poder de la tierra contra unas sabandijas tan asquerosas, ni aprovecharlo nada la limpieza de delicadas holandas contra el asco de los gusanos inmundos. Con razon entra el hombre llorando en este mundo, profetizando las muchas miserias, que aun teniendo tiempo para padecerlas, le ha de faltar para llorarlas; y así comienza tan temprano.

§ II.

Pestes extrañas.

¿Qué diré de las enfermedades pestilentes y extrañas que han consumido grandes ciudades, y aun provincias? Muchos autores escriben que los de Constantinopla fueron atormentados de una manera de pestilencia tan horrible, que les parecia á los heridos de ella ser muertos por mano de su vecino; y caidos en este frenesí, morian rabiando con sola esta imaginacion de puro miedo, creyendo ser muertos por mano ajena. Hubo en tiempo de Heraclio una pestilencia mortal en la Romanía, que en pocos dias murieron muchos millares de hombres, y era la furia y frenesí en la enfermedad tan grande, que la mayor parte de los heridos se echaban en el rio Tíber para matar el excesivo calor que como cauterio de fuego les abrasaba las entrañas. Tucídides, autor griego, escribe que en su tiempo hubo en Grecia tal corrupcion de aire, que murió una infinidad de gente sin poder hallar remedio para mitigar aquel desastre: y añade otra cosa mas extraña y admirable, que si por gran dicha convalecian algunos de aquella enfermedad, y escapaban de aquel veneno, quedaban sin memoria alguna de las cosas pasadas, hasta desconocerse los padres á los hijos. Marco Aurelio, autor digno de fe, escribe que en su tiempo hubo tan gran pestilencia en Italia, que queriéndola los historiadores escribir, les fue mas fácil contar los que quedaron vivos que decir el número de los muertos. Los soldados de Avidio Casio, estando en Seleucia, ciudad del imperio de Babilonia, entraron en el templo de Apolo, y hallando allí un cofre ó escritorio, le abrieron, esperando hallar mucho dinero en él, del cual salió un aire tan hediondo y corrompido, que contaminó toda aquella region de Babilonia, y de allí saltó á Grecia, y de Grecia á Roma, corrompiendo de tal manera los aires, que no quedó la tercera parte de los hombres que vivian.

No han sido en tiempos mas vecinos á los nuestros menores las calamidades; que como no aflojan los pecados, tampoco se descuida la justicia divina en castigarlos. Un año despues que el rey Francisco de Francia se casó con D.ª Leonor de Austria, reinó en Alemania una pestífera enfermedad, que todos los heridos de ella morian dentro de veinte y cuatro horas, sudando un humor pestilentísimo. Y aunque este mal co-

menzó hácia el Occidente, se extendió despues de tal manera por Alemania, que parecia red barredera que queria llevarlo todo á hecho; porque antes que se hallase remedio murieron tantos millares de hombres, que muchas tierras y provincias quedaron desiertas y desbaratadas, porque la gran putrefaccion de aire que habia no dejaba cosa á vida. Era tanta esta ponzoña del aire, que todos andaban señalados de cruces coloradas. Y escríbese que en el tiempo que esta pestilencia estuvo en su vigor y fuerza atormentaba tan furiosamente á Inglaterra, que con la fuerza de la ponzoña, no solo se ahogaban los hombres, pero que las aves dejaban sus nidos, huevos é hijuelos, los animales sus cavernas, las culebras y topos andaban juntos en bandas y compañías, no pudiendo sufrir la ponzoña que estaba encerrada en las entrañas de la tierra, y hallábanse muchos animales juntos muertos debajo de los árboles, heridos de landres sus miembros. El año de 1546 comenzó el postrero dia de mayo en Stix, ciudad de Provenza, una mortal pestilencia que duró nueve meses, y murieron muchísimas gentes de todas edades, de forma que los cementerios estaban tan llenos de cuerpos muertos, que no habia lugar de enterrar mas en ellos. La mayor parte de los heridos al segundo dia se volvian frenéticos, y se arrojaban en los pozos; otros de las ventanas abajo; á otros daba un flujo de sangre de narices tan récio como un gran arroyo, y el restañarse y acabar la vida era todo uno. Vino la cosa á tanto extremo, que las preñadas abortaban á los cuatro meses, morian ellas y sus criaturas, las cuales hallaban cubiertas de tabardillo de color por un lado algo azul que parecia sangre desparramada por el cuerpo. Era el mal tan grande, que los padres desamparaban á los hijos, y las mujeres á los maridos, ni aprovechaban las riquezas para no morir de hambre, por no poderse algunas veces hallar un vaso de agua por ningun dinero. Si acaso hallaban que comer, era el mal tan arrebatado, que muchos morian con el bocado en la boca. La furia del contagio era tan grande, por estar el aire de la ciudad tan corrompido del calor gravísimo del pestilencial mal, que á cualquier miembro que llegaba el vaho y aliento se levantaban grandes ampollas, y hacian llagas mortales. ¡Oh qué cosa tan monstruosa y horrible es de oir la que un médico cuenta, que era señalado por el regimiento para socorrer y curar los enfermos! Era (dice) esta enfermedad tan aguda y perversa, que no se podia atajar con sangrías, epítimas, triacas, ni otras cordiales medicinas; todo lo asolaba, ahogaba, mataba y destruia: de manera que el remedio que esperaba el herido era la muerte, sabiendo averiguadamente que el remedio y fin de aquel mal era el morir; y de esta manera esperaban la forzosa partida del alma, y temeroso apartamiento de los dos tan queridos amigos y compañeros. Lo cual él afirmó muchas veces haber visto hacer á muchas personas, especialmente á una mujer que llamó por una ventana para ordenarla algun remedio para su mal, y vióla como se estaba cosiendo con la mortaja, en cuya casa entrando

despues los que enterraban los muertos, la hallaron en la sala tendida muerta, aun no acabada de coser su mortaja. Á todo esto está sujeta la vida humana, para que teman los que tienen salud y regalo á lo que pueden llegar.

§ III.

Hambres notables.

No es menor miseria de la vida la hambre que no solo hombres particulares, pero provincias enteras, han padecido, cual fue la que padecieron los romanos despues de la general destruccion de Italia. Cuando Alarico, enemigo capital del género humano, cercó á Roma, vinieron á tanta pobreza, hambre y grandísima falta de todas las cosas, que no teniendo ya lo que comunmente solian comer, comenzarou á comer los caballos, perros, gatos, ratones, lirones y todas las demás sabandijas que podian haber; y cuando estas les faltaron, se comian unos á otros. Cosa cierto espantosa y horrible, que cuando la justicia de Dios nos pone en aprieto, la necesidad nos trae á términos de no perdonar á nuestros semejantes, ni los padres á los hijos, ni aun las madres á los que parieron. Lo mismo acaeció en el cerco de Jerusalen, como cuenta Eusebio en la Historia eclesiástica. Cosa extraña es oir, pero mas abominable y monstruosa de ver, como cuando Scipion cercó la ciudad de Numancia, despues de haberlos cortado el poder meter mantenimiento alguno, los puso en tanta necesidad, é hizo padecer hambre tan mortal y tan canina, que cada dia iban á cazar romanos, como quien va á caza de bestias salvajes, para comérselos; de modo que tan sin asco comian de las carnes de los romanos, y bebian la sangre, como de una clara fuente la agua, y de un cabrito ó carnero la carne: á ningun romano perdonaban, y el que les venia á las manos luego era degollado y hecho cuartos, y se vendia por menudo en la carnicería pública; de manera que valia mas un romano muerto entre ellos, que vivo ó rescatado. En el libro IV de los Reyes se hace mencion de una hambre que hubo en Samaria en tiempo de Eliseo profeta, que hizo harta ventaja á esta que ahora decimos; porque hubo tanta falta de mantenimientos, que se vendia la cabeza de un asno por ochenta monedas de plata, y la cuarta parte de cierta medida de estiércol de palomas por cinco monedas de plata. Lo peor y mas inhumano del todo fue que, habiéndose acabado y consumido todos los mantenimientos, las madres se comian los propios hijos. Una ciudadana de Samaria se quejó al rey de Israel, que andaba por el muro, que su vecina no queria cumplir un concierto hecho entre las dos, que era de comer primero su hijo, y acabado aquel comer el de la vecina: lo cual yo hice y cumplí (dijo al rey), porque comimos el mio, y ahora ella esconde el suyo por no darme parte de él. Á la cual

oyendo el rey, pensó reventar de lástima, y rasgó sus vestiduras. Josefo en el libro VII (1) de la guerra de los judíos cuenta otra cosa cási semejante á esta, pero ejecutada con mas furia y por extraña manera. Habia (dice) en Jerusalen, cuando estaba cercada, una mujer noble y rica que habia escondido en una casa de la ciudad parte de sus riquezas, y comia pobre y regladamente de aquello que tenia; lo cual no pudo hacer en sana paz, porque los soldados y gente de guarnicion le quitaron en poco tiempo cuanto tenia en casa y fuera, y si allegaba ó mendigaba algo para comer y sustentarse, luego se lo quitaban de las manos, y le sacaban el bocado de la boca. Viéndose, pues, morir de hambre y sin remedio alguno para su necesidad, y sin consejo que bueno le pareciese, comenzóle á armar contra las leyes naturales; y contemplando un niño que tenia á los pechos, comenzó á dar gritos diciendo: ¡Oh desdichado hijo, y mas desdichada madre! ¿Qué podré yo hacer de tí? ¿Dónde te guardaré? Las cosas van tan de rota, que aunque te salve la vida has de ser esclavo de los romanos; mejor será luego, hijo, que mantengas y sustentes á tu madre, y pongas temor á los malditos soldados que no me han dejado tras que parar, y seas ejemplo de piedad á todos los del siglo venidero, y muevas á lástima los corazones de los que están por nacer. Acabadas estas palabras degolló á su hijo, partióle por medio, tomó un asador, asó la mitad, y comiósela; y guardó la otra para otra vez. Luego en acabando esta lastimosa tragedia llegaron los soldados, y sintiendo la carne asada, comenzáronla á amenazar de muerte, si no les mostraba la vianda; mas ella estaba tan fuera de si de pura rabia de lo que habia hecho, que no deseaba cosa mas que tener compañía á su hijo muerto; y sin miedo ni vergüenza alguna les dijo: Callad, amigos, que partirémos como hermanos, y diciendo y haciendo, sacó y púsoles delante el muchacho en la mesa; de lo cual los soldados asombrados y confusos sintieron tan gran dolor y lástima en sus corazones, que no pudieron hablar palabra de puro corridos. Ella, por el contrario, con una furiosa vista, con un semblante cruel y con voz ronça y desentonada, les dijo: ¿Qué es esto, señores? ¿No es mi fruto? ¿No es este mi hijo? ¿Esta no es mi maldad? ¿Por qué no comeis vosotros, pues comí yo la primera? ¿Sois por ventura mas asquerosos y escrupulosos que yo, ó mas delicados que la madre que le engendró? ¿No comeréis de lo que comí primero y comeré otra vez con vosotros? Pero no pudiendo ellos ver cosa tan horrible, y aborreciendo espectáculo tan lastimoso, echaron á huir, y dejaron sola la miserable madre con aquello poco que le quedaba del hijo, que era todo cuanto en suma le habia quedado de todos sus bienes.

No es menos horroroso que lo dicho lo que vamos á referir: desde el año 1528 sucedió en Francia que por tres años á causa de las muchas

---

(1) Joseph. l. 7 de Bell. Judai. cap. 3.

lluvias el trigo no pudo llegar á sazonar, de lo que resultó un hambre tan espantosa, que los hombres iban armados á cazar personas para comerlas, y se descubrió que en algunos mesones daban por comida carne humana á los pasajeros. Era cosa lastimosa el ver en cada momento personas caidas en el suelo que por su debilidad no podian tenerse en pié, y oir por todas partes: ¡Tengo hambre! ¡ay que me muero de hambre! Daba compasion el ver pasar á bandadas hombres, niños, mujeres, familias enteras buscando algo que comer, tan pálidos y secos, que parecian esqueletos ambulantes ó retratos de la misma muerte. Á aquella calamidad siguió otra muy grande, porque la gente para no perecer de hambre comian toda clase de yerbas, llenaban las tripas de cualquier cosa, proviniendo de allí las mas fuertes indigestiones, la hinchazon del vientre, con una muchedumbre de enfermedades y muertes que daba espanto el presenciarlo.

§ IV.

Males de la guerra.

Mayor que todas estas calamidades es la que trae la guerra; porque de los tres azotes de Dios con que suele castigar los reinos, es el de la guerra el mas grande, así porque le siguen los otros dos, como porque trae consigo mayores penas, y lo que peor es, mayores culpas, de las cuales carece la peste, en tiempo de la cual todos procuran componerse con Dios y disponerse para la muerte, aun los que están sanos; y el que envia la peste es Dios, que es la suma santidad, sin atravesar por manos de hombres, como viene la guerra. Por lo cual David tuvo por dicha que padeciese peste su pueblo y no guerra; porque juzgó por mejor caer en manos de Dios que en las de los hombres. La hambre tambien, aunque trae algunos pecados, disminuye otros; porque aunque la acompañan muchos hurtos, no consiente tantos faustos y vanidades, y no son tantos los géneros de vicios que permite, como la guerra ocasiona. Basta para representar las calamidades que trae esta calamidad que sumemos aquí algunas de las que ha padecido la Alemania en las guerras que la han infestado en nuestros tiempos con la venida de los suecos. Un libro entero salió en Inglaterra que tiene solo por argumento contarlas, y no las pudo referir todas; y yo solamente apuntaré algunas, dejando aparte los lugares que se han despoblado y quemado; porque en sola Baviera fueron abrasadas dos mil villas: las insolencias y crueldades de los soldados vencedores fueron inauditas, porque los vencidos les dijesen dónde hallarian que robar, y si no los mataban. Y para que especifiquemos algo, con un cordel ó cuerda de arcabuz les ceñian la frente, y luego torciéndole con un palo, les iban apretando las sienes hasta que brotaba la sángre, se quebraba el casco, y saltaban los sesos. Á otros

echábanlos en el suelo ó sobre una mesa, atados de piés y manos, y luego les ponian encima gatos ó perros hambrientos para que les comiesen las entrañas, como sucedia muchas veces, que la hambre de los gatos les hacia que les despedazasen los vientres y les comiesen las tripas. Á otros colgaban de las manos de alto, quedando todo el peso del cuerpo colgando de ellas, y luego debajo de los piés les pegaban fuego. Á otros con una escoda ó martillo les quitaban las narices y orejas, y despues hacian de ellas cintillos para los sombreros; teniendo por mayor gala el mayor horror que causaba su crueldad, preciándose de mas hombre quien se mostraba mas fiero contra los hombres. Á otros con cierta manera de embudo echaban agua por la boca, hasta que les llenaban como á una bota; y luego con violencia les pisaban el vientre y estómago, haciéndoles salir el agua, reventando por la boca y narices. Á otros, atándolos desnudos á un palo, los desollaban como á san Bartolomé; á otros sacaban bocados, y á otros los dividian en muchas partes, descuartizándolos vivos. Forzaban á las mujeres, y luego por entretenimiento les cortaban los brazos. Algunos soldados eran no solo tan fieros, sino tan fieras, que se comian los niños, y cogiendo á un chiquito de los piés, le arrancaban una pierna, y con la mano derecha se la estaban comiendo y chupando la sangre, y con la izquierda tenian colgado del otro pié al muchacho llorando. Á los cautivos y presos no les ataban las manos solamente, sino horadábanles los brazos, y por las mismas carnes les metian las sogas, y arrastrábanlos detrás de los caballos, á los cuales daban de comer en los vientres de los hombres, que sacadas las entrañas servian á los caballos de pesebre. Á otros ataban las manos hasta hacerles reventar sangre: robábanlo todo, y mataban á los hombres en sus casas; y á algunos graves magistrados, perdonando la vida, hacian los mas viles soldados que les sirviesen, descubiertas las cabezas, á las mesas. Muchos por no ver ni pasar tales lástimas tomaban veneno. Las doncellas, siguiéndolas los soldados para forzarlas, se echaban en los rios.

Juntáronse á estas desdichas de la guerra la peste y la hambre: los hombres que habian huido del enemigo se quedaban muertos de peste en los campos, otros de hambre: no habia quien los sepultase sino los perros que los comian, y las aves: ni los que morian debajo de tejado tenian mas honrada sepultura, porque los ratones tambien se los comian; pero vengábanse de este agravio los hombres, porque la hambre fue tal en muchas partes, que se comian los ratones, de los cuales habia carniceria pública, y se vendian por muy subido precio. Eran dichosas las ciudades en que se hallasen á comprar semejantes carnes; porque en otras no valia nada sino la diligencia de cada uno. Andaban á la rebatiña sobre un raton, y en la porfía le hacian pedazos, teniéndose por dichoso á quien le cabia un cuarto de sabandija tan asquerosa. El que comia carne de caballo se tenia por regalado. Era dicha saber dón-

de habia un rocin muerto. Unas mujeres toparon un lobo muerto, podrido y lleno de gusanos, y dieron en él como en una torta regalada. Los ahorcados no estaban seguros en las plazas; iban, y les cortaban pedazos de carne para comérselos: ni aun los difuntos en las sepulturas, porque de noche los desenterraban para sustento de los vivos. Pero ¿qué mucho que se comiesen los muertos, pues á no pocos vivos mataron para sustentar el hambre? Y dos mujeres mataron á otra para comérsela. Con tan recientes ejemplos no es necesario traer á la memoria otras calamidades de guerras antiguas. Basta lo dicho para que se vea la multitud de desdichas que caben en la vida.

§ V.

Miserias que causan los afectos humanos.

Sobre todo la mayor calamidad de la vida humana no es la peste ni la hambre, sino las pasiones humanas no puestas en razon; por lo cual dijo san Juan Crisóstomo (1): *Entre todos los males es el hombre malísimo mal: cada bestia tiene un mal, y ese es propio de ella; mas el hombre es todos los males. Aun el diablo no se atreve á llegar á un justo; pero el hombre llega á despreciarle:* y en otra parte dice por la misma causa (2): *Comparado se ha el hombre á los jumentos; pero peor es compararse que nacer jumento; porque no es culpable estar por su naturaleza privado del uso de la razon: pero que el hombre dotado de la razon sea comparado á los brutos, este es el delito de la voluntad;* y así nos hacen de peor condicion nuestras pasiones. No es creible lo que padecen los hombres de los mismos hombres; de un envidioso, de un colérico, y de cualquier apasionado. David ¿qué es lo que padeció de la envidia de Saul? Destierros, hambres, peligros, guerras. Á Elías ¿cómo le paró el deseo de venganza de Jezabel? Mas le afligió que una pestilencia; porque del mismo vivir tuvo hastío. Á Nabot la codicia de Acab le quitó la vida mas presto que se la quitara la peste. ¿Qué garrotillo ó pestilencia hubo como la ambicion de Herodes, que acabó con tantos mil niños? ¿Qué contagio mas mortal se puede temer que la condicion de Neron y de otros que, poseidos de su pasion, quitaron á muchos las vidas por darse á sí un gusto? Por eso dijo Tulio (3): *Los deseos son insaciables, y no solo destruyen á personas particulares, sino á familias enteras, y aun á toda una república arruinan. De los deseos nacen los odios, los pleitos, las discordias, las sediciones y las guerras.* ¿Qué géneros de tormentos y muerte no ha

---

(1) Super Matth. — (2) Hom. in Ascens. — (3) Cicer. de finibus. Cupiditates sunt insatiabiles, quæ non modo singulos homines, sed universas familias evertunt, totam etiam labefactant rempublicam. Ex cupiditatibus odia, dissidia, discordia, seditiones, bella nascuntur.

inventado el odio y crueldad humana? ¿Qué suerte de venenos no ha hallado la pasion de los hombres? Orfeo, Oro, Medesio, Heliodoro y otros muchos autores hallaron quinientas maneras de dar veneno encubierto, y otros muchos las acrecentaron. Pero respecto de lo que pasa en algunas partes el dia de hoy, fueron ignorantes; porque ya no hay cosa segura, pues se han dado veneno, aun cuando se daban las manos de amigos, los que se reconciliaban: solo en el sentido del oido no ha topado puerta la ponzoña; de los demás ya se ha señoreado: con el olor de una rosa, con la vista de una carta, con el tocar de un hilo, con el gustar de una pasa, ha hallado puerta la muerte.

No hay cosa que cause mas miserias en los hombres que las pasiones de los hombres, con las cuales á sí mismos no se perdonan. El soberbio se enoja y carcome por la felicidad ajena; el envidioso se muere de ver á un dichoso con vida; el codicioso se desvela por lo que no ha menester; el impaciente se despedaza las entrañas por lo que no le importa; el colérico se pierde por lo que no le va ni le viene. ¿Cuántos por no vencer una sola pasion han venido á perder la hacienda y el sosiego, y la vida temporal y eterna? Testigo de esto es Aman que, por querer mas cortesía que se le debia, perdió honra, hacienda y vida, hasta parar en una horca. Tampoco paró la ambicion de Absalon hasta colgarse de un árbol ahorcado con sus propios cabellos. De la misma suerte le costó á Amnon la vida la ejecucion de su pasion, y antes le tenia enfermo, flaco y pálido, causando en él mayor efecto su amor desordenado que pudiera hacer una ardiente fiebre. Fuera de esto, á muchos han sido las pasiones no mortificadas unos verdugos crueles que les han sacado de repente el alma. Escribe Durabio (1) que el rey de Bohemia Wenceslao cobró tanta ira con un áulico suyo porque no le avisó de un tumulto que levantó Zizca en Praga, que fué á matarle con la espada desnuda; pero deteniéndole porque no manchase á la majestad real con la sangre de su criado, le dió una apoplejía, de que murió luego. La muerte de Nerva fue tambien por una ira (2) que tomó, como refiere Aurelio Victor. De Diodoro Crono escribe Plinio (3) que murió de repente, de vergüenza de no haber respondido bien á una pregunta de Estrabon. De miedo, tristeza, gozo y amor son muchos los que han muerto. Solo quiero referir aqui un caso lamentable que dejó escrito Paulo Jobio (4). Un hombre casado habia estado con una mujer amancebado con tanto escándalo, que el obispo de la ciudad los excomulgó, si se viesen juntos. El hombre estaba tan ciego de pasion que, despreciando el mandato de su obispo, fué secretamente á verse con la manceba; mas ella, arrepentida ya de lo pasado, le trató mal de palabras, reprendiéndole su atrevimiento, y diciendo que se fuera al punto de su presencia, y no

(1) Durab. lib. 2 hist. Bohemi, c. anno 1418. — (2) Aurel. Victor in epit. vit. Nervæ. — (3) Plin. lib. 7. — (4) Jobius, lib. 39 hist. sui temp.

le viera mas. El deshonesto hombre empezó á llamarla ingrata, y apretando una mano con otra de rabia, y levantando los ojos al cielo como para quejarse, se quedó allí muerto, perdiendo en un momento la vida temporal y eterna; y así su cuerpo no le enterraron en sagrado. Pues si las pasiones no mortificadas son de tanto daño á la vida propia, á la de otros y á toda la vida humana, ¿cuán perjudiciales serán? Por cierto que, aunque faltaran las demás desdichas humanas, son muy grandes las que las pasiones humanas causan. Hay mucho que sufrir en condiciones de hombres, en malos términos, desagradecidas correspondencias, injurias voluntarias y voluntades adversas. Todo el hombre es miseria y causa de miserias. ¿Quién hay tan dichoso que contente á todos, ó que no le envidie nadie? ¿Quién hay tan bienhechor que no tenga algun quejoso? ¿Quién hay tan liberal que no encuentre un desagradecido? ¿Quién hay tan estimado que no le desprecie algun murmurador? Los atenienses hallaban que murmurar en su Simónides, porque hablaba muy alto. Los tebanos acusaban á Panículo que escupia mucho. Los lacedemonios notaban á Licurgo que andaba siempre cabizbajo. Á los romanos parecia mal el dormir de Scipion, porque roncaba récio. Los uticenses disfamaban á Caton, porque comia presto y con los dos carrillos; y tenian por malcriado y tosco á Pompeyo, porque se rascaba con un solo dedo. Los cartaginenses decian mal de Aníbal, porque andaba siempre desabrochado y despechugado el estómago. Otros burlaban de Julio César, porque andaba mal ceñido. No hay ninguno tan ajustado, que no halle en él que reprender la envidia y mal afecto de otros, ó la condicion extravagante.

Las mayores miserias de todas son las que los hombres se causan á sí mismos con sus desenfrenados afectos. Por estos dijo especialmente el Eclesiastés aquella notable sentencia en que excedió á lo que los filósofos dijeron de la miseria humana. *Alabé,* dice (1), *á los muertos mas que á los vivos, y juzgué por mas dichoso que unos y otros á aquel que aun no ha nacido ni vió los males que se hacen debajo del sol;* porque no hay cosa que mas ofenda á la vida humana que las sinrazones de los hombres, odios, desafueros, violencias, inhumanidades que causan las pasiones. Por lo cual hubo filósofos que aborrecian grandemente á todo el género humano, por verle guiarse por pasion y no por la razon: entre los cuales Timon, filósofo ateniense, fue el inventor y el mas apasionado predicador de esta secta; porque no solo se nombraba enemigo capital de los hombres, diciéndolo á todos en su cara, pero hacia obras tales que confirmaban sus palabras; como fueron no conversar ni morar entre gentes, vivir siempre en el desierto con las bestias y fieras, apartado de toda vecindad y poblado, porque nadie le visitase; y viviendo en aquel desierto, jamás queria ser visto, hablado ni visitado de hom-

(1) Cap. IV.

bre, sino fue de un capitan ateniense llamado Alcibiades; pero á este no trataba por amor ni por amistad que con él tuviese, sino porque entendia habia de ser azote de los hombres nacido para su tormento: especialmente porque sabia que sus vecinos los atenienses habian de padecer por su causa muchos trabajos y fatigas. Ni se contentaba con este aborrecimiento que tenia á los hombres, ni con huir su compañía, como de animales furiosos y crueles; pero procuraba hacer todo el daño que podia para destruir y arruinar al género humano, inventando nuevas maneras para asolar y acabar los hombres. Para esto hizo poner entre los árboles de su huerta muchas horcas, para que todos los desesperados y cansados de vivir se fuesen á ahorcar allí. Y como algunos años despues para ensanchar su casa le fue forzoso derribar aquellas horcas, se fué á Atenas, donde sin vergüenza ninguna hizo congregar al pueblo, dando gritos por las calles como pregonero que quiere pregonar algo de nuevo. El pueblo, oyendo la voz ronca y bárbara de aquel tan horrendo mónstruo, sabiendo dias habia de qué humor pecaba, se le allegó luego, esperando alguna novedad. Viendo él ya los mas de los ciudadanos principales y plebeyos juntos, comenzó á decir á voces: *Sabed, ciudadanos de Atenas, que por cierta necesidad que me ha sobrevenido quiero hacer derribar las horcas de mi huerta: por eso, si alguno tiene devocion de ahorcarse, sea luego;* y sin hacer otra arenga, acabada tan amorosa oferta, se volvió luego á su casa, donde acabó el resto de su vida en esta opinion, filosofando siempre de la miseria del hombre. Cuando le tomaron las ansias de la muerte, aborreciendo á los hombres aun hasta la postrera boqueada, mandó que su cuerpo no fuese enterrado en la tierra, por ser el elemento en que comunmente reposan y toman su descanso los hombres, y en donde comunmente se entierran los cuerpos humanos, temiendo que sus huesos no fuesen de los hombres vistos, y sus polvos tocados de ellos; sino que le enterrasen á la orilla del mar, donde la furia de las ondas estorbase á todas las criaturas, y defendiese el paso de su sepultura, en la cual mandó se pusiese este epitafio que refiere Plutarco: *Despues de mi vida miserable me enterraron en esta agua honda: no cures de saber mi nombre, lector, que Dios te confunda.* Faltó á este filósofo la fe y la caridad; y así, no distinguiendo entre la malicia y la naturaleza humana, lo aborreció todo, habiéndose solo de aborrecer la malicia, pero amar á la naturaleza: mas dió á entender con tan extrañas demostraciones cuán monstruosas son las pasiones, cuánto deben ser aborrecidos sus vicios, y cuán digno de odio es todo este mundo que se guia por pasion, no por razon. Si compadeciéndose del género humano aborreciera solamente su fausto y locura con el desenfrenamiento de pasiones, acertára sin duda. Y los siervos de Cristo así deben desear ver destruir esta pompa y fausto de los hombres, como Timon á los mismos hombres. Ahorcadas habian de estar todas las galas supérfluas, ahorcados todos los deleites ilícitos, ahorcada la os-

tentacion vana de riquezas, ahorcado todo oro y plata que sirven para esto, ahorcadas todas las honras vanas, ahorcados todos los títulos de soberbia, ahorcada toda envidia rabiosa, ahorcada toda cólera desordenada, ahorcada toda venganza injusta, ahorcada toda pasion desconcertada; todas estas cosas de los hombres ahorcadas debian estar para que los hombres viviesen.

§ VI.

Son tantas las miserias de la vida, que no se pueden contar todas: está tan llena de males, que se tiene por menor mal el que calificó Aristóteles por el mayor de todos, que es la muerte, porque vence la multitud de los demás la grandeza de este: y así han tenido muchos por menor miseria la mayor de las miserias, por no padecer tantas; por lo cual dijo uno que el último de los médicos era la muerte, porque acaba con los males, aunque ella sea grande mal; y así para consuelo de los males de la vida daban como eficaz medicamento la memoria de la muerte que ha de acabar con todo. Pero porque esto no es consuelo general para todos, por ser tan natural el temor de morir, y contarse entre las miserias de la vida los muchos modos de perderla y peligros de muerte, no tuvieron que dar otro remedio ni consuelo muy grandes filósofos, sino desesperar de remedio, como lo hizo Séneca, el cual habiendo sucedido en su tiempo un grande terremoto en Campania, en el cual se hundió una insigne ciudad que se llamaba Pompeyos, con otros pueblos que padecieron mucho, ovejas que se murieron, hombres que salieron de juicio, y grande multitud de personas que huyeron de aquella provincia, y salieron desterrados de su patria, medrosos y despavoridos; les da por consuelo para que vuelvan á su tierra el no tener remedio los males, ni poderse huir los peligros de muerte. Y considerado bien, ¿qué seguridad se puede tener en la vida, pues la misma tierra que se dice madre de los hombres no les es fiel, y brota miserias y muertes aun de ciudades enteras? ¿Qué puede haber seguro en el mundo, si el mismo mundo no lo está, y sus partes mas sólidas tiemblan? Si aquello solo que hay inmoble y fijo para sustentar en sí á los vivientes se bambolea con terremotos; si lo que tiene la tierra propio, eso pierde, que es el estar firme; ¿dónde podrán hallar refugio nuestros temores? ¿En dónde nos podrémos acoger que esté firme, si el miedo se nos puede nacer entre los piés y salir de aquello en que estribamos? Cuando se desmorona y estremece el techo de la casa, se puede huir de ella y salir al campo para que se caiga vacía; pero ¿á dónde podrémos huir cuando se estremece el mismo mundo? Cuando el fundamento de las ciudades tiembla y se despedaza, ¿por dónde podrémos salir? ¿Qué consuelo puede haber en donde el temor ha perdido la puerta para huir? Á los enemigos resisten las ciudades con sus muros; en las tempestades se ha-

lla refugio en los puertos; contra las nieves defienden los techos de las casas; en tiempo de peste se puede mudar lugar; pero de toda la tierra ¿quién podrá huir? Luego no se puede huir de peligros. Por esto, dice Séneca, puede servir de consuelo no haber remedio de los males; porque es necio el temor sin esperanza. La razon destierra al miedo en los que son prudentes; y á los que no lo son la desesperacion del remedio les puede dar seguridad, por lo menos quitar el temor. Quien quisiere no temer nada, piense que todas las cosas son de temer. Mire con cuán ligeras causas corre peligro; aun las mismas cosas con que se sustenta la vida la arman asechanzas. La comida y la bebida, sin las cuales no podemos vivir, vienen á quitar el mismo vivir. No es cordura temer ser tragado de la tierra, y no temer la caida de una teja. En el punto de la muerte se iguala toda suerte de morir. ¿Qué importa que una sola piedra le mate á uno, ó que un monte le oprima? El morir está en dejar el alma al cuerpo, que con cosas bien flacas sucede. Una hendedura que haga un cuchillo en tu carne basta para matarte.

Pero otro consuelo han de tener los cristianos en todos estos peligros y en las muchas miserias de la vida, que es la buena conciencia, la esperanza de la gloria, la conformidad con la voluntad divina, la imitacion y ejemplo de Jesucristo. Con estas cuatro cosas tendrán mérito en la vida y seguridad en la muerte; y en la vida y muerte consuelo, y en la eternidad premio. Estando Justo Lipsio muy apretado en la última enfermedad de que murió, como le quisiesen consolar con algunas razones filosóficas y sentencias de los estóicos, en las cuales habia estudiado tanto aquel eruditísimo varon, como se ve en lo que escribió en la introduccion á la doctrina estóica, respondió muy cristianamente: Vanos son los consuelos; y señalando con el dedo á una imágen de Cristo crucificado que estaba allí, dijo: Este es el verdadero consuelo y la verdadera paciencia; luego con un suspiro que le salia de lo profundo del corazon exclamó: Señor mio Jesucristo, dadme la paciencia cristiana. Este consuelo hemos de tener los redimidos de tan amoroso Señor, considerando que nuestras culpas son mayores que nuestras penas en esta vida, y que habiéndolas padecido mayores el Hijo de Dios, careciendo de toda culpa, mereció convertir las miserias de la vida que ocasionó el pecado, en que fuesen instrumentos de satisfacer por los mismos pecados, sacando del veneno triaca, y convirtiendo la ponzoña en antídoto.

Podrémos tambien sacar de lo dicho cuán injusta fue la queja de Teofrasto, de que diese la naturaleza mas larga vida á muchas aves y animales que á los hombres. Si nuestra vida fuera menos molesta, tuviera alguna razon; pero siendo tan miserable, muchos podrán tener por venturosa la mas breve; porque, como dice san Jerónimo á Heliodoro, mejor es morir mozo y morir bien, que morir viejo y morir mal. Siendo forzoso este viaje, no está la ventura en que sea tarde, sino en

que sea próspero, y que se llegue al puerto deseado. Dice san Agustin (1) que el morir es dejar una carga muy pesada que llevamos en la vida; mas no es la dicha que se deje á la tarde de la vejez, sino que al tiempo de dejarla no nos carguen otra mayor. Viva un hombre diez años ó viva mil, la muerte le ha de dar (como dice san Jerónimo) nombre de dichoso ó desdichado. Si vives mil años de vida triste, gran desventura será; pero mayor lo será si los vives de vida mala, aunque séa muy alegre: y así, supuestas tantas miserias, no nos podemos quejar de Dios que nos haya dado vida breve, sino de nosotros que la hemos hecho mala. Finalmente porque, como dice san Ambrosio (2), está tan rodeada de miserias nuestra vida, que en su comparacion la muerte no parece pena, sino reparo de males; por eso trazó Dios fuese tan breve, para que sus molestias y desventuras, á las cuales no puede hacer contrapeso ningun linaje de bien que se goza en esta vida, con la brevedad del tiempo quedasen menos pesadas. Por lo menos si con tantas miserias no nos descontenta esta vida, conténtenos mas la eterna con mayores felicidades, y no hagamos menos por la vida inmortal del cielo que hacemos por la mortal de la tierra, y así como dice san Agustin (3): *Si corres por esta vida cien mil, ¿cuántos mil debes correr por la vida eterna? Si te das priesa para lograr unos pocos de dias inciertos, ¿cómo se ha de correr por la vida eterna?*

CAPÍTULO VIII.

Lo poco que es el hombre mientras es temporal.

No nos falte de considerar lo que es mas en la naturaleza, que es el hombre; y verémos cuán poco es mientras es temporal. *¿Qué es el hombre?* dice Séneca: *Un vaso cascado, y quebradizo con cualquier movimiento. ¿Que es el hombre? Un cuerpo debilísimo y frágil, desnudo por su naturaleza y sin armas, necesitadísimo de ayuda, arrojado á toda injuria de la fortuna, impaciente del frio y del trabajo, y fabricado de cosas flacas y flúidas: aquellas mismas cosas, sin las cuales no puede vivir, le son mortales, el olor, el sabor, el cansancio, la vigilia, la bebida y la comida.* No respondió mas favorablemente el sábio Solon cuando le preguntaron qué era un hombre. *Es* (dice) *una podredumbre en el nacimiento, una bestia en la vida, una vianda de gusanos en la muerte.* Lo mismo preguntaron á Aristóteles, y respondió (4): *Es el hombre una idea de flaqueza, un despojo del tiempo, un juguete de la fortuna, una imágen de inconstancia, un peso ó balanza de envidia y calamidad, y lo demás flema y cólera.* Oigamos tambien á Secundo filósofo, qué respondió al em-

(1) August. sup. Joan. — (2) S. Ambrosius, serm. Quadrag. — (3) August. tract. 5 in Joan. homil. 37. — (4) Ant. in Mil. flo. serm. 96.

perador Adriano, cuando le preguntó lo mismo, qué era el hombre (1). *Es* (dice) *un entendimiento incorporado* (mas lo significara si dijera enlodado), *una fantasma del tiempo, uno que entra á la vida, un esclavo de la muerte, un caminante pasajero, un huésped del lugar, una alma trabajosa, una habitacion de poco tiempo.* Pero en este tiempo de su mortalidad, dice san Bernardo (2): *Es el hombre un animal de carga.* El mismo Santo dice en otra parte: *¿Qué es el hombre? Un vaso de estiércol*; y en sus Meditaciones añade: *Si miras lo que echas por la boca y narices, y los demás albañales del cuerpo, no viste en toda tu vida muladar mas hediondo.* En la misma parte dice: *No es otra cosa el hombre sino una semilla hedionda, un saco de estiércol, un cebo de gusanos.*

Mas cumplidamente Inocencio papa, dijo: *Consideré con lágrimas de qué fue hecho el hombre, qué hace el hombre, y qué se ha de hacer del hombre. Fue formado de tierra, concebido en culpa, nacido para la pena. Hace cosas malas y torpes, que no le son lícitas, y vanas, que no le convienen. Será alimento del fuego, manjar de gusanos, y masa de podredumbre. ¡Oh vil indignidad de la condicion humana! ¡Oh indigna condicion de la vileza humana! Mira como las flores y los árboles producen flores, hojas y frutos; y tú produces liendres, piojos y lombrices. Aquellas dan aceite, vino y bálsamo; y tú flemones, orines y estiércol. Aquellas echan de sí buen olor; y tú eres de un hedor abominable: como es el árbol, así es el fruto; porque no puede el árbol malo hacer buenos frutos. ¿Qué es el hombre sino un árbol al revés, cuyas raíces son los cabellos? Esta es la hojarasca que se la lleva el viento, y la pajuela secada del sol.* Lo dicho es de este Papa desengañado. Este es el hombre, aun en la mocedad; pero si llega á la vejez, que se tiene por felicidad, añade el mismo Inocencio (3): *Luego se le aflige el corazon, la cabeza se le anda, el espíritu le falta, le huele mal el aliento, arrúgasele el rostro, encórvasele su estatura, anúblansele los ojos, titubéanle los miembros; de las narices le corre mal humor, cáesele el cabello, el tacto le tiembla, los dientes se le pudren, los oidos se ensordecen. Pues no menos se muda en la condicion del ánimo que en la del cuerpo. Enójase fácilmente un viejo, sosiégase dificultosamente, cree de presto, desengáñase tarde, es tenaz, codicioso, tétrico, cojijoso, hablador; alaba á los antiguos, desprecia y vitupera á los presentes: suspira, congójase, entorpécese y enferma.*

Puedes tambien echar de ver qué es el hombre por la materia de que se hizo, y en lo que se ha de resolver. Al primer hombre hizo Dios de lodo, mezclando los elementos mas viles y groseros de todos. Oigamos á un gentil hablar de las miserias del hombre: *Es compasion y aun vergüenza el pensar cuán frívolo es el orígen del animal soberbísimo sobre to-*

---

(1) Ant. et Dionys. Rikel. de novis. art. 15, fol. 38. — (2) Bernard. serm. 5 in Psalm. Qui habitat. Onerum animal homo tempore suæ mortalitatis. In formula honor. vit. In Med. cap. 3. — (3) Innocent. lib. cap. 4.

dos, esto es, el hombre; pues muchas veces es causa de aborto el olor de un candil recien muerto. De estos principios nacen los tiranos: de estos un ánimo carnicero y cruel verdugo. Tú, que confias en las fuerzas del cuerpo; tú, que tomas con dos manos los dones de la fortuna, y no solo te tienes por su alumno sino por su hijo, cuyo pensamiento tienes puesto en grandes victorias; tú, que te tienes por dios, hinchándote con cualquier suceso, mira que pudieras haber perecido con otro tanto, y ahora puedes aun menos herido con un dientecillo de una culebra, ó como Anacreon poeta con un granito de una pasa, ó como Fábio senador con un pelo ahogado, que se le entró con un trago de leche. Esto es de Plinio, que no solo se maravilla de la bajeza de la naturaleza humana, sino de la facilidad de su fin.

Considera tambien en lo que para el hombre, en ser su cuerpo manjar de gusanos, echando de si un pestilencial olor. *Vivo el hombre* (dice Inocencio papa) (1) *engendra piojos y lombrices; pero muerto engendrará gusanos y moscardones. Vivo produce estiércol y vómitos; muerto producirá podredumbre y hedor. Vivo solo puede engordar á un hombre, que es á sí mismo; pero muerto á muchísimos gusanos. ¿Qué cosa hay mas asquerosa que un cadáver humano? ¿Qué cosa mas horrible que un hombre muerto, cuyos abrazos eran en vida agradables, y será en muerte molesta solo su vista? ¿Qué aprovecharán las riquezas? ¿qué los convites? ¿qué los deleites? No librarán de la muerte, no defenderán de los gusanos, no quitarán el hedor. El que poco há se sentaba muy glorioso en un trono, ahora está arrojado en una tumba; el que poco há comia grandes regalos en un ameno cenador, ahora es comido de gusanos en un oscuro sepulcro.* Todo esto es de este contemplativo Pontifice. Tambien san Bernardo, considerando este miserable fin del hombre, dice (2): *Todo hombre se convierte en no hombre. Pues ¿por qué te ensoberbeces? Atiende que fuiste una vil semilla, sangre cuajada en el vientre, expuesto despues á las muchas miserias de esta vida y al pecado; despues en la sepultura serás comido de gusanos. ¿Qué te ensoberbeces, polvo y ceniza, cuya concepcion es en culpa, el nacimiento en miseria, la vida pena, la muerte angustia? ¿De dónde se ensoberbece el hombre, pues en su concebir topa culpa, en nacer pena, en vivir trabajo, y en morir necesidad? ¿Por qué engordas y atavías tus carnes con cosas preciosas, pues dentro de pocos dias se las han de comer en la tumba los gusanos, y á tu alma no adornas con buenas obras, la cual ha de ser presentada en el cielo á Dios y á los Ángeles?* Todas estas son palabras de san Bernardo, que debe tomar cada uno por dichas para sí.

---

(1) Lib. 3, cap. 1. — (2) Bern. cap. 3 Medit.

§ II.

Fuera de ser cosa tan poca y de materia tan vil el hombre, aun en esa misma poquedad y vileza no tiene consistencia, porque no es sino un rio de mudanzas, una perpétua corrupcion, y una fantasma del tiempo, como dijo Secundo filósofo, cuya instabilidad declara Eusebio Cesariense por estas palabras (1): *Nuestra naturaleza, que está entre el nacimiento y la muerte, es instable y como fantástica; y si totalmente la quisieres comprender, así como el agua cogida en las manos, cuanto mas la apretares, tanto mas presto se derramará, de la misma manera las cosas mudables, cuanto mas las considerare la razon, tanto mas se escapan de ella; porque como todas las cosas sensibles están como en un flujo perenne, continuamente se están haciendo y deshaciéndose, y corrompiéndose, no pudiendo quedar las mismas. Entrar en un rio dos veces, dijo Heráclito que era imposible* (pues no ha bien llegado el agua, cuando se pasa luego y sucede otra; y así no se puede atravesar dos veces por unas mismas aguas): *si consideras la sustancia mortal, no hallarás tú que es la misma cuando la tornes á considerar, sino una maravillosa ligereza de su mudanza: ahora se extiende, y ahora se disminuye. Pero no dije bien diciendo ahora y ahora; porque en un mismo tiempo juntamente pierde por una parte y adquiere por otra, y es otra de la que es, nunca llega á consistir, nunca está parada. El embrion se hace del simiento, luego niño, muchacho, mancebo, viejo, decrépito; y corrompidas las primeras edades por otras de nuevo, viene finalmente á morir. Ridículos por cierto somos los hombres, temiendo una sola muerte, pues muchas veces hemos muerto, y muchas morirémos. No solamente la corrupcion del fuego es generacion del aire, como dice Heráclito. Pero esto parece que pasa en nosotros mas claramente; porque del mancebo corrompido luego se engendra el varon, y del varon corrompido luego se engendra el viejo, y del muchacho el mancebo, y del niño el muchacho, y del que ayer fue el que es hoy, y del que hoy es el que será mañana, y nunca queda uno mismo. Nadie está el mismo; pero en un momento nos mudamos con varias fantasmas en una materia comun; porque si somos unos mismos, ¿cómo gustamos de diversas cosas que antes? Ya de otra manera amamos y aborrecemos, ya otras cosas alabamos y vituperamos: usamos de otras palabras, movémonos con otros afectos, no tenemos la misma forma, ni hacemos el mismo juicio de las cosas; porque no parece posible que sin mudanza nos movamos con otras cosas que antes: y quien de una y otra manera se mudó no es por cierto el mismo, y si no es el mismo, tampoco es, sino con una continua mudanza se resbala como agua. El sentido se engaña con la ignorancia de lo que es, y piensa que es lo que no es. Pues ¿qué será el verdadero ser? ¿Aquello que es*

---

(1) Lib. 11 de Præp. evangel. c. 7.

eterno, que no tiene nacimiento, que es incorruptible, que con ningun tiempo se muda? Movible es el tiempo, y junto con materia tambien móvil siempre corre á manera de agua, y como un vaso de corrupcion y generacion no retiene nada: de suerte que lo primero y lo postrero, lo que fue y lo que será, es una nada, y lo que en este tiempo es, y parece que está presente, eso mismo se pasa como un rayo. Por lo cual, como el tiempo se defina ser medida de las cosas sensibles, y como el tiempo nunca esté ni sea, con razon dirémos que las mismas cosas sensibles nunca permanecen ó están, y que no tienen ser. Todo esto es de Eusebio. Y mas breve y significativamente lo declaró David, cuando dijo una vez que el hombre era semejante á la vanidad; y otra, que era el hombre mientras vivia en esta vida una vanidad universal. Por lo cual dijo Gregorio Nazianceno (1) que éramos un sueño instable, una sombra y una estantigua que no se puede asir.

Vuelva sobre todo lo dicho, mírese en este espejo el hombre, mire por qué se engrie, por qué presume de sí, por qué se aflige por cosas de la tierra, pues son tales, y le va tan mal con ellas. Mire lo que él es, y lo que las cosas son: mire lo que merece, por quién se mata, y por qué. Mire por qué se mata por esta vida mortal, por qué se inquieta, y por qué se turba por cosas tan pocas. Con razon dijo el Profeta que en vano se turba el hombre; lo cual considerando san Crisóstomo, dice muy maravillado (2): *Túrbase el hombre, y pierde el fin: túrbase, y como si no hubiera nacido, se deshace y consume: túrbase, y antes que se sosiegue se anega: inflámase como fuego, y como estopa se vuelve en ceniza; levántase como tempestad en alto, y como polvo se desaparece y esparce: como llama se despierta, y como humo se deshace: como flor muestra su hermosura, y como heno se seca: extiéndese como nube, y como gota se disminuye: hínchase como una ampolla de agua, y como una chispa se apaga: contúrbase, y no tiene consigo sino el cieno de las riquezas: contúrbase para ganar una hediondez: contúrbase, y sin fruto alguno de su turbacion se pasa: suyas son las turbaciones, pero de otros el regalo: suyos los cuidados, pero de otros los entretenimientos: suyas las aflicciones, pero ajenos los frutos: suyos los rompimientos, pero de otros los deleites: suyas las maldiciones, de otros es el respeto y reverencia. En él se levantan gemidos, en otros la abundancia de cosas: contra él se derraman lágrimas, y las riquezas están con otros: él estará atormentado en el infierno, y otros muchas veces triunfando y malbaratando su hacienda estarán cantando. Contúrbase en vano todo hombre que vive. Hombre es el que tiene una vida prestada y para breve tiempo: hombre es una deuda de la muerte, que ha de pagar sin tardanza: animal indómito con su voluntad y el apetito de su ánimo; es maldad enseñada sin maestro, es voluntaria asechanza, as-*

(1) In lau. Casar. Somnium sumus instabile: spectrum, quod teneri nequit.
(2) Chrysost. in Ps. xxxvi, et apud Damas. l. 1. I Paral. x.

tuto para la malicia, ingenioso para la iniquidad, inclinado á la avaricia, insaciable para desear lo ajeno, espíritu fanfarron y lleno de una insolente temeridad y arrojamiento de palabras; feroz, pero que fácilmente se quebranta; atrevido, pero que presto es vencido. Arrogante lodo, insolente polvo, hinchada ceniza; centella que al momento se apaga; llama que presto se deshace; luz que en el aire se desvanece; hojarasca que en un momento se corrompe; heno que en un instante se seca; yerba que presto se muere; naturaleza que siempre se consume; que hoy amanece, y mañana acaba su vida; hoy en riquezas, y mañana en ataud; hoy con diadema, y mañana entre gusanos; hoy entre tesoros, y mañana debajo de la tumba; el que hoy es, y mañana deja de ser; el que hoy triunfa y se huelga, y mañana es llorado; el que en la prosperidad tiene un fausto insolente, y en la adversidad no admite consuelo; el que no se conoce á sí mismo, é inquiere con curiosidad lo que es sobre sí; el que ignora lo presente, y de lo futuro hace burla; el que es por su condicion mortal, y por su soberbia se juzga eterno; el que es un meson abierto de perturbaciones, juguete de varias enfermedades, concurso de calamidades cotidianas y receptáculo de toda tristeza. ¡Oh cuán grande es la tragedia de nuestra vileza, cuán grande el triunfo de nuestra flaqueza! ¡Oh cuántas cosas he dicho! Pero no se puede declarar mejor que con la voz del Profeta. En vano se conturba todo hombre que vive; porque verdaderamente las cosas de esta vida que mas resplandecen y sobresalen, son de menos utilidad que un cadáver podrido. Esto es de san Juan Crisóstomo, en que declara bien la miseria del hombre, la brevedad de su vida y la vanidad de las cosas temporales.

§ III.

Y porque no nos quede esto por advertir, no solo en el cuerpo es tan vil el hombre mientras vive, y mucho mas despues de muerto, pero en el alma no suele ser de mas estimacion mientras está en el cuerpo; porque si bien el espíritu es por sí una sustancia nobilísima, envilécenle de tal manera nuestros vicios, que le hacen mas abominable que al cuerpo, y sin duda cuando el alma está muerta en pecado mortal, mas corrompida y hedionda está delante de los Ángeles que el cuerpo muerto de ocho dias; porque si el cuerpo está lleno de gusanos, ella lo está de demonios y de vicios. Pero aun cuando vive el alma y está sin pecado grave, como comete los veniales y está llena de imperfecciones, aunque no está muerta, está mas flaca, enferma y asquerosa por esta parte que el cuerpo; y si uno se conociera bien, mas se espantara de la miseria de su alma que de la de su carne. El devoto P. Alonso Rodriguez, insigne maestro de espíritu, escribe de una Santa que pidió á Dios luz para conocerse, y vió en sí tanta fealdad y miseria, que no la pudo sufrir, y tornó á suplicar á Dios, diciendo: No tanto, Señor, que desmayaré. El P. M. Juan de Ávila dice que él conoció á una per-

persona que rogó muchas veces á Dios que le descubriese lo que podia ser. Abrióle Dios los ojos tantico, y le hubiera de costar caro. Vióse tan feo y abominable, que á grandes voces decia: Señor, por tu gran misericordia quitame este espejo de delante de mis ojos: no quiero ver mas mi figura. Desques de haber hecho una vida admirable y muy perfecta, la fervorosa esposa de Cristo, D.ª Sancha Carrillo, suplicó á Nuestro Señor le hiciese merced de darle á ver á su alma, para que conociendo en ella la fealdad de sus culpas, se animase á aborrecerlas. Condescendió el Señor con sus ruegos, y mostrósela en esta forma: Estando una noche sentada en su sala, abierta la puerta, vió pasar delante un ermitaño de canas con su cayado en la mano. Extrañó la persona y el hábito en aquel lugar y tan á deshora; de manera que se sobresaltó algun tanto. Díjole con todo eso: Padre, ¿qué buscais aquí? Levantad (dijo él) ese manto, y veréislo. Hízolo así, y vió una niña muy flaca, cubierto el rostro de moscas. Tomóla en los brazos, y dijo al ermitaño: Padre, ¿qué es esto? ¿No te acuerdas (replicó él) cuando ahincadamente suplicaste á Nuestro Señor que te mostrase tu alma? Pues ve ahí su retrato, y mira bien que de esa manera la tienes. Dicho esto, desapareció aquella representacion, y quedó ella tan confusa y atemorizada, que parecia (segun afirmaba despues) que se le desencajaban los huesos de sus lugares con tanto dolor y sentimiento que, á no favorecerla Dios en aquella ocasion, no pudiera sufrirlo. Pasó la noche turbada entre varias olas de pensamientos. Afligida grandemente la memoria de aquella niña, el color turbado y la flaqueza extrema; y mirándola como a imágen de su alma, temia el estado en que se hallaba. Cuando volvia los ojos al rostro, lleno de tan importunos animalejos, doblaba el dolor pareciéndole que olian á cosa muerta ó llaga antigua: daba mil suspiros al cielo, pidiendo al Señor remedio y misericordia. Venido el dia tan deseado para ella, dió luego cuenta á su confesor, persona de letras y virtud: pidióle con muchas lágrimas le declarase aquella vision, y le avisase si aquellos animalejos significaban algunos pecados graves ocultos que no conocia en su alma. Tomó el confesor un poco de espacio para encomendar la respuesta á Nuestro Señor. Volvió, y díjola: Señora, no os congojeis, antes dad muchas gracias á Dios por la merced que os ha hecho; y sabed que la flaqueza del retrato que de vuestra alma visteis efecto es de pecados veniales que enflaquecen y no matan, entibian la caridad, no la apagan; que si fueran pecados mortales, la niña estuviera muerta, porque estos quitan totalmente la vida del alma; los veniales el fervor y prontitud en el servicio de Dios, y perfecto cumplimiento de su santa ley. Pues si á personas tan siervas del Señor se les mostró su alma llena de tantas miserias, ¿en qué se puede gloriar el hombre miserable, pues lo es en cuanto es en alma y cuerpo?

CAPÍTULO IX.

Cuán engañoso es todo lo temporal.

De lo dicho hasta aquí se puede concluir cuánta mentira y engaño sea todo cuanto con el tiempo pasa; y que las cosas de la tierra, juntamente con ser tan viles, inconstantes y perecederas, son engañosas y están llenas de peligros. Esto se nos significó en el Apocalipsi en aquella mujer ramera que venia á caballo en una monstruosa bestia, que es la prosperidad mundana que sobresale en este mundo: la cual dice la sagrada Escritura que venia rodeada de oro dorado, para darnos á entender su fealdad, pues no era oro fino y verdadero lo que traia, sino aparente y fingido: porque aunque parecia oro, no lo era, sino azófar; pero porque lo habia dorado, lo vendia por verdadero oro. Así es que la prosperidad humana, que viene rodeada de bienes de la tierra, los vende por verdaderos bienes, pintándolos grandes, seguros y duraderos; pero no son nada menos: por lo cual todo es engaño y ficcion, como lo echó bien de ver Séneca, cuando dijo: *Lo honesto solamente es bien: las demás cosas son falsos y adulterinos bienes.* ¿Cómo no será fingimiento y engaño que siendo ellos vilísimos parezcan grandes y de tanta estimacion que no pretendan otra cosa los hombres; y siendo mas mudables que la luna nos parezcan seguros, y así nos paguemos de ellos como si nunca se hubieran de mudar, y siendo caducos y perecederos se buscan como inmortales y eternos, no acordándonos de cosa menos que de su fin y del nuestro, olvidando totalmente que aquellos se han de acabar, y que nosotros nos hemos de morir? Claro está que son falsos, pues prometen de sí todo lo contrario de lo que tienen y son, y muestran lo que no tienen; porque así como los perspectivos suelen labrar un aposento que estando oscuro, y entrando la luz por un agujero pequeño, se ven figuras hermosísimas; pero si se abren las ventanas de suerte que el aposento quede claro, ya no se ve nada, sino cuando mucho unas líneas ó sombras desnudas; así son las cosas del mundo, que á los que tienen poca luz y conocimiento del cielo les engañan pareciéndoles muy hermosas y grandes; pero á los que amanece la luz del desengaño y de la fe no hallan en ellas cosa de sustancia. Toda felicidad de esta vida es un engaño y ficcion, y no verdadera dicha, sino apariencia de dicha: sus bienes no son verdaderos bienes, sino sombra de bienes, y así los califica la sagrada Escritura (1) con este nombre de sombra, que declara bien su naturaleza; porque la sombra no es cuerpo, sino apariencia de cuerpo, y aunque parece algo, es nada. Su inconstancia tambien y su fugacidad merece este nombre; porque la sombra

(1) I Par. XXIX; Psalm. CI.

se está siempre muriendo, y acaba presto: la sombra asimismo, cuando llega á lo sumo que puede crecer, está mas cerca de acabarse y fenecer; porque cuando mas crecen los bienes temporales, y la fortuna humana mas sube hasta las estrellas, entonces está mas cerca de desvanecerse, y de repente desaparece: y así dijo uno de los amigos de Job (1): *Vi al necio que habia echado hondas raices en su fortuna, pero yo al punto maldije á su hermosura;* porque por mas firme que le parecia que estaba, andaba mas cerca de caer, y David dijo: Que vió al pecador empinado como cedro; pero que no duró mas de cuanto volvió los ojos.

¿Qué es engañar, sino publicar lo que no es así y prometer lo que no se cumple? Dejo al testimonio de cada uno cuántas veces le han salido vanas sus esperanzas, no hallando el descanso que esperaba en lo que mas pretendió; y prometiéndole las riquezas paz y sosiego, no topó sino inquietud y cuidados, y muchas veces peligros, y no pocas grandes daños. Por esto Cristo nuestro Redentor llamó á las riquezas engaños, diciendo (2) que la palabra divina se ahogaba con la falsedad y engaño de las riquezas. No se contentó con llamarlas engañosas y falsas, sino el mismo engaño y falsedad; porque ¿qué cosa mas infiel y engañadora que la que promete lo contrario de lo que da? Promete la prosperidad de este mundo bienes, y da males; promete descuidos, y da cuidados; promete seguridad, y da peligros; promete grandes contentos, y da mayores pesadumbres; promete dulce vida, y la da amarga. Con razon se dice en el libro de Job que el pan que come el mundano se le convertirá en hiel de áspides ponzoñosos; porque en aquellas cosas que le parecen tan necesarias para vivir, como el pan de la boca, en estas topará la muerte, y de lo que esperaba gustos sacará hieles, y ningun bocado dará que no lleve algo de amargo. No hay felicidad en la tierra que no lleve un gran contrapeso; no hay dicha que se ensalce tanto, que no la agrave alguna calamidad; porque así como antiguamente pintaban al ingenio del hombre en forma de un mancebo levantado el un brazo, con unas alas con que volaba, pero del otro brazo asida una grande pesa que le derribaba y abatia; así es la felicidad humana, que por mucho que suba, siempre tiene algo que la oprima.

§ II.

Si queremos ver con evidencia cuán engañosas sean las cosas de este mundo, es un claro argumento de esto que ninguno de cuantos las estiman está contento con las que goza en su estado, pensando antes de alcanzarlas que lo habia de estar: lo cual es cierto argumento que se engañaron; y así ninguno deja de desear mas, por muchas que goce y tenga: lo cual tambien es señal de la fealdad de los bienes, que tan poco

(1) Job, v. — (2) Matth. xiv.

bien hacen que no llegan á satisfacer á quien los posee. Búscanse para hallar contento en la vida, porque al parecer lo prometen; pero nunca lo han dado cumplido, pues no hay ningun mundano contento en su estado. Unos tienen envidia de la vida de los otros, gimiendo cada uno y quejándose con la suya, aunque sea la que se tiene por mas dichosa en el mundo. Pongamos ejemplo en el estado real. ¿Qué dijo de su suerte y felicidad el emperador Constantino (1)? Que era vida poco mas honrada que la de vaqueros y pastores, pero mas molesta y penosa. Mas lo significó el rey D. Alonso de Nápoles, diciendo que era vida de asnos, por las cargas que lleva un rey. Así no sin razon se dice en el libro de Job (2) que gimen los gigantes debajo de las aguas, como explica Alberto Magno, el cual entiende por los gigantes los poderosos de la tierra, sobre quienes llueven tantos trabajos, que eso significa este nombre de aguas en la sagrada Escritura, que el peso intolerable los hace gemir. Son como los gigantes que sacan á las fiestas grandes en las ciudades, que son unas figuras muy vistosas, muy cubiertas de oro y seda; de mucha grandeza y majestad: esto es lo que parece; pero lo que no parece es un hombrecillo muy cansado, y muy sudado, y que reventando y muriendo, lleva á aquella grandeza sobre sus hombros. Las acémilas de los grandes, cuando hacen las primeras entradas en la corte, van cargadas de riquezas, de vajillas, de camas de brocado, reposteros bordados, garrotes de plata, sogas de seda, penachos, bozales; pero aunque la carga sea tan rica y tan lucida, al fin es carga que las mata y las abruma: así es la honra, el imperio y el mando. Hasta el rey David confesó de sí (3) que era como un jumento, y que los lomos se le habian como desencajado de la carga, y él estaba tan molido, que estaba deshecho. Algunos reyes dijeron lo que vulgarmente se cuenta de Antígono Estobeo (4), que jurándolo por rey de Macedonia, dijo al tiempo de coronarle: ¡Oh corona mas noble que venturosa! si se supiese cuán llena estás de peligros y cargas, no sé si habria quien te levantase de la tierra, aunque te topare en la calle. El rey Dionisio, para dar á entender las penas de la vida de un rey, lo declaró con una semejanza del que está condenado á muerte, esperándola por momentos. Esto se significó tambien en el vaso de oro que tenia aquella mujer que estaba sentada sobre el mónstruo de siete cabezas, que es este mundo; porque aunque el vaso tenia buena apariencia, se dice que estaba lleno de abominacion, porque no hay ninguno que no diga mal de su estado, y muchos que parecen los mas afortunados suelen abominar de su fortuna, aunque parezca la mejor á otros. Salomon fue el rey que mas gozó de los bienes de esta vida, porque determinó hartarse de deleites hasta quedar ahito, y así tuvo mil mujeres, setecientas reinas, trescientas concubinas; hizo

(1) Euseb. orat. de laud. Constant. — (2) Job, XXVI, 5. — (3) Psalm. LXXII.
(4) Stob. serm. 3.

grandes edificios, alcázares, jardines, huertas, casas de campo, sotos, bosques, y estanques para pesca y caza: gozó de excelentes músicas de cantores, y para mayor recreacion, de cantoras. Tuvo el mayor y mas lucido número de criados que tuvo rey (1), y fuera de la multitud, el órden y aseo de su palacio y corte causó admiracion á la reina Sabá. Tenia el mayor aparador y vajilla que se habia visto en Israel. Su caballeriza era la mejor, y tan poblada de caballos, que llegaban á cuarenta mil, para los cuales serian los aderezos y jaeces sin número. Los tesoros de plata y oro que le dejó David fueron diez veces mas que montaba la hacienda del rey Darío, segun la cuenta de Budeo. Finalmente llegó á tal punto de dicha y de felicidad en todo género, que él mismo se maravillaba, y se reconoció por el mas afortunado y regalado del mundo, y así dijo: *¿Quién comerá de esta manera, y rebosará en delicias como yo* (2)? Pues de toda esta felicidad, cual ni el pensamiento del mas codicioso podia imaginar mayor, volviendo sobre ella los ojos, dijo que era todo vanidad y afliccion de espíritu; y estaba tan descontento de su vida, que confesó tenia tédio, y que destestaba la industria que puso en ella, y teniendo envidia á un peon y trabajador, juzgaba por mejor comer uno de su trabajo, estando con esto contento. Pues si todo este monton de dichas y felicidades, riquezas y gustos engañó á un rey tan sábio como Salomon, ¿á quién no engañará? ¿Qué hay que fiar de una parte de felicidad, pues todo el caudal de gustos, riquezas y fausto no fue bastante para una vida sosegada á quien le poseia? ¿Qué otro argumento puede haber mejor de la pequeñez de todos los bienes temporales, pues todos juntos no bastan á llenar un corazon humano? Como no son las cosas lo que parecen, no se consigue con ellas lo que se espera; y así nadie está contento con lo que tiene, pareciéndole siempre mejor la suerte ajena.

Este es otro engaño de las cosas, que alcanzando uno lo que deseó para conseguir su contento, y no hallándole en ellas, tiene envidia al estado ajeno, pensando que en él topará el contento que no halló en el propio, y buscándole en casa ajena, le echa menos en la suya con mayor pena, porque no ha experimentado lo que pasa por otros, á los cuales hallará no menos descontentos de su suerte. Bien declaró esto la antigüedad en un cuento que fingió, bien doctrinal, y es, que los de Creta pidieron á su dios Júpiter que, pues habia nacido en aquella provincia, les diese este privilegio, que fuesen libres de trabajos todos los que vivian en ella. Mas como les fuese respondido que aquello era cosa imposible en la tierra, y prerogativa solamente de los que vivian en el cielo, tornaron á suplicar que, ya que no se les podia conceder el carecer de trabajos, por lo menos se les concediese el poderlos trocar con quien les pa-

(1) III Reg. x. — (2) Eccles. vi, 21. Quis ita devorabit, et deliciis affluet, ut ego?

reciese. Alcanzaron esta segunda peticion; y á las primeras ferias cada uno hizo su fardel de trabajos, y cargaron con ellos: mas despues que salieron á la plaza, y comenzaron á mirar y desenvolver los trabajos de otros, y tantear las pesadumbres ajenas, á cada uno le parecieron mayores, y no queriendo ninguno trocarlas por las suyas, se volvieron á su casa como salieron de ella. No es el remedio de los trabajos huirlos, sino volvernos á Dios, pues por apartarnos de él nos vinieron, y fue altísimo consejo de la Providencia divina que no falten á ninguno penas, para que reconozca sus culpas, y esperando descanso solo en la otra vida y en Dios, le reconozca y sirva. Por lo cual dijo el profeta Oseas (1) que hizo Dios con nosotros lo que un marido con una mujer que le deja y busca á otros amigos, sembrando de espinas el paso, para que lastimada diga: Quiérome volver á mi esposo primero. Así sembró Dios de hieles y acibar los bienes de esta vida, para que el alma que los buscare se lastime y se vuelva á Dios.

Otro argumento del grande engaño de las cosas temporales es, que por mas que se posean, mas se deseen, y que despues de haber experimentado su poca sustancia y poder para satisfacer nuestro corazon, aun nos quede corazon para desearlas. Claro está que esto es un grande engaño y cierto género de hechizo con que arrebatan la aficion humana, aun cuando mas se habian de huir. Nada satisface, y con todo eso se desea lo que no satisface. ¡Cuán vanas son, pues aun quien lo tiene todo no se contenta con tenerlo, y siempre quiere mas! No le bastó al rey Acab toda la potencia y felicidad de su reino, ni la grandeza de su palacio para estar contento; y siendo señor de tantas ciudades y campos, deseó con tal extremo una triste viña de un buen hombre, que porque no la tenia bramaba de pena, y todo lleno de melancolía cayó malo en la cama, y de rabia no quiso comer bocado. ¡Oh bienes de la tierra! ¿dónde está vuestra grandeza? pues tantos bienes como los de un reino tan grande no bastaron para tener contento al corazon de un hombre solo, que no solamente le dejó vacío para desear mas, pero fue mas poderosa una sola cosa que le faltaba para darle pena que tantas juntas que poseia para darle contento. Tan vanas son todas como esto, pues no pueden dar aquello para que se buscan, y así dijo el Ecclesiastés (2): *El avariento no se llenará de dinero, y el que ama las riquezas no tendrá fruto de ellas, y esto es vanidad.*

Finalmente, de todo lo que en este libro y los pasados hemos dicho se puede sacar la conclusion que saca el emperador Marco Aurelio en su filosofía, donde dice (3): *El tiempo de la vida humana es un momento, la naturaleza resbaladiza, el sentido oscuro, el temperamento de todo el cuerpo se corrompe y pudre fácilmente, el alma es vaga, la fortuna es dificultoso conjeturar cuál sea, la fama es incierta, y para que lo diga en pocas*

---

(1) Osee, II. — (2) Eccles. V. — (3) Lib. 2, in fin. p. 185.

palabras, cuantas cosas pertenecen al cuerpo tienen la naturaleza de un rio, y las que tocan al ánimo son como un sueño ó el humo: la vida es guerra y peregrinacion, la fama despues de la muerte es olvido. Pues ¿qué hay que pueda guiar al hombre con seguridad? No hay otra cosa sino la filosofía, la cual consiste en esto: que conserves á tu ánimo sin mancha y lesion, incontaminado y entero, superior al deleite y al dolor, que no hagas nada sin buen fin, no hagas nada fingidamente y con engaño, que no cuides de lo que hace el otro ó deja de hacer. Además de esto, que todas las cosas que suceden las recibas como venidas del mismo principio de donde tú veniste. Finalmente, que esperes la muerte con ánimo gustoso. Todo esto es de aquel filósofo.

CAPÍTULO X.

Los peligros y daños de las cosas temporales.

Lo menos que hacen los bienes de este mundo es engañar y desvanecer las esperanzas humanas; antes se puede tener por bien librado quien solo sale de su amistad burlado, porque son muchos los que, fuera de quedar sin lo que deseaban, topan lo que aborrecian; y en lugar de hallar descanso topan afan, y en lugar de la vida muerte, y aquello que mas aman se les convierte en ponzoña. Absalon, con ser muy hermoso, no se gloriaba de cosa mas que de los cabellos; pero ellos mismos le fueron medio de su muerte, y le sirvieron de cordeles, quedando colgado de una encina con los mismos que peinaba como hebras de oro. ¿Á cuántos fueron las riquezas, que amaban como la vida, ocasion de su muerte? Esta es la calamidad de los bienes de la tierra que notó el Sábio, cuando dijo: *Hay otra enfermedad pésima que vive debajo del sol, las riquezas conservadas para el mal de su dueño.* Esta es una enfermedad universal é incurable de las riquezas en quien las posee con aficion, que se han de convertir en mal del poseedor, ó del cuerpo, ó del alma, y no pocas veces de uno y otra. De suerte que no solo hemos de mirar los bienes temporales como vanos y engañosos, sino como traidores y parricidas. Con mucha razon los dos grandes profetas Isaías y Ezequiel comparan á Egipto (por el cual se significa el mundo y todos sus bienes) á un báculo de caña que, si confiando en su firmeza se arrimare uno á él, se quebrará, y le lastimará las manos, porque no son menos vanos sus bienes que la caña, ni menos quebradizos, ni menos ocasionados para lastimar y sacar sangre, porque tras todas las tachas de los bienes de esta vida es una muy grande los males que hacen á la misma vida por cuyo bien se apetecen, pues no solo suelen ser muy dañosos para la vida eterna, sino tambien para la temporal. ¿Cuántos perdieron por ellos la bienaventuranza del cielo, y la felicidad y quietud de la tierra? Porque llega á tanto su daño, que antes de la muerte dan una vida

de muerte, y antes del infierno en la otra vida dan otro infierno en esta, con los cuidados, con las pesadumbres, con los temores, con los afanes, con los trabajos y con las necesidades que causa aun la mayor felicidad y abundancia: y así san Juan escribe en su Apocalipsi que la muerte y el infierno fueron echados en un estanque de fuego, porque la vida del pecador, de la cual habla á la letra, es una muerte y un infierno, y dice que esta muerte y este infierno serán echados en otro infierno, y el que puso toda su dicha en los bienes de la tierra pasará de una muerte á otra muerte, y de un infierno á otro; del infierno temporal que tuvo en la vida al infierno eterno que tendrá en muerte. Miremos en qué estado pusieron los bienes temporales á Aman, pues la abundancia de ellos le puso en tal punto que, solo porque le negaron una cortesía injusta, vivia muriendo, tenia en su pecho un infierno de furor, saña y odio, no dándole contento cosa de la vida con estar en su mayor felicidad, como él mismo confesó. ¿Qué estado mas semejante á la muerte y al infierno que este? Porque así como en el infierno hay una privacion de todo contento y gusto, así suele estar la vida del mas afortunado de bienes de la tierra privada de todo gusto. Lo mismo que confesó Aman sintió Dionisio rey de Sicilia (1), que no gustaba de nada en los mayores gustos de su reino; y así dijo Boecio (2) que si pudiésemos quitar el velo á los que están en los tronos mas honrosos, vestidos de púrpuras y rodeados de soldados de guerra, veríamos las estrechas cadenas en que está presa su alma, que es conforme á lo que dijo Plutarco, que solo en el nombre eran príncipes, y en lo demás siervos. ¡Cosa maravillosa! que rodeado uno de deleites, pasatiempos y gustos, no tenga gusto, y cercado de regalos, traiga en el corazon un infierno, y bien comido y cenado, alcanzándose un deleite á otro, esté lleno de penas. Que en el infierno, donde hay tantos tormentos, no sienta gusto el pecador, no es de maravillar; pero que en esta vida no le tenga, en medio de su felicidad, gran misterio es, gran mal es de la felicidad mundana y de todos sus contentos que no dé lugar á un contento verdadero. Pero es providencia divina que así como los Santos que despreciaron todo lo temporal tenian en medio de grandes tormentos á su alma hecha un cielo de placer y gozos, como san Lorenzo, que entre brasas tenia en su corazon un paraíso; así tambien el pecador, que no estima ni ama sino solo lo temporal, tiene en medio de sus regalos pena, y entre sus felicidades una vida de infierno anticipado al que despues de muerto ha de tener. Son tan grandes las pesadumbres que ocasionan los bienes de la tierra, que oprimen al que mas posee de ellos, y le cierran la puerta á toda alegría, dejándole en una noche lóbrega de tristeza y sentimiento. Esto se le representó al profeta Zacarías (3) cuando antes que viniesen los demonios para llevar á una region extraña en la tierra

(1) Tul. in Tuscul. q. — (2) Boet. lib. de consolat. — (3) Zach. v.

de Senaar, para que habitase allí, aquella mujer que vió metida en una olla, le mostraron que cargándola una maza de plomo la dejaron á oscuras tapada y encerrada allí; porque antes que un mundano sea arrebatado de los demonios para llevarle á la tierra tenebrosa del infierno, es en esta vida abrumado y puesto en una oscuridad tan grande, que ni vea un rayo de luz de un desengaño, y esté como tapiado, para que no entre en su corazon contento ni alegría cumplida.

§ II.

La causa por que los bienes de esta vida molestan á la misma vida es por los peligros que traen, por las obligaciones en que empeñan, por los cuidados que piden, por los temores que causan, por las desgracias que ocasionan, por los aprietos en que ponen, por los trabajos que acarrean, por los deseos desordenados que les acompañan, y, finalmente, por la mala conciencia que tiene quien mas los estima. Con razon llamó Cristo nuestro Redentor á las riquezas espinas; porque enredan y lastiman de muchas maneras, con riesgos, con daños, con desasosiegos y con temores. Por esto dijo Job del rico (1): *Cuando fuere abastado, se angustiará, jadeará, y todo dolor le embestirá;* lo cual explica san Gregorio por estas palabras (2): *Primero tuvo dolor en el cansancio de su codicia mirando cómo alcanzará lo que desea, unas cosas con halagos, otras con terrores; y despues que lo ha llegado á cumplir, otro dolor le fatiga, que las guarda con solicitud, teme á los ladrones, sobresáltase del poderoso porque no le haga violencia, y viendo al pobre, sospecha que le ha de hurtar. Las mismas cosas que ha allegado teme no se consuman por su propia naturaleza. En todas estas cosas, pues, es pena el temer; tantas cosas padece el desdichado cuantas teme padecer*. Tambien dice san Juan Crisóstomo (3) que el rico de necesidad ha de tener falta de muchas cosas; porque con nada se contenta, y anda hecho esclavo de sus codicias, lleno de temor y sospechas, murmurado y notado, y hecho enemigo de todos: lo cual no tiene la vida pobre, pues es camino real y seguro, defendido y guardado de ladrones, puerto sin tormentas, escuela de sabiduría, y vida pacífica y de quietud. Y en otra parte dice: Si quieres bien considerar el corazon de un hombre avariento y codicioso, hallarle has como vestidura, gastado y consumido de la polilla y de diez mil gusanos, y tan podrido y acabado de los cuidados, que ya no parece corazon de hombre: lo cual no tiene el corazon del pobre, que como oro resplandece, y está fuerte como piedra preciosa, y como una rosa, es contento mirarle, libre de polilla, de ladrones, de solicitud y cuidado, y vive al fin como un Ángel del cielo presente á Dios y á su servicio, cuya conversa-

---

(1) Job, XX. Cum satiatus fuerit, arctabitur, omnis dolor irruet in eum.
(2) Greg. 55 Moral. — (3) Cap. 12 in Matth. hom. 1. ult.

cion es mas con Ángeles que con hombres, cuyo tesoro es Dios; y sin tener necesidad de quien le sirva, sirve á Dios, teniendo por sus esclavos los pensamientos y codicias de las cuales se señorea. Pues ¿qué cosa mas preciosa ni mas hermosa? Ni se puede declarar mejor lo poco que ayudan á la vida temporal las riquezas temporales, que con lo que dijo David (1), que los ricos tuvieron necesidad y hambrearon; pero los que buscan á Dios no serán defraudados de bien alguno; porque si aun la necesidad del cuerpo no puede quitar la abundancia temporal, ¿cómo podrá quitar la pesadumbre del ánimo?

Pues las honras no son mas benignas. ¿Qué congojas del corazon causan por no perderlas, y qué aprietos por conservarlas? Gravísimo es el tormento que sufren algunos por sustentar su honra, hasta dejar de comer por conservarla. Porque así como mandó Faraon cosas imposibles á los hijos de Israel (2), ordenando que no les diesen paja para encender los hornos, como antes se les daba, mas que no por esto dejasen de dar la misma tarea y trabajo de los adobes que hacian, cuando les daban antes la provision de paja, y ellos gemian y daban voces al cielo porque les mandaban cosas imposibles; la misma tirania ejercita el mundo con muchos, quitándoles el caudal con que antes se sustentaban, y mandándoles mantener el mismo fausto y honra, y no pudiendo sustentarse para comer, son forzados á sustentar la honra, y así dejan de comer por tener un coche que no han menester, y los criados que les sobran: de esta manera los trae remando y aperreados la honra. Pues en otros ¿cuántas melancolías causa una sola sospecha de que sintieron ó hablaron mal de ellos? Son tantas las penas y males que trae este bien fingido, que muchos abominaron de él, y dieron gracias á Dios que les quitó la carga de la honra para vivir con sosiego. Plutarco dice (3), que si le ofreciesen á uno dos caminos, uno que llevase á las honras, otro que llevase á la muerte, habia de escoger este por no ir por el otro. Luciano, queriendo encarecer esto, escribe de un dios que no quiso serlo, porque no podia sufrir el verse siempre honrado. Fingió esta mentira, para dar á entender la verdad que vamos diciendo.

La demasía tambien de los gustos ¿qué no cuesta? ¿Qué males y enfermedades no causa? Pero bastábales el tormento que suele causar en la conciencia: porque así como uno que sin reparar en ello se ha descaminado, las breñas y barrancos se lo dicen, y dan á entender que se ha perdido, y por eso, aunque vaya bien acomodado, se aflige; de la misma manera, los pasos por donde anda un hombre delicioso le están dando voces que va errado; y así es fuerza que tenga melancolía y pena. Bien dijo san Gregorio (4) que anda muy necio quien espera sosiego y gozo en los deleites mundanos; porque la paz y gozo son efec-

(1) Psalm. XXXIII. — (2) Exod. V. — (3) Plutarc. in vita Demost.
(4) Homil. 10 super Ezech.

tos del Espíritu Santo y compañeros de la justicia, y no puede alcanzar sosiego quien le busca donde está tan léjos el espíritu de Dios, la justicia y santidad como el mundo. Fuera de esto, entremétense en los deleites tantas penas y embarazos, que es mas descanso ahorrar de sus gustos: por lo cual Epicuro, como escribe san Jerónimo (1), con ser maestro de una vida gustosa, enriqueció todos sus libros de sentencias contra la gula y otros gustos, llenando todas sus hojas de hortalizas, frutas y otros manjares muy viles; porque son de menos trabajo y pesadumbre que los grandes convites, los cuales no sin grande cuidado y miseria se preparan, y no es desigual la pena de su aparato al deleite de su abuso. Diógenes de la misma manera y otros muchos filósofos por la comodidad solo de esta vida no buscaban deleites, y se desposeian de todos los bienes de ella, pasando en gran pobreza: y así Crates arrojó su hacienda en el mar; Zenon se holgó que se le hubiese anegado; Arístides no quiso admitir lo que le ofrecia Calisias, y Epaminondas se contentó con una túnica, y viviendo en pobreza y templanza, para vivir con gusto y honra, y aun sin necesidad, que suele ser mayor en los ricos que en los pobres. El tener mucho no hace ser ricos los dueños, sino sus arcas y cofres, pues ellos siempre viven en codicia y sin hartura con cuanto tienen. Por lo cual de estos ricos así llamados, y de los pobres del Evangelio, dijo muy bien el Espíritu Santo: Es como rico, y no tiene cosa criada; y es como pobre, teniendo muchas riquezas. Por lo cual notó san Gregorio que no habia llamado Cristo absolutamente riquezas las del mundo, sino riquezas falsas y engañosas; porque engañosas son, pues no pueden durar mucho con nosotros: engañosas son, pues no pueden satisfacer la necesidad del alma.

§ III.

Mas de temer es cuando los bienes de esta vida causan los males de la otra, y que no solo quiten el contento de presente, sino que ocasionen los tormentos de futuro, y despues de dar un infierno en vida, despeñen en la muerte en otro. Bien dijo san Jerónimo en una epístola que es caso dificultoso que uno goce de los bienes presentes y de los futuros, y que pase de los placeres temporales á los contentos eternos, y que sea mayor acá y allá; porque el que aquí pone su felicidad en solo ser regalado, viene á ser atormentado; y el que aquí es adulado y honrado injustamente, allí es justamente despreciado, como lo declaró san Vicente Ferrer por la comparacion del halcon y de la gallina; porque cuanta diferencia hay en vida y muerte entre estas dos aves, tanta suele haber entre los afortunados de bienes temporales, y los que los dejaron por Dios viviendo en pobreza y templanza. La gallina en vida anda entre la

(1) Hieron. contra Jovin.

basura y muladares, y come cuando mucho unos pocos de salvados: al halcon le regalan y traen en la mano, y le ceban con pechugas de aves ó con sesos de perdices; pero en la muerte se truecan las suertes: al halcon echan en el muladar, y á la gallina ponen en la mesa de los reyes. Porque así como Jacob trocó las manos, dando la derecha al nieto que tenia á la izquierda, y poniendo la izquierda sobre el que tenia á la derecha, prefiriendo al menor sobre el mayor; así Dios suele trocar las manos en la muerte, prefiriendo los menores, los pobres y los despreciados en vida. Por eso dijo Cristo nuestro Redentor: ¡Ay de vosotros ricos que gozais de vuestras risas, y tras ellas han de suceder los llantos! ¡Ay de los que teneis aquí vuestras harturas, y tras ellas han de suceder las hambres! ¡Ay del que tiene aquí su cielo, tema no le venga tras él un infierno! Temamos de lo que se dijo al rico avariento: Recibiste en vida tus bienes; y por eso en muerte le sucedieron eternos males, trocando las manos con el pobre Lázaro que, padeciendo males en esta vida, gozó en la otra de contento. Al rico, que le sobraron preciosos vinos, le faltó en muerte una gota de agua; y al pobre Lázaro, á quien faltaban aun unas migajas de pan, estuvo en muerte en tan abundante cena como la de la bienaventuranza eterna. Escribe el profeta Jeremías (1) que Nabuzardan llevó cautivos á Babilonia los ricos, dejando los pobres en Jerusalen; porque el demonio lleva á los esclavos y amadores de sus riquezas á Babilonia; esto es, á la confusion del infierno, y deja á los pobres de espíritu en Jerusalen, que es vision de paz, para que ellos gocen de la vista clara de Dios.

La felicidad de los bienes temporales borra de la memoria la grandeza de los eternos, hace olvidarnos de Dios y de la otra vida, ciega al que los posee, ocupándose todo en cosas de la tierra, da facultad para vicios y tambien tiempo: lo cual no tiene el pobre, que trabaja, ó sirve, ú ora. Por todo esto es tan peligroso gozar de los bienes temporales, que llamó san Pablo (2) á las riquezas lazo del demonio; y si en todo lazo hay falsedad y peligro, el lazo de Satanás ¿cuán engañoso y peligroso será (3)? Aun Diógenes echó de ver esto, y así las llamó velo de malicia y perdicion. San Jerónimo dice (4) que habia antiguamente dos proverbios notables contra los ricos: el primero, que el muy rico no podia ser buen hombre; el segundo, que el rico, ó ha sido mal hombre, ó es heredero de algun mal hombre: y así advierte que el nombre del rico es en la sagrada Escritura muy odioso y tan infame, cuanto es favorable el del pobre. La verdad es que está toda la sagrada Escritura llena de disfavores contra los ricos de este siglo. Y sobre todo el Hijo de Dios dijo sentencias muy notables y tremendas contra los que abundaban de bienes temporales; porque fuera de que cuando enseñó las bienaventu-

---

(1) Jerem. xxx. — (2) I Tim. vi. — (3) Laer. lib. 6, cap. 4. — (4) Hier. ad Alga. ep. 84.

ranzas, dió la primera á los pobres, y predicando malaventuranzas, dió la primera á los ricos; en otra ocasion dijo que era imposible entrar un rico en el reino de los cielos: y aunque, queriendo templar esta sentencia, lo declaró diciendo que era dificultoso; pero añadió tanta dificultad, que es para estremecer, advirtiendo que era mas fácil entrar un camello por el ojo de una aguja que un rico en el cielo: pero á Dios nada le es imposible. De todo lo dicho se puede colegir cuán dignos son, no solo de desprecio, sino de odio, los bienes temporales por ser engañosos, y en cosa de suma importancia, y juntamente sernos dañosísimos; pues nos engañan para perder el contento de esta vida y la felicidad de la otra, y al mismo Dios. ¿Qué odio tendria una fidelísima y honestísima esposa si un adúltero tomase el hábito y figura de su esposo, y fingiendo que era él la violase? Cuando despues supiese lo que pasaba, y el engaño y daño que le habia hecho aquel traidor en cosa de tanta consideracion, ¿cómo lo aborreceria? Esta traicion hace con nosotros la felicidad temporal: véndesenos por verdadero bien, haciendo que adultere nuestro corazon con ella, dejando á su legítimo esposo y verdadero bien, que es Dios; porque no hay verdadera felicidad ni bien que no sea en su servicio, y con el cumplimiento de su santísima voluntad, para gozarle despues eternamente: y así los bienes temporáles, que con sus engaños suelen hacer que perdamos los eternos, no deben ser amados, sino aborrecidos como mil muertes.

LIBRO CUARTO.

CAPÍTULO PRIMERO.

De la grandeza de las cosas eternas.

Aunque la pequeñez y vileza de las cosas temporales por sí sea tan grande como hemos dicho, parecerán mucho mas pequeñas y viles al que considerare la grandeza y majestad de las eternas, de las cuales comenzarémos á tratar; porque la grandeza de la gloria es tan grande, que dice san Agustin estas palabras (1): *Si fuera necesario padecer cada dia tormentos, si fuera menester estar en el mismo infierno largo tiempo para que pudiéramos ver á Cristo en su gloria y estar en compañía de los Santos; por ventura no fuera muy digno padecer cuanto hay de tristeza y dolor, para que fuésemos participantes de tan grande bien y gloria.* Esto es de san Agustin; y no se debe tener por encarecimiento, como ni tampoco lo es la sentencia que se atribuye á san Jerónimo, que es para maravillar que las piedras debajo de los piés de los que se han de condenar no se conviertan en rosas para alivio anticipado de aquellos males que han de padecer; y al contrario, es mucho mas para maravillar que debajo de los piés de los que se han de salvar no se conviertan en espinas que saltando de entre los piés á la cabeza no los hieran, y castiguen sus pecados, pues han de conseguir bienes inefables por un brevisimo trabajo. Esta grandeza de los bienes eternos no es solo por ser eternos, sino por ser sumos; por lo cual, aunque fuera su gozo por breve tiempo, no se habia de reparar en mil años de gravisimos tormentos por alcanzarlo algun dia: así dice san Agustin (2): *Es tan grande la hermosura de la justicia, y tan grande la dulzura de la luz eterna, que aunque no se pudiera perseverar en ella mas que un dia, se podian despreciar innumerables años de esta vida, aunque fuesen llenos de deleites y regalos, y de abundancia de bienes temporales; porque no se dijo con falso ni con mal afecto aquella sentencia: Mejor es un dia en tus atrios que mil.* Ordinariamente se dice que por los gozos eternos del cielo se pueden dejar los de la tierra, pues son breves y caducos; mas á san Agustin le pareció mas: que aunque los del cielo fueran breves, y los de la tierra eternos; siendo

(1) S. Aug. in Man. — (2) S. Aug. de lib. arb. 3.

aquellos tales, se habian de anteponer, aunque breves, á los de este mundo, aunque fuesen para siempre.

Confirma esto lo que escribe Tomás de Cantimprato (1) y otros autores, que habiendo preguntado al demonio qué quisiera padecer por ver á Dios, respondió: Padeciera yo por ello cuanto padecen los condenados del infierno, hombres y demonios, hasta el dia del juicio por ver un rato á Dios. ¿Qué hombre hay en el mundo que pueda con razon quejarse de trabajo que le suceda, si por él se le abre camino para gozar de tal bien? Pues por voto del mayor enemigo de Dios no es mucho cuanto hacen y padecen los hombres por servir á Dios, pues se les ha de pagar con su vista clara. Á Caton, por solo haber leido la disputa de Sócrates de la inmortalidad del alma, le pareció poco dar la vida y despedazarse por ir á gozar aquella libertad eterna del alma sin el embarazo de la gravedad de este cuerpo. ¿Qué nos debe parecer á nosotros mucho por la eternidad de aquel sumo gozo, vida bienaventurada y gloria sin fin? Escribió tambien Heroldo (2) que estando conjurando el santo Fr. Jordan, general de la sagrada Órden de Predicadores, un demonio que se habia entrado en un cuerpo, le preguntó que á dónde iria de mejor gana. Respondió que al cielo. Replicándole por qué, dijo: que por ver la cara de Dios. Volvió á preguntarle cuán de buena gana le veria. ¿Cuánto? (dijo) vila una vez poco mas de un abrir y cerrar de ojos; y por verla otro tanto padeciera con gusto hasta el dia del juicio cuantas penas padecen mis compañeros. Quedó como fuera de sí fray Jordan con esta respuesta; y reparándose un poco, díjole: Bien has dicho, mas dame alguna semejanza de su hermosura. Neciamente pediste, respondió, porque no se puede significar: mas por satisfacer tu deseo digo que si las hermosuras de todas las criaturas, cielo, tierra, flores, perlas y cuanto mas hay que deleite la vista, se juntasen en una; si cada una de las estrellas luciera como el sol, y este tanto como todas ellas, todo esto así junto seria respecto de la hermosura de Dios como la noche tenebrosa respecto del dia mas claro y sereno. En esta historia se ha de advertir que el demonio nunca llegó á ver claramente á Dios como lo ven ahora los Ángeles en la gloria; solo pudo llegar á tener un particular y aventajado conocimiento de la hermosura, grandeza y otras perfecciones divinas, con el gozo que de este conocimiento sobrenatural, aunque no claro, naceria; el cual bastó para que dijese que por volver á tener aquella ilustracion y gozo padeceria tantos tormentos y tan largo tiempo. ¿Qué seria el ver á Dios claramente en la gloria? Por cierto que ser aserrado uno, y ser atenaceado, y despedazado, y quemado vivo por cien mil años, se podia dar por bien empleado por gozar de tan sumo bien un dia solo; ¿qué será por gozarle por una eternidad, siendo tan grande el gozo de ella, que un dia solo puede equivaler á muchí-

(1) Lib. 4, cap. 57, n. 67. — (2) Jord. Herold. in promptu. exemp.

simos años (1)? Y asi estando un monje cantando Maitines con los otros religiosos de un monasterio, y llegando á aquello del salmo que dice: Que mil años en la presencia de Dios son como el dia de ayer, que ya se pasó; espantóse mucho, y comenzó á imaginar cómo era esto posible. Él era muy devoto y siervo de Dios: quedóse aquella noche en el coro despues de Maitines, segun lo tenia de costumbre, y suplicó afectuosamente á Nuestro Señor que le diese inteligencia de aquel verso de David. Aparecióle allí en el coro un pajarito que cantando suavísimamente andaba revoloteando delante de él, y de esta manera le sacó poco á poco á un bosque que estaba fuera del monasterio. Púsose el pajarillo sobre un árbol, y el monje debajo de él á oirle, y á cabo de rato á su parecer se voló, y desapareció con grande sentimiento del siervo de Dios. Ó pajarito de mi alma, decia, ¿á dónde te has ido? Como vió que no volvia, tornóse él para su monasterio, pareciéndole que aquella misma mañana habia salido despues de Maitines, y que entonces seria hora de Tercia. Llegando al convento, que estaba cerca del bosque, halló tapiada la puerta que antes solia servir, y que habian abierto otra en otra parte. Llamando á la puerta, el portero le preguntó quién era, de dónde venia, y á quién buscaba. Respondióle él: Yo soy el sacristan de este monasterio, que poco há sali de casa; y ahora vuelvo, y todo lo hallo trocado y mudado. Preguntóle el portero por el nombre del abad, y del prior, y del procurador. Nombróselos, y espantábase mucho de que no le dejase entrar dentro del convento, y de que disimulase conocer á los religiosos que le nombraba. Díjole que le llevase al abad; mas puesto en su presencia, ni el abad le conoció á él, ni él al abad, sin saber el buen monje qué hacerse ni qué decirse, mas de quedar confuso y maravillado de aquella novedad. El abad le preguntó por su nombre y por el de su abad; y buscando los anales, se vino á averiguar que habian pasado mas de trescientos años desde la muerte de los abades que él nombraba hasta aquella sazon. Entonces el monje dió cuenta de lo que le habia sucedido sobre aquello del salmo. Con esta relacion le conocieron y admitieron por hermano de la misma profesion; y él, habiendo recibido los Sacramentos de la santa Iglesia, acabó suavemente con mucha paz en el Señor.

Si el gusto solo de un sentido así poseyó el alma de este siervo de Dios, ¿qué será cuando no solo el oido, sino la vista, el olfato, el gusto y todo el cuerpo y alma estén enajenados en sus gozos, proporcionados á los sentidos del cuerpo y á las potencias del alma? Si la música de un pajarillo así suspendió, ¿qué hará la música de los Ángeles? ¿Qué hará la vista clara de Dios? ¿Qué hará lo que Dios hizo con ostentacion de su omnipotencia? Porque así como el rey Asuero, que reinaba desde la India hasta la Etiopia sobre ciento veinte y siete provincias, para mos-

(1) Joan. Major, verbo *Cœlest. Gloria*, exempl. 14 ex collect. psalm. LXXXIX.

trar su grandeza y poder hizo un solemne convite á todos sus príncipes, que duró por ciento ochenta dias; así el supremo Rey de cielo y tierra hace esta gran cena de la gloria, que ha de durar por toda la eternidad, para mostrar su poder y el agradecimiento en honrar á sus siervos, en la cual será tan grande el gozo, que ni el oido oyó, ni los ojos vieron, ni cayó en corazon de hombre cosa tan grande y bien tan inmenso. ¡Oh vileza de los bienes temporales! ¿Qué tienen que ver con esta grandeza, pues son tan poco, que con el mismo tiempo de quien tienen ser no se pueden sufrir? ¿Quién hay que se estuviera oyendo, sin hacer otra cosa, las mejores músicas de sonoros intrumentos y suavísimas voces de hombres por espacio de un mes? ¿Quién hay que en pasando un dia no estuviera cansado de aquel gusto continuado sin mudar otro? Pero la grandeza de los bienes que Dios tiene preparados para los que le temen y aman es tan suma, que por toda una eternidad no cansará, antes bien se la apetecerá siempre.

§ II.

Esta diferencia notó san Anselmo (1) entre los bienes y males de esta vida y la otra, que en esta vida ni bienes ni males son puros, sino mezclados y confusos; porque los bienes son imperfectos y mezclados con muchos males, y los males son cortos y mezclados con algunos bienes: pero en la otra vida, como los bienes de la gloria son sumos, son purísimos, sin mezcla de algun mal, así nunca pueden cansar; porque ya tuvieran algun mal si trajeran cansancio: al contrario es en los males del infierno, que son sin mezcla de algun bien, y así son insuperables y tremendos: de suerte que en el cielo habrá este sumo bien de tener allí todos los bienes, y de carecer de todos los males; y en el infierno habrá este sumo mal de tener allí todos los males, y carecer de todos los bienes.

Por dos partes es grande la gloria, por no tener mal alguno, y por ser sus bienes sumos. David dice (2): Cuanto dista el Oriente del Poniente, tanto puso Dios léjos nuestras culpas. Pero no solo las culpas, sino las penas, pone Dios tan léjos de sus bienaventurados, cuanto dista el cielo de la tierra; y aunque la ventaja y distancia espiritual de los bienes eternos es mayor que la corporal del cielo á la tierra, para que formemos algun concepto de aquello dirémos lo que se alcanza á saber ó decir de esta, para que veamos cuán léjos están los males del cielo, y cuántas ventajas hacen sus bienes á los de la tierra. Nuestro insigne matemático Cristóbal Clavio dice (3) que hay desde el cielo de la luna, el mas bajo de todos, hasta la tierra ciento veinte mil seiscientas treinta millas; y desde el cielo del sol cuatro millones trece mil novecientas veinte y tres millas; y desde el firmamento y octavo cielo ciento sesen-

(1) S. Anselm. l. de simil. — (2) Psalm. CII. — (3) Clavius, in spher. cap. 2.

ta y un millones ochocientas ochenta y cuatro mil novecientas cuarenta y tres millas. Aquí manda Platon que paren los matemáticos; porque de allí adelante falta la facultad de medir adelante. Pero hay sin duda mas desde el firmamento hasta el cielo empíreo; porque lo grueso solo del cielo estrellado dicen que es otro tanto como hay desde la tierra á él; de suerte que si se arrojara una piedra de molino desde lo alto del firmamento á la tierra, era menester noventa años antes que llegase al suelo, aunque cada hora caminara doscientas millas. Afirman tambien los matemáticos y algunos intérpretes doctísimos de la sagrada Escritura que es mucho menos la distancia que hay desde la tierra hasta lo mas encumbrado del firmamento, que la que hay desde allí á lo mas bajo del cielo empíreo: y así concluyen que si viviera uno dos mil años, y caminara cada dia cien millas, aun no llegara, caminando todos los dias, á lo mas bajo del cielo estrellado; y si despues caminase otros dos mil años de la misma manera, aun no atravesara lo grueso de ese cielo; y si despues caminara cuatro mil años con la misma prisa, aun no llegara á lo mas bajo del cielo empíreo. ¡Oh poder de la gracia de Jesucristo, que en un momento hace caminar tan largo camino! Tuvo por gran dicha aquella generosa matrona que atormentaron en Inglaterra, puesta sobre una piedra aguda, y despues oprimiéndola con gran peso, porque dentro de seis horas habia de llegar hasta el cielo, y pareciéndola corto viaje, dijo á los que con horror y lástima miraban su martirio: *¿Tan breve es el camino que lleva al cielo? Dentro de seis horas seré levantada sobre el sol y la luna, pisaré las estrellas con los piés, y entraré en el cielo empíreo.* Pero no en seis horas, sino en un punto se pone allá el alma santa ya purificada de sus culpas y penas, quedando mas léjos de unas y otras que hay desde la tierra al cielo. Al paso de esta distancia en los lugares es la ventaja en la grandeza del cielo sobre la tierra; y á este paso es la de sus bienes. Subamos con la consideracion allá, y desde aquel lugar eminentísimo despreciemos todo este mundo mudable, pues aun los gentiles le despreciaron. Por lo cual dijo Ptolomeo (1): *Aquel es mas alto que el mundo, que no cuida en cuya mano está el mundo;* y Ciceron dijo (2): *¿Qué cosa de las humanas puede parecer grande á quien tiene conocido qué es eternidad y toda la grandeza del mundo? Toda la tierra me parece á mí tan pequeña, que me pesa y avergüenza de nuestro imperio con que solo hemos tocado un punto de ella.* Toda la grandeza de los reinos de la tierra es un punto, y á Boecio le pareció punto de un punto; pero del cielo dijo Baruc (3): *¡Cuán grande es la casa de Dios, grande el lugar de su posesion! Grande es y no tiene fin, excelso é inmenso.* Á este paso son las ventajas de los bienes eternos, aunque no fueran eternos. Son sus bienes inexplicables y grandes, y sin mezcla alguna de males. ¡Oh cuán necios son los que por un punto de tierra pierden tantas leguas de cielo!

(1) Ptol. in Præfat. Am. gesti. — (2) Tul. in somn. Scipion. — (3) Bar. III.

los que por un gusto breve y pequeño desprecian los eternos é inmensos! ¡Oh grandeza de la omnipotencia y liberalidad divina, que tan grandes bienes preparó á los humildes y pequeñuelos que le sirven, los cuales, ni los ojos vieron, ni los oidos oyeron, ni cayó en pensamiento humano! San Agustin, que tan altamente pensó, y cuyo entendimiento fue de los mayores del mundo, se halló corto para decirlos y aun pensarlos: el cual, queriendo escribir de la gloria, y tomando la pluma en la mano, vió en su aposento un notable resplandor, y sintió una fragancia tan grande, que le enajenó y sacó de sí, y oyó una voz que le decia: ¿Qué intentas, Agustino? ¿Piensas que es posible agotar las gotas del mar, ó abarcar con la mano toda la redondez de la tierra, y hacer que los cuerpos celestiales suspendan el curso de su movimiento? Lo que ningunos ojos vieron ¿quieres tú ver? Y lo que ningunos oidos percibieron ¿quieres tú oir? Lo que ningun corazon alcanzó ni entendimiento humano imaginó ¿piensas tú que lo has de comprender? ¿Qué fin ha de hallarse á lo que es infinito? Y ¿cómo puede ser medido lo que es inmenso? Primero serán posibles todos estos imposibles, que tú podrás dar á entender la menor parte de gloria que gozan los bienaventurados. Si á uno que se hubiese siempre criado en una mazmorra, sin haber visto mas luz que la de un pequeño candil, le dijesen que habia sobre la tierra el sol, el cual era una luz que á todo el mundo alumbraba por mas de cien mil leguas; este tal, por mas que le dijesen, no haria concepto cabal del sol. Pues mucho menos se puede hacer concepto de la luz, grandeza y gloria de las cosas de la otra vida, por mas que se nos declaren con la comparacion de las mayores hermosuras de este mundo. Tan inefables bienes desprecia un pecador por hacerse despreciable y maldito.

§ III.

De la misma manera los males y penas de este mundo no son comparables con la grandeza de las eternas; y así como trescientos años de un gozo del cielo no pareció á aquel siervo de Dios mas tiempo que de tres horas, así tambien, por el contrario, tres horas de las penas eternas parecerán muchos años. ¡Oh qué caros son los gustos breves del sentido, pues se pagan con tan largo y multiplicado tormento! Porque si solo se pagase de infierno no mas larga pena que duró el gusto, no seria insufrible, y pareceria diez mil veces mas prolijo. ¡Qué será habiendo de ser eterno el castigo, aunque el gusto que traspasó la ley divina fuese de un momento! ¡Oh penas de este mundo, enfermedades, dolores y miserias; y cuán de risa sois comparadas con las eternas, pues todo lo que podeis durar es poco, y todo lo que podeis afligir no es mucho! Y si por vuestras penalidades temporales escapamos de las eternas, dichosísimas sois, y debeis ser recibidas con mil parabienes y gran contento.

CAPÍTULO II.

La grandeza de la honra eterna de los justos.

Consideremos en particular la grandeza en los bienes de la otra vida, en los cuales hay honras, y riquezas, y gustos, y bienes del alma y del cuerpo. De cada una de estas cosas harémos particular consideracion; y dando principio por las honras, no hay duda sino que en el cielo ha de ser sumo el premio que en la honra se ha de hacer á los justos: lo uno, por ser en la criatura racional el mas fuerte apetito el de la honra; lo otro, por habernos exhortado Cristo á la humildad para entrar allá, y haber prometido grande ensalzamiento y honra á los humildes: y así en aquel lugar de la hartura y cumplimiento de todo lo que se puede desear, y de remuneracion y premio, no se puede dudar sino que ha de ser muy grande la honra que ha de alcanzar el siervo de Cristo imitador de su humildad, de lo cual hay muchas promesas en la sagrada Escritura. El mismo Cristo dijo que su Padre lo honrará en el cielo; David cantó (1): *Con gloria y honor le coronaste.* El Eclesiástico dice (2), segun lo aplica la Iglesia: *La corona de oro sobre su cabeza grabada con señal de santidad, gloria de honra y obra de virtud.* Además de esto todo lo que pueden hacer los que sirven á Dios es solo honrarle, porque no pueden aumentar otro bien divino; porque ni el gozo y gusto eterno de Dios pueden aumentarse, ni le pueden ser en cosa alguna de provecho; porque todos sus bienes intrínsecos tiene infinitamente perfectos: solo la gloria y honra, en cuanto es bien exterior, es capaz de aumento; y esta es la que dan á Dios los Santos con sus servicios: y como Dios sea tan agradecido, págales en la misma moneda, y no puede dejar de honrar mucho á los que le honraron á él. Llega esta honra á tanto, que dijo el mismo Cristo estas palabras (3): *Al que venciere, yo le daré que se siente conmigo en mi trono, como yo vencí y me senté con mi Padre en su trono.* De la cual promesa espantado un Doctor, exclama (4): *¡Cuán grande será aquella gloria de ser sentada una alma justa delante de infinita multitud de Ángeles en el mismo trono de Cristo y de Dios, y ser por el recto juicio de Dios alabada por vencedora del mundo y de todas las potestades invisibles de los demonios! Y ¡con cuánta alegría se regocijará la misma alma cuando se vea libre de todo peligro y trabajo triunfar de todos sus enemigos dichosísimamente! ¿Qué habrá que pueda desear mas que verse participante de todos los bienes divinos hasta la compañía de un mismo trono? ¡Oh cuán alegremente pelean en la tierra, cuán fácilmente llevan todas las cosas adversas por Cristo los que con viva fe y cierta esperanza conocen con*

---

(1) Psalm. VIII, 6. — (2) Eccli. XLV, 14. — (3) Apoc. III, 21.
(4) Belar. l. 1 de æterna felic. c. 4 in fin.

los ojos del alma honras tan sublimes! Por cierto que con mucha razon se ha alzado con el nombre de gloria la bienaventuranza, por ser tan excesiva la honra que tienen allí los Santos.

¿Qué honra será esta de la otra vida, cuando se vea dar en premio de su santidad á los justos no menor prenda que el mismo Dios? La naturaleza de la honra es ser premio de la virtud, y cuanto un poderoso rey diere mas á un grande capitan por galardon de sus servicios, tanto mas honra le hace. Pues ¿qué honra será que no solo dé Dios, á los que le sirvieron, que pisen las estrellas, que habiten los palacios del cielo, que sean señores del mundo, sino que trascendiendo todo lo criado, no hallando entre todas sus riquezas bastante premio para honrarles sino su misma esencia infinita que se les dé para poseer y gozar, no por un dia, sino por toda una eternidad? La mayor honra que hacian los romanos á sus grandes capitanes era darles un dia de triunfo, y en él una corona de yerbas ú hojas de árboles que al otro dia se secaban. ¡Oh honradísima virtud de los cristianos, cuyo triunfo dura eternamente en el cielo, donde recibirá por corona inmarcesible al mismo Dios! ¡Oh dichosísima diadema de los justos! ¡oh preciosísima guirnalda de los Santos, pues no es de menor precio que lo que vale, y es Dios! Sapor, rey de los persas, fue deseosísimo de honra; por lo cual se llamaba hermano del sol y de la luna, amigo de los planetas, é hizo en un lugar muy alto una gran máquina de vidrio, redonda como una bola, y puesta con cierto artificio, de manera que en medio de ella estaba representándose el sol, la luna y las estrellas, y parecia que salian debajo de sus piés. El estar coronado sobre este retrato de los cielos de los planetas tenia aquel Rey por suma honra. ¿Cuál será la honra de los justos que real y verdaderamente estarán sobre el mismo sol, luna y firmamento, coronados de la mano de Dios? Y si es honra el aplauso de los hombres y buen concepto que tienen de alguno, ¿qué honra será el aplauso que tendrá un justo en el cielo, y buen concepto no solo de los Ángeles y bienaventurados, pero del mismo Señor de todos, cuyo juicio vale mas que el de todas las criaturas, y así honra mas? Pues ¿qué gloria puede ser mayor que Dios juzgue á un justo por digno de no menos premio que de sí mismo? Para David fue de suma honra que juzgase el rey Saul que no merecian menos sus hazañas que recibir en premio á su hija. Dios pasa de aquí, y honra tanto los servicios de un predestinado, que juzga que sus merecimientos no merecen cosa menor que á sí mismo. ¡Oh dichoso trabajo de la virtud que alcanza tal galardon! ¡oh dichosa lucha y batalla de los justos contra los vicios, pues merece tal corona en el triunfo de su victoria!

§ II.

Fuera de esto, mientras es uno conocido de mas hombres y alabado por bueno de mayor multitud, se tiene por mas glorioso; pero soledad

es todo este mundo respecto de los ciudadanos del cielo, donde son sin número los Ángeles que aprueban y alaban las virtudes de los Santos; y todas las criaturas son como nada, y todos los hombres y Ángeles como un yermo solitario respecto del Criador. ¿Qué tiene que ver la fama que pueden dar los hombres de un reino ni de toda Europa respecto de la gloria que causará al justo la aprobacion de todos los bienaventurados, Ángeles y hombres, y aun de todos los condenados en el dia del juicio? Mas no tiene que ver la aprobacion de todo entendimiento criado respecto de sola la aprobacion del divino, que solo puede honrar mas que todas las criaturas. ¿Qué hombre ha habido tan glorioso en la tierra que haya sido conocido su valor de todos los hombres? Porque los que nacieron antes de su tiempo no lo conocieron, y muchos de los que nacieren no lo conocerán; pero no hay ningun predestinado en el cielo que no sea conocido de todos los hombres del mundo nacidos y por nacer, y fuera de esto de los Ángeles y del Rey de hombres y Ángeles. La fama humana se funda en el aplauso de hombres mortales, los cuales, fuera de ser menos que los Ángeles, se pueden engañar y pueden mentir, y los mas son pecadores y malos. Pues ¿cuánto excederá la honra que se hace en el cielo á un justo por los Ángeles santos y por aquellas almas de los bienaventurados, purísimas y santísimas, que no pueden engañar ni engañarse? Si uno estima ser honrado de los reyes de la tierra, de los grandes de sus reinos y de los doctores sumos de las universidades mas que de los rústicos de una pequeña aldea, ignorantes y bárbaros, ¿cuán sin comparacion debe estimar la honra que le harán en el cielo todos aquellos bienaventurados, que son reyes y grandes de la corte de Dios, y llenos de suma sabiduría? Bien puede uno sufrir ser despreciado de los hombres por venir á ser honrado de los Ángeles: bien nos podemos reir de los dichos y juicios engañados de los mundanos, si son contrarios á los juicios de los celestiales espíritus. Toda honra de hombre es ridícula, y su apetito no es mas prudente que si un gusano, como dice san Anselmo (1), deseara ser alabado de otros gusanos, y ser antepuesto á ellos. Aldea es la tierra, ó, por mejor decir, una estrecha choza respecto del cielo: no cuidemos de ganar nombre en ella, sino que se escriba el nuestro en el cielo, en cuya comparacion mucho es decir que no es la tierra mas que un punto, como dice Séneca; porque Boecio prueba que es menos, el cual dice (2): *A esta tan pequeñita partícula de tierra, si la quitares cuanto ocupan los mares, las lagunas, los lugares inhabitados y llenos de fieras, apenas se dejará á los hombres una muy angosta era de habitacion; pues encerrados en este pequeñísimo punto, ¿cómo pensais de extender vuestra fama y publicar vuestro nombre?* Coteje uno lo que es la tierra y lo que es el cielo, y echará de ver la ventaja que hay de la honra que pueden dar en la tierra á la que se da en el cielo, porque no va me-

---

(1) Ansel. lib. de Simil. c. 96. — (2) Boet. lib. 2 de Consolation. pros. 7.

nor diferencia de una á otra honra que la distancia del cielo á la tierra.

Los que tuvieren la dicha de salvarse serán honrados por toda la corte celestial. ¿Qué honra se puede esperar mayor? ¿Qué comparacion pueden tener todas las reverencias y adoraciones de todos los hombres de este mundo con sola una inclinacion y reverencia de un Santo del cielo? Pues la de todos juntos ¿cuál será? Dice la Iglesia de san Martin (1) que fue honrado cuando entró en el cielo con himnos celestiales; esto es, con cantares que cantaron los bienaventurados en alabanza, como que le cantaban la gala y victoria. Si á Saul le pareció demasiada honra de David que le celebrasen las doncellas con cantares de su alabanza, ¿qué honra será celebrar á uno todos los Ángeles y Santos con motetes celestiales? Al cardenal Belarmino le parece (2) que cuando un siervo de Dios entra en el cielo es recibido con música, cantándole muchas veces los bienaventurados aquellas palabras: *Alégrate, siervo bueno y fiel, que porque fuiste fiel en pocas cosas serás levantado sobre muchas; entra en el gozo de tu señor:* las cuales palabras repetirán á coros. Esto será cantar la victoria, esto será honra sobre todas las honras del mundo; porque será honra verdadera, y dada por tan grandes sábios, santas y verídicas personas. Por lo cual dijo san Agustin (3): *Allí estará la verdadera gloria, donde ninguno será alabado por error ó adulacion del que alaba; y verdadera honra, que ni se negará al digno, ni se concederá al indigno.*

§ III.

Aunque este aplauso y honra que se hace á un justo en el cielo por los ciudadanos de aquella ciudad santa es incomparable, sobre todo es el agasajo y honra con que le tratará el mismo Dios, la cual para explicarla Cristo nuestro Redentor no lo hizo con menor semejanza que con la honra que hace un siervo á su señor á quien sirve; y asi dijo que el mismo Dios en el cielo se habrá con los bienaventurados como quien les sirve á la mesa. Acá entre los hombres es suma honra si un rey hace que se siente uno á su mesa; pero que sirva el rey como esclavo á un vasallo suyo, ¿cuándo se ha visto, ó cuándo se ha imaginado? Por cierto que con razon dijo David á Dios que eran demasiadamente honrados sus amigos: y el mismo David hizo por grande honra que Mifiboset se sentara á su mesa, con ser Mifiboset nieto de rey é hijo de un príncipe el mejor de Israel, y á quien David debia la vida; pero no llegó á hacer mas honra ni cortesía que esta. Aman, que fue de los mas ambiciosos (4) y soberbios hombres del mundo, juzgó que la mas excesiva honra que le pudiera hacer el rey Asuero fuera que le mandara ir en su caballo llevándole del freno el principal grande del reino; pero no le cayó en la ima-

---

(1) In Offic. — (2) Belar. de æter. felic. lib. 4, cap. 2. — (3) Lib. 2 de Civ. cap. 30. — (4) Esther, VI.

ginacion que el mismo rey Asuero le llevase del freno y le sirviese. Excede á todo pensamiento humano la honra que hace Dios á los justos, el cual no se harta de honrarlos; porque fuera de coronar á todos los bienaventurados con su misma divinidad, dándoseles á gozar y poseer á sí mismo, les honra con nuevas coronas los hechos y victorias que tuvieron. De Alejandro, hermano de santa Matilde é hijo del rey de Escocia, escribe Tomás de Cantimprato (1) que se apareció á un monje con dos coronas, y preguntado por qué traia las coronas duplicadas, respondió: La que traigo en la cabeza es la que es comun á todos los bienaventurados; más esta otra que traigo en las manos es porque renuncié por Cristo mi reino. Sobre todos campearán los Mártires, las Vírgenes y los Doctores, á los cuales honrará Dios muy particularmente, dándoles diversas lauréolas con que resplandecerán en el cielo y serán señalados entre los demás bienaventurados; porque juntamente con el particular gozo que se les comunica en el alma, se les imprime una señal hermosísima con que sean señalados y conocidos entre las demás almas santas: al modo que con los sacramentos del Bautismo, Confirmacion y Sacerdocio se imprime un carácter que ha de durar eternamente. Fuera de esto, cuando resuciten han de tener particular divisa con que sean conocidos y honrados. De los Doctores dijo el profeta Daniel que lucian como estrellas en el firmamento; dando á entender que, así como las estrellas sobresalen en el cielo por la ventaja de luz, asi los Doctores serán conocidos en la corte de Dios por la claridad que echarán de sí. Y si el menor justo resplandecerá siete veces mas que el sol, ¿qué resplandor será el que sobresalga sobre soles tan resplandecientes? De los Mártires dice san Juan (2) que iban vestidos de blanco, y con las palmas en las manos, como en señal de su victoria; porque así como un rey es honrado con que él solo vista púrpura real y tenga el cetro en las manos, así tambien son honrados los Mártires con aquella rica vestidura y con el ramo de palma. Tambien dice de las Vírgenes el mismo san Juan (3) que tienen el nombre de Cristo y de su Padre impreso en la frente; esto es, una particular insignia que las diferencia de los demás; que es conforme á la profecía de Isaías, que dijo (4) se habia de dar á las Vírgenes un nombre superior y mas noble que el comun de los hijos de Dios; y como dice san Agustin, por eso por ventura se les da nombre, esto es, divisa especial; porque por ella se diferenciarán de los demás, como se diferencian por el nombre unos de otros.

Además de esto, tendrán particular señal ó resplandor los miembros de los bienaventurados con que se hubiere servido mas á Dios, y se hubiere padecido mas por su amor, como nota san Agustin (5). Pues ¿qué honra será la de san Estéban con tantas honras como pedradas recibió, echando

(1) Lib. 10 Apum. — (2) Apoc. XXI. — (3) Ibid. XXII. — (4) Isai. LVI.
(5) Aug. l. 22 de Civit.

de aquellas partes donde recibió los golpes particulares rayos de luz? ¿Y con qué ropa tan rozagante de luz estará san Bartolomé, pues fue despojado de su misma piel? Y Santiago el Interciso, ¿qué esmaltes tan vistosos tendrá en cada dedo y miembro, pues uno á uno se los cortaron por Cristo? Hasta los Confesores en aquellos sentidos en que ejercitaron particular mortificacion tendrán particular esmalte de luz. A santa Matilde le fue mostrado san Juan Evangelista con particular resplandor y gracia en los ojos por no haberse atrevido á alzarlos á mirar á la Virgen, cuando vivia con ella, del sumo respeto y reverencia que la tenia. No ha de haber modo de honrar que no se haga á los actos heróicos de virtud que se hicieron en esta vida, los cuales se leerán en cada predestinado sin tener necesidad de historias, ni anales, ni estatuas, para que se sepan y eternicen, como tiene necesidad la honra mundana; porque como es menguada y caduca ha menester estas cosas para conservarse por algun tiempo, porque mucho no suele durar. Por eso levantaban estatuas los romanos á los que querian honrar, para que ya que ellos eran mortales, quedase despues de sus dias aquella imágen y memoria suya por donde se conociesen, y juntamente el bien que habian hecho á la república. Mas en el cielo no es menester este artificio, pues los que allí se honran han de ser inmortales, y ellos en sí mismos con particular divisa mostrarán claro testimonio de sus hazañas y victorias. No está pendiente el honor de los justos de accidentes, no está expuesto á peligros, ni depende solo de dichos; en sí tienen su gloria y dignidad bien diferentes que las glorias humanas. Las dignidades del imperio romano (1), como se colige del derecho civil, eran cuatro: las cuales eran los títulos de perfectísimo, clarísimo, espectable é ilustre. Estas honras solo eran en el nombre ó reputacion, no en la sustancia y verdad; porque se llamaba perfectísimo quien era imprudente, necio, apasionado, vicioso, y en todo imperfecto y menguado; llamábase clarísimo quien no tenia claridad ni resplandor alguno, sino la oscuridad de muchos vicios; llamábanse espectables y especiosos aquellos que por no mirarlos se pudiera huir muchas leguas; tambien se decian ilustres los que andaban envueltos en tinieblas de ignorancias y vicios, sin tener virtud que en ellos reluciese. Pero porque se vea cuánta distancia habrá de las honras del cielo á las de la tierra, cuanto va del ser á decirse solo, esto es, de la verdad á la mentira, en el cielo no solo se dirán los bienaventurados, sino que serán todos perfectísimos, así en el cuerpo como en el alma, sin ninguna imperfeccion ni mengua, antes serán en todo consumados y perfectos: no solo se dirán clarísimos, sino que lo serán, porque tendrán el don de claridad, echando todos mas claros rayos de sí que el mismo sol; y si el sol es la cosa mas clara de la naturaleza, los que han de sobrepujar siete veces la claridad del

(1) Franc. Othomam. Goth. ad lib. 200 de verbor. s. g. et ad nov. 20. Cantic. ad tit. de dignit.

sol, clarísimos sin duda serán: no solo se dirán espectables ó especiosos, y dignos de ser vistos, pero lo serán; porque su hermosura y decencia será sumamente espectable, digna no solo de mirarse, pero de admirarse; ni solo se dirán, pero serán muy ilustres, porque bastará cada uno con su luz á ilustrar muchos mundos: tanta será la luz que echarán de sí. Si un solo título falso de lo que con verdad poseen y son los bienaventurados era lo que honraba y respetaba el imperio romano, tener la verdad y la sustancia de ello en el cielo ¿cuán grande honra será? Con razon llamó Matatías (1) á la gloria del mundo estiércol y gusanos, porque toda honra y gloria mundana es vileza y asco, ignominia é infamia respecto de la que se hace en el cielo á los justos, y toda dignidad y grandeza de la tierra es deslucimiento y pequeñez respecto de las dignidades de los Santos en el cielo. ¿Qué mayor honra que ser amigos de Dios, é hijos y herederos suyos, y reyes en el reino de los cielos? Pintónos san Juan en el Apocalipsis (2) esta honra y dignidad de los bienaventurados en aquellos veinte y cuatro seniores que estaban al rededor del trono divino, los cuales estaban con tanta autoridad y en tanta dignidad, que estaba cada uno sentado delante del Señor, y no como quiera sentado, sino en un trono magnífico. Además de esto estaban vestidos de unas togas y vestiduras rozagantes, blanquísimas sobremanera, en señal de su gozo eterno, para demostracion de la misma dignidad que tenian. Además de esto estaban coronados todos con coronas de oro. El cubrirse delante de la persona real es la mayor honra que hacen á sus grandes príncipes los reyes de la tierra; pero Dios no solo hace á sus siervos esta honra, sino que estén delante de él cubiertos con coronas de oro, y sentados no como quiera, sino en trono; y esta misma honra hará á sus discípulos el dia del juicio, donde estarán sentados con Cristo, y siendo jueces juntamente con él.

§ IV.

Por cierto no es imaginable honra mayor que la que alcanza un predestinado: porque si miramos el que honra, es Dios; si miramos con qué honra, es no con menor joya que la misma divinidad, y con otros soberanos dones; si miramos la publicidad de la honra, es delante de todo el teatro del cielo, y el dia del juicio delante de cielo y tierra, Ángeles, hombres y demonios; si miramos el tiempo, es por la eternidad; si miramos el título, es la misma verdad y sustancia, no el vocablo vacío y nombre vano. Por todo esto se echa bien de ver la causa por que siendo la bienaventuranza una junta de todos los bienes, se ha alzado con este nombre de gloria, llamándose la gloria por antonomasia; y es, porque aunque haya en ella contentos, gustos, sumas riquezas, y todos

(1) II Mach. II. — (2) Apoc. IV.

cuantos bienes se pueden desear, parece que sobresale entre todos el de la gloria y honra que se hace á los Santos.

Puédese tambien echar de ver lo que Dios honrará en el cielo á las almas gloriosas por lo que honra aun en la tierra á sus huesos carcomidos; de lo cual dice san Crisóstomo estas palabras (1): *¿En dónde está ahora el sepulcro de Alejandro Magno? Ruégote que me lo muestres, y digas el dia en que murió. Pero los sepulcros de los siervos de Cristo son tan espléndidos, que han ocupado á la ciudad mas principal y mas imperial de todas, y los dias en que murieron son bien conocidos, y son de fiesta por todo el orbe. El sepulcro de aquel sus mas allegados le ignoran; el de estos los mismos bárbaros saben dónde está. Además de esto, los sepulcros de aquellos que sirvieron á Cristo exceden en resplandor á los palacios reales, no solo por razon de las magnificencias y hermosura de los edificios, porque por esta parte tambien se les aventajan; sino, lo que es mucho mas, por la reverencia y gusto de los que acuden á ellos, porque hasta el que viste púrpura frecuenta sus sepulcros para reverenciarlos; y deponiendo su majestad y fausto, está humilde, suplicándoles que le ayuden con Dios, teniendo por patronos y amparo á un pescador y un oficial de tabernáculos, que están ya muertos, y está instándoles con ruegos el que está coronado con diadema.* ¿Qué milagros no ha hecho Dios por las reliquias de sus siervos? ¿Qué prodigios no ha causado en sus cuerpos? San Crisóstomo escribe de san Juvencio y san Máximo (2) que sus cadáveres despues de muertos echaban tales rayos y resplandores, que no los podia sufrir la vista de quien los miraba. Sulpicio Severo escribe de san Martin (3) que quedó su cuerpo muerto como glorificado, porque estaba su carne mas pura que el cristal y mas blanca que la leche. Con el cuerpo de san Eduardo rey y de san Francisco Javier ¿qué maravillas no hizo Dios, guardándolos tantos años incorruptos? Y si esto hace con los cuerpos de sus siervos que están debajo de tierra, ¿qué hará con sus almas que están sobre los cielos, y qué hará con cuerpo y alma cuando resuciten los cuerpos gloriosos, y entren despues del dia del juicio triunfando en la ciudad santa de Dios y verdaderamente eterna?

CAPÍTULO III.

De las riquezas y reino eterno del cielo.

No son menores las riquezas eternas que las honras, aunque son tan inestimables, como hemos dicho; porque no hay mayores riquezas que no carecer de bien alguno, ni tener falta de cosa que se desee; y en aquella vida bienaventurada no ha de faltar bien, y todo deseo ha de estar

(1) In II Cor. hom. 26. — (2) Chrysost. in serm. de S. Juven. et Max.
(3) Sever. in epist. ad Socrum.

satisfecho. Y si, como dijeron los filósofos, no es rico el que tiene, sino el que no desea, no habiendo allí deseo por cumplir, hay suma riqueza. Tambien decian los estóicos que el pobre no era el que carecia de alguna cosa, sino el que necesitaba; y como en aquel reino celestial no ha de haber necesidad alguna, riquísimo es el que entra en él. Por estas divinas riquezas, cuando en varias parábolas trata Cristo del reino de los cielos, lo mas ordinario es hablar de él con nombres y enigmas de cosas ricas. Una vez llamándole tesoro escondido, otra margarita preciosa, otra dinero; porque si la bienaventuranza es poseer á Dios enteramente, ¿qué riquezas se pueden comparar con ella? ¿Qué posesiones puede haber mayores que la posesion de Dios? ¿Qué heredades mas ricas que la herencia del reino de los cielos? ¿Qué joya mas preciosa que la divinidad? ¿Qué oro mas subido que el Criador del oro y de todas las cosas preciosas, el cual se da á los Santos por posesion y riquezas, para que abominemos todas las riquezas temporales, si por ellas se han de perder las eternas, pues son tales? Y no se aflijan los que han de morir mañana por los bienes que pueden perecer primero que ellos, ni se afanen por poseer lo que han de dejar de gozar, ni pidan con mas instancia lo caduco; que rueguen por su salvacion eterna, prefiriendo las riquezas perecederas á las que han de durar para siempre, y lo criado al Criador, no buscando á Dios por lo que es, sino por lo que da, y por aquello en que da menos, que es lo temporal, de lo cual lastimado san Agustin dice (1): *Dios quiere ser servido graciosamente, quiere ser amado sin interés; esto es, puramente: y no por eso ser amado, porque da algo fuera de sí, sino porque se da á sí mismo; y así el que invoca á Dios para que le haga rico, no invoca á Dios, sino aquello que quiere que le venga; porque ¿qué es invocar ó llamar sino clamar á sí? Porque cuando se dice: Dios mio, dame riquezas, no quieres que Dios venga á tí, sino que te vengan las riquezas; pero si invocaras á Dios, él viniera á tí, él fuera tus riquezas; pero tú quieres tener el arca llena y vacío el corazon: mas Dios no hinche el arca, sino el pecho.*

§ II.

Fuera de la posesion de Dios, importa mucho hacer concepto del reino de los cielos, que es de los justos, donde reinarán con Cristo eternamente; y así son inmensas sus riquezas, pues son reyes de un reino tan grande. Llámase el lugar donde han de habitar los Santos en la bienaventuranza reino de los cielos; porque es una region extendidísima, mucho mas grande que por ventura hará concepto de ella nuestro entendimiento: y si la tierra, con ser un punto respecto de los cielos, contiene en sí tantos y tan grandes reinos, ¿cuál será aquel reino que es

(1) S. Aug. in Psalm. LII.

uno solo, y se extiende por todo el inmenso espacio de los cielos? Mire el cristiano cuán apocado corazon tendrá si le estrecha al amor de las cosas presentes, sudando y afanándose por alcanzar una partecita de los bienes de este mundo, que todo él es una migaja, ó, por mejor decir, un puntico; porque si puede poseer todo y ser señor de los cielos, ¿por qué se contenta con migajas? Aunque este reino de Dios es tan grande é inmenso, no está despoblado; porque está lleno de moradores de diversas suertes y naciones: está todo él tan habitado, cuanto lo pudiera estar una ciudad y una casa sola. Allí hay, como habla el Apóstol, frecuencia de muchos millares de Ángeles; allí está infinito número de justos, cuantos murieron desde Abel hasta ahora que estén purificados, y estarán cuantos murieren hasta el dia del juicio, y desde entonces estarán con sus cuerpos gloriosísimos y resplandecientes mas que el sol. Allí residirán los espíritus angélicos con gran órden y decencia, y distribuidos en sus nueve coros, causando admiracion con su hermosura, á los cuales corresponderán con igual decencia otros nueve órdenes de los justos: los patriarcas, los profetas, los apóstoles, los mártires, los confesores, los pastores y doctores, los sacerdotes y levitas, los monjes y ermitaños, las vírgenes y otras santas mujeres. Toda esta populosísima ciudad estará habitada, no de pueblo, sino de ciudadanos tan nobles, ricos, justos y sábios, que todos serán reyes sapientísimos y santísimos. ¡Cuánta dicha será vivir con tales personas! Para ver solo á Salomon vino la reina Sabá de los fines de la tierra: á ver á Tito Livio en Roma venian gentes de provincias muy apartadas: por ver á un rey que sale de su palacio concurre todo el pueblo: ¿qué será no solo vivir, sino reinar con tantos Ángeles, y tratar con hombres tan eminentes y santos? Porque si solo para ver á san Antonio en el desierto dejaban los hombres sus casas y patrias, ver tantos Santos en el cielo, conversar y tratar con ellos, ¿qué gozo será? Bien se pueden dejar los bienes de la tierra por asegurar el tenerlos tanto mayores en el reino de Dios. Si bajara ahora del cielo uno de los Profetas ó de los Apóstoles, ¿con cuánta admiracion y gusto le fueran todos á ver y oir? Pues en la otra vida, no solo un profeta ó un apóstol hemos de ver y tratar, sino á todos juntos. Á un Ángel solo que vió san Roman cuando era gentil le admiró tanto, que dejó todas las cosas de la tierra y la misma vida por hacerse cristiano; ¿qué admiracion será ver en toda su hermosura y grandeza millares de millares de Ángeles, y juntamente tantos cuerpos gloriosos con una inmensa claridad? Porque si solo un sol basta en este mundo para alegrarle, ¿qué harán tantos soles vivos que serán innumerables en aquella region de luz?

Por esta gran frecuencia de habitadores no solo se dice el lugar de la gloria reino de los cielos, sino tambien ciudad de Dios. Dícese reino por su inmensa grandeza, y dícese ciudad por su gran hermosura y mucha habitacion; porque no es como los otros reinos y provincias, que no

están todos habitados, y tienen grandes desiertos, montes inaccesibles y bosques espesos, estando divididos en muchas ciudades y poblaciones distantes unas de otras; pero el reino de Dios, aunque es extendidísimo, todo es una ciudad hermosísima. ¿Quién no se maravillara si viera que toda España ó Italia era sola una ciudad que cogiese tantas leguas como contienen estas provincias, y que toda esa ciudad fuese tan hermosa como lo fue Roma en tiempo de Augusto César, el cual la hizo de mármoles siendo antes de ladrillos? ¿Qué vista fuera la de la Caldea, si toda fuera como Babilonia; y la de Siria, si toda fuera como Jerusalen cuando estaba en su mayor hermosura? ¿Cuál será la ciudad celestial de los Santos, que ocupa con su grandeza todo el reino de los cielos, y mas siendo toda, como la pinta la sagrada Escritura, de oro y piedras preciosísimas, para significar las riquezas que poseerán los siervos de Cristo? Las puertas de la ciudad dice san Juan que eran de unas riquísimas margaritas: los cimientos de los muros eran todos de piedras preciosas, de jaspe, zafiro, calcedonio, esmeralda, topacio, jacinto, ametisto, y otras piedras muy preciosas: las calles y las plazas de oro finísimo, y toda la ciudad, y las habitaciones y palacios de los Santos eran de la misma manera de oro tan puro, que parecia vidrio cristalino, juntando en una misma materia la firmeza del oro con la trasparencia del cristal y la hermosura de uno y otro.

Si toda Roma fuera de zafiros, admiraria al mundo: ¿qué maravilla será aquella ciudad santa que, extendiéndose por millones de leguas, es toda de oro, margaritas y piedras preciosísimas, ó, por mejor decir, de mas que oro y perlas, y habitada de tanta multitud de hermosísimos ciudadanos? Y así como sus habitadores son sin número, así su capacidad es sin medida. Diógenes dijo que el cielo era un techo inmenso, lo cual se podia decir con mas razon del cielo empíreo, donde está la corte de Dios, y su ciudad y su reino. De él dicen insignes matemáticos que es tan grande, que aunque diese Dios á cada uno de los bienaventurados tantos cuantos son mayor espacio que toda la redondez de la tierra; con todo eso sobrara espacio para dar á otros muchos otro tanto. Llegan tambien á tantear la grandeza de este cielo tan capaz, diciendo que tendrá de longitud mas de diez mil y catorce millones de millas, y de latitud tres mil y seiscientos millones; ¡qué pasmo será ver una ciudad de tantos mil millones de millas, toda de oro lucidísimo y trasparente como el cristal! Los teólogos confiesan que esta capacidad del cielo empíreo es cási inmensa; pero mas se huelgan de admirarla que atreverse á medirla: si bien no falta teólogo que diga (1) que si Dios hiciese de cada granito de arena que hay en la orilla del mar que fuese tan grande como este mundo terreno, que parece serian infinitos; con todo eso no llenaran la capacidad del cielo, el cual ocupa aquella ciu-

(1) Joan. Gaile in suo Peregrino.

dad santa toda labrada de materia mas vistosa y preciosa que oro, perlas y diamantes. Por cierto que apenas puede el pensamiento concebir tan prodigiosas riquezas y maravillas, por las cuales debíamos padecer todas las necesidades y penas de este mundo.

Estando san Francisco de Asis muy afligido de un dolor de ojos (1), que no le dejaba tomar algun descanso del sueño, molestándole juntamente el demonio con llenarle el aposento de ratones, que con muchas carreras y ruido aumentaban su pena; daba con gran paciencia gracias al Señor porque le castigaba tan blandamente, diciendo: Señor mio Jesucristo, mayores castigos merezco; pero Vos, como buen pastor, concededme que por ninguna tribulacion me aparte de Vos. Estando en esto oyó una voz que le dijo: Francisco, si toda la tierra fuera de oro puro y los rios fueran de bálsamos, y los montes y peñas fueran piedras preciosas y diamantes, ¿no dijeras que este era un grande tesoro? Pues sábete que hay otro mayor tesoro, cuanto es mas el oro que el cieno, el bálsamo que el agua, y una piedra preciosa que un guijarro; y este rico tesoro se te debe por premio de tu enfermedad, si estás contento con ella. Gózate, Francisco, que este tesoro es de la gloria, á la cual se va por tribulaciones. Con razon por cierto se puede padecer aquí alguna pena y pobreza: pues se han de alcanzar en la gloria tanto mayores riquezas, donde aquella ciudad santa es un inmenso tesoro, á la cual debemos muchas veces levantar el alma, y apartando el corazon de toda felicidad caduca y bienes de la tierra, decir con David: *Gloriosas cosas se dicen de tí, ciudad de Dios.* Así lo hacia san Fulgencio, el cual entrando una vez en Roma en tiempo en que estaba muy lucida, y viendo su grandeza, hermosura y maravillosa arquitectura, dijo con admiracion: ¿Cuán hermosa será la celestial Jerusalen, si así es la Roma terrestre? Una sombra de esto fue mostrada al rey Josafat, cuya historia escribe san Juan Damasceno (2), el cual estando en profunda oracion postrado en tierra le cogió un dulce sueño, y vió á dos varones de grave semblante que le llevaron por regiones no conocidas á un campo lleno de flores y plantas de rara hermosura, cargadas de frutas no vistas. Las hojas de los árboles, movidas blandamente de una marea delicada, hacian dulce son y respiraban suavísimo olor. Allí vió muchedumbre de asientos fabricados de oro y piedras muy preciosas de nuevo resplandor. Corrian arroyos de agua cristalina que daban extraordinario agrado á la vista. De aquí entró en una ciudad hermosísima; sus muros de oro trasparente, sus torres y almenas de piedras nunca vistas en valor y lustre, sus calles y plazas llenas de celestiales arroyos de luz: andaban por ellas lucidos ejércitos de Ángeles y Serafines entonando canciones, cuales nunca oyeron orejas mortales. Entre ellas oyó una voz que decia:

(1) Chron. Fratr. Minor. part. 2, c. 6. — (2) Damas. in vita Barl. et Josaph. cap. 30.

Este es el reposo de los justos; este es el gozo de los que dieron buena cuenta á Dios de su vida. Mas todo esto no es sino sueño y sombra en comparacion de la verdad, y de la grandeza y riquezas de aquella corte celestial. Y, pues en esta riquísima ciudad y reino han de reinar los bienaventurados juntamente con Cristo, ¿cuán grandes serán sus riquezas? ¿Quién fue tan rico que tuviese á la entrada de su casa una losa toda de oro de dos varas de largo? ¿Qué riquezas serán las del cielo, pues todo el reino celestial ha de ser de oro, y todas las calles y casas de aquella ciudad santa; y no solo de oro, sino mas que de oro? Porque para dar á entender la sagrada Escritura por una parte las riquezas del reino de Dios, y por otra que eran de mas superior género que las de la tierra, nos las dibujó con la semejanza de las riquezas de este mundo, como son oro, margaritas y piedras preciosas; porque entendemos nosotros por estos nombres grandes riquezas: y por otra parte nos pintó estas cosas tales, que no se hallan así en la tierra; porque si bien dijo margaritas, significó que eran tan grandes que servian de puertas á la ciudad, no siendo las mayores margaritas de la tierra del tamaño de una avellana; si dijo esmeralda y topacio, los pintó tan grandes que bastaban para ser cimientos de unos muy grandes y altos muros; si dijo oro, fue añadiendo que era como vidrio, no siendo nuestro oro trasparente, sino oscuro y opaco. Todo esto fue para significar que en el cielo hay grandes riquezas; pero de diverso y mas superior género, y mas subidos quilates que las de la tierra: y no sin razon se llama aquella ciudad santa reino de los cielos, para significar que la ventaja que hace el cielo á la tierra se hacen las cosas de allá á las de acá, las honras eternas á las temporales, las riquezas celestiales á las terrestres; porque si toda la tierra no es mas que un punto respecto de los cielos, ¿qué pueden ser sus riquezas perecederas respecto de las eternas?

§ III.

De estas incomparables riquezas, no solo señores, sino reyes serán los bienaventurados, como se da á entender tantas veces en la sagrada Escritura, y no se disminuyen ni las riquezas celestiales, ni el reino de los cielos, porque tengan muchos señores y reyes; porque tiene esto mas este reino amplísimo, que no es como los reinos de este mundo, que son en sí muy estrechos, y no consienten ser de muchos reyes juntos, y si se dividen en partes, se vienen á disminuir; pero el reino de los cielos es de tal condicion, que todo es poseido de todos, y todo de cada uno, á la manera que el sol es comun á todos y á cada uno, y no calienta menos á cada uno porque caliente á otros muchos.

El efecto de las riquezas es mucho mayor y mas noble en el cielo que lo puede ser en la tierra, pues de lo que suele servir la hacienda es para tener uno poder, honras y deleites; y á todas estas cosas no puede hacer

todo el oro de este mundo que dejen de tener mucho de flaqueza, ignominia y pena. El poder de un rey muy rico solo llega á que pueda mandar á sus vasallos, y á los que no le obedecieren puede echar en la cárcel, y castigar hasta quitarles la vida: por esto es temido y respetado; pero toda esta potencia de los reyes no es sin ayuda de sus reinos; porque ¿qué le aprovechara al príncipe mandar defender una ciudad, si los soldados que estuviesen en ella no lo quisiesen hacer? Y así un juglar entretenido preguntó á Felipe II: Si todos dijésemos de no á lo que manda V. M., ¿que habia de hacer? dándole á entender como su poder dependia de otros. No solo depende el poder de un monarca de la voluntad de sus súbditos, sino de las murallas, de sus fortalezas, de las armas, instrumentos militares y otras muchas cosas; de suerte, que aunque el pueblo pende de un hombre solo, que es su príncipe, el príncipe depende de muchos hombres y de muchas cosas; y reyes muy ricos se han visto sin poder, como Creso y Andrónico: otros no se han podido defender, con todas sus riquezas, aun de sus mismos vasallos, como Domiciano, Cómmodo, Heliogábalo y Julio César; mas el poder del bienaventurado no depende de otro poder ni de otro hombre, el cual dice san Anselmo (1) que será tan grande que no habrá fuerza ni resistencia que le ceda; y si quisiere mover un monte y pasarlo de su asiento á otro, lo podrá hacer con la misma facilidad que movemos de una parte á otra los ojos: y no es esto maravilla, pues aun en esta vida lo prometió Cristo á los que en fe suya quisiesen hacerlo, como se escribe de san Gregorio, el obrador de milagros, y de algunos otros que lo hicieron; que si los Ángeles y aun los demonios tienen este poder, no serán los bienaventurados de menor fortaleza. Cuanto á la honra que quieren los principes mas ricos, solo pueden hacer que los adoren de rodillas, y que todos se les sujeten; pero no podrán vedar que les murmuren en ausencia, y que noten todas sus acciones, é interprete el pueblo como quiera. Tienen delante de sí muchos aduladores que con la lengua los alaban, pero con el corazon los desprecian; y por la mayor parte suelen ser menos los que los honran que los que les desdoran, pues son pocos aquellos que tratan con ellos y muchos los que tratan de ellos: y así son pocos los que los alaban en presencia, y muchos los que los censuran en ausencia. Con regalos y gustos ordinarios no se contentan los príncipes; por esto buscan espectáculos y recreaciones costosas, comedias exquisitas: tienen huertos amenísimos, bosques de mucha caza: comen regaladamente; pero nada de esto les basta para que una calentura no les aflija, ó el dolor de cabeza, estómago, gota y otros males no les molesten, ó los cuidados, temores y sobresaltos no les quiten el sueño.

No hay dinero ni oro en este mundo que pueda hacer sus bienes se-

(1) Anselm. de Simil. cap. 51.

guros y cabales, solo en el cielo se hallará este; y así es riquísimo aquel dichosísimo estado en que se halla mas que puedan dar todas las riquezas. Allí tienen un poder tan sin flaqueza (1), que un solo Ángel sin ejército, sin bombardas, sin espada ni lanza mató de una vez ciento y ochenta mil hombres. ¡Con cuánta facilidad libran los Santos de grandes peligros á los que los invocan, y sin impedirles la distancia del lugar ni estorbarlos la violencia de los tiranos, han ayudado en un momento á sus devotos! Pues la honra de los bienaventurados ¿cuán cumplida será, pues hasta los demonios les han de reverenciar; y aunque viviendo en la tierra muchos los menospreciaron, despues de muertos les reverencian esos mismos, viendo las muchas maravillas que por su intercesion obra Dios. Los gozos tambien son puros y verdaderos, sin mezcla de dolor y pena, y tan grandes como luego verémos. Tambien se debe considerar que esas sumas riquezas de los Santos no son como las de los reyes de la tierra, que se sacan de los tributos que les dan; porque aunque justos no dejan de tener esta mala condicion, que se han de defraudar los vasallos con lo que se ha de enriquecer su príncipe, quitándose de los pobres lo que se ha de dar á los reyes, los cuales han de repartir en sus soldados y ministros lo que recogieron de los labradores y plebeyos. No tienen ninguna tacha las riquezas del cielo, porque á ninguno son cargosas, ni se quita nada á nadie para dar todo á los siervos de Cristo que reinan en el cielo.

CAPÍTULO IV.

De la grandeza de los gustos eternos.

La honra, el provecho y el gusto son tan distintos bienes en la tierra, que pocas veces se hallan juntos; porque la honra no suele acompañarse con el provecho, ni el provecho con el gusto: así el enfermo, por serle provechosa la purga, la bebe, por amarga que sea. Fuera de esto los gustos del mundo son las mas veces vergonzosos y de grande afrenta, y no de menor coste y gasto: hase de disminuir de hacienda lo que se aumenta de entretenimiento y deleite; no es así en los bienes eternos, en los cuales es todo uno: lo que es honesto es tambien útil, y lo útil deleitable: á las honras eternas acompañan riquezas sin fin, y á honras y riquezas siguen gustos inmensos. Todo esto significó el Señor en las palabras con que introdujo al siervo fiel en la gloria, cuando le dijo: *Ea, bien está, siervo bueno y fiel; porque en lo poco fuiste fiel, te levantaré sobre muchas cosas: entra en el gozo de tu señor*. En estas palabras le honra mucho, alabándole de fiel y buen siervo, y juntamente le enriquece con entregarle muchas cosas, y le admite al gusto y gozo de su señor,

(1) IV Reg. xix.

significando en el mismo modo de decir la grandeza de este gozo: porque le dice que entre en el gozo, no que el gozo entrará en él; y ese gozo dice que no es otro que el mismo de su Señor, porque es tan grande el gozo de aquella celestial patria, que llena y comprende por todas partes al alma santa, la cual entra en el cielo como en un piélago inmenso de alegría y deleite. Los gozos de la tierra entran en los que los tienen, y no les pueden llenar; porque es mayor la capacidad del corazon humano que ellos son en sí, y por eso nunca le satisfacen; pero los gozos del cielo reciben al que los gusta, y llenan y redundan por todas partes. Es la gloria como un océano de gozo, en el cual entran los Santos como una esponja entraria en el mar, que empapándose segun su capacidad en agua, la sobran aguas y la rodean por todas partes; porque como dice san Anselmo (1): *El gozo estará dentro y fuera; gozo en lo alto y en lo bajo, gozo por todas partes, al rededor, y en todas partes gozo lleno.* Esta misma inmensidad de gozo significó el Señor, cuando dijo por Isaías (2): *Mirad que yo crio á Jerusalen regocijo y á su pueblo gozo.* La novedad de esta sentencia, como de cosa maravillosa, la advierte con aquella palabra *mirad*, captando atencion para entender y notar lo que dice; y es mucho para notar que no dijo: Crio regocijo para Jerusalen ni en Jerusalen; sino con particular misterio dice que cria á Jerusalen, que sea toda regocijo. No dice: Daré á su pueblo gozo, y haré que su pueblo esté gozoso; sino que su pueblo sea el mismo gozo. Habla de esta manera, para significar la grandeza del copiosísimo gozo de que ha de estar rodeada, como anegada aquella ciudad santa y todos sus habitadores: porque así como una lámina de hierro en medio de un grande horno encendido de tal manera se enciende y es penetrada de aquel fuego, que parece el mismo fuego, y tiene todo el ardor del horno; así tambien el alma bienaventurada toda está llena de aquel gozo eterno, de suerte que no solo se puede decir que está gozosa, sino que es el mismo gozo. Júntanse en el cielo la multitud de gozos con la grandeza de ellos: son tan grandes, que uno solo y el mas pequeño de todos bastaba para hacer olvidar todos los mayores contentos de la tierra; y son tantos, que aunque fueran mil veces mas cortos sobrepujaran á todos los gustos temporales, aunque fueran mil veces mayores de lo que son; pero juntándose la abundancia de los gozos eternos con su inexplicable grandeza, es inefable aquella bienaventuranza eterna: por esto dice san Bernardo (3): *El premio de los Santos es tan grande que no se puede medir, es tan multiplicado que no se puede contar, es tan copioso que no se puede acabar, es tan*

---

(1) Anselm. cap. 72 de Simil. Gaudium erit intus, et extra, gaudium sursum, atque deorsum, gaudium circumcirca, et ubique gaudium plenum.

(2) Isai. LXIV. Ecce creo Jerusalem exultationem, et populum ejus gaudium.

(3) Bernard. Merces Sanctorum tam magna est, quod non potest mensurari; tam multa, quod non potest numerari; tam copiosa est, quia non potest finiri: tam pretiosa quod non potest æstimari.

precioso que no se puede estimar. Alberto Magno dice (1): *Hay tantos y tan grandes gozos allí, que todos los aritméticos del mundo no los podrán contar, ni los geómetras medir, ni los gramáticos, dialécticos y retóricos ó teólogos explicar; porque ni los ojos vieron, ni el oido oyó, ni vino al pensamiento ó corazon del hombre lo que Dios tiene preparado para los que le aman, porque se gozarán los Santos de lo que está sobre sí, que es la vision de Dios, de lo que está debajo de sí, que es la hermosura del cielo y de las otras criaturas corporales, de lo que está dentro de sí, que es la glorificacion de su cuerpo, de lo que está fuera de sí, que es la compañía de los Ángeles y hombres. Dios apacentará á todos los sentidos espirituales con una delectacion inefable; porque él ha de ser el objeto de todos, porque será á la vista espejo, al oido citara, al gusto miel, bálsamo al olfato, flores al tacto. Allí estará la claridad de la luz del estío, la amenidad del verano, la abundancia del otoño, y el sosiego del invierno.*

§ II.

El principal gozo de los bienaventurados es de Dios, el cual está junto con la posesion del mismo Dios, que ven cómo es en sí claramente; porque así como dijimos que lo honroso, lo útil y deleitable no se apartan en el cielo, así tambien tiene el alma bienaventurada tres dotes inseparables y esenciales á aquel estado bienaventurado, y corresponden á estos tres géneros de bienes. Estos dotes llaman los teólogos vision, comprension y fruicion, los cuales declararémos ahora. El primero es la vista clara de Dios, que se la da al justo por premio de sus merecimientos, con lo cual recibe una honra incomparable, pues son remuneradas sus obras y virtudes delante de todos los Ángeles, no con menor corona y galardon que el mismo Dios; el segundo es la posesion que tiene el alma de Dios, como herencia y riquezas suyas; el tercero es el inefable gozo que acompaña á la vista y posesion de Dios. La grandeza de este gozo no hay lengua que la pueda declarar, ni creo que lo podrán hacer los mismos bienaventurados que lo experimentan, aunque hablasen con lengua de Ángeles; pero no es bien que dejemos de considerar y admirar lo que alcanza nuestra rudeza. Tiene dos cosas muy singulares este gozo, por las cuales se puede conocer su inmensidad: la primera, que es tan fuerte y poderoso que excluye todo mal, pena y dolor: esto solo es tan grande bien, que le tuvieron muchos filósofos por la bienaventuranza del hombre; y así escribe Ciceron (2) que Jerónimo Rodio, insigne filósofo y de gran escuela, á la cual se llegó Diodoro peripatético, hablando del fin último y sumo bien, enseñó que era carecer de dolor, juzgando estos filósofos que no tener mal alguno ó pena era el mayor

---

(1) Albert. Mag. Comp. Theol. l. 7, c. 31. I Cor. II; Isai. LXIV. — (2) De finibus, et 5 Tusc.

bien de todos: error fue pensar que este era el sumo bien; porque no es sino efecto suyo', por ser tan poderoso el amor y gozo que nace de la vista clara de Dios, que bastara para convertir al infierno en gloria: y si al mas atormentado que hay ahora en los infiernos se le añadieran á él solo todos los tormentos de los demás hombres y demonios, y se le diera luego Dios á conocer, bastaba solo su vista clara, aunque fuera en el grado mas pequeño, para quitarle todos los males de culpa y pena, de suerte que no sintiera pena ni dolor alguno, arrebatada su alma de aquella inefable hermosura que veia. ¡Oh cuán fuerte gozo es aquel que echado en tan gran abismo de tormentos los alivia todos! ¡Qué fuerza seria la de aquel fuego que con una chispa sola abrasase el mar Océano! No hay gozo en este mundo que pueda suspender el dolor de uno que le aserrasen un dedo; pero aquel gozo de Dios es tan inmenso, que quitará todos los tormentos y penas de la tierra y del infierno, con ser mas fuertes los dolores para quitar los gustos que los gustos son poderosos para suspender los tormentos: porque uno que está con un vehemente dolor no hay entretenimientos ni gustos que le consuelen; y á grandes gustos, y muchos, un dolor basta para ahogarlos. Con todo esto, es tal la grandeza de aquel gozo soberano, que él solo basta para anegar todos los dolores y tormentos, y no hay tormentos en el mundo que á él puedan disminuir.

La otra maravilla en que se descubre la grandeza de este gozo es la multitud de gozos que causa y nacen de él, como de fecundísima raíz. ¿Á quién no espanta que redunden tantos y tan maravillosos efectos en el cuerpo del bienaventurado, causados de la bienaventuranza del alma? porque es tan soberana aquella vision beatífica que con inefable gozo ocupa al espíritu, que hace que prorumpa el cuerpo en tan notable demostracion, como son llenarse de hermosura y claridad con los demás dones de gloria. Efecto tan prodigioso no puede ser sino porque es suma aquella bienaventuranza y gozo del alma, con la cual no solo el alma, sino el cuerpo, se llena de gozos. Acá vemos que un grande gozo no lo puede disimular el corazon, sino que redunda en el cuerpo con alguna señal; pero son tan pequeñas las de los gozos de la tierra, que no suelen hacer mas que serenar ó alegrar el rostro, sin añadirle otra hermosura; pero como la vista de Dios sea de tan inmenso gozo, muda totalmente al cuerpo, volviéndole hermoso como un Ángel, resplandeciente como el sol, inmortal como el espíritu, é impasible como Dios, obrándose grandes milagros y prodigios en la carne flacá por la sobra y redundancia de lo que el espíritu gusta, que no puede ser sino inefable gozo. ¡Oh quién pudiera poner delante de los ojos de todo el mundo un cuerpo de un bienaventurado con todos sus cuatro dotes de gloria, lleno de claridad, resplandores y hermosura, esparciendo de sí una suavidad mas regalada al sentido que el ámbar y algalia, y las cosas mas apreciables de la tierra, para que viesen los hombres por esta sombra

cuán inmensa será la luz y gozo de aquella alma que así hermoseó á la carne! ¿Cómo estará el espíritu bañado de gozo, pues así llenó al cuerpo de rayos de hermosura y luz? ¡Oh mortales! ¿por qué apeteceis otro gusto con daño de vuestro cuerpo y alma, y no codiciais este con provecho y gloria de entrambos? ¡Oh cuán diferentes son los gustos temporales de los eternos! Los gustos temporales, principalmente los ilícitos, son dañosos al alma, porque la afean y la matan, y perjudiciales al cuerpo, porque le enferman y corrompen; pero este gusto de Dios y gozo eterno al alma y cuerpo hermosea y esclarece, dando al alma hermosura, y al cuerpo inmortalidad y hermosura.

§ III.

Finalmente, cuantos gozos tienen los bienaventurados en el alma y cuerpo, que son innumerables, se originan de este inefable gozo de la vista clara de Dios nuestro Señor; y ¿cómo podia ser menos el gozo que causa el mismo Dios, dándose á gustar al hombre el que es la dulzura y hermosura del mundo, y mas siendo el mismo gozo de que se goza Dios, y basta para ser bienaventuranza suya? Porque no sin gran misterio en aquellas palabras con que admite el Señor en el cielo al que le fuere siervo fiel se dice: *Entra en el gozo de tu Señor*. No dice solamente: entra en el gozo; sino añade, para determinar su grandeza, diciendo que es el mismo gozo de Dios con que es bienaventurado, y verdaderamente no se podia declarar mejor la inmensidad de este gozo. Para lo cual se advierte que no hay cosa en este mundo que no tenga por fin alguna perfeccion, y que las que son capaces de sentido y conocimiento tienen particular gozo en su perfeccion; y así este gozo es mayor en ellas, al paso que es mayor su perfeccion, pues como la perfeccion divina es infinitamente mayor que la de todas las criaturas, el gozo de Dios, que es de sí mismo, porque no tiene otro fin ni perfeccion distinta, de sí es infinito, y mayor que el de las demás cosas. Pues la gran liberalidad de Dios y bondad infinita ha querido hacer participantes á las almas y Ángeles santos de esta su felicidad y bienaventuranza propia y especial de Dios, comunicándosela á los justos segun sus merecimientos, aunque á la naturaleza de ellos no le era debido; y así el gozo que tienen los Santos de gozar de la vista clara de Dios, en que consiste la bienaventuranza del mismo Dios, es inefable; y todo cuanto se dijere de este gozo es cortedad é ignorancia, y en su comparacion cualquier otro contento y dulzura se puede tener por ajenjos, hieles y acíbar amarguísimo, pues es particular de la bienaventuranza de Dios.

Fuera de esto, cuanto el objeto deleitable mas se une á su potencia, mas deleite y gozo causa en ella; y como con la vista clara de Dios en aquella bienaventuranza eterna se une Dios al alma con los lazos y abrazos mas íntimos que puede haber en pura criatura, y Dios sea el obje-

to mas deleitable que hay, viene á ser aquel gozo, que causa, inefable y mayor incomparablemente que todos los gozos posibles é imaginables que pueden causar las criaturas, no solo las que hay ahora, sino las que son posibles: porque así como la perfeccion divina encierra en sí todas las perfecciones de las cosas criadas posibles é imaginables, todas sus bondades, apacibilidades, dulzuras, amenidades, bellezas, suavidades y gracias, y cuanto puede dar gusto y causar gozo; así el gusto, que causa á los Santos del cielo solo Dios, es mayor que cuantos otros gustos hay, hubo y pudo haber. ¡Qué suavidad y gozo será gozar la infinita hermosura del Criador con todas sus infinitas perfecciones! Si por la hermosura de Elena se dijo que era poco pelear diez años, y derramar todo este tiempo la sangre; si por la hermosura de Raquel le pareció á Jacob poco servir como esclavo catorce años, ¿qué trabajo nos puede parecer mucho por llegar á gozar de Dios, que es tan hermoso, que en su comparacion lo mas hermoso es feo (1)? Hermosísimo era Absalon, y causaba alegría y gozo con su vista; pero si estando mirando á Absalon viniera otro mas hermoso diez veces que él, luego al punto le miráramos apartando los ojos de Absalon; y si viniera otro tercero cien veces mas hermoso, dejáramos luego de mirar al primero y segundo, y claváramos en él los ojos con tanto mayor gusto, cuanta era mayor su hermosura; y si luego viniera otro cuatro mil veces mas hermoso que el tercero, tambien nos olvidáramos de este, y fijáramos en aquel la vista mil veces con mas gusto: y á este paso cuantos viniesen mas y mas hermosos, mas los miráramos y admiráramos con mayor gusto y contento. Pues como Dios sea infinitamente mas hermoso que cuanto podemos ver ó pensar, aunque criara otras cosas cien mil veces mas hermosas que las que podemos imaginar, es incomparablemente mas deleitable su hermosura que cuanto puede deleitar; y mas no estando sola la hermosura, sino acompañada con toda perfeccion perfectísima, sin medida ni término, con sabiduría infinita, omnipotencia, santidad, liberalidad, bondad, y cuanto es posible imaginarse de bueno, hermoso y perfecto; y así arrebatará luego el corazon de quien le ve, para admirarle y amarle necesariamente, aunque fuese antes su enemigo: lo cual es otro argumento del gozo que causa su vista, pues puede tanto en la voluntad de quien le viere, que necesariamente le convierte á sí con amor intensísimo, aunque antes le aborreciese; porque el gozo ha de ser igual con este amor que causa. Si hubiera ahora en el mundo un hombre tan sábio como un Ángel, ó como lo fue Salomon; deseáramos verle, como la reina Sabá deseó ver á Salomon: pues ¿qué si ese hombre tan sábio fuese tambien tan fuerte como Hércules y Sanson, tan virtuoso como Judas Macabeo y Alejandro Magno, tan benigno y manso como David, tan amigo de sus amigos como Jonatás, tan liberal como el emperador

(1) Carthu. art. 67 de nov.

Tito, y juntamente mas hermoso que Absalon? ¿Quién no amara y deseara ver y tratar con persona tan rara y amable? ¿Cuán contento viviera quien fuera su privado y amigo? ¿Cómo no amamos y deseamos mucho ver á Dios, en quien están juntas todas estas perfecciones y gracias infinitamente mayores, y las hemos de gozar nosotros mismos, holgándonos de su infinita hermosura, sabiduría, omnipotencia, benignidad, bondad, amor, liberalidad, y todos los demás atributos divinos, como si fueran nuestros?

¡Oh cuán grande y deleitoso teatro será ver á Dios como es en sí, con todas sus infinitas perfecciones, y con todas las perfecciones de todas las criaturas que contiene en sí con eminencia! ¿Qué espectáculo tan agradable fuera para uno, si de una vez le mostraran cuantas cosas de gusto y admiracion ha habido? Si le metieran en un campo, en el cual estuvieran las siete maravillas del mundo con que apacentara los ojos, y todos los regaladísimos banquetes que hizo el rey Asuero y los demás reyes de Persia, y los mas raros espectáculos y fiestas que hicieron los romanos, y los árboles mas vistosos y de mas sabrosa fruta que hubo en el paraíso, y las músicas mas sonoras y dulces que pueden inventarse, y los olores mas suaves que se hallan en la India y Arabia, y todos los tesoros que tuvieron Creso y Darío, y todos los emperadores de Asiria y Roma, ¿qué maravilla fuera ver tantos gustos juntos? ¿Quién no se tuviera por dichoso, si le hicieran entrega de todo esto por cien años que le asegurasen de vida? Pero no digo si le diesen esto solo, sino tambien todo cuanto grande y gustoso habrá en el mundo, con todos cuantos gustos, contentos y perfecciones han tenido todos los hombres y tendrán hasta la fin del mundo: toda la sabiduría de Salomon, Platon y Aristóteles, la fortaleza de Sanson, la hermosura de Raquel y Ester, si se le dieran á uno, no tiene que ver, y seria todo asco y amargura, comparado solo con el gusto que habrá en ver á Dios eternamente; porque en él solo se verá un teatro de bienes y grandezas en que están todas las de las criaturas juntas; en él se hallará lo rico del oro, lo ameno de los prados, lo resplandeciente del sol, lo sabroso de la miel, lo deleitable de la música, lo hermoso de los cielos, lo suave del ámbar, lo apacible de todo sentido, y cuanto hay que admirar y gozar.

Allégase á esto que este inefable gozo de la vista de Dios, con ser tan inmenso, es tambien innumerable, porque se multiplica en tan infinito número como han de ser los espíritus y almas que verán á Dios; porque de la vista de cada uno de los bienaventurados ha de tener cada uno un particular contento y gozo, y como los bienaventurados hayan de ser innumerables, serán tambien innumerables los gozos de cada uno, como dice san Anselmo por estas palabras (1): *¡Con cuánto gozo estará lleno el justo! Pero para el colmo de la bienaventuranza tendrá otra cosa de*

(1) Anselm. l. de Simil. cap. 71.

donde aun tenga que gozarse mas; porque cada uno amará al otro como á sí mismo, y está claro que así se holgará de la bienaventuranza del otro como de la suya. Segun esto, ¡cuántos y cuán grandes gozos alcanzará cada uno, que se regocijará de tantas y tan grandes bienaventuranzas de los Santos! Y si tanto se holgará del bien de los otros, que ama como á sí mismo, ¿cuánto se holgará de Dios, á quien ama sobre sí mismo? Finalmente, estará el bienaventurado rodeado de un mar de innumerables gozos que le llenará todas sus potencias y sentidos, no de otra manera que si una esponja que tuviese tantos sentidos del gusto como ojuelos y poros tiene la metiesen en un mar de leche y miel, gozando con mil bocas toda aquella suavidad y dulzura. Dios es para el bienaventurado un mar de leche y un piélago todo de miel, un abismo de dulzura y un océano de gozos inefables. Alegrémonos los cristianos, que nos ha prometido tan grandes bienes. Regocijémonos, que el cielo se hizo para nosotros, y la esperanza de tan grandes gozos destierre toda tristeza de nuestro corazon. Escribe Paladio del abad Apolo (1) que si veia alguno de sus monjes triste, luego le reprendia diciendo: Hermano mio, ¿por qué nos afligimos en vanas tristezas? Afíjanse, melancolícense aquellos que no tienen esperanza de ir al cielo; no nosotros, pues Cristo nos ha prometido la bienaventuranza de la gloria. Esta esperanza nos regocije, y este gozo nos aliente, y empecemos á gozar de lo que siempre hemos de gozar; porque la esperanza, como dijo Filon, es un gozo antes del gozo. En esto solo habíamos de pensar, apartando los ojos de todo bien y gusto de la tierra. El profeta Elías una vez que gozó un destello de aquel gozo celestial luego cerró las ventanas de los sentidos, tapándose los ojos, oidos y todo el rostro con su capa. Tambien el abad Silvano, cuando salia de su oracion, se tapaba los ojos, pareciéndole que ni eran dignas de ser vistas las grandezas de la tierra, cuanto menos de gozarlas, respecto de las del cielo, en cuya esperanza sola nos habíamos de gozar.

CAPÍTULO V.

Cuán dichosa es la vida eterna de los justos.

Bastaba lo dicho para que echásemos de ver cuán dichosa y bienaventurada ha de ser la vida eterna de los justos; pero son tantos sus gustos y dichosísimas dichas, que es fuerza alargar mas esta materia. Por esto cuando los hebreos querian significar á un bienaventurado, no decian en singular el bienaventurado, sino en número plural le llamaban las bienaventuranzas; y así cuando se da principio al libro de los Salmos con esta palabra (2): *Beatus*, en el hebreo está *beatitudines*, esto es, las bienaventuranzas, llamando así al que es bienaventurado, y por cierto

(1) Palad. Histor. cap. 51. — (2) Psalm. I.

con mucha razon ; porque con cuantas potencias y sentidos tiene goza de otras tantas bienaventuranzas. En el entendimiento tiene bienaventuranza, en la memoria tiene bienaventuranza, en la voluntad tiene bienaventuranza, en los ojos tiene bienaventuranza, en los oidos tiene bienaventuranza, en el olfato tiene bienaventuranza, en el gusto tiene bienaventuranza, en el tacto tiene bienaventuranza; y son tantas las bienaventuranzas de aquella vida bienaventurada, que faltarán sentidos para ellas, porque mas serán los gozos que allí tendrá que poros tiene el cuerpo. Es aquella vida verdaderamente vida eterna, total y perfectísima ; y así cuanto tiene de vida el hombre, ha de vivir allí con su perfeccion última y bienaventuranza perfecta. Vivirá allí el entendimiento con una sabiduría soberana, vivirá la voluntad con un amor encendido, vivirá la memoria con una inmortal representacion de todo lo pasado, vivirán allí los sentidos todos con continua delectacion de sus objetos, vivirá todo cuanto hay en el hombre, y todo será gustos, gozos y bienaventuranzas: y dando principio por el gozo y vida del entendimiento, fuera de aquel sumo y claro conocimiento de Dios, del cual ya hemos hablado, le darán una suma sabiduría, por la cual conozca todos los misterios divinos é inteligencia de los Libros sagrados. Conocerán cuántos Ángeles hay y hombres bienaventurados, como si fueran uno solo ; conocerán los secretos de la divina Providencia ; conocerán cuántos condenados hubiere, y las causas por que se condenaron ; conocerán toda la máquina del mundo, todo el artificio de la naturaleza, todos los movimientos de los astros y planetas, todas las propiedades, plantas, piedras, aves y animales, y no solo conocerán las cosas criadas, sino muchas de las que podia criar Dios. Todo esto conocerán clara y distintamente, aunque lo conocerán juntamente sin embarazarse nada. Esta será vida del entendimiento, que se cebará en verdades tan altas y tan ciertas; esta será verdadera sabiduría, porque la que alcanzaran los mayores sábios y filósofos del mundo, aun de las cosas naturales, está llena de ignorancias, engaños y sombras; porque no pueden conocer ninguna sustancia como es en sí, sino por la corteza de los accidentes. Por rústico y simple que sea uno, en llegando al término deseado de la gloria, se llena de una sabiduría tan grande, que en comparacion de ella es rustiquez la sabiduría de Salomon y Aristóteles. Escribe Ludovico Blosio (1) que habiendo fallecido una doncella muy simple, se apareció despues de muerta á santa Gertrudis, y la empezó á enseñar cosas altísimas. La Santa, maravillada de tanta ciencia y sabiduría en persona tan ignorante y simple, la dijo: ¿De dónde sabes tú todas estas cosas que me dices, pues eras acá tenida por simplicísima? La vírgen la respondió : Desde que ví á Dios supe todas las cosas. Con mucha razon dijo san Gregorio (2) : *No se ha*

---

(1) Blosius de Monil. spirit. cap. 14. — (2) S. Greg. Non credendum est, Sanctis, qui intus claritatem Dei vident, aliquid foris esse, quod ignorent.

de creer que los Santos, que ven dentro de sí la claridad de Dios, ignoren fuera de sí alguna cosa.

¡Qué contento tuviera uno de ver juntos en una sala los hombres mas sábios del mundo y los príncipes de todas las ciencias y facultades! ¡Á Adan, Abrahan, Moisés, Salomon, Isaías, Zoroastro, Platon, Sócrates, Aristóteles, Pitágoras, Homero, Trismegistro, Solon, Licurgo, Hipócrates, Euclides, Arquimedes, Teofrasto, Dioscórides, y todos los doctores de la Iglesia, como estaban en esta vida! ¡Cuán venerada seria esta junta, cuán admirable congregacion formarian, y por verlos dejarian los hombres sus casas! Pues si ver solamente una poca de sabiduría hecha pedacitos y repartida entre tantos seria de tanta admiracion, ¿qué será tener una alma en su entendimiento, no pedazos de sabiduría tan pequeños como alcanzaron en esta vida los hombres mas sábios, sino toda la sabiduría entera? El gozo que tendrán en el conocimiento de tantas verdades como alcanza la sabiduría ¿quién lo podrá explicar? ¿Qué gusto seria para uno, si de una vista le mostrasen todo cuanto hay y pasa en la tierra, los edificios tan hermosos, los frutales tan varios, las amenidades tan suaves, los animales tan diversos, las aves tan pintadas y extrañas, los peces tan monstruosos, los metales tan ricos, las gentes y naciones mas apartadas? Por cierto que fuera una vista de inestimable gusto. Pero ¿cuál será el ver todo esto, cuanto hay en la tierra, y juntamente cuanto hay en el cielo y sobre el mismo cielo? Algunos filósofos, con el conocimiento de alguna curiosidad ó verdad natural, quedaban suspensos y bañados de una alegría mayor que cuantos gustos podian recibir en los sentidos; y por eso se desvelaron como Aristóteles, y anduvieron largas peregrinaciones como Pitágoras, y se privaron de todos los bienes y gustos del mundo como Crates, é hicieron largas experiencias como Demócrito, y de dia y de noche no pensaban en otra cosa como Arquímedes, el cual, como escribe Vitrubio, no apartaba su pensamiento de dia ni de noche de inquirir alguna demostracion matemática, por el contento que tenia cuando hallaba alguna verdad. Comiendo estaba, y el ánimo en eso le tenia echando ángulos y líneas; lavándose estaba, y ungiendo como se acostumbraba antiguamente, y con dos dedos, que le servian de compás, hacia círculos en el ungüento que tenia sobre sus carnes. Muchos dias anduvo averiguando por su matemática cuánto oro tendria una corona de plata que queria le dorasen, para que no le engañase el platero. Despues que lo halló, mientras se estaba bañando en una bacía de metal, dió luégo saltos de placer, diciendo con gran regocijo: Hallado lo he, hallado lo he. Pues si de hallar esta verdad tan baja tuvo tanto gozo este sábio, ¿cuál será el que recibirán los Santos de los altísimos secretos que les descubrirá su Criador, y sobre todo de aquel secreto de secretos, de cómo es trino y uno, y juntamente conociendo clara y distintamente la trinidad de personas con la unidad de esencia? Esta verdad, con

todas las demás que se descubrirán al justo mas sencillo de todos, le ha de bañar su alma de gozos inefables. ¡Oh sábios del mundo é ignorantes delante de Dios! ¿por qué os cansais en vanas curiosidades, ocupados en entender, y olvidados en el amar, muy atentos á saber, y divertidos de obrar? No es el camino de saber la especulacion seca, sino el afecto devoto, el amor ardiente, la mortificacion de los sentidos y las obras del servicio divino. Obrad y mereced; y os darán en un instante mas ciencia que adquirirán todos los sábios del mundo con sus desvelos, experiencias y peregrinaciones. Por el gran gusto que hay en hallar una verdad enseñó Aristóteles que la felicidad del hombre consistia en la contemplacion: lo cual dijo con la experiencia que él tenia del gusto que sentia cuando hallaba una verdad nueva despues de mucho discurso y trabajo. Si esto sintió este gran sábio de la contemplacion natural, y por ella se desvelaba, ¿qué debemos hacer nosotros por aquella contemplacion divina y vista clara de Dios? Y ¿qué gozo será, y qué bienaventuranza tan cabal?

Vivirá tambien allí la memoria, acordándose de todos los beneficios divinos, haciendo gracias eternas al Autor de todas, gozándose el alma de haber sido tan dichosa, de que sin merecimientos suyos haya recibido tan grandes misericordias. Acordaráse tambien de los peligros que ha pasado, de que con el favor divino fue librada; y cantando dirá: *El lazo se rompió, y nosotros somos libres*. Será tambien al alma de particular gozo, como enseña santo Tomás, la memoria de las obras de virtud y actos buenos con que ganó el cielo; lo uno, porque fueron los medios de su dicha, y lo otro, porqué con ellos sirvió y agradó á tan gran Señor, y tan bueno como ve y experimenta. Este gozo, que resultará de la memoria de las cosas pasadas, no es pequeño; sino tan grande, que dando Epicuro un remedio para estar siempre deleitándose, enseñó que habia de ser con las memorias de gustos pasados. Pero en el cielo no solo se regocijará uno con la memoria del gusto de Dios en el cumplimiento de su voluntad, en la disposicion y órden de su vida, sino tambien de los trabajos y peligros pasados. La memoria de un bien perdido sin remedio da grande despecho y tormento; y por el contrario, la memoria de un grande mal evitado y trabajo pasado es dulcísima y suave. El Sábio dijo de la memoria de la muerte que era amarga, como lo es, á los que la han de pasar; pero despues de pasada y seguros en el cielo no puede dejar de ser dulcísima á los Santos, los cuales han de tener un gozo grandísimo, acordándose que ya no han de morir, ni enfermar, ni peligrar.

Vivirá tambien allí la voluntad en aquella vida verdadera y vital, gozándose de ver cumplidos todos sus deseos con la abundancia y suavísima hartura de tantas felicidades, no pudiendo dejar de amar á hermosura tan amable, como goza y posee el alma en Dios. El amor es el que hace suaves á todas las cosas: y como es tormento apartarse quien se

ama, asi es gran gozo estar con el amado; y como el bienaventurado está amando á Dios nuestro Señor mas que á sí mismo, y á los demás bienaventurados como á sí mismo, es inefable el gozo de estar gozando de Dios y de los que tanto ama. Á una madre hace el amor que guste mas de ver á su hijo, aunque sea mas feo y de peor condicion que el de su vecina. Pues como sea mayor incomparablemente el amor de un bienaventurado para con los otros, y ellos sean tan hermosos, perfectos y dignos de ser amados, es sumo el gozo que tiene de verlos, y mas tan gozosos, pues todos ven á Dios. Séneca dijo (1) que no habia sabrosa posesion de algun bien sin tener compañero; y sin duda se hará muy suave y dulce la posesion del sumo Bien con tantos compañeros como habrá. Si un hombre estuviese muchos años solo en un hermosísimo palacio, no gustaria tanto de estar allí como en el campo desierto con alguna compañía; pero la ciudad de Dios llena está de nobilísimos ciudadanos y compañeros de una misma bienaventuranza. Acrecentará este gozo el tratar con personas tan sábias, tan santas, tan puestas en razon todas; porque si una de las mayores cargas del trato humano es sufrir condiciones y padecer sinrazones, y uno de sus mayores gustos es la buena conversacion y suavidad de aquellos con quienes se trata, ¿qué conversacion y trato divino será el de los cielos, donde no hay mala condicion, ni agravio, ni pesadumbre, sino toda suavidad, apacibilidad, dulzura y miel, teniéndose todos tal amor, que dice san Agustin (2): *Tanto se holgará cada uno de la bienaventuranza del otro, como de su gozo inefable; y cuantos compañeros tuviere, tendrá otros tantos gozos. Allí está todo lo que importa y deleita, toda riqueza, todo descanso, todo consuelo. Porque ¿qué puede faltar allí donde Dios está, á quien nada le falta? Todos allí conocen á Dios sin error, venle sin fin, alábanle sin cansancio, ámanle sin tédio, y en este amor descansan llenos de Dios.* Además de esto, el gozo que tendrá la voluntad con la seguridad de tantos gozos será inefable; porque los contentos, cuanto mayores son, tanto mas los disminuye el miedo de que han de faltar, y un peligro suele desazonar muchos gustos: no solo saber que se ha de acabar una dicha, sino el entender que podrá acabarse, echa acíbar en su gusto; mas aquella felicidad eterna, como ha de ser eterna, ni se ha de acabar, ni podrá acabarse, ni tendrá diminucion, ni podrá tener peligro; y esta seguridad sazonará con nuevo gozo todos los gozos de los Santos.

§ II.

Fuera de las potencias del alma, vivirán allí todos los sentidos con el pasto de muy proporcionados y suavísimos objetos. Los ojos se recrearán siempre con la vista suave de tantos cuerpos hermosísimos, como

(1) Seneca, epist. 6. — (2) Aug. l. de spiritu et anima.

serán los gloriosos de tantos soles clarísimos, como habrá allí justos. Un sol basta para alegrar ahora á todo el género humano; ¿qué alegría sentirá un bienaventurado con tantos soles, y viéndose á sí ser uno de ellos? ¿Qué gozo será cuando vea salir de sus manos y piés, y de todos sus miembros y artejos de su cuerpo, rayos mas claros que los del sol de mediodía? Entre todos, ¿cuánta alegría será ver el cuerpo de la Virgen santísima nuestra Señora mas hermoso y resplandeciente que toda la hermosura y luz de los Santos? Cuando la vió san Dionisio Areopagita, en el tiempo que aun estaba en cuerpo mortal, se le representó tal, que le parecia que estaba en la gloria; ahora que tiene cuerpo inmortal y glorioso ¿de cuánta alegría y gozo será su hermosísima vista? De Ester se dijo (1) que era hermosa grandemente, y de una belleza increible, graciosa á los ojos de todos y muy amable; ¿con cuánta mayor excelencia será graciosa y amable la Reina de los cielos en el estado glorioso? Sobre todo, ¿cuán llena de contento será la vista de Cristo nuestro Redentor, mas resplandeciente, claro y hermoso que los demás cuerpos juntos, cuyas llagas saldrán con particular gloria y resplandor? Tambien las heridas de los Mártires estarán hermosísimas, y campearán con singular hermosura y resplandor aquellas partes en que fueron atormentados los Mártires, y se mortificaron los Confesores. Además de esto, habrá vistas hermosísimas en aquel cielo empíreo y en la grandeza y edificio de palacios de aquella ciudad de Dios.

Á los oidos apacentarán tambien suavísimas músicas y cánticos, como se colige de muchos lugares del Apocalipsi; y si la arpa de David deleitaba tanto á Saul, que le sosegaba sus pasiones, y echaba de él al demonio y á la melancolía tan profunda de que se aprovechaba el mal espíritu; y la arpa de Orfeo que fingen recreaba tanto, que los hombres y aun los brutos se suspendian al son de su música; ¿qué armonía será la del cielo, pues la de la tierra causa tanta suspension? La fervorosa vírgen D.ª Sancha Carrillo, estando enferma (2), y para morir de dolores excesivos, con una música que oyó del cielo se le quitaron todos, y quedó buena y sana de repente. San Buenaventura escribe de san Francisco que mientras le tocó un Ángel una cítara, le pareció que estaba ya en la gloria. Pues ¿qué gusto será, no solo oir la voz de una cítara tocada por un Ángel, sino las voces de millares de Ángeles con admirable melodía de instrumentos? El encanto de un pajarillo solo tuvo suspenso á un santo monje por espacio de trescientos años, no entendiendo él al cabo de ellos que habian pasado mas de tres horas; ¿qué suavidad será la de tantos cantores celestiales, tantos Ángeles y hombres que estarán entonando el *Alleluia* que dijo el santo Tobías, y las Vírgenes que cantarán aquel cántico nuevo que no podrán otros cantar? De san Nicolás de Tolentino escribe Surio en su vida que por seis

(1) Esther, II. — (2) Rou. lib. 2, cap. 10, en la vida de D.ª Sancha Carrillo.

meses continuos antes de su muerte oyó todas las noches un poco antes de Maitines suavísima música de Ángeles en que le daban á gustar la dulzura que le tenia el Señor aparejada en su gloria ; y era tan grande el gozo que de oirla sentia, que se le iba el alma tras ella, tan olvidada del cuerpo, que ninguna cosa mas deseaba que desasirse de él por gozarla. Lo mismo deseaba san Agustin cuando dijo (1) : Toda su ocupacion, todo su entretenimiento de los cortesanos del cielo, alabanzas son de su Majestad sin fin, sin cansancio, sin trabajo. Dichoso yo, y de veras eternamente dichoso, si despues de mi muerte mereciese oir la melodía de aquellos cantares que en alabanza del Rey eterno cantan los ciudadanos de aquella soberana patria y los escuadrones de aquellos espíritus bienaventurados. Esta es aquella música suavísima que oyó san Juan en su Apocalipsi, cuando cantando los moradores del cielo decian : Todo el mundo, Señor, os bendiga ; esto es, publique vuestra grandeza, vuestra gloria y sabiduría : á Vos sea dada la honra, el poder, la fortaleza, por todos los siglos de los siglos. Amen.

El olfato se regalará allí con la suavidad que despedirán de sí aquellos cuerpos hermosísimos ; porque serán de mas suave fragancia que si fuesen una pasta de ámbar y almizcle, y todo el cielo estará mas oloroso que jazmines y azucenas. Escribe san Gregorio Magno (2) que apareciéndose Cristo nuestro Redentor á Tarsila su hermana, echó de sí tan grande suavidad y fragancia, que bien se echaba de ver era aquel olor tan suave y apacible del Autor de todo lo criado. De san Salvio escribe Gregorio Turonense que despues de haber sido arrebatado al cielo, entre otras cosas decia : Llenóme un olor de tan extremada suavidad, que él solo ha bastado para apagar en mí todo apetito de las cosas de esta vida. ¡ Oh cuán fragantes estarán en el cielo el cuerpo de Jesucristo, de María santísima y demás Santos ! Ni es mucho que despidan de sí tan suave olor los cuerpos gloriosos, pues en este valle de desdichas los cuerpos, sin vida y alma, de los Santos han despedido una admirable fragancia. Escribe san Gregorio Magno (3) que al punto que espiró san Sérvulo, echó su cuerpo tan suave olor, que llenó todos los presentes de una fragancia inestimable. De san Hilarion testifica san Jerónimo que despues de muerto diez meses despedia una suavidad y olor fragantísimo. Si esto vemos á nuestros ojos en los cuerpos corruptibles, en los inmortales de los Santos ¿qué será?

El gusto tendrá tambien en el cielo grandes suavidades ; porque aunque no ha de haber comida, porque esto fuera necesitar aquel estado dichoso de alguna cosa, se sentirá en el paladar y la lengua un sabor suavísimo ; y así con gran decoro y limpieza habrá allí el sabor del gusto sin el trabajo de comer. Por este sabor se significa tantas veces la glo-

---

(1) S. Aug. cap. 15 medit. — (2) S. Greg. l. 4 Dial. cap. 16, et hom. 38 in Evang.
(3) S. Greg. lib. 4 Dial. cap. 14.

ria en la sagrada Escritura con nombre de cena, y convite, y maná, y por ser grande la dulzura que ha de sentir allí el paladar humano, la cual será tan grande, que dice san Agustin (1): *No se puede explicar cuán grande haya de ser el deleite del gusto y la dulzura del sabor que eternamente se hallará allí.* Tambien dice san Laurencio Justiniano (2): *Una increible dulzura de todo lo que puede ser deleitable al gusto dará sabor al paladar, con una melosa y agradable hartura.* Si Esaú vendió su mayorazgo por una escudilla de lentejas, por estos soberanos gustos bien podemos privarnos de un gusto de la tierra.

El tacto tambien será allí regalado: flores les parecerá cuanto pisaren, y todo el temple de sus cuerpos será amenísimo, y de una sazon y disposicion gustosísima; porque así como las mayores penitencias de los Santos se ejercitaron en este sentido afligiendo el cuerpo, así tambien era razon que en este sentido tuviesen particular premio; y así como en el infierno son afligidos los condenados de muchas maneras en el tacto, así serán en el mismo sentido recreados en el cielo los Santos; y como en el infierno aquel ardor de fuego sin luz ha de penetrar á los miserables abrasándoles hasta las entrañas, así en el cielo aquel candor de luz, que ha de penetrar á los Santos, ha de acompañar un incomparable regalo y recreo, si bien bastaba ya ser incapaces de pena, y de todo dolor y cansancio, para que les sirviese de grande premio. Todo ha de ser vivir en aquella vida verdadera: todo ha de ser gozo en aquella bienaventuranza eterna; porque, como dice san Anselmo (3): *Los ojos, narices, boca, manos, hasta lo mas interior de los buenos, las entrañas todas, y cada una de las partes del cuerpo en comun y en particular, sentirán una milagrosa suavidad y deleite.*

Á todos los sentidos ha de dar principalísimo gozo la humanidad de Cristo nuestro Redentor; y así Juan Tambecense y Nicolao de Nise (4) dicen, que como el conocimiento intelectual de la divinidad de Cristo pertenece al gozo y premio esencial del alma, á ese modo el conocimiento sensitivo de la humanidad del mismo Cristo pertenece como al gozo esencial de los sentidos; porque es el término y fin, y lo sumo que pueden desear. Esto parece que se significó por san Juan, cuando dijo el mismo Señor, hablando con su Padre: *Esta es la vida eterna;* esta es la bienaventuranza esencial, como dice Nicolao de Nise: *Que te conozcan á tí solo verdadero Dios*, en lo cual se encierra la gloria esencial del alma; y luego añade diciendo: *Y al que enviaste Jesucristo*, en lo cual se denota la bienaventuranza como esencial de todos los sentidos del cuerpo; y así en sola la humanidad de nuestro Redentor satisfarán su apetito los sentidos perfectísimamente, de modo que no tengan mas que de-

---

(1) Aug. l. de spiritu et vita. — (2) Laur. Justin. de dismon. cap. 23.
(3) Anselm. de Simil. cap. 36. — (4) Joan. de Tambe. tract. de deliciis sensibil. Paradisi, et Nicol. de Nise de quatuor novis. 4 myst. 4 consid.

sear; porque en aquella sacratísima humanidad hallarán toda suavidad, regalo y gusto: porque para los ojos será una hermosísima vista sobre toda hermosura; para los oidos solo una palabra suya será mas suave y dulce que toda la música de los celestiales espíritus; para el olfato será la fragancia olorosísima de su sacratísimo cuerpo sobre todo ámbar y aromas; para el tacto y gusto el besar sus piés y sus sacratísimas llagas será sobre toda suavidad y dulzura.

Es tambien mucho para advertir que tendrán los hombres algunos mas gozos particulares que no tendrán los Ángeles. Lo primero, se gozarán de las lauréolas de Doctores, Vírgenes y Mártires, y ningun Ángel tendrá esta gloria de haber muerto por Cristo y derramado su sangre, ni de haber vencido su carne, y entre varias luchas y combates haberla sujetado á la razon: por lo cual dijo san Bernardo que la castidad de los hombres es mas gloriosa que la de los Ángeles. Además de esto tendrán los hombres la gloria de los cuerpos y gozos de todos sus sentidos, lo cual no tendrán los Ángeles; porque así como les faltó el enemigo del espíritu, la carne, así tampoco tendrán la gloria de su victoria; y como no tuvieron que refrenar sentidos, tampoco tendrán sentidos que gocen el premio de su mortificacion y penitencia. Tambien no tendrán los Ángeles este gran gozo de ser redimidos por Cristo del pecado, y de tantas condenaciones al infierno, como veces han pecado mortalmente los hombres; y verse libres en el cielo de tan horrendo mal y de tantos enemigos del alma, los cuales no tuvieron los Ángeles, causará inefable gozo.

CAPÍTULO VI.

La excelencia y perfecciones de los cuerpos de los Santos en la vida eterna.

No dejemos de considerar tambien lo que será el mismo hombre cuando sea eterno, cuando despues de resucitado entre en cuerpo y alma en los cielos. Corramos siquiera con la consideracion todos los géneros de bienes que nos aguardan en aquella tierra prometida; porque cuando Dios prometió á Abrahan la tierra de Palestina, le mandó juntamente, que la mirase, anduviese y rodease primero por todas partes: *Levanta los ojos*, dice el Señor (1), *mira desde el lugar en que ahora estás al Aquilon y Mediodía, al Oriente y Occidente: toda la tierra que ves te daré á tí y á tu linaje para siempre;* y luego dice: *Levántate, anda la tierra en ancho y largo, porque te la tengo de dar.* Estas palabras podemos tener por dichas á nosotros, pues nos han prometido el reino de los cielos, porque no entrará en él quien no le haya deseado, y no le deseará como conviene quien no le hubiere andado con la consideracion; porque lo que no se conoce, mal se puede desear: y así debemos contemplar muchas

(1) Gen. XIII.

veces su grandeza, lo largo de su eternidad, y lo ancho y dilatado de su felicidad, la cual se extiende tanto, que no solo al alma, pero al cuerpo, le llena de dicha y gloria; porque la gloria del alma redunda en el cuerpo, llenándole de cuatro dotes excelentísimos con que le perfecciona y llena de toda la felicidad que puede desear. El ver Moisés á un Ángel en figura corporal y por las espaldas, y solo de paso, le causó una alegría tan incomparable con la luz y hermosura que echó de sí, que no le cabia el corazon en el pecho, quedando en el rostro de Moisés unos resplandores divinos que le comunicó aquella vista: el ver un bienaventurado al mismo Dios como es en sí, y cara á cara y de propósito, ¿de qué gozo y luces no le llenará, y las comunicará al cuerpo? Porque fuera de una suma hermosura y perfeccion que han de tener aquellos cuerpos gloriosos (1) que han de tener todos, y vestir de una luz divina y tan clara que ha de aventajarse siete veces á la del sol, como advierte Alberto Magno (2); porque si bien en el Evangelio solamente se dice que los justos han de resplandecer como el sol, pero el profeta Isaías dijo (3) que entonces habia de lucir el sol siete veces mas que ahora resplandece: servirá á los Santos de vestidura esta claridad inmensa, por ser la luz la claridad mas hermosa y excelente de todas las corporales.

¿Qué emperador vistió mas resplandeciente y vistosa púrpura? ¿Qué majestad se ha visto mayor que la que echará de sí tal resplandor? Herodes el dia de su mayor grandeza (4) solo la pudo mostrar con vestido de plata admirablemente tejido, que para resplandecer habia de ser herido del sol; con todo eso, por aquel ligero resplandor fue saludado por Dios. ¿Qué respeto se deberá á un bienaventurado que estará, no digo vestido de oro, no vestido del sol, pero será mas claro y resplandeciente que el mismo sol? Júntense todos los diamantes mas resplandecientes, los rubíes mas ardientes, los carbunclos mas lúcidos, guarnézcase con ellos una ropa imperial; no será todo mas que carbones, respecto de un cuerpo glorioso, el cual todo será mas transparente y claro y resplandeciente que si fuera esmaltado de diamantes. ¡Oh vileza de las riquezas mundanas! Todas ellas no pudieron hacer un vestido tan vistoso. Y si acá se tiene por grande gala traer en un dedo una sortija de un diamante que resplandezca algo, ó en el pecho una joya que tenga algun precioso carbunclo, ¿qué será tener todas las manos, piés, pecho y todo el cuerpo mas resplandeciente que toda joya preciosa, y que esta joya no sea postiza ni prestada, sino propia de nuestro cuerpo? Porque las galas y ornamentos de los vestidos de la tierra antes son de afrenta á los que los traen, así porque arguyen necesidad é imperfeccion en sus cuerpos, pues han menester suplir lo que á ellos les falta con cosas ajenas, como tambien porque el vestido se nos dió como un sambenito cuan-

---

(1) Matth. XIII. — (2) Albert. Magn. in Compend. Theolog. l. 7, c. 8.
(3) Isai. XXX. (4) Joseph. lib. 19, cap. 6.

do fue echado Adan del paraíso; y ¿quién ha habido tan loco y desvergonzado en el mundo que, penitenciado por sus delitos á traer un sambenito, le echase guarniciones preciosas é hiciese gala de traerlo? El ornato y atavío de los Santos no ha de ser de esta manera: no ajeno, sino propio; no de fuera solamente, sino aun en las mismas entrañas han de tener inmensa claridad y decencia, siendo todas las partes de su cuerpo interiores y exteriores mas transparentes que el cristal, mas resplandecientes que el sol. Por prodigio grande se propone en el Apocalipsis una mujer vestida del sol y coronada de doce estrellas: este ornato bien se ve cuánto mas bizarro fuera que cualquier otro del mundo, donde se tuviera por gran bizarría traer doce diamantes y un precioso carbunclo; ¿y qué tienen que ver los diamantes con las estrellas y un carbunclo con el sol? Pero no llegará todo aquel ornato del sol y estrellas á ser igual gala con la que tendrán los Santos del cielo, pues no será ajena ni postiza como lo era el ornato de aquella mujer del Apocalipsi.

La autoridad que han de tener los Santos con este don de claridad ha de ser mayor que de ningun rey de la tierra. Fuera grande majestad de un príncipe si cuando saliera de noche le fuesen acompañando mil pajes con hachas encendidas. Por cierto que, aunque llevasen en lugar de hachas estrellas, no seria mayor su autoridad que la de un Santo del cielo, que por su misma persona traerá tan grande luz como fuera ahora siete veces doblada la del sol. ¿Qué mayor felicidad que no tener necesidad de este sol, del cual necesita tanto el mundo? Porque no habrá noche para el justo, y él mismo trae consigo el dia y la claridad; y ¿qué mayor autoridad que resplandecer mas que el sol, trayendo consigo mas majestad que le pudieran dar todos los hombres de la tierra si le fuesen acompañando con lúcidas antorchas? El solo ver san Pablo este dote de claridad en Cristo le hizo quedar sin pulsos ni sentido por algunos dias, y porque le vió san Juan solo el rostro resplandecer, cayó en tierra como muerto, no pudiendo sufrir el cuerpo mortal el resplandor de tanta majestad. San Pedro, porque vió algo de esto en la transfiguracion, cuando estaba Cristo aun en carne mortal, le pareció tan glorioso aquel lugar, que no se quisiera apartar de allí. Pero ¿qué mucho que en Cristo se mostrase tan glorioso este don, pues los resplandores del rostro de Moisés, estando en cuerpo perecedero y caduco, no los podia sufrir el pueblo de Israel? Cesareo escribe (1) de un gran letrado de la universidad de París que estaba ya para morir, y pensaba cómo seria posible que Dios hiciese de su cuerpo de lodo que luciese como el sol. Mas queriéndole el Señor consolar y confirmar en el artículo de la resurreccion, le salió al mismo enfermo tan gran resplandor de los piés, que no pudiendo sufrir los ojos su grandeza los hubo de apartar. Tambien en los muertos se ha visto este don de luz tan maravilloso: del cuerpo de santa Margarita, hi-

(1) Cæsar. lib. 12 Mir. c. 54.

ja del rey de Hungría, salian tales resplandores, que parecian del cielo; y en otros Santos, aun despues de muertos, han sido tan grandes, que los ojos no podian mirarlos. Pues si en cuerpos sin alma es tan hermosa esta vestidura de luz, ¿cuánto hermoseará en los cielos á los cuerpos resucitados, hermosísimos, perfectos y vivos con alma gloriosa, y en la vida eterna? San Juan Damasceno dijo de la luz de este mundo que era el honor y atavío de todas las cosas; la luz inmortal de aquella gloria eterna ¿cómo ataviará y hermoseará á los Santos? Porque no solo les hará lucir con su candor, pero con diversidad de colores se mostrará en muchas partes mas vistosa. En la corona de las Vírgenes se mostrará blanquísima, en la de los Mártires roja, en la de los Doctores excederá tambien con particular resplandor: no solo en las cabezas de los Santos, sino en los otros miembros, tendrán varios esmaltes. Y el cardenal Belarmino dice (1): *Allí relucirán los cuellos de san Juan Bautista y san Pablo con una increible hermosura, como ataviados con un collar de oro.* ¿Qué espectáculo tan digno de ser visto como ver lucir con tanta hermosura y claridad á innumerables Santos? ¿Qué luz será la del cielo nacida de tantas luces, ó por mejor decir, de tantos soles? Cuantas mas hachas se juntan, mas claridad resulta de todas. ¿Cuánta será la claridad de aquella ciudad santa, donde innumerables soles habitarán? Y si con la vista de cada uno crecerá mas el gozo, con la vista de un número sin número ¿qué medida podrá tener el gozo que de tan hermoso espectáculo debe resultar?

§ II.

Pues así como han de estar los Santos tan llenos de luz, han de gozar tambien de los privilegios de la misma luz, la cual tiene esta prerogativa entre todas las cualidades materiales, que no tiene contrario; y así es impasible: tambien aquellos cuerpos gloriosos han de ser impasibles, y no han de tener cosa contraria. Además de esto, no hay cosa mas ágil y presta que la luz; porque fuera de que los cuerpos mientras mas resplandecientes son mas ligeros y prestos, pues no hay elemento mas veloz que el fuego, porque tiene luz, y el sol y las estrellas son las naturalezas mas ágiles y veloces del mundo, y la misma luz es tan presta, que en un instante se extiende á toda su esfera: de la misma manera los cuerpos gloriosos han de tener gran agilidad y ligereza, que se podrán mover donde quisieren con mayor presteza que se mueven las estrellas. Tambien la luz es tan sutil, que no halla estorbo para pasar, aunque encuentre algunos cuerpos bien sólidos: ni es todo el cuerpo y esfera del aire estorbo para que la luz del sol no nos alumbre, y por cuerpos tan macizos como el cristal y los diamantes y otras piedras penetra la luz: pues mucho mejor aquellos cuerpos gloriosos han de tener tan gran don

(1) Belarm. Concion. de Beat. cælest. p. 2.

de sutileza, que no habrá cuerpo que les impida, y por cualquiera parte penetrarán. Por todo esto se llaman con nombre de luz los Santos en la sagrada Escritura, y en especial se dice que los caminos de los justos serán como una luz resplandeciente del mediodía; porque así como la luz camina impasible por lugares cenagosos é inmundos sin contaminarse, y hace su jornada con presteza y penetrando por otros cuerpos, así los Santos junto con la luz que les da el dote de claridad tienen el dote de impasibilidad, como la luz, para no contaminarse en nada; el de agilidad, para moverse con suma ligereza, y el de sutileza, para penetrar por donde quieran.

Los bienes que hay en estos privilegios y dotes de los cuerpos gloriosos son mas que cuantos males hay en esta vida mortal; porque solo el dote de la impasibilidad da en tierra con todas las miserias de esta vida que padecen los cuerpos; quita el cansancio de la vida, el frio del invierno, el calor del estío, las enfermedades, los dolores, las lágrimas, las necesidades todas; lo cual es un bien incomparable, porque con solo quitar la necesidad del comer quita infinitas necesidades y cuidados. Considérese qué embarazados andan los hombres por sustentar la vida, pues toda la ocupan en esto: el labrador arando, sembrando y segando; el pastor sufriendo el hielo y el estío; el criado sirviendo y obedeciendo á voluntad ajena; el rico cuidando y temiendo. ¿Cuántos riesgos se pasan en todos estados por asegurar la comida? De todo esto exime el dote de la impasibilidad al justo. El cuidado del vestido no embaraza menos que el cuidado de la comida: la salud da tambien grande cuidado, porque cuando cae uno enfermo se doblan las necesidades; pero de todas se libra el que es impasible, y está libre, no solo de las penalidades de esta vida, pero si en el mismo infierno entrara, no se quemara un pelo.

La prerogativa tambien del don de agilidad es grandísima, y se puede echar de ver por lo que ha menester uno para una jornada larga, por mas acomodado que la haga, cuán cansado llega y cuán peligroso es, pues aun cuando se llega con salud, ha menester curarse y prevenirse con tiempo para no enfermar gravemente. Por mas regaladamente que camine un rey ha de ser en coche ó en litera; mas no puede dejar de pasar cuestas, montes y peligros, y gastar largo tiempo; pero con el don de agilidad en un cerrar y abrir de ojos se pondrá un Santo donde quiera, y millones de leguas no serán mas dificultosas que dar un paso. Maravillanos grandemente lo que se dice de san Antonio de Padua, que sin hacer noche se puso desde Italia en Portugal para librar á su padre condenado á muerte; lo que hizo nuestro patriarca san Ignacio, que se puso desde Roma, donde estaba, sin ser echado menos, en Colonia de Alemania, y tornó otra vez á Roma en menor espacio que dos horas. Pues si á los cuerpos mortales de sus siervos ha comunicado Nuestro Señor tal don, ¿cuál será el que comunicará en el cielo á sus Santos? ¿Qué gracia

tan particular fuera la de uno que pudiera en un dia correr todos los reinos del mundo, y ver en ellos lo que pasaba? Si en menos que una hora se pudiera poner èn Roma deteniéndose en ver aquella ciudad, cabeza del mundo; luego en otra hora pudiera pasar muy de espacio á Constantinopla, y reconocer aquella corte del imperio oriental; en otra hora llegar al Cairo, y ver de propósito aquella multitud de pueblos; en otra á Goa, corte de la India, y considerar sus riquezas; en otra á Pekin, asiento de los reyes de la China, y admirar la latitud de sus términos; en otra hora á Meaco, corte del Japon; en otra á Manila, en las islas Filipinas; en otra á Ternate, en las Molucas; en otra á Lima, en el Perú; en otra á Méjico, en la Nueva-España; en otra á Lisboa, en Portugal; en otra á Madrid; considerando despacio lo que habia en estas sillas y cortes de reinos: si esto fuera un admirable privilegio, ¿cuál será el de los cuerpos gloriosos que en brevísimo tiempo podrán atravesar los cielos, dar vuelta á la tierra, al sol, al firmamento, y considerar cuanto hay sobre las estrellas y en el cielo empíreo? San Gregorio escribe en sus Diálogos (1) que acometiendo un soldado á matar á un santo varon, teniendo ya la espada desnuda para descargar el golpe, él dió voces diciendo: San Juan, detenle; y al punto detuvo el Santo la mano al soldado, de suerte que no la pudo mover. ¿Con cuánta presteza oyó san Juan desde el cielo á quien le invocaba en la tierra, y con cuánta velocidad bajó á ayudarle, deteniendo y secando el brazo del malhechor, pues previno el golpe ya intentado? No han de tener menos velocidad los cuerpos gloriosos que ahora tienen los espíritus. La gravedad del cuerpo no les ha de causar ningun peso: así de la misma manera andarán y pararán en el aire que en el agua, y por la tierra como sobre los cielos. Maravilla fue en san Quirino mártir, san Mauro y san Francisco de Paula que anduviesen sobre las aguas, y fue grande privilegio atravesar rios caudalosos y el mar sin barca ni navío; pero los cuerpos gloriosos al Océano atravesarán, por el aire subirán, por incendios entrarán seguros y sin pena. De san Francisco de Asis se dice que en la fuerza de su contemplacion fue visto levantado en el aire, y el gran siervo de Dios, el P. Diego Martinez, varon santo y apostólico, de nuestra Compañía, se levantaba en la oracion sobre los mas altos árboles y torres, y suspenso en el aire proseguia orando. Si tan grande favor ha hecho Dios á sus siervos en este valle de lágrimas, á los ciudadanos del cielo ¿qué privilegio no dará?

Á tan notable don de agilidad acompaña el de sutileza, con el cual tendrán los cuerpos gloriosos el campo libre por todas partes, sin haber cosa que les impida; no ha de haber estorbo para su movimiento; no habrá cárcel ni encerramiento para ellos. Con mayor facilidad atravesarán los peñascos que una saeta el aire puro; y lo mismo será para ellos subir de la tierra hasta la luna, por donde no hay cuerpo sólido que embarace el

(1) Greg. lib. 3 Dial. c. 36.

camino, que bajar al centro de la tierra, donde la distancia está impedida con cuerpos tan gruesos como peñas y metales, y el elemento mismo de la tierra. Maravillámonos de oir que los zahories ven lo que está debajo de la tierra; maravillémonos de lo que es cierto que, no solo ver, pero entrar, podrán en lo profundo de la tierra los Santos, y averiguar cuántos minerales hubiere en sus entrañas. Escribe Metafraste que á una doncella natural de Edesa se la aficionó un soldado de los godos que estaba en aquel presidio; y no hallando camino para gozarla, pidió se la diesen en casamiento. La madre y deudos no daban lugar á esta plática, fiando poco de un bárbaro y extranjero que, llevándola á tierras tan distantes como eran las suyas, podria hacerla mal trato sin tener quien se lo mandase; mas él perseveró en su demanda, haciendo mil promesas, hasta rendirles. La madre, que aun no se aseguraba como los deudos, no quiso entregarle la hija, hasta que entrando juntos en el templo de los santos mártires Samona, Curia y Abiba, el soldado, haciendo juramento solemne de que la haria buen tratamiento, dió á los tres Santos por fiadores. Hecha la entrega de la doncella, no mucho despues el soldado la llevó á su tierra, donde era casado, y tenia la primera mujer, y para disimular su maldad dió en otra mayor, y como fiera sin piedad encerró viva á la segunda en una sepultura. Allí la pobre mujer, deshecha en llanto, protestaba á los Santos sus fiadores el enorme agravio que recibia: pediales que le hiciesen buena la palabra del soldado. Al punto se le aparecieron ellos en traje glorioso, y dándole un sueño suave, en breve tiempo la pusieron sin lesion alguna en su patria, sin abrir el sepulcro. Ignorante el bárbaro de este suceso, y persuadido que la dejaba ya muerta, volvió segunda vez á Edesa, donde convencido de su delito lo pagó con la vida. Pues si los Santos tienen poder para hacer pasar por otros cuerpos á los de otras personas, ¿cuánto mejor podrán hacer que los suyos penetren por otros cuerpos, y no haya para ellos impedimento alguno?

Finalmente, allí estarán tan llenos de bienes los siervos de Cristo, así en cuerpo como en alma, que no tendrán mas que desear, y podrá cada uno, esperando aquellos bienes eternos, decirse lo que dijo san Agustin: *¿Qué quieres, cuerpo mio? ¿Qué deseas, ánima mia? Allí hallaréis cuanto quereis, allí cuanto deseais. Si os da gusto la hermosura, los justos tendrán la de un sol; si cualquier limpio deleite, allí no uno, sino un mar de los deleites que tiene Dios hartará vuestra sed.* Levántense los deseos humanos á donde solo pueden cumplirse: no deseen cosas de la tierra, que no les pueden llenar, y deseen solo las del cielo, pues son solo grandes, solo eternas, solo las que satisfacen la capacidad del corazon humano.

CAPÍTULO VII.

Como se ha de buscar el cielo, y anteponerse á todos los bienes de la tierra.

Compare ahora el cristiano las miserias de esta vida con las felicidades de la otra, las flaquezas de nuestra naturaleza en este estado mortal con las fuerzas y privilegios de la misma naturaleza en el estado inmortal que nos aguarda, y anímese á conseguir el gozo de la gloria por una eternidad, con solo un corto trabajo de tiempo muy breve. El rey Ciro, cuando quiso ganar el reino de los medos (1), llamó á los persas, mandándoles que viniesen todos con hachas afiladas, y, habiéndole obedecido, los ocupó todo un dia en cortar un gran bosque: despues que lo hubieron hecho con gran diligencia, les convidó el dia siguiente para un grande convite de muchos regalos y fiestas; luego les encargó que cotejasen un dia con otro, y que escogiesen cuál querian mas, el dia del trabajo primero, ó el dia segundo del regalo y regocijo que se siguió despues. Todos respondieron á voces que el dia del descanso y convite. Con esto les alentó para hacer guerra á los medos, prometiéndoles que despues del trabajo que habian de pasar en su conquista habia de suceder gran felicidad y pujanza. Bastó solo esto para que todos los persas le siguiesen, y fuesen con gran riesgo de su vida á señorearse del reino de los medos. Pues si cotejando un trabajo cási igual con el premio fue bastante razon en unos bárbaros para preferir el premio dudoso á un trabajo cierto, ¿por qué no bastará á los cristianos un premio cierto que es inmensamente mayor que el trabajo? Cotejemos el convite y cena de la otra vida con los trabajos de esta: cotejemos la grandeza del reino de Dios con la pequeñez de nuestros servicios: cotejemos los bienes del cielo con los de la tierra; y nos parecerá todo trabajo regalo, y todo servicio descanso, y toda felicidad de la tierra miseria y una grande vileza. ¿Qué tiene que ver la honra de esta vida, que es falsa, es dada de hombres mentirosos, es corta y limitada, y de poco tiempo, con la honra que se hace en el cielo al justo, que es verdadera, es dada por Dios, es tan extendida cuanto lo es el cielo, y cuanto en él hay de hombres y Ángeles, es eterna y sin fin? ¿Qué tienen que ver las riquezas, que pueden faltar, que llenan de peligros y cuidados, y que no pueden quitar á sus poseedores toda necesidad, con las que no han de tener fin, y dan toda seguridad y abundancia? ¿Qué tienen que ver los deleites limitados, que dañan la salud, disminuyen la hacienda, é infaman al que los busca, con aquellos inmensos gozos de la gloria, que juntan con el deleite honra y provecho? ¿Qué tiene que ver esta vida llena de miserias con aquella llena de dichas y bienaventuranzas? ¿Y qué tienen que ver las malas calidades de nuestros

(1) Instit. lib. 1.

cuerpos mortales con los dotes preciosísimos de gloria que despues de resucitados tendrán? Ahora todos somos podredumbre, gravedad, corrupcion, inmundicia, enfermedades, asco y gusanos; entonces todo será luz, incorrupcion, resplandores, pureza, hermosura, inmortalidad. Cotéjese de espacio qué diferencia va de un cuerpo enfermo, debilitado, asqueroso y pálido, ó despues de ocho dias muerto, lleno de gusanos, podredumbre y hedor abominable, con el mismo en la gloria, resplandeciente mas que el sol, hermoso mas que los cielos, y oloroso mas que las azucenas.

Ni los males ni los bienes temporales tienen comparacion con los eternos, sino que, como dice el Apóstol, lo que es momentáneo y leve obra un eterno peso de gloria. En el principio de la guerra civil (1) que hizo el Senado romano contra Cayo y Fulvio Graccos echó el cónsul Opimio bando, que quien le trajese la cabeza de Cayo Gracco se la pagaria á peso de oro. Tuvieron todos por gran recompensa esta, que se diese otro tanto del metal precioso cuanto pesase la carne muerta. Pero Dios no promete su gloria á peso, sino que da por el trabajo tan ligero como una pluma eterno peso de gloria. No dice el Apóstol que solo ha de dar Dios peso por lo ligero, sino que tambien ha de ser eterno. Fuera gran dicha si cuanto montan nuestras penitencias y trabajos nos hubiesen de dar solamente otro tanto de gozo, como ese fuese eterno; porque por pequeño que fuese se compraba bien barato, aunque fuese en la sustancia tanto por tanto é igual en todo, como en la duracion fuese tan diferente que por el trabajo de un dia se diese descanso de un año; pero dando Dios por lo poco mucho, por lo leve lo macizo, por lo momentáneo lo eterno, ¿qué granjería nos puede venir mayor? Confusion nos ha de causar Septimuleyo, que oyendo aquel pregon del Cónsul romano no reparó en trabajo ni en peligro, hasta que, codicioso de que le diesen premio de igual peso, cortó la cabeza á Gracco, y pidió su peso de oro. El ánimo que tuvo este soldado para quitar la vida temporal á un hombre tengámoslo nosotros para no quitarnos á nosotros mismos la vida eterna. Pues nos sale tan barato el cielo, compremos mucho cielo, y no tengamos menos deseos de los bienes eternos que Septimuleyo tuvo codicia de los temporales, el cual deseoso de mayor ganancia llenó de plomo derretido las partes huecas de la cabeza que cortó, para que fuese mas pesada. Llenemos nuestras obras momentáneas y leves con gran afecto y caridad: llenemos los deseos, y en cualquier obra pequeña añadamos gran voluntad, con grandes ansias de atesorar por lo temporal lo eterno. ¡Qué trueco tan interesado para nosotros, por un jarro de agua comprar el cielo, por lo vil lo inestimable, por lo que dura un instante lo que ha de durar una eternidad! ¡Qué barato fuera si por una paja se pudiera comprar un reino! Pues por lo que no monta mas que una paja podemos

(1) Valer. lib. 9, cap. 4.

comprar el reino de los cielos: por cierto toda cuanta felicidad, riquezas y gustos que hay en la tierra no son mas que una paja respecto de la gloria del cielo. ¡Qué loco y desatinado fuera quien teniendo solo una espuerta de granzones no quisiese dar alguno por una arroba de oro! Esta es la locura de los hombres, que por los bienes de la tierra no quieran tomar los del cielo. ¡Quién hay que ofreciéndole una preciosa margarita por un grano de arena no tuviese ánimo para dar cosa tan vil por lo que es tan precioso? ¿Quién ofreciéndole un rico tesoro por un carbon no admitiera tan ganancioso trueco? ¿Qué hambriento, convidado á una espléndida cena, porque no comiese una cáscara de nuez no aceptara el convite? El cielo nos ofrecen por cosas muy pequeñas; ¿por qué no le aceptamos? Margarita preciosa y tesoro escondido llamó Cristo al reino de los cielos, por el cual debiamos dejar todos los bienes de la tierra, porque todos ellos no son mas que polvo, carbon, vileza y miseria respecto de un gran tesoro de diamantes y perlas. Mucho hizo san Josafat rey en dejar un reino de la tierra por asegurar el del cielo: mucho hizo respecto de nuestro engaño y falsa estimacion de las cosas; pero bien considerado muy poco hizo, y no fue mas que dar una espuerta de tierra por otra de oro, un saco de carbon por un gran tesoro, y una cáscara de nuez por una regalada cena. Todo lo de la tierra se debe dar por una migaja de cielo, porque todas las grandezas de este mundo migajas son, y cáscaras y suciedad, respecto del menor bien del cielo. Toda la felicidad de la tierra no tiene sustancia ni peso comparada con el peso eterno de gloria que nos aguarda. Esto cotejaba David entre sí, y convencido de la grandeza de la gloria dijo al Señor: Incliné mi corazon para hacer tus justificaciones. El corazon humano es como un peso fiel de dos balanzas, que allí se inclina donde hay mayor carga, y como en el corazon de David lo temporal pesaba poco y lo eterno mucho, inclinado del eterno peso de gloria que nos aguarda, y movido de la esperanza de tan grande premio, le llevaba mas el cumplimiento de la ley de Dios que el de su inclinacion y apetito.

§ II.

¿Pues qué si consideramos el trabajo por el cual nos prometen la gloria como paga y premio? Dijo con mucha razon el Apóstol que no era equivalente lo que en el tiempo de la vida se podia padecer, respecto de la gloria por venir que se ha de manifestar en nosotros. Por cierto no son muchos los trabajos de esta vida respecto de tan grande premio. Pues á san Agustin no le parecieron mucho todos los tormentos del infierno por gozar, aun por breve tiempo, de la gloria; y si se considera la grandeza de aquel gozo, no serán mas las penitencias de san Simeon Estilita, los ayunos de san Romualdo, la pobreza y desnudez de san Francisco, los menosprecios que padeció san Ignacio, que el levantar una paja del sue-

lo por hacerle á uno emperador de la tierra. ¿Por cuán menguados premios de este mundo se han expuesto muchos á grandes trabajos y peligros? Porque echó un bando David de hacer capitan general al primero que acometiese á los jebuseos, que eran los mas esforzados de sus enemigos, no dudó Joab de poner la vida á tan manifiesto peligro, y entrándose por picas y lanzas á costa de su sangre, alcanzar aquella honra. Porque el rey Saul propuso de dar á su hija por mujer al que combatiese con el gigante Goliat, no habiendo ninguno que se atreviese á ello, no le pareció á David mucho ponerse á cualquier riesgo por la esperanza del premio.

¿Qué no han hecho los hombres por un premio de la tierra? Nada les ha parecido mucho, y al cristiano debe parecer poco todo por el reino del cielo. Maravíllase Séneca de lo que hacen los soldados por un reino corto y caduco de la tierra, y mas siendo el reino para otro. Padecer tanto por reino, y por reino ajeno, le pareció mucho á este filósofo; y tuvo mucha razon en extrañarse que por bienes tan cortos se llevasen tantos trabajos y peligros. Mas nos podemos maravillar nosotros, que por el reino de los cielos, y este no ajeno, sino para nosotros mismos, nos parezca el trabajo de este mundo mucho, y nos animemos tan poco. ¿Qué no hizo Jesbaan por el reino de David (1), con ser un hombre despreciado y tenido por de poco valor? Viendo que iba en ello el reino de David, se esforzó y animó tanto, que acometiendo á ochocientos hombres los mató de un ímpetu, y otra vez á trescientos. Por el mismo reino de David peleó tan constante y varonilmente Eleazar, hijo de Ahoites, que mató innumerables filisteos, y peleó hasta que de puro cansado no pudo menear el brazo, y se le quedó tan inmóvil del cansancio como si fuera de mármol. Si por el reino de la tierra ajeno se animaron tanto estos hombres, ¿por qué no nos alentamos á conquistar el reino de los cielos, por el cual poco es trabajar hasta que nos falten las fuerzas, y morir en la demanda? ¿Qué digo por el reino de David? Pues solo por un gusto, por ventura impertinente, del mismo David, cuando deseó beber del agua de la cisterna de Belen, que estaba de esa otra parte del ejército enemigo, se arriesgaron tres soldados solos á abrir camino con su espada, y atravesando por medio de los escuadrones contrarios le trajeron el agua deseada. Si por un gusto ajeno y de un momento hicieron tanto estos mancebos, nosotros por los gustos propios de aquellos gozos eternos que perpétuamente y sin fin hemos de gozar ¿por qué no nos animamos todos? Reino es del cielo lo que esperamos: gozos, riquezas y honras eternas son las que nos han prometido: poco es todo lo que en tiempo se puede padecer por alcanzarlo. Semma (2) por defender una tierra sembrada de lentejas se atrevió él solo á pelear con un ejército de filisteos:

---

(1) I Reg. XXIII, et Paralip. XI; v. Sanctium, et Tirinum, II Reg. XXIII.
(2) II Reg. XXIII.

por defender la gracia, que es semilla de Dios, por asegurar la gloria, que es fruto de la pasion de Cristo, no es mucho que sin derramar sangre nosotros peleemos contra un apetito, y venzamos á nuestra naturaleza corrompida en esta vida por perfeccionarla en la otra. Para esto es muy poderosa la consideracion de la gloria, teniendo siempre delante de los ojos el cielo que nos han prometido; porque no ha de ser de menos eficacia el premio eterno que promete Cristo que el temporal de los hombres. Esto significó Nuestro Señor (1) mostrando al profeta Ezequiel cuatro animales muy diversos en naturaleza, pero muy unos en ocupacion y puesto. Vió en medio de esos aires á cuatro animales que tenian forma de águila, de buey, de leon y de hombre, los cuales todos volaban con cuatro alas tan ligeros como un relámpago. ¿Qué cosa pudo violentar tanto la naturaleza pesada de un buey que igualase en el vuelo de la águila? ¿Y quién dominó tanto la fiereza del leon que la hermanase con la humanidad del hombre? El mismo Profeta lo declara diciendo que llevaban el cielo en la cabeza, teniendo sobre ella el firmamento; porque si en nuestro pensamiento estuviere el cielo, á todo nos animarémos, y el hombre material se podrá igualar con un Ángel, y el que es bruto en sus costumbres como las fieras las pondrá en razon como es debido al hombre, y el que era pesado y tardo como un buey volará á cuatro alas, venciendo su naturaleza con doblada ligereza que las aves, y dejará la tierra el que pacia en ella, dejando sus gustos breves y caducos por la esperanza de los eternos.

§ III.

No es mucho esto; porque es tan grande el bien que esperamos, que el privarnos por él de todo otro bien lo habiamos de tener por dicha, y el padecer todo mal y tormento por gusto grande. Oigamos lo que dice san Juan Crisóstomo (2): *Tantos cuantos trabajos pasares, tantos cuantos tormentos padecieres, todas estas cosas son nada respecto de los bienes venideros.* Oigamos tambien á san Vicente mártir lo que decia al presidente Daciano; y con efecto confirmaba las palabras con su paciencia y alegría en los tormentos, en los cuales se estaba riendo, mirando al cielo, donde caminaba: como le levantase muy alto en el ecúleo, y por burla le preguntase el tirano dónde estaba, respondió: *En alto, donde te desprecio á tí, aunque eres tan altivo y soberbio con el poder que tienes en la tierra.* Amenazado despues con tormentos mas crueles, decia: *No me parece que me amenazas en esto, sino que me ofreces lo que deseo con todas las ansias de mi corazon.* Y cuando le despedazaban con garfios y uñas de hierro las carnes, y con hachones encendidos se las abrasaban, decia muy con-

(1) Ezech. I. — (2) Chrys. tom. 5, hom. 49. Quotquot labores duxeris, et quotquot supplicia pertuleris; hæc omnia nihil erunt ad futura bona.

tento: *En vano te fatigas, Daciano: no puedes imaginar tormentos tan horrendos que no los quiera yo padecer. La cárcel, las uñas, las láminas encendidas, la misma muerte es para los cristianos entretenimiento y juego, no tormento.* Tan grandes tormentos en la tierra tuvo por risa quien consideraba los gozos del cielo. Considerémoslos nosotros tambien, y no haya cosa que dejemos de padecer por asegurarle y poseerle. Lástima es que por no privarse de un gusto vil pierda el cristiano tantos gozos, y esos eternos; que por no sufrir una ligera injuria pierda las honras celestiales; por no dar lo que se debe y restituir lo que se tomó deje de recibir y tomar posesion del reino de los cielos, y por un bocado amargo que le ofrece el demonio se prive de la gran cena á que le convida Dios. ¿Quién escogiera antes comer de los huesos que se caen de un banquete regalado que sentarse á la mesa á comer los manjares mas suaves y platos sazonados? Lo que te ofrece el mundo en todos sus bienes no es mas que un plato de huesos sin sustancia, y cáscaras vanas y amarguísimas; pero á lo que te convida Dios es una mesa llena de regalos y dulzura en que se satisface toda la hambre canina del apetito humano. Con razon se llama en la sagrada Escritura cena grande (1), y en otra parte cena de bodas por la hartura que causa, la cual no puede causar ningun bien de la tierra. Llámase cena y no comida, porque despues de la comida suelen levantarse los hombres para las otras ocupaciones y trabajo; mas despues de la cena no hay mas ocupacion ni trabajo, sino solo la quietud y descanso. En esta gran cena se sirve por principal plato la vista clara de Dios con todas las perfecciones divinas, luego mil gozos del alma en todas sus potencias, luego mil gustos de los sentidos con todas las perfecciones del cuerpo glorificado. Estas son como los postres de este divino convite; y si los postres son tales, ¿cuál será la sustancia de él? ¿Qué comparacion pueden tener con gozos tan suaves y bienes tan grandes los que en el mundo hay? Por cierto que ni son dignos de llamarse cortezas de bienes.

Es mucho para reparar como todos los que nos propone Cristo que no gozaron de aquella cena grande, en que se figuraba la gloria, no fue por cosas que fuesen pecado de suyo. Uno se excusó porque compró un lugar ó granja; otro porque habia de probar unos bueyes; otro porque se habia casado. Todas estas cosas no son pecado; pero anteponerlas al reino de los cielos es una increible locura y ceguedad lastimosa: y todos los que en cosas de la tierra se ocupan con ansias demasiadas, y emplean en solo ellas la vida, no hacen menos que anteponer las cortezas, huesos y cáscaras de lo que podia sobrar á una corta comida de un rústico á los platos regalados de la mesa de un poderoso rey. Por cierto que aunque no nos hubiera convidado Dios á nosotros, miserables y viles gusanillos, para una cena de infinita suavidad en el cielo, sino que solo

(1) Luc. XIV; Apoc. XXI.

nos prometiera las migajas de ella, las habiamos de preferir á todos los gustos y comodidades de este mundo; y temamos que aun en el tomar gustos licitos puede haber peligro de nuestra condenacion. Los males del pecado son causa de condenarse los hombres, y los bienes del mundo son ocasion: suspiremos solo por el cielo. Abramos los ojos, porque los que fueron con alguna especial vocacion llamados de Dios, aun sin pecado, los introduce la sagrada Escritura condenados, como lo hemos visto en estos tres convidados; y mas temerosamente se verá en aquel mancebo que, habiendo preguntado á Cristo nuestro Redentor qué haria para conseguir la vida eterna (1), y oido del Señor que guardase los mandamientos de la ley, dijo que así lo habia hecho toda su vida. Pero porque el Señor le llamó con especial vocacion para que fuese perfecto, y que para eso dejase todas las cosas, él se fué triste, porque era muy rico; luego Jesucristo, dando á entender que estaba excluido del reino de los cielos, dijo aquella memorable y temerosa sentencia (2): *De verdad os digo, que un rico entrará muy dificultosamente en el reino de los cielos. Y otra vez digo, que es cosa mas fácil entrar un camello por el agujero de una aguja que un rico en el reino de los cielos*; significando juntamente que habia sido excluido de la gloria aquel mancebo, aunque de él se dice que cumplió antes los mandamientos; porque los que Nuestro Señor favorece con particulares inspiraciones y vocacion no aseguran la salvacion con solo no querer quebrantar los Mandamientos, sin animarse á guardar algunos consejos, quitando no solo los pecados y ocasiones de pecar, sino los impedimentos de la virtud y perfeccion, con lo cual no solo aseguran mas el cielo, sino que alcanzarán mas cielo; y si no lo hacen pueden temer no desobliguen á Dios para que no les conceda los auxilios eficaces para guardar los Mandamientos, despues que tuvieron la vocacion divina y la menospreciaron, y con ella la salvacion eterna y la misma gloria. Poco es cuanto se hace por el cielo, poco cuanto se padece, poco cuanto se deja, poco cuanto cuidado se pone para alcanzarlo, poco cuanto recato se guarda, poco cuantos impedimentos se quitan, y poco cuanta estrechura se abraza por asegurarle; y si no lo juzgamos así en este valle de lágrimas, júzganlo los Santos del cielo, que tienen diverso parecer que los habitadores de la tierra. Una vez que apareció santa Teresa de Jesús á la bendita Isabel de santo Domingo (3) pidió esta observante religiosa perdon á santa Teresa de un disgusto que le pareció la habia dado, y fue que, siendo priora de Pastrana, puso una reja muy estrecha por donde oian misa las monjas: á algunas les parecia muy apretada, y á santa Teresa tambien, y quisiérala quitar, pero dejólo de hacer porque la replicó la priora sor Isabel diciendo que habia inconveniente en que estando cerca la pudiesen ver los seglares; pero como despues de muerta,

---

(1) Luc. XIX. — (2) Matth. XIX. — (3) D. Miguel Bautista de Lanuza, l. 3 de la vida de la bendita Isabel, cap. 6.

y ya gloriosa santa Teresa, tuviese pena la bendita Isabel de santo Domingo de haber con su contradiccion disgustado á su santa Madre, la respondió la Santa diciendo: *Diferentemente me parecen acá algunas cosas*. Y sin duda parecerán muy de diversa manera las cosas en el cielo, donde todo recato y cuidado por no ofender á Dios parecerá muy poco, y cualquier descuido ó impedimento de servirle se tendrá por mucho.

CAPÍTULO VIII.

De los males eternos, y especialmente de la suma pobreza, deshonor é ignominia de los condenados.

No solo hay que despreciar en el mundo sus bienes con la consideracion del cielo, sino tambien sus males con la memoria del infierno, en cuya comparacion todo mal temporal se puede tener por bien, comodidad y regalo; y todo regalo debe ser aborrecido como tormento y pena, si dispone para aquellos tormentos eternos, y priva de los gozos perpétuos que no han de tener fin. Pero son tales estos dos extremos que nos aguardan, que cualquiera de ellos basta para que despreciemos todo bien y mal temporal, y juntándose la privacion de los bienes del cielo con la consideracion de los tormentos del infierno, no sé cómo hay quien guste de cosa de esta vida, y no tiemble de lo que le puede suceder. Por este riesgo solamente á todo bien temporal habiamos de aborrecer y escupir, y á todo mal de esta vida admitir y abrazar, y á males y á bienes despreciar, ni amando los bienes ni temiendo los males, no haciendo caso de nada; pero los bienes mundanos tienen esto para ser despreciados mas que los males, que suelen ser ocasion de pecados y de caer en la condenacion eterna. La sagrada Escritura y los Santos están llenos de amenazas contra los ricos, los poderosos, los amadores del mundo, que son los que pueblan el infierno. El profeta Baruc dice (1): *¿Dónde están los príncipes de las gentes que dominan aun sobre las bestias de la tierra, que se entretienen con las aves del cielo, que atesoran plata y oro, en que confian los hombres? ¿no hay fin de adquirirlo? ¿los que acuñan y labran plata, y andan solícitos, y no se hallan sus obras? Destruidos están, bajaron á los infiernos, y otros se levantaron en su lugar*. Santiago dice (2): *Llorad, ricos, lamentándoos de vuestras miserias, que han de venir sobre vosotros.* San Pablo (3) no solo á los ricos, sino á los que desean serlo, amenaza diciendo: *Los que quieren hacerse ricos caen en lazo y en tentaciones del diablo, y en muchos deseos inútiles y nocivos que anegan al hombre en muerte y perdicion*. Con este contrapeso y riesgo ¿quién hay que desee bien de esta vida, pues solo sus deseos son tan ponzoñosos? Oigan á san Bernardo (4) todos los que sienten en su corazon aficion de la tierra, el cual

(1) Baruch, III, 16. — (2) Jacob. V. — (3) I Tim. VI. — (4) Bernard. in Med.

dice: *Díme, ¿en dónde están los amadores del mundo que pocos años há estuvieron con nosotros? No ha quedado de ellos sino las cenizas y hediondos gusanos. Advierte con diligencia qué son ahora y qué fueron: hombres fueron como tú; comieron, bebieron, rieron y pasaron en deleite sus dias, y en un punto bajaron al infierno. Aquí están sus cuerpos comiéndose de gusanos, y en el infierno están sus almas condenadas á los fuegos eternos, hasta que tornándose á unir se hundan en los incendios sempiternos, para que los que fueron compañeros en las culpas lo sean en las penas, y una misma pena comprenderá á los que un mismo amor los juntó en el delito. ¿Qué les aprovechó la gloria vana, la breve alegría, la potencia del mundo, el deleite de la carne, la familia grande? ¿En dónde están sus risas y sus gracias? ¿En dónde su jactancia y arrogancia? ¡Cuán grande tristeza será despues de tantos deleites tan grave miseria! Del triunfar del mundo cayeron en grande ruina y grandísimos tormentos.* Y conforme al Sábio: *Los poderosos serán poderosamente atormentados.*

Pues si los que gozan mas del mundo corren mayor peligro de caer en el infierno, ¿qué cosa podrá ayudar mas para despreciar al mundo que la consideracion de fin tan lamentable? Porque ¿qué cosa puede declarar mejor cuán despreciables sean sus bienes temporales, pues suelen ocasionar males eternos? Por un vicio que haga una casa hermosamente labrada no se habitará; por un siniestro que tenga un brioso caballo no se comprará; por una hendedura que tenga una taza de cristal no se pondrá en el aparador de un rey; y teniendo este vicio y siniestro y ponzoña los bienes del mundo, ¿cómo se codician, se aman, se buscan, buscando nuestra perdicion? No hay duda sino que si se consideraran los males sempiternos que corresponden á los brevísimos gustos de esta vida, que pisáramos con los piés y escupiéramos á toda felicidad, y temblando uno de verse en alta fortuna huyera del mundo como de la muerte. Estando persuadiendo el celoso Fr. Jordan á un caballero que se convirtiera á Dios y despreciara toda su grandeza, acudió por último remedio á la consideracion de esta postrimería; y viendo que era un mancebo muy gallardo, hermoso y bien dispuesto, le dijo: Señor, esto por lo menos os pido, que pues Dios os hizo de tan hermoso rostro y talle, que considereis en vuestro corazon cuán grande mal seria si tan hermoso cuerpo y dispuestos miembros viniesen á ser pasto del fuego eterno, y hubiesen de ser abrasados sin fin. Hízolo así el caballero; y pudo con él tanto esta consideracion, que aborreciendo al mundo dejó todas sus posesiones y esperanzas, y se hizo pobre de Cristo, entrándose religioso.

§ II.

Vengamos, pues, á considerar lo que son los males eternos, para que despreciemos todos los males temporales, y tambien todos los bienes. Son los males del infierno tan verdaderos males, y son tan puros males, que

no tienen mezcla de bien. Hay en aquel lugar de desdicha esta doblada desdicha, que hay en él todos los males, y no hay en él ni un solo bien; porque es privacion de todo bien y posesion de todo mal, con eterno llanto y ningun consuelo, pues aun una gota de agua que pidió á un hombre tan misericordioso como Abrahan le faltó al rico avariento. Ni ha de haber allí bien que consuele, por pequeño que sea, ni faltará mal, por grande que sea, que no aflija. No se hallará bien alguno donde faltan todos los bienes, ni faltará mal donde se hallan todos los males, que con la falta de todo bien y la junta de todos los males viene á ser cada mal mayor. En la creacion del mundo á cada naturaleza iba alabando Dios diciendo que era buena, sin añadir mas exageracion; pero despues, cuando ya estaban todas criadas y juntas, añadió: *Que eran buenas grandemente*, porque la junta de muchos bienes realza á cada uno mucho, y lo mismo es la junta de muchos males. Pues ¿qué será el cielo, donde no solo hay junta de muchos bienes, sino de todos los bienes y de ningun mal? Y ¿qué será el infierno, donde no solo hay muchos males, sino todos los males juntos con ningun bien? Por cierto no solamente serán los del cielo bienes, sino grandemente bienes; ni los del infierno males, sino grandemente males, y mas que grandemente. En significacion de esto mostró el Señor al profeta Jeremías (1) dos canastillas de higos; en la una de ellas dice que los higos que tenia eran buenos, y buenos demasiadamente; y los higos de la otra eran malos, y malos demasiadamente. No se contenta con decir malos, ni muy malos, sino demasiadamente malos; porque significaban aquel estado miserable de los condenados, donde ha de haber la junta de todos los males sin mezcla de algun bien, y así aun es corta palabra decir que son sus males demasía de males.

No se maravillara nadie de esto que conociese la gravedad del pecado, por el cual siendo mortal merece el hombre el infierno, y el cristiano nuevo infierno, segun habla san Agustin; esto es, el gentil un infierno, y el que conoció á Cristo dos, pues conociendo al Hijo de Dios encarnado y crucificado por él se atrevió á pecar. Es el pecado demasiado mal, porque es mal infinito, y así no es demasiado le castiguen con males eternos. Es un mal que es mayor que todos los demás males juntos, y así no es demasiado sea ajusticiado el pecador con todos los males juntos. Los que se extrañan de la terribilidad de las penas eternas es porque no conocen la horribilidad de una culpa; por lo cual dice san Agustin (2): *Por eso parece la pena eterna dura é injusta á los sentidos humanos, porque en esta flaqueza de los sentidos caducos que han de morir falta el sentido de aquella sabiduría altísima con que se puede sentir cuán grande maldad se haya cometido en la primera prevaricacion.* Pues si para quien conociera la maldad de aquel pecado primero que se cometió cuando Cristo

(1) Jerem. XIV. Calathus unus ficus bonas habebat nimis; et calathus unus ficus habebat malas nimis. — (2) Aug. lib. 21 de Civit. cap. 12.

no habia muerto por el hombre no es demasiada pena la del infierno, ¿cómo puede ser mucha para los que ofenden á su Redentor despues de haberle visto tan fino para con nosotros, que haya dado su vida para que no pequemos? De la necesidad de tan costosa medicina podemos colegir la grandeza de la enfermedad; porque la gravedad y peligro de una dolencia se conoceria por los medicamentos extraordinarios y costosos que para ella se buscasen, y sin los cuales no tuviera cura. Tambien podemos colegir el mal infinito de un pecado mortal, pues no tuvo otro remedio sino uno tan extraordinario como hacerse Dios hombre, y morir muerte tan afrentosa y dolorosa por el mismo hombre, y tambien tan costosa, como fue el valor y precio infinito de merecimientos y pasion de Jesucristo. Es el pecado injuria contra Dios; y como la injuria crece al paso de la grandeza de la persona injuriada, como Dios sea infinito, su injuria grave viene á ser una maldad infinita; y así como Dios es un bien que encierra todos los bienes, así el pecado mortal, que es su injuria, es un mal que merece todos los males, para que sea castigado con todos ellos, y una culpa que merece todas las penas.

§ III.

Consideremos, pues, como en el infierno hay todo género de penas, y la grandeza de ellas. Ocho géneros de penas escribe Tulio (1) que hay en las leyes, y lo mismo dice Alberto Magno (2), las cuales son pena de daño, por la cual es condenado uno á perdimiento de bienes; pena de infamia, pena de destierro, pena de cárcel, pena de servidumbre, pena de azotes, pena de muerte, pena de talion. Á estas penas se pueden reducir todas las demás; y todas las hallarémos que ejercita la justicia divina en los que despreciaron la misericordia é injuriaron á la bondad y majestad infinita. Lo primero, se halla allí la pena de daño tan rigurosa, que en solo una pieza de que privan al condenado le privan de todos los bienes, porque le privan de Dios, que los contiene todos. Esta es la mayor pena que puede imaginarse. ¡Oh cuán perdido y pobre es un condenado, pues ha perdido á Dios, y queda privado de él por una eternidad! El que por leyes humanas es condenado á perdimiento de bienes puede despues, si vive, ganar otros de nuevo, por lo menos en otro reino, si se huye; pero quien queda privado de Dios ¿dónde hallará otro Dios, y quién se huirá del infierno? Es Dios el sumo bien, y así es el sumo mal estar privado de él, porque, como dice san Juan Damasceno, mal es la privacion del bien; por lo cual aquel será mayor mal donde haya mayor privacion, y de mayor bien; y como en el infierno haya eterna privacion de Dios, que es sumo bien, la pena de daño, que priva á uno para siempre del mayor bien de todos, es la mayor de todas las penas, y tambien será la

(1) Tullius. — (2) Albert. Magn. lib. 7, Comp. Theol. cap. 22. Damnum. vinc. etc.

que causará mas sentimiento y dolor; porque si el quemarse una mano causa un dolor que no se puede sufrir, porque priva el demasiado calor de la buena constitucion y temperamento natural del cuerpo, que es un bien tan vil y corto, ¿cuánto atormentará estar privado y apartado eternamente de un tan grande bien como Dios? Un hueso quebrado ó desencajado ¡qué dolor tan intolerable causa porque está fuera de su lugar y privado de su asiento! ¿qué será estar una criatura racional apartada eternamente de su fin para el cual fue criada? San Juan Crisóstomo dió algo á entender este dolor cuando dijo (1): *El que en el infierno arde pierde tambien totalmente el reino de los cielos, la cual pena verdaderamente es mayor que el tormento de las llamas de fuego. Muchos conozco que temen al infierno; pero yo digo que el perder la gloria es cosa mas amarga que el mismo suplicio del infierno, y no es de maravillar que no lo pueda declarar esto con palabras, porque no conocemos tanto la bienaventuranza de aquellos premios, para que podamos conocer bien cuán grande desdicha es perderles; pero sabrémoslo sin duda cuando por experiencia nos lo comiencen de enseñar*. Entonces se abrirán los ojos, entonces se quitará el velo, entonces verán los malos con gran dolor cuánta distancia hay entre el bien eterno y sumo, y estos caducos y frágiles. Si esto dice san Juan Crisóstomo de la pérdida del premio de la bienaventuranza, que es mayor mal que el tormento del fuego infernal, ¿qué será la pérdida de Dios no solo en cuanto es bien nuestro, sino en cuanto es en sí suma bondad, de la cual será eternamente aborrecido el condenado?

Por lo cual esta pena de daño será la mayor de las penas, porque la falta y la necesidad y pobreza que causará la privacion de Dios será la mayor de las pobrezas y necesidades, por ser la privacion del mayor bien y de las mayores riquezas, pues son las riquezas de Dios y de la gloria. Además de esto será tan universal la condenacion del pecador en todo bien, que quedará en todas las cosas aun sin esperanza del bien, y en suma necesidad sin haber quien le remedie. ¡Qué mayor pobreza que la de aquel á quien le falta todo, y aun la misma esperanza! Espantámonos de la pobreza á que vino el santo Job, que de rey y rico vino á parar en un muladar, sin saber que le quedase otra cosa sino un casco de cantarilla ó pedazo de teja para raer la podre de sus llagas. Pero aun esto les faltará á los condenados, que ni tendrán por cama un muladar, que fuera para ellos un gran reparo, sino en lugar de cama estarán sobre tizones de fuego que abrasarán sus carnes, ni tendrán un casco de cantarilla quebrada para recoger un poco de agua si se la diesen; porque, como dice el profeta Isaías (2): *No se hallará que les quede un cántaro quebrado ni un pedazo*, ni tendrán en que recoger el agua, ni quien se la dé. Aquel rico avariento del Evangelio, acostumbrado á beber en tazas de cristal, y á comer en plata, y á vestir holanda, nos podrá decir á cuánto llega esta

---

(1) Chrys. hom. 24 in Matth. tom. 2, fol. 61, p. 1. — (2) Isai. XXX.

pobreza. ¿Cuánto pidió? No vino de Gandía ni otro regalado, sino agua, que le faltó, y esa no en alguna hermosa copa de cristal ó de plata, sino en el dedo de Lázaro leproso. Llegó á tal extremo este ricazo tan limpio y regalado, que tuviera por felicidad que le diesen una gota, aunque fuese en el dedo mas enconado y asqueroso de un leproso; pero aun esto le faltó. Vean los ricos de este mundo á qué extremos de pobreza llegarán si fian de sus riquezas; sepan que han de ser condenados á perdimiento de bienes. Mire el que estaba acostumbrado á vestir holandas, á pisar sobre alfombras y descansar en plumas, á morar en dilatados palacios, como se hallará desnudo y arrojado en áscuas encendidas, sin moverse de un estrecho y apretado sitio de aquella mazmorra infernal: tema las riquezas de este mundo, y tema la pobreza del otro.

§ IV.

Á esta pobreza de todo bien acompaña una infamia suma y deshonra afrentosísima de los condenados, para la cual bastaba ser uno por pública sentencia privado de la gloria por delitos suyos, y ser reprendido por ellos del Señor de cielo y tierra. Esta será tan grande infamia, que dice de ella san Juan Crisóstomo estas palabras (1): *Intolerable cosa es el infierno, y horrible aquel castigo: con todo esto si me pusiere uno delante mil infiernos no me diria cosa tan horrible como es ser excluido de la gloria, de aquella honra felicísima, y ser aborrecido de Cristo y oir de él: No os conozco, y ser reprendidos que negamos la comida y bebida al hambriento y sediento.* Esta infamia podemos declarar con el ejemplo de un poderoso rey que, no teniendo hijo que le sucediese en su reino, tomase de la puerta de la iglesia un niño muy hermoso, y le criase como á hijo, y en su testamento dejase mandado que si cuando creciese tuviese buenos respetos fuese de todos tenido por rey legítimo, y le asentasen en su trono real; pero si los tuviese malos, como desgraciado y malo le enviasen á galeras con ignominia é infamia; y obedeciendo el reino á este mandato diese excelentes ayos y maestros á aquel muchacho, que pusiesen todo cuidado y diligencia en enseñarle, pero él saliese tan travieso y mal inclinado, que no quisiese aprender, y arrojase por la ventana los libros, y no tratase sino de travesear con otros muchachos, y hacer casas de barro y otras niñerías y burlas, las cuales aunque los ayos se lo impedian y le deshacian las casillas y muñecas que habia hecho, le corregian, castigaban y avisaban de lo que le importaba hacer para su bien, y de todo no aprovechase, solo que cuando le reprendian y castigaban lloraba; pero esto no era de arrepentimiento, sino porque le impedian sus gustos, y al dia siguiente hacia lo propio; antes mientras mas crecia fuese siempre peor, y aunque le decian lo que mandó en su testamento el rey, y lo

(1) Chrys. hom. 24 in Matth. p. 83.

que importaba irse á la mano, no hacia caso de ello, hasta que despues de haber hecho los ayos todas las diligencias que pudieron, siendo ya mancebo atrevido, sin letras ni buenos respetos, le juzgase el reino por indigno de reinar, y le llamasen en Cortes generales, y habiéndole leido primero públicamente el testamento del rey, luego le mandasen despojar los vestidos reales, y maniatado le enviasen á galeras, ¿qué mayor afrenta é ignominia que esta de perder un reino y de ser condenado á galeras? No sé cuál de estas dos cosas sintiera mas aquel mancebo. Mayor ignominia y mas lastimosa tragedia pasa con un cristiano que es condenado al infierno, porque habiéndole levantado Dios de las puertas de la muerte y adoptádole por hijo, con condicion que si cumplia sus mandamientos habia de reinar en el cielo, y sino ser condenado al infierno, él no hizo caso de esto, y olvidado de sus obligaciones no tuvo respeto alguno á los ayos y maestros que le dió, que son los santos Ángeles, y especialmente el de su guarda, que le dan santísimos consejos, y los varones espirituales y apostólicos que con sus ejemplos y doctrina nos exhortan á lo que debemos hacer como hijos de Dios, ni escarmentado con los castigos del cielo, con los cuales ha deshecho el Señor sus trazas y vanos entretenimientos, llorando solo sus pérdidas temporales, no las ofensas divinas, al tiempo de la muerte es sentenciado por indigno del reino de Dios y merecedor del infierno, en el cual ignominiosamente es precipitado. ¡Qué infamia puede ser mayor que esta del condenado! Porque si ser ajusticiado por la justicia humana es grande infamia, ¿cuán grande lo será ser ajusticiado por la justicia divina como malhechor y fementido á Dios?

Fuera de la infamia de la pena tendrá el condenado la infamia de la culpa eternamente, y le han de baldonar y escarnecer los demonios mientras Dios fuere Dios; y no solo los demonios, pero todas las criaturas racionales del cielo y del infierno, Ángeles y hombres han de sentir mal de él y tenerle por infame, fementido y traidor á su Rey, Criador y Redentor. Además de esto se ha de echar de ver esta infamia en el rostro del pecador; porque así como á un esclavo fugitivo le hierran y á un malhechor le cauterizan, así dice Isaías (1) que sus caras serán rostros quemados y cauterizados; y no solo de rostro, pero de todo el cuerpo, dice Alberto Magno: *Tan ignominioso estará el cuerpo del pecador, que cuando venga el alma á tornar á entrar en él, la asombrará; porque le verá tan horrible que quisiera antes tenerle tal cual estaba cuando tenia la mitad de él comido de gusanos.*

---

(1) Isai. XIII. Facies combusta vultus eorum.

CAPÍTULO IX.

Penas de los condenados por el lugar horrible en que están desterrados del cielo, y presos en el infierno.

Otro género de pena de gran trabajo y desconsuelo es la de destierro, la cual padecerán los condenados en sumo grado, porque serán desterrados al lugar mas apartado del cielo y mas calamitoso de todos, que es lo profundo de la tierra, donde ni el sol de dia ni las estrellas de noche verán; donde todo será horror y tinieblas, y así se dijo de aquel condenado: *Arrojadle á las tinieblas de afuera:* fuera de la ciudad de Dios, fuera de los cielos, fuera de este mundo y donde no parezca; á aquella tierra que se llama en el libro de Job (1) tierra tenebrosa y cubierta de oscuridad de muerte, tierra de miserias y de tinieblas, en donde ningun órden sino sempiterno horror habita; tierra, segun Isaías (2), de azufre y pez ardiendo, tierra de corrupcion y peste, y tierra de inmundicias y miserias. Santo Tomás dice (3): *En la última purificacion del mundo, segun san Basilio, se hará separacion en los elementos, de manera que lo puro y acendrado quede arriba para la gloria de los bienaventurados, y lo impuro y cenagoso se arroje al infierno para pena de los condenados; para que así como toda criatura es á los bienaventurados materia de gozo, así tambien se aumente el tormento de los condenados por toda criatura. Esto pertenece á la divina justicia, para que así como apartándose por el pecado, del que es uno, pusieron su fin en las cosas materiales, que son muchas y varias, así tambien sean afligidos de muchas cosas.* Pues á este muladar y estiércol, á esta sentina de los elementos y tierra de tormentos y penas serán desterrados los enemigos de Dios.

La pena de destierro era gravísima para los ciudadanos romanos cuando por algunos enormes delitos los echaban de su ciudad, enviándolos á alguna isla ó region de bárbaros. Ovidio no se hartaba de llorar de verse desterrado en el Ponto, suspirando continuamente por Roma; y Marco Tulio cuando volvió de su destierro, como si entrara de nuevo en el mundo y le hicieran señor de él, todo espantado y lleno de admiracion y gozo decia: *¡Qué hermosura es la de Italia, qué celebridad de pueblos, qué forma de regiones, qué campos, qué mieses, qué belleza de ciudad! ¡Oh qué humanidad de ciudadanos, qué dignidad de república!* Si esto hacian los hombres por la diferencia que habia de una tierra á otra, y de unos hombres á otros, ¿qué sentimiento y pena tendrán los condenados por la diferencia que habrá del cielo al infierno, y de tratar con Ángeles á tratar con demonios? ¿Qué dolor será verse privados de los palacios del cielo, de la conversacion de los Santos, y de aquella dichosísima region

(1) Job, x. — (2) Isai. xxxiv. — (3) S. Thom. in 4 sent.

de vivos, donde todo es paz, caridad, tranquilidad y gozo; donde todo luce, todo deleita, y por todas partes suena *aleluya* (1)? David el estar ausente de su patria entre bárbaras gentes, aunque le iba en ello la vida, lo sentia como la muerte, y se quejaba amargamente por verse léjos del tabernáculo. El pueblo de Judá desterrado en Babilonia no se hartaba de derramar lágrimas, tan desmayados todos y sin ánimo, que les parecia imposible poder cantar, por ser accion de alegría, en tierra ajena. Por cierto que aunque no tuvieran otra pena los condenados sino verse desterrados entre demonios en parte tan distante del cielo, tan lóbrega como la noche, sin ver el sol ni la luna por toda la eternidad, que era un tormento insufrible.

Fue tiranía la crueldad que usó Alejandro con Calistenes (2), al cual despues de haberle mandado cortar las orejas, labios y narices le encerró en una jaula con un perro solamente que le hiciese compañía: espectáculo por cierto lamentable ver tratado como á bruto á un varon tan discreto, y no con otro que pudiera consolarle, que con un perro; pero los condenados tomaran estar entre perros, aun entre leones, antes que entre sus mismos padres. Un peregrino tormento inventaron los tiranos del Japon contra los que confesaban á Cristo, y es colgarlos boca abajo, metido el medio cuerpo dentro de una hoya donde estaban muchos lagartos, culebras y otras sabandijas venenosas y muy asquerosas; pero tampoco la compañía de estos animales es igual á la de tantos dragones infernales como hay en aquella profunda hoya, donde no la mitad, sino todo entero, estará hundido el miserable pecador. Los romanos para poner horror á los parricidas (3) cuando mataban á sus padres, y reprimir tan infame delito, encerraban á los delincuentes con una sierpe, una mona y un gallo. ¿Á quién no pone horror el infierno, donde ha de estar encerrado con todos los malignos espíritus? En una casa donde haya un duende no hay quien quiera habitar; ¿cómo habitará en aquel pozo y abismo donde están no dos ó tres, pero todos los malos espíritus juntos? En un barrio de apestados nadie quisiera vivir, ni en parte donde hubiera mala vecindad; mire la que tendrá en el infierno. Marco Caton aconsejaba á los que hubiesen de comprar una tierra mirasen primero qué vecinos tenia; y Temístocles (4) habiendo de vender una heredad mandó que se advirtiese en el pregon que tenia buenos vecinos. ¿Cómo compramos el infierno, y por precio tan caro como es nuestras mismas almas, teniendo tan malditos vecinos, donde todos mofarán al que allí habitare, todos le aborrecerán, todos le serán pesados, no podrá sufrirse su inquietud y vocería, y su vista y fealdad asombrará? Pesadísimo será este destierro, porque irá uno á donde nadie le ha de querer bien: pues aun los padres, si encuentran allí un hijo, le han de aborrecer, como se verá

---

(1) Psalm. xv. — (2) Senec. Valer. Justin. Suidas. — (3) Isid. l. 3 Ethym. cap. 47. — (4) Plutarc. in Themist.

en este caso que se refiere en las vidas de los Padres del yermo. Despues que se convirtió un hijo de un usurero por un sermon en que se reprendió este vicio, rogó á su padre y á otro hermano suyo que dejando aquel trato infame restituyesen lo mal llevado. Haciendo ellos como suelen, y se dice, orejas de mercader, él se retiró al yermo, y tomó el hábito de monje en compañía de otros siervos de Dios. Murieron su padre y hermano sin hacer penitencia de sus pecados. Doliase el santo monje del mal estado que temia les hubiese cabido, y suplicaba á Nuestro Señor se lo revelase. Estando un dia en esta oracion, aparecióle un Ángel que tomándole por la mano le llevó á un alto monte, de donde vió un valle profundo lleno de fuego, donde oida primero una espantosa voz, vió luego á su padre que bullia en el fuego como un garbanzo cuando hierve la olla, y á su hermano nadando entre las llamas, ya arriba ya abajo. Habló el hijo al padre diciéndole: Maldito seas, padre, eternamente, que con tu injusta herencia me condenaste. Y respondióle el padre: Maldito seas tú, hijo, que por dejarte con ella rico no dudé ganarla por medios injustos. Desaparecieron ellos, y volvió el monje espantado á su monasterio, donde perseveró en áspera penitencia hasta la muerte. En otros destierros de tierras apartadas cuando se encuentran dos parientes se consuelan grandemente, y aun los enemigos se suelen entonces reconciliar; pero en este destierro del infierno aun los amigos se aborrecen, y los parientes se tendrán odio.

§ II.

Allégase á lo dicho que este destierro de los condenados no es con la libertad de otros desterrados, que dentro de la isla y region de su destierro pueden hacer lo que quisieren; pero los condenados no, porque el lugar de su destierro es juntamente cárcel, y allí están aherrojados y presos, porque no les falte este tormento, que es otro género de pena muy gráve; porque el infierno es la cárcel de Dios, cárcel rigurosísima para tantos mil millones de hombres como habrá allí, y hedionda y súcia en donde no faltarán ataduras y grillos; porque san Agustin dice (1), al que siguen los escolásticos, que han de estar los espíritus malignos aligados al fuego ó á algunos cuerpos ígneos, de lo cual recibirán una pena increible; porque estarán privados de su natural libertad para no poder ir á donde quieran, como un preso con corma y con pesados grillos, ó metido en un cepo, sin poder alguno de aquellos desdichados salir de aquel lugar de desdichas y miserias. ¿Qué tormento fuera si viéramos echar á uno esposas y grillos de fuego, de manera que los hierros de las esposas y grillos estuviesen encendidos como una ascua? ¿Quién pudiera sufrir tal género de prisiones? Pues esta prision tan rigurosa y

(1) Aug. l. 1 de Civit. c. 10. V. Lesi. de Perfect. divin. lib. 13, cap. 30.

mucho mas hay en el infierno. Estos cuerpos ígneos que han de servir de prisiones y cepos á los condenados, dicen graves Doctores (1) que han de tener formas terribles y proporcionadas á sus pecados, y que pongan asombro con solo verlas.

Han de estar los hombres, despues del juicio final, tan estrechos y apretados en aquella cárcel horrenda, que la sagrada Escritura da á entender que han de estar como las uvas en el lagar, donde están estrujadas y reventando de apretura. Apretadísimos estarán en aquella mazmorra infernal, sin poderse menear de donde cayeron. Inhumanísimo tormento fue el que usaron con tres Padres de la Compañía de Jesús los herejes de Mastrich, á los cuales pusieron unas como argollas, todas sembradas de puntas de agujas, en los brazos y en los piés, de suerte que no se pudiesen mover sin punzarse, y luego les rodearon de fuego, para que se quemasen sin moverse; porque si meneaban pié ó mano, luego las puntas agudas les atravesaban las carnes. ¿Qué será aquel tormento de los condenados, que estarán quemándose vivos y no podrán menearse, y por donde quiera que toquen tocarán fuego de azufre, en el cual estarán anegados sus cuerpos, y ahora en medio de aquella cárcel que es un pozo redondo de fuego, al cual llama la Escritura estanque y laguna de fuego, estarán las almas malaventuradas nadando como los peces en el mar, tocando por donde quiera fuego, y se les entrañará por toda su sustancia, mas que se entra el agua cuando uno se ahoga en el profundo del mar, por la boca, narices y oidos?

Ni ha de faltar el mal olor, que es tan propio de las cárceles, en esta cárcel de cárceles; porque lo uno, aquel fuego de azufre, que no ha de tener respiradero, ha de causar un hedor intolerable; porque si á una pajuela de alcrebite no hay quien la sufra, un incendio de una legua de alcrebite ó azufre ¿quién le podrá sufrir? Lo otro, porque aquellos cuerpos abominables echarán de sí un hedor espantoso, muy proporcionado á la hediondez de sus pecados. En Leon de Francia sucedió que habiendo puesto en una bóveda un difunto sin cubrir de tierra, de allí á pocos dias la abrieron para depositar otro, y queriendo entrar dentro de ella el sepulturero, salió tan pestilencial hedor que, no pudiéndole sufrir el hombre, quedó muerto. Si un cuerpo muerto causó esta hediondez, tantos millones de cuerpos, aunque vivos para su mal, pero muertos por la segunda muerte, ¿qué olor echarán de sí? Además de esto todo lo inmundo y asqueroso del mundo, cuando se purifique, ha de caer en el infierno, como dijo santo Tomás, el cual ha de ser una sentina hediondísima, que no haya quien la pueda sufrir.

De aquel enemigo del género humano, Actiolino tirano, escribe Jovio (2) que tenia varias cárceles, tan llenas de tormentos y miserias y mal olor, que tenian por dicha los hombres ser muertos antes que estar

(1) Vid. Lesium, ubi supra. — (2) Paulus Jovi, in Elog.

en ellas; porque cargados de hierro, afligidos de hambre, y atormentados de hedor y suciedad, venian á morir con un género de muerte lenta, pero cruelísima. Todos se tenian allí por miserabilísimos, si no es el que se moria; y los que se morian se quedaban por enterrar, corrompiéndose los cadáveres, y llenándose de gusanos en presencia de los vivos, los cuales habitaban entre muertos, hacian de los difuntos podridos montones, con tanta pestilencia del olfato, que con mucha verdad se decia que los muertos mataban á los vivos. Tenian tambien los mesinos una cárcel horrible debajo de la tierra donde metian los presos, por no haber escalera, con una soga: no se veia en esta cárcel luz, y estaba llena de grande horror y mal olor. No tienen que ver estas prisiones con las del infierno, respecto del cual se podian tener por paraísos llenos de azucenas y jazmines. Víctor Africano (1), refiriendo los tormentos que los arrianos vándalos daban á los santos Mártires, cuenta por uno muy atroz la hediondez de la cárcel, en la cual habia cuatro mil novecientos y noventa y seis Mártires, de los cuales dice arrojaban á los Confesores de Cristo unos sobre otros por la estrechez y apretura del lugar, y así estaban como un enjambre de langostas, ó, para decirlo propiamente, como granos preciosísimos de trigo. En esta estrechura no tenian lugar para apartarse á cumplir las necesidades de su cuerpo, sino que allí donde estaban echaban los excrementos, de suerte que el hedor que de ellos salia, y el horror que causaba, excedia á todo género de penas. *Una vez dando mucho dinero á los mauritanos, mientras dormian los vándalos* (dice este autor) *pudimos entrar á verlo, y en entrando nos hundimos hasta las rodillas en aquella ascosidad de lodo y hediondez, viendo allí cumplido lo que dijo Jeremías: Los que se criaban en granas abrazaron el estiércol.* Parece que no se podia representar mas vivamente aquella hediondez é inmundicia del infierno; pero sin duda es imágen muerta y pintura muy tosca respecto de lo que pasará allí, y que el horror de esta cárcel será en su comparacion limpieza y ámbar.

Si á uno le metiesen en un profundo calabozo, donde no se viese la claridad del cielo, y sin vestido, expuesto á las inclemencias del frio y humedad de aquel lugar, y no le diesen de comer sino una vez al dia, y solamente pan duro de cebada en cantidad solo de seis onzas, con advertencia que allí habia de estar seis años sin hablar ni ver ningun hombre, ni dormir en otra cama que la tierra dura, ¿qué tormento tan grande fuera este? Una semana de aquella habitacion se le haria cien años. Pero cotejemos esto con lo que será el destierro y cárcel del infierno, y verémos que comparada con él será regalo y dicha la vida tan miserable de este hombre, el cual con todo su trabajo no tendrá quien le escarnezca y le silbe, y haga burla de él, ni tendrá quien le atenacee, ni azote ni atierre; mas en el infierno harán escarnio del condenado los demonios, y le

(1) Victor Afriç. lib. 2 de Persecutione wandalica.

atormentarán cruelísimamente: allí no tendrá espantosas vistas, ni ruido, ni voces de gemidos y llantos; pero en el infierno no se podrá valer de estruendo y ruido: allí no estará en llamas de fuego; en el infierno hasta las entrañas se le abrasarán: allí podrá moverse y pasearse; en el infierno no podrá dar un paso: allí podrá respirar aire sin mal olor ni corrupcion; en el infierno estará metido en llamas, humo, azufre, hediondez: allí tendrá esperanza de salir; pero en el infierno ni esperanza ni remedio habrá: allí le servirá de regalo aquel poco de pan duro que tendria cada dia; pero en el infierno en millones de años no verá de sus ojos ni una migaja de pan, ni una gota de agua, sino que perpétuamente estará rabiando de una hambre canina y de una sed ardiente. Esta ha de ser una grande calamidad de aquella tierra tenebrosa y estéril, si no es de abrojos y espinas, de tormentos y dolores.

CAPÍTULO X.

De la esclavitud, castigos y penas eternas.

Otra grande pena habia entre los romanos, que era de servidumbre y esclavitud, especialmente en aquellos que llamaban siervos de la pena; porque á algunos grandes facinerosos les condenaban á ser esclavos, no de algun hombre, sino de las penas á que los condenaban. Esta miserable esclavitud han de padecer los condenados, los cuales han de ser eternos esclavos de sus tormentos y penas, y de los ministros de ellas, los demonios, sin tener esperanza de libertad. Á estos siervos de las penas tenian los romanos por iguales con los muertos (1); porque fuera de perder la libertad, la cual es la cosa que mas estiman los hombres despues del vivir, era su suerte muy infame, y penosísima su vida; pero podia tenerse por gloria y libertad respecto de la esclavitud que han de tener los pecadores condenados á ser esclavos del infierno, en el cual han de servir á sus penas con todo cuanto son, con todos sus sentidos y potencias del alma y cuerpo, y recibiendo en ella grandes tormentos. Con el tacto han de servir al fuego abrasador, con el gusto á la hambre y sed, con el olfato á la hediondez, con el oido á sus afrentas, con la vista á los horribles espectáculos y formas monstruosas que tomarán los demonios, con la imaginacion al horror, con la voluntad á su aborrecimiento, con la memoria á la desesperacion, con el entendimiento á su confusion, con tanta multitud de penas que no tendrán ojos para llorarlas. Eliano escribe de Trizo tirano (2) que mandó á sus súbditos que no hablasen entre sí palabra; y como ellos usasen de señas en lugar de las voces, y con el rostro hablasen, ya que no podian hablar con la lengua, aun esto les prohibió: lo cual viendo la gente afligida, se juntaron en la plaza para

(1) Cujacius observ. l. 3, c. 10. — (2) Ælian. l. 14, arb. c. 11.

hartarse de llorar su desventura; pero hasta este poco de consuelo les quiso quitar el tirano. Mayor será el rigor con que las penas tiranizarán á los condenados; porque ni les permitirán hablar palabra de consuelo, mover mano ni pié; ni consentirán que con llorar se consuelen, ni fueran bastantes, si todos los poros del cuerpo y pelos de la cabeza se les convirtieran en ojos, para poder llorarlas. El profeta Jeremías lamentó con arroyos de lágrimas que Jerusalen, habiendo sido la princesa de las provincias, se hubiese hecho tributaria: ¡qué lágrimas hay para poder llorar cuando un cristiano se condena, y de heredero y príncipe del reino de los cielos se haya hecho esclavo del demonio y de aquellas penas eternas del infierno, á las cuales ha de pagar tantos tributos cuantas potencias, sentidos, miembros y artejos tiene! Miremos cuán grande es la tiranía del demonio, aun en los que no son sus esclavos. ¿Qué rigores y penas no ha ejecutado en grandes siervos de Dios? ¿Qué no hará en sus cautivos, en aquellos que lo han de ser de las penas y tormentos con que él les afligirá? Y para que callemos otras grandes penas que ha causado, digamos solo un caso que cuenta la sagrada Escritura. Miremos cuán lastimosamente paró al santo Job, habiendo pedido licencia á Dios para ello: de los piés á la cabeza le dejó hecho una llaga tan asquerosa y podrida, que puesto en un muladar raia con una teja los gusanos y la podre: su flaqueza era tanta, que le quedó carne solamente en los labios de la boca para que pudiese hablar y responder. La noche, que suele ser alivio de los atormentados y tristes, le acrecentaba la pena con fantasmas y visiones. En fin, su misma mujer no podia sufrir el mal olor de las entrañas, que le salia por las narices y boca. Tres amigos suyos que vinieron á consolarle quedaron tan pasmados de su figura, que en siete dias no le pudieron hablar. Donde podemos hacer dos argumentos muy fuertes. El primero, si á la sencillez, á la piedad, al temor, á la limpieza, á la santidad de Job, por solo probarle y dejar al demonio convencido y á nosotros un dechado de paciencia, permite Dios le trate el demonio así; á nuestras dobleces, crueldades, osadías, atrevimientos y torpezas, cuando quedaren condenadas en el juicio, ¿cómo permitirá Dios las traten todos los demonios del infierno? El segundo, si el atormentarle el demonio hasta hacerle un veneno y una lepra, el mas asqueroso que jamás vieron los siglos, dice la Escritura (1) que fue tocarle Dios solamente, atribuyendo á Dios lo que hace el demonio, como se atribuye al juez el tormento del verdugo: cuando Dios cargue la mano en los dolores de un galeote del infierno ¿qué será? ¡Qué azotes y tormentos no descargará sobre él!

Vengamos, pues, ahora, á la pena de azotes, en la cual se entiende todo castigo de dolor que se ejecuta en los malhechores. Esto se significó al profeta Jeremías cuando le mostró el Señor una vara, porque con

---

(1) Job, XIX. Manus Domini tetigit me.

varas azotaban antiguamente, y luego una olla toda encendida, en que se significa el infierno: dando á entender que los azotes de la justicia divina descargaban en el fuego eterno del infierno; mas no azotes de varas ó correas, pero de martillos reciísimos, están reservados á los pecadores, y así dice el Sábio (1): *Están aparejados martillos golpeadores para los cuerpos de los necios.* De esta manera por antonomasia llama la sagrada Escritura á los condenanos; porque fueron tan necios, que no supieron comprar el cielo por precio tan barato como Dios le da, y cayeron en los tormentos eternos del infierno por el gusto de un momento. Tambien santa Liduvina (2) oyó en el infierno, en medio de grandes llantos y gemidos, mucho ruido de golpes y martilladas con que eran atormentados cruelísimamente los condenados; significándose en estos azotes y golpes de martillo la violencia con que cargan sobre los miserables condenados todo género de penas, de las cuales estarán hechos esclavos; porque así como los esclavos son azotados y maltratados de sus amos, así las penas, tratando á los condenados como esclavos suyos, les cargan de mil tormentos, dolores y miserias. Pero ¿quién podrá decir cuántos sean estos tormentos, y cuán grandes, pues todas sus potencias y sentidos, alma y cuerpo los han de padecer violentísimos, y cada miembro estará con mayor dolor que si se arrancara del cuerpo? Si con un dolor fuerte de muelas, ó de oido, ó de cabeza, ó de ijada no se puede uno valer; ¿que será cuando no haya parte, ni artejo, ni punto de su cuerpo que no le duela intensísimamente; no solo la cabeza ó muelas, pero tambien pecho, costado, hombros, espaldas, corazon, manos, ijada, muslos, rodillas, piés, nervios, venas y todas las entrañas, hasta los mismos huesos?

§ II.

Fuera de esto, cada sentido tendrá tormento particular con su objeto. Los ojos no solo han de tener un dolor vehementísimo, pues las mismas niñas de los ojos han de estar quemándose, pero con mónstruos fieros y abominables figuras han de estar atormentados. Bastaba para causar un tormento mayor que de muerte ver á un demonio, y algunos á los cuales se les ha mostrado en esta vida han perdido el sentido de espanto, otros la vida, otros quisieran perder mil vidas antes que verle otra vez. San Bernardo, declarando el salmo XC, dice que como á un monje se le mostrase un mal espíritu, era tan horrible su figura, que en todo un dia estuvo fuera de sí; y no pudiéndose contener dió tan terribles voces que despertó á todos los monjes del monasterio. Estando otro religioso para morir, vió á los demonios tan feos, tan abominables, tan

(1) Prov. XIX. Mallei (subaudi: parati) percutientes stultorum corporibus.
(2) Sur. 14 april. in vita S. Liduvinæ, 3 p. c. 2.

espantosos, que como fuera de sí con tan horrible vista, comenzó á dar voces descompasadas, diciendo: Maldita sea la hora en que entré religioso. Calló un poco, y con rostro y voz sosegada dijo: No; sino antes bendita la hora en que entré en esta Órden, y bendita la Madre de Cristo á quien amé siempre de corazon. Los circunstantes, cuidadosos de la causa de estos dichos, hicieron oracion por él, y dijoles: No os maravilleis de mi turbacion; porque ví dos demonios de tan abominable vista, que si se encendiese aquí un fuego de piedra azufre y metal derretido, tan fuerte que hubiera de durar desde ahora hasta la fin del mundo, escogiera antes pasar por él que volver á verlos. Pues si dos de ellos causaron tal asombro y horror, ¿qué hará la vista de tantas legiones ó compañías de ellos, unos mas feos que otros, todos encarnizados en su tormento, sin tratar de otra cosa que de su daño? Si el demonio se muestra tan feo y abominable en esta vida, ¿cuál estará en aquel lugar de condenacion, y mas tantos demonios juntos? El pasar solo por un cementerio causa gran temor á muchos solo por miedo de no ver una fantasma; ¿cómo estará en el infierno un miserable viendo tantas y tan abominables figuras? Repara san Gregorio sobre lo que se dice en el libro del santo Job, que en el infierno habita sempiterno horror; ¿cómo puede haber temor donde se padece tanto dolor? Porque el dolor es del mal presente, y el temor del por venir, y el hombre que ha venido á lo último de la miseria no tiene de que temer mas, porque venir á tanto mal que no le tema es un linaje de bien, y ese no puede haber en el infierno. Como la muerte, matando á los condenados, los deja vivos para que vivan muriendo, asi la pena los atormenta, y juntamente con esto los espanta de manera que tomen otras. Además de esto, ha de tener tormento la vista con ver atormentar á muchos de los suyos, el padre al hijo, el hijo á la madre, el hermano á la hermana. Egesipo escribe de Alejandro, hijo de Hircano, que queriendo hacer un riguroso castigo en ciertos hombres, mandó poner ochocientos en sus cruces, que entonces eran como ahora las horcas, y luego que á sus ojos, antes que acabasen de morir, matasen á los hijos y mujeres con gran crueldad, para que viéndolo aquellos miserables, no una sino muchas muertes muriesen. No faltará este rigor en el infierno, porque allí verán los padres con sumo dolor atormentar á sus hijos, y los hermanos á los hermanos, y los amigos á los amigos. Tambien será grande tormento de los ojos verse en aquel abismo de penas los que fueron escándalo y causa de que pecasen otros. Con la vista de cosas tan tremendas y lastimosas se ha de compadecer un horror nocturno y unas tinieblas espantosas que han de afligir mucho la vista de los condenados. Nicolao de Lira dice que por eso se decian las tinieblas de Egipto horribles (1); porque entre ellas veian los gitanos espantosas fantasmas y figuras que les causaban gran temor. Á este modo serán las tinieblas del

(1) Exod. x.

infierno que atormentarán los ojos: lo uno con las fantasmas y enormes figuras de los malos espíritus, lo otro con la oscuridad y lobreguez estando en entera noche.

Los oidos no solo serán afligidos con un dolor intolerable que tendrán, causado del fuego abrasador de que estarán penetrados, pero tambien con un ruido y estruendo espantoso de truenos, voces, gritos, gemidos, maldiciones y blasfemias. Mandó una vez Sila, dictador romano, encerrar en un circo ó plaza seis mil hombres, y juntamente que en un templo cercano se congregase el Senado donde él les habia de hablar y hacer una oracion; y antes de empezarla dejó ordenado que cuando él diese principio á su razonamiento, matasen los soldados con gran brevedad á toda aquella multitud de gente. Apenas hubo Sila comenzado su oracion, cuando no se podia oir palabra por las voces, gemidos y llanto de la gente que mataban, quedando todos atónitos y espantados de tan lastimables clamores y gritos, y ruido de los golpes desapiadados de los homicidas. ¿Cuál será la armonía y música de llanto de los condenados? ¿Qué confusion y horror será ver á todos quejarse, gemir, maldecirse y maldecir á otros porque los matan á tormentos? Habiendo sido santa Liduvina (1) arrebatada en espíritu, vió un lugar muy horrendo y espantoso, fabricado de unas piedras grandemente negras y de tal profundidad que causaba horror mirarle. Oyó la Santa que habia allá dentro gritos y alaridos espantosísimos, gemidos y llantos, ruidos, golpes grandes y martilladas con que eran atormentadas cruelísimamente las almas. Ponia tanto asombro el oir esto, que si se juntara en uno todo el ruido y vocería del mundo, fuera cosa de tolerar en su comparacion. Díjola el Ángel que aquella era la morada de los condenados; y como le preguntase si le daba algun deseo de que se la enseñase, dijo que no la queria ver, pues de solo oir lo que en ella pasaba le era materia de molestia tan insufrible.

El olfato de la misma manera será atormentado con una hediondez pestilencial. Fue horrible tormento el que usaba el rey Mecencio, del cual escribe Virgilio (2) que era atar un cuerpo muerto medio podrido con un vivo, y así los dejaba hasta que la hediondez del muerto matase al vivo. ¿Qué cosa mas horrible que pegada la boca del hombre vivo con la de otro muerto, llena ya de gusanos, haya de recibir el vivo las exhalaciones pestilentes y hediondas del cadáver ya podrido, y perecer entre gusanos, asco y hediondez? Pero ¿qué es esto con ser todo el cuerpo del condenado mas pestilente que un millon de perros muertos, y haber de estar pegado con otros cuerpos semejantes? Los cuales por su hediondez llamó Isaías (3) cuerpos muertos cuando dijo: *Subirá la hediondez de sus cadáveres*. San Buenaventura llegó á decir que si un cuerpo solo de un condenado le trajeran á este mundo bastara para

(1) Sur. in ejus vita, 14 april. — (2) Lib. 7 Æneid. — (3) Isai. XXXIV, 3.

inficionar toda la redondez de la tierra. Pues los demonios no echarán de sí mejor olor porque aunque ellos sean espíritus, los cuerpos ígneos á que han de estar aligados serán de un olor pestilente; y así habiendo ahuyentado san Martin á un demonio que se le apareció, dejó un hedor tan abominable, que le pareció al Santo que ya estaba en el infierno; y consigo mismo dijo: Si esto causa solo haber estado aquí un demonio, ¿qué será donde estarán juntos todos los demonios y hombres condenados? En el libro de la Doctrina de los Padres se escribe (1) que una doncella temerosa de Dios fue llevada por un Ángel á ver el infierno, y vió á su madre metida hasta el cuello en una hoguera de pez ardiente y muchos gusanos bullendo en ella de un hedor insufrible.

Pues ¿qué diré del tormento de la lengua, pues con ella pecamos de tantas maneras, adulando, murmurando, calumniando, mintiendo, hablando demasiado, comiendo y bebiendo? ¿Quién podrá declarar la amargura mayor que de ajenjos y acíbar que sentirán los miserables? Pues como dice la Escritura, hiel de dragones será su vino, y veneno de áspides gustarán eternamente, junto con una sed intolerable y hambre canina, conforme á lo que dijo David (2): Padecerán hambre como perros; este tormento será mayor de lo que se puede pensar. Quintiliano llamó (3) dichosa á la peste y á la mortandad de la guerra, en comparacion de la hambre, lo cual dice que es un mal inexplicable, y la durísima de las necesidades, y diforme entre los males, que conferidos con ella los mayores males son preciosos. Pues si una hambre de ocho dias es un mal tan malo entre los demás males, una hambre de toda la eternidad ¿qué será? Miren los regalados y esclavos de su vientre en qué vendrá á parar su gula. Oigan lo que les profetiza el Hijo de Dios (4): ¡Ay de vosotros los que os hartais, porque tendréis hambre, y mas, tal hambre, como la que ha de ser eterna! Porque si los demás males de la vida, segun Quintiliano, se pueden tener por bienes respecto de la hambre aun de esta vida temporal, ¿qué serán respecto de la hambre eterna de la otra? La hambre en esta vida llega á tal extremo, que no solo perros, gatos, ratones, culebras, sapos, cuero, estiércol apetecen comer y comen verdaderamente; pero llegan á comer las madres á sus hijos, y los hombres á las carnes de sus mismos brazos, como sucedió al emperador Zenon. Si es tan horrible mal la hambre en esta vida, en la otra ¿cómo afligirá? Sin duda ninguna que se quisieran despedazar los condenados antes que padecerla, y la sed no les atormentará menos.

El tacto, así como es el sentido mas extendido de todos, así será el mas atormentado con aquel fuego abrasador (5). Asombra solo el pensar la inhumanidad del tormento que usó Falaris, metiendo los hom-

---

(1) Libel. de Provid. n. 5. — (2) Psalm. LVIII. — (3) Quintil. decl. 12, § 12. med. Fames aspera durissima necessitatum, deformissima malorum. — (4) Luc. VI. (5) Baron. ad an. 593.

bres desnudos en carnes en un buey de metal todo encendido, para que se tostasen allí dentro; pero risa es esta pena respecto del fuego del infierno, que no solo ha de tocar por fuera á los condenados, pero les ha de penetrar por todos cuantos poros tienen; y no les han de arder menos las entrañas mas escondidas que el cabello de la cabeza. El quemarse solo un dedo es tormento que no se puede sufrir; pero mas fuera quemarse todo el brazo, y mas fuera los brazos y piernas; pero mucho mas todo el cuerpo. Este tormento ¿quién le podrá dar á entender, pues encierra en sí tantos tormentos como artejos, nervios, arterias y poros tiene el cuerpo humano, y mas, siendo causado por aquel fuego tan penetrante y verdadero, que dice san Agustín que en su comparacion el fuego de acá es pintado? De suerte que hace tantas ventajas el fuego infernal al nuestro, como va de lo vivo á lo pintado. En confirmacion de esto escribe el venerable Pedro Cluniacense que estando para morir un mal sacerdote se le aparecieron dos fieros demonios que venian con una sarten, con la cual decian le habian de freir en el infierno, y cayendo una gota de la sarten en la mano del enfermo, al momento se le abrasó y consumió toda hasta los huesos, viéndolo cuantos estaban presentes, que quedaron atónitos de la eficacia y violencia de aquel fuego infernal que así calienta y abrasa. Por lo cual dice Nicolao de Nise que si de toda la leña del mundo se hiciera un incendio, no podria afligir tanto cuanto la mas minima centellita del fuego infernal. Escribe tambien Cesáreo (1) que Teodorico, obispo de Mastric, tuvo un criado que se llamaba Eberbach, el cual por un enojo y rabia grande que tuvo se entregó á Satanás, si le valia contra sus enemigos y envidiosos. Dióle despues de algunos años una gravísima enfermedad que le puso en artículo de muerte, y quedando sin pulsos ni sentidos, y al juicio de todos muerto, fue arrojada su alma en un mar de fuego, donde estuvo padeciendo hasta que vino un Ángel del cielo que le dijo: Ves aquí lo que se debe á los que sirven al diablo; pero si te hiciesen merced de darte mas vida, ¿no la gastaras en hacer penitencia por tus pecados? No hay cosa, respondió él, que dejara de hacer por salir de aquí. Con esto le hizo el Señor misericordia que tornase á su sentido, y levantándose de las andas donde estaba ya puesto, espantó á todos los que estaban presentes, y empezó luego á hacer una vida penitentísima. Andaba con los piés descalzos por espinas, abrojos, zarzas y peñascos, aunque vertia arroyos de sangre de las heridas. Sustentábase con solo pan y agua, y eso muy poco. El dinero que tenia dió á los pobres. Habia muchos que se extrañaban de aquel rigor de vida, y procuraban templarle sus fervores; á los cuales respondia: No os maravilleis de esto, porque he padecido cosas mas graves, y vosotros, si hubiérais estado allí, juzgárais de otra manera: y para explicar la grandeza de aquel fuego decia que si

(1) Cæsar. lib. 12 Mirac. cap. 13.

de todos los árboles del mundo se encendiera un fuego, querria mas arder allí hasta el dia del juicio, que una hora sola en aquel fuego que experimentó. Pues ¿qué desdicha será, no una hora, sino hasta el dia del juicio, y mas adelante por toda la eternidad de Dios nuestro Señor, arder en aquel fuego del infierno? ¿Quién no tuviera por sumo tormento que le hubiesen de quemar vivo cien veces, y cada vez hubiese de durar su tormento una hora? ¿Con qué ojos tan lastimosos mirarian todos á hombre tan desgraciado? Pero no hay duda sino que tuviera esto por suma dicha cualquier condenado del infierno; porque ¿qué tiene que ver abrasarse cien horas interrumpidas con abrasarse cien años continuos? Y ¿qué tendrá que ver quemarse cien años, con estarse quemando sin cesar mientras Dios fuere Dios? Considere esto el cristiano que pecó alguna vez mortalmente: mire que le puede ser dificultoso y áspero é intolerable, pues mereció el infierno; y dígase en cualquier tribulacion y trabajo: Cosas mas graves debia padecer; no tengo que quejarme de esto. Tambien escribe el venerable Beda (1) de uno á quien fueron enseñados los tormentos y penas, y los gozos de la otra vida, y causó esto en él tales efectos, que renunció cuanto tenia en este mundo, y se entró en un monasterio, donde perseveró hasta la muerte con grande rigor y aspereza en tanto grado, que su vida era un pregonero perpétuo, aunque callase la lengua, de que habia visto cosas horrendas y de que esperaba otras dignas verdaderamente de ser apetecidas. Entrábase en un rio helado que estaba junto al convento, sin desnudarse los vestidos, habiendo quebrantado el hielo por algunas partes para poder entrar, y despues dejaba que se enjugasen los vestidos en el cuerpo. Espantábanse algunos de que pudiese un cuerpo humano sufrir en tiempo de invierno tan grande frio, y á los que le preguntaban cómo era esto posible, respondia él (2): Otro frio mayor que este he visto yo. Y cuando le decian cómo podia guardar tan continuo teson y perseverancia en un modo de vivir tan áspero y riguroso, respondia (3): Yo he visto cosas mas ásperas y austeras. No aflojó en estos rigores ni aun en la última vejez, sino que tuvo gran cuidado de castigar la carne, afligiéndola con ayunar todos los dias; y con su santa conversacion y ejemplo y saludables amonestaciones aprovechó á muchos para corregir sus costumbres.

Esta misma consideracion debemos tener para sufrir en esta vida todo lo que se puede sufrir, pues en la otra hay que sufrir mas de lo que se puede pensar. Mas es el infierno que un ayuno á pan y agua, mas que el áspero cilicio, mas que la disciplina mas sangrienta, mas que el agravio mas injurioso. Suframos esto que es menos por librarnos de lo que es mas, y siendo tanto mas cuanto es mas lo vivo que lo pintado,

---

(1) Beda de Gestis Anglorum, lib. 4. — (2) Frigidiora ego vidi.
(3) Austeriora ego vidi.

no hay que quejarnos del mal que nos puede suceder en esta vida, sino consolarnos mucho, que quien debiera estar en aquel incendio eternamente y sin provecho, esté con esperanza de la gloria con un dolor temporal en que merezca el cielo. Llevó á santa Catalina de Sena su madre á unos baños para divertirla, porque estaba flaca, desfigurada y puesta en los huesos; pero la Santa supo hallar en este entretenimiento una áspera cruz, y fue que entrando en el baño sola, se llegó á la canal por donde el agua salia ardiendo por las venas del azufre, y allí se dejaba abrasar sufriendo tan grande tormento, que parece imposible á una mujer tan flaca y tan lastimada. Preguntóla despues el confesor cómo habia tenido ánimo para sufrir tan grande fuego y tanto tiempo. Respondió: Que cuando allí se habia puesto puso tambien la consideracion en el fuego del infierno y del purgatorio; y con esto rogaba á Dios, á quien habia ofendido, le mudase todos los tormentos que merecia en penas temporales; con lo cual le parecia muy fácil cualquier tormento de la tierra, y aquel ardor del agua de aquel baño le era regalo en comparacion del estanque de fuego en que han de estar anegados los del infierno.

§ III.

Las penas de las potencias del alma condenada.

La imaginacion no afligirá menos á los miserables ayudando con la viveza de su aprehension á las penas de los sentidos; porque si aun en esta vida suele afligir mas á algunos su imaginacion que á otros en molestísimos males, en la otra será excesivo su tormento. Alejandro Traliano escribe (1) de una mujer que estaba muy mala, solo de una imaginacion falsa que pensaba habia tragado una culebra, no siendo así; pero la imaginacion la hizo tener tantos dolores y males como si la estuviera la culebra royendo las entrañas: ¿qué hará la aprehension y la verdad de aquellos miserables cuando el gusano de la conciencia les carcoma el corazon? De otros escribe Alsaharabio (2) que estaban con grandes penas y dolor pensando que los azotaban, no habiendo quien les tocase el hilo de la ropa. Mas que todo esto es lo que afirma Fulgosio (3) como testigo de vista, que siendo juez de un desafío, hizo el un competidor huir á su contrario; pero se cayó luego muerto, sin haber otra causa sino la imaginacion de que le habian herido de muerte, porque ni herida recibió en su cuerpo, ni golpe alguno, ni se halló señal de ello en el cuerpo difunto. Si en esta vida aun en los sanos y divertidos es tan poderosa la imaginacion y melancolía, que les causa pena donde no hay quien la dé, y dolor sin haber quien moleste, y muerte sin haber

(1) Vide Marcel. Donat. in Hist. medica, lib. 2, cap. 1. — (2) Apud. Marcel. Donat. — (3) Fulgos. lib. 9.

quien mate, ¿qué será en el infierno donde no podrá la imaginacion divertirse á cosa de gusto, y habrá tantos demonios que dén pena y molestia, y maten á tormentos, conservando la vida para que el tormento del morir viva eternamente? En el horror de aquel lugar particularmente influirá la imaginacion: y si hemos visto algunos medrosos de solo un espanto imaginado temblar y quedarse muertos, no hay duda sino que mil penas mortales causará en aquellos miserables su imaginacion con el horror que estarán.

Las potencias del alma sobre todo serán las que descargarán mas duros azotes. La voluntad estará atormentándose con un eterno aborrecimiento y rabia contra sí misma, y contra todas las criaturas, y contra el Criador de todo, juntamente con una ira y tristeza intolerable, y desordenamiento de todos los afectos, deseando cosas imposibles, y desesperando de todo bien. Si el gozo es tener lo que se ama, y la pena carecer de lo que se desea, y tener lo que se aborrece, ¿qué mayor pena y tormento que estar perpétuamente queriendo lo que nunca vendrá, y estar aborreciendo lo que siempre se tendrá, carecer de todo bien, y tener todo mal? Por lo cual dice san Bernardo (1): *¿Qué cosa tan penosa como querer siempre lo que nunca será, y no querer lo que nunca dejará de ser?* Lo que quiere no lo alcanzará eternamente, y lo que no quiere eternamente lo padecerá. De esto nacerá al condenado aquel rabioso furor que dice David: *El pecador verá, y se airará, rechinará con los dientes, y se consumirá.*

Aumentará esta rabia la desesperacion con que estará; porque así como ninguno péca que no sea con agravio de la misericordia divina, atreviéndose á pecar por esperar arrepentirse, así convino que la justicia divina castigase al pecador sin esperanza de remedio, y que el que abusó de los beneficios divinos con una falsa esperanza experimente los castigos con una verdadera desesperacion. Este tormento será en los condenados terrible; porque como á todo mal, por grande que sea, alivia la esperanza, así tambien lo agrava la desesperacion, por pequeño que sea el tal mal; pero siendo la desesperacion de tan grandes males, grandísimo mal será ella. Á la esperanza en los males sustentan dos cosas: una, el fruto que de ellos puede resultar; otra, el fin y término que han de tener; porque si uno padece, y del padecer saca fruto, consuélase con eso, y recompensa la alegría del provecho por la pena del sentimiento; mas cuando el trabajo es sin utilidad ni fruto, se hace muy pesado. El labrador no trabajaria con gusto en arar los campos, si no sacase á su tiempo provecho; mas si entendiera que al tiempo de la cosecha no habia de coger nada, se le haria intolerable un paso que diese. El jornalero con la esperanza de su paga pasa todo el dia en su labor contento; mas si le

(1) Bern. l. 5 de consid. ad Eugen. cap. 11. Quid tam pœnale, quam semper velle, quod numquam erit, et semper nolle, quod numquam erit?

mandasen trabajar de balde no tendria ánimo para menear el brazo. Los confesores de Cristo y santos Mártires ¿qué penitencias, qué rigores, qué martirios no han sufrido con grande voluntad por el fruto que saben han de sacar de su paciencia? Mas sin fruto alguno ¿cómo sufririan tales tormentos? Pero cuando faltase todo fruto á los trabajos temporales, les queda otro segundo alivio, que es haber de acabarse. Estos consuelos no tendrán los del infierno, pues ninguno de sus males les será de provecho ni fruto, por millones de años que padezcan, y nunca acabarán sus males. De ellos dice san Juan (1): *Buscarán la muerte, y no la hallarán, desearán morir, y la muerte se huirá de ellos.* Antes, como dice san Agustin, tendrán los impíos vida en los tormentos; pero los que viven en tormentos desean acabar tal vida: mas ninguno les dará la muerte para que nadie les quite el tormento, y así estarán siempre viviendo, y siempre desesperando, y cien mil puñales se quisieran meter por el corazon para acabar de morir; pero la muerte huirá de ellos por tantas puertas por cuantas ellos quisiesen que entrase. No ha de tener entrada en ellos ningun consuelo, sino suma desesperacion, despecho y dolor. Y ¿qué mayor dolor que padecer tantos dolores y sin provecho, pudiendo con muy pocos ganar cosa de tan gran provecho como es la bienaventuranza eterna? Coteje uno los trabajos tan leves de esta vida, con los cuales puede merecer cosa tan grande como el cielo, con los tormentos de la otra, con los cuales no merecerá una gota de agua. Coteje el fruto eterno de una breve y corta penitencia mientras vive con el carecer de fruto alguno por el fuego eterno del infierno. ¿Quién creerá que un golpe de pechos aquí puede merecer la bienaventuranza, y que con el dolor intensísimo de todos los artejos de su cuerpo, con el fuego que le abrasará todo, con la hambre canina que sufrirá, con la sed insaciable que padecerá, con el dolor gravísimo que experimentará, con todos los males del alma y cuerpo en que estará el infierno, no será todo bastante para que tenga solo este descanso, que se pueda volver de otro lado, sino que sin utilidad ni provecho ha de estar padeciendo siempre? En esta rabiosa desesperacion viene á parar la esperanza temeraria de los pecadores. Lleno está el infierno de los que no esperaron ir allá, y lleno de los que desesperan salir de allí. Pecaron con esperanza de no morir en pecado, y saliéndoles falsa su esperanza cayeron en desesperacion eterna. No hay esperanza que excuse caer en peligro de cosa tan grande: aseguremos el cielo, y no pequemos.

La memoria será otro verdugo cruel de los miserables pecadores, porque todo cuanto bueno y malo hubieren hecho lo convertirá en tormento. Lo bueno, porque perdieron su premio; lo malo, porque merecieron su tormento. Serán para ellos una espada que atraviese su corazon los deleites que gozaron y toda la felicidad de esta vida en que triunfaron,

---

(1) Apoc. IX.

viendo que por su dicha vinieron á tan grande miseria. Reventarán de pena cuando comparen la brevedad de sus gustos pasados con la eternidad de los tormentos presentes; porque ¿qué matemático habrá tan erudito que pueda sacar en limpio el exceso que harán los años eternos de la otra vida á los dias brevísimos de esta, pocos y malos? ¿Qué bramidos darán, qué suspiros arrojarán de lo mas íntimo, cuando vean que los deleites apenas duraron un instante, y las penas durarán siglos y eternidades, pareciéndoles sueño todo lo pasado? Temblemos ahora de la felicidad de este mundo, si tales lanzadas ha de dar en el corazon de los que usaron mal de ella. Temblemos de los gustos, pues se han de volver en rejalgar ó veneno y acíbar. Acordaráse el miserable con gran pena de las veces que pudo merecer el cielo, y no mereció sino el infierno, y dirá á sí mismo: ¡Oh cuántas veces pude rezar, y ese tiempo lo gasté en jugar! pero ya lo pago. ¡Cuántas veces debí ayunar, y lo dejé por mi apetito! pero ya lo pago. ¡Cuántas veces pude dar limosna, y lo gasté en pecar! pero ya lo pago. ¡Cuántas veces me pidieron perdonase á mi enemigo, y me vine á vengar de él! pero ya lo pago. ¡Cuántas veces pude tener paciencia, y fuí mal sufrido! pero ya lo pago. ¡Cuántas veces pude ejercitar actos de humildad y caridad, y me ensoberbecí contra mi hermano! pero ya lo pago. ¡Cuántas veces pude frecuentar los Sacramentos, y yo ni aun quise quitar las ocasiones de pecar! pero ya lo pago. Nunca te faltó ocasion de servir á Dios, y tú no te aprovechaste de ella; pero ya lo pagas. Ves aquí, maldito, como entreteniéndote en tus gustos y por niñerías perdiste el cielo. Si quisieras podias ser dichoso eternamente; si quisieras podias estar entre los Ángeles; si quisieras podias estar en gozos eternos, y por el gusto de un momento lo perdiste todo. ¡Oh loco! oh maldito! oh descarado! oh infame! Rogábate tu Redentor en el cielo, y tú le despreciaste con una vileza. Culpa tuya es, y así lo pagas; y puesto no quisiste ser bienaventurado con Dios, serás maldito de él y de sus Ángeles.

El entendimiento le atormentará con discursos de gravísimo pesar, discurriendo solo en lo que le ha de dar pena. Ni Aristóteles tendrá gusto en su sabiduría, ni Séneca se consolará con su filosofía, ni Galeno hallará remedio en su medicina, ni al mas docto escolástico le aprovechará su teología. Apareció á un obispo de París un doctor de aquella universidad, y le dió cuenta como estaba condenado. Preguntóle el obispo si tenia allí alguna ciencia. Respondió que no sabia nada, sino tres cosas: la primera, dijo, que soy condenado eternamente; la segunda, que la sentencia que se dió contra mí es irrevocable; la tercera, que por los regalos del mundo y del cuerpo soy privado de la vision de Dios. Con esto preguntó él al obispo si habia mundo. Díjole que por qué preguntaba aquello. Porque estos dias, dijo, han bajado tantas almas al infierno, que no deben de quedar otras tantas personas vivas en el mundo.

En esta potencia del alma se engendrará el gusano de la conciencia, que tantas veces se propone en la sagrada Escritura como por tormento terribilísimo, y se antepone al tormento de fuego. En solo un sermon (1), ó por mejor decir en el epílogo de él, tres veces amenaza Cristo con este tormento del gusano roedor que ha de estar despedazando el corazon de los condenados; avisándonos una, dos y tres veces el Salvador del mundo con que el gusano de ellos no morirá, y su fuego no se apagará. Este gusano nace del pecado, y trae continua guerra contra el mismo pecado, carcomiendo el alma y despedazando el corazon del pecador: porque es un rabioso y desesperado dolor, ya sin provecho alguno, de haber caido por su culpa en tan horrendos tormentos con pérdida de la gloria; porque les estará acusando continuamente la conciencia de que por los pecados hayan perdido la bienaventuranza para siempre, habiéndola podido alcanzar tan fácilmente, y que en lugar de tan inmenso bien están condenados á los males eternos del infierno, de donde les nacerán dos inexplicables dolores que, con una amargura mas que de hieles, llenarán y consumirán su corazon, y le estarán como carcoma royendo: uno, de que por su voluntad perdieron tan grandes bienes; y el otro, de que cayeron en tan intolerables y eternos males. Estos dos pensamientos les serán dos cruelísimos gusanos cuyas mordeduras serán el mas acerbo dolor de los malaventurados; porque mas pena les dará haber perdido la gloria del cielo que padecer solo el fuego del infierno.

De la mala conciencia aun en esta vida dijo san Agustin (2) que entre todas las tribulaciones del alma no habia ninguna mayor que la conciencia de los pecados. Hasta los mismos gentiles conocieron esto; y así exclama Quintiliano: *¡Oh triste memoria! ¡oh conciencia mas pesada que todos los tormentos!* Y Séneca dijo (3) que las malas obras eran azotadas con la conciencia, á la cual el cuidado que la apremia trae muchos tormentos; porque la misma malicia bebe la mayor parte de su veneno: ella se es á sí misma castigo. Por cierto gran rigor seria si para ver ahorcar á un hijo forzaran al padre á estar presente; pero mas fuera si le violentasen á que él mismo fuese el verdugo, y mucho mas si sobre esto le pusiesen la horca delante de la puerta, y dejasen al hijo colgado de ella, para que siempre que saliese tuviese presente aquella afrenta: pero crueldad mayor fuera si al mismo reo le forzasen á que él fuese verdugo de sí mismo con tal género de suplicio, que él mismo se cortase los miembros, ó que á bocados se comiese y despedazase las carnes. Esta es la crueldad y tormento de la mala conciencia con que consumirá y

(1) Marc. IX. — (2) Aug. in Psalm. XLV. Quintil. declam. 12, § 38. O tristis recordatio! O tormentis omnibus gravior conscientia! — (3) Seneca, epist. 79. Consentiamus, mala facinora conscientia flagellari, et plurimum illi tormentum esse, eo quod perpetua illam solicitudo urget, ac verberat: malitia ipsa maximam partem sui veneni bibit: ipsa sibi supplicium est.

despedazará al pecador entre aquellas llamas eternas, no pudiendo apartar de su memoria sus culpas, ni de su pensamiento sus penas. Aumentaráse este dolor con la envidia que tendrán de los que ganaron el cielo por tan poco como ellos lo perdieron. Esaú, con ser hombre rústico, cuando supo que su hermano Jacob le llevó la bendicion, bramó con grandes voces y clamores, como si fuera leon, deshaciéndose de pena. ¿Qué clamores serán los de los condenados cuando vean que los justos les ganaron la bendicion, no por engaño que de ellos recibieron, sino por su propio descuido? Los hambrientos, si tienen delante una regalada mesa, y no pueden llegar á ella, mas hambre tienen, y les da mayor pena; así será en los condenados, que se afligirán mas considerando los bienes eternos de que son privados, y gozarán los que fueron menos que ellos. Ahora estamos en tiempo, remuérdanos ahora la conciencia cuando podemos matar su gusano, para que no nos despedace cuando no pueda morir.

CAPÍTULO XI.

De la muerte eterna, y pena del talion en los condenados.

Tras todo esto, no falta en el infierno la pena de muerte, que es la mayor de todas entre los mortales; pero en el infierno es tanto mayor cuanto va de lo vivo á lo pintado, porque la muerte eterna de los condenados es una muerte viva, á que no puede llegar la muerte que dan los hombres, que juntamente con dar la muerte quitan el sentido y pena de la misma muerte: mas la muerte eterna de los pecadores es con sentido; y así tanto mayor cuanto tiene mas de vida, porque recoge en sí lo peor de la muerte y lo mas intolerable de la vida: de la muerte el perecer, y de la vida el penar, para que la pena de morir nunca se acabe. Por esto llama san Bernardo á la pena de los condenados muerte viva y vida muerta; y el papa Inocencio III, muerte inmortal. ¡Oh muerte, cuánto serias aun dulce, si quitaras la vida, que forzando á vivir de tal manera! Tambien dice san Gregorio (1): *En el infierno tendrán los miserables una muerte sin muerte y un fin sin fin; porque allí la muerte vive, y el fin siempre empieza.* Al pecado mortal, que es el mayor mal de los males, se le debe la mayor de las penas; y ninguna dijo Aristóteles que era tan grande como la muerte. Mas porque la muerte ordinaria, con quitar el uso de los sentidos, hace que no se sienta su rigor, ordenó Dios un género de muerte en que los sentidos muriendo sintiesen la fuerza de la pena, y sintiéndola muriesen, ocupándose perpétuamente en aquella agonía y congoja de morir. Esto significó David diciendo

(1) Greg. lib. 9 Mor. c. 49. In gehenna miseris erit mors sine morte, finis sine fine: quia ibi mors vivit, et finis semper incipit.

que la muerte paceria á los condenados; porque como el ganado no acaba la yerba de los prados, porque pacida reverdece, así la muerte los pace, pero no los acaba.

Esta muerte de la condenacion llama la sagrada Escritura muerte segunda, porque es despues de otra. Es muerte segunda, que comprende al alma despues de la muerte del cuerpo; pero con mucha razon se podia llamar muerte doblada, porque es doblada muerte el estar muerto, sintiendo el tormento del morir, lo cual no tiene la primera muerte del cuerpo. Aun acá entre nosotros, si se diese un estado en que sintiese alguna parte de lo que trae la muerte, se juzgara por mayor mal que la misma muerte. ¿Quién duda sino que si uno que hubiesen enterrado se hallase con vida y sentido debajo de tierra, cuando ni podia hablar con nadie, ni ver sino tinieblas, ni oir sino los que le pisaban, ni oler sino á la podredumbre de otros muertos, ni comer sino es á sí mismo, ni tocar sino la tierra que le agravaba, ó la losa fria y pesada que le resistia; quién duda sino que seria este estado peor que estar del todo muerto, pues no le servia la vida sino de penar con el sentimiento de la muerte? Por esto los romanos, como gente tan ingeniosa (1), echándose á pensar qué castigo darian mas cruel que la muerte á las vírgenes vestales que fuesen sacrílegas faltando á la profesion de su virginidad, no hallaron otro mas acerbo que el enterrarlas vivas, como lo hicieron con Oppia y con Minutia, para que sintiesen con la vida la pena y amargura de la muerte. El emperador Zenon, que fue enterrado vivo, tuvo tan grande pena, que se despedazó á bocados. Pues ¿qué sepulcro hay mas horrible que el infierno, el cual estará eternamente tapiado, y el miserable condenado, no solo estará en él debajo de la tierra, sino debajo de fuego, sin tener para otra cosa sentido, sino para padecer su muerte, tinieblas, asco, hediondez y sepultura? Esta será muerte doblada, pues es doblado mal que la muerte el sentir la pena de la muerte. Por lo cual dijo san Agustin (2): *Ninguna muerte hay mayor ni peor que donde la muerte no muere.*

Además de esto, es muerte doblada la del infierno, pues en él hay la muerte de la culpa y la muerte de la pena; porque aquellos desdichados están condenados á la muerte de la culpa para nunca salir de ella, y á la muerte de pena para siempre estar con ella. No hay muerte mayor que la del alma, la cual es el pecado, en el cual han de estar los miserables mientras Dios fuere Dios, con aquel infinito mal y suma deformidad que trae consigo la culpa, que es peor que padecer fuego eterno. Despues del pecado, ¿qué mal debia haber mayor que la pena del pecado? Y así el infierno, pues es pena del pecado, es mayor pena que la misma muerte ó la mayor de las muertes. ¿Quién hay que no tiemble con

---

(1) Livius, lib. 22. Idem, lib. 7. — (2) Aug. l. 6 de Civit. cap. 11. Nulla major, et pejor est mors, quam ubi non moritur mors.

la memoria sola de morir, acordándose que ha de dejar de ser; que los piés con que anda no han de poder levantarse; que las manos que mueve no han de poder menearse; que los ojos con que mira no han de tener sentido? ¿Cómo no temblamos del infierno, pues la muerte que vemos aquí no seria pena, sino premio y dicha, y gozo respecto de él; porque cualquiera condenado del infierno tomara para alivio de sus penas la muerte que dan los hombres por pena de sus delitos? ¡Oh cuánto excede la justicia divina á la humana, pues lo que esta da á los que condenan los hombres por la mayor de las penas fuera para los que condena Dios el mayor de sus alivios, su gozo y su deseo cumplido! Los cuales desearán morir, pero la muerte huirá de ellos; porque sobre todos sus males y miserias se añade esta gran miseria de no haber de tener fin ninguna, porque ni ellas podrán acabar, ni él se podrá morir.

Esta circunstancia de ser los tormentos del infierno eternos los agrava mucho, por ser esta la condicion de la eternidad, que á cualquier cosa que se junta la aumenta infinitamente. Pongamos que solamente le estuviese picando á uno en la mano derecha un mosquito, y en la izquierda una abeja, y en el pié se le hincase una espina, y en el otro le picasen con un alfiler: si esto solo hubiese de ser para siempre, fuera intolerable tormento; ¿qué será cuando manos, piés, brazos, cabeza, pechos y entrañas han de estar ardiendo eternamente? El solo tener un dedo á la llama de un candil por un cuarto de hora no se puede sufrir; el estar anegado en las llamas infernales por años eternos, ¿qué entendimiento hay que pueda, no digo explicar, sino concebir la grandeza de este tormento? Esto de nunca morir el tormento, esto de vivir siempre el atormentado, solo el pensarlo hace estremecer las carnes; ¿qué seria experimentarlo? Habiendo dicho á santa Liduvina vírgen un hombre pecados enormísimos (1), pero poco arrepentido, le dijo la Santa, que ella haria penitencia de ellos, que se contentaba con que él solo una noche estuviese en la cama, sin menearse de como se echase en ella, mirando al cielo. Respondióle el hombre muy alegre, y riéndose: si no es mas que eso mi penitencia, presto la cumpliré; pero apenas se hubo echado en la cama, cuando se quiso volver de lado, sintiendo grande pesadumbre en no hacerlo; y pareciéndole que nunca habia tenido cama mas dura, decia á sí mismo: la cama bien regalada es y blanda, y estoy bueno y sano, ¿qué me falta? No otra cosa sino volverme de un lado á otro; pero esto ¿qué me importa? Estate quieto y duerme hasta la mañana. ¿No puedes? Pues díme qué te falta. Con esto trajo á la memoria la eternidad, y discurria entre sí: ¿cómo es esto que una noche sola no puedes sosegar, y te sea tormento estarte quedo, sin revolverte? ¿qué seria si hubieses de estar así tres ó cuatro noches? Por cierto que me seria muerte; por cierto que no creyera que habia tanta pesadumbre

(1) Sur. tom. 7, die 14 april.

en cosa tan fácil. ¡Ay miserable de mí, y cuán poca paciencia tengo; pues cosa tan poca así me enfada! ¡Qué fuera si me hubieran de mandar que no durmiese en muchas semanas? Pues ¿qué fuera si tuviera una cólica, ó dolor de piedra, ó ceática? Mayores males que estos te aguardan en el infierno, á donde tú caminas con tantos pecados. Mira qué cama te espera en los abismos, qué colchon blando de pluma, qué sábanas de holanda. Sobre tizones caerás, y llamas y azufre te servirán de colcha; mira si es esta cama para una noche: pues noches, dias, meses y años, siglos y eternidades estarás allí del lado que cayeres, sin volverte á otro. No morirá aquel fuego, como dice Isaías, ni tú morirás, para que vivan eternamente tus tormentos. Despues de cien años, y despues de cien mil millones de años, estarán tan vivos y fuertes como el primer dia. Mira qué haces; ¿por qué te burlas de la eternidad, por qué no temes la muerte eterna, pues amas tanto la vida temporal? No vas bien, muda de vida, y comienza á servir á tu Criador. Así lo hizo este hombre convencido de este discurso, y haga lo mismo quien llegare aquí á leer esto. Mire que si le dijeran que de una cama de rosas no se hubiese de mover en veinte años, no lo podria sufrir; ¿cómo sufrirá estar una eternidad en cama de ascuas encendidas y llenas de azufre?

§ II.

Con todas estas penas se junta la pena del talion, que es pagar con proporcion y tanto por tanto, la cual no falta en el infierno; y así se dice en el Apocalipsi: *Cuanto se glorificó y dió á regalos, dadle otro tanto tormento.* Allí será el regalado afligido, el que menospreció á otro despreciado, y el soberbio abatido, como se verá en este caso que refiere Enrique Gran (1): Una doncella en lo exterior muy devota, dada á la oracion, ayunos, vigilias y penitencias, y tenida por ello de todos por santa, cayó en una grave enfermedad, y habiéndose confesado murió. Dentro de breve tiempo apareció á su confesor en figura muy negra y espantosa. El sacerdote, no conociéndola, la preguntó quién era. Yo soy, dijo, la que de todos era tenida por santa, y no soy sino sumamente desdichada, pues estoy en lo profundo del infierno, donde con los mas viles demonios seré para siempre atormentada, por el contento que tenia de mí misma, y por la soberbia con que me estimaba y preferia en todo á los demás, juzgando á todos, y menospreciando á todos. Por esto viviré en eternos tormentos, porque aunque secara Dios el mar, y llenara su vacío de menudísima arena, y de cien á cien años sacara un pajarito un solo grano, no se satisfará á su justicia, con que quede penando, hasta que al paso dicho se acabara de sacar toda la arena; que si esto se me concediese, yo padeceria de buena gana por todo este tiempo las penas

(1) Henr. Gran, d. 9, c. 200.

de todos los condenados, con tal que finalmente me viniera á salvar; pero esto no tiene remedio; y así, Padre, no hay que orar á Dios por mí, pues nada me aprovechará.

En esta historia hemos visto la soberbia castigada con la humillacion; en la siguiente verémos los entretenimientos y gustos castigados con dolor y tormento proporcionado. Escribe el Cantimpratense (1) que habia en las partes de Teutonia un soldado muy vicioso y muy aficionado á los torneos. Murió miserablemente, como habia vivido. Su mujer, que era persona devota y de santa vida, muerto el marido fué arrebatada en espíritu, y le mostraron lo que pasaba por su triste alma. Representáronsela como si estuviera en su cuerpo, y vió una grande multitud de demonios que le tenian rodeado, y oyó que el príncipe de ellos dijo que calzasen al nuevo huésped unos zapatos de buenas puntas, que horadándole los piés llegasen hasta la cabeza. Mandó luego que le vistiesen una cota de malla, hecha toda de puntas, para que con ellas le traspasasen el cuerpo por todas partes. Tras esto dijo que le pusiesen un morrion con tal punta, que le clavase la cabeza, y se rematase en los piés. Finalmente, mandó ponerle al cuello un escudo tan pesado, que le moliese todos los miembros del cuerpo. Habiéndose ejecutado con presteza en el pobre soldado cuanto habia mandado el príncipe de tinieblas, dijo luego á sus súbditos: Este tenia costumbre, despues de haberse entretenido en los torneos, de regalarse en baños olorosos, y acostarse luego en cama blanda, deleitándose torpemente en deleites sensuales: dadle ahora unos pocos de estos gustos, conforme acá los usamos. Diéronle luego al punto una buena calda en aquellas infernales llamas, y para alivio de su dolor y tormento le pusieron en una cama de hierro encendido, donde estaba un sapo del tamaño de la cama, que tenia unos ojos horribles y espantosos, el cual se abrazó estrechísimamente con el triste soldado, y con sus besos y abrazos le atormentaba tan terriblemente, que entre cuantos tormentos habia padecido este fue el que mas le afligió y causó dolores mas que de muerte. Aquella bienaventurada mujer, que por ordenacion divina vió lo que habia pasado por su marido, trajo tan á la memoria esta vision todos los dias de su vida, con tanta afliccion de su corazon, que nadie que la hubiese conocido pudiera dudar, viéndola despues, de que padecía algun grande y extraordinario tormento.

Otros muchos castigos proporcionados á sus penas se verán en lo que refiere Uvilelmo (2). Un caballero de ilustre sangre, inglés de nacion, inspirado de Nuestro Señor, tomó el hábito del Cister: comenzó la carrera de la vida espiritual con tan grande aliento, que no dudó desafiar al demonio: aceptóle él, y tomó campo en su celda, donde una vez le dió

(1) Cantimp. lib. 2, cap. 49, part. 2 Joan. Major. verb. Infernus, exemp. 6.
(2) Uvil. Monac. Caribu. in Fasciculo morum.

tales golpes, que le reventó la sangre por la boca y narices. Acudieron al ruido los monjes, y hallándole medio muerto lleváronle á la cama, donde estuvo tres dias sin dar señales de vida. En este tiempo acompañado de un Ángel bajó á un lugar muy oscuro, donde vió un hombre sentado en una silla de fuego, á quien unas mujeres muy hermosas metian por la boca hachas de fuego, y las sacaban por los lugares del cuerpo que habian sido instrumento de sus pecados. Atónito el monje de tal espectáculo, díjole el Ángel: Fue este miserable muy poderoso en el mundo y desenfrenado en mujeres; y por eso en figura de ellas le atormentan los demonios de la manera que ves. Entrando mas adentro por aquellas tinieblas, estaba un hombre á quien los espíritus infernales desollaban vivo, y habiéndole fregado el cuerpo con sal, le tendian sobre unas parrillas al fuego. Este, le dijo el Ángel, fue señor de vasallos, tan cruel y desapiadado con ellos, como ahora lo son con él los demonios. Poco mas adelante encontró muchas personas de varias suertes y estados, en varios géneros de tormentos: muchos religiosos y religiosas cuya vida habia sido muy contraria á su profesion, parleros, censores de vidas ajenas, esclavos de su vientre, manchados en torpezas y otros tales vicios, sobre los cuales descargaban muchos golpes algunos de aquellos espíritus, en figura de hombres feisimos, hasta derramarles el cerebro por el suelo, y desencajarles los ojos, porque en sus obras anduvieron ciegos y sin juicio; castigo que el Sábio (1) determina á semejantes personas. Despues levantó los ojos, y vió asido un hombre á una rueda espantosa, dando tales vueltas, que el monje quedó fuera de sí. Terrible cosa es la que ves, dijo el Ángel; pero mucho mas será lo que ahora verás. Al punto comenzó la rueda á despeñarse de lo alto hasta lo mas profundo con tan horribles golpes, con tantos crujidos, tan enorme ruido y estruendo, como si todo el mundo con sus edificios se desbaratara, y los cielos se vinieran abajo. Á tan horrendo suceso, alborotados los prisioneros y carceleros del infierno, levantaron gran vocería maldiciendo y maltratando al que venia en ella. Este, le dijo el Ángel, es Judas apóstol, traidor á su Maestro; y cuanto él reinare, que será infinito, en su gloria, tanto padecerá el miserable estas penas. Con estas representaciones ha mostrado Dios la proporcion de su justicia, para darnos á conocer la grandeza de aquellas penas; porque son mayores que las que podemos concebir, con todo cuanto rigor es imaginable á los sentidos: y porque lo que por ellos nos entra, nos hace mas fuerza, por eso nos representa las penas de las almas con los tormentos tan horribles al sentido, como es hacer reventar los sesos y los ojos; porque aunque esto no se haga con efecto, es mayor sin comparacion el tormento. Temamos, pues, la justicia divina, y entendamos que en aquello con que mas gusto se peca se ha de padecer con mas tormento.

---

(1) Prov. XIX.

CAPÍTULO XII.

Frutos que se pueden sacar de la consideracion de los males eternos.

Todo esto que hemos dicho de las penas del infierno es menos de lo que ellas son en sí mismas; porque es muy diferente la noticia que se tiene por relacion que la que se alcanza por la experiencia. Ya sabian los Macabeos (1) que el templo del Señor estaba profanado, desierto y destrozado; ya lo habian sentido y llorado, pero nunca tan vivamente como cuando vieron por sus ojos al santuario solo, al altar profanado y las puertas quemadas: entonces fue el rasgarse de sentimiento las vestiduras, el plañir y lamentarse con un llanto inconsolable, el cubrir sus cabezas de ceniza, el arrojarse en tierra por su gran desconsuelo, y dar clamores que llegaban hasta el cielo. Pues si la relacion y meditacion de las penas del infierno hace temblar; ¿qué seria la vista, y qué seria la experiencia? Con todo esto, podia servir lo que hasta aquí se ha dicho para que con la consideracion atenta formemos algun temor de lo que es tremendo. Bajen al infierno los que viven, para que no bajen cuando mueren, como dice san Bernardo; porque viviendo podemos sacar de allí fruto, donde muriendo no toparémos sino daño. Los frutos principales de la consideracion de aquellas penas eternas pueden ser estos: En primer lugar, un grande amor y agradecimiento á Dios que, habiéndolas tantas veces merecido, no nos haya dejado caer en ellas; porque ¿cuántos habrá en el infierno por el primer pecado mortal que cometieron, y que por uno solo se condenaron, y contigo habrá Dios usado tantas misericordias, que por innumerables pecados no te ha echado allá? ¿Qué mas tuviste tú con mas pecados que el otro con menos, para que contigo haya usado tantas misericordias, cuantas no ha usado con otros? ¿Por qué no le agradeces lo que no merecias? ¿Cuán agradecido estuviera un condenado, si estando ardiendo en los infiernos le sacara Dios de allí, y le pusiera en el lugar donde tú estás? Díme: ¿qué vida te parece que hiciera, viéndose libre de aquel tormento? ¿Qué penitencias no hiciera? ¿Qué rigor no le pareciera regalo? Y ¿cuán agradecido quedara á tan benigno bienhechor? Pues ¿por qué no le has de ser tan agradecido, pues no ha hecho menos por tí, antes ha hecho mas? Porque si no te ha sacado del infierno, pero no te ha echado allá, mereciéndolo tan merecido; y esto debes estimar en mas. Díme: ¿cuál seria mayor beneficio, que un acreedor hubiese echado en la cárcel á quien le debia mil ducados, y despues de bien afligido le soltase, ó que á quien le debia cincuenta mil le dejase andar libre sin tocarle el hilo de la ropa? Mas debes á Dios, y así debes servirle mejor. Mira cómo viviria

(1) I Mach. IV.

un hombre resucitado que hubiese salido del infierno; mejor debes vivir tú, pues debes mas á Dios.

Además de esto debemos tener una invencible paciencia para llevar cualquier trabajo de esta vida, por no caer en los tormentos de la otra. Quien considera la eternidad de penas con que merecia ser atormentado no tiene que quejarse de pena de esta breve vida; porque no hay suerte ni condicion en este mundo, por necesitada, pobre, miserable y lastimosa que parezca, á que no tengan suma envidia los condenados, y tuvieran por suma felicidad estar en ella por no verse donde están. Ni ha habido vida tan penitente que no la hiciera mas rigurosa quien hubiera una vez experimentado aquellos ardores. Quien fue una vez digno de tormentos eternos ya no tiene que sentir mal temporal: tapiada habia de tener la boca para quejarse de cosa que le suceda adversa, ó de injuria que le hagan. Considerando esto los Santos, no hubo cosa que no sufrieran, ni penitencia que no hicieran. Por esto san Juan Evangelista, despues de haber dicho que el humo de los tormentos de los condenados subia por los siglos de los siglos, y que no cesaban de dia ni de noche, añade (1): *Aquí está la paciencia de los Santos,* porque viendo que todo trabajo de esta vida es temporal, y el tormento de la otra dura por todos los siglos de los siglos, nada les parece mucho; y comparando el rigor de las penas del infierno con las penalidades de este mundo, todo lo que en él se puede padecer juzgan por muy poco respecto de lo inmenso que en el abismo infernal se padecerá. Así lo hacia san Juan Crisóstomo (2), y lo aconseja que lo hagamos, llevando en paciencia cualquier pena temporal con la consideracion de las eternas, y considerando estas en cualquier ocasion de padecer las temporales; y así dice: *Por la experiencia de las cosas pequeñas hagamos de las grandes alguna conjetura. Si estuvieres en un baño, y le hallares demasiadamente caliente, acuérdate del infierno: si estuvieres abrasándote de alguna grande fiebre, pasa con la consideracion á las llamas que allá habrá; y entiende que si el baño y la calentura así nos afligen y espantan, ¿con qué ánimo estarémos cuando cayéremos en aquel rio de fuego?* El mismo Santo (3): *Cuando vieres alguna cosa grande en la vida presente piensa luego en el reino de los cielos, y así no la tendrás en mucho; y cuando vieres alguna cosa terrible piensa en el infierno, y te reirás de ello. Cuando te acometiere alguna concupiscencia, ó deseo de cosa temporal, considera que el deleite del pecado es de ninguna estimacion, que ni aun gusto tiene; porque si tiene tanta fuerza el miedo de las leyes que se han promulgado en el mundo, que nos aparta de obras malas, mucha mas fuerza tendrá la memoria de las cosas futuras, el castigo inmortal y la pena sempiterna. Si el temor de un rey de la tierra nos estorba de muchos males, ¿cuánto mejor hará esto el temor del Rey eterno?* Y si solo ver á un muerto detiene á nuestro

---

(1) Apoc. XIV. — (2) Chrys. tom. 5 epist. ad Theod. — (3) Hom 2 in 1 ep. ad. Theod.

ánimo, ¿cuánto mejor lo hará el infierno todo, y aquel fuego que nunca se apagará? Si siempre pensáramos en el infierno, nunca caeríamos en él.

Debemos tambien ayudar la memoria de los males de la otra vida para despreciar todo bien de esta; pues suele parar en miseria eterna la felicidad temporal. Todo lo precioso de la tierra, toda honra y resplandor del mundo, humo es y sombra, considerada su poca duracion y la eternidad de aquel fuego. Júntese en un monton toda la plata del orbe, todo el oro, todos los diamantes, margaritas, esmeraldas, y toda joya preciosa, todos los triunfos de los romanos, todos los regalos de los asirios, será estiércol, ignominia y hieles, con riesgo de caer en el infierno. Acordémonos de la sentencia de nuestro Salvador: ¿Qué le aprovecha al hombre que gane á todo el mundo, si padece algun perjuicio de su alma? No digo á grandes riquezas, pero á todo el mundo, si de él nos hubiesen de hacer señores, habíamos de mirar con riesgo de condenarnos. Goce uno de todo regalo, engrandézcase con grandes honras, triunfe con muchas riquezas; sueño es todo, si despues de esta vida topa con el fuego del infierno, para estar allí mientras Dios fuere Dios. Quien considerase aquel dia lastimoso, cuando delante del emperador Mauricio fueron muertos dos hijos suyos y tres hijas, y su mujer la Emperatriz, y despues el mismo Mauricio, por mandado de un hombre cobarde y vicioso, no hay duda sino que tendria por vanidad todos los veinte años que imperó con gran poder y majestad, aunque su castigo no fue eterno, porque vino á salvarse. Pues si un dia solo desgraciado, despues de veinte años de la mayor dicha y fortuna del mundo, hace que desaparezca todo y se resuelva como humo; no solo un año de penas, no solo mil años de tormentos, sino una eternidad de tormentos, ¿cómo desharán toda prosperidad humana, y harán que no parezca sino una sombra y sueño? Si la muerte desgraciada de uno, aunque se salve, muestra la vanidad de la felicidad humana; con la muerte desastrada de uno que se condenó, y la eternidad de sus tormentos, ¿qué dicha ni grandeza humana no será humo, sombra y risa? Pongamos delante de los ojos al emperador Heliogábalo, que fue el que mayor pasto dió á sus gustos, y el que con mas libertad usó de su felicidad. ¿Qué serian dos años y ocho meses, que escriben Aurelio y Eutropio que reinó, á quien se viese presente á su muerte, la cual fue sacándole los soldados pretorianos de una letrina en donde se habia escondido, y llevándole arrastrando, lo echaron en un albañal hediondo y suciísimo; pero porque allí no cabia, lo tornaron á sacar, y arrastraron por el circo mayor y otras plazas de Roma, hasta que lo arrojaron en el Tíber, atándole piedras para que su cuerpo nunca pareciese ni alcanzase sepultura? Todo esto se hizo con gran contento del pueblo y aprobacion del Senado. Quien viese á este delicado y regaladísimo Emperador envuelto en el cieno del albañal, ultrajado de sus soldados, y anegado en el Tíber, ¿qué caso haria de toda su felicidad? Pues mírele ahora en la hediondez del infierno ultrajado de los demonios,

y anegado en aquella laguna de fuego azufrado, donde ha de estar por una eternidad. ¿Qué parecerán allí aun no tres años que imperó, con trescientos mil millones de años, y una eternidad en que estará padeciendo, parando toda la gloria de su imperio y resplandor de su fortuna en humo? No de otra manera que una rueda de cohetes que, mientras se mueve, echa mil luces y resplandores de sí, como un sol lucidísimo; pero toda viene á parar en papel quemado y humo: así es que mientras se mueve la rueda de nuestra natividad, como habla Santiago, esto es, mientras dura nuestra vida, luce su felicidad y fortuna; mas toda ella viene á parar en humo, y á ser el mas afortunado un tizon del infierno. Bien dijo Rabano (1): *Cuando una fuerte calentura ó una grande pobreza ocupan á un hombre, de todo el tiempo que antes gastaba con salud y en regalos hace que se olvide, y sola su miseria ó enfermedad le tiene tan ocupado, que no le deja pensar otra cosa; y si alguna vez, cuando en su pena le viene á la memoria algun suceso de su antigua felicidad, no le da refrigerio alguno, antes le amontona mas pena.* Pues si aun males temporales muy breves bastan para hacer desvanecer los bienes y felicidades de muchos años, con los males eternos ¿qué bien temporal podrá prevalecer?

Fuera de esto nos ha de mover mucho la eternidad de tormentos del infierno sin provecho alguno, para no perder ahora un punto de tiempo con grande fruto. Lástima es que tanto padecer, y tan eterno padecer, les ha de ser inútil y sin provecho á aquellos miserables, y que padezcan una eternidad de tormentos, porque no supieron emplear bien un dia de penitencia en confesarse. ¿Qué daria un condenado por solo un cuarto de hora de tantos dias y años como perdió, y ahora pierdes tú, y no le darán ni un instante para que pueda hacer penitencia? Tú, que en vida tienes tiempo', mira no le pierdas; no desprecies ahora lo que aun á los condenados pesará de haber despreciado. Escribe Pedro Reginaldo que un santo religioso, estando en oracion, oyó una voz lamentable y lúgubre, y preguntó al que la daba quién era, y por qué lloraba. Respondió la voz: Yo soy uno de los condenados. Pues ¿qué es, dice, por lo que así te lamentas? Has de saber (replicó aquel miserable) que yo y demás condenados no lloramos cosa mas amargamente que el haber perdido tiempo en nuestros pecados. ¡Oh miserables, que por haber perdido el tiempo breve pierden una eternidad infinita! Tarde caen en la cuenta de lo que les importó tanto, que nunca podrán reparar. Aprovechémonos ahora del tiempo, para que ganemos la eternidad, y no perdamos con gusto lo que despues no podrémos ni con dolor recobrar. Lloremos ahora nuestras culpas con provecho, para que no lloremos despues nuestras penas sin fruto. Oigamos lo que dice san Bernardo (2): *¿Quién dará agua á mi cabeza, y á mis ojos una fuente de lágrimas, para prevenir con llantos al llanto?* Quien no llora ahora sus culpas para im-

(1) Raban. in Eccl. — (2) Bern. serm. 16 in Cant.

pedir sus penas, llorará eternamente sus culpas, sin quitar culpas ni disminuir las penas. Lloremos ahora con tiempo, y hagamos penitencia con dolor; porque nuestras lágrimas se enjugarán, y el dolor se olvidará. Pues no menos eficaz será la bienaventuranza eterna para hacer olvidar las lágrimas y dolores de esta vida, que el infierno para hacer que no se acuerden sus gustos. Por esto dice Isaías (1): *Diéronse al olvido mis congojas primeras, y escondido se han mis ojos.* Sobre las cuales palabras dice san Jerónimo: *Causa de alegría es, pues sucederá un eterno olvido de las congojas antecedentes; porque se olvidarán los males antiguos, no con olvido de la memoria, sino cpn la sucesion de tantos bienes, conforme á aquello: Es el dia bueno olvido de males.* Pues ¿qué será en la eternidad buena? Lloremos ahora, pues no hemos de llorar eternamente, sino que eternos gozos han de enjugar las lágrimas de una hora. Temamos que riéndonos ahora no vengamos á llorar eternamente. Últimamente hemos de sacar de la consideracion del infierno un odio entrañable á todo pecado mortal, pues por este mal de culpa se viene á tan grande mal de pena. Terrible mal es el pecado, pues con eternas llamas aun no se puede satisfacer por él. Pero esto pide mas larga consideracion, como ahora verémos.

CAPÍTULO XIII.

La infinita gravedad del pecado mortal, por el cual se pierden los bienes del cielo, y se cae en los males eternos.

La horrible y estupenda maldad de un pecado mortal, que se comete en un instante, es tan fea, tan abominable y maldita, que merece los horrendos tormentos del infierno por toda la eternidad, y deshereda y priva al pecador de todos los bienes eternos, porque gozó de un bien temporal contra la voluntad de su Criador, aunque fuese por un momento. Y porque mi argumento en esta obra se encamina á engendrar desestima de todos los bienes temporales, porque no se pierdan los eternos, no es fuera de mi intento procurar que se aborrezca y abomine aquello con que se pierde el bien eterno por un breve gusto de lo temporal, lo cual se hace por una culpa grave; y así tratarémos algo de su inmensa malicia, lo cual pertenece tambien al conocimiento de la diferencia entre lo temporal y eterno; porque una muy notable es la que se halla en esta parte, pues los bienes temporales son tales, que quien los ama, estima y busca con ansia, cae en tan horrendo mal como el pecado, y los bienes eternos son tales, que quien los ama, estima y busca solamente, se asegura contra mal tan estupendo y maldito; y así era necesario tratar de su enorme malicia, para cumplimiento de esta materia. Fuera de

(1) Isai. LXV.

esto, el haber tratado de las penas terribles del infierno, para que no nos maraville la severidad de tan rigurosa justicia cómo se ejercita en los pecadores, pedia tratásemos de la grandeza y horribilidad de la culpa por que se da aquel eterno castigo; porque algunos se maravillan mucho, como por lo que se cometió en un instante, se haga un suplicio tan grave, como penar eternamente en tan duros y terribles tormentos. El maravillarse de esto es porque no se conoce la gravedad del pecado mortal; porque quien la ignora menos, antes se maravillará como no se castiga con mayor infierno, aunque el infierno dura eternamente, y la culpa solo dure un instante; y así san Agustin, cuyo alto entendimiento alumbró Dios con su gracia, estuvo tan léjos de maravillarse que por el pecado mortal se dé un infierno, que antes se admiró que no se diesen dos infiernos por la culpa que cometia un cristiano, juzgando que nuevo infierno se habia de hacer para el que ofende á Dios, despues de haber encarnado por el hombre. Los teólogos tambien dicen que se castiga el pecado en el infierno aun menos de lo que merece. Pues, ¿á quién no maravilla este mónstruo de maldad que, siendo un mal, merezca tantos males, y siendo una culpa se trague tantas penas como hay en el infierno, y quepan mas en la capacidad de su malicia? ¿Á quién no pasma que, cometiéndose la ofensa grave en un momento, sea digna de una eternidad de pena?

Terrible caso, que por un pecado que no lo supo la tierra, y que pasó solo por el pensamiento, que no lo sabe otro que Dios y el que lo comete, y por ventura el que lo cometió no lo sabe, porque no estuvo cierto del consentimiento, sino que quedó dudoso, y que no duró mas que un instante, se dén por él penas tan reales y verdaderas, grandes y eternas. La causa es, porque es tanta la intension de esa maldad, que equivale á una extension de males infinita. ¿Cuán inmenso monton de malicia será el que no excede inmensa latitud de males? La pena y la culpa se han como una sombra y el cuerpo que la hace: el pecado es mas sólido y como el cuerpo del mal: la pena es como su sombra, y en razon de verdaderos males hay tanta diferencia de la culpa mortal al fuego del infierno como hay de un hombre á su sombra; porque aquel es en verdad hombre, mas su sombra solo lo es en la apariencia, pero en la verdad no es hombre. Así es que el pecado es verdadero mal, la pena solo es mal en apariencia; mas en la verdad no es sino bien, pues es acto de justicia, y causada por Dios, que no puede causar sino lo que es bueno. Rastrea por aquí qué sea el pecado; pués en comparacion de su malicia las penas del infierno no son males, sino sombra de males, aunque son tan terribles y verdaderas penas, para que temas al pecado solo mas que á todo el infierno junto. Tanto mas habíamos de temblar de una culpa de un instante que de una pena eterna, cuanto mas se teme una espada que su sombra. La espada mata, la sombra solo puede espantar: así es que la culpa grave es la que quita la vida al alma; la pena solo la pue-

de dar miedo y dolor: porque cuantas penas hay, esto es, todos los tormentos del infierno, no la podrán matar, si careciese de culpa. Mire ahora el pecador cuán necio es, si temiendo un daño temporal se atreve á pecar, pues aun los daños y tormentos eternos no le habian de facilitar el pecado. El infierno se debe aceptar por no admitir la culpa; pues ¿por qué la admites, entrándote por las puertas del infierno? Si el infierno es sombra que no mata respecto de la culpa, que quita la vida al alma, ¿qué será otro cualquier trabajo de la tierra, por el cual te atreves á pecar huyendo de la sombra, y metiéndote por la punta de la espada afilada del pecado?

El pecado es mal verdadero, en cuya comparacion todo el fuego eterno del infierno no es mas que sombra del mal; pero podemos echar de ver la grandeza del mal por esta sombra, y la gravedad del pecado por la terribilidad de sus penas: porque asi como por las sombras se puede echar de ver la grandeza de los cuerpos que las causan, aunque ellos no se vean, así tambien por las penas del pecado se puede conjeturar su enormidad y malicia. ¿Qué dijéramos de un cuerpo que en el sol de mediodía tuviese tan grande sombra que se extendiese por espacio infinito? Esto no podia ser de otra manera, sino porque subia su altura tan alto, que llegase hasta la esfera del mismo sol, y opuesto á él causase sombra tan larga. Á este modo causa el pecado una pena de extension infinita, porque sube la intension de su gravedad hasta oponerse con Dios; porque asi como Dios es el sumo bien, así el pecado es sumo mal (hablo del pecado mortal en su género), y como Dios es infinitamente bueno, asi el pecado sube en su malicia una infinidad, de suerte que es de malicia infinita. Tiembla, pues, del infierno, pero estremécete del pecado. ¿Á quién no espanta que esté Dios viendo arder en medio de los infiernos á una criatura suya, se la deje estar quemándose eternamente, sin tener de ella compasion? Pero esto no es por falta de bondad en Dios, sino por sobra de malicia en el pecado: no es porque tenga límite la misericordia divina, sino porque no le tiene la maldad humana. Tan enorme culpa es la de un pecado mortal, que eterno fuego no podrá consumir su mancha, ni tormentos sin fin darán mayor recompensa que la que se debe á la justicia divina, á la cual provoca la malicia humana. Eso es lo que dice el Señor por Oseas (1). *A ira me provocó Efraim en sus amarguras*; esto es, conforme lo declara san Jerónimo, con sus maldades me hizo acerbo y riguroso; porque yo de mio era dulcísimo y blando. La gravedad del pecado hace que aun en las amarguras en que está el alma en el infierno no se compadezca de ella la dulzura de la bondad y misericordia divina.

---

(1) Osee, XII. Ad iracundiam me provocavit Ephraim in amaritudinibus suis. Hieron. exponit: Sceleribus suis amarum me fecit; quia dulcissimus eram.

§ II.

Veamos, pues, algo de esta gravedad. Es el pecado una enorme ofensa de Dios, y esto bastaba para quien tuviese conocida la inefable grandeza y perfeccion del ser divino, para que no le parezca mucho que por la culpa de un instante se dé pena de una eternidad; porque cuanto es mayor la majestad que es despreciada, tanto es mayor la injusticia con que se desprecia; y como la majestad de Dios que se desprecia por el pecado sea infinita, tiene tambien su desprecio cierta infinidad. Cuanto á una persona se debe mas reverencia, tanto mayor es el desacato que se le hiciere: y como á Dios se debe reverencia infinita, así tambien la injuria que se le hace es de una malicia inexplicable; porque con ningunas buenas obras de una pura criatura, por muchas y grandes que sean, se puede recompensar con igualdad: *Tan grande es*, dice un grave doctor (1), *la malignidad de un pecado mortal, que puesta en una balanza de la justicia divina preponderara á todas las obras buenas de todos los Santos, aunque fuesen mil veces mas y mayores que son en realidad de verdad: la cual consideracion es grandemente terrible, pero no debe parecer increible; porque todas las obras buenas con que Dios es honrado de los Santos, aunque consideradas en sí son de grande estimacion, y ellos sean dignos de la vida eterna; pero respecto de la Majestad divina son como nada, porqué por todas ellas no se hace á Dios ninguna gracia, á cuya majestad y beneficio son debidas, y no solo ellas, sino infinitamente mas y mayores; de suerte que á Dios no son cosa grande: pero el ser despreciado de su criatura, que con infinitos títulos le esté obligada, y que le debia tener, si pudiese, infinito amor, y hacer infinita honra, esto es de grande ponderacion, como cosa sumamente repugnante á su majestad y beneficios: así lo tiene Dios por mas en razon de mal que todas las obras buenas en razon de bien; y si fuera Dios capaz de dolor, mas le afligiera que todas las buenas obras le alegraran.* Lo cierto es, que entre los hombres no pesa tanto, que se dé alguna honra á quien la merece, cuanto que se menosprecie el que debia ser muy venerado. Un rey no hace caso de la honra que le hacen los vasallos, la cual no tiene por cortesía, sino por deuda; pero llevaria pesadisimamente ser ultrajado ó menospreciado de uno, principalmente de aquel á quien ha hecho mayores beneficios. Ejemplo tenemos de esto en Aman, que no estimó tanto la honra que le hacian todos los del imperio de Persia, ni todas sus grandes riquezas, familia é hijos, cuanto se enojó porque no le hacia cortesía solo Mardoqueo; y de suyo mas se siente una deshonra que se estiman muchas honras, porque todos piensan que la honra les es debida, y la deshonra repugnante: y así como el fuego aplicado á la mano, porque

(1) Lesius, de perfectione lib. 12, cap. 16, n. 187.

es repugnante á la naturaleza, causa mayor dolor, que se siente deleite cuando está sana y con su natural temperamento, porque el temperamento templado la es debido, y el calor excesivo la es repugnante; así tambien en una persona de grande majestad, mas pesadumbre causa un agravio y deshonra que la causan alegría muchas honras, por ser la deshonra repugnante á su autoridad, y las honras debidas. No hay sentimiento entre los hombres mas vivo que el de la deshonra; y mas dolor y enojo causa si á un grande caballero le tirase uno por afrentarle el sombrero y diese una bofetada, que gusto recibe cuando otros se le quitan el sombrero, hacen reverencia y besan la mano, aunque esta cortesía le hiciesen millares de hombres. Por aquí se podrá rastrear algo el estupendo descomedimiento que es un pecado mortal, pues con él se menosprecia tanto al Señor omnipotente del mundo, que dice san Pablo que se acocea al Hijo de Dios; y así no es maravilla que un solo pecado grave de una criatura prepondere mas que cuantas honras y servicios pueden hacer todas las demás, todos los santos Ángeles y hombres justos, para no poder satisfacer por él en todo rigor de justicia. Esta es la causa por que fue necesario que Dios se hiciese hombre; porque con menos que satisfaccion infinita de persona divina no se contentaria la justicia de Dios. Ya dejará de maravillarse que por el pecado se dé pena eterna quien ve por el pecado á Dios hecho hombre, y muerto por el hombre; porque mayor maravilla es que el Hijo de Dios haya muerto por un pecado ajeno, que el hombre pecador tenga por su propio pecado pena eterna: porque si es tan exorbitante su maldad, que con ningunas buenas obras ni penitencias de todas las criaturas juntas, por santas que fuesen, se podia satisfacer por ella enteramente, sino que fue necesario que Dios Nuestro Señor encarnase; no hay que extrañarse de que merezca pena eterna; porque lo que es tan malo, que con ningunas obras, por continuadas que fuesen, se podia recompensar, merece bien una pena mas larga que todo tiempo limitado, y así eterna. Es el menosprecio infinitamente repugnante á Dios, pues es por su parte digno de infinito amor y honra, y así no es maravilla que su desprecio sea castigado con pena de infinito tiempo. Porque si un príncipe, con exceder solo limitadamente su grandeza á la de los vasallos, se agravia mas de la injuria de uno que se regocija de la reverencia de muchos, y castiga su agravio privando al traidor de sus bienes y de la vida, cuanto es de su parte, eternamente; siendo el exceso que Dios hace á la criatura infinito, ¿qué mucho que un agravio suyo prevalezca sobre muchos servicios y honras, y que sea castigado con la eterna pena? La grandeza de la honra baja y descrece al paso de la grandeza de la persona á quien se hace; pero la grandeza de la injuria sube y crece al paso que es grande el injuriado: por lo cual siendo Dios, que es infinito, el agraviado, merece que su injuria sea castigada con infinita pena, por lo menos en el tiempo, ó que si otro quisiera satisfacer por ella, sea persona infinita y

de dignidad infinita. El que es ofendido por el pecado es de infinita autoridad; y así ha de ser de infinita dignidad quien haya de satisfacer por él.

Fuera de esto, es tan horrenda la maldad del pecado mortal, que ni hay en las criaturas puras satisfaccion cabal por su pena, ni hay merecimiento igual de su perdon. Demos que no hubiese en el mundo el pecado de Adan, que contaminó á todo el género humano; demos que no hubiera los pecados de David, ni de san Pablo, ni de san Agustin, ni de la Magdalena, de santa María Egipciaca, ni de otro hombre ó Ángel, sino un solo pecado mortal, el menor de todos, cometido por un hombre en un desierto, sin testigo ninguno, y de noche, ó solo de pensamiento; es tanta la gravedad de esta culpa, que ninguna pena de las criaturas era suficiente para satisfacer á la justicia divina: aunque por ello Dios derribara el cielo, arruinara las estrellas, consumiera el mar, confundiera todos los elementos, y aunque lo resolviera todo en nada, aunque abrasara con rayos todos los hombres del mundo, aunque arrojara del cielo todos los Ángeles, no fuera todo bastante para que se hiciese recompensa igual á la justicia divina; porque todo este destrozo del cielo, matanza de los hombres, ruina de los Ángeles, es cosa finita y limitada, y el injuriado, que es Dios, es infinito, é infinita maldad su ofensa, y de lo infinito á lo finito no hay proporcion; y así no la hay de toda esta pena de las criaturas á la culpa cometida contra el Criador. Por la misma causa ningunos merecimientos de solas las criaturas bastan para hacer que se perdone un pecado mortal, quedando satisfecha del todo la justicia divina: aunque todos los hombres del mundo se vistieran de cilicio, y ayunaran mil años á pan y agua, y se rasgaran las carnes con lágrimas y sangrientas disciplinas; aunque todos los Mártires ofrecieran por esto sus tormentos, y los Confesores sus penitencias, y aunque se resolviera en lágrimas la misma Madre de Dios, y ofreciera por eso todos sus merecimientos, no igualara todo lo que era menester para que se perdonase aquel pecado: solo pudo ser bastante satisfaccion la del Hijo de Dios. Consideren esto los hombres, y pesen la gravedad de una ofensa de Dios, y estremézcanse de solo pensar que le pueden ofender.

§ III.

Este agravio, que se hace á Dios por el pecado mortal, aunque es en sí, y por su misma sustancia, tan enorme como hemos dicho, descubrirá mas su insolencia y maldad por todas sus circunstancias, por las cuales puede crecer mucho la malicia ó bondad de una accion; pero la del pecado es tan abominable y tan maldita por todas partes, que no una ó dos circunstancias la agravan, sino todas juntas, y así las irémos

considerando una por una. Tulio, á quien sigue santo Tomás (1) y todos los teólogos, pone siete circunstancias que pueden calificar mucho á cualquiera accion moral, y son estas: la primera, quién la hace; la segunda, qué es lo que se hace; la tercera, dónde se hace; la cuarta, con qué ayudas; la quinta, por qué; la sexta, de qué manera; la séptima, cuándo se hace. Á estas siete circunstancias añadio Aristóteles otra (2), la cual es cerca de qué se hace. Estas circunstancias son para las acciones absolutas que no tienen relacion á otro, porque no son de justicia ó agravio; porque en las acciones que tienen respecto á tercera persona se debe considerar mucho otra circunstancia, que es, contra quién se hace alguna cosa. Veamos, pues, como en toda estas circunstancias es el pecado maldito, abominable y enorme; porque si se considera quién le hace, es un hombre vilísimo y miserable, que se atreve á levantar la mano contra su Criador, y perderle el respeto. ¿Qué es el hombre sino un vaso de estiércol, un manantial de podre, el que por su nacimiento es esclavo del demonio? Pues este se atreve á agraviar á su Criador. Una ofensa de Dios fuera muy grande, aunque la hiciera otro Dios igual é infinito, si le hubiera; pero siendo de una criatura, y esa vilísima, asombro es el haberse atrevido á tan omnipotente Señor.

Pero ¿qué es lo que hace el pecador cuando peca? Es, segun san Anselmo, querer quitar á Dios la corona de su cabeza, y ponérsela él: es, segun san Bernardo, querer matar al mismo Dios: es, segun el apóstol san Pablo, acocear y pisar al Hijo de Dios: es volverle á crucificar. Si cualquiera cosa de estas se intentase contra una majestad de la tierra, bastara para atenacear á uno, atarle á cuatro caballos, para que le hiciesen pedazos y descuartizasen, y sembrar las casas de sal, quedando él y todos sus hijos y linaje infames. Pues esto, que, si entre hombres pasara, seria tan abominable delito y crímen tan horrendo, ejercitado contra Dios ¿á qué punto de abominacion y delito no subirá? Estremécense las carnes de solo pensar el castigo que tal atrevimiento merece; y mas se estremecen que haya hombre que tal atrevimiento tenga; porque si con otro hombre lo ejecutase (donde no hay grandeza infinita ni distancia inmensa, sino muy limitada y corta) seria un descomedimiento nunca visto, ejercitado contra Dios, Rey omnipotente y Señor de todo lo criado, que tiene grandeza infinita, y dista inmensamente de sus criaturas, ¿qué asombro, qué arrojamiento, qué insolencia será? El pensarlo solo hace temblar. ¡Oh santo Dios! ¿quién pudiera explicar lo que hace un pecador contra Vos y contra sí? Desprecia vuestra majestad, rasga vuestra ley, y ríese de vuestra justicia, escarnece vuestras amenazas, y menosprecia tanto vuestras promesas, que hace renunciacion solemne de la gloria que le habeis prometido, por obligarse á ser

---

(1) Tullius in Rhetorica. S. Thom. 1, 2, q. 7. art. 3. Quis, quid, ubi, quibus auxiliis, cur, quomodo, quando. — (2) Arist. 3 Æth. addit. circa quid.

esclavo eterno de Satanás, queriendo mas dar gusto á vuestro enemigo que á Vos que sois su padre y amigo, y todo bien, queriendo antes morir eternamente no dándoos gusto, que vivir para siempre en el cielo con serviros.

Vemos tambien dónde se atreve el pecador á pecar y ser traidor á Dios, pues en su mismo mundo y en su misma cara, sabiendo que le está mirando su Criador, le ofende. Si un pecado se hiciera donde no le pudiera ver Dios, aun fuera enorme maldad; pero atreverse á injuriar á su Criador, y á sus mismos ojos, ¿qué género de atrevimiento será tan inopinable y nunca visto? Si se pudiera ir el que peca á otro mundo donde no habitase Dios, y allí á escondidas debajo de la tierra pecase, de modo que lo supiese él solo, fuera con todo esto grande osadía; pero pecar en la misma casa de Dios, que es este mundo, y en su presencia, ¿qué infierno no merece? Por solo echar mano á la espada contra un hombre en el palacio de un rey es crímen capital y digno de muerte; pues acocear y crucificar con un pecado, no á un hombre ordinario, sino al Hijo de Dios, no solo en la casa de Dios, sino delante de sus ojos, ¿qué entendimiento podrá concebir la grandeza de esta ofensa? Con razon David se deshacia en lágrimas acordándose que habia pecado á los ojos de Dios; y así con un dolor, que le atravesaba como espada el corazon, dijo con gran confusion al Señor: *El mal hice delante de tí.* Además de esto pecamos, no solo en la casa de Dios, sino estando en sus mismos brazos, sustentándonos con su omnipotencia. Si hubiese un hijo tan maldito que, teniéndole su madre en su regazo, y regalándole, él se volviese contra ella y la desgreñase, diese de bofetadas, y quisiese matar á puñaladas, todos lo tendrian por un demonio encarnado. Pues ¿cómo se atreve el hombre á pecar, ofendiendo al mismo que lo sustenta, y conserva, y redimió? Por cierto que se puede tener por peor que un demonio el cristiano que á esto se atreve.

Aumentan la ponderacion de esta maldad del pecado las ayudas con que se obra; porque los mismos beneficios divinos convierte el pecador contra el mismo Dios. El desagradecimiento es un sentimiento muy vivo que suelen tener los hombres; y si el olvidar el beneficio es desagradecimiento, el despreciarlo es injuria, pero el usar de él contra su bienhechor no sé cómo le llame. Esto hace el que peca, que de las criaturas que crió Dios nuestro Señor para que le sirviesen usa para ofenderle, y los beneficios divinos convierte en armas contra el mismo Dios. ¿Qué dijéramos si un rey, que por honrar á un soldado le armase de caballero y ciñese de su misma mano la espada, acabando de ceñirla, la desenvainase el soldado y le matase? Este atrevimiento, que parece imposible entre hombres, es ordinario en el hombre para con Dios; porque honrando de tantas maneras Dios al hombre, y llenándole de sus beneficios, con ellos mismos ofende á Dios cuanto es de su parte, quitándole la honra, y deseando, segun san Bernardo, quitarle la vida. Del enten-

dimiento que recibió de Dios usa para hallar modo con que ejecutar su pecado; con las manos le obra, y con todas sus potencias ofende á quien se las dió y conserva. Fuera de esto llega á tanto el atrevimiento humano, que quiere que el mismo Dios le ayude para pecar. Esto es de lo que se queja mucho el Señor por su Profeta, cuando dice: *Hicisteisme que os sirviese en vuestras maldades;* porque Dios concurre á toda accion y movimiento natural del hombre, que ni puede menear pié, ni mano, ni lengua, que no sea concurriendo Dios con él; y meneando el hombre la lengua para murmurar, y las manos para hurtar, se aprovecha del concurso de Dios contra el mismo Dios. ¿Quién habria tan inhumano y desalmado que forzase á un padre á que concurriese con él á dar de puñaladas á un hijo único y muy querido que tuviese, impeliendo la mano del padre para ejecutar el golpe en que se habia de atravesar el corazon de su unigénito? Cosa equivalente hace el pecador, haciendo que Dios concurra á la accion con que pecando el hombre vuelve á crucificar al Hijo de Dios. Pasmo es este desalmamiento del pecador: mil tormentos del infierno merece por esta impiedad.

Y si se considera por qué hace esto, es otra circunstancia que hace asombrar de la gravedad del pecado. ¿Por qué da tan gran disgusto el pecador á Dios? ¿Por qué menosprecia á su Criador? ¿Por qué es traidor al Señor del mundo? ¿Por qué acocea y pisa á Jesucristo? ¿Por qué aborrece así á su Redentor? ¿Por qué crucifica al Hijo de Dios? ¿Qué causa puede tener para tan enorme maldad? ¿Acaso es porque no se hunda el mundo? ¿acaso es porque le va al hombre la salvacion? ¿acaso es porque han de hacerle Dios? ¿acaso es por otro Dios? No, sino por un gusto vil y súcio, por un loco antojo del hombre, porque quiere, y no mas. ¡Oh atrevimiento horrendo! ¡oh furia rabiosa, que tan sin causa hace tan notable agravio á su Criador! ¡Cómo no se resuelven los cielos en rayos abrasadores que dén mil muertes al que tal hace, y aniquilen á criaturas que tal atrevimiento tienen, pecando!

La manera tambien con que uno peca es para pasmar á quien lo considera; porque es con una soberbia, con un menosprecio, con un descaramiento, con una osadía de Lucifer. Despues de haber oido y visto tantos ejemplos de los castigos que Dios ha hecho á los pecadores; despues de haber visto que por un pecado de pensamiento que hizo el mas hermoso y sublime ángel de todos se volvió tizon del infierno; y no solo despues de saber esto de un ángel, sino que tantos millares de ángeles por un pecado fueron despeñados del cielo y arrojados al abismo; despues de haber visto que el primer hombre fue por una golosina desterrado del paraíso de deleites á este valle de lágrimas, despojado de tantos dones sobrenaturales que tenia, y condenado á muerte; despues de haber visto anegado el mundo por pecados, y abrasadas con fuego del cielo las ciudades de Pentápolis; despues de haber visto que los sediciosos contra Moisés fueron tragados de la tierra con todos sus hijos,

familia y hacienda, bajando vivos al infierno; despues de saber que se han condenado tantos hombres; el pecar despues de todo esto es pecar con una desvergüenza jamás vista y un desprecio intolerable de la justicia divina. ¿Qué mayor desvergüenza y desprecio de la justicia humana que, si estando ahorcando al ladron, hurtase uno la bolsa á otro al pié de la horca y á vista de los alguaciles? Pues ¿cómo se hace esto con la justicia divina, que á vista de tantos castigos se atreva el pecador á pecar? Además de esto, es hacer grande menosprecio de Dios, viendo uno con tantos ejemplos de rigor cuánto se desagrada su divina Majestad del pecado, y por consiguiente cuán enorme mal sea la culpa; y con todo eso se atreva á cometerla. ¿Quién no se queda atónito aunque no tuviera otro principio para conocer la gravedad de una culpa mortal, mas que ver que por una sola cayó el ángel del cielo, despojado de todas sus virtudes, gracias y dones, y fue condenado á eternos fuegos, y que Adan fue echado del paraíso, y el Hijo de Dios puesto en una cruz por pecados ajenos? Fuera de esto, ¿qué mayor menosprecio que dar gusto al demonio en competencia de Dios, posponiendo á nuestro Redentor por Satanás, y que, pretendiendo Dios nuestras almas, y pretendiéndolas el demonio, entregue el pecador la suya al demonio, y se la quite á Dios? No se puede imaginar modo mas injurioso de agraviar que este, cuando en oposicion de otro mas vil é infame se pospone el que es digno de todo amor y honra. Agrava tambien la manera de pecar, que lo hace el pecador, perdiendo los bienes eternos. Aunque no perdiera nada quien peca, hace un agravio á Dios nuestro Señor, y á sí mismo daño; pero pecar echando de ver que pierde tanto, es grande gana de pecar, es mayor atrevimiento y desvergüenza.

Si se considera tambien el cuándo pecamos, no menos mostrará la gravedad de nuestros pecados que las circunstancias pasadas; porque pecan ahora los cristianos, despues de haber visto al Hijo de Dios enclavado en una cruz para que no pecásemos: cuando hemos visto á Dios tan fino para con nosotros, que ha encarnado para nuestro bien, humillándose á hacerse hombre, y sujetándose á morir muerte, y muerte de cruz, por nuestra redencion, é instituido Sacramentos para nuestro remedio, principalmente el de su santísimo cuerpo y sangre, que fue una fineza de amor inmenso. Pecar despues de haber visto á Dios tan bueno para nosotros, y estar tan obligados á su amor con finezas tan inopinables con que ha procurado nuestro bien, es una circunstancia que ha de ponderar mucho en nuestro corazon para no ofender á Dios tan amoroso; y se debe tener un cristiano que peca por peor que un demonio, porque el demonio no pecó con esta circunstancia de haber menospreciado á un Dios que hubiese derramado por él su sangre, ó que se hubiese hecho Ángel por él, ó que le hubiese perdonado algun pecado. Cuando pecaron los de la ley natural tampoco vieron al Hijo de Dios muerto por su salvacion; mas cuando el cristiano peca, sí: por lo cual merece

que se hiciese para él nuevo infierno, como dice san Agustin; y no hay duda sino que merecerán los cristianos nuevos tormentos, y mayores que los que no tienen tanto conocimiento de Dios, ni han recibido tantos beneficios. En confirmacion de esto, andando san Macario Abad por el yermo, encontró una cabeza desnuda de un hombre, y apartándola con el báculo que llevaba, oyó que le hablaba; y preguntóle quién era. Un sacerdote soy (respondió ella) de los gentiles que en otro tiempo habitaron en este lugar, y estoy con los mios en medio de un fuego tan grande, que debajo de los piés corren las llamas grande espacio, y otro tanto sobre nuestras cabezas. ¿Y hay (replicó el Santo) otro lugar de mayor tormento? Sí (respondió la cabeza), mayor es el que padecen los que están debajo de nosotros, que por no haber conocido á Dios no son tan crueles las penas que padecemos; mas los que habiéndole conocido le negaron, y no cumplieron su voluntad, esos allá abajo las padecen mucho mayores.

Estas son las circunstancias que señaló Tulio que se hallan todas agravando nuestros pecados; y no falta tampoco la que añadió Aristóteles (1), que es acerca de qué ó sobre qué ofendemos á Dios. ¿Sobre qué cae tan gran atrevimiento, sino sobre cosas que no nos importan, antes nos suelen dañar, sobre cumplir un gusto que ha de quitar la salud, ó la honra, ó la hacienda, y aun el mismo gusto, al que le ejecutare, teniendo muchos dias de dolor por un rato de contento; sobre cosas de la tierra, que son tan viles y caducas, y por ellas perdemos las eternas; sobre bienes del mundo falsos y engañosos, breves y perecederos, por los cuales perdemos los celestiales? ¿Qué dijéramos si por cosas de tan poco momento como una paja matase un hombre á otro? Pues no es mas que una paja toda la felicidad del mundo respecto de los bienes del cielo, y por cosa tan poca somos traidores á Dios, y crucificamos á Jesús otra vez, y mil veces, cuantas pecamos gravemente.

Últimamente contra quién se peca agrava mucho nuestras culpas; porque fuera de ser Dios perfectísimo, sapientísimo, hermosísimo, omnipotente, inmenso, infinito, pecamos contra aquel que nos ama infinitamente, que nos sufre, que nos ha llenado de bienes y mercedes. Hacer mal al amigo, aun las fieras no se atreven; hacer mal al bienhechor, hasta los brutos lo condenan: mira ¿qué será agraviar tú al que te amó mas que á su vida, al que te hace todo bien, porque no hagas mal alguno? Teme á este Señor, reverencia á su Majestad, y ama á su bondad, y no le ofendas mas. Á David le hizo tanto peso esta consideracion de haber pecado contra Dios tan bueno que, lamentándose en el salmo de su penitencia con voces del corazon y lágrimas vivas, exclamó: *Contra tí solo pequé;* porque aunque pecó contra Urías y contra todo Israel, por el mal ejemplo que le dió, solo le pareció Dios el ofendido, por la

(1) Arist. 3 Æthic.

infinidad de su ser, y por crecer por esta parte inmensamente la gravedad de su culpa. Por todas partes está enconado el pecado, por todas partes escupe veneno, y mirado á todos lados siempre parece peor; porque como es sumo mal, no tiene lado por donde parezca bien: todo es mónstruo, todo ponzoña, todo es detestable, todo horrible, todo malísimo; y así merece todo mal, y no es mucho se castigue con tormento eterno lo que se opone á la suavidad de la santidad infinita.

§ IV.

Es tan malo el pecado, que lo es de muchas maneras; porque no solo es malo en cuanto al menosprecio de Dios, sino tambien por sí mismo: porque aunque no hubiera Dios, ó Dios no se ofendiera del pecado, es abominable, y horrendo mal, y fuera de eso es causa de todos los males; de suerte que, quitado aparte el ser injuria de Dios, es el mayor mal de los males, y la causa de los demás. Por sola la fealdad que en sí tiene juzgaron los filósofos que debia ser aborrecido sobre todas las cosas. Aristóteles dijo (1): *Mejor es morir que hacer algo contra el bien de la virtud.* Los dos insignes filósofos, Séneca y Peregrino (2), con mas resolucion dijeron: *Aunque supiera que lo habian de ignorar los hombres, y que Dios lo habia de perdonar, con todo eso no quisiera pecar, por la fealdad del pecado.* Por eso mismo dijo Tulio que no le podia acontecer al hombre cosa mas horrible y tremenda que el pecado. Hasta los filósofos que negaban la inmortalidad de las almas y la providencia de Dios decian que por ninguna cosa se habia de hacer una culpa; y algunos gentiles hicieron grandes extremos por no hacerla. Democles, como escribe Plutarco (3), por no consentir en una torpeza quiso antes ser cocido en agua hirviendo. Con razon fue muy celebrada entre las matronas griegas Hippol, la cual quiso morir antes que consentir en pecado. Ni fue menor el horror que tuvo á la torpeza Verturio, pues cárceles, azotes y rigurosos tormentos sufrió por no pecar. Igual aborrecimiento se vió en el hermosísimo mancebo Espurina, del cual escriben Valerio Máximo y san Ambrosio (4), que por no ser á nadie ocasion de pecar, aun con el deseo, se dió muchas heridas en su rostro bellísimo, afeándole á costa de su sangre, porque nadie tuviese ni aun pensamiento consentido. Todos estos eran gentiles que no conocieron á Cristo crucificado por los hombres, ni vieron el infierno abierto para castigo de pecados, ni huyeron de la culpa por ser ofensa de Dios, sino por la enormidad y fealdad que por su naturaleza tiene. Esta les asombró, esta les aterró, esta les hizo

---

(1) Arist. 3 Æthic. Melius est mori, quam facere contra bonum virtutis. — (2) Sen. et Pereg. Philos. Etsi scirem homines ignoraturos, et Deum ignosciturum; tamen adhuc peccare nollem ob ipsam peccati turpitudinem. — (3) Plutarc. in Demet. — (4) Valer. Max. Ambros. lib. 3 de Virgin.

querer padecer cárceles, tormentos, peligros y muertes por no admitirla. ¿Qué será lo que debe hacer un cristiano despues que ve á su Redentor muerto porque no peque, y sabiendo lo mucho que se ofende Dios por el pecado? Mil vidas, mil almas habia de dar antes que injuriar á su Criador, y cometer lo que hasta á los gentiles causó horror; y la naturaleza le puso en los animales, aun en la sombra del pecado. Juan Marquez Giracien le echó á una generosa yegua un hijo suyo, para que se hiciese preñada de él; mas nunca hubo remedio que le admitiese la madre, hasta que para engañarla cubrieron al hijo de modo que no le conociese; pero descubierto el engaño, cuando vió la yegua que era su hijo el que se habia juntado con ella, la dió tanta tristeza, que de pena y de no querer comer se murió. Joviano Pontano escribe de sí mismo (1) que tenia una perra muy graciosa y hermosa, la cual deseó se hiciese preñada de un hijo suyo, y así los encerró; pero nunca consintió la madre que el hijo llegase á ella, y aunque algunos la procuraban tener para que no huyese, ella á bocados se defendia, y escapaba de sus manos, y arremetia luego contra el hijo, mordiéndole con la rabia. Tan horrible y fea es aun á los brutos una imágen tosca y borron del pecado; pues tanto le aborrecen y resisten, para que se avergüencen los hombres, capaces de razon y obligados de Dios, de no resistir con mas fuerza al mismo pecado, contra el cual debemos tener tal aborrecimiento, que sintamos y digamos lo que sintió y dijo san Anselmo (2): *Si viera de esta parte la vergüenza del pecado, y de esa otra el horror del infierno, y fuera necesario caer en una de estas cosas, antes me metiera en el infierno que admitiera el pecado; porque mas quiero limpio de pecado entrar en el infierno, que tener el reino de los cielos contaminado con alguna mancha.* Donde quiera que estuviera quien tiene tan horrible mal como la culpa grave, no dejará de ser miserable, feo y malísimo; porque, como dice san Juan Crisóstomo (3), el primer mal es ser malo. El doliente encancerado, aunque el cirujano no le corte las carnes, no dejará de estar con su dolencia; y así aunque no castigase Dios al pecador, no dejara de tener su mal y su muerte, su miseria, su fealdad y abominacion. Por lo cual dice san Agustin (4): *Aunque pudiéramos hacer que no viniese el dia del juicio, aun no se habia de vivir mal;* basta ser el pecado tan abominable en sí para que le tengamos todo horror. Este pavor y monstruosidad miserable de la culpa lo quiso mostrar el Señor en un mónstruo visible y suceso raro que escribe Villaneo (5). Dice que Casano, rey de los tártaros, casó con la hija del rey de Armenia, que era cristiana, y Casano infiel. Sucedió al cabo de algun tiempo que se hiciese preñada la Reina; pero

---

(1) Jovian. Pontan. cap. 17 de imman. — (2) Lib. de Simil. cap. 19. — (3) Chrys. tom. 5 serm. 5 de jejun. — (4) Aug. t. 8 in Psalm. XLIX. Si possemus facere fratres, ut dies judicii non veniret; puto quia nec sic erat male vivendum. — (5) Joan. Villan. l. 8, c. 35.

al tiempo del parto no parió un niño, sino un mónstruo horrendo: de lo cual atónito y alterado el Rey, mandó con los de su Consejo que muriese la Reina tratándola como adúltera. Ella muy desconsolada, viéndose morir inocente, se encomendó á Nuestro Señor, y por inspiracion divina pidió que bautizasen á lo que habia parido antes que la matasen. Hiciéronlo así, y al punto se transformó aquel mónstruo en un niño tan hermoso, que maravillado el Rey se convirtió á la fe de Cristo con otros muchos de su reino, reconociendo en este caso la hermosura de la gracia y la fealdad del pecado. Si bien aquel niño no tuvo pecado actual, ni mortal, ni venial, por solo el original, que es sin culpa de la voluntad propia, apareció tan monstruoso, horrendo y abominable, ¿qué serán los que con su propia voluntad han pecado mortalmente? Esta fealdad de la culpa es por ser contra la razon; por lo cual quien la tiene se hace mas feo que toda la fealdad, mas mónstruo que todos los mónstruos, y mas muerto en el alma que todos los muertos. Maravíllase Plinio de la fuerza de algunos rayos que, consumiendo á la plata y oro que está escondido en alguna caja, dejan sana y entera la cubierta: así el pecado, que abrasa al alma escondida, y deja entero y sano el cuerpo, es un rayo que sube del infierno peor que el mismo infierno, y así para tan abominable el alma que toca.

Pues ¿qué diré de los males que causa sino que, aunque él fuera en sí la mejor cosa del mundo, debia ser aborrecido mas que la muerte, por los malditos efectos que tiene? porque priva de la gracia, destierra del alma al Espíritu Santo, quítale el derecho al cielo, despoja al hombre de todos sus merecimientos, hácele indigno de la proteccion divina, y condena al pecador á eternos tormentos en la otra vida, y en esta á no pequeños trabajos; porque no hay peste, ni guerra, ni hambre, ni enfermedad de la vida á que no haya dado ocasion algun pecado; y así los que lloran por sus trabajos muden las lágrimas y lloren la causa de ellos, que son los pecados. Estos lloren, y estos lamenten: estos son tan grande mal, que debian llevarse todas nuestras lágrimas, y no bastaran para llorar uno todas las del mundo; y así no las derramemos por otra causa. El mismo Cristo Redentor nuestro, cuando le llevaban á crucificar, mandó que no le llorasen á él, para que todas las lágrimas fuesen por los pecados, que fueron la causa de su muerte y de todas las muertes, penas y males; por lo cual dijo: *No lloreis sobre mí, sino sobre vuestros hijos*; esto es, por vuestras obras malas, que son las que engendra de suyo vuestra naturaleza estragada. Finalmente, el pecado mortal es tan enorme maldad, que merece quien le hace las penas eternas del infierno, y por no hacerle debíamos padecer mil infiernos. Habíase de entrar uno en las llamas eternas antes que pecar, porque despues del pecado merece que le arrojen en ellas; lo que cometido con ninguna pena se puede recompensar, merece que por no cometerse se padezca toda la pena.

Á este mónstruo de malicia facilita el camino el amor de las cosas temporales, y le cierra el deseo de las cosas eternas: mire uno en dónde debe inclinar su gusto y poner su corazon. Oiga al Eclesiastés, que dice (1): *El corazon del sábio está en su diestra, y el corazon del necio está en su mano izquierda;* porque el sábio tiene puesta su aficion en lo eterno, y el necio en lo temporal, como interpreta san Jerónimo, el cual dice: *El que es sábio siempre piensa en el siglo venidero, que le guia á la mano derecha; pero el que es necio no piensa sino en el presente, el cual está puesto á la mano izquierda.* Hallaránse burlados los amadores del mundo cuando vean que por sus pecados están puestos al lado izquierdo del Hijo de Dios, juez de vivos y muertos, para condenarlos eternamente; y los amadores del cielo se regocijarán cuando se vean á la diestra de Cristo para gozar de la gloria eterna. La abundancia y prosperidad de los bienes temporales suele ser á los mas ocasion mayor de pecados que la moderacion de ellos ó necesidad; por lo cual Cristo nuestro Redentor aconsejó á los que le querian seguir con perfeccion que los renunciasen todos, y así arrancasen del corazon todo afecto á ellos, que les puede ser ó fue ocasion de pecar. Cuando los Macabeos cobraron á Jerusalen (2), y entrando en el templo vieron el altar del holocausto profanado, dudaron mucho en lo que harian: si usarian de aquel altar por haber sido dedicado á Dios, ó si lo destruirian por haber servido alguna vez al demonio; y dice la sagrada Escritura que les vino al pensamiento un buen consejo, que fue destruir aquel altar, arrancando todas sus piedras, y hacer otro de nuevo. Este buen consejo debemos tomar, huir de toda ocasion en que se pecó, y arrancarle de cuajo; porque si bastó para que los Macabeos destruyesen el altar consagrado á Dios el haber pecado en él otros; la ocasion en que no otro sino tú pecaste ¿por qué no la has de quitar? Y pues tantas veces has pecado por tener tu afecto en las cosas temporales, del mismo corazon has de sacar, y arrancar y destruir toda aficion que no sea de lo eterno; y no solo el afecto de bienes de la tierra has de quitar, pero de los mismos bienes has de temblar.

(1) Eccles. x — (2) I Mach.

LIBRO QUINTO.

CAPÍTULO PRIMERO.

Notable diferencia entre lo eterno y temporal en ser lo uno fin, y lo otro medio. Trátase del fin último para que fue criado el hombre.

Hasta aquí hemos dicho las diferencias y distancias que hay entre lo temporal y eterno, confiriendo lo uno con lo otro, y considerándolo mas por su naturaleza y sustancia, que por sus circunstancias de respectos extrínsecos y relaciones á otras cosas: ahora llegarémos á considerarlo con esta mira, para que veamos que las cosas de la tierra, por cualquier lado que las miren, son muy despreciables y viles; mas las eternas, de gran ponderacion y cuenta. Muchas cosas hay que, aunque por sí sean tenidas por viles, por algun respecto ó circunstancia se hacen de estimacion entre los hombres; pero las cosas temporales, así por su propio ser, como por respectos ajenos y circunstancias, son vilísimas y muy contentibles entre los Ángeles; y lo deben ser entre los hombres, porque lo son en sí: viles son, por ser en sí pequeñas, por ser mudables, por ser caducas; pero aunque fuesen muy preciosas y eternas, nos habian de ser muy contentibles, por ser medios y no fines, por ser para que nos sirvamos de ellas, no para que las adoremos y nos hagamos sus esclavos, por haber pecado nosotros con ellas, por haber bajado el Hijo de Dios del cielo, y muerto para que las despreciemos. Todos estos son unos respectos que envilecen mucho todo bien temporal, aunque ello fuese muy precioso y de suma estimacion.

Es, pues, una grande diferencia entre lo temporal y eterno ser lo uno fin y lo otro medio; porque lo eterno es el fin del hombre, y de lo temporal es el mismo hombre fin. Lo eterno es para que con ello tenga el hombre su última perfeccion y bienaventuranza perpétua; mas lo temporal es para que lo use solo en cuanto pueda conseguir lo eterno, y así viene á ser lo temporal medio, y lo eterno fin: en lo cual hay una diferencia y distancia grandísima; porque el fin se ha de amar por sí mismo, y el medio no se ha de amar sino en cuanto conduce al fin: por lo cual por lo eterno habíamos de suspirar, y de todo lo temporal nos habíamos de olvidar, sino es cuanto nos ayudase á conseguir lo eterno. Es-

te es un punto de suma importancia, y así es razon que lo consideremos.

Abre los ojos, y repara para qué naciste en este mundo. Todas las cosas tienen algun fin, para el cual son; y tú tambien le debes tener: no estás en el mundo por demás; para algo fuiste criado. Abre los ojos, y mira para qué; y no te apartes de ello, porque te perderás. ¿Qué caminante habrá que no tenga delante de los ojos algun lugar á donde ha de ir á parar? ¿Qué artífice hay que no se proponga alguna idea que imitar en su obra? ¿Cómo vives sin pensar para qué te dieron la vida? Sábete que naciste para Dios, y no para nada que sea menos que Dios, y servir á Dios. Para esto te dieron vida, para esto te sacaron del no ser al ser, y pasaste de la nada á ser criatura racional, quedándose tantas almas por criar que sirvieran mejor que tú á Dios. Mira qué le debes por esto que en sí encierra dos incomparables beneficios: uno, de haberte criado, dejándote muchos mejores; otro, de haberte dado el mayor fin que es posible ni puedes imaginar: mira qué le debes por esto. Por haber pasado los hijos de Israel el mar Bermejo, quedándose hundidos en sus aguas Faraon y todos sus soldados, quiso el Señor que se celebrase eternamente este beneficio: Moisés y todo el pueblo le agradeció con cantar grandes alabanzas del Señor. Mira qué agradecido debes estar tú por haber pasado del no ser al ser, quedándose infinidad de criaturas posibles en el abismo de la nada sin recibir el beneficio que tú. Por otro favor semejante que hizo el Señor á los hijos de Israel (1) pasando el Jordan, quiso tambien eterno reconocimiento; y así, para que quedase perpétua su memoria, mandó que colocasen en cierta parte doce grandes piedras para testimonio y monumento de aquella señalada merced. No eches en olvido el beneficio de la creacion, en que te pasó Dios de lo que no eras al ser hombre, y al poder ser bienaventurado, alcanzando tu fin último para que fuiste criado. No se olvidó de esto el Profeta, y así puso por título al salmo LXXV esta memoria diciendo (2): *Al fin, por el que pasa, ó salta de la otra parte;* porque el que pasa de ser nada á ser criatura capaz de razon y de la gloria debe mirar siempre al fin para que fue criado, para que con su consideracion haga mudanza de su vida, como confiesa David en el mismo salmo que la hizo él, advirtiendo que su mudanza fue de la diestra del muy Alto. Acordémonos, para mudar nuestras costumbres, y para mudarnos nosotros de tibios en fervorosos, de pecadores en justos, que fuimos criados para solo Dios; porque esta consideracion de tan alto fin bastara para mudarnos: y así el mismo David puso á otro salmo este título (3): *Al fin, por los que se han de mudar ó trocar*. Sabia el santo Profeta la importancia de esta memoria de nuestro último fin, y así la repetia en sus Salmos, para que, teniendo siem-

(1) Josue, IV. — (2) Psalm. LXXV in finem, pro Idithum, hoc est, pro transiliente.
(3) In finem, pro his qui commutabuntur.

pre la mira puesta en él, no la perdiésemos, ni le corrompiésemos con mezcla de otras intenciones, como lo significó en la inscripcion del salmo LXXIV, la cual dice (1): *Al fin, para que no le corrompas;* otra letra dice: *Para que no le pierdas;* como si dijera: Mira al fin para que te criaron, para que no le pierdas; mira que, no debiéndosete por tu naturaleza la gloria, te crió Dios, por su misericordia, para que la gozases; y pudiéndote criar para una perfeccion y felicidad natural, te crió para la sobrenatural. Otras criaturas crió para él; pero á tí no te crió sino para sí mismo. No hay criatura que tenga fin mas noble, no hay Arcángel ni Serafin que te haga ventaja en esto. Sábelo estimar, y no le pierdas; porque te perderás tú.

Mira qué obligaciones tienes por esto; por haberte criado Dios te debes todo á Dios, y no hacer cosa que no sea por Dios, aunque no te criara para sí ni para que le sirvieses, sino que te dejara libre. De la manera que un hijo debe á su padre respeto y reverencia por haberle engendrado, aunque no es el padre fin del hijo, así tambien por solo haberte criado Dios le debes, en todo cuanto eres, respeto y reverencia. El labrador que planta un árbol tiene derecho á toda la fruta del árbol. Pues por haberte Dios criado para sí no es menor el derecho que tiene; porque no hay dominio mas absoluto que el del fin sobre todo lo que se ordena á él, como dicen los teólogos y confirman los filósofos; por lo cual dijo Marsilio Ficino (2): *El fin es como señor mas excelente que todas las cosas, que como ministras y siervas se refieren al fin.* Por eso es el hombre señor de las demás criaturas corporales, porque es el fin de ellas, aunque no es el último, ni las crió él; y Dios, por ser fin último del hombre, tiene supremo dominio en el hombre y en todas sus cosas. Filon (3) llamó al fin la cabeza de las cosas; porque así como el príncipe, como señor absoluto, es la cabeza del reino y de todos sus vasallos; así tambien el fin es señor y cabeza de todo lo que á él dice relacion. Esta es la naturaleza del fin, debérsele cuanto se ordena á él; y como todo cuanto hay en el hombre es de Dios, ni menear una mano debias, si no es por Dios. Llamó un filósofo (4) al fin la causa de las causas: otro dijo que tenia el principado entre las causas. Pues si á Dios porque fue causa eficiente tuya debes lo que eres, por ser tambien tu causa final debes aun mas de lo que eres; porque esta obligacion no se mira por lo que recibiste, que es tu ser finito y limitado, sino por aquello á que te ordenó, que es el ser divino, infinito y sin tasa: aun al mismo Dios, en cuanto omnipotente y causa eficiente de todas las cosas, como se sirve á sí en cuanto suma bondad y causa final de ellas, pues las hace por este fin.

(1) Psalm. LXXIV in finem, ne corrumpas. — (2) Marsil. Ficin. l. 1, præst. Finis, tamquam dominus, præstantior est rebus, quæ tamquam ministræ quædam referuntur ad finem. — (3) Phil. Hebr. dialog. 2 de amore. — (4) Marsil. Ficin. in Plat. Phileb. l. 1, c. 30.

Tú, ¿qué derecho tienes para obrar que no sea por Dios? Pues el mismo Dios no obra ni obrará sino por este fin. Es el fin causa de las causas; y así como te debes á Dios por ser tu hacedor, así tambien te debes por ser tu fin, porque no fuera tu hacedor, si no fuera por algun fin, el cual fue causa de tu creacion; y así cuanto le debes por tu creacion lo debes por ser tu fin.

§ II.

Considera la fuerza del fin en todo órden de cosas, en las naturales, en las artificiales, en las morales, para que conozcas cuánta mas fuerza debe tener en las sobrenaturales. Por ser el fin de los elementos el centro, ¿qué ímpetu tienen para llegar á él? ¿Con qué fuerza cae una piedra de lo alto, y viene apresurada á su centro, atropellando con cuanto se le pone delante? Y el fuego por llegar á su esfera vuela montes y peñascos. Pues si así buscan las cosas á su fin natural; mira cómo debes buscar tu fin sobrenatural. Considera qué violentada está una piedra que está suspensa en el aire de una maroma; qué fuerza que hace, con cuánto peso forceja por venir á tierra, donde está su centro; con todo, cuanto es tira para esto, y se inclina: y, despues de suelta, cuán sin tardanza, cuán apresurada cae, cuán sin divertirse á una parte ni á otra. Este ha de ser el modo con que has de buscar á Dios nuestro Señor: por él has de anhelar solamente, no has de tener inclinacion á otra cosa; con todas las potencias de tu alma y fuerzas de tu cuerpo, y afectos de tu corazon le has de buscar. Derecho has de ir á él sin divertirte á otra parte, ni mirar á criatura que te detenga, sino atropellando con todo lo temporal, por topar con lo eterno, para que eres criado. Una piedra por llegar derecha á su fin no repara ni caer en agua ni en fuego, ni en hacerse pedazos; ni tú debes reparar, por llegarte á Dios, ni en fuego ni en agua, ni en perder hacienda y honra, y los miembros de tu mismo cuerpo; y como dicé el Salvador: Si te escandalizan los ojos, sácatelos, y córtate el pié y la mano; porque es mejor entrar en el cielo ciego, manco y cojo, que caer en el infierno con piés y manos. Las cosas naturales no hallan quietud sino en su centro, y la aguja de marear no para hasta mirar al Norte. No tendrá tampoco el alma quietud que no mire á Dios; y la causa de muchas tristezas y desasosiegos es porque no miramos lo eterno, ni buscamos á Dios. Desengáñese el corazon humano, que no ha de hallar sosiego sino en su Criador.

Si venimos á las cosas artificiales que no son ajustadas á su fin, ¿qué son sino un borron y confusion desordenada? Si un pintor, sin proponerse alguna idea, echase pincelada en una tabla, no sacaria mas que un borron y confusion grande; y si queriendo pintar un grande capitan, no ajustase las figuras á este fin, sino que en lugar de ponerle en la mano la espada le pusiese un huso, sacaria un retrato ridículo: si un escul-

tor diese golpes en un leño sin tener fin de fabricar alguna imágen, no haria mas que cansarse y echar á perder los instrumentos y la madera. Eso haces tú cuando obras sin mirar á Dios, ni buscar en tus obras lo eterno; no harás mas que hacer un borron de tu vida, y echarte á perder á tí, y perder las criaturas que no usares para conseguir el cielo. Dios te crió á su imágen, para que esa misma imágen la perfeccionases haciéndola mas semejante cada dia á tu Criador; pero dejando de mirar á él solo en tus acciones no haces mas que hacerte un mónstruo, y confundir y borrar la imágen divina. Finalmente, como todo lo que se hace en las obras del arte sin ajustarlas á su fin todo es yerro y perdicion; así tambien cuanto haces sin mirar á Dios, tu último fin, todo es errar y perderte. Mira cuál te has parado, pues tantas veces te has olvidado de Dios, y te has apartado de tu fin.

Pues si miramos á las obras morales y acciones humanas, en no ajustándose á su fin ¿qué son sino imprudencias y locuras? Sino díme: ¿qué es toda locura sino apartar las cosas de su fin? Si uno, no queriendo sentir frio, se desnudase y huyese del fuego, ¿qué dirias de este hombre sino que estaba loco? Pero pregúntote: ¿en qué está esa locura sino en no proporcionar las cosas á su fin? Pues no eres tú mas cuerdo cuando queriendo y apeteciendo tu bien huyes de Dios y no le buscas en todo. Este es el engaño de los hombres, como notó san Agustin, que, amando todos la bienaventuranza, por no saberla buscar se hacen miserables. ¿Quién sino un frenético, ó loco de atar, teniendo grande sed se hartaria de sal? Esto hace quien busca cosas temporales para satisfacer la sed de su apetito, con las cuales se irrita mas. Pues esta locura no está en otra cosa sino en que no se ajustan los medios al fin. El sediento, para satisfacer la sed, no se ha de ir sino á una fuente de aguas; y el hombre, para alcanzar sosiego de su corazon, no se ha de ir sino á buscar á Dios; y el divertirse en otras criaturas, queriendo con ellas apacentar su gusto, no es mas que comer sal con que avive su sed y apetito, y abrase las entrañas. Locos somos en no mirar en todas nuestras obras á Dios nuestro Señor, ajustando á este fin todo lo demás. Loco fuera quien para encender una lámpara la llenase de agua, y sin tener una gota de aceite porfiase en que habia de arder; y toda su locura no es mas sino porque acomoda una cosa que no es proporcionada á su fin. Estas locuras hacemos cada dia, usando de las cosas cuando no nos han de llevar á Dios, que ni podrán encender en nosotros el fuego de su amor, ni sustentar el lustre y dignidad del alma racional. De lo dicho nace que todo lo que no se ajusta á su fin es contentible y monstruoso é inútil; por lo cual dijo David: *Todos declinaron*, esto es, se apartaron de su fin, que es Dios, *y son hechos inútiles;* porque baldío y por demás está el hombre en cuanto no sirve á su Criador y no le busca en todo; y mejor se tiene no ser una cosa, que ser sin ajustarse á su fin. Un labrador que plantó un árbol para que le diese fruto, si despues no le lleva, luego le arranca, juzgando que

es mejor que no sea que estar sin su fin, y en el Evangelio se mandó cortar la higuera que no fructificó.

§ III.

Esta fuerza de la causa final es tal que, ajustándose las cosas á ella, mas ser y estimacion reciben de su fin, por bajo que sea, que le recibirian de otra cosa muy preciosa, si no siendo su fin se le juntara. Un azadon para cavar tiene su valor, y el labrador le estima y compra por dineros; mas si se lo diesen á un pintor para dibujar un retrato, ni aun de balde le tendria en su oficina. Una medicina que amarga al paladar paga el enfermo por cualquier dinero, la cual estando sano despreciaria. Hasta un vaso inmundo puesto en un rincon es de provecho y se busca, pero puesto en un rico aparador fuera de escarnio y le hicieran pedazos. Tanto como esto importa acomodarse las cosas á sus fines, que por bajos y viles que sean les dan estimacion, y apartándose de ellos, aunque se suban á las nubes, la pierden. Mira cómo quedará el hombre que no busca á Dios en todas sus cosas, pues es solo su fin, al cual se debe ajustar, y es fin tan alto; y así de dos maneras se envilece quien no le busca: lo uno, porque se aparta de su fin; lo otro, por apartarse de bien tan alto y sublime. Tambien se debe considerar que, así como no hay cosa, por vil que sea, que ajustada á su fin no tenga algun bien y estimacion, así tambien no hay cosa, por preciosa que sea, que apartada de su fin sea de valor y estima. Un sediento que pretende beber, por estarse muriendo de sed, mas estimará un poco de agua de un charco que si le diesen los tesoros del mundo, si no le han de ser de provecho; y así Lisímaco mas estimó un jarro de agua que un reino. De donde se sigue que el fin es el que da valor y estimacion á las cosas.

Abre, pues, los ojos, y considera que no estás de balde en el mundo, que no te criaron sin por qué ni para qué: fin tienes, al cual debes buscar; y si no le buscas, te paras peor que cuando no eras: fin tienes, y ese es altísimo, el mayor que puedes pensar ni que puede ser, que es la gloria de Dios. Por cierto que aunque nunca te criara Dios sino para servirle, sin aspirar á gozarle, lo debias estimar mucho. La reina Sabá, cuando vino á Jerusalen y vió la grandeza del rey Salomon, su prudencia, sabiduría y majestad, muy maravillada exclamó (1): *Bienaventurados tus criados, que están aquí en tu presencia.* Pues si esta prudente Reina tuvo por bienaventuranza el servir á Salomon, el servir á Dios ¿cuánta honra y felicidad será? Pero no quiso aquella infinita bondad que solo parase nuestro fin en servirle, sino que pasase á gozarle y hacernos participantes de su misma bienaventuranza y gloria. En este altísimo fin, no solo te igualas á los Ángeles, sino que te haces partícipe

(1) III Reg. x. Beati servi, qui hic stant coram te.

con Dios, el cual así como no tiene otra bienaventuranza ni fin sino á sí mismo, así tambien no quiso que tuvieses menor fin que al mismo Dios, ni otra menor bienaventuranza que gozar de tu mismo Criador. Para gran bien naciste, pues fue para solo el sumo Bien. *Para esto,* dice el Maestro de las sentencias (1), *crió Dios la naturaleza racional, para que conozca al sumo Bien, y conociéndole y amándole le posea, y poseyéndole le goce.* Á los elementos crió Dios para las naturalezas que tienen vida, á las yerbas crió para los animales, á los animales para el hombre; pero al hombre para un fin que traspasa todo lo criado, no para un fin que se encierra dentro de la naturaleza, sino para el que es sobre toda la naturaleza, para un fin sobrenatural y divino. Sabe estimar esto; y habiendo recibido tanta honra, no te infames tú con abatirte á otra cosa. Bien dijo Dionisio Ricvel (2): *Como sea tan grande la dignidad de los hombres, que son criados para tan excelentísimo fin, para la felicidad de los Ángeles, para la contemplacion clara y gozosa de su gloriosísimo Criador, ¿por ventura no es una grande ingratitud, vileza y locura de los hombres carnales y malvados, que apartándose de su Criador, y no cuidando de tan grande bienaventuranza, ponen su felicidad en las cosas carnales, caducas, vanas, inmundas y viles; esto es, en los deleites de la carne, en las riquezas de la tierra, en la honra, alabanza y gloria temporal, transitoria y humana? Porque cualquiera que peca mortalmente antepone la criatura al Criador, y constituye su fin en una cosa criada y caduca, allegándose mas á lo criado que al Criador, lo cual es una grandísima injuria del Criador y menosprecio de la bienaventuranza para la cual nos crió.* Ten siempre esto delante de los ojos, que tu fin es mayor que el mundo, que está sobre lo criado, que es Dios solo. Mira que cuanto mayor honra es ajustarte á un fin tan excelente, tanto será mayor ignominia apartarte de él. Conoce, pues, tu dignidad, y guárdala; endereza á tan alto blanco tus obras y pensamientos; vive como un Ángel, pues te crió Dios para un mismo fin con los Ángeles: procura llenar las sillas y ser compañero de su gloria. Gran favor de la naturaleza humana que, siendo en sustancia inferior á la angélica, la pueda igualar y sobrepujar en la bienaventuranza, y en órden á alcanzar su fin, es privilegiada de Dios; porque para que alcanzasen su fin los Ángeles proporcionó Dios su gracia conforme á su naturaleza, dándola mayor á los mas perfectos; pero á los hombres da su gracia sin estas estrechuras, para que pueda el hombre, si quiere, ser mas que un Ángel.

Conocieron los filósofos antiguos la importancia del fin del hombre, y así anduvieron muy solícitos para averiguar lo que era. ¿Qué discursos no hicieron, qué disputas no tuvieron por sacar en limpio cuál fuese, para ajustar á él las acciones de la vida? Porque, decian, como es así verdad que era todo errar, si no se conocia primero el fin del hombre

(1) Magist. lib. 2 sent. — (2) De noviss. art. 36, fol. 130, p. 2.

para enderezar las acciones humanas y conformarlas con él; y así dijo Marco Aurelio emperador en su filosofía (1): *Deliran los que no se proponen un blanco, al cual enderecen todos sus conatos y pensamientos.* Pero despues que convinieron en que el fin era vivir conforme á la naturaleza, ¿qué no hicieron muchos de ellos por ajustarse á esto y conseguirlo? Y todos ¿qué no dijeron que se habia de hacer, no alzándose en su opinion el fin del hombre sobre la naturaleza humana? Los estóicos y cínicos dejaban honras, haciendas y gustos por acomodarse á una vida conforme á razon y á la naturaleza, viviendo sin hacer mal y haciendo bien, confesando que se habia de ajustar en todo á la virtud, y todo esto debian hacer por aquel fin natural que hallaron, del cual dijo Filon estas palabras (2): *El fin que fue celebrado de los filósofos mas aventajados es el vivir segun la naturaleza; y esto se hace cuando entrando el alma por el camino de la virtud anda por las huellas de la recta razon, y sigue á Dios, acordándose de sus mandamientos, y guardándolos con firmeza en sus dichos y todas las obras.* Pues si esto debe el hombre por su fin natural, ¿qué obligacion tendrá por el sobrenatural y por la eternidad? Antonino el Filósofo (3), juzgando que el fin del hombre era vivir segun la naturaleza, calificó por tan fuera de razon no conformarse uno con todas las cosas que suceden, llevándolas con igualdad de ánimo, que dijo que era esto tan abominable cosa como una apostema y llaga del mundo. ¿Qué dijera de los pecados graves con que se aparta uno del fin, que es sobre toda la naturaleza, pues es el autor de ella? Él andaba con todo cuidado de ajustarse á su fin, que desde la mañana á la noche no atendia á otra cosa sino á mirar para lo que habia nacido, y ajustarse con ella; y así te da estos consejos: *Á la mañana, cuando te levantas con pereza del sueño, ten pronto y á la mano este pensamiento, que te levantas á ejercitar las obras de hombre; y por esto te dirás: ¿cómo es esto que te levantas tan tarde para hacer aquello para lo cual naciste, y por lo cual veniste á este mundo? ¿Por ventura para eso te hicieron, para que te estuvieras rollando en este lecho muy caliente y abrigado? Esto gustosa cosa es; pero ¿naciste tú acaso para hacer tu gusto y el deleite, y no para obrar? ¿No ves las plantas, los pájaros, las hormigas, las arañas, las abejas, que todas estas cosas están en sus oficios, y tú rehusas de ejercitar el oficio de hombre racional, y no te dispones para lo que conviene á tu naturaleza? Confieso que es necesario algun descanso, pero en esto puso modo la naturaleza, como al comer y beber; pero tú paseas lo bastante, y en lo que debes hacer, aun no llegas á lo que es razon, y te quedas atrás. Esto nace de que no*

---

(1) Aurel. Imper. l. 2 Philosoph.

(2) Philon, lib. de migr. Abrah. Finis, qui à præstantissimis philosophis celebratur, est juxta naturam vivere; et fit, cum mens ingressa virtutis semitam, incedit per rectæ rationis vestigia, et Deum sequitur, memor ejus præceptorum, et habens ea rata, et firma dictis, et factis omnibus.

(3) Anton. Phil. l. 2 et 5 in prin. p. 216.

te amas; porque amaras tambien á tu naturaleza y cumplieras su voluntad. Los oficiales que aman y gustan de sus artes empléanse en ellas sin tener cuenta del regalo de los baños ni de la comida. Tú no estimas tanto á tu naturaleza, cuanto un tornero ó representante á su arte, el avariento al oro, y el ambicioso á la gloria vana; porque estos, mientras pueden acrecentar lo que aman, lo anteponen al sueño y á la comida; pero á tí te parecen cosas mas viles las acciones de hombre capaz de razon, y las juzgas por menos dignas de trabajo. Todo esto es de aquel Emperador, que con la consideracion de su fin natural se exhortaba al cumplimiento de sus obligaciones.

§ IV.

De todo lo dicho has de sacar la estimacion que has de hacer de lo eterno, pues pertenece á tu fin como lo has de desear y buscar; pero á todo lo temporal ni mirar debes por lo que es en sí, pues no naciste para ello, sino para la eternidad y para Dios nuestro Señor. Y para que se vea mejor cómo nos hemos de haber con lo temporal, y la diferencia que hay de ello á lo eterno, por ser lo eterno nuestro fin, y lo temporal cuando mucho puede ser medio; así como hemos declarado la naturaleza del fin, explicarémos tambien con mucha brevedad la del medio, la cual es, que no tiene otra razon en cuanto medio para ser querido y buscado, sino en cuanto conduce á su fin: por lo cual todo lo temporal no tiene razon alguna para ser buscado y amado del hombre, si no es en cuanto le lleva á Dios Señor nuestro; y en no viendo en ello esta divisa, no lo ha de estimar ni apetecer, por lo cual no debe estar pegado nuestro corazon á ninguna cosa de la tierra: porque asi como un soldado cuando sano no hace caso de las medicinas porque no las ha menester, ni conducen para entrar en batalla con su enemigo, ni cuando enfermo cuida de ponerse las armas, porque no le han de ayudar para cobrar salud; así tambien no hemos de hacer caso, ni buscar ni querer cosa de la vida, sino en cuanto nos llevare á Dios, teniendo despejado el corazon de todo, y no teniendo otra razon de nuestra voluntad y uso de las cosas sino esta sola marca, si no nos ayuda para nuestra salvacion. El caminante que está determinado á llegar á algun lugar siempre tiene en su alma esta intencion, y cuando encuentra dos ó tres caminos no se le da mas de ir por uno que por otro; solo mira, para escoger alguno, cuál es el que va á la parte donde él camina, y no repara si es el de la mano derecha ó el de la izquierda, si el que tiene cuestas ó el que es llano; indiferente está para cualquiera, solo espera saber cuál es el que lleva á donde él pretende ir, y no tiene mas razon de escogerle que esta. Con esta indiferencia hemos de estar para todas las cosas temporales; á ningun bien hemos de amar, y ningun mal hemos de temer, sino despegados de todo amar solamente lo que nos lleva á Dios, aunque sea mal, y aborre-

cer lo que nos aparta de Dios, aunque sea bien. Si la pobreza te lleva á Dios, abrázala con dos manos, y estímala : si las riquezas y grandezas te apartan de Dios, písalas con los piés, y desprécialas, y échalas de tí como veneno : si la deshonra y olvido de los hombres te granjea tu salvacion, huélgate con tus afrentas : si el ser honrado te hace olvidar de tu Criador, aborrece á la honra como á la muerte : si el dolor y tormento te hace conocer á tu Redentor, date mil parabienes de verte dolorido y atormentado ; pero si los gustos te hacen ser desconocido á quien debes tanto, prívate de todo contento de la vida temporal por no perder el de la eterna ; de suerte que no has de querer ni aborrecer mal ó bien de la vida, sino en cuanto te allegare ó apartare de Dios, que es tu fin último. No te has de guiar para buscar ó escoger alguna cosa si es buena ó mala, si es de gusto ó de dolor ; sino si te allega á Dios, porque el medio no tiene otra razon para ser amado, sino en cuanto conduce al fin. Á todo lo temporal has de despreciar por sí, como á solo lo eterno has de estimar por sí ; y solo te has de ayudar de lo temporal en cuanto te ayudare á lo eterno, y no mas, menospreciando á todas las criaturas, y apreciando solo al Criador, y por solo él usar de las criaturas que se allegaren á él. Esta diferencia conoció bien David, como explica san Agustin, en su salmo de los que intituló y dedicó al fin, en que se consideró criado de Dios, y para tan alto fin como para servirle y gozarle; con este presupuesto dijo aquella sentencia: *Como son sus tinieblas, así es su luz;* porque no se ha de inclinar uno mas á la cosa de lustre y resplandor de esta vida que á las de oscuridad, ignorancia y pena ; no mas á la prosperidad que al trabajo, y así dice el Santo : *En esta noche, en esta mortalidad de esta vida, tienen los hombres luz y tienen tinieblas. Luz es la prosperidad, tinieblas la adversidad. Pero cuando hubiere venido Jesucristo Señor nuestro, y hablado al alma por fe, y prometídola otra luz, ó inspirado y concedido la paciencia, y amonestado al hombre que no se deleite en lo próspero, ni se quebrante con lo adverso, entonces empieza el varon fiel á usar indiferentemente del mundo, ni se sublima cuando le suceden cosas prósperas, ni se aflige cuando son adversas, sino donde quiera bendice al Señor, no solo cuando le sobran las cosas, sino cuando las pierde, no solo cuando está sano, sino cuando cae enfermo, para que esté en él con verdad esta cancion: Bendeciré al Señor en todo tiempo, y su alabanza estará siempre en mi boca.*

Otra condicion del medio, que está unida ó es una misma con la dicha, es que del medio no se ha de gozar, sino solo usar ; porque en el gozo se para y sosiega el alma, que es propio del fin, y en el uso mira á otra cosa para conseguir lo que es propio de los medios : y así supuesto que no has de querer gozar de la criatura por no ser tu fin, sino solo usar de ella por ser tu medio, en ninguna has de buscar otra cosa sino si te puede ser de uso y provecho para gozar de Dios, que es tu verdadero fin; porque quien busca á lo temporal por sí, y para gozar de ello, no hace menos agravio á Dios que trocar su fin tan vilmente, que deja

lo eterno por lo temporal, y al Criador por la criatura; anda tan errado, y loco y disparatado, que dejando su verdadero fin hace del medio fin, y asimismo se abate á una criatura vil. De aqui se entenderá como es aquella diferencia de las cosas que nota san Agustin (1), y los teólogos, que unas cosas son para gozar, y otras para usar; porque de las eternas solo hemos de gozar, mas de las cosas temporales solo hemos de usar, y en ninguna manera gozar, tomando solo de ellas lo que nos ha de ayudar para salvarnos, y no mas. Y así dice san Agustin que el hombre ni de sí ni de otra cosa se debe gozar, sino solo usar; porque ni á sí ni á otra cosa debe amar por sí, sino por Dios, su último fin; porque, como el mismo Santo dice: No es otra la vida viciosa de los hombres sino la que usa mal y la que goza mal; al contrario, la vida loable de los buenos es la que usa bien de este mundo y la que goza bien de Dios. De aquí asimismo se declara aquella duda que tuvieron los antiguos filósofos, de cuáles eran los verdaderos bienes; la cual controversia estuvo aun entre los fieles en tiempo de David, por lo cual en un salmo preguntó: ¿Quién nos mostrará los bienes? Pues de lo dicho se resuelve esta duda, y responde á esta pregunta: que aquellos son solos bienes los que nos allegan á Dios, y aquellos son solos males que nos apartan de Dios; y así dice san Agustin (2): *Ya no conocemos otro mal sino ofender á Dios, y no alcanzar lo que nos ha prometido; ni conocemos otro bien sino agradar á Dios, y llegar á aquello que nos ha prometido. Pues ¿qué hemos de decir de los bienes y males de este mundo? Que nos hayamos con ellos indiferentemente; porque ya sacados del vientre de nuestra madre Babilonia, teniéndolos por indiferentes, decimos: Como son sus tinieblas así son sus luces; ni la felicidad de este siglo nos hace bienaventurados, ni su adversidad desdichados.* Sócrates dijo que la suma sabiduría era distinguir los bienes de los males, y Séneca no supo dar otra regla mejor para distinguirlos y conocerlos que en órden á su fin; y así dice: *Todas las veces que quisieres saber lo que has de huir ó apetecer, mira al sumo Bien y al propósito de toda tu vida; porque con él ha de convenir todo lo que hacemos.* Es conforme á lo que habemos dicho, y así concluye (3): *Un solo bien hay, y es lo que es virtuoso; los demás son falsos y adulterinos bienes.* Eternamente has de gozar de tu Criador; conténtate con esta esperanza, y no pongas tu gozo en la criatura, de la cual solo te es lícito usar.

---

(1) Aug. 2 de Doct. chris. cap. 22, 31, 32, et 11 de Civit. cap. 25, et 11 de Trinit. cap. 10.
(2) Aug. in Psalm. CXXXVIII. — (3) Senec. epist. 71. Unum bonum est quod honestum est; cætera falsa, et adulterina bona sunt.

§ V.

Pero débese advertir mucho que un grande uso de las criaturas para llegar al Criador es el desprecio de ellas; porque de tal manera quiso Dios que te fuese fácil conseguir tu fin, que no te pueda faltar medio para esto. Pues aun la falta de todas las cosas te puede ayudar. ¿Por qué se ha de afligir nadie por necesidad de esta vida, pues aunque le falte todo no le faltará medio para salvarse, pues la misma falta le puede servir de medio? Si llegar á tal pobreza que carezca de todo le ayuda á uno para volverse á Dios, téngase por el mas dichoso del mundo, y abrace la pobreza, y la necesidad y el dolor con cien manos que tuviese; porque así como se ha de despreciar todo lo que no nos llega á Dios, así se ha de estimar sobre todo precio y estima todo lo que nos llega á Dios, aunque sea la pena, el dolor, la necesidad y la misma muerte. Si es medio para que te salves, dignísimo es de todo aprecio; porque es tan grande cosa el ser medio de tu salud eterna, que aquel mismo Señor, que es principio y fin de todo, no se dedignó de hacerse tambien medio para que te salvases, encarnando y muriendo por tí, y quedándose en el sacrosanto Sacramento de su Cuerpo y Sangre: y si Dios puso tan eficaz medio, y tan costoso para sí, para que tú alcanzaras tu fin, no repares tú en aceptar por medio cualquier cosa que aborrezca el sentido, por horrible que parezca á la carne, como con ella asegures un punto mas tu salvacion: tenla por paraíso, y estímala aunque sea la deshonra y la infamia.

Para el cielo caminas; este ha de ser el término de la jornada de esta vida, no repares, por ir seguro, que te cueste mucho. Cuando uno hace una jornada peligrosa busca en ella la seguridad que puede. Quien se embarca para las Indias, si puede ir en un navío bien pertrechado y fuerte, no se embarcará en uno carcomido y quebrado. Camina al cielo lo mas seguro que puedas, y créeme, que no hay embarcacion mas segura que la cruz de Jesucristo, humildad y mortificacion. En todas las cosas quisieras para tí lo mejor, pues sábete que no tienes cosa que te importe mas ser buena que la vida; y así hazla buena, y no te contentes con la que tienes, si puede ser mejor, y no la puedes mejorar con otra cosa mas que con imitar la vida de tu Redentor, con el desprecio de todo lo temporal, el cual será un medio muy proporcionado para conseguir lo eterno, que es á donde has de aspirar, pues para esto naciste. Ten siempre delante de los ojos tu fin; porque errarás cuantas veces no lo miras, y en el errar hay grande peligro. Comparan muchos (1) esta vida á un puente estrechísimo y altísimo por donde apenas caben los piés, y si se

(1) S. Greg. et Isid. Clarus.

cae de lo alto se da en un grande despeñadero, donde esperan al que cae sierpes y dragones que le despedacen y coman. Pues ¿quién yendo en una noche oscura por semejante puente, y no teniendo otra guia sino el de una luz que estuviese al fin de ella, se atreviera á apartar los ojos de su vista? Por cierto que ni un paso diera, sino mirando la luz. En semejante estado estamos; la vida es un puente estrecho, por él pasamos en la noche de este mundo, no podemos salir bien de este paso peligroso si no miramos á nuestro fin y aquella luz divina que alumbra á las almas; en faltando de mirarla nos despeñarémos. No hemos de apartar los ojos de Dios, que es nuestro último fin, porque serémos perdidos. Esta perdicion significó David con este sobrescrito (1): *Para el fin;* donde dice, de los que no miran á Dios, su último fin, no haciendo de él mas caso que si no fuera, que los tales se hicieron abominables, y están corrompidos en sus intentos; que no habia entre ellos ni uno que hiciese bien; que todos declinaron, y se hicieron inútiles y baldíos; porque en palabras, obras y pensamientos faltaban: su boca era tan pestilencial como una sepultura abierta, donde por la corrupcion de gusanos nadie puede sufrir su hedor: con sus lenguas no trataban sino engaño, y tenian en sus labios ponzoña de áspides, cuya boca estaba llena de engaño y amarguras; sus obras eran todas para el mal; y así dice que corrian sus piés con gran velocidad para derramar sangre: su corazon estaba lleno de pensamientos de temor, temblando donde no habia que temer; y, finalmente, en todos sus caminos no habia sino quebrantamiento y desdicha, y no invocaron al Señor ni oraron, y el camino de la paz no conocieron, no teniendo el temor de Dios ante sus ojos. Todo esto dice David que causó en esta gente, tan pestilencial y abominable como la pinta, el no tener á Dios en su corazon, proponiéndoselе delante en todas sus acciones como su último fin; y verdaderamente de la falta de esto se origina todo mal, y no puede haber sosiego, ni paz, ni virtud sin esto, porque la verdadera paz en esto está, en no buscar cosa ninguna, sino á Dios y por Dios. En esto está la libertad de los hijos de Dios, el desprecio del mundo, la tranquilidad del ánimo, la conformidad con la voluntad divina, la verdadera prudencia; y es fundamento de toda virtud mirar que no nacimos sino para servir á nuestro Criador solamente; y olvidarse de esto, como lo hacen los malos, es cierto género de ateismo, negando que hay Dios, como dijo David, haciendo otro tanto que si no le hubiera, viviendo con desenvoltura de costumbres, sin oracion y con inquietud del alma. Á estas tres cabezas redujo el Profeta los daños de los que no miran á su último fin, y no se acuerdan de Dios; y así quien tuviere esta mira y atencion á Dios, tendrá todo lo contrario: será de buenas costumbres, tendrá trato de oracion y paz del alma; porque así como el hierro tocado á la piedra iman no sosiega hasta que mira al Norte,

(1) Psalm. XIII.

así tambien no se sosegará un corazon hasta que mire á su norte y fin último, Dios.

CAPÍTULO II.

Por el propio conocimiento se puede conocer el uso de las cosas temporales y el poco caso que hemos de hacer de ellas.

Antes de pasar adelante quiero advertir aquí un punto de gran importancia, y és, que para el uso acertado de las cosas no basta tener conocimiento de ellas y del fin para que sirven, sino de la persona que las ha de usar. No basta que sepa el sábio médico las propiedades de los medicamentos, si no conoce la cálidad del doliente, su temperamento, fuerzas, edad y otras circunstancias; porque segun fuere el enfermo se han de acomodar las medicinas. Y así, ya que hemos declarado que el fin del hombre es lo eterno, y que solo pueden ser las cosas temporales medios para cumplimiento de esta materia, dirémos la calidad y estado en que está ahora el hombre, para que conozca qué uso de lo temporal mas le convenga; porque está ahora la naturaleza humana de muy diferente condicion de como Dios la crió al principio y la puso en el paraíso: y así diferente uso de lo temporal le convendrá ahora muy diverso al que entonces le pertenecia. Conviene, pues, que sepamos qué es el hombre, para que se acierte á usar de las cosas del hombre y del mismo hombre, lo cual no se podrá hacer sin su noticia, ni sin que tenga cada uno propio conocimiento de sí mismo. Por lo cual dijo Dion Crisóstomo (1): *El que ignora qué es el hombre no puede usar del hombre; y así quien no se conoce á sí mismo no podrá usar de sí mismo*, y por consiguiente de las demás cosas que le tocan. Pero ¿quién podrá llegar á este conocimiento de sí mismo, el cual es tan dificultoso que, conociendo el demonio cuánto importaba á los hombres el conocerse, y deseando él todo nuestro daño, con todo eso, por acreditarse de sábio Dion entre los griegos mandó poner en el templo de Apolo Delfos este mote: *Conócete á tí mismo?* y exhortaba á ello, fiado en su mucha dificultad, por la cual no llegarian los hombres á alcanzarlo, porque es menester verdaderamente luz del cielo para conocerse; pero guiándonos por lo que la fe dicta y los Santos nos enseñan, procuraré decir aquí algo con que nos ignoremos menos.

Hay que considerar en el hombre lo que es de suyo y lo que es de Dios, esto es, lo que tiene por sí mismo y lo que ha recibido de Dios. Pero esto no puede dejar de ser bueno, si lo dió Dios, y así es lo menos por que pueda humillarse; pero tiene mucho por que no gloriarse,

---

(1) Dion. Chrys. orat. 10 de servi. Ignorans hominem homine uti non potest; qui igitur se ipsum non novit, neque se ipso uti potest.

pues es todo beneficio divino, y lo ha recibido no teniendo de suyo bien alguno: solo puede considerar que por la culpa de Adan se ha puesto de peor condicion el cuerpo y el alma que como los recibió de Dios; porque está nuestra alma llena de ignorancia y de flaqueza para todo el bien, y de otras mil miserias que no tuviera entonces; y el cuerpo está corruptible, mortal, siendo antes inmortal y sin la corrupcion que ahora tenemos de enfermedades y miserias, hasta que paremos en polvo y ceniza, y gusanos asquerosos, como ya hemos dicho. Pero esto es por lo que menos tenemos que humillarnos; porque esto que hemos recibido de Dios, aunque por el pecado de nuestra naturaleza está empeorado, es honra y alteza respecto de lo que tenemos que humillarnos por lo que de nosotros tenemos.

Llegando, pues, á decir lo que de nosotros poseemos, en dos solas palabras lo declaró el concilio Arausicano, diciendo que no teníamos por nosotros otra cosa sino mentira y pecado, esto es, la nada que éramos y la malicia que somos. Somos mentira, porque lo que es mentira no es; y de nosotros solo tenemos el no ser. ¿Qué somos de nosotros sino todo cuanto no nos ha dado Dios? Quita, pues, de tí todo lo que has recibido, y verás como no queda sino la nada: esto eres de tuyo, y lo que sobre eso ha puesto tu Criador, á él se lo debes, y suyo es; y así no debes usarlo por tu antojo, sino por su gusto. Mira cuánto mas te debes humillar por tener de tuyo el ser nada que por ser ceniza y gusanos; porque cuanto hay del ser al no ser, tanto te debes humillar mas por ser de tuyo nada que por ser polvo y ceniza. Del no ser al ser hallan los filósofos distancia infinita, por no haber entre ello proporcion; y así, por ser nada de tuyo, te debes infinitamente tener en menos que por ser polvo y ceniza. Nada eres, no tienes ser de tuyo, ni aun el poder es de tí, porque aun no pudieras ser si Dios no fuera. Mucho hay por que humillarte aquí; porque esto de ser nada es un pozo sin suelo, que nunca podrás agotarlo todo, que por esta causa debes ser humilde; pero aun no tiene comparacion con lo que eres, por haber pecado. Aquí han perdido los pulsos varones santísimos, y á los que Nuestro Señor les ha mostrado lo que son, han quedado asombrados, y algunos murieran de espanto, si no fueran confortados de la mano divina; porque por haber pecado eres cuanto malo es el pecado. Trae á la memoria cuánta maldad infinita hemos dicho de la culpa, cuánta infamia, cuánta horribilidad, cuánta abominacion es, porque todo esto cae sobre quien la cometió. Mira con cuánta razon dijo Dion filósofo que era dificilísimo el conocerse; pues tan arduo es el conocer lo que eres, cuanto es imposible que comprendas toda la malicia del pecado, el cual por ser sumo mal en cierta manera compite en la dificultad del conocerse con el sumo Bien. Y no habrá mejor modo para conocer el pecado que por el modo con que se puede conocer á Dios.

§ II.

San Dionisio Areopagita enseña que para conocer á Dios se puede ir por uno de dos caminos; ó por afirmacion, ó por negacion. El primero es afirmando y atribuyendo á Dios cuanto bueno y perfecto hay; el segundo es negando á Dios cuanto hay bueno en las criaturas, por ser la perfeccion que está en él sobre todo esto. Pues de la misma manera se puede proceder para conocer el pecado mortal, ó por afirmacion, atribuyéndole todo lo malo que hay en todas las cosas, ó negándole este mal, por ser la malicia del pecado de otro género mas enorme, y sobre todo mal. Conforme á esto imagina cuántos males has visto, oido, leido é imaginado: junta todos esos; ¿será el pecado mortal tan malo como todos ellos? Por cierto que una culpa grave solamente es mas que todos ellos: bien se pueden atribuir todos al pecado, porque él es causa de todos. ¿Será tan malo el pecado como las desgracias de Job, como la peste que sucedió en tiempo de David, como los tormentos que dieron Falaris, Neron, Diocleciano? Sí por cierto que iguala á todos esos su malicia, y pasa de ahí. ¿Será tan malo como cuantas aflicciones pasaron los que fueron anegados en el diluvio, y quemados vivos en las ciudades de Pentápolis, y pasados á cuchillo en Amalec, y muertos de hambre en el cerco de Jerusalen? Á todo eso iguala una culpa solamente, y pasa de ahí. ¿Será tan malo un pecado como cuantas pestes han pasado desde que Dios crió el mundo, cuantas guerras ha habido, cuantas hambres han sucedido, cuantas enfermedades se han padecido, cuantos tormentos se han dado, cuantas penas se han sentido, y cuantas muertes de hombres han pasado? Á todo eso iguala la malicia de una culpa, y excede de ahí. ¡Santo Dios, y qué asombro de males el que equivale á tal mal! ¿En dónde se ha de topar fin de tanta malicia? ¿Dónde hallarémos males que le igualen? Por cierto no los hallarémos en la tierra; porque cuantos males de penas han sucedido, y suceden, y sucederán en el mundo, y en millones de mundos, no igualarán á solo una culpa. Pero ya que no hallamos males en la tierra á que no exceda el pecado, vamos á buscarlos debajo de la tierra, y comparemos con él los males eternos. Entra en el infierno, y considera cuántos tormentos padecen y padecerán en aquellas llamas eternas los demonios y hombres, desde el menos conocido de los condenados hasta Lucifer y el Anticristo: mira si hay algun tormento entre tantos miserables que iguale en malicia á una culpa: no le hallarás. Pero doyte licencia que juntes de muchos de ellos los tormentos que te parecieren que podrán en razon de mal compararse con un pecado, y hallarás que á toda esa malicia iguala una culpa, y que excede de ahí. Junta, pues, cuantos tormentos padecen todos los condenados, y coteja con ellos la malignidad de la culpa; y hallarás que no solo los iguala, pero va muy adelante su malicia. Considera el rechinar de dientes de los con-

denados, el llanto inconsolable, el hedor insufrible, el fuego ardiente que penetra todas las entrañas, y considera el penar eternamente: gran mal te parecerá todo esto, incomparable, inmenso; pues traspasa todo este concepto de mal que has hecho, traspasa todo el horror que te ha causado el pecado mortal, y todo lo hallarás en él: faltarte han males y conceptos de males antes que á él falte malicia con que sobrepuje á otro mal; y así, ya que por este camino no podrás apear qué sea la malicia de una culpa, la cual no se puede conocer enteramente por este modo de afirmacion y comparacion, pues excede á toda comparacion, echemos por ese otro lado por via de negacion. Sábete que lo malo de la peste, y de la hambre y de la muerte, no es el pecado mortal; pero es sobre todo mal, sobre toda peste, sobre toda muerte: sábete que el mal de todas las pobrezas del mundo, deshonras y tormentos no es el pecado mortal, porque es sobre toda pobreza, sobre toda deshonra, sobre todo tormento: considera que el mal de las penas del infierno no es el pecado mortal; pero es su mal sobre el infierno, y cuanto mal de pena en él hay: y esto no te parezca mucho, porque no solo el pecado mortal, pero el venial, es mayor mal en sí que el fuego del infierno, y cuanto hay de pena en el infierno y fuera de él: considera que la fealdad de lo monstruoso, que la abominacion de lo asqueroso, que la infamia de lo vil no es el pecado mortal; pero es sobre toda fealdad, sobre toda abominacion y sobre toda infamia: piensa que todos cuantos átomos hay en el aire, arenas en el mar, yerbas en el campo y estrellas en el cielo son unos mónstruos y cuerpos feísimos, y de todos ellos haz un mónstruo y una fealdad: ¿será esa el pecado mortal? No es esa fealdad, pero es sobre esa fealdad, y sobre toda horribilidad: y no te espantes de eso en una culpa grave, porque aun la leve es mayor deformidad y fealdad que cuanta fealdad puede haber en todos los cuerpos del mundo. Dijo san Dionisio de Dios que era sobre hermoso y sobre bueno, por ser su hermosura y bondad de otro género mas superior: así tambien se puede decir que el pecado es sobre feo, sobre diforme, sobre horrible, sobre abominable y sobre malo; porque es mas que toda fealdad, abominacion y maldad con tanto exceso, que en comparacion de la culpa en ninguna manera es feo, ni diforme, ni malo todo cuanto hay de males y fealdades en el mundo.

Conózcase, pues, ahora el pecador, y conozca lo que es de suyo por haber pecado, porque es sobre mónstruo, sobre feo, sobre abominable: para que así como el que tiene blancura es tan blanco como es blanca su blancura, así tambien quien tiene pecado es tan horrible y abominable cuanto lo es el pecado. Mire con tal monstruosidad y abominacion dónde se debia hundir, y cómo debe tener asco y horror de sí mismo. Por cierto que si se hundia en el infierno no hallara allí tormento peor que él, y si se hundiera en el abismo de la nada, estuviera mas honrado que en el abismo de malicia que tiene la culpa. Mírese cuál es, abominable y abomi-

nabilisimo, horrible y horribilísimo, mónstruo de fealdad y monstruosísimo. Mire si es bien que use de las criaturas como las pudiera usar uno que estuviese en el estado de la inocencia sin haber jamás cometido pecado. Mire si criatura tan infame, si hombre tan abominable es bien que use de las cosas para su regalo, para su estimacion, para su honra y fausto. Aun el emperador Marco Antonino, que por ser señor del mundo recibia de todo él grandes honras, con la poca luz que tuvo (aunque gentil) se sintió tan digno de desprecio que se decia, como él mismo escribe (1): *Trátate con ignominia, ó ánimo, y despréciate á tí mismo, que para honrarte no tienes tiempo.* Prodigio es ver á un hombre que está en pecado que quiera ser respetado y honrado; prodigio es que quien ha cometido una culpa tenga queja de pena de esta vida, ó quiera ser regalado. El que es infamia del mundo, ¿por qué ha de querer honra? El que ha sido traidor á Dios, ¿por qué ha de querer regalo? El que mereció estar en el infierno por una eternidad, ¿por qué ha de estar descontento con una breve enfermedad ó necesidad en este mundo, donde puede salvarse y servirle de medio para esto la misma necesidad? Sepa quien ha pecado que no le conviene tener el uso de las criaturas, como quien fuese inócente: no ha de apetecer honra, sino la de Dios; no ha de buscar comodidades sino la seguridad de la salvacion; no ha de pensar en gustos de esta vida sino en la penitencia que debe hacer. ¡Oh si se conociese uno, y qué diferentemente miraria á los bienes del mundo! Miraríalos como cosa ajena que no le pertenecia, y ya que no los despreciase, no haria caso de ellos, como cosa que con él no hablaba. El mismo Hijo de Dios, solo porque tomó forma de pecador, siendo él santidad infinita, no usó de los bienes de esta vida, antes se abrazó con todo lo trabajoso, amargo y penoso de ella. Pues el que es en la verdad y en la sustancia pecador, ¿por qué ha de buscar honras y regalos? Sepa los medios que ha de usar, pues Jesucristo se los enseña, que son penitencia, mortificacion y cruz: porque si por tomar el Redentor sobre sí los pecados ajenos, no usó de comodidad de esta vida ni de bienes temporales; el que tiene sobre sí pecados propios ¿cómo se queja que no tiene comodidades, y busca bienes de la tierra quien tiene mayor mal que el infierno? El admirable varon san Francisco de Borja, gran despreciador del mundo y de sí mismo, con esta consideracion estaba contentísimo en toda tribulacion y falta de ló temporal; y huyendo de gustos y buscando trabajos, y pareciéndole en las mayores necesidades que todo le sobraba, maravillaba á todos verle tan pobre y las muchas incomodidades que padecia en los caminos, cuando andaba visitando los colegios de la Compañía en España. Espantado de esto un caballero, le dijo que cómo habiendo sido tan gran señor podia llevar el padecer tanto por los caminos. Al cual respondió el siervo de Dios: que no le tuviese lástima,

(1) Anton. lib. 2.

porque él siempre llevaba delante de sí un aposentador, que le tenia todo aparejado cumplidisimamente, y que este aposentador era el conocimiento de sí mismo, con el cual le parecia todo sobrado, aunque mas falta tuviese de las cosas necesarias.

§ III.

Además de esto, debe considerar quien pecó que ha menester á Dios para que le dé la mano y saque de su miseria, ó si ha salido, para que no permita que torne á verse en ella. Para esto no es buen medio buscar el fausto del mundo, ni las riquezas de la tierra, ni regalos de la carne, sino el ayuno, el cilicio, la humillacion y penitencia: acuérdese que de suyo es nada, y sobre la nada ha añadido él el pecado: por ser de nada no puede nada bueno; y por haber pecado ha desobligado á quien le puede ayudar para lo bueno, y asi con doblada oracion y ansias ha de clamar al Señor que le ayude. No tiene el hombre de suyo sino mentira y pecado, dos horrendos y profundisimos abismos. Imite á David que dijo que de los profundos clamaba al Señor. ¿De qué otros profundos, sino de estos dos de la nada y del pecado, que no tienen suelo, ni en ellos se puede hallar pié? Conózcase lo que es y dónde está quien una vez ofendió á su Criador, clame, ore, gima desde su nada y desde lo profundo de su miseria para que sea oido de Dios; y no es buen aparejo para quien debe pedir misericordia, y está en estado de penitencia, usar de superfluidades, ocuparse en vanidades, gustar del mundo, gozar de las criaturas, y buscar grandezas, pues aun lo que era licito usar de criaturas, considerando á la naturaleza humana con su entereza, sin la corrupcion del pecado, no conviene que ahora use el pecador, sino que se mire como reo que ofendió á la Majestad divina, y como miserable hombre.

Los filósofos, que consideraron la naturaleza, no como estaba por el pecado, sino como debia ser en sí misma, midieron las virtudes por esta regla, y asi ni conocieron la virtud de la humildad, ni usaron la virtud de la penitencia: á las virtudes de la magnanimidad, constancia y magnificencia extendieron mucho tales actos de ellas, que ahora se pueden tener por viciosos algunos que los estóicos y peripatéticos calificaron por virtuosos. Pero descubierta la horribilidad del pecado y la flaqueza y miseria del hombre, se ha mudado el estado de las cosas; y la humildad ha de estar perpétuamente en nuestra alma y cuerpo, y muchos actos de otras virtudes se deben corregir. Diferentes medios hemos de escoger para alcanzar nuestro fin que escogieron los filósofos: lo uno, porque el fin es diferente; y lo otro, porque á nuestro estado conocemos ser diferente del que ellos pensaban. El fin de los filósofos solo fue natural de una bienaventuranza y felicidad de esta vida: el estado pensaban que era de la naturaleza por sí sola sin la afrenta del pecado, y tam-

bien juzgaban que tenia fuerzas propias para el bien: en todo esto se engañaron, y así no es mucho que enseñasen algunos medios para conseguir su fin distintos de los que debe usar un cristiano, pues conoce que su fin último no es natural sino sobrenatural; que no es de esta vida, sino de la otra; que su estado no es de la naturaleza entera y sana, sino corrompida y deshonrada con el pecado; que de suyo no tiene fuerzas ni eficacia para ejecutar cosa buena, si no se las dan de gracia y misericordia: y asi con esta variacion y diferencia no es maravilla que el cristiano que se conoce lo que es de suyo haya de usar de medios y virtudes que no conocieron los filósofos, y que tuvieron por vicios; porque no es mucho que tuviesen algunos actos virtuosos por vicio, pues muchos actos que tuvieron por virtud no fueron sino vicios. Aristóteles, el príncipe de la filosofía natural y moral, no conoció por virtudes á la humildad, ni á la pobreza, ni á la penitencia; antes á esta última la condenó por insensibilidad, y uno de los vicios contrarios á la templanza. Tambien los estóicos tuvieron por vicio á la misericordia. Pero despues del Evangelio de Cristo son estas las virtudes mas encomendadas y necesarias, y han de ser los medios de que mas hemos de usar para conseguir nuestro fin; y todo el desprecio de lo temporal consiste en aquellas tres virtudes que no conoció Aristóteles, porque no se conoció á sí mismo: por la humildad se desprecian las honras, por la pobreza las riquezas, por la penitencia los regalos; y asi quien quisiere hallar provechoso uso de lo temporal y alcanzar lo eterno conózcase á sí mismo, y como pecador humíllese y haga penitencia, y no cuide de allegar riquezas aunque las tuviese por bienes, pues se ha de tener por indigno de todo bien; pero ellas suelen estar tan léjos de hacer bien, que á innumerables han cerrado las puertas de los bienes eternos, á lo cuales solamente hemos de aspirar confiados, no en nuestras fuerzas, sino en la misericordia divina y sangre de Jesucristo.

CAPÍTULO III.

La estimacion de los bienes eternos que se nos persuade con la encarnacion del Hijo de Dios.

Sobre todo lo dicho nos muestran una incomparable diferencia entre lo temporal y eterno la encarnacion y pasion de Jesucristo, pues el conseguir lo eterno es de tan gran momento que por esta causa encarnó el Hijo de Dios; y que despreciásemos lo temporal es de tan grande importancia, que por eso fue menester que padeciese y muriese nuestro Redentor. No sé yo con qué se puede hacer concepto mayor de la grandeza de lo uno y de la vileza de lo otro que con estos extremos que hizo Dios; y así, aunque brevemente, dirémos algo de ellos: y empezando por la admirable y estupenda obra de la Encarnacion, gran cosa

es lo eterno, pues porque no lo perdiésemos obró Dios tal exceso, é hizo tal demostracion, que pasmó á los Ángeles. En lo cual consideraremos cuatro cosas: la grandeza de la obra, el modo con que se ejecutó, los males de que por ella fuimos libres, y los bienes que con ella ganamos. Para decir algo de lo primero, que es la grandeza de la obra, se ha de suponer el estado en que estaba el linaje humano, que era el mas miserable, infame, abominable, afrentoso y desesperado que se podia imaginar; porque estaba cautivo del demonio, deshonrado con el pecado, condenado á pena eterna, enemigo de Dios y sin esperanza de remedio, que ni aun los mas altos Serafines alcanzaban ser posible que, salva la justicia divina, saliese el hombre de aquel miserabilisimo y afrentosisimo estado; porque aunque todos los hombres del mundo padeciesen mil muertes, y todos los coros de los Ángeles buenos se ofreciesen en sacrificios, y padeciesen los tormentos del infierno, no dieran bastante satisfaccion por solo un pecado mortal: de suerte que remedio criado era imposible; aunque hiciera Dios de nuevo mas excelentes y santas criaturas que los mas altos Serafines, no hubiera en todas juntas una que pudiese aplacar á la justicia divina airada contra el hombre, ni todas juntas bastaran. Pues ¿qué remedio donde no le habia? ¿qué esperanza podia haber donde estaba todo desesperado? Por cierto de lo criado era imposible, y del Criador no se conocia posible: y aunque se conociese serlo, ¿quién habia de esperar que diese satisfaccion del agravio el mismo que estaba agraviado, y que el acreedor pagase la deuda que habia de pagar el deudor? ¿Qué esperanza, pues, habia de remedio donde se desesperaba todo remedio, que ni de la tierra ni del cielo se esperaba? Obra dificultosísima era el remedio del hombre, pues por alguna criatura no se podia dar, y por el Criador no se sabia que se pudiese dar: un solo remedio que habia estaba escondido á solo Dios, que sin menoscabo de su misericordia le podia encubrir, y ese muy á costa del mismo Dios, y la mayor obra que pudo hacer su omnipotencia, donde se echaba el resto de todo su poder y saber; pero ¿quién tal pensara que obra tan grande habia de emplear por su enemigo, y que se habia de echar el resto de la omnipotencia por aquel que le fue traidor á su señor? Solo habia este medio de hacerse *Dios* hombre, la obra mas grande y estupenda que es posible ni imaginable. Pero ¿quién creyera que esa se habia de hacer por una criatura tan vil, y que tan poco le importaba á Dios como el hombre, compuesto de un poco de tierra? Obra era esa que se pudiera reservar para cuando al mismo Dios le fuese su divinidad, ó la salvacion y la vida, si ser pudiese (sea lícito hablar así para explicar lo que es inexplicable, y dar á entender este misterio inefable y bondad incomprensible). Pero por la vida de un traidor, por la salvacion de un fementido, por dar la gloria á un enemigo, ¿quién tal esperara ni se atreviera á imaginar? Si el hombre por volver por la honra de Dios, y siéndole fidelísimo ami-

go, se hubiera arriesgado y puesto en el estado miserable en que estaba, pudiérase presumir que Dios de agradecido echara el resto por librarlo; pero que habiendo quitado la honra á Dios, y queriendo igualarse á él, y despreciádole, Dios se humille por él, y se deshaga hasta hacerse hombre por el hombre su enemigo, ¿quién tal pensara? Pues esta es la bondad de Dios, que vence con sus beneficios á nuestras esperanzas, é hizo por nosotros lo que por sí solo bastara, y por sí no pudiera hacer mas. ¡Oh estupendo amor de Dios! ¡oh inmensa caridad del Criador, que llegó á amar tanto al hombre, que no reparó en hacer cuanto pudo por él! ¡Oh inefable bondad, que quiso pagar lo que debia su enemigo! ¡Oh nobleza divina, que á toda costa suya quiso hacer bien á quien hizo contra él tanto mal! ¡Oh rara resolucion del Criador de querer encarnar por el hombre que le fue traidor, sin reparar en cosa! Redimir al hombre su enemigo, sin costarle nada, aun fuera mucho; mas siendo á tan gran costa suya, ¿quién tal imaginara? Pero son los pensamientos de Dios muy diversos de los pensamientos de los hombres.

§ II.

Veamos ahora la grandeza de esta obra, la cual es de muchas maneras grande; porque fue humillándose Dios, y así muy á costa suya, y porque en sí es obra tan grande, que es lo sumo que pudo hacer la omnipotencia divina, aquí es donde se agotaron los atributos divinos; porque, como dice san Agustin, ni Dios pudo hacer obra mayor, ni supo determinarla mejor. Aquí se halló el fondo de toda la omnipotencia de Dios, porque no es posible ni imaginable obra que pudiese ser mayor; porque así como no es posible cosa mayor que Dios, así tambien no es posible obra mayor que aquella por la cual el hombre es Dios. Mira lo que debes por esto, que siendo tú enemigo suyo, hizo por tí cuanto pudo su omnipotencia, y cuanto supo su sabiduría, y cuanto pudo su bondad y amor. Todos sus atributos empleó el Criador para tu bien; emplea tú todas tus potencias en su servicio. Dios hizo cuanto pudo por tí; haz tú cuanto puedas por Dios. Dios obró la obra de tu redencion con todas sus fuerzas y omnipotencia; tú obra tambien con todas tus fuerzas su gusto y voluntad divina, amándole y sirviéndole en todo. ¿No ves aquí delante de los ojos patente y manifiesta su infinita bondad, y descubierto su amor? ¿Qué dudas en amar con todas tus fuerzas y potencias al que te amó con toda su omnipotencia? ¡Mira qué amor! pues por su enemigo hizo lo que, si fuera su amigo, no pudiera hacer mas, ni aun por sí mismo, si en ello le fuera su gloria. ¿No ves claramente su infinita bondad, pues venció á tan infinita maldad, no permitiendo que el hombre hubiese hecho contra Dios obra de tan estupenda malicia que no hiciese Dios por el mismo hombre otra obra de mas estupenda bondad, no queriendo darse por vencida su bondad divina de la

maldad humana? Vió Dios que el hombre hizo una obra tan mala, que en género de mal no era posible peor, porque no hay cosa peor que un pecado mortal; y así determinó su bondad hacer una obra tan buena, que en género de bueno no sea posible mejor, y esto por tí, maldito. ¿Qué dices á esto? ¿Qué dices á tal exceso de bondad, á tal extremo de amor? Oye lo que dice el Apóstol (1): *Si tuviere hambre tu enemigo, dale de comer; si tuviere sed, dale de beber; porque haciendo esto amontonarás ascuas de fuego sobre su cabeza: no quieras ser vencido de lo malo, sino vence al mal con el bien.* Esto cumplió con gran exceso tu Criador contigo, aunque eras su enemigo. Date, pues, por vencido, y sálgante colores al rostro de que no le amas mas que los Ángeles. No era tu estado de sola necesidad de hambre y sed, sino de eterna miseria y falta de todo bien, de privacion de la gloria y carencia de los bienes eternos. Si el dar el agraviado un pedazo de pan ó un jarro de agua á su enemigo estando necesitado basta para sacarle los colores al rostro, y son brasas que le encenderán en su caridad y amor, el haber Dios comunicado su divinidad al hombre, el haber dado su vida por él siéndole enemigo, ¿cómo no basta para echarnos en vergüenza, y sacarnos los colores al rostro, y abrasarnos en su amor? Estos beneficios tan grandes no son brasas, sino incendios que te habian de encender para que le amases con fuego de verdadero amor y caridad. Date por vencido, ama tal bondad, que siendo tú el mas malo de las criaturas, hizo por tu bien la obra mas buena de su omnipotencia. Date por vencido de su bondad; pues esta obra de infinita bondad ha vencido la obra de infinita maldad que hizo el hombre. ¡Oh nobleza de Dios! ¡oh divino pundonor! Hablemos así: habia vencido el hombre con su malicia á toda otra obra mala y buena, mas no quiso consentir la inmensa bondad que hubiese obra mayor, aun en género de mal, que Dios no hiciese por la salvacion del hombre fementido en género de bien. ¿Por qué, Señor, no hicisteis esta obra cuando pecó el Ángel, que era mejor que el hombre? ¿Qué bondad es la vuestra, que esperásteis á que pecara la mas vil criatura? Para que se mostrara mas grande vuestra obra aguardásteis á que echase el hombre el resto de todo atrevimiento y malicia, para que Vos echáseis el resto de vuestra misericordia y bondad. ¿Quién no ve aquí, Señor, la infinidad de vuestro amor, la inmensidad de vuestra bondad?

De todas maneras está pregonando obra tan buena á vuestra infinita bondad, porque es de todas maneras infinitamente buena, y por otras tantas puertas nos abre el conocimiento del alma, para que os adoremos por infinitamente bueno, y nos pasmemos de que seais tan inmensamente bueno, porque esta obra no es solo infinitamente buena por su sus-

---

(1) Ad Rom. XII. Si esurierit inimicus tuus, ciba illum; si sitit, potum da illi; hoc enim faciens, carbones ignis congeres super caput ejus: noli vinci à malo, sed vince in bono malum.

tancia, sino por todas sus circunstancias. Es infinitamente buena por lo que es en sí, pues no puede haber obra mas buena que la que llegó á hacer al hombre tan bueno, que le hizo Dios: además de esto, es buena por comunicarse en ella la divinidad á una criatura, y mas á la mas vil é ínfima de las que son capaces de razon; porque como es propio de la bondad el comunicarse, aquí se ve la infinita bondad de Dios, pues toda cuanta es salió de sí y se comunicó al hombre. ¿Á quién no asombra que la divinidad que el Padre eterno comunicó al Verbo eterno, que es Dios como él, esa misma divinidad con un modo admirable se haya comunicado á la naturaleza humana con ser enemiga suya? ¡Oh piélago de bondad, que así os derramásteis por hacer bien, sin reparar á quién! ¡Qué mar de bondad que así inunda de bienes hasta sus propios enemigos! Es tambien infinitamente buena esta obra, por ser tal, que con su bondad venció á toda malicia, aunque sea infinita, por librar al que fue tan malo, que merecia infinito tiempo pena. Es infinitamente buena, porque nos muestra á Dios con infinita gana de perdonar y de hacer bien, aun al mas traidor y que menos lo merecia: muéstranosle tambien tan infinitamente bueno y perfecto en toda virtud y perfeccion, que por no faltar un punto á su justicia quiso tomar sobre sí lo que debia un injusto y maldito malhechor, y humillarse y morir, porque un condenado á muerte eterna no pereciese; porque no sé que haya ni pueda haber otra cosa en que se muestre cuán exacto, cabal y perfecto es Dios en toda virtud, que en esta obra de tanta misericordia y de tanta justicia. ¿Á quién no espantara la bondad, santidad y ejecucion de un sumo emperador que, teniendo grande gana de perdonar á un traidor, por no faltar un punto á su justicia inflexible, él se vistiese el mismo hábito del traidor, y tomase su figura, para que le ajusticiasen á él públicamente en una plaza, para que no fuese ajusticiado y muerto el alevoso, sino que quedase vivo? ¿Á quién no pasmara la suma justicia y santidad de este príncipe, y por otra parte su misericordia y bondad? Suma exaccion y santidad infinita mostró aquí Dios, vistiéndose la forma de siervo, haciéndose hombre para ser ajusticiado en lugar del hombre, para que el hombre viviese. ¡Oh Dios de todas maneras infinitamente perfecto y bueno, pues tan escrupuloso se mostró en no faltar á su justicia, y tan ancho y liberal en usar de clemencia, siendo riguroso consigo, por ser misericordioso con nosotros! ¡Oh Dios infinitamente santo, infinitamente bueno, infinitamente exacto y perfecto en todo. Alábenos los Ángeles por todas vuestras perfecciones, pues son todas tan infinitamente buenas y cabales.

§ III.

Allégase á esto el modo tan bueno con que se hizo obra de tantas maneras buena, con qué amor se obró y deseó nuestro bien; porque ¿có-

mo pudo salir obra de tanta bondad sino de un volcan de amor que ardia en el pecho divino? Porque si por el efecto se conoce la causa, amor que así hizo resolverse Dios á obrar una firmeza tan nueva y extraña no pudo ser sino inmenso. Porque, pues, la obra fue infinita en bondad, no pudo dejar de proceder de infinidad de amor, ni este amor infinito pudo tenerle otro que un ser infinitamente bueno. Además de esto, fue grande prerogativa y honra del género humano que se quisiese hacer Dios hombre antes que Ángel, pudiendo librar al hombre sin ser hombre; porque con solo hacerse Ángel pudiera redimir á los hombres y honrar á los Ángeles, y comunicara su infinita bondad á las criaturas, é hiciera una obra de infinita dignacion y bondad: con todo esto, fue tan fino con el hombre y tan amador nuestro, que no solo en redimirnos, sino en el modo de redimirnos, quiso hacer todo extremo; así no solo quiso redimir al hombre, sino que esto fuese por un hombre: por eso se quiso hacer el mismo Dios hombre y no Ángel, para que no solo quedase el hombre redimido, sino tambien honrado. Fuera de esto, nos obliga mucho que no solo quiso honrar á los hombres mas que á los Ángeles con hacerse hombre, pero quiso redimir á los hombres y no á los Ángeles. Esta es una gran fineza y demostracion con nuestra naturaleza, que haya sido en esto preferida á la angélica; y que no perdonando Dios á los Ángeles, con ser mejores y mas sublimes naturalezas, haya hecho tanto por perdonar á los hombres. Añádese á esto que cuando pecó el hombre y se perdió el género humano, no quedó ningun hombre justo que se compadeciese de él, y rogase por su remedio; pero cuando pecaron los Ángeles quedaron otros Ángeles que se lastimarian de los de su naturaleza, y sentirian su pérdida: con todo esto quiso hacer este favor á los hombres y no á los Ángeles. El tiempo tambien de la ejecucion de obra tan misericordiosa no muestra poco las finezas de Dios con nuestro linaje; porque fue cuando el mundo estaba mas olvidado de Dios, y trataban los hombres de hacerse adorar por dioses; y los que no podian esto adoraban por dioses á tales hombres que eran peores que demonios; y entonces trataba Dios de hacerse hombre por el hombre que se queria hacer dios. Este fue amor, que mientras mas ofendido fue mas bienhechor y fino.

Pero veamos qué bienes nos hizo con obra tan buena. Por cierto que aunque no nos hiciera bien alguno bastaba el librarnos de los males en que estábamos, pues nos libró por ella de la ignominia del pecado, del cautiverio del demonio y de la horribilidad del infierno: males son estos que sin otro bien se puede tener por sumo bien el estar libres de ellos. Pero aunque no hubiera males de que librarnos, ni bienes que darnos, sola la honra de tener á Dios de nuestra naturaleza era un bien incomparable; pero juntándose á esta honra los males tan tremendos y desesperados de que somos por ella libres, ¿qué dicha ha sido la nuestra vernos sacados de tanta infelicidad, y vernos honrados con tanta gran-

deza? Escribe Justino que viendo Alejandro Magno que estaba herido en la cabeza Lisímaco, y que le corria mucha sangre de la herida, se quitó él propio la diadema de la cabeza, y la puso en la de Lisímaco para restañar la sangre. Este fue un grande favor en querer curar un príncipe tan poderoso á un hombre particular, y en el modo de curarle, quitándose él de sus sienes la insignia de su majestad, y dándosela á su vasallo; pero esto fue de prestado, y fue no habiendo agraviado Lisímaco á Alejandro, y siendo el mismo Alejandro el que causó la herida; y así no hizo mucho en curarla. Pero que la herida mortal del pecado que se hizo el mismo hombre, y agraviando á Dios, la haya querido curar el mismo Dios, honrando tanto al hombre, que la diadema de su cabeza, esto es, su misma divinidad, haya comunicado al hombre para nunca quitársela, ¿qué bondad es esta que tal favor quiso hacer á su enemigo, honrándole con tanta dicha, cuando le libró de tanta miseria?

Mas si sobre esto se añaden los bienes que nos ganó Jesucristo, dándonos su gracia, ensalzándonos á ser hijos de Dios, y haciéndonos herederos del cielo, ¿cuán inmensamente crecen nuestras obligaciones por tal beneficio? Pues sobre ser libres de tantos males somos enriquecidos con tantos bienes, y sobre ser redimidos de tantos daños y beneficiados con tantos provechos, somos honrados con tales finezas de Dios, que usó con nuestra naturaleza y no con la angélica. Todo es maravilloso, todo es grande, todo es sumo lo que hay en este sumo beneficio; porque la obra en sí es suma, el modo y amor con que se ejecutó es sumo, los males de que nos libró son eternos, y los bienes que nos granjeó son tambien los eternos, cuya grandeza, aunque no se pudiera conocer por otra cosa, se puede echar de ver bastantemente, pues para librarnos de tantos males y darnos tales bienes fue necesario que el Eterno se hiciese temporal, y que se ejecutase obra tan estupenda y rara, y de tan grande costa suya.

CAPÍTULO IV.

La vileza de los bienes temporales se echa de ver por la pasion y muerte de Jesucristo.

La grandeza de las cosas eternas, así de los males como de los bienes, nos lo muestra con claridad mayor que los rayos del sol la obra de la encarnacion, pues, como hemos dicho, fue necesaria para librarnos de los unos y conseguir los otros; porque no pueden dejar de ser cosas grandísimas, por las cuales hizo Dios cosa tan grande y mostró tanta estimacion, que no juzgó por mal empleo el de toda su omnipotencia para que consiguiésemos lo eterno. Pero nada nos persuade tanto la vileza de las cosas temporales, y desprecio que de ellas debemos hacer, como la pasion y muerte del Hijo de Dios, que fue otra obra de amor, otra fine-

za de Dios, otra ternura de nuestro Criador, y gran extremo de buena voluntad: por aquí verémos ya cuán dignos de menosprecio son los bienes de la tierra, pues para que los menospreciásemos se privó tanto de ellos el Señor del cielo, y se abrazó con los males de esta vida. Mira cuán digno es de desestima todo lo temporal, pues así lo desestimó el Hijo de Dios, que llamó espinas al mas codiciado de sus bienes, y calificó, no solo por bienes, sino por bienaventuranza, á lo que el mundo aborrece, favoreciendo tanto á los pobres que carecen de los bienes de esta vida, que los llamó bienaventurados, y dijo que de ellos era el reino de los cielos; pero de los ricos, que son los que gozan de los bienes de la tierra, dijo que era tan dificultoso entrar en el cielo como entrar un camello por el ojo de una aguja. Y para persuadirnos mas este desprecio de la felicidad temporal, no solo con palabras, pero con obras, aprobó los trabajos de esta vida, y despreció todos sus bienes. Por esto quiso padecer en todo género de bienes cuanto se pudo padecer: porque padeció en la honra, teniéndole por infame; padeció en las riquezas, despojándole de sus propios vestidos, faltándole hasta un poco de agua; padeció en los gustos hecho un espectáculo de dolores, no teniendo parte de su cuerpo que no se doliese mucho. Por lo cual es bien que lo consideremos, para que le imitemos en este desprecio, el cual principalmente nos mostró en su pasion y muerte. Por esto quiere que esté siempre en la memoria, así por el ejemplo que en ella nos da, como por el provecho que nos causa, y amor que nos mostró en ella, pues llegó á dar la vida por nosotros, muriendo ajusticiado públicamente con un género de muerte tan lleno de muertes, y un tormento tan lleno de tormentos y penas. Estando cautivo por Ciro (1), Tigranes, príncipe de Armenia, juntamente con su mujer, comió el vencedor un dia con los vencidos; y preguntando á Tigranes qué daria por la libertad de su mujer, respondió que diera no solo á todo el reino, sino la vida y sangre. Pagó la mujer esta buena voluntad á su marido; porque preguntándola despues de restituidos á su estado antiguo, qué le habia parecido de la majestad del rey Ciro, esta respondió: por cierto que no reparé en nada de esto, ni puse en otra cosa los ojos sino en aquel que me estimó tanto, que no dudó de dar la vida por mi rescate. Pues si esta princesa estuvo tan agradecida á sola la voluntad de su marido, sin ponerla en ejecucion, que no puso los ojos en otra cosa, ni admitió ni estimó la grandeza de los persas, ¿qué debe hacer la esposa de Cristo, no solo por la buena voluntad del Rey del cielo, sino por las obras tan finas, porque no solo quiso morir, sino murió por su rescate y redencion? ¿En qué otra cosa debe poner los ojos y la aficion sino en Jesucristo crucificado por su amor? Ni otra cosa del mundo debe admirar, ni estimar, ni querer. Alaba tambien Sabino la fe y amor de Ulises para con Penélo-

(1) Xenoph. in Cyr. lib. 3.

pe, su mujer, que prometiéndole Circe y Calipso la inmortalidad, si se olvidase de Penélope y se quedase con ellas, no quiso por no faltar á la buena correspondencia que debia á su esposa, la cual se lo pagó con gran amor. Mire el alma cuán grande amor debe á su esposo Jesucristo que, siendo inmortal, no solo se hizo mortal, sino que murió por ella con una muerte mortalísima, como hablan algunos Santos. Mire si es razon que se olvide de esta fineza, ni cese de acordarse de ella y agradecerla eternamente, no malogrando los frutos de la pasion de su Redentor y esposo Jesucristo. Piense en ella mucho, y medítela de dia y noche, que serán innumerables las ganancias espirituales que de este ejercicio sacará. Alberto Magno dijo (1) que solo un santo pensamiento de la pasion de Jesucristo trae mas provecho al alma que si ayunara uno todo un año á pan y agua, y se disciplinara cada dia hasta derramar sangre, y rezara todos los dias el Salterio entero. Una vez que entre otras se apareció Cristo á santa Gertrudis para confirmarla en la devocion que tenia á su pasion, la dijo estas palabras: Mira, hija, si por haber estado unas pocas horas colgado en la cruz la ennoblecí de manera que es ahora honrada por todo el mundo, ¿á cuánta honra sublimaré aquella alma en cuya memoria y corazon estoy por muchos años? Por cierto que no se puede explicar cuántos favores del cielo alcanzan las almas por este medio para amar mucho á Dios, que con tantos dolores las ganó los bienes eternos, y las mostró á despreciar los temporales.

Pues para sabernos aprovechar de tan santa memoria se ha de considerar que Cristo tomó sobre sí todos nuestros pecados, y queriendo satisfacer por ellos al Padre, quiso que fuese padeciendo: por lo cual convino ser con alguna proporcion de la grandeza de sus penas con la grandeza de nuestras culpas; y como la malicia de nuestras culpas no tiene límite ni tasa, así tambien la penalidad de sus tormentos fue sin comparacion, mostrándonos en la grandeza de las injurias que sufrió en su pasion la grandeza de las injurias que hemos hecho á Dios con nuestros gustos. Podemos tambien colegir las penalidades que recibió de los judíos y sayones por las que él tomó por sí mismo; porque tomó para sí no menor pena que la que quiso recibir de otros. Pues ¿quién podrá explicar la pena que se dió Cristo con el dolor que tuvo de nuestros pecados? Porque es tan extraña la malicia de un pecado grave, que si uno le conociera como es, se le rompiera el corazon de dolor, y no lo pudiera sufrir sin espirar; y así se han visto algunos que han muerto de repente por el pesar que tuvieron de sus culpas. San Vicente Ferrer escribe (2) que yendo una mujer pecadora muy ataviada á oir sermon, y oyendo predicar de la gravedad del pecado de la deshonestidad, tuvo tal sentimiento y lágrimas, que de puro dolor murió; y oyeron allí mismo

(1) F. Ludovic. à Ponte, p. 4 introduc. — (2) S. Vincen. ser. unico, Fer. 6, post Invocavit.

una voz del cielo que dijo estaba su alma en el paraiso. Estando el mismo san Vicente en Zamora llevaban á dos hombres á quemar por sus torpezas: el Santo se llegó á ellos á declararles la deformidad de sus pecados, de los cuales ellos tuvieron tan gran dolor, que espiraron en el camino (1). Otra vez confesando el mismo Santo á un incestuoso, le movió á tanta contricion, que murió de ella á sus piés, y su alma se fué derecha al cielo. Tan grande es la gravedad del pecado, que hará morir de dolor á quien la conociere. Pues si Cristo, que conocia tan claramente la gravedad de los pecados, tomó sobre sí no uno, sino todos los pecados del mundo, queriendo dolerse de cada uno como si él le hubiera hecho, ¿quién podrá declarar ni imaginar la grandeza de su pena y sentimiento, viendo á su padre injuriado de tantas maneras, cuya honra deseaba y procuraba con entrañables ansias? Gravisimos teólogos dicen (2) que este dolor de Cristo por los pecados de los hombres fue mas vehemente y mas intenso que todos los otros dolores de cualesquiera cosas y objetos que en hombres y Ángeles se hallan, ó segun la potencia ordinaria se pueden hallar, el cual tuvo toda la vida lastimado su corazon: por lo cual dice en un salmo (3) que estuvo *desde su juventud en trabajos*; donde otra letra lee: *agonizando y exhalando el alma*. Era costumbre entre los judíos, en oyendo alguna blasfemia ó injuria contra Dios, rasgar sus vestidos en señal de dolor. ¿Cuánto dolor sentiria el Hijo de Dios viendo todas las blasfemias del mundo é injurias que hicieron los hombres á su Padre? Por cierto, no su vestido, sino su mismo cuerpo, se le rompió de pena, y derramó su santísima sangre por mil aberturas, aun antes que viniese al poder de sus enemigos; porque él mismo quiso vengar en sí los agravios de su Padre, y atormentarse con el dolor de nuestros pecados primero que otro llegase á atormentarle, porque ardia en su pecho el celo de la gloria de Dios, y no quiso perdonarse á sí mismo por alcanzar perdon para nosotros. Y si el celo de Finees fue tan grande que viendo á dos pecar no se pudo contener sin atravesarlos luego con un puñal, y el de Elías llegó á quitar la vida de tantos profetas falsos, y el de Moisés á llegar á ensangrentar sus manos con la sangre de los de su pueblo, haciendo degollar á tantos mil hombres, ¿qué celo seria el de Cristo á la vista de todos los pecados del mundo? ¿Qué deseo de que Dios fuese vengado? Y ya que tomó esta venganza sobre sí, ¿qué dolor tomaria por tantas maldades como son todas las del mundo? No hay por cierto palabras que puedan explicar esto. Y no contentándose con la pena que él se daba, sino queriendo sujetarse á recibirla de otros, claro está que no seria para poca la pena, sino para la que fuese proporcionada á su ardiente celo; y asi no son explicables los tormentos tan rigurosos y afrentosos á que se sujetó y sufrió. Si bien estos

(1) Fr. Francisco Diago en la historia de la provincia de Aragon. — (2) Suar. in 3 p. tom. 1, disp. 33 sect. — (3) Psalm. LXXVII.

no fueron tan grandes como el dolor interior que tomó por sí mismo; porque de los tormentos exteriores fueron causa la rabia y furor de los judíos, y de los interiores su caridad y celo, tanto cuanto fue mayor su amor que el aborrecimiento que le tuvieron sus enemigos, tanto fue mayor el dolor de su corazon que el de sus sentidos, y que todos los que padeció en su sacratísimo cuerpo. Pero es bien que nos acordemos tambien de la grandeza de estos, pues fueron particularmente para nuestro ejemplo, para que supiésemos despreciar los bienes de la tierra, pues le vemos cargado de tantos males, y evitásemos las culpas, pues él tomó todas nuestras penas con sumo agrado.

§ II.

Por esta causa, asi como padeció Cristo redentor nuestro por el pecado de los hombres, el cual por todas sus circunstancias es malo y culpable como ya hemos ponderado; así tambien su Pasion fue en todas sus circunstancias penal y lastimosa: y discurriendo por las siete circunstancias que señala Tulio, mira quién es el que padece, sino el que menos lo merecia, el que es la misma inocencia y persona tan santa como el mismo Espíritu Santo; el mismo agraviado que padece, para que no padezca quien le agravió; el que es Señor de todos, á quien reconocen y adoran los Serafines; el que ha hecho innumerables bienes á sus mismos enemigos, y nuestro Padre, que nos crió é hizo de nada: un hombre delicadísimo por la viveza de su sentidos, y la perfeccion de su temperamento. Todo esto aumenta mucho el dolor, así por merecer menos padecerlo persona tan digna, como por sentirlo mas quien era de tan perfecto y templado natural. Esta circunstancia de la persona que padece nos encargó el Apóstol que la ponderásemos bien, cuando dijo (1): *Pensad en aquel que sufrió tal contradiccion de los pecadores contra sí mismo*, porque es el que está sentado á la diestra del Padre, el que estuvo en medio de dos ladrones. Pensad quién es aquel que no tiene lugar en la tierra, pendiente de un madero, porque es juez de vivos y muertos. Pensad quién es aquel que murió en la cruz, porque es la misma vida eterna. Pensad quién es aquel que sufre que le prendan, azoten, crucifiquen, porque es el que se hizo temblar é hizo salir fuego abrasador en su santuario para que consumiese á los que traspasaban su palabra y ley.

Pero ¿qué es lo que padeció? Cuanto no ha padecido hombre, injurias, afrentas, tormentos inhumanos y cruelísimos; padeció conforme á su caridad infinita, y á la ardiente sed que tuvo de padecer por los hombres. Fueron tan excesivas sus penas, que á su presencia se partieron

(1) Hebr. XII. Recogitate eum qui talem sustinuit à peccatoribus adversus semetipsum contradictionem.

por medio las piedras, y las mas fuertes breñas se hundieron, estremeciéronse los elementos, el cielo se vistió de luto, el sol y la luna se oscurecieron, lloraron los Ángeles de paz; porque fueron tan grandes, que solo imaginarlas Cristo le hicieron sudar gotas de sangre, tantas, que dicen, se sabe por revelacion, fueron noventa y siete mil trescientas y cinco; y despues, cuando las padeció, lloró de los ojos, como escribe Pedro Galatino (1), setenta y dos mil y doscientas lágrimas, si bien estas fueron por nuestros pecados, y pidiendo al Padre eterno nuestra salvacion. Los azotes, fuera de ser cruelísimos, pasaron de cinco mil. Dicen fue revelado á san Bernardo que llegaron á seis mil seiscientos setenta y seis. Lanspergio escribe (2) que un siervo de Dios entendió del cielo que si uno por espacio de veinte años rezara cada dia cien veces el Padre nuestro en reverencia de los azotes que dieron al Señor, vendria á caber á cada gota de sangre una oracion, y la suma de las gotas conforme á esta cuenta llega á setecientas treinta mil y quinientas. La corona de espinas fue otro tormento muy inhumano, del cual dice san Anselmo (3) que con mil punzadas lastimó la cabeza del Salvador; y ¿quién podrá explicar el tormento inmenso de estar colgado de la cruz, clavados los piés y manos? Tan extraños tormentos, no solo el padecerlos, sino el imaginarlos, hizo á santa Liduvina lamentar con un llanto copiosísimo, vertiendo lágrimas de sangre. De un devoto varon escribe el Cantimpratense (4) que murió de pena de solo considerar la grandeza de los tormentos del Hijo de Dios; y no hay duda sino que muriera de sentimiento la Virgen María, si no fuera por la eminencia de su constancia, y ser fortalecida con la gracia divina, como dijo Alberto Magno (5); pero lloró tambien lágrimas de sangre al pié de la cruz. Pues los dolores de Cristo mayores fueron que los dolores de su Madre; porque la pasion de los tormentos en él estuvo real y verdaderamente, y la compasion de nosotros fue mayor que la que la Virgen tuvo de él: y si del dolor de la Virgen dijo san Anselmo (6) que fue tan terrible, que en su comparacion se puede decir muy poco ó nada cuanto han padecido de crueldad todos los cuerpos; y san Bernardo sintió (7) que era mil veces doblado que los dolores del parto; y excediendo á todo esto san Bernardo, dice que si se dividiera el dolor de la Virgen entre todas las criaturas que pueden padecer, todas murieran súbitamente por la grandeza de la pena que les cabria, ¿qué se puede decir del que sintió y padeció Cristo, pues no hubo dolor como el suyo, ni pena que le llegase? Pues en materia de honra y

(1) Petrus Galatinus, in Via Crucis, et in lib. inscripto; Faustus Annuus Joan. Aquilanus, serm. de Passione. — (2) Lansp. hom. 50 de Passione. — (3) Ansel. de Spe. Evang. serm. 1, cap. 22. Vide Joan. Busg. p. 2, cap. 7 et p. 3, cap. 3.

(4) Cantimp. lib. 2, c. 15. — (5) Albert. Magn. super Missus. — (6) Ansel. de exc. Virgin. — (7) Bern. de Lament. Virgin. serm. 61, art. 3, cap. Tantus est dolor Virginis, ut si in omnes creaturas, quæ pati possunt divideretur, omnes subito interirent.

hacienda padeció cuanto se puede padecer, y en tormentos cuantos solo él pudo, y de todas las maneras que pudo darle que padecer la envidia y furia de sus contrarios ayudados de los demonios, padeciendo no solo con la pasion de sus penas, sino mucho mas con la compasion de nuestras culpas.

Aumentaba toda esta pena el lugar donde padeció, que fue en la corte de Judea, donde habia sido tan estimado, y poco antes recibido en solemne triunfo como hombre venido del cielo, y pasar en tan breve tiempo de un extremo de honra á otro de deshonra y afrenta, acrecentó grandemente la pena, porque llegó á ser el hombre mas infamado que hubo en el mundo; porque fue ajusticiado públicamente y en el lugar de los malhechores, traidores y salteadores de camino, y en medio de dos ladrones, y fuera de esto, en presencia de su misma Madre, que dobló el dolor de su corazon. Las personas tambien por medio de las cuales padeció fueron aquellas á las cuales habia hecho infinitos bienes y eran de su mismo pueblo; y hallando alguna compasion en los extranjeros, no la halló en sus naturales, lo cual es de mucho sentimiento. La rabia y furor con que le deseaban y procuraban la muerte sus enemigos fue tal, que la sagrada Escritura los compara á perros, toros furiosos, al leon y al unicornio, que es animal muy bravo. Creció tambien la pena por ver en tantos malogrado el fin de tan excesivos tormentos y dolores, sabiendo que los mas no se habian de aprovechar de ellos; porque así como el provecho que tienen los trabajos por fin consuela grandemente, así tambien es de grande desconsuelo ver que no han de tener el provecho que se desea: por lo cual como padeció Cristo para que todos se aprovechasen de sus merecimientos, sangre y pasion, y vió que ni la centésima parte de los hombres se habian de aprovechar de ella, y que innumerables le habian de ser desagradecidos, fue este un grande dolor que atravesó su ternísimo y amorosísimo corazon. El modo tambien con que padeció fue muy penoso, porque fue con tan grande desamparo, que no tuvo cosa que le consolase; porque lo primero, sus naturales le procuraron la muerte con suma injusticia, y los gentiles se la dieron con suma crueldad: los sacerdotes y letrados eran como la levadura, con que toda la masa del pueblo quedó no poco avinagrada contra el Salvador: los príncipes soplaban el fuego, y en los populares se encendió tal llama, que no se pudo apagar con tantas afrentas y tantos dolores; y no se contentaron viéndole colgado en una cruz, sino que como perros rabiosos despedazaban las carnes del que así veian morir con injurias y denuestos. Además de esto, teniendo tan declaradas contra sí las voluntades de todos los judíos y gentiles, mayores y menores, en los suyos que habian seguido su escuela halló poca firmeza y lealtad; porque de sus doce Apóstoles escogidos uno le vendió y se hizo capitan de los que le iban á prender: otro, á quien él habia dado el primado entre todos, le negó tres veces á sus ojos, echándose muchas

maldiciones sobre que no le conocia; y los demás le desampararon dejándole en poder de sus enemigos. ¡Oh ejemplo nunca visto de la inconstancia de las cosas humanas y de la constancia que debe tener el verdadero cristiano en ellas! ¡Qué sintió aquel bendito corazon del Señor cuando se vió tan falto de amigos y tan cercado de enemigos, pues de él estaba escrito (1): *Fue hecho mi corazon como la cera que se deshace en medio de mis entrañas!* Sola su Madre nunca le desamparó en su afrenta, cuando no le pudo ayudar ni defender, antes le acrecentaria intensamente el dolor en su presencia: y el eterno Padre, que bien podia, no quiso por entonces volver por él, dejándole padecer con todo rigor á gusto de sus enemigos, lo cual sintió el bendito Señor muy tiernamente; porque sus enemigos le daban con ello en rostro, diciendo: Si espera en Dios, líbrele Dios, sálvele Dios, pues que no quiere á otro sino á él solo. Y no queriendo Dios por entonces librarle ni dar muestra de que volvia por él, se quejó amorosamente el Salvador, diciendo: *Dios mio, Dios mio, ¿por qué me desamparaste?* Aun un jarro de agua le faltó estándose abrasando de sed. Tambien la manera de suplicio fue la mas afrentosa y penosa de todas, porque fue el tormento de cruz penosísimo sobremanera, muriendo con grande escarnio y risa de sus enemigos. El tiempo de la misma manera fue otra causa de hacer mas penosa la pasion y muerte de nuestro Salvador, pues fue víspera de Pascua, cuando fue mayor el concurso de gente y mas grande la publicidad. Fue cuando estaba mas conocido de todos y en la flor de su edad; y fue de gran compasion que un cuerpo tan florido, hermoso y dispuesto le parase la grandeza de los tormentos, como la Escritura dice, que tenia pegada la lengua á la garganta y con tan poca carne, que le podian contar los huesos, y todo él deshecho como una cera derretida y agua derramada, y resuelto en polvo de la muerte, seco como un pedazo de teja, y tal, que no parecia hombre, sino vil gusano, oprobio de los hombres y abatimiento del pueblo. Es tambien de grande admiracion que en el poco espacio de tiempo que duró el proceso de la pasion de Cristo padeció tantos trabajos en todo género y con tantas circunstancias para agravarlos, que no parece posible suceder á ningun hombre por todo el discurso de los tiempos ninguna manera de trabajos ó adversidades que no las haya padecido primero con grandes ventajas nuestro Redentor.

En todas las circunstancias fueron penosísimas las penas de Cristo, porque en todas sus circunstancias son culpables las culpas de los cristianos. Convino que quien nos vino á dar todo bien padeciese tanto mal, y quien no pudo tener culpa propia se abrazase con la pena ajena, y el que es infinitamente bueno sufriese tantos males de tormento y dolor; para que entendiésemos que no son males los que teme el mundo,

(1) Psalm. XXI.

sino los que trae el pecado: que están sus bienes tan léjos de ser dignos de aprecio, que antes son de estima los males, pues de los bienes temporales se privó nuestro Redentor, y se cargó de los males, para que, imitando nuestra vida á su preciosísima muerte, despreciásemos todo bien, que es tan corto y falso, que aun los males son mejores y mas verdaderos bienes. Tengamos vergüenza, viendo á Cristo en tantos dolores, que busquemos nosotros gustos: tengamos mejores respetos con nuestro Redentor que Etai Geteo tuvo con David; porque huyendo el santo Rey de su hijo Absalon, y persuadiendo á Etai que no le acompañase en aquel peligro, él le respondió: *Vive el Señor, y vive el Rey mi señor, que en cualquier lugar que estuvieres, ó en muerte, ó en vida, allí ha de estar tu siervo.* Si esto dijo un extranjero, ¿qué debia hacer un súbdito natural? Tengamos igual lealtad con Cristo, que tuvo con Joab Urías, el cual dijo (1): *El arca de Dios, y Judá é Israel habitan en pabellones, y mi señor Joab, y los criados de mi señor se quedan sobre la tierra; ¿y yo entraré en mi casa, y comeré, beberé, y dormiré con mi mujer? Por tu salud, y por la salud de tu alma, no haré tal cosa.* Pues si Cristo está en la cruz y en trabajos, ¿cómo buscas tú el descanso? Si Cristo pobre, ¿como estás tan sobrado? Si Cristo paciente, ¿cómo tú te regalas? Si Cristo humilde, ¿como tú con tanto fausto? Si Cristo atribulado, ¿cómo tú en deleites? Acuérdate de lo que te enseñó en la cruz, y estima lo que él tanto estimó; como privarse de todo bien de esta vida que pasa con el tiempo. Mira tambien el sentimiento y penitencia que hizo por tus pecados el inocentísimo Jesús, para que tú hagas alguna por los tuyos. Habiendo salido los judíos del cautiverio de Babilonia, supo el santo Esdras grandes pecados que habian cometido por la comunicacion con los gentiles. Con el sentimiento que de esto tuvo rasgóse las vestiduras, arrancábase la barba y mesábase los cabellos, perseverando con gran afliccion y tristeza, sin comer ni beber, rogando al Señor, y llorando por los pecados del pueblo. Movió tanto este sentimiento y penitencia por pecados ajenos, que todos los demás comenzaron á llorar y hacer amarga penitencia por sus pecados propios, con tan grande sentimiento de dolor, que estaban temblando, y confesaban públicamente sus maldades. Pues los cristianos ¿cómo no se mueven á penitencia y dolor, con ver no un Esdras, sino un Hijo de Dios, lleno de tanta pena por los pecados del mundo, que le hace derramar sangre por los poros de su santísimo cuerpo, rasgando, no sus vestiduras de lana, sino su santísima humanidad que de grande voluntad ofreció á que se la despedazasen con azotes, espinas, clavos, y por el mismo sentimiento se dejó mesar los cabellos y pelos de la barba, y escupir su rostro, sin comer, ni beber, ni gustar sino hiel y vinagre, llorando desde la cruz lo que nosotros cometimos? Lloremos, aflijámonos, y hagamos penitencia por nuestras pro-

(1) II Reg. II.

pias culpas, pues vemos que el inocente la hizo tan grande por las ajenas, para que imitándole en sus penas temporales gocemos de la gloria eterna.

§ III.

Todas las siete circunstancias dichas son de parte de la gravedad de los tormentos y penas de nuestro Redentor Jesucristo, que nos han de lastimar mucho el corazon, viendo que de todas maneras fue penosa su pasion. Y aunque esto nos ha de mover al desprecio de las cosas de la tierra, y al amor de solo aquel que tan infinitamente nos amó, con todo eso hay otras circunstancias que con nuevas obligaciones nos han de no solo mover sino forzar á amarle, si no somos tan duros como las piedras; porque ¿á quién no obligará el modo con que padeció el Hijo de Dios, con tanto amor y paciencia, sin quejarse de alguno, y amándonos tanto, que le parecia todo poco, y estando dispuesto para padecer otro tanto, y mucho mas si fuera necesario para nuestro bien? Caridad tenia para estar padeciendo todos los tormentos hasta el dia del juicio, si de otra manera no nos pudiese redimir. Esta buena voluntad de Jesucristo ¿qué agradecimiento no merece? Y si de los beneficios lo mas que hay que estimar es la buena voluntad con que se hacen, donde fue el beneficio infinito y la voluntad fue de infinito amor, ¿qué podemos hacer? Si habiendo matado alevosamente aquel traidor á Enrique IV, rey de Francia, y estando sentenciado á cruelísimos tormentos, en los cuales murió como merecia, llegase antes de ejecutarse la sentencia el hijo primogénito del rey muerto, y príncipe heredero de su reino, y se vistiese del hábito del homicida, y ofreciese á que le atenaceasen por él, porque queria morir él antes que muriese aquel hombre; y disuadiéndole al príncipe de este propósito, dijese que amaba tanto á aquel condenado á muerte, que no solamente una muerte, sino mil muertes padeciera por su causa, é hiciese tanto que le librase del suplicio, ¿qué amor debiera aquel hombre á quien tanto le amó sin merecerlo él, que le libró de la muerte, que tan merecida tenia, y con tan buena voluntad y fino amor? Por cierto que aunque aquel príncipe no muriese por su causa, por solo que quiso morir le debia todo amor. ¡Oh Rey de la gloria y unigénito del Padre eterno! Con nuestro pecado quisimos, cuanto es de nuestra parte, matar y destruir á vuestro Padre y su ser divino; y siendo por esto dignísimos de muerte, Vos no solo quisisteis morir por nosotros, sino que con efecto dísteis vuestra sangre y vida con tan inhumanos tormentos, y estuvísteis aparejado para padecerlos mas y mayores por nuestro bien. ¿Con qué amor os podrémos pagar tal amor? ¿Qué agradecimiento y qué memoria debemos tener de tan inmenso beneficio? Consideremos tambien que nosotros somos por quienes padeció tanto un Señor tan grande: padeció no por sí mismo, porque le impor-

tase algo; padeció no por otro Dios, no por alguna nueva criatura sobrenatural y superior á todas las de ahora, no por algun Serafin que le hubiese servido fidelísimamente una eternidad de años, sino por una criatura miserable, vil, y la mas baja de las capaces de razon, compuesta de lodo, que era su enemiga. Esto nos ha de hacer que seamos mas agradecidos, pues hizo mas Dios en padecer por quien menos lo merecia.

Allégase á todo esto que padeció tanto por nosotros, no siendo necesario que padeciese, por redimirnos y librarnos de la esclavitud del pecado; pero para mostrarnos su amor, y obligarnos á que le imitásemos, y despreciásemos los bienes de esta vida y toda felicidad temporal, tomó sobre sí tantos trabajos, tormentos y dolores. Mirémonos en este espejo, y reformemos nuestra vida; compadezcámonos de aquel que tanto padeció por nósotros; seamos muy agradecidos á quien nos hizo tanto bien tan á costa suya. Pésenos en el alma de haber ofendido á un Dios tan bueno, que porque no fuésemos malos padeció él tantos males. Admiremos la grandeza de la bondad divina, que por una vil criatura se quiso abatir, el que es honra de los Ángeles, al improperio de la cruz. Amemos á quien tan de veras nos amó: confiemos mucho de quien, sin pedírselo, hizo mas por nosotros que nos atreviéramos nosotros á pedir ó desear. Imitemos á este ejemplar que nos mostró el Padre eterno en el monte Calvario, para que compusiésemos nuestra vida conforme á su muerte en humildad y desprecio de todo bien temporal, para que consiguiésemos los eternos, para que humillándonos ahora nos ensalce despues, padeciendo aquí, nos consuele á su tiempo, gustando en esta vida lo amargo, tengamos en la otra dulzura, y llorando en tiempo, nos gocemos eternamente; y así dijo el Señor al grande imitador de su pasion, san Francisco: *Toma, Francisco, las cosas amargas en lugar de las dulces, si quieres ser bienaventurado.* Conforme á lo cual nos amonesta san Agustin (1): *Sabed, hermanos, que despues de los gozos de este mundo se han de seguir eternos lamentos, porque nadie se puede holgar en esta vida y en la otra; así es necesario que pierda la una quien quisiere poseer la otra. Si deseas holgarte aquí, sábete que serás desterrado de la patria celestial; pero si aquí llorares, ya serás contado por ciudadano del cielo;* y así dijo el Señor: Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados. Por esto Cristo nuestro Redentor no se sabe que se riese alguna vez, sino que lloró muchas; por eso escogió vida de trabajos y penas, para enseñarnos que este es el camino del gozo y del descanso.

(1) August. serm. 11 ad fratres.

CAPÍTULO V.

La importancia de lo eterno por haberse hecho Dios medio para que lo consiguiésemos, y dejándonos en prendas de ello su sacratísimo cuerpo.

Otro grande motivo para tener estimacion de lo eterno y menosprecio de lo temporal es, que para conseguir aquello y desestimar esto se nos ha hecho el mismo Dios medio en el inopinable y tremendo Sacramento de su cuerpo y sangre, el cual instituyó para que nos sirviese de prenda de los bienes eternos; y así lo llama la Iglesia prenda de la gloria futura, y tambien para viático de esta vida temporal, para que pudiésemos pasarla sin el uso supérfluo de los bienes de ella, dándosenos á los cristianos este Pan divino en lugar del maná que se dió á los hebreos: y así como dimos principio á esta obra por la representacion del maná de los bienes temporales, que sirvió de viático al pueblo de Israel, así tambien la acabarémos con la virtud del santísimo Sacramento, prenda de los bienes eternos, el cual se da por Viático al pueblo cristiano para la peregrinacion de esta vida.

Sepa, pues, el cristiano, que importa tanto conseguir lo eterno, y que lo desea su Criador con tal extremo, que despues de haber hecho tan extraña fineza para esto, como haber encarnado por nosotros y padecido tan lastimosa pasion y muerte, ha añadido tal extremo de amor, como habérsenos dejado en el santísimo Sacramento para medio de nuestra salvacion. ¿Quién no ve aquí la infinita bondad de Dios, pues aquel que como Dios omnipotente es principio de todas las cosas, y como sumo bien de todos los bienes y perfectísimo en sí es fin último de ellas, se haya querido hacer tambien medio? Alábase el Señor en la sagrada Escritura con mucha razon de que es principio y fin de todo; porque esto es digno de su grandeza, y dice suma perfeccion, en la cual no tiene igual, pues por primer y principal principio de su ser no tienen otro las criaturas sino á Dios, porque él solo es sumamente bueno y perfecto, y bienaventuranza eterna; pero el hacerse medio, que es cosa comun con las criaturas, y no dice perfeccion, fue suma dignacion y deseo de nuestro bien, y mas haciéndose medio para ser usado, y fiado del albedrío humano, y sujetado á la potestad del hombre. Los medios de nuestra salvacion se pueden considerar de parte de Dios y de parte del hombre; porque así Dios como el hombre han de obrar la salvacion del hombre. Pues que se sirviese Dios de sí mismo en la encarnacion y en la pasion para salvar al hombre, mucha voluntad y amor fue; pero al fin es Dios el que se sirvió y usó de una persona divina para el fin que pretendia de su gloria; pero que el hombre pueda usar por medio para su gloria del mismo Dios, esto es sin duda mas para maravillar. ¡Gran maravilla que se haya igualado en esto Cristo con el agua,

y con el aceite, y con el bálsamo! Que así como los hombres pueden usar del agua en el Bautismo para justificarse, y del bálsamo en la Confirmacion para santificarse, y del aceite en la Extremauncion para purificarse; así puedan usar de Cristo en la Eucaristía para adquirir mayor gracia y crecer en santidad. De grande importancia es conseguir el hombre su último fin, pues para esto se hizo medio el mismo que es último fin. ¡No sé á qué mas pueda llegar la inopinable bondad y caridad de Dios y deseo que tiene de nuestro bien! Conozca el hombre lo que le importa salvarse, y no repare en medio que le pueda ayudar para esto. No deje de mover piedra para cosa que le importa tanto, pues ve al mismo Dios que se quiso hacer medio de su salvacion, y se le dió á él por medio, sujetándose en esto al albedrío y voluntad humana. Mire cuánto importa lo eterno, y como no hemos de reparar para alcanzarlo en ninguna cosa temporal, pues no repara Dios para eso, ni aun en las eternas; y así es medio para que te salves ceder de tu honra, negar tus gustos, y dar tu hacienda á pobres. No repares en nada, pues Dios se te dió á tí sin reparar en su grandeza y ser, que vale mas que todo.

Dejósenos tambien en el santísimo Sacramento por prenda de la gloria y bienaventuranza eterna; porque como Cristo nuestro Redentor predicase en el mundo el desprecio de los bienes temporales para conseguir los eternos, y pronunciase aquella sentencia: *Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos*, no diciendo solo *será*, sino *es*, dándosenos como de presente, convino que, pues no entraban desde luego á gozarle, se les hiciese alguna equivalencia, y recibiesen prenda de lo que habian comprado en el cielo con el precio de todos sus bienes de la tierra; y esta prenda es el santísimo cuerpo de nuestro Redentor Jesucristo, Hijo de Dios vivo, que es de mayor precio y estimacion que los mismos cielos: por lo cual bien se pueden despreciar los bienes caducos, pues nos dan en una pieza desde luego tal prenda de bienaventuranza eterna. Bien se pueden renunciar las riquezas perecederas y gustos de la naturaleza, pues nos dan el tesoro de la gracia.

Es tambien viático el santísimo Sacramento en esta miserable vida: para darnos á entender que es peregrinacion, que caminamos á lo eterno, y que no nos hemos de parar en lo temporal; y porque de los bienes presentes de esta vida no hemos de gozar, y de los futuros de la otra aun no podemos gozar, por eso para sufrir la renunciacion de aquellos y la esperanza de estos, se nos da entre tanto este admirable Sacramento por viático, para que se pueda el alma consolar en el tiempo de la ausencia de su patria celestial, andando peregrina en este valle de lágrimas, donde no es bien guste de la tierra, pues hace su jornada al cielo. Consideremos qué tal es el fin á donde caminanos, pues se nos hace la costa del camino con bien tan precioso; y qué tales son los bienes de este mundo, pues porque no gustemos de ellos se nos da esta prenda del cielo.

Los israelitas tuvieron por viático de su peregrinacion al maná, el cual les sirvió de suplir todas sus necesidades, pues fuera de serles de sustento, mientras se alimentaron de él no tuvieron otra necesidad; porque ni caian enfermos, ni se les rompian los vestidos; de suerte que el maná se les dió para que no echasen menos otra cosa. Todo esto era sola una sombra de nuestro divinísimo Viático, con el cual no tenemos que echar menos otra cosa, y podemos carecer de cualquier otro bien temporal mientras tenemos este bien divino.

§ II.

Tambien es un fin principalísimo de esta institucion de este admirable Sacramento ser memoria de la pasion del Hijo de Dios, que por sernos tan eficaz motivo para despreciar lo temporal, como hemos dicho, quiere que nunca nos olvidemos de ella; y así nos ha dejado su memoria de muchas maneras, que parece que en todas las cosas nos la está recordando (1). Por eso nos dejó impresas milagrosamente las señales de su pasion en la sábana santa, en la cual su cuerpo llagado fue envuelto cuando le bajaron de la cruz. Tambien cuando la piadosa Verónica le ofreció su velo, estando cargado con la cruz, dejó dibujado en él su rostro sangriento; y como notó Lanspergio (2), señalados los dedos de una mano armada que le hirió con un bofeton. Asimismo en el lugar donde postrado delante del Padre oró en el huerto, sudando sangre, dejó grabados en una piedra sus piés, rodillas y manos. Y no léjos de allí está otra piedra, donde despues de preso le derribaron en tierra los soldados; y dejó impresas las puntas de los dedos de los piés, manos y rodillas; de la cual piedra (3), como advierte Brocardo, no es posible raer nada, ni con hierro, para que quede mas perpétua esta memoria de su inefable mansedumbre y paciencia. De la misma manera por donde pasó el arroyo Cedron dejó otra señal de sus sacratísimos piés y de una soga con que le llevaban atado. Todo esto es argumento de cuán impresa quiere el Señor esté en nuestro corazon la memoria de su santísima pasion, pues de tantas maneras nos la dejó señalada hasta en las duras peñas, porque, fuera de lo dicho, se han hallado pintadas en varias piedras y jaspes las señales de la pasion. En un jaspe del Oriente se halló naturalmente figurado un rostro de Cristo, coronado con la corona de espinas muy lastimado. Andando cerca del mar el beato Luis Gonzaga halló en una piedra pequeña figuradas distintamente las cinco llagas de Cristo nuestro Salvador con gran gozo de su espíritu. Mas no solo en piedras, sino en otras muchas naturalezas, nos ha puesto varios

---

(1) Paleot, admir. hist. de Christi stigm. Adricom. 2 part. descrip. Hierus. num. 43.
(2) Lansper. homil. 19 de Passion. — (3) Andra. in decr. terræ sanctæ. Petrus de D. Anero Consil. Reg. Franc. lib. 5 in const. lib. 16 inscript. Faustus annuus.

retratos de la pasion y cruz, como notó san Anastasio Sinaita (1), y así en la flor de la granadilla nos grabó las señales de los clavos, de la columna y corona de espinas. En partiendo el fruto del árbol musa se ve luego una cruz grabada ó una imágen de Cristo crucificado. En los elementos tambien ha puesto las mismas señales, y al rey D. Alonso I de Portugal le mostró Cristo en el aire un escudo con las cinco llagas; y al emperador Constantino el principal instrumento de su pasion, que fue la cruz, la cual ha aparecido infinitas veces. ¡Qué mas regalada demostracion de la memoria que quiere que tengamos de sus tormentos, que haber impreso sus cinco llagas á tantas personas siervas suyas? Porque fuera de san Francisco, que fue el mas favorecido en esto (2), recibieron semejante favor santa Lucia Ferrariense y santa Gertrudis. Á la bienaventurada santa Lucía le corrian sangre sus llagas todos los viernes. Á santa Gertrudis Beghina le manaba de la misma manera sangre siete veces al dia en el tiempo de la Semana Santa. Y ¿qué mas expresa memoria de la pasion de nuestro Redentor que el corazon de santa Clara de Monte Falco, en la cual hallaron la imágen de Cristo crucificado, y dibujada la columna, los azotes, la lanza y otros instrumentos de la pasion? Fuera nunca acabar, si hubiese de decir en cuántas partes y de cuántas maneras nos ha querido representar el Salvador del mundo su santísima muerte y pasion, para que siempre la tengamos presente y muy fija en nuestra memoria. Pero, sobre todo, donde hizo mayor demostracion de esto fue en el santísimo Sacramento; porque este sacrosanto misterio es una representacion viva de su sacratísima muerte, repitiéndose cada dià tantas veces cuantas se consagra en el mundo el sacrificio de su cuerpo y sangre, y la memoria de su pasion: lo cual fue una gran demostracion de su infinito amor, porque fue darnos á entender que no una vez, sino millones de veces, quisiera morir por nosotros, y ya que no puede tornar á ser crucificado por el estado de su cuerpo glorioso, halló modo su infinita caridad de repetir incruenta é impasiblemente el sacrificio de la cruz y fruto de nuestra redencion. Á esta grande voluntad de Dios ¿cuán grande agradecimiento debemos? Y ¿cómo podemos serle agradecidos, si nos olvidamos del beneficio de que él tanto quiere que nos acordemos por nuestra utilidad y provecho? No apartemos de nuestro pensamiento sus dolores, para que apartemos de nosotros nuestros gustos, y despreciemos á toda felicidad humana, pues al Señor del mundo vemos tan humillado.

Pero no solo es el santísimo Sacramento memoria de la pasion de Jesucristo, sino de la encarnacion y obras maravillosas de Dios: por lo cual dijo David que hizo en esa comida de los que le temen una memoria de sus maravillas; porque no solo nos trae á la memoria lo que

---

(1) Anast. Sinaita in Hexam. — (2) Blos. lib. 15, cap. 3 Tritem. in Chroni. ad ann. 1500. Surius, 13. Apr. Moscob. in vita S. Claræ.

Cristo hizo padeciendo por nosotros, sino lo que el Verbo eterno hizo encarnado por nuestro bien, anonadándose aquel Dios inmenso que toda la redondez de la tierra tiene solo por peana de sus piés, hasta encubrir su majestad infinita con la forma de siervo, y bajando para esto del cielo: de lo cual es muy acomodada representacion este divino Sacramento, pues en él baja tambien Dios del cielo, y ya encarnado y con cuerpo humano se encubre dentro de un poco de pan, donde está como anonadado y deshecho. Fuera de que así como nos dan en la Eucaristía á Cristo crucificado, así tambien nos dan en ella al Verbo encarnado; de suerte que estas dos grandes maravillas de Dios, de la encarnacion y de la pasion, se nos representan y como multiplican en el santísimo Sacramento, que fue un gran pensamiento de Dios, conforme á lo que dijo el profeta David (1): *Hicisteis, Señor, muchas á vuestras maravillas; y no hay quien os sea semejante en vuestros pensamientos.* Hizo muchas Dios á sus maravillas, esto es, á la pasion y encarnacion, repitiéndolas y como multiplicándolas en el santísimo Sacramento; lo cual fue un altísimo pensamiento del que es suma sabiduría, porque otro que él no lo pudiera pensar, que lo que es tan extraordinario, como ser sacrificado un Hijo de Dios, y bajar el Verbo eterno, haciéndose hombre, del cielo, se hiciese tan ordinario, como vemos que es el uso de este divino misterio. Mas no solo muchas hizo aquí Dios á las maravillas, pero grandes; por lo cual exclama el mismo David (2): *¡Cuán engrandecidas son vuestras obras, Señor! Muy profundos se han hecho vuestros pensamientos.* Aunque son tan grandes las obras de la encarnacion y pasion, con todo eso se han como engrandecido mas por este Sacramento; porque la grandeza de la obra de la encarnacion fue abatirse Dios á hacerse hombre, y de la pasion humillarse hasta morir: en este Sacramento se abate y humilla mas hasta hacerse comida, lo cual es menos que ser hombre, y morir, que es natural al hombre. Fuera de que el fruto general de la encarnacion y pasion se aplica en particular en este santísimo Sacramento, á quien le recibe, con un modo admirable. La pasion y muerte de Cristo grande obra de Dios fue en el monte Calvario; pero en este misterio vemos esta misma muerte, pasion y sacrificio con un modo incruento é impasible, que es de mayor maravilla, y muestra mas la grandeza del poder divino. La encarnacion tambien, cuando el Verbo eterno entró en el vientre de una doncella, grande obra de Dios fue; pero en este misterio en cierta manera se engrandeció y extendió, por lo cual se llama extension de la encarnacion, pues Dios nuestro Señor entra en el pecho de cada cristiano para unirle consigo.

Estas son las maravillas de la ley de gracia, de las cuales dijo al Se-

(1) Psal. xxx. Multa fecisti tu, Domine, mirabilia tua; et cogitationibus tuis non est qui similis sit tibi. — (2) Psalm. xix. Quam magnificata sunt opera tua, Domine! Nimis profundæ factæ sunt cogitationes tuæ.

ñor el profeta Isaías (1): *Cuando hicieres maravillas, no las soportarémos: descendiste, y á tu presencia se derritieron los montes. Desde la eternidad no oyeron, ni con los oidos percibieron, y el ojo no vió á Dios fuera de tí lo que preparaste para los que te aguardan.* Habla el Profeta de las obras maravillosas que se habian de ver cuando viniese el Mesías, que habian de ser tales, que jamás se hubiesen oido ni caido en el pensamiento, sino es solo á Dios; y así alegando este lugar el Apóstol, dice que ni el ojo vió, ni el oido oyó, ni cayó en el corazon de hombre lo que preparó Dios á los que le aman; pues sobre dos tan grandes maravillas, como encarnar y morir por nosotros, se da en comida á las almas que están en su gracia y le tienen amor, lo cual no puede caber en pensamiento alguno fuera del divino. Grande maravilla que solo Dios la pudo pensar, y fuera de Dios nadie; y así como solo Dios la puede estimar, así no hay hombre que la pueda agradecer, ni corazon humano que pueda soportar el peso de esta obligacion y la grandeza de amor divino que en esta maravilla de maravillas resplandece. Tertuliano dijo (2) que era intolerable la grandeza de algunos bienes, lo cual se verifica, segun el profeta Isaías, en este divino bien y beneficio, diciendo que no se puede tolerar. Por lo cual se llama en la sagrada Escritura el bien de Dios ó lo bueno de Dios, porque es un bien y beneficio que descubre mas claro que la luz del sol su infinita é inefable bondad, con pasmo y admiracion del corazon humano. Y así dijo el profeta Oseas (3): *Espantaránse del Señor y de su bien*, porque este divino beneficio espanta y hace pasmar á las almas de cuán bueno es el Señor, y de cuán grande es este bien que las comunica; lo cual todo va á parar para que despreciemos todo otro bien de la tierra, y estimemos solo los del cielo que por este divino misterio conseguimos; porque para esto instituyó Cristo nuestro Redentor el santísimo Sacramento, para que despeguemos nuestro corazon de las cosas temporales, y pongamos todo nuestro afecto en las eternas, para lo cual tiene particular eficacia, y lo experimentará quien dignamente le recibiere.

§ III.

Para esto mire el alma que va á comulgar quién es el que entra en ella, y quién es ella que recibe á tan gran Señor. Acuérdese con qué veneracion recibiria al Verbo eterno la sacratísima Vírgen cuando entró en sus entrañas, y mire que es el mismo á quien el cristiano va á recibir en su pecho, y procure llegar con todo respeto, amor y agradecimiento, el cual debia tenerle mayor que le tuvo su santísima Madre, pues le debe ahora mas que entonces le debíamos, porque no le debió

(1) Isai. LXIV. — (2) Tertul. lib. de Patientia, c. 1. — (3) Osee, III. Pavebunt ad Dominum, et ad bonum ejus.

entonces la Vírgen ni los hombres las finezas que ahora le debemos de haber muerto por nosotros. Mire que va á recibir al mismo que está sentado á la diestra de Dios Padre, el que es supremo Señor de cielo y tierra, aquel á quien adoran los Ángeles, el que nos crió y redimió, el Juez de vivos y muertos, el que tiene infinita sabiduría, poder, hermosura y bondad. Si viera el alma á Jesucristo como le vió san Pablo cuando quedó ciego de su luz y claridad, ¿qué reverencia y pasmo le causaria? Sepa que no está menos glorioso en la hostia, y llegue á recibirle con tan gran reverencia como si le viera en el trono de su gloria. Con mucha razon dijo santa Teresa de Jesús á una alma devota, á la cual le apareció desde el cielo, que nos hubiésemos acá en la tierra con el santísimo Sacramento como allá se han en el cielo los bienaventurados con la Esencia divina, amándole y reverenciándole con todas nuestras potencias y fuerzas. Mira que es en persona el que viene á tí, aquel mismo Señor que quiso ser tan respetado en sus cosas, que porque Oza llegó con la mano al arca de su Testamento, le mató luego; y porque la miraron los betsamitas, murieron cincuenta mil de ellos. Tú no solo le miras y tocas, sino que le recibes y metes dentro de tus entrañas: mira con qué respeto debes llegar. Los Ángeles y Serafines tiemblan delante de su grandeza, los justos temen; tú tiembla, teme y adora á tan gran Señor. De solo estar junto á un Ángel quedó sin fuerzas san Juan, espantado de su hermosura y majestad; tú no vas á recibir á un Ángel en su aposento, sino al Señor de los Ángeles en tu pecho.

Allégase á la fineza de este beneficio y benignidad de nuestro Salvador, que no solo es grande por la grandeza de la persona que se da en él, sino por la pequeñez de quien le recibe. ¿Quién eres tú sino una vilísima criatura, compuesta de lodo, llena de miserias, de ignorancia, de flaqueza, de malicia? Pues si el Centurion se tuvo por indigno de que entrase Cristo en su casa, y san Pedro, aun cuando vió al Señor en vida mortal, no se halló digno de estar en su presencia, diciéndole: Apartaos, Señor, de mí, que soy hombre pecador; y san Juan Bautista no se juzgó que merecia llegar á la correa de su zapato, ¿cuánto mas indigno te debes juzgar tú de recibir al que está glorioso á la diestra de Dios Padre? Los Ángeles del cielo no se hallan limpios en su presencia; mira tú qué limpieza debes procurar para hospedarlo en tu pecho. Si un rey poderosísimo entrara á visitar en una chozuela vil á un pobre mendigo, ¿qué respeto y agradecimiento le tuviera este hombre? Mira que viene Dios, el Rey de reyes y Señor de los señores, á visitarte, no solo dentro de tu casa, sino dentro de tí mismo. Siete años se tardó Salomon en hacer un templo para poner el arca del Testamento; tú para hacerte templo de Dios ¿cómo no te preparas algun tiempo? Y si Noé se tardó cien años para hacer el arca en que se habia de salvar del diluvio; tú, para hacerte sagrario del Salvador del mundo, ¿por qué no gastas siquiera algun dia y algunas horas? Mira tu vileza, y qué es lo que vas á hacer. Moisés para

hacer un arca para las tablas de la ley no solo escogió madera muy preciosa, sino que la cubrió toda de oro; tú, miserable y vil gusano, ¿cómo no te adornas y preparas para recibir al Señor de la ley?

Mira tambien á qué viene, que es á hacerte participante de su divinidad por la gracia que te comunica, viene á curar tus llagas y enfermedades, viene á remediar tus necesidades, viene á unirse contigo, viene á endiosarte. Mira aquí la infinidad de la bondad divina, pues así se derrama y comunica á sus criaturas; y mira lo que se te da aquí, y para qué se te da. Dásete á Dios para que seas divino y no de tierra. En otros beneficios te da Dios de sus dones; pero aquí se te hace don tuyo, para que seas todo suyo. Dásete el mismo Dios, para que tú te dés todo á Dios. Si de haber venido el Hijo de Dios á las entrañas de la Vírgen se colige el grande amor que tuvo á los hombres, pues por su causa hizo tal jornada, de tal extremo de grandeza á tal extremo de bajeza, como es encerrarse el Inmenso en el vientre de una doncella, mira tú lo que te ama á tí, pues por sustentarte en la vida de la gracia, hecho verdadero manjar de tu alma, viene de la diestra de Dios Padre á encarnarse en tu impurísimo pecho; viene tambien Jesucristo á hacerte un cuerpo consigo, para que con un modo admirable te unas con él, y seas participante, no solo de su espíritu, sino de su sangre. Lo que ha de causar esta consideracion en un pecho cristiano se podrá echar de ver por lo que causó otra menor en un corazon gentil. El emperador Antonino el Filósofo escribe (1) que solo por ser uno parte de este mundo debe estar quieto ó sosegado con cualquier acontecimiento de él, y no hacer cosa indigna de razon. Pues por ser parte de Cristo ¿qué debemos hacer nosotros? Dignas habian de ser nuestras obras, no solo de Ángeles, sino de hijos de Dios.

Ni es para enternecer poco el modo con que se te hace tan singular beneficio, porque es con singular amor, pues es queriendo Dios unirse contigo. Es en comida, para humillarse á cuanto pudo por tí; es atropellando las mas constantes leyes de la naturaleza, y haciendo mas prodigiosos milagros que hizo Moisés en Egipto, lo cual todo es una demostracion del infinito deseo con que pretende tu bien, pues no repara en cosa alguna. Dásete á tí Dios con el modo mas fácil para tí y mas costoso para Dios, porque se te da en comida. Es cosa natural al hombre comer, y muy sobrenatural que Dios sirva de manjar. Considere quien acaba de comulgar qué debe por tan inefable beneficio; haga cuenta que Cristo sentado en su corazon le dice lo que preguntó á los Apóstoles despues del lavatorio de los piés: ¿Sabes, alma, lo que he hecho contigo? sabes el don que te he dado? sabes la honra y favor que te he hecho? sabes lo que has recibido? sabes lo que tienes dentro de tí? Sabe que es tu Dios y Redentor. Sabe que es quien te desea todo

(1) Anton. lib. 1 et 2.

bien; y por eso séasle agradecido, no queriendo bien de la tierra, sino al que es eterno y sumo bien.

CAPÍTULO VI.

Si se han de pedir á Dios cosas temporales, y como el blanco de nuestras oraciones deben ser los bienes eternos.

No se descubre tampoco pequeña diferencia entre lo temporal y eterno por el poco caso que hace Dios en conceder bienes temporales, y lo mucho que gusta le pidamos los eternos, por la estima que quiere tengamos de ellos; porque las cosas temporales las da algunas veces por castigo, las eternas siempre por tan grande merced, que si no es por los merecimientos infinitos de su Hijo, no las concediera. Por eso nos encarga el mismo Cristo que pidamos al Padre en su nombre, y que dará cuanto le pidiésemos por él, convidando tambien á sus discípulos que le pidiesen, pues hasta entonces no le habian pedido nada, siendo así que le habian pedido algunas cosas temporales. Pero porque lo temporal se debe estimar por nada, se dice que no ha pedido cosa quien solo ha pedido bienes temporales y ningunos eternos; y así la promesa de Cristo, de que concederia el Padre cuanto se pidiese en su nombre, se ha de entender de los bienes eternos de gracia y gloria. Mas lo temporal es tan poco, que no quiere se le pida por lo que ello es, ni en su nombre, ni promete que se concederá, porque en el acatamiento divino todo se reputa por nada, cuanto no conduce ni ayuda para salvarnos, y todo lo que no es pedir á Dios la salvacion eterna, ó en órden á ella, es pedir nada, y así dice san Agustin (1): *Este gozo se pedirá en nombre de Cristo, si entendemos la gracia divina, si pedimos la vida que es con verdad bienaventurada; y en cualquier otra cosa que se pidiere, nada se pide; no porque totalmente sea nada, sino porque en comparacion de una cosa tan grande cualquier otra cosa que se deseare es nada*. De suerte que, segun san Agustin, aunque mil veces pidamos cosas temporales, nada se ha pedido á Dios nuestro Señor.

Por esta causa dudaron muchos sábios si se ha de pedir á Dios cosa temporal de este mundo. Diré primero lo que resolvieron en esta controversia los mejores filósofos, y luego responderé lo que enseñan los teólogos. Marco Aurelio, en nombre de muchos filósofos, dice (2) que no se ha de pedir bien temporal, sino que antes se habia de hacer oracion para no hacer caso ni desear cosa de esta vida; y así responde con este

---

(1) Aug. tr. 102 in Joan. Hoc gaudium in nomine Christi petendum, si divinam intelligimus gratiam, si vitam vere beatam; quidquid autem aliud petitur, nihil petitur, non quia nulla omnino res est, sed quia tantæ rei comparatione, quidquid aliud petitur, nihil est. — (2) Marc. Aurel. lib. 9.

discreto discurso, y para ser digno de un cristiano no le falta sino en lugar de dioses reconocer un Dios solamente; sus palabras son estas: *¿Ó pueden algo los dioses, ó no? Si no pueden, ¿por qué oras? Y si pueden, ¿por qué no pides primero que te dén que no temas ni desees ninguna de estas cosas de la tierra, ni te pene mas porque te falten sus bienes que porque los poseas? Porque si pueden ayudar á los hombres, en esto tambien lo podrán hacer. Dirás acaso que Dios te puso estas cosas en tu potestad: es así; pero dime: ¿no es mejor que de las cosas que están en tu albedrío uses con libertad, que solicitarte y afligirte por las cosas que no están en tu mano, con un ánimo esclavo y abatido? Y ¿quién te dijo que los dioses en las cosas que nos están sujetas no nos pueden dar su ayuda? Empieza, pues, á orar por estas cosas, y verás lo que pasa. Si uno pide alcanzar alguna mujer, tú pide que ni te pase por el pensamiento tal deseo; otro pide ser aliviado con alguna cosa, tú pide que no tengas necesidad de alivio; otro ruega que no pierda á su hijo, tu ora que no temas esto. Haz, pues, en esta forma tus oraciones, y verás lo que te sucede.* De suerte que lo que siente este filósofo es, que no se ha de pedir á Dios cosas temporales, sino el buen uso de ellas, que es la virtud. Oigamos tambien lo que dijo el mejor de los filósofos morales, Sócrates, el cual, como refiere santo Tomás (1), juzgaba que no se ha de pedir nada á Dios, sino que nos diera cosas buenas, porque solamente sabe Dios lo que es provechoso á cada uno; mas nosotros por la mayor parte deseamos y pedimos tales cosas, que fuera mejor no alcanzarlas. Estas sentencias aprueba santo Tomás y los demás teólogos en cuanto á hacer oracion por cosas temporales, de las cuales podemos usar mal; y así concluye el angélico Doctor que no se ha de pedir determinadamente bien alguno temporal, sino solo las cosas espirituales y eternas: estas son las que absolutamente se deben y pueden pedir, no lo temporal, sino en cuanto ayuda y sirve á lo eterno, y en segundo lugar, y solo lo suficiente.

Lo cierto es que es muy agradable oracion la que se hace á Dios solo por los bienes eternos, sin tener respeto á bien ni comodidad de la tierra. Esta oracion da muy suave olor á Dios, como aquella tan celebrada varilla ó pebete de odorífera exhalacion que se admira en los Cantares (2), compuesta de aromas, incienso y mirra, que sube derecha al cielo; y así dice san Jerónimo (3): *Que la oracion se dice esta varita de humo oloroso, porque mientras pide solamente las cosas del cielo, sube derecha allá de tal manera, que no se inclina á pedir las cosas de la tierra.* Bien se echa de ver lo poco que gusta el Señor de estas peticiones de la tierra por la respuesta que dió cuando la mujer del Zebedeo le pidió para sus dos hijos la honra de estar uno sentado á la mano de-

---

(1) S. Thom. 2, 2, q. 83, art. 5. — (2) Cant. III. — (3) S. Hier. Oratio virgula fumi dicitur; quia dum sola cœlestia postulat, sic recta progreditur, ut ad terrena appetenda minime reflectatur.

recha de su trono, y otro á la izquierda, diciendo Cristo con gran resolucion que no sabian lo que se pedian; porque, como dijo san Juan Crisóstomo, la peticion fue de cosa temporal, y no espiritual ni eterna. Por cierto necio es quien habiendo que pedir el cielo gasta tiempo en pedir cosas de la tierra; necio es quien habiendo que pedir gloria eterna se pone á pedir honra temporal; necio es quien habiendo que pedir gracia de Dios pierde tiempo en pedir el favor de los hombres: no sabe por cierto lo que se pide quien pide ser rico; no sabe lo que se pide quien pide subir á gran puesto, quien pide honra, comodidad, gusto ó cualquier otra cosa que con el tiempo se acaba; no sabe lo que se pide quien pide algo de esto, porque no sabe cuán poco es todo esto que el tiempo consume.

§ II.

Tres tachas y yerros notó Paludano (1) en la peticion de la madre de san Juan y Santiago: el uno, que no guardó el órden debido; otro, que no tuvo intencion limpia y libre de afecto de carne y sangre; el tercero, que fue materia vana la de su peticion. Todos estos yerros se hallan cuando se piden cosas temporales sin atender á las eternas; porque ¿quién no ve que quien pide cosa temporal quebranta todo órden, pues procede sin órden? Pues no puede ser mayor desórden que se pida lo poco, y se deje de pedir lo mucho; que se pida lo que no es menester, y se menosprecie lo que es por extremo necesario. No tienen que ver las necesidades del alma con las del cuerpo: mucho mas ha menester nuestra alma la gracia de Dios que el cuerpo su sustento; mas enemigos tiene el alma, mas necesitada está de favor y ayuda del cielo: contra ella están todas las potestades infernales, y así tiene mas necesidad del socorro y favor de Dios. De nuestros primeros padres, cuando estuvieron en el estado de la inocencia, llenos de tantas gracias y dones con que Dios les habia enriquecido, y no tenian tantos enemigos como ahora, porque ni la carne les era enemiga, ni el mundo, dice Gelasio papa (2) que porque no hicieron oracion para pedir el favor divino vinieron á perecer. *Habiendo recibido* (dice el Pontífice) *tan grande gracia de Dios, no pudieron estar seguros, porque no oraron; lo cual no se dice que hiciesen.* ¡Cuánta necesidad tendrémos nosotros ahora de la oracion, pues carecemos de la justicia original, estando enferma y corrompida nuestra naturaleza por el pecado, teniendo por enemigos del alma á nuestra misma carne y al mundo todo, con tantos instrumentos de vanidad y

(1) Palud. Enar. 1 de S. Jacobo. Petitio mulieris triplicem errorem continebat; scilicet, ordinis perversitatem, intentionis carnalitatem, et materiæ vanitatem.

(2) Gelas. contra Pelag. hæres. c. 5, l. 6. Tantam Dei gratiam in vacuum accipientes, non orando: quod utique nusquam fecisse, refertur, incolumes stare nequiverunt.

engaño, tantas ocasiones y peligros de pecar, é irritados mas los demonios despues que han visto las finezas que por nosotros ha hecho el Hijo de Dios? No es posible decir el extremo de necesidad que tenemos de la gracia divina; y olvidarnos de esta necesidad, dejando de dar voces al cielo y clamar por su remedio, es un desórden y necedad grandísima. Porque quien estando pereciendo de sed en medio de un desamparado yermo, al resistero del sol de mediodía, y en la fuerza de los caniculares, si se encontrase uno que tuviese agua fria, ¿dejara de pedírsela luego que la viese? Y si no le pidiese esto de que tanta necesidad tenia, sino otro que no hubiese menester, como un gaban, que solo sirve para el invierno, y en verano es de embarazo y carga, ¿qué mayor desórden se podia imaginar? Pues mucho mayor desórden es pedir á Nuestro Señor bienes temporales que nos embarazan, y son de gran cuidado y carga, y no pedir el agua de la divina gracia, pues perecemos sin ella. Además de esto, en los mismos bienes temporales entre sí no sabemos qué órden puede haber para pedir los mas convenientes, porque no sabemos cuáles son mejores; porque ¿quién puede decir si le está mejor la salud que la enfermedad, pues podrá ser que estando sano peque y se condene, y estando enfermo se arrepienta y se salve? ¿Quién sabe si le están mejor las riquezas que la pobreza, pues podrá ser que teniendo abundancia de todo no se acuerde de Dios, y teniendo falta de lo necesario se llegue mas á su servicio? ¿Quién sabe si le está mejor ser honrado que padecer alguna confusion, pues la honra le puede desvanecer, y la humillacion le puede ser de escarmiento y dar prudencia? Nadie sabe lo que está bien ó mal, porque muchos que parecen bienes se nos vuelven en males; y otras cosas que lloramos por males se nos convierten en singulares bienes. Pues ¿cómo puede haber órden en pedir lo que no sabemos si nos está bien poseer?

Otro gran yerro en el pedir cosas temporales es el afecto inmortificado, y falta de pura intencion, que acompaña á semejante peticion, habiendo de nacer nuestras oraciones de un ánimo muy puro, mortificado y deseoso de servir á Dios. Para significacion de esto, el fuego con que se quemaba el timiama se traia del altar del holocausto; porque para que nuestras oraciones sean agradables y de suave olor á Dios han de nacer de un corazon encendido y sacrificado á su divina Majestad en verdadero holocausto de todos sus afectos y voluntades; y puede temer uno, que pide á Dios de otra manera alguna cosa temporal, no se lo conceda para gran castigo. Por lo cual dice santo Tomás (1) que concede nuestro Señor á los pecadores lo que piden con mal afecto para castigarlos con sus mismos deseos; y así concedió á los del pueblo de Israel las codornices que pidieron para comer, y se quedaban muertos con el bocado en la boca. Temer debíamos el pedir por cosa temporal y tem-

(1) S. Thom. 2, 2, q. 83, art. 6.

blar de nuestros mismos deseos, pues nos puede suceder tan mal; y no me espanto sea castigado con su misma peticion quien solo pide bienes de este mundo, que es un género de desvergüenza grande tomar á Dios por medio para alcanzar aquello que ha de ser ó puede ser ocasion de apartarnos del mismo Dios y de nuestro último fin. Dijo Guidon Cartusiano (1) que quien pide cosas temporales usa semejantes términos con Dios, que una esposa usara con su marido si le pidiera que la trajese él mismo por su mano un vil esclavo con quien adulterase; pues con los bienes temporales crece nuestra aficion á las cosas de la tierra, y nos olvidamos de amar al Criador, siéndonos instrumentos y ocasiones de ofenderle la felicidad de este mundo, abusando tan mal de sus beneficios, que hacemos de los medios fin y del fin medio, pues queremos no solo usar de las criaturas, sino gozar de ellas con ofensa y olvido de Dios, que es nuestro último fin, y queremos nos sirva y ayude para nuestros gustos y contentos, que son contra el gusto divino. No hagamos esta traicion á Dios, sino pidámosle solo lo que ha de ser á nosotros de provecho, y á él de gloria y gusto: lo espiritual, lo eterno, su gracia, su conocimiento, la imitacion de su Hijo, el desprecio del mundo, lo que es conforme á su divina voluntad, eso le hemos de pedir, y eso nos concederá él, porque es para nuestro verdadero bien. Por eso en la oracion del Padre nuestro, despues de haber dicho que se haga la voluntad de Dios, hablamos con Dios, mandando y diciendo con modo imperativo: *El pan nuestro de cada dia dánosle hoy, y perdónanos nuestras deudas*, por la certidumbre que tiene la oracion cuando uno se conforma con el querer divino; y es, como notó Orígenes, de singular confianza mandar lo que se ora.

El tercer yerro que hay en la peticion de bienes temporales es que se pidan cosas vanas sin sustancia ni provecho, pues toda dicha y grandeza temporal es humo y vanidad, es muy corta, muy inconstante y caduca, indigna del corazon humano, que solo debemos tener puesto en lo eterno, y lo demás debajo de los piés, como aquella misteriosa mujer del Apocalipsi, que estaba rodeada y penetrada del sol, que le llenaba su corazon y entrañas; mas á la luna pisaba con los piés, porque el sol, que es perfectamente circular, es símbolo de lo eterno; y la luna, que es falsa, menguada y mudable, es figura de lo temporal, y así justamente se huella; mas el corazon estaba lleno del sol por la estima y amor que hemos de tener á lo eterno, no amando, no deseando, no pidiendo otra cosa. El sol tiene luz de sí mismo; la luna no, sino que la recibe del sol. De la misma manera lo eterno es bien por sí mismo; lo temporal no, si no recibe alguna bondad de lo eterno, en cuanto se endereza á ello, y sirve para alcanzarlo; pero en sí no es toda felicidad temporal sino vanidad, humo, estiércol, espinas, engaño y miserias.

(1) Guidon Carthu. in Medit.

Pues ¿con qué cara ha de ir á pedir un cristiano á Dios lo que no es mas que humo y vileza? Porque en el acatamiento y concepto divino no es otra cosa la prosperidad del mundo. Considerando esto, dijo san Juan Crisóstomo (1): *Un juez de nacion romano no entenderá tus razones, si no es que le hables en su lengua latina; de la misma manera Cristo no te oirá, si no le hablas en lenguaje de manera que tu boca se conforme con la del mismo Cristo.* Pues en lenguaje de nuestro Redentor las riquezas son espinas, la honra humo, los deleites víboras; y así quien pide estos bienes del mundo es pedir otros tantos males; y como no hay padre que pidiéndole su hijo un escorpion en lugar de pan se le diera, así tambien Dios, á los que tiene por hijos y quiere bien, cuando le piden cosas temporales se las niega, porque no les están bien. Por esto la honra temporal que pidió para sus dos hijos la mujer del Zebedeo se la negó Jesucristo nuestro Redentor, y les desengañó que no sabian lo que se pedian, porque pedian por bien verdadero lo que no lo era, y en lugar de la honra del reino temporal, que le pedian, les concedió la del martirio, en que no pensaban, y es verdadera y eterna.

Sepamos, pues, orar, y no erremos en cosa de tanta importancia; porque si un yerro es mayor cuanto es de mas momento la cosa en que cae, grandísimo yerro será en materia de oracion, de la cual tenemos precepto divino, la cual nos es medio necesario para la salvacion, y tiene promesa infalible de Jesucristo, de que se ha de conceder lo que se pide en su nombre. No pidamos, pues, en nombre de nuestro Redentor y Salvador aquello por que no quiso morir, sino lo que nos compró con su sangre y vida, que son los bienes del cielo y la salvacion eterna. Por esto hemos de suspirar, por esto hemos de orar y considerar cuán grande y culpable descuido es no orar siempre por cosa que tanto importa como la salvacion, y de que solamente tenemos promesa que nos ha de oir, y no de las demás cosas que el mundo estima y el tiempo consume.

CAPÍTULO VII.

Cuán dichosos son los que renuncian todos los bienes temporales por asegurar los eternos.

Si todo lo dicho no basta para despreciar los bienes de la tierra por los que esperamos en el cielo, y si no nos basta el ejemplo de nuestro Salvador y las demostraciones que hizo para que estimásemos lo eterno y menospreciásemos lo temporal, sino que con todo eso lo anteponemos por estar presente, con ser tan pequeño, á lo que es tan grande é

(1) Chrys. hom. 76 in Matth. Romanus judex non percipiet rationes tuas, nisi latine loquaris; te et Christus non audiet, nisi lingua sua loquaris, et os tuum ita conformetur, ut os Christi sit.

inmenso, como lo eterno, que está por venir, muévanos nuestro interés presente con la palabra y promesa del Hijo de Dios, por la cual no solo despreciar los bienes, sino renunciarlos totalmente, debíamos, como lo hicieron tantos filosófos por la comodidad de esta vida y tantos Santos por la esperanza de la otra. Traigamos á la memoria lo que dijo el Salvador del mundo: Que cualquiera que dejare el padre, ó madre, ó hermanos y hermanas, ó su casa, ó campos y heredades, por él, recibirá en esta vida ciendoblado, y poseerá despues de muerto la vida eterna. En las cuales palabras se debe considerar la grandeza de esta promesa, y la importancia de aquello por lo cual se promete cosa tan grande. No hay duda sino que debe ser de suma importancia el renunciar todos los bienes temporales, pues para movernos á ella nos convida con tan grande promesa el Hijo de Dios: y si renunciarlos convenia, como cosa apestada, ¿qué excusa puede haber de no despreciarlos siquiera? Y ya que no se despreciasen, ¿qué razon puede haber en amarlos y anteponerlos á lo eterno? Mucho y muchísimo importa despreciar lo que aun conviene dejar, mucho conviene arrojar del corazon cualquier aficion de aquello cuya posesion conviene aun no tener. Y no es mucho decir que conviene renunciar estos bienes caducos por nuestra utilidad, pues san Buenaventura juzgó (1) que era no solo conveniencia, sino necesidad, y asi dice que la raiz de todos los males, segun el Apóstol, es la codicia, de la cual, y de la soberbia, que es su compañera, tienen todos los pecados su origen, su pasto y aumento; por lo cual la llamó san Agustin fundamento de la ciudad de Babilonia. Esta codicia está enclavada en el afecto del alma como en su propio sujeto, pero apaciéntase y recibe su alimento de las cosas exteriores que se poseen; por lo cual es necesario que su perfecta extirpacion abrase á estas dos cosas, que no solo quite aquella sed interior, sino la posesion exterior: aquella se hace solo con la voluntad y con el espíritu, pero esto con obra y efecto, pues por esto, que nos es tan importante, y juzgó por forzoso san Buenaventura, nos prometen en esta vida ciendoblado, y despues la bienaventuranza eterna. ¡Oh qué grande campo se nos descubre aquí entre lo temporal y eterno, que da mas aun por esta vida sola la esperanza de lo eterno, que otro bien alguno temporal que nos puede dar la posesion y el señorío de los bienes temporales! No por ser uno señor de las cosas y poseerlas se nos doblan; pero ciendóblanse con dejar su posesion y renunciarlas por Cristo, y despues se nos dará el reino de los cielos. La abundancia de los bienes de esta vida, como ya hemos dicho, impide á la comodidad de la misma vida por la cual se buscan, y despues suele despeñar en el infierno, siendo ocasion no solo de las penas eternas, pero anticipadamente de muchas temporales; porque no sé cómo se es que los mas ricos no son los mas contentos ni aun los me-

(1) In Apolog. Pauper.

nos necesitados. No parece sino que se les disminuyen sus bienes, porque valen menos en los mas ricos; por lo menos les vale menos diez, que á un pobre uno, y así como á los que son pobres, por haber renunciado por Cristo sus haciendas, se les multiplica ciendoblado, así á los ricos, que olvidados de su Redentor están ocupados en adquirir mas y mas hacienda, parece que se les disminuye ciendoblado, y de ciento no gozan uno. Fuera de que están tan llenos de cuidados, peligros, temores y perturbaciones, que no saben qué es contento verdadero, y despues corren gran riesgo de la eterna condenacion. Al contrario totalmente de los pobres de espíritu, que renunciaron sus posesiones por Cristo, que en esta vida tienen sosiego, paz y alegría, y en la otra tendrán el reino de los cielos. ¡Oh cuán dichosos son los que llegan á entender esto y saben trocar la tierra por el cielo! ¡Oh con cuánta razon llamó Cristo bienaventurados á los pobres de espíritu que lo dejaron todo por él, pues tendrán dos bienaventuranzas, una en esta vida presente, y otra en la futura; aquí ciendoblado de lo que no poseen, y despues la posesion de la vida eterna! ¡Dichoso el que sabe comprar con las riquezas de la tierra el tesoro de la gloria, en muerte y en vida, ciendoblado de sus bienes!

Bien se verifica esto, segun dice el abad Abrahan (1), en los religiosos que dejaron todas las cosas de la tierra por vivir en estado de pobreza, los cuales por un padre que dejaron hallaron ciento en la Religion, y por un hermano cien hermanos que con caridad cristiana les aman, y por una posesion cien posesiones, y por una casa cien casas, con la multitud de monasterios de su Órden. Sin duda ninguna que es multiplicado este premio, pues no solo ciendobla las cosas, pero pasa de ahí con mucho exceso. Lo mismo se puede decir de otros siervos de Dios que en pobreza le sirven; pues como dice Beda, cuanto con mas afecto sirven á su Señor habiendo renunciado todo, dispone el mismo Señor que con tanto mas afecto y liberalidad les acudan otros en sus necesidades y faltas, sirviéndose con las haciendas de todos; porque, como dice el Apóstol, no teniendo nada, lo poseen todo.

Pero aunque faltase esto, no falta otro premio ciendoblado mejor, que es el que nota san Jerónimo (2): *Que el que deja por el Salvador las cosas carnales recibirá las espirituales, que en su comparacion y valor será como si un número pequeño se comparase con ciento.* Los bienes de la tierra se buscan para vivir con contento en la vida; pues si esto se alcanza con muchas ventajas con el menosprecio y dejacion de ellos, ¿qué podemos desear mas? Pues tiene ciendoble de consuelo y gusto quien deja todo por Cristo, que el que mas hacendado y rico; porque así como hemos dicho que los bienes de esta vida suelen molestar la misma vida, así tambien el desembarazo de ellos alivia el corazon y la vida:

(1) Cassian. Collat. ult. cap. ult. — (2) Lib. 3 in Matth.

pues, segun notó san Juan Crisóstomo, asi como á los niños de Babilonia en medio de las llamas del horno les recreaba una marea y rocío muy apacible, así tambien á los que están en pobreza, á la cual llama horno la sagrada Escritura, les recrea una marea del cielo y el rocío del Espíritu Santo. Es esto de tal manera, que san Bernardo dice de los monjes de Claraval que sacaban de su pobreza, sus ayunos y grandes penitencias, tantos consuelos y regalos de su espíritu, que les causaba algun recelo y temor no les quisiese Dios premiar aquí, pareciéndoles que, pues tenian el cielo en esta vida, le perderian en la otra; y fue necesario que el mismo san Bernardo les hiciese un sermon probándoles que hacia agravio á la gracia del Espíritu Santo el que ponia dolencia en lo que le comunicaba. Verdaderamente que están bien pagados los siervos de Dios, pues reciben tantos gustos celestiales por las cosas terrenas que dejaron. Si, como dijo Casiano (1), por cierto peso de cobre se diese otro tanto de oro, sin duda ninguna quedaria uno muy contento, y juzgaria que habia recibido ciendoblado. Pues de la misma manera se puede tener por bien pagado quien, por renunciar un gusto de la tierra, le recibe del cielo, y por el gozo del mundo le recibe de Dios. Todo esto se verifica bien con lo que sucedió á Arnulfo Cisterciense (2), el cual como en el mundo fuese muy noble y rico, y abundase de todo lo que era contentamiento humano, movido de los sermones de san Bernardo, se hizo monje en el monasterio de Claraval, en el cual vivió tan rigurosa y santamente, que vino á estar muy enfermo y con muchos dolores, tanto, que muchas veces se desmayaba, y cuando volvia en sí decia á voces: Verdaderas son las cosas que dijiste, buen Jesús. Y como, preguntándole cómo se hallaba, no respondiese sino repitiendo lo mismo: Verdaderas son tus promesas, buen Jesús; y pensando alguno que la fuerza del dolor le hacia desvariar, decia: Yo en mi juicio y sentido he dicho esto, hermanos mios; porque el Señor prometió en su Evangelio que el que renunciare padre ó madre, y hacienda por él, habia de recibir en esta vida ciento tanto, y despues la vida eterna, lo cual yo experimento ahora ser así; porque esta multitud de dolores y penas me es tan dulce por la esperanza de la vida eterna que en mí siento, que no quisiera carecer de estos males y de esta esperanza, no solo por lo que dejé en esta vida, sino por cien veces mas que fuera; y si á mí, tan malo y pecador, los dolores que merezco me son cien veces mas suaves que mi antigua pujanza, y de gozo mucho mayor que las riquezas y contentos del mundo, ¿qué serán á un hombre bueno y justo, y á los fervorosos religiosos? En esto se echa de ver que el gozo espiritual, aun en esperanza, da cien mil veces mas de gusto y contento que el que se goza de las cosas temporales y carnales. Con esto que dijo este siervo de Dios quedaron todos muy maravillados de

(1) Cassian. sup. — (2) In Hist. Cister.

que un hombre idiota y sin letras entendiese tan bien y dijese tan altas cosas.

§ II.

El gozo de los pobres de Jesucristo que renunciaron todo por su amor es por dos causas: la una por el gusto que trae consigo la misma pobreza con el desembarazo de los bienes temporales, como lo confesaron los mismos gentiles (1); por lo cual llamó Apuleyo alegre á la pobreza, y Séneca dijo: Que daba mejor sueño el césped de tierra que la lana teñida en Tiro (2). Anaxágoras, enseñado por ventura de la experiencia, decia que durmiendo en el suelo y comiendo yerbas tenia mayor contento que en las camas de plumas y banquetes regalados, teniendo el ánimo inquieto. La otra causa es, no por la naturaleza de la pobreza, sino por la particular gracia de Dios, que premia con regalos del cielo á los que repudiaron los de la tierra: llena de riquezas espirituales á los que renunciaron las temporales, porque es muy privilegiada y amada de Cristo la pobreza, y así la remunera aun en esta vida con particulares favores y gracias.

Además de esto, las muchas y grandes utilidades que trae el desprecio de los bienes de la tierra pueden servir de premio y equivalen al ciendoblado y aun mildoblado; porque si todo el mundo se diera por no hacer un pecado, no era aun equivalente precio. Pues por la pobreza evangélica y desprecio del mundo ¿cuántos pecados se ahorran? Son innumerables, porque se quita la raíz de los pecados y el instrumento de ellos; pues quitada la abundancia, falta tambien el fausto, la arrogancia y soberbia que nace de ella, como el humo del fuego: quítase tambien la facultad de cometer muchos pecados que se siguen de las riquezas. Pues las virtudes que se ocasionan con la pobreza y desembarazo de las cosas temporales mas valen ciendoblado que los tesoros de Creso, porque acompañan á la pobreza la humildad, modestia y templanza; y así es mucha verdad lo que dice y pondera san Juan Crisóstomo (3): *Que en la pobreza poseemos mas fácilmente las virtudes.* No es tampoco de pequeña estima ayudar mas el estado pobre á satisfacer por los pecados hechos, conforme á lo que se dijo al justo por Isaías: *En el horno de la pobreza te elegí;* esto es, te purifiqué. Tambien es de grande estima el desocupar á uno de empleos inútiles y viles de las cosas de la tierra, dando al pobre tiempo para tratar con Dios y con sus Ángeles, y emplearlo en la contemplacion de las cosas eternas y ejercicio de virtudes.

Bien vale tambien mas de ciendoblado la dignidad, honra y señorío de las cosas que alcanza el pobre de espíritu; porque así como es gran vileza la de los ricos ser esclavos de su codicia, y de cosas tan viles co-

(1) In Trag. — (2) Valer. Max. l. 8, 7. — (3) Hom. 8 in ep. ad Hebr.

mo las riquezas de la tierra; así es grande honra de los pobres eximirse de esta servidumbre, señoreándose de todo con el desprecio que de ello tienen: por lo cual consiguen, como habla el Apóstol, la posesion de todo; y así no hay riquezas ni reinos que se le puedan comparar, porque los reinos tienen sus términos á donde se limitan, y sus mojones de donde no pasan; pero el reino de la pobreza no le limita ni estrecha con términos, sino que por el mismo caso que no tiene nada lo tiene todo, porque no puede poseer el corazon alguna cosa, sino siendo señor de ella, y no es señor de ella, sino es siéndole superior, y esto no lo puede ser, sino sujetándolo todo á sí; por lo cual cuanto fuere mas señor y poseedor es mas superior. Y los que quieren ser ricos es cosa cierta que no pueden dejar de amar aquellas cosas sin las cuales no pueden pasar, y cuanto les tienen de amor, tanto tienen de cuidado, solicitud y servidumbre; pero el que desprecia estas cosas no solo es superior á ellas, sino tambien señor y poseedor. Por esto dijo muy bien san Juan Clímaco (1) que el religioso pobre es señor de todo el mundo; porque como pone en Dios todos sus cuidados, se hace señor de todo él, y todos los hombres le son como sus siervos. Además de esto, el amor verdadero de la pobreza no se aficiona vilmente á las cosas, pues todo lo que tiene ó puede tener lo reputa por nada; y cuando le falta algo, no le da mas pena que si le faltara el estiércol y basura.

Pero sobre todo esto es Dios el que se posee por la pobreza, y, como advierte san Ambrosio (2), es el ciendoblado que se recibe por lo que dejó: porque así como á la tribu de Leví, que no tenia parte en la distribucion de la tierra de Palestina, le prometió Dios por eso que él habia de ser su posesion y la parte de su herencia; así tambien y con mucha razon á los que voluntariamente no quisieron tener parte en los bienes de la tierra Dios es su posesion y riqueza, y todo bien aun en esta vida. Pero el bien de la pobreza pasa mas adelante, y no solo da ciendoblados bienes y consuelos, y al mismo Dios en esta vida, pero en la otra da el reino de los cielos; y así son dichosísimos los que renuncian la dicha y felicidad de este mundo, como habla san Agustin, el cual dice (3): Grande dicha y felicidad suma de los cristianos es que con el rico precio de la pobreza compran el rico premio de la gloria. ¿Quieres ver cuán preciosa y rica es? Que compra y alcanza el pobre con ella lo que el rico con todos sus tesoros no pudo. Y fue altísimo consejo de Dios nuestro Señor y traza de su entendimiento altísimo que hiciese precio de su gloria la pobreza, para que á nadie le faltase con que comprarla; y con la grande aficion que la tenian muchos de los Santos se entregaron de suerte á ella, y la procuraron con tantas veras, que con ningunas mas los ricos huyen de ella, y así les hacian ventaja en querer ser mas pobres que ellos ricos.

(1) Grad. 17. — (2) In Psalm. CXVIII. — (3) Serm. 28 de verb. Apost.

CAPÍTULO VIII.

Muchos que despreciaron y renunciaron todo lo temporal.

Es tan clara la vileza de los bienes temporales y el daño que suelen causar para la misma vida temporal, que sin lumbre de fe ni esperanza del Hijo de Dios lo conocieron los filósofos, y muchos de ellos se persuadieron tanto, no solo de la importancia de su desprecio, pero de su renunciacion, que vivieron muy contentos en pobreza y gran moderacion. Arístides Ateniense, siendo muy principal, vivia tan pobremente, que andaba con una vestidura raida y pobre, siempre hambriento y con necesidad; y como un amigo suyo rico, llamado Calias, fuese acusado en juicio, entre otras cosas le fue opuesto que siendo tan rico no ayudaba á Arístides; y viendo Calias que los jueces se indignaban contra él por lo que se murmuraba y decia de su inhumanidad, fuese á Arístides, á quien pidió le defendiese de tal acusacion, declarando en juicio cuántas veces le habia ofrecido su hacienda sin haberla él querido aceptar, queriendo mas vivir en su pobreza que gloriarse en las riquezas de otros; porque decia que á cada paso se hallaba quien siendo rico gastaba mal lo que tenia, y pocos que pasasen la pobreza y falta de lo necesario con ánimo generoso: lo cual como en juicio declarase Arístides, ninguno de los presentes hubo que no estimase en mas y tuviese envidia á la pobreza y mendiguez de Arístides que á las riquezas y abundancia de Calias. Zenon, como escriben san Gregorio Nazianceno y Séneca, viniéndole nueva que se le habia perdido cuanto tenia, respondió: La fortuna quiere que yo profese la vida de filósofo de aquí adelante con mayor facilidad. Valerio Máximo cuenta de Anaxágoras que le vino la misma nueva, y respondió: Si mi hacienda no pereciera, yo pereciera. Caton cuenta de Crates Tebano que arrojó en el mar un gran peso de dineros y dijo: Quiéroos anegar, para que no me anegueis. Diógenes dejó cuanto tenia, y se quedó con sola una escudilla de palo en que beber; pero porque despues vió acaso á uno beber con la mano, la quebró. Laercio refiere que mofándose uno de Rodas del filósofo Esquines, dijo: Por los dioses, que tengo lástima de verte tan pobre. Respondió él: Por los mismos te juro que tengo lástima de verte tan rico; porque has tenido trabajo en allegar las riquezas, cuidado en conservarlas, enojo en repartirlas, peligro en guardarlas, mil sobresaltos en defenderlas; y lo peor de todo es, que en donde tienes tus riquezas, allí tienes tu corazon.

Trata bien este punto san Juan Crisóstomo (1) en el segundo libro contra los vituperadores de la vida monástica, el cual libro endereza y

(1) Lib. 2 contra vituper. vit. monast.

dedica á los gentiles y filósofos, en el cual usa de razones naturales, y que solo con lumbre natural se pueden alcanzar; donde compara á Platon con el rey Dionisio, á Sócrates con Arquelao, á Diógenes con Alejandro, á los cuales hizo mas gloriosos su pobreza que á los ricos su mando y señorío. Y cuenta de Epaminondas Tebano, que llamado á una junta, y no pudiendo venir porque habia lavado su túnica, y no tenia otra que ponerse, fue grandemente estimado y tenido en mas que sus príncipes. De lo cual infiere el santo Doctor que, cuando no hubiera ley evangélica y ejemplo de Santos, aun en razon natural y en testimonios naturales era la pobreza de mucha estima y dignidad. Pues siendo esto así, como lo es, y muy cierto, ¿qué podemos decir, sino confesar que esta pobreza no lo es, sino riqueza grande y verdadera?

§ II.

Harta confusion nuestra es que los gentiles desprecien tanto los bienes temporales sin la fe que tenemos nosotros de lo eterno, la cual da tan gran luz para descubrir la distancia que hay de lo uno á lo otro, que á los que ha ilustrado con algun rayo de desengaño y verdad les ha hecho no solo despreciar cuanto estima el mundo, pero abrazar y buscar lo contrario, holgándose con la pobreza, con la ignominia y penitencia, haciendo en esta parte tales extremos, cuales nunca se imaginaran; de los cuales recogeré aquí algunas historias bien extrañas. Daré principio por la que de Marcos Alejandro se halla en unos comentarios griegos (1). Yendo el abad Daniel con un discípulo suyo á Alejandría, vió entre los locos á uno que se llamaba Marcos, y estaba todo desnudo, sino es donde la honestidad pedia otra cosa, el cual daba luego cuanto le daban á los otros locos, haciendo juntamente muchas tonterías. Advirtió el prudente abad, con la discrecion de espíritu de que el Señor le habia dotado, que aquella locura era sabiduría del cielo; y así otro dia que le topó en una parte muy pública le fué á detener para hablarle; y como Marcos haciendo del loco recejase, dió voces el venerable viejo para que le viniesen á favorecer. La gente, como oyó las voces, y vió estar luchando con el loco un monje, concurrió en gran número, y daban voces al abad Daniel que se guardase del loco. Mas él, volviéndose á los que le daban este aviso, les dijo: Vosotros sois los locos, porque yo no he hallado en toda la ciudad otro mas cuerdo y sábio. Llegaron en esto algunos sacerdotes y eclesiásticos que conocian al abad Daniel, los cuales tambien le dijeron que cómo se metia con aquel loco. ¿Qué era lo que queria de él? Si lo quereis saber, dijo el monje, llevadle al Patriarca, y pregúntele quién es. Hiciéronlo así; mas pre-

(1) Ex Cod. M. S. Græco Biblio. Aug. n. 25. Ruderum, 2 part. opusc. seu viridarii, in cap. 3, p. 79.

guntado Marcos del Patriarca quién era, no quiso responder ni hablar palabra hasta que se lo mandó y forzó que debajo de juramento le declarase su vida y sus intentos. Entonces, obligado el loco disimulado á mostrarse sábio, confesó que por espacio de quince años habia vivido deshonestamente; mas que arrepentido de sus pecados, determinó hacer otros quince años penitencia de ellos: y así se fué á hacerla á un lugar de propósito para eso, donde gastó ocho años; y por hacerla mayor en cosas mas arduas vino á Alejandria para ser tratado en ella como loco, donde ya habia estado otros ocho años. Los circunstantes que oyeron esto no pudieron detenér las lágrimas, edificados y tiernos por ver los caminos tan extraordinarios por donde suele llevar el espíritu de Dios á sus escogidos. Pero creció mas la admiracion cuando al dia siguiente enviando el abad Daniel á su discípulo para visitar á Marcos, para volverse á su soledad y al silencio de su celda, le halló ya difunto, y que habia dado el alma á su Criador; á cuyo entierro acudieron todos los monjes y sacerdotes de Alejandría, con increible multitud del pueblo, alabando todos al Señor por las maravillosas obras de su providencia; pues á quien escogió para que viviese despreciado en vida se la conservó hasta que pudiese ser honrado en muerte. ¿Quién no ve en este admirable varon el sumo desprecio y renunciacion de todos los tres géneros de bienes que estima el mundo, pues renunció tanto las riquezas, que ni aun vestido tenia, ni un trapo que cubriese sus carnes; despreció tanto las honras, que por ser humillado y escarnecido se metió entre los locos como uno de ellos? La renunciacion de los gustos no fue menor, perseverando en perpétuo ayuno, quitándose él su comida, y dándola á sus compañeros.

Digamos ahora otro suceso de igual fortaleza para desprecio del mundo, aunque en sexo de mayor flaqueza. En Tabena, á la orilla del rio Nilo (1), en un monasterio de trescientas vírgenes consagradas á Dios habia una llamada Isidora, abatida y despreciada de todas, y tenida por tonta; la cual de tal manera sustentaba esta opinion, y se mostraba mentecata, que no por eso dejaba de ejercitar obras de caridad, trabajo y humillacion con las demás, como si fuera esclava de cada una: ella era la que fregaba y estaba en la cocina, siendo el estropajo de la casa; dábanle de bofetadas las otras, llamándola tonta, mentecata, necia y otros nombres semejantes, y se los decian en su cara; mas ella callaba á todo, ó se reia con mucha simpleza, de lo cual se aprovechaba para no sentarse en el refectorio con las demás, ni jamás comió otra cosa sino los mendrugos ó algunas sobras de las otras. Aunque era el escarnio de todas, no la oian hablar palabra en su defensa, ni dar muestra de sentimiento de cuanto la decian, agraviaban y maltrataban. Andaba los piés descalzos, y cubierta la cabeza con un paño muy súcio como rodi-

(1) Ex M. S. Græc. hist. Patrum. Pallad. c. 42 de S. Pitirum.

lla. Vivia en esta sazon en Porfirite aquel grande varon en penitencia, y de igual fama en bondad, llamado Pitirum, al cual se le apareció un Ángel, y le dijo: No tienes que desvanecerte por tantos años como ha que conservas tanto rigor y la vida religiosa. Ven, y verás una doncella mas santa que tú: vé al convento de las religiosas de Tabena, entre las cuales hallarás á una que anda con diadema. Así llamó el Ángel aquel trapo súcio que traia en la cabeza para su mayor desprecio aquella humilde vírgen. Añadió el mismo Ángel: Sabe que esta doncella es mejor que tú; porque es cada dia excitada de tan gran número de mujeres, despreciada, escarnecida y maltratada, como si fuera un perro; mas por nada se ha turbado ni apartado el pensamiento de Dios, y tú estando aquí solo, suele andar tu pensamiento vagueando por todo el mundo. Con esto desapareció el Ángel, y el abad Pitirum se partió al momento á cumplir su mandato, y como tenia tan gran opinion de santo, fácilmente le dieron licencia para que viniese al monasterio, y las monjas salieron á consolarse con la vista de un varon tan señalado, y por recibir la bendicion del obispo que le acompañó juntamente con un diácono. Echó el Abad menos á Isidora, y preguntando si faltaba alguna religiosa que no hubiese salido, le respondieron que no; mas replicó: No es posible, porque no veo aquí la que me mostró el Ángel del Señor. Entonces le dijeron que solo faltaba una boba que estaba en la cocina. Pues traedla luego acá, replicó Pitirum. Fueron por ella, y aunque rehusó cuanto pudo salir, la trajeron por fuerza. El santo Abad la conoció luego por el trapo de la cabeza, que llamó el Ángel diadema. Postróse luego el venerable viejo á sus piés, diciéndola: Ruégote, madre, que me eches la bendicion, y encomiendes á Nuestro Señor. Las otras monjas atónitas del caso le decian: Mirad, Padre, no os hayais engañado, porque esta es una tonta y mentecata. Él respondió: Vosotras sois las necias y mentecatas, porque esta religiosa es mas sábia que vosotras y que yo, y ojalá que en el dia del juicio me halle yo como ella se hallará. Las monjas, maravilladas de lo que veian, arrodilladas á los piés del Abad, le pedian perdon del maltratamiento que habian hecho á aquella sierva de Dios, confesando á voces su culpa. Una decia: Yo me reia de su vestido; otra: yo le hice muchas burlas; otra: yo la llamé tales nombres; otra: yo le di de muchos bofetones; otra: yo le eché el agua de fregar por la cara; otra: yo la tiré de las orejas; otra: yo la así de las narices, y la traté muy mal. De esta manera contaban varios escarnios, befas y burlas mas pesadas que la habian hecho. Con esto se volvió muy consolado el Abad, y las monjas honraron de allí adelante aquella sábia religiosa como lo merecia su rara virtud; mas ella, no pudiendo verse honrada y estimada, se salió de aquel monasterio, porque no estaba con la clausura y obligacion de los de ahora, y se fué á otra parte donde fuese despreciada, ó por lo menos no conocida. ¿Quién no ve en esta sierva de Dios hollado todo el mundo, viviendo tan conten-

ta en pobreza, en humildad y paciencia, teniéndose por dichosa de ser esclava y escarnecida de todas?

Tambien es memorable la historia que trae san Gregorio Niseno (1) de un filósofo llamado Alejandro, el cual era de un rostro muy hermoso, y todo él de lindo talle y presencia; pero conociendo por la luz de la fe, que perfeccionó á su filosofía, la vanidad de las cosas del mundo y el peligro de ellas, determinó vivir con todo desprecio de sí, en trabajo y humildad; y para que su rostro hermoso no le fuese ocasion de pecar á sí ó á otros, se fué á la ciudad de Comana para ser allí carbonero, donde le pareció estaria mas desconocido y olvidado; y así lo estuvo por mucho tiempo, andando roto y tan tiznado, que no parecia sino el mismo carbon, tenido de todos por el hombre mas vil del pueblo. Vino, pues, allí san Gregorio Taumaturgo á darles obispo, por estar difunto el que tenian, y presentándole la gente mas noble y erudita para que escogiese de ellos al que quisiese, el Santo les dijo que no se guiasen para tan alta dignidad por estos bienes que lucen y resplandecen en el mundo, sino por la virtud; y así que le presentasen tambien otros menos ilustres y señalados, aunque fuese gente humilde y baja. Á esto replicaron algunos, como haciendo burla y riéndose: pues si esa gente se ha de proponer para obispos, propongamos á Alejandro el carbonero, pareciéndoles que no habia en la ciudad hombre mas bajo y despreciado. En oyendo este nombre san Gregorio, movido de Dios, le mandó llamar, y le señaló por obispo, porque no permitió Nuestro Señor que quien tanto se despreció á sí dejase de ser honrado de todos; y así puso sobre el candelero de su Iglesia al que estaba encubierto en su bajeza; y fue tan excelente obispo y tan imitador de Cristo, que vino á dar por su santo nombre la vida, juntando á la corona de su santísima vida la lauréola del martirio.

No fue menos maravilloso el desprecio del mundo de Simeon Salo, como lo cuentan Leoncio y Evagrio (2), el cual viviendo en gran pobreza y desprecio encubria cuanto podia sus ayunos y largas horas de oracion, que gastaba con Dios; y cuando estaba en público procuraba haberse de manera que le tuviesen por loco ó mentecato, y sin virtud alguna; y así entraba en tabernas, y cuando despues de grandes ayunos tenia necesidad de comer, comia por las calles cosas muy viles: y si algun cuerdo hacia reparo en su modo de vivir, sospechando él que lo hacia por ser despreciado y encubrir su virtud, en entendiéndolo él se iba á otra parte por estar mas léjos de cualquiera estimacion. Sucedió que en el lugar donde estaba, apremiando un hombre á su criada que fue hallada preñada que dijera quién la habia desflorado, ella por encubrir al malhechor echó la culpa á Simeon el tonto, el cual no quiso contradecirla, sino llevar por Cristo aquella infamia, hasta que Nuestro

---

(1) Nissen. in vita Thaumaturg. — (2) Evag. lib. 4, cap. 33.

Señor se sirvió descubrir el padre verdadero de la criatura. Tuvo el santo varon tanta caridad con la que le habia levantado aquel testimonio, que estando con gran necesidad enferma del parto la llevaba secretamente de comer. Hizo últimamente Nuestro Señor venerable de todo el mundo á este, que se hizo loco al mundo, por alcanzar la sabiduría del cielo.

Los que en varias ocasiones, por no ser tenidos por Santos ni honrados de los pueblos, hicieron grandes extremos, y obraron al parecer humano cosas indignas, son tambien muchos. San Juan Climaco cuenta (1) que oyendo decir el bienaventurado Padre Simeon como el adelantado de la provincia venia á visitarlo como á varon famoso y santo, tomó en las manos un pedazo de pan y queso, y sentado á la puerta de su celda comenzó á comer de aquello, como si estuviera sin juicio: con esto lo despreció, y no hizo caso de él. Vivia en lo interior del yermo un santo viejo á quien se le juntó un discípulo para aprender de él santidad y servirle: á la fama de la vida tan santa vino á él un hombre, y con muchos ruegos le importunó que fuese á su casa, é hiciese oracion por un hijo suyo enfermo: salieron ambos de la celda para esto; pero el padre del enfermo apresuró el paso á su casa para volverle al encuentro al santo viejo con grande acompañamiento. Cuando el viejo echó de ver desde léjos el aparato con que venian, entendió lo que era, y desnudándose presto se echó en el rio, y comenzó á bañarse. Avergonzóse mucho de esto su discípulo, y dijo á los que venian á recibirle que se volviesen, porque el viejo habia perdido el juicio. Fuéronse ellos, y yendo el discípulo á donde estaba su maestro, le dijo: Padre, ¿qué es esto que has hecho? Ten por cierto que cuántos te vieron han dicho que estabas endemoniado. Respondió el santo varon: pues eso es lo que yo deseaba oir.

§ III.

Entre los que se han abrazado con la pobreza evangélica y desprecio del mundo hay muchos que fueron grandes señores, príncipes, reyes y emperadores. Fue muy ilustre en Alemania la hazaña de su príncipe Cárlos que, siendo riquísimo, estimado y temido por sus gloriosas empresas, tocado del amor de las cosas del cielo, dejó el reino á su hermano, y él se vino como pobre á Roma, donde se hizo monje, y habiendo edificado un monasterio en el monte de San Silvestre, moró allí algun tiempo; pero como fuese muy visitado de los de la ciudad, que estaba cerca, y le impidiesen su quietud, se pasó al Monte Casino, donde fue recibido del abad Petronace con increible gozo, y allí en ejercicio de humildad aprovechó tanto, que en los anales de aquel monasterio se halla escrito

(1) Grad. 25, § 1.

que como el Abad le ordenase que tuviese cargo con el ganado, hizo con grande alegría aquel tan bajo oficio, como si fuera gobernar un reino como antes; y como una vez una oveja anduviese coja, la puso sobre sus hombros, y la trajo hasta la majada, sin desdeñarse ni extrañarse un rey de tal oficio. En nuestra España tambien sabemos del rey Wamba que despues de haber reinado once años, y haber hecho maravillosas hazañas, y quitado á unos corsarios de África mas de doscientas naves, y haber preso á Paulo, rey que se alzó y vino contra él de Francia, la postrera de sus gloriosas hazañas fue encerrarse en un monasterio, donde vivió siete años con grande observancia en su Religion, y murió año de 674, cuyo ejemplo, despues el de 986, siguió don Bernardo, rey de Castilla. Apenas hay provincia en Europa que no haya tenido príncipes que han renunciado su reino temporal por alcanzar el eterno, enseñándonos cuál sea la verdadera grandeza, que es ser humildes y humillados por Cristo, y la verdadera riqueza ser pobres de espíritu con afecto y efecto. Pero por no alargarme mas en traer otras historias de los muchos que han sabido trocar los bienes temporales por el reino de los cielos, no quiero callar una que encierra muchos ejemplos. Tomás de Cantimprato testifica (1) que murió en su tiempo santa Matilde, hija del rey de Escocia, y que tuvo cuatro hermanos: el uno, que era duque, deseando hacerse pobrísimo por Cristo, dejó el Estado, y se desterró de su patria; otro fue conde, y tambien dió de mano á los bienes de la tierra, haciéndose ermitaño; el tercero siendo arzobispo renunció el arzobispado, y se entró en la religion cisterciense; el cuarto, por nombre Alejandro, era el mas mozo de sus hermanos, y cuando llegó á edad de diez y seis años queria el padre compelerle á que comenzase á gobernar el reino; pero su hermana Matilde, que á la sazon tenia veinte años, llamándole aparte, le dijo: Hermano mio, dulcísimo Alejandro, ¿qué es lo que pensais hacer? ¿No veis como vuestros hermanos mayores han desamparado el mundo y las cosas de la tierra por granjear el cielo? como han menospreciado el reino temporal por el eterno? Mirad que á vos os han dejado un reino por el cual habeis de perder el reino del cielo, y vuestra alma con él. Alejandro, sus ojos hechos fuentes de lágrimas, respondió á esto: Pues, hermana mia, ¿qué me aconsejais que debo hacer? Aquí estoy pronto para ejecutar cuanto me mandáreis, sin discrepar un punto. Holgóse la Santa de ver tal resolucion; y mudando ella el hábito, dejaron ambos su patria, y se partieron juntos para salir fuera de sus tierras: donde enseñó la hermana al hermano como habia de ordeñar vacas, cuajar leche y hacer buenos quesos. Despues se vinieron á Francia, y la Santa dió traza como Alejandro entrase á servir en una estancia de los monjes cistercienses, los cuales habiendo primero hecho prueba de él, hallaron que era excelente oficial de ordeñar vacas y hacer quesos. Andando el tiem-

(1) Cantim. lib. 2, cap. 10, p: 3 Henric. Gran, d. 5, exemp. 25.

po se pagaron tanto los religiosos de su buen trato, que le admitieron en su Religion para fraile lego. Viendo esto santa Matilde, le dijo un dia: Hermano mio, grande premio sin duda nos ha de dar el Señor porque dejamos los padres y la patria por su amor; pero recibirémosle mucho mas grande si por todo el tiempo que nos queda de vida tuviéremos por bien de privarnos del mucho contento que recibimos en vernos el uno al otro, por dárselo á su divina y soberana Majestad; de suerte que no nos veamos mas hasta juntarnos en el cielo, donde nos volverémos á ver y comunicar con consuelo verdadero y eterno. Aquí lloró el hermano, y tuvo esto por la cosa mas dificultosa de cuantas habia hecho en todo el discurso de su vida; pero al fin rompió con todo, y se apartaron los dos, de modo que nunca mas se tornaron á ver acá en la tierra. La santa doncella fuese á una villa nueve millas de allí, donde vivia retirada en una cabañuela: sustentábase de solo el trabajo de sus manos, sin querer admitir presente ni limosna de persona alguna: su cama era el suelo ó poco menos; no usaba de género alguno de cabecera; comia de rodillas, y en esta misma postura gastaba muchas horas de oracion, donde hartas veces era arrebatada fuera de sus sentidos, tanto, que no sentia el ruido de los truenos, ni veia la luz y resplandor de los relámpagos. Alejandro nunca fue conocido mientras vivió; pero fuelo santa Matilde nueve años antes de su muerte, y luego quiso ella huirse de aquella tierra, pero estorbáronselo. Hizo muchos milagros en vida y en muerte. Un monje enfermo de una apostema en el pecho se fué á tener oracion á la sepultura del siervo de Dios, Alejandro, y en ella se le apareció el santo varon muy mas resplandeciente que el sol, y adornado con dos coronas hermosisimas, que traia en la cabeza la una, y la otra en las manos. Preguntóle el monje qué significaban aquellas coronas. La que traigo en las manos, respondió, se me ha dado por la razon del reino temporal que dejé; la corona de la cabeza es la que comunmente se da á todos los Santos del cielo: y para que dés mas crédito á lo que has visto en esta vision, te hallarás sano de la enfermedad que te fatiga, segun la fe que has tenido. De esta manera honra Dios á los que se humillaron por su honra.

CAPÍTULO IX.

El amor que debemos á Dios no ha de dejar lugar ni facultad al alma para amar lo temporal.

Bastantes motivos y razones hemos juntado para despreciar todas las cosas temporales, y apartar de ellas nuestro corazon, pues son en sí vilísimas, perecederas, variables, pequeñas, peligrosas, y por lo mucho que hizo y padeció Cristo nuestro Redentor para que las despreciásemos, ahora quiero añadir, para concluir esta materia, que aunque por sí tuviesen alguna estimacion, no les habiamos de tener amor, por

ser tanto lo que debemos amar á Dios, que no debe dejar lugar para amar otra cosa fuera de él; porque si se mandó en la ley antigua, cuando no tenian los hombres la obligacion que ahora tenemos, porque no habia muerto el Hijo de Dios por nuestro bien, que le amásemos con todo nuestro corazon, toda nuestra alma y todas nuestras fuerzas, ahora que le debemos mas, y tenemos mayor conocimiento de la bondad divina, ¿qué debemos hacer? Si antes le debiamos amar tanto que no nos quedaba lugar para amar á otra cosa, ahora que le debemos mas, ¿cómo podemos volver los ojos, y poner el corazon en criatura alguna, no bastando millones de corazones para emplearlos en nuestro Criador y Redentor? No hay título alguno por donde Dios pueda ser amable, por el cual no le debamos mil voluntades, mil amores, y cuanto somos y valemos; pues por todos juntos ¿qué le deberémos? Mira qué le debes por sus beneficios, por su amor y por su bondad; y verás como te faltarán corazones para amarle, aunque tuvieras tantos cuantas arenas hay en el mar y átomos en el aire; pues ¿cómo uno solo que tienes puedes dividirle en las criaturas? Mira, pues, la multitud y grandeza de los beneficios divinos, y seas para con Dios lo que es un hombre para con otro; porque si de los beneficios humanos se dice que dádivas quebrantan peñas, ¿cómo tantos beneficios divinos no mueven tu corazon de carne? Y si dijo Salomon (1) que los que dan dones roban los ánimos de los que los reciben, ¿cómo no te roba Dios el alma, que no solo te da dones, sino que se te dió á sí mismo por don? Mira los beneficios que recibiste en la creacion; porque recibiste entonces tantos cuantos miembros tienes en el cuerpo y potencias en el alma: mira los beneficios que recibes en la conservacion; porque recibes cuantos hay en el cielo y la tierra, los elementos, las estrellas, y todo este mundo que se crió para tí, y sin él no te conservaras: mira los beneficios que recibiste en la redencion, que fueron tantos cuantos son los males del infierno, pues de ellos te libró: mira los beneficios que recibiste en la justificacion, que son cuantos Sacramentos instituyó Cristo y ejemplos te dió: mira qué le debes por haberte hecho cristiano, y perdonado tantas veces, y dado de nuevo su gracia. Todos los beneficios están demandando tu amor, y pidiéndotele por mil obligaciones. Pues no solo estos beneficios de Dios, sino los de los hombres, te piden que ames á Dios, porque no te hace hombre beneficio que no te le haga Dios. Por todas partes estás obligado á amar sobre todas las cosas á aquel que te hace bien en todas, y vale mas que todas; ¿cómo no te ponen tantos beneficios en algun cuidado de lo que debes hacer? Porque si á David le fatigaba este cuidado diciendo: *¿Qué tornaré al Señor por todas las cosas que me ha dado?* no habiéndole dado el cuerpo y sangre de su Hijo, ni habiendo entonces encarnado ni muerto por él; despues de haber hecho

(1) Prov. XXII.

esto por nosotros, ¿cómo no nos desvela lo que hemos de hacer por ser agradecidos á tan infinitas é inefables misericordias? Pero de nosotros ¿qué le podemos volver sino lo que hemos recibido entregándole nuestra alma, cuerpo, corazon y cuanto somos, mirándonos ya como cosa ajena, y que está con nueva obligacion entregada á Dios en retorno de sus muchas mercedes, reconociendo que le debemos mas que podemos, y así no hemos de despreciar nuestro amor, poniéndole en las criaturas?

Pues si consideramos el amor que nos tiene Dios, verémos tambien como no nos queda amor para amar otra cosa, ni á nosotros mismos. Para conocer cuán grande sea este amor divino se ha de suponer que el amor fino y verdadero consiste en obras, y mucho mas en paciencia, y tambien en la comunicacion de bienes. Mira, pues, cuánto sea el amor que te tuvo tu Criador, pues obró tales obras por tí, como fue la de su encarnacion y tu redencion, y ahora está haciéndote mil bienes, y obrando por tí en todas las criaturas, haciendo crecer el trigo que te ha de sustentar, criando la lana que te ha de vestir, sustentando el sol que te ha de alumbrar, sacando de las venas de la tierra el agua que has de beber: en todas las cosas está obrando por tí. Mírale como á los elementos da el ser, á las plantas el vivir, á los animales el sentir, á los Ángeles el entender, y en tí obra todo; porque está sustentando tu ser, tu vida, tu sentido, tu entendimiento, obrando en tí solo cuanto obra en los demás grados de la naturaleza. Bien probado es el amor de Dios por sus obras, pues obra tanto por quien merecia ser aniquilado y deshecho. Mira tambien qué finísimo es el amor divino, pues sufrió tales tormentos y tan penosa muerte por tí; y pues te ha sufrido á tí tantas veces como le has ofendido, si la paciencia es prueba del amor, donde hay tan grande paciencia ¿cuán fino será el amor? Si un rey hubiese sufrido que un vasallo le hubiese dado treinta veces de puñaladas, sin dejar por eso de hacerle mil mercedes y sustentarle con grandes rentas, ¿quién no se pasmara de tan grande amor? ¿Quién no dijera que aquel rey estaba hechizado? ¡Oh grandeza de Dios, que mil veces sufre que tornemos á crucificar á nuestro Redentor y Rey de gloria, y siempre ha callado! Mira tambien qué amor nos tiene, pues nos comunicó cuanto bien tiene, entregando el Padre al Hijo, el Hijo dándonos su cuerpo y sangre, y Padre é Hijo enviándonos al Espíritu Santo, por el cual nos hacemos participantes con la gracia de la naturaleza divina. Mira si se puede imaginar mayor, ni mas fino, ni mas probado amor que este que Dios nos tiene, pues nos comunica cuanto tiene; y si amor con amor se paga, á tal amor ¿qué amor deberás? Mira si te queda libre afecto que puedas emplear en otra cosa que en tu amador y tu Dios: págale su buena voluntad con no tener otra voluntad que la suya, amando al que tanto ama, correspondiéndole con un fino amor de obras y de paciencia. No se contenta el Señor con que le amemos con la lengua, antes repren-

de á los que le decian buenas palabras, repitiendo: Señor, Señor (1), y no hacian lo que les decia; porque aun las palabras que son buenas por falta de obras se condenan por fingidas. Amémosle con veras, sufriendo mucho por su amor, y comunicándole cuanto tenemos. No entiendas que el amor te ha de salir barato, sino que ha de ser á costa de todos tus bienes. Si has de amar con veras á tu Dios que tanto te amó, has de tener resolucion de perder tu honra, tu gusto, tu hacienda, para servir y agradar á quien amas.

Sobre todo si se considera ser Dios, quien es infinitamente hermoso, bueno, sábio, poderoso, eterno, inmenso, inmutable, no hay corazones posibles que puedan igualar á amarle, por lo que merece un solo atributo de los divinos. Pues ¿qué merecerá toda su infinidad, que contiene eminentemente todas cuantas perfecciones y hermosuras de las criaturas hay y son imaginables? Porque todas son una gotita respecto de un mar inmenso, y todas dependen de Dios, el cual de tal suerte comunica sus perfecciones y hermosuras á las criaturas, que se queda con ellas con mayores ventajas; y de tal modo las reparte, que no las aparta de sí, antes se queda con todas, y las une en sí en una perfeccion simplicísima, como el original de donde todas procedieron, y así están en él con mas infinita hermosura y exceso. Pues si los hombres, como dice el Sábio, agradados de la hermosura de las criaturas las tuvieron por Dios, entiendan por aquí cuánto mas hermoso será el Señor de todas ellas, pues el que las hizo es el Autor y Padre de la misma hermosura; y si se admiran de la virtud y fuerza que tienen para obrar, entiendan que el que las hizo es mucho mas poderoso que ellas, porque de la hermosura y grandeza de lo criado puede el entendimiento conocer la del Criador; porque si el efecto es bueno, no puede dejar de ser la causa buena, porque nadie da lo que no tiene. Y así quien hizo cosas tan hermosas y buenas no puede dejar de ser hermosísimo y sobremanera bueno; y aunque juntare la imaginacion en una pieza lo hermoso y perfecto de todas las cosas criadas, posibles é imaginables, es infinitamente mas hermoso y perfecto Dios.

De aquí se sigue que como Dios sea infinitamente perfecto y hermoso, ha de ser infinitamente amable; y si es infinitamente amable, debíamosle amar con infinito amor: por lo cual aunque la capacidad de nuestro corazon fuera infinita, toda la debíamos emplear en amar á cosa tan perfecta y amable; pero siendo limitado nuestro corazon, ¿cómo podemos quitar parte de él por ponerle en cosa de esta vida? Fuera de que es tanta la amabilidad de Dios, que ni á nosotros mismos nos hemos de acordar de amarnos por amarle á él. Y si á nosotros no debemos amar, ¿cómo nos divertimos para amar otra cosa? ¡ Oh Dios infinito, cómo me gozo que seais tan bueno, y tan perfecto, y tan hermoso, y principio de todo bien,

(1) Luc. vi.

perfeccion y hermosura, y que no solo deba apartar el amor de las demás criaturas, sino tambien de mí mismo, por ponerle en Vos, de quien todo mi ser y perfeccion desciende, como del sol los rayos y de la fuente las aguas! Porque como la conservacion de los rayos, dice un doctor místico, depende mas del sol que de ellos, y la conservacion del arroyo depende mas de la fuente que de sí mismo, así el bien del hombre mas depende de Dios que de sí mismo, porque Dios es la fuente y el manantial del ser y de todo lo bueno. De ahí es que arrimándose el hombre á sí mismo viene á caer, y amándose á sí viene á perderse; y huyendo de sí y aborreciéndose á sí viene á ganarse, como está escrito en el Evangelio: El que ama á su alma la perderá, y el que la aborrece en este mundo la ganará para siempre. De aquí nace mirarse uno, no como cosa suya ni de nadie, sino toda de Dios, pendiente todo en su ser espiritual y temporal de aquel piélago infinito de ser y de perfeccion que hay en Dios. Y de aquí nace hallarse el espíritu libre y desembarazado para ir á Dios con toda la fuerza de su intencion y de su amor; porque no halla que amar ni á quien agradar fuera de Dios, pues todo lo que hay en las criaturas lo halla con infinitas ventajas en Dios. Cuando uno ha llegado á este estado, por muy varias y diferentes que sean sus obras, siempre es uno mismo el fin que pretende en ellas, y siempre consigue el fin que pretende, si cerrando los ojos á todas las criaturas, como si no fuesen, no pretende mas que agradar á la divina bondad por sí misma: porque bien puede ser que, mirando los fines particulares de cada obra, tengan nuestras acciones diferentes estados; porque unas veces estarán al principio, otras al medio, y otras al fin; y muchas veces, por diferentes estorbos que suceden, y contradicciones que se atraviesan, no conseguirán su fin; pero mirando á la intencion del que obra siempre están en su fin; porque en cualquier estado que la obra esté, el que la hace con esta intencion siempre está al fin de lo que pretende, que es agradar con sus obras á Dios; y por eso ningun suceso ni contradiccion puede estorbarle que no consiga su fin. Segun esto, gran cosa es haber llegado á entender con la luz del cielo, como todos los bienes y dones descienden de arriba, y que hay allá arriba una infinita potencia, infinita bondad, y sabiduría y misericordia, y una infinita hermosura de donde se derivan estas propiedades que tan limitadamente vemos participadas en las criaturas. Y gran cosa es haber descubierto al sol por sus rayos, y guiándonos por el arroyo haber venido á dar en la fuente, y haber cogido el centro donde se vienen á juntar y unir la multiplicidad de las perfecciones criadas; porque allí descansará nuestro amor, sin tener que buscar otra cosa mas adelante, y esto será amar á Dios con todo el corazon, con toda el alma, con toda la mente y con todas las fuerzas; y porque los que llegan á este estado no tienen otro cuidado sino hacer la voluntad de Dios en la tierra con la perfeccion que se hace en el cielo, así no tienen otro descanso sino de salir de la tierra y entrar en el cielo para suplir las faltas que hacen en la tierra, cuanto al cumplimiento de la

divina voluntad. Ninguna cosa los detiene para esto, ninguna hacienda tienen empezada que no la tengan tambien acabada; siempre están á punto y concluidos sus negocios para cuando Dios los llama, y muy semejantes á los siervos que están esperando á su señor para abrirle luego que llamare á la puerta. Aparejémonos, pues, para esto, apartando el amor de todo lo temporal y criado, por ponerle en el Criador, que es eterno. Amémosle con un amor no delicado, sino robusto, no afeminado, sino esforzado y varonil, que pueda llevar cualquier peso y vencer cualquiera dificultad, y despreciar cualquier interés antes que apartarse del amor, y quebrantar sus leyes, y ofender aunque sea muy ligeramente á su amado. Sea el amor fuerte como la muerte, que á la misma muerte no le huya el rostro, ni le vuelva las espaldas, y entonces la vencerá, si por el amor la sufriere (1). Sea tu llama tan encendida que si cayeren sobre ella muchas aguas y caudalosos rios de tribulacion, no sea mas que como el rocío que cae en la fragua, que se le sorbe la llama y se consume, y se aviva mas con él; esté tan sobre sí y sobre todas las cosas, que si le ofreciere el mundo todos sus haberes para despojarle del amor, lo ponga todo debajo de los piés, y lo desprecie como si no fuera nada.

Á esta caridad pertenece acomodarse con la pobreza, y admitir sin enojo el hambre y la desnudez, el frio y el calor, que son las compañeras que andan con ella: sufrir mansamente las injurias, llevar con paciencia las enfermedades, no desmayar en las persecuciones, tener longanimidad en las tentaciones, llevar las cargas de los prójimos, no cansarse de sus condiciones, no indignarse con sus descuidos, ni dejarse vencer de sus desagradecimientos: en las sequedades espirituales no dejar sus ejercicios ordinarios, y en las consolaciones y gustos no por eso dejar de acudir á sus obligaciones; y, finalmente, que pueda decir con el apóstol san Pablo: ¿Quién será poderoso para apartarnos de la caridad de Cristo? ¿Por ventura la tribulacion ó la angustia, ó la hambre ó la desnudez, ó el peligro ó la persecucion, ó el cuchillo ó la muerte? Cierto estoy que ni la muerte, ni la vida, ni los Ángeles, ni los Principados, ni las Virtudes, ni las cosas presentes, ni las venideras, ni la fortaleza, ni la profundidad, ni otra alguna criatura nos podrá apartar de la caridad de Dios.

---

(1) Cant. VIII, 6.

FIN.